El Leviatán arqueológico

Antropología de una tradición científica en México

Luis Vázquez León

CIESAS

MÉXICO 2003

Primera edición, junio del año 1996
Segunda edición, septiembre del año 2003

© 2003
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS SUPERIORES
EN ANTROPOLOGÍA SOCIAL

© 2003
Por características tipográficas y de edición
MIGUEL ÁNGEL PORRÚA, librero-editor

Derechos reservados conforme a la ley
ISBN 970-701-387-7

IMPRESO EN MÉXICO *PRINTED IN MEXICO*

Amargura 4, San Ángel, Álvaro Obregón, 01000 México, D.F.

Para Patricia, sostén inagotable

Prólogo a la segunda edición

UNA TENTACIÓN inevitable en toda reedición es la de volver a plantear las cosas ya dichas. Si se cede a ella, lo más seguro es que uno acabe escribiendo un libro diferente. Otro libro. Fue así que preferí atarme al mástil de lo ya dicho. Aunque con ligaduras no del todo ajustadas, ya que procuré introducir cambios diversos, casi todos de orden expositivo, en contadas ocasiones analíticos, y por lo regular colocados como notas al calce, que en poco alteraron el sentido original de la primera edición.

Esta segunda edición ocurre en una situación muy diferente a la primera, que anunciaba una gran adversidad hacia los resultados de esta investigación. En efecto, hubo consecuencias. Creí al principio que la mayor de ellas había sido que renuncié a mi empleo como investigador del INAH, pero veo me equivoqué. Su lectura siguió caminos insondables por su parte. Y no siempre para mal. A pesar de haber sido publicado en Holanda, este libro vino a ser leído poco a poco, aunque fuera en fotocopias. Lo importante es que el lector puede ahora contrastar las lecturas interesadas de segunda mano con la suya propia. Y sacar sus propias conclusiones, al margen de las interpretaciones canónicas. Lo digo porque hubo una lectura especialmente sesgada hecha por mi primera lectora arqueóloga, cuando apenas era una tesis doctoral. Ella adujo que *El Leviatán arqueológico* no pasaba de ser más que un ataque contra su profesión. Una idea del todo similar a esta –la mejor para propiciar la mutua incomunicación y la mala interpretación– fue repetida por altos funcionarios del INAH a los que hice llegar una copia del resultado, con la invitación a criticarme públicamente. Que yo sepa nunca lo hicieron. Recibí en cambio presiones, ligadas a una misma lectura sesgada y me temo que profundamente parcial.

Como autor, y si tengo alguna responsabilidad sobre lo que escribo, digo que nada más ajeno a mis intenciones. Aclaro, además, que criticar no es sinónimo de atacar. Mi crítica se centró en el contexto institucional que constreñía la organización del conocimiento y praxis arqueológicos. Contexto que además compartía como investigador del INAH, lo mismo que mis colegas arqueólogos. Me refiero sobre todo al patrimonialismo con que viene administrando al patrimonio cultural desde tiempos de la Colonia, pero que se llevó a su expresión más acabada bajo el nacionalismo revolucionario. Hoy, que asistimos a un cambio de régimen, la herencia patrimonialista no parece haber menguado más que en sus aspectos más superficiales, pues el patrimonio sigue estando centralizado. El gesto de devolver las pinturas retenidas en la mansión presidencial de Los Pinos no tiene eco en otras devoluciones culturales que ni siquiera se imaginan, mucho menos se plantean. De hecho, prevalece la sensación en la sociedad interesada en disfrutar estos bienes públicos de uso común, de que el cambio de régimen no fue más que una continuidad burocrática del mismo interés dominante sobre la herencia del pasado. Y que en ello coinciden el nacionalismo anterior con la gestión empresarial en boga.

Por cuanto se refiere a mi posición como observador, vuelvo a establecer que no podía ser ajeno a lo que sucedía cuando realicé mi estudio. Antes al contrario, dicha posición se entendía porque al igual que mis críticos más negativos, era miembro de la misma institución, si bien ubicados en posiciones jerárquicas muy diferentes. A lo largo de 19 años (sin mencionar los 4 más que los tuve como condiscípulos y maestros en la ENAH) conviví de cerca con los arqueólogos, y los pude conocer a fondo porque en los entonces centros regionales del INAH se establecía una relación de proximidad que no se tenía en las coordinaciones y departamentos centrales, donde efectivamente hay una clara distancia entre las especialidades antropológicas. Fue gracias a esta familiaridad cotidiana que pude emprender mi estudio. Habría que decir incluso que lo concluí siendo miembro del INAH. Entonces, la identidad de enemigo que se me adscribió era del todo artificial. Y sí creo que se hizo malintencionada a propósito. Fue hasta que el prejuicio de los altos funcionarios del instituto se tornaron amenazantes, que opté por retirarme de él. Nada distinto, por cierto, a lo que algunos insignes arqueólogos han sufrido en el pasado, pero que subestimé por la sencilla razón de que yo no era insigne. A lo más, un investigador de base, uno de los que a diario constituyen al INAH con su trabajo cotidiano.

Una condicionante evidente de mi proceder en tales circunstancias fue que, atado a los preceptos etnometodológicos que guiaron toda la pesquisa, nunca me atreví a suscribir una postura normativa sobre el quehacer de los arqueólogos. En el *post scriptum* que he agregado a esta edición explico mejor este proceder metodológico. Baste decir aquí que fue hasta la Segunda Mesa Redonda de Monte Albán, sostenida en Oaxaca a mediados del 2000 (y luego, en el Diplomado sobre Patrimonio Cultural en la ENAH Chihuahua a finales del 2001), que me permití, con muchas reservas de mi parte, comenzar a sugerir medidas para reformar, no a la arqueología en sí, sino a la administración de los bienes culturales heredados del pasado. La misma temática de la discusión ahí sostenida en torno a la conflictiva relación establecida entre sociedad y patrimonio arqueológico así lo obligaba. Y así fue interpretado por los arqueólogos del Colegio Mexicano de Antropólogos que suscribieron algunas de mis propuestas en una carta dirigida al presidente electo Vicente Fox, el 2 de octubre de 2000.

El fin que he perseguido al escribir ese *post scriptum* no es remediar una falta, sino aclarar el sentido que rigió al proceso de investigación. En mucho sintetiza lo que era un apéndice en la tesis original. Pero asimismo sirve de respuesta a algunos de mis críticos, en especial a un dictaminador anónimo de esta segunda edición, quien me llama a respetar el aspecto ético, ya que supone que la publicación puede dañar intereses de personas en "posiciones subalternas" dentro del INAH. Hasta donde sé, el único que ha sufrido tales daños es el propio autor del libro, y debiera agregar que se lo debo a personas en "posiciones superalternas". Cualquier lector apreciará también que siempre dejé en el anonimato, cuando fue necesario, los nombres de aquellos colegas que así lo prefirieron. Y que mi análisis textual fue el medio técnico adecuado precisamente para no incurrir en faltas a que me inducían los testimonios encontrados que recogí entre los arqueólogos, en medio de sus disputas personales. Si se cita a otros autores por nombre y apellido es porque hice uso de sus escritos públicos, escritos que son accesibles aun para la lectura del propio dictaminador.

Por último, la actual edición no hubiera sido posible sin la desinteresada colaboración de los colegas arqueólogos del Colegio de Michoacán, pero destaca entre ellos Efraín Cárdenas García, a quien tuve ocasión de conocer en el Centro INAH-Michoacán, cuando ambos éramos investigadores del mismo. Por lo tanto, deseo agradecerle a él, a sus colegas del Centro de Estudios Arqueológicos, y sobre todo al director del Colegio de Michoacán, doctor Carlos Herrejón, el interés demostrado en mi libro.

Todos ellos se tomaron la molestia de leerme tal como cualquier autor esperaría que lo hicieran con sus ideas, sin prejuicios *ad hominen*. Sigo creyendo que la suya es la única manera de comunicarse, pero de comunicarse de modo comprensivo entre colegas. Y que ese es un valor escaso que no debiéramos perder. Ni siquiera cuando sea políticamente poco redituable.

Abreviaturas utilizadas

Revistas

AA	*Antropológicas*
AdA	*Anales de Antropología*
AA	*American Anthropologist*
AM	*Arqueología Mexicana*
AR	*Archaeology*
BAA	*Boletín de Antropología Americana*
BECAUY	*Boletín de la Escuela Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*
BMN	*Boletín del Museo Nacional de Aqueología, Historia y Etnografía*
C	*Cuicuilco*
CA	*Current Anthropology*
CAB	*Consejo de Arqueología. Boletín*
CD	*Ciencia y Desarrollo*
EdH	*Estudios del Hombre*
EMA	*El México Antiguo*
HAN	*History of Anthropology Newsletter*
LR	*La Recherche*
MC	*Mundo Científico*
NA	*Nueva Antropología*
S	*Scientometrics*
SA	*Scientific American*
SSS	*Social Studies of Science*
ST	*Synthese*
TS	*The Sciences*
UF	*Universidad Futura*

Instituciones

ANUIES	Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior
CEMCA	Centre d'Etudes Mexicaines et Centroamericaines
Conacyt	Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología
CNCA/SEP	Consejo Nacional para la Cultura y las Artes. Secretaría de Educación Pública
CEA/COLMICH	Centro de Estudios Antropológicos de El Colegio de Michoacán
CIHS/UAC	Centro de Investigaciones Históricas y Sociales de la Universidad Autónoma de Campeche
DA/ESC/UDLA	Departamento de Antropología, Escuela de Ciencias Sociales, Universidad de las Américas
DA/IMC	Dirección de Arqueología del Instituto Mexiquense de la Cultura
DEH/UdG	Departamento de Estudios del Hombre de la Universidad de Guadalajara
DA/SOPZ	Departamento de Arqueología de la Secretaría de Obras Públicas de Zacatecas
DPC/ICT	Dirección de Patrimonio Cultural del Instituto de Cultura de Tabasco
ENAH/INAH	Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH
FNA/CNCA	Fondo Nacional Arqueológico del CNCA
Fonca/CNCA	Fondo Nacional para la Cultura y las Artes del CNCA
FCA/UADY	Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán
FA/UV	Facultad de Antropología de la Universidad Veracruzana
FA/UNAM	Facultad de Arquitectura de la UNAM
INAH/SEP	Instituto Nacional de Antropología e Historia de la SEP
ISI	Institute for Scientific Information
IIA/UNAM	Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM
IA/UV	Instituto de Antropología de la Universidad Veracruzana
IPGH	Instituto Panamericano de Geografía e Historia
IEA/UDLA	Instituto de Estudios Avanzados de la UDLA
IJAH/UdeG	Instituto Jaliciense de Antropología e Historia de la UdeG
IH/UAG	Instituto de Humanidades de la Universidad Autónoma de Guadalajara
LA/UdeG	Laboratorio de Antropología de la UdeG
SMA	Sociedad Mexicana de Antropología

Introducción

I

A PRINCIPIOS de 1987, los conocidos editores de la revista *Vuelta* hicieron publicar la traducción de unos artículos signados por arqueólogos mayistas norteamericanos, los cuales causaron gran revuelo en nuestro país, no por un ruidoso contenido de los mismos, sino por el polémico comentario de la incisiva pluma de Octavio Paz que los precedía.[1] Entre otras críticas vertidas, Paz la tomó contra los marxistas de la ENAH, haciéndolos responsables de la falta de citas de arqueólogos mexicanos en los estudios más recientes del área maya, según se desprendía de la lectura de los textos traducidos. Ya que era un mensaje con destinatario, pareció lógico que algunos antropólogos sociales y el director del plantel (que sí era arqueólogo) saltaran a la palestra para cambiar algunos mandobles, pero Paz los desarmó con elegancia esgrimística, sin mayores consecuencias inmediatas. Con todo, si se sopesa su juicio sobre la innegable ausencia de visibilidad de nuestra arqueología en el ámbito académico internacional (concediendo a Paz que ser citado en Estados Unidos signifique ser internacional), se deriva que los verdaderos campeones del duelo debieron haber sido los arqueólogos especializados en la región en cuestión. Éstos, por razones del todo enigmáticas en aquel momento, evitaron la exposición pública de sus resultados académicos, aunque me consta que el chisme –o, hablando en la neolengua de la corrección política, su comunicación informal– corrió de boca en boca. En lo íntimo, me parece que muchos de ellos se solazaron a la vista de una ENAH escarnecida, cuyo marxismo arqueológico no les era grato por igual. Tampoco Manuel Gándara, el entonces

[1] Octavio Paz, "Tres ensayos sobre antropología e historia", *Vuelta*, 11(122): 9, 1987.

director de la escuela, quien a la postre se alejó temporalmente de la arqueología, tras la velada repulsa que ocasionó su puntillosa crítica a la arqueología gubernamental (Gándara, 1992 [1977]). Desde luego, es muy posible que Octavio Paz nunca se enterase de los corolarios de su impulsiva crítica.[2]

A pesar de mi completa marginalidad hacia estos hechos, desde entonces comencé a preguntarme qué era tanto de los arqueólogos mayistas del Instituto Nacional de Antropología e Historia, como los del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, sobre quienes cualquier persona medianamente enterada sabe que por largos años han excavado sitios magnificentes en el sureste del país. Fue ésta mi primera interrogante a propósito de los arqueólogos mexicanos, que comenzaron a asemejarse a una especie de acertijo científico. ¿Por qué evadían y hasta rechazaban el más elemental cuestionamiento, no digamos el proveniente de un egregio neófito, sino de un colega crítico?

Esta interrogante, que terminaría por apasionarme, resurgió luego en relación con el modo particular de abordar su disciplina en sus textos de tipo historiográfico. Me topé con ello precisamente cuando hice, en 1985, un repaso de la historiografía antropológica reciente –tema de un ensayo publicado dos años después (Vázquez, 1987). Se trataba ahora del caso de dos arqueólogos adscritos a cada uno de los grandes institutos que practican la arqueología en México (los arriba citados INAH e IIA), que todo mundo supone como diametralmente opuestos, por el hecho evidente de ser uno de índole gubernamental y otro de índole universitario. Pese a lo que el sentido común y sus trayectorias personales indicarían, ambos autores (Bernal, 1980 [1979]; Ochoa, 1983) coincidían en la cláusula de evitar analizar el trabajo de sus pares inmediatos, para lo que Ignacio Bernal se impuso la paradójica limitación de cercenar abruptamente su ya clásica historia de la arqueología en el año de 1950 –corte doblemente extraño si recordamos que Bernal escribió su obra hacia 1979 y la reeditó en inglés en 1980–, mientras que la clasificación de Lorenzo Ochoa se constreñía a una aséptica y descriptiva cronología de 15 años de proyectos universitarios (1962-1978), negándose también, como Bernal, a ponerla al día, no obstante que su fuente eran los *Anales de Antropología*, es decir, la longeva publicación de su propio instituto, misma que hasta la fecha se sigue editando por lo que es factible revisarla hasta el presente.

[2]Con todo, hay que puntualizar que no fue responsabilidad de Paz la actitud de Gándara. Ésa hay que descubrirla en su propio contexto disciplinario.

Lo más intrigante sobre su estilo literario fue descubrir que las justificaciones de ambos arqueólogos eran, para mayor asombro, análogas, a pesar de su diferencia de edad, filiación institucional y de un supuesto cometido profesional divergente (después de todo uno fue director del INAH y el otro es investigador del IIA). En efecto, ambos dijeron evitar la evaluación de la arqueología reciente porque estaban de por medio "consideraciones personales de amistad o de antipatía" o bien de "amistad o compañerismo", pero, sobre todo, porque deseaban evitar tocar ciertos "intereses creados", o sea, herir la "susceptibilidad de los investigadores". Así pues, y tal como ocurrió en el *affaire* ENAH *versus* Octavio Paz, otra vez los arqueólogos evitaron plantarse, ya no ante un literato externo a la disciplina, sino inclusive frente a sí mismos. Comencé a sospechar que la costumbre de evitación honorífica no era exclusiva de los grupos indígenas que usaba antes estudiar,[3] sino algo mucho más próximo a mí, pero que había ignorado bajo la idea de lo "normal" o "natural" de una cultura disciplinaria en parte compartida con ellos, ya que durante más de 20 años yo mismo me socialicé junto a los arqueólogos, trabajé cerca de ellos y cuento algunos como amigos. De pronto, sin embargo, esa normalidad había trocado en extrañeza, en interés, en objeto de conocimiento.

Ambas interrogantes, aunque un tanto anecdóticas, persistieron en mí desde aquellos años, sin obtener una respuesta razonable. Con el tiempo, agregué lecturas sobre las sociologías de la ciencia y de las profesiones, las cuales no hicieron sino ensanchar el radio de mis dudas, llegando a merecer un tratamiento sistemático. Conviene informar, además, que un primer acercamiento a su elucidación lo experimenté por medio de la historia de la arqueología (Vázquez, 1993 y 1994), análisis que lejos de distanciarme del presente, lo tornó más inquirible. Especialmente fue llamativo para mí el fenómeno, a todas luces expectante, sobre cómo la arqueología mexicana "resuelve" los retos teóricos que de tiempo en tiempo enfrenta. Lo puedo sintetizar diciendo esto: cada vez que algún arqueólogo o arqueóloga innovador (o algún otro antropólogo interesado en la arqueología) ha pretendido renovar su discurso tradicional, éste ha sido repudiado hasta el punto de expulsarlo del medio profesional, si es necesario. Históricamente, se trata de un proceso repetitivo que

[3] En comunidades indígenas me ha tocado observar conflictos faccionales expresados como competencia y a la vez como evitación del opositor, hasta el punto de parecer un gesto ritual el retirarse del escenario cuando el otro u otros están presentes. A su vez, en la vida cotidiana se evita todo contacto, empezando por el saludo.

empieza con Gamio en 1913, vuelve con Armillas, Palerm, Litvak, Gándara y otros, y no cesa en nuestros días, pues sigue siendo iterado hasta en casos menos extremos en que se ha sugerido emprender una "arqueología de la arqueología" (caso de Yadeum en 1978) o el demostrar el componente personal implicado en la experiencia del ser arqueólogo (Crespo y Viramontes, 1996). Como establezco en los capítulos 1 y 2 de esta obra, tan ruda ortodoxia del pensamiento arqueológico mexicano no consiste solamente en aferrarse a ciertas ideas muy fijas, sino que posee un nexo sociocognitivo con una organización social muy peculiar de la arqueología mexicana, fundada en el uso patrimonialista (más que nacionalista) del pasado prehispánico. Parte sustancial de este fenómeno lo constituye la fusión de intereses de la administración patrimonial del pasado y la disciplina científica de la arqueología, proyectada hacia los mismos objetos. A esta confusión achaco la rigidez de ideas y de procedimientos.

Para el observador externo podría ser relativamente fácil constatar que la arqueología funciona como una profesión de estatus –es decir, una profesión regimentada jurídicamente–, casi monopolizada por el Estado, no obstante que desde 1973 (año de fundación del IIA) ha desarrollado una estructura social aparentemente dual, en parte gubernamental y en parte académica, pero anormalmente desarrollada en uno de sus polos. Así, mientras en el INAH se emplean 306 arqueólogos, en el IIA sólo 18. Hoy, esta estructura, sin dejar de ser desproporcionada, se ha ensanchado en su parte académica, al agregarse una serie de instituciones universitarias (las Américas, Veracruzana, Autónoma de Yucatán y Autónoma de Jalisco).[4] Este cambio social –al que dedico el 3 capítulo, lugar donde resalto la creciente importancia de la arqueología regionalizada, pero aún marginal a la mesoamericanizada dominante–, se refleja claramente en la inserción de algunos representantes universitarios en el seno del Consejo de Arqueología que, por ley, reglamenta toda la investigación arqueológica en México. Hasta aquí, pues, pareciera irrefutable la aseveración de que teórica y prácticamente, estamos ante una dualidad, a saber, una "arqueología del INAH" y una "arqueología universitaria", una de tipo político o nacionalista y otra de tipo académico o científico. Esta visión esquemática ha sido especialmente cara a Lorenzo (Alonso y Baranda, 1984: 155; Lorenzo, 1984: 99) y a Litvak (1978: 671-672; 1989), pero también ha sido expresada por otros arqueólogos, pertenezcan lo mismo al INAH que al IIA (cfr. Ochoa, Sugiura y Serra, 1989; Schöndube, 1991: 264).

[4] Otras instituciones académicas se han ido agregando a esta lista. El más reciente es el Centro de Estudios Arqueológicos del Colegio de Michoacán.

Esta especie de dilema entre el científico y el político –que nos remite por fuerza a los tipos ideales weberianos–, tiene alguna razón de ser en las filiaciones institucionales y sus diferencias funcionales en cuanto a la actividad de protección o no del patrimonio antiguo, lo que supuestamente se expresa en cometidos divergentes ora políticos, ora académicos. Entonces, para el estudioso, debería ser evidente que mientras en el INAH la arqueología es práctica, en el IIA es teórica, que es justo la idea de Lorenzo. Suplementariamente sobrevienen otras deducciones: que mientras en el INAH la actividad teórica es irrelevante, en el IIA habría una situación tal que la teoría debería desarrollarse sin obstáculos de ningún orden. Confieso que difiero rotundamente de esta interpretación. De hecho, creo que estamos ante identidades simbólicamente construidas para rivalizar por el prestigio y el poder. La cuestión es, para empezar, por qué los arqueólogos de ambas instituciones comparten actitudes y costumbres similares.

He hablado de la evitación como una práctica común. Ello nada tiene que ver con la afiliación institucional aparente de los arqueólogos. Para el IIA, por ejemplo, sabemos de la reticencia normativa a criticar a los colegas más cercanos. Esta actitud ha sido elevada a regla de comportamiento social, pues, como confiesa uno de sus arqueólogos, "en alguna ocasión se propuso en nuestro instituto, en *aras de la paz social*, que no deberíamos reseñar obras de otros miembros del instituto (...) la crítica se interpreta negativamente y difícilmente le vemos el lado constructivo, aunque esa fuera la intención del que reseña, del dictaminador o del editor" (Schmidt, 1991: 1-2; cursivas del autor). A su vez, y en el mismo tenor, un destacado arqueólogo gubernamental ha hecho público el mismo uso de *evitar la crítica del colega* (Nalda, 1991: 65; cursivas del autor), costumbre llevada al extremo de afectar los resultados del conocimiento arqueológico: "El dato arqueológico, en México, se queda en el informe de campo o en la publicación de circulación interna: es un producto de consumo entre colegas (frecuentemente su circulación se restringe, en la práctica, a los especialistas del área, ni siquiera del tema)" (Nalda, 1991: 62). Este problema de comunicación e intercambio horizontal entre colegas implica, sobre todo, una misma dificultad *social* para encarar el cambio teórico, fenómeno peculiar porque en la historia del pensamiento arqueológico mundial (Willey, 1980 [1968]; Trigger, 1992 [1989]; Hodder, 1988 [1986]; Malina y Vasicek, 1990; Hodder, 1995: 92-121), este cambio se presenta como una sucesión muy parecida al cambio paradigmático sugerido por Kuhn (1980 [1962]). No es este el caso de la arqueología mexicana.

Sin descontar la influencia que una estructura social ideal tan esquemática pudiera ejercer sobre el pensamiento teórico de los arqueólogos de ambas instituciones, me parece que la cuestión del cambio teórico en la arqueología mexicana es más compleja que su expresión política o institucional. Es muy probable que, como tal, el esquema dual responda más a un pensamiento tipológico que a uno holístico (incluido el sistemático), lo que explicaría su enorme popularidad entre los mismos arqueólogos, tan habituados a este modo de clasificar la realidad. Por mi parte, me propongo explorar aquí las cualidades de su complejidad antes que abstraerlas para fines esquemáticos. Sospecho que tal como lo ha sugerido Litvak (1996) de modo informal en conversaciones y charlas públicas, entre los arqueólogos gubernamentales y universitarios pesa una socialización común en la ENAH, esto es, un entrenamiento bajo una *cultura disciplinaria común* más reveladora, observación capital que pudiera valer hasta para las escuelas posteriores, invariablemente fundadas por arqueólogos formados en la ENAH.

Reconozco en seguida que aunque carecemos de estudios del proceso de socialización profesional como los que han hecho para la biomedicina Jacqueline Fortes y Larissa Lomnitz (1981, 1982, 1991 y 1994), podemos abordar la cuestión por medios indirectos, orientados a estudiar el *pensamiento de la tradición teórica* conocida como Escuela Mexicana de Arqueología. Esto es, podemos estudiar cómo surge y se reproduce dicha tradición heredada de ciencia, lo cual, al margen de la inserción institucional que se le da (que erróneamente se liga al INAH, cuando la mayoría de arqueólogos vienen de un origen común en la ENAH, que es una escuela del INAH, lo que los emparenta por fuerza a la misma concepción tradicional), puede desentrañarse en su concepción general, en sus productos literarios, en sus prioridades, en sus proyectos de investigación y en sus acciones sociales intencionales, a veces tan políticas en el INAH como en el IIA. Los capítulos 1, 4 y 5 están redactados bajo esta óptica unificada.

Entonces, para la fase inicial de mi estudio empecé por conjeturar acerca de lo intrigante que resultaba el conservador desarrollo teórico de la arqueología mexicana (por lo que es, también, la motivación central del primer capítulo). La historia de sus ideas me indica un extraño anclaje –que cruza sutilmente las fronteras de la filiación institucional actual de sus miembros– en algo que recuerda una mezcla conceptual tanto del particularismo histórico norteamericano como de la historia cultural alemana, concepción habitual o normal que, por lo visto, impide en el orden de las

ideas el desenvolvimiento de arqueologías alternativas. Lo más ostensible de este fenómeno tradicionalista es sin duda el tópico mesoamericanista que ocupa con naturalidad la mayoría de sus textos. Este tópico es una y otra vez puesto de relieve en toda su literatura especializada y vale tanto para la arqueología oficial como para la académica, para la inmensa mayoría de tesis arqueológicas producidas en la ENAH, e, indirectamente, para el estudio de aquellas regiones arqueológicas usualmente descuidadas por el mesoamericanismo, por lo que éstas son un cielo abierto para los investigadores extranjeros, libres del fijismo de sus pares mexicanos.

La motivación central de esta indagación consiste entonces en la de comprender y explicar la especificidad del pensamiento arqueológico mexicano y su modo de responder al cambio conceptual y ontológico. Mientras que de tiempo en tiempo nuestros más conspicuos arqueólogos se esfuerzan por adaptar sus cronologías histórico-culturales a las nuevas evidencias empíricas obtenidas en excavaciones de sitios particulares hechas por el grueso de sus colegas –trabajos cotidianos que alteran en poco sus ideas nucleares respecto a Mesoamérica como una área cultural dueña de una "historia común" o, mejor, de una "cultura común"–, la normalidad transcurre sin más retos que los de mejorar las hipótesis auxiliares.[5] Al respecto, constituye una demostrativa reafirmación de la tradición el que Litvak (1986: 119-122 y 156) y Gándara (1991) coincidan en apreciar al pensamiento arqueológico mexicano como sujeto de un proceso de *cambio agregativo* en gran medida ecléctico, donde se van sumando conceptos de lo más dispar, sin importar su sentido y referencia. ¿Es normal esta normalidad, esto es, de veras la agregación implica cambio alguno? ¿A qué responde este fenómeno del comportamiento social y del pensamiento abstracto en una disciplina científica que, en vez de orientarse a lo científicamente universal, insiste en identificarse como "arqueología mexicana"? ¿Es el conservadurismo teórico la causa de su peculiar comportamiento social de evitación u ortodoxia o, como en esa manida frase marxista, es su ser social lo que determina su pensamiento? Parafraseando a Mannheim, quizá la pregunta operativa de toda nuestra indagación sería mejor: ¿existe una relación mutuamente condicionante entre su estructura social y su estructura cognoscitiva?

[5] Según la terminología kuhniana, bajo el estadio de ciencia normal no se cuestionan la teoría o teorías establecidas, sino que se les perfecciona técnica y hasta cierto punto progresivamente.

II

Cuestiones análogas a éstas se vienen planteando desde que la sociología del conocimiento se propuso emprender una investigación sistemática de vastos alcances a propósito de los nexos entre sociedad y conocimiento. Ya en 1930 Karl Mannheim pretendía erigir toda una teoría sociológica general del conocimiento, pero sustentada en dos variantes, una estrictamente empírico-sistemática y otra epistemológica (Mannheim, 1973). Más tarde, tanto Robert K. Merton como Wright Mills criticarían las insuficiencias de la sociología del conocimiento para establecer las supuestas conexiones entre ser social y conocimiento a causa de sus limitaciones instrumentales, como podría ser un bagaje categórico cuestionable. Adorno mismo enderezó su crítica contra el método y categorías de Mannheim, a raíz de una nueva ola de revalorizaciones que inspiró su obra (Adorno, 1978).

Lo que hizo Merton entonces fue trabajar en los linderos del condicionamiento social del conocimiento, pero sin preocuparse por cerrar la dualidad abierta por Mannheim. Se podría decir que Merton vino a desarrollar la variante empírico-sistemática en vez de la epistemológica. Al desentrañar los imperativos institucionales de la ciencia, Merton la mostró como una institución comunal, poseedora de un comportamiento característico expresado en normas, recompensas y cometidos, esto es, en un *ethos* científico (cfr. Merton, 1980). La relevancia de esta sociología de la ciencia de corte empírico es palpable en sus aportes ulteriores sobre la calidad de las investigaciones, la medición de su actividad, la demografía institucional, las motivaciones de los científicos, su organización en colegios invisibles, y aun algunos conflictos internos. Sin embargo, en el presente, y contra lo dispuesto por Merton al soslayar la vertiente cognoscitiva de la ciencia, su aproximación sociológica no parece ser suficiente para comprender cabalmente la elusiva pero insoslayable unidad de conocimiento y sociedad.

Gracias a la contribución mertoniana, para el sociólogo no parece problemático aprehender una comunidad científica a través de encuestas y estadísticas inferenciales diseñadas *ex profeso*. Sin embargo, es notorio que el trabajo clásico de Warren O. Hagstrom (1965), que ha servido de piedra angular a toda clase de construcciones sociológicas posteriores, está basado en lo que él llamó la "organización clásica de la ciencia", es decir, en una organización ideal inferida de una encuesta a 76 científicos. Pocos años más tarde, Hagstrom (cfr. 1979, 1982) asumiría que esa comunidad se subdivide en unidades menores y que vive sujeta de una tensión esencial, producto de su crecimiento interno y de su patrocinio externo.

Tal tensión, preveía él, podría llevar a esta ciencia comunitaria a perder autonomía y desorganizarse. Hoy, su presunción es una tendencia efectiva dentro de la empresa de la gran ciencia, como resultado del patrocinio industrial y militar (Ziman, 1999). Muchos de los rasgos primigenios que caracterizaron a las primeras comunidades científicas surgidas en el siglo XVII –la comunicación horizontal, el desinterés científico, el escepticismo y el universalismo–, están siendo socavadas por la eclosión de nuevas relaciones interesadas provocadas intencionalmente por los científicos, al tiempo que han ido reduciendo sus espacios organizativos a grupos estrechos, muy dinámicos, y altamente informales de interacción social (cfr. Rosenberg y Birdzell, 1990; Ferné, s.d.; Franklin, s.d.; Lewenstein, s.d.). En suma, hoy resulta difícil postular una comunidad científica como estructura *a priori*, sin antes demostrar que lo es efectivamente en términos sociales y cognitivos. Lo anterior, como abundaré más adelante, explica en alguna medida por qué he preferido hablar de "tradición científica" en vez de "comunidad científica", toda vez que me ocupo de los arqueólogos y de la arqueología mexicanos.

Ocurre pues que ya no podemos seguir escindiendo las estructuras sociales de las estructuras cognitivas de la ciencia. El popularísimo concepto de "paradigma científico", tal como Thomas S. Kuhn lo postuló en 1962, conjunta ambas manifestaciones de un mismo fenómeno, al punto de parecer tautológico cuando escribía que: "Un paradigma es lo que los miembros de una comunidad científica, y sólo ellos, comparten. A la inversa, es una posesión de un paradigma común lo que constituye una comunidad científica" (Kuhn, 1982: 319). No entraré en la discusión de su definición más sintética, pero, para efectos de esta introducción, es importante hacer notar que muy pocos de sus numerosos críticos y epígonos se dieron cuenta de que el concepto reunía elementos que estaban distanciados desde Mannheim (Kuhn, 2000 [1970]). Pero dada la herencia empírica anterior, fue fácil caer en el error opuesto de reinterpretar al paradigma sólo por una porción de su contenido cognitivo, pasando por alto la relación consensual o comunitaria de fondo. Se invirtió así la estrategia de Merton, ocultando ahora su expresión social.

El error fue amplificado en grande escala por los científicos sociales, siempre deseosos de compartir la autoridad cientificista de las ciencias físicas y formales. Una tentación a la que todos sucumbimos fue la de reinterpretar al paradigma por, digamos, la mitad de su contenido teórico o metateórico, olvidándonos del condicionante sociocomunitario implícito. Como indicaron varios críticos de esta moda, detrás del kuhnianismo social

había un positivismo embozado, y cuya evidencia más demostrativa era que había tantos paradigmas sociológicos como sociólogos intentaron la clasificación (Eckeberg y Hill, 1980; Roth, 1987: 115-129). La crítica era susceptible de extensión a los antropólogos sociales que siguieron el camino de paradigmatización de su disciplina, pero sin brindar resultados alentadores, ni siquiera acuerdo mínimo sobre cuáles eran los paradigmas teóricos y cuáles no (cfr. Kirsch, 1982; Krotz, 1981; Hewitt, 1982 [1984, 1988]; Vázquez, 1987). No está de más recordar aquí que Kuhn extrajo su noción de paradigma luego de convivir durante un año con un grupo de científicos sociales, en calidad de historiador de la ciencia.

> Principalmente –escribió después– me asombré ante el número y alcance de los desacuerdos patentes entre los científicos sociales, sobre la naturaleza de problemas y métodos científicos aceptados (...) Al tratar de descubrir esta diferencia [con las ciencias físicas], llegué a reconocer el papel desempeñado en la investigación científica por lo que, desde entonces, llamo paradigmas (Kuhn, 1980: 13-14).

No es de extrañar que Kuhn tuviera por esa época en tan bajo concepto a los científicos sociales (que eufemistamente agrupaba dentro de unas "ciencias inmaduras"), que en cualquier caso le sirvieron de ejemplo analógico de lo que *no era un grupo paradigmático.*

Así las cosas, al demostrarse que la aplicación de la filosofía científica de Kuhn era desaconsejable para el análisis de la antropología y otras ciencias sociales, a pesar del enorme mérito conseguido por él al superar la dicotomía pensamiento-sociedad, se imponía una búsqueda reflexiva que en vez de errar persiguiendo cientificidades ilusorias, se volviera hacia sí misma, hacia su propio pensamiento y hacia su propio condicionamiento social. Cosa curiosa, Kuhn mismo contribuyó a esto cuando replanteó la cuestión de la estructura social del paradigma, llegando a la conclusión que éste podría descomponerse en niveles integrativos como subgrupos o subcomunidades de menor envergadura (Kuhn, 1982: 320). Luego, las evidencias obtenidas por la sociología de la ciencia contribuyeron a la reorientación hacia una nueva conceptualización.[6]

Por una parte, entonces, se había impuesto la dispersión del ideal de comunidad científica (arqueológica en nuestro caso) en unidades organi-

[6] En 1970, en la respuesta a sus críticos, distinguió entre comunidades de tradición –típicas de las humanidades– y comunidades propiamente científicas, donde habría mayor progreso teórico (Khun, 2000: 137).

zativas cada vez menores, como los grupos coherentes de trabajo y, por último, las redes personalizadas de investigación. Queda asentado que para nosotros es en determinados niveles de organización social –específicamente en los proyectos arqueológicos– donde se produce socialmente el conocimiento arqueológico, cualquiera que sea su alcance cognoscitivo y sus efectos sociales. Aun así, seguíamos sin poder articular existencia y pensamiento. Fue entonces que reparé que en la historia de la ciencia se venía usando con excesiva liberalidad la idea de "tradición científica". La misma historiografía de la antropología la había aplicado indistintamente a la arqueología y a la antropología social (Trigger, 1985; Kupper, 1987 [1973]); Pahl por su parte la empleó para describir el estado crónico de controversia dentro de la sociología inglesa (Pahl, 1979). Nuestro problema era entonces definir al concepto para usos analíticos en vez de descriptivos.

Debo a Ángel Palerm el haber caracterizado a la "cultura de la etnología" como "tradición antropológica", es decir, como un "conjunto de valores, actitudes, preocupaciones e intereses de los etnólogos" (Palerm, 1974: 12), una "subcultura en el sentido antropológico, que no se basa exclusivamente en la transmisión literaria de ideas marxistas [caso de la red de transmisión de la antropología marxista], sino también de comunicación personal y la transmisión oral" (Palerm, 1979: 45). Trabajos ulteriores como los de Boyer (1990) y Hobsbawm (1988 [1983]) me permitieron reelaborar esta definición, haciéndola más receptiva hacia aquellas interacciones sociales repetitivas que implican al tradicionalismo como proceso sociocultural. Asimismo, y esta vez desde el campo de la sociología de la educación, Becher (1992: 57) sugirió tratar a las disciplinas e identidad de los académicos como "culturas disciplinarias" que involucran "actitudes, actividades y estilos cognoscitivos característicos de las personas que ejercen dentro de varias disciplinas", poniendo el énfasis en las características epistemológicas de su pensamiento como la base de su identidad, lo cual nos remite a la variante filosófica del programa de sociología del conocimiento de Mannheim, pero bajo una conceptualización monista, no dualista.

Podemos afirmar entonces que la antropología social del trabajo científico estaría en condiciones de recoger el añejo desafío lanzado por Mannheim a condición de ubicar a los científicos, su conocimiento y sus actividades, en un contexto de explicación y comprensión socioculturales, que lo mismo atienda a las estructuras sociales que a las cognitivas. Con este propósito en mente, definiría a la "tradición arqueológica" como

"aquel legado cultural específico de conocimientos, enfoques y modos cognoscitivos, lo mismo que de actitudes, valores, intereses y formas de conducta repetidos e interactuados por grupos y cuasigrupos de arqueólogos de ese modo identificados". Esta especie de cultura organizativa o disciplinaria, repito, pretende enlazar en un mismo concepto a los modos de hacer y de pensar esta ciencia. Hodder, por ejemplo, ha sugerido desde el ámbito reflexivo de la arqueología inglesa algo equivalente mediante el concepto de "praxis arqueológica", con el cual persigue, también, iluminar la "implicación práctica de nuestras teorías", desechando la positivista distinción de ciencia y sociedad (Hodder, 1995a: 3).[7] Qué tipo de ciencia sea o deba ser, qué tan aproximada esté o no a una definición normativa de ciencia, e incluso si la arqueología es un arte o bien una ciencia, son cuestiones que rebasan en mucho los límites de mi estudio. Pienso que eso es algo que los propios arqueólogos pueden y deben discernir. En trueque, ofrezco una fenomenología no prescriptiva, aunque no mas complaciente.

III

La aplicación de la antropología sociocultural a la comprensión y explicación de la praxis y conocimiento de la ciencia es un desarrollo muy reciente impulsado lamentablemente por el pensamiento posmoderno. Digo lamentable porque ese impulso habrá de resultar en detrimento de la propia antropología de la ciencia, haciéndola aparecer como una impostura en su conjunto, ignorando de este modo las diferencias de enfoque a su interior. Por si esto fuera poco, dicho impulso posmoderno acaricia en el fondo un arraigado motivo romántico conservador, responsable de que se haya enzarzado en una crítica de corte neopositivista respecto de la ideología científico-técnica conocida como cientificismo –ideología que antes se achacaba al protopositivismo y al positivismo en sí–, pero que ha conducido a lo que ya parece ser, ¡oh paradoja!, la mismísima copia al carbón de aquella muerte anunciada bajo el mesiánico título del "ocaso de Occidente", ocaso que una vez presagiara el ideólogo historicista alemán Oswald Spengler hacia 1918-1922 (Thuillier, s.d.; 1983: 92-116) Antes de entrar en dicha materia, vale una digresión obligada por medio de la cual he de distinguir al menos tres caminos seguidos por la antropología de la ciencia, dos de los cuales han sido casi engullidos por el florecimiento de la antro-

[7] Mucho más recientemente, Jones (2001) se cuestiona la causa de la polarización entre arqueólogos científicos y teóricos de la arqueología, apelando también al análisis de la práctica de la arqueología.

pología posmoderna de la ciencia. Me refiero además de ésta, a la antropología funcionalista y a la antropología inspirada en la etnometodología.[8]

Para el estudioso siempre resultará asombroso ver cómo las ideas parecen repetirse cual episodios ya vistos de un movimiento pendular en la historia del pensamiento social. Y es que desde sus orígenes más proteicos los estudios de la ciencia estaban divididos –y en esa dinámica encontrada seguimos–, excepto que estamos repitiendo ideas muy parecidas. Hubo también sus campeones en contradicción. Mientras Spengler presentaba al hundimiento de la Alemania de su época como nada menos que el universal "ocaso de la civilización occidental" –nótese en ello su nietzscheana altivez–, al mismo tiempo que postulaba el fin de la ciencia como parte de la decadencia civilizatoria ("Tras siglos de orgías científicas, hemos llegado a hartarnos", decía), en la pujante Norteamérica, el "bardo del salvajismo" –uso a propósito el apelativo dado por su biógrafo John P. Diggins (1983)–, el disidente economista de aires antropológicos Thorstein Veblen, pronto barruntó que la ciencia lejos de estar decayendo, estaba creciendo domesticada por el agresivo capitalismo americano, y que ello era visible desde su fase inicial en la educación superior universitaria, tal como habría de denunciarlo en su obra *The Higher Learning in America: A Memorandum on the Conduct of Universities by Business Men* (Veblen, 1993 [1918]). El libro, como sabemos por Diggins, tuvo primero el retador subtítulo de *Un estudio sobre la depravación total*. Fuerte, sí, pero muy distinto a *El ocaso de Occidente*, ya que Veblen (1980: 322) identificaba los agentes y el contexto de esa depravación del conocimiento ilustrado:

> Allí donde se entrometen cánones de conveniencia en la investigación [científica] o se intenta incorporarlos a ella, las consecuencias son desdichadas para la ciencia, por felices que sean para algún otro fin extraño a la ciencia. La actitud mental de la sabiduría mundana está en conflicto con el espíritu científico desinteresado, y su mantenimiento genera una parcialidad intelectual que es incompatible con la visión científica (...) las tácticas comerciales, los asuntos militares y la teoría política es extraña al espíritu científico escéptico y lo subvierte.

[8] En el *post scriptum* declaro mi filiación etnometodológica, por lo que mi análisis de las corrientes está orientado, luego no pretendo engañar a nadie; Hacking (2001: 109-167) dedica un largo capítulo al mismo tema sin llegar a ser conclusivo; y Nelkin (1996: 31-36), desde la propia perspectiva de los estudios culturales de la ciencia, hace más bien una reflexión reveladora sobre las perspectivas de estos estudios.

Pero sucede que mientras él dirigía su crítica contra los acaudalados patrocinadores de las ideas y la constricción que ello implicaba para la libre búsqueda de ideas, en *The Place of Science in Modern Civilization* (Veblen, 1990 [1919]) había un mensaje de esperanza cifrado en la vital persistencia del instinto de la curiosidad ociosa enclavado en la entraña misma de la tradición científica, que así estaría abocada a una búsqueda incesante de conocimiento. Esta fe en el conocimiento fáctico y sus consecuencias tecnológicas era más bien un motor civilizatorio, nunca la causa de su decadencia. Esa curiosidad ociosa era, según sus palabras, "la inclinación desinteresada a adquirir conocimiento de las cosas y reducir este conocimiento a un sistema comprensible". Como es obvio, dos décadas después, en 1942, la sociología funcionalista de la ciencia en manos de Merton (1980) convertiría esa curiosidad en un valor, y por ende, en un imperativo institucional de aquella ciencia y la tecnología realizadas bajo un orden democrático. En ese sentido, los científicos eran desinteresados "comunistas" porque el conocimiento científico era de propiedad común, si bien la historia previa (¡y presente en plena guerra mundial!) indicaba que había una "dependencia de tipos particulares de estructura social" que no podían abstraerse al momento de analizar lo que el mismo Merton llamaba "la estructura cultural de la ciencia", lo que, según la lógica de su teorización, consistía en la ciencia como institución. No obstante esa limitación institucional de su análisis funcional-estructural, mismo sería superado más tarde, quedaba claro una relación específica entre ciencia y sociedad por cuanto que la ciencia se desarrollaba a través de diversas estructuras sociales. Pero al decir que el mejor contexto de desarrollo era el orden democrático, Merton puso en claro que hablar de la ciencia como "tradición científica occidental" –una "contextualización" tan amplia que en realidad nunca puntualiza situaciones y actores–, resulta en una exageración tan ideologizada como el mito que pretendía rechazar.

Por cuanto hace a una antropología propiamente dicha de la ciencia hubo que esperar hasta 1966, cuando Gerald Swatez diserta sobre la *Social Organization of a University Laboratory*, para que se reconociera en ella su inicio como especialización; a poco, en 1967, Robert S. Anderson escribiría *Community for Research: An Anthropologist in the Enrico Fermi Institute for Nuclear Studies* y, luego, en 1975, *Building Scientific Institutions in India: Saha and Bhabha* (Anderson, 1981). Por desgracia, la mayoría de estos estudios pioneros no rebasaron los ámbitos académicos en que fueron expuestos como disertaciones doctorales, lo que impidió disponer de ellos como conocimiento público. Pese a lo cual, Wolf Lepenies (1981) hablaba ya de un "giro antropológico en la sociología de la ciencia". Se mantenía

que el antropólogo social en este terreno, aunque llegase a emplear las técnicas cuantitativas del sociólogo, podía extenderse hacia problemas y observaciones usualmente dejadas de lado, tales como la ubicación social, el estatus, la jerarquía, los imperativos normativos, las ligazones sociales, etcétera (Mendelsohn y Elkana, 1981).

Pero Anderson (1981), bastante más experimentado en estas tareas, volvió a poner en tensión la exploración concienzuda de los nexos entre estructuras sociales y estructuras cognitivas. Para él, la antropología de la ciencia se interesaba de modo emic o interna en la cultura científica, mas no tenía por qué estar validada en esos términos, es decir, la interpretación última, etic o externa, estaba en manos del extraño profesional. Luego agregó un recio ingrediente relativista que más tarde se haría esencial para los críticos de la ciencia. Según Anderson, el ser un extraño sin competencia alguna en el campo bajo estudio era un valor intrínseco –valor, digo yo, muy útil cuando de salvajes y primitivos se trataba–, ya que, sigue Anderson diciendo, como cualquier otra cultura bajo escrutinio antropológico, lo que cuenta no es la exactitud sino la interpretación de la misma. Habría pues distancia entre las categorías etic y las categorías emic, que muy bien podían ser comparadas, si se deseaba, si bien el "éxito de esta comparación dependerá de lo que finalmente *queramos saber* de nuestros estudios sociales de la ciencia y la tecnología" (Anderson, 1981: 239; cursivas del autor). Con estas palabras, como digo, se volvía a poner en tensión conocimiento y sociedad, no obstante que entonces Lepenies celebraba lo mismo a la benéfica influencia de la hermenéutica que de la etnometodología. Pronto se vería que la etnometodología poseía un programa de investigación por principio opuesto al posmodernismo (Lynch, 1993; Pleasants, 1997).

Los etnometodólogos, sin dejar de ser críticos hacia la sociología funcionalista de la ciencia, tuvieron en común con su contraparte en la antropología funcionalista la insuficiencia de frutos abundantes. Ello se advierte en los trabajos abordados por el grupo de Garfinkel a propósito de un grupo de astrofísicos, otro de matemáticos y dentro de un laboratorio neurobiológico (Coulon, 1995: 59-61; Heritage, 1990: 336-340; Lynch, 1985 [1979]). En contraste con los estudios hechos bajo esta corriente respecto de la interacción escolar en el salón de clase (Coulon, 1995a), por ejemplo, la etnometodología de la ciencia parece ser un desarrollo pobre.[9]

[9] Influido por Garfinkel, John Law (1976) replanteó su estudio sobre la cristalografía de las proteínas, para lo que evita toda prescripción y adopta la propia visión del mundo de los científicos; Ángela Metropulos (1986) por su parte exploró la interrelación del conocimiento científico y la organización social del mismo en un laboratorio de biología marina. La idea de contextualizar este conocimiento sin sobredeterminarlo aparece en otros estudios, tales como Collins (1982) para varios laboratorios experimentales de laser; y Whitley

La causa de su escasa popularidad reside en las exigencias del enfoque mismo. Sus críticos hablan de unas crónicas conclusiones modestas, si no es que carencia de éstas. En efecto, lejos de ser tan suficientes como se exhiben sus competidores posmodernos en campos de conocimiento y de experiencia desconocidos –y para los que ser extraños es una desventaja imperdonable; hablo, sí, de los campos científicos–, los así llamados "estudios del trabajo" de Garfinkel y otros (1986) siempre procuraron describir la actividad científica en los propios términos de los científicos, eso es, con absoluto respeto de sus razonamientos emic. Por ello mismo, se criticó el exceso de descripción emic del estudio de Lynch entre los neurobiólogos en su *Art and Artifact in Laboratory Science: A Study of Shop Work and Shop Talk in a Research Laboratory* (1985 [1979]), justo porque no pretendía probar nada sobre la epistemología de la ciencia. Lynch se interesó mucho más en escuchar las conversaciones del laboratorio, procurando como todo buen antropólogo, al menos aprender algo de la ciencia estudiada, antes que oponer (y anteponer) cualquier axiología personal. Resulta obvio que estudios tan poco presuntuosos jamás consiguieron generar toda una corriente sociológica comparable en prestigio a los "estudios sociales de la ciencia" provocados por la obra de Bruno Latour y Steve Woolgar *Laboratory Life. The Construction of Scientific Facts* (1986 [1979]), punto de arranque de una polémica en curso conocida como las "guerras de la ciencia" (Ross, 1996; Ruse, 2001: 15-26). Este título de "guerras de la ciencia" no es para menos, pues los más atrevidos críticos proclamaron a viva voz "las mentiras de la ciencia" (Di Trocchio, 1995 [1993]). Empero, el lenguaje común norteamericano está tan agobiado de metáforas militares, que uno se pregunta si hay una conexión verdadera entre las guerras académicas y las guerras coloniales que de tiempo en tiempo emprenden como sociedad imperial.[10]

Como antes dije, la antropología funcionalista de la ciencia tuvo la seria dificultad de cargar con la herencia de la sociología funcionalista anterior, lo cual complicó su desarrollo. Un ejemplo próximo lo tenemos en el estudio de Fortes y Adler Lomnitz (1994 [1991]) sobre el proceso de socialización científica de los estudiantes de tres generaciones de licen-

---

(1981) para la conexión entre patrones de investigación y contextos de práctica científica específicos. De hecho, todavía en esta época Woolgar (1981) y Knorr-Cetina (1981) suscribían la idea de la contextualización de Garfinkel, si bien ya daban prioridad al "contexto presentacional", o mejor, representacional, mucho más apropiado para su postura constructivista social del conocimiento.

[10] Para un filósofo ajeno a la sociedad norteamericana como es el caso de Hacking (2001: 12), estas metáforas tendrían un resultado insensibilizador: "La predisposición a describir el desacuerdo profundo en términos de metáforas de guerra hace que la existencia de guerras reales parezca más natural, más inevitable, más parte de la condición humana." Luego del 11-S estamos seguros de ello.

ciatura del Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM. Como tal, el estudio fue realizado entre 1974 y 1980, y se ocupa de un campo largamente descuidado por la sociología mertoniana, no así de Veblen. No obstante que uno de los mayores aportes de este estudio es la postulación de una ideología y un tipo ideal de "científico ideal" –los que serían introyectados a los estudiantes en el curso de su socialización científica–, las autoras buscan demostrar que las normas y valores de la institución son capaces no sólo de hacerlos adquirir la nueva identidad científica, sino sobre todo corregir sus desviaciones conductuales de la norma. Se sigue pues que esa ideología y ese tipo ideal son congruentes con los fines de la institución. La carga funcionalista de esta conclusión es evidente. Pero surgen dudas al respecto. Aparte de que se habla poco sobre la interacción entre la organización de la investigación y el proceso de conocimiento que suscita en las aulas, cabe la duda de si realmente las normas y valores institucionales son así de homeostáticos, pues en estudios previos (Lomnitz, 1972; 1985) se habla de un conflicto que dividía a toda la comunidad biomédica sin resolución aparente. Vale decir que esta antropología (que aún insistía en reconocerse como sociología de la ciencia) estimuló a algunas de las alumnas de Larissa Lomnitz a desarrollar lo que en un momento se conoció como "estudios de pares" (Nolasco, 1984), pero que luego se definen como sendas investigaciones de la comunidad de los matemáticos (Mayer, 1991) o del desarrollo tecnológico en la industria (Pérez-Lizaur, 1991).

Para los nuevos sociólogos de la ciencia todas estas insuficiencias fueron muy útiles. Incluyendo la etnografía usada por los antropólogos, que de inmediato fue adoptada y adaptada para sus propios fines, interesados en demostrar la "falacia ontológica" del realismo científico. Un estudio equivalente hecho por un grupo de antropólogos australianos en el Instituto Hall de Ciencia Médica, en Melbourne, llevó a Steve Woolgar (1991a) a decir que los antropólogos no eran lo suficientemente antropólogos, pues siguen privilegiando a las instituciones y a sus arreglos internos sin abrazar el enfoque relativista-constructivista aportado por los "estudios sociales de la ciencia", bajo el cual se deconstruye la filosofía objetivista de la ciencia con tal de cuestionar todos los campos de estudio con pretensiones científicas. La tesis relativista de la cultura científica de Anderson (1981), antes mencionada, adquiere aquí mayor relevancia. La nueva "etnografía reflexiva" desarrolla en el extraño que observa al científico un abisal "escepticismo analítico" sobre todas las explicaciones y pensamientos de los científicos (Woolgar, 1991: 80; Latour y

Woolgar, 1986: 278), escepticismo que llevado a sus últimas consecuencias termina por tildar de falaz a toda la ciencia. La misma ciencia, dirá Woolgar, "no es científica, excepto cuando se presenta a sí misma como tal" (Woolgar, 1991: 164).

Solo en apariencia estos estudios de laboratorio consiguen restituir la unidad de sociedad y conocimiento que una vez Kuhn conciliara. Mas esa apariencia es falsa, porque se trata de un axioma que a la postre colocara en una encrucijada a todo el paradigma constructivista puesto que uno de sus méritos había sido la contextualización del conocimiento, idea que compartían con la etnometodología. Sin duda pesó mucho más la intención de traer ese conocimiento a la tierra y desmitificarlo como un "artefacto cultural" (Krohn, 1981). De las tres hipótesis planteadas por Knorr-Cetina (1981) para reconstruir la macrosociología de la ciencia a partir de la microsociología, es la hipótesis representativa la que prima justo porque sostiene que toda representación es activamente construida por la acción social, una variación del "programa fuerte" de la sociología del conocimiento de David Bloor, en el que todo conocimiento científico puede explicarse socialmente (Barnes, Bloor y Henry, 1996). Se sigue que bajo esta concepción, los científicos manipulan conscientemente las limitaciones contextuales. Woolgar (1981) hablará en seguida de una determinación social del conocimiento, misma que antecede a la discusión filosófica de si éste es o no verdadero, descontando que la verdad es también negociada. El contexto real queda así disminuido a un "contexto presentacional", a una "organización textual", que refleja mejor al discurso que a la realidad. El golpe definitivo lo asesta Latour (1981: 56-69) al concluir diciendo que todo proceso de investigación científica es contextual, heterogéneo (nunca es puro), oportunista (responde a las circunstancias), ideosincrático y es la "construcción de una ficción". Por último, será la fenomenología de Berger y Luckman (1967) sobre la construcción social de la realidad, la mayor influencia filosófica que contribuye al endurecimiento del axioma según el cual por fuerza el contenido del conocimiento es resultado de un proceso social. En suma, las explicaciones, teorías, experimentos, modelos, hipótesis y demás medios del razonamiento científico, en vez de reflejar al mundo real han de ser meras construcciones sociales interesadas.[11]

[11] Y, como señala incisivamente Hacking (2001), hay que agregar a la lista los resultados o contenido del saber científico. Como bien dice, los constructivistas sociales son unos externalistas de nuevo cuño, que han heredado la vieja tradición empirista, lo cual explicaría sus arrebatos positivistas invertidos: no más objetivismo, sí al subjetivismo.

Entre los antropólogos estas ideas no pasaron desapercibidas. Hubo un momento en que la antropología de la ciencia se percibía dividida entre dos polos, de un lado Bronislaw Malinowski y de otro Ludwig Fleck (González, Nader y Ou, 1995). Pero con la publicación de *Naked Science. Anthropological Inquiry into Boundaries, Power and Knowledge* (Nader, 1996) se opta por Fleck. Luego se acude en ayuda de los sociólogos en su tarea de exponer a la ciencia desnuda, libre de purezas, pero eso sí, nunca libre de cultura. No está de sobra decir que la idea de darle un contexto cultural a la ciencia difiere del uso que una vez diera Snow (1977 [1959]) al concepto de cultura científica, que antes había derivado de la antropología. Snow era al mismo tiempo físico y novelista, así que no percibía oposición entre la cultura científica y la cultura humanista, por lo que proponía unificarlas. Sokal y Bricmont (1999), físicos ambos, han vuelto a traer esto a la discusión a propósito de un "verdadero diálogo entre las dos culturas". Pero detrás del sentido que los antropólogos posmodernos de la ciencia dan al concepto de cultura como una entidad inconmensurable (tal como la entendió el padre del romanticismo Johann Gottfried Herder en 1784 [1997]), reaparece la confusión entre ciencia e ideología propiciada por lo que Veblen ya veía como un contexto malsano: que la "ciencia americana" estaba ya no entronizada por los intereses industriales, sino de plano por los militares. Si bien es muy claro en estos análisis que hay una continua referencia al desarrollo científico conocido como la "gran ciencia", esto es, el desarrollo de la investigación en gran escala como un modelo de estructuración organizativa adoptado desde el Proyecto Manhattan (Galison y Hevly, 1992), y de que el contexto de referencia es "nuestro país", es asombroso que los académicos americanos vuelvan elevarse al rango universal para generalizar en torno a la "las tradiciones científicas de Occidente": "Los hallazgos de la antropología y de las ciencias sociales contradicen las imágenes ubicuas de la ciencia Occidental como pura, independiente de la política", escribe Nader, para luego, a pie de página, como para no disminuir la fuerza de su afirmación, agregar que a estos antropólogos americanos los mueve la oposición a la intolerancia para con la disidencia dentro de su cultura, y la naturaleza crecientemente ideológica de la ciencia "en nuestro país [pero] que afecta alrededor del globo" (Nader, 1996: XIII y XIV). Spengler se habría de remover contento en su tumba por el eco de sus declaraciones estridentistas.[12] No es casual

[12] A la orgía de la ciencia, Spengler añadía el exceso de democracia y de socialismo como causales de la crisis moral, síntoma del ocaso de la civilización occidental. Si esto recuerda al nacionalsocialismo, la coincidencia es correcta, ya que a poco escribe la *Reconstrucción del Estado alemán* en 1924. Todo un clásico del pensamiento reaccionario, hoy reconocido como una de las fuente ideológicas del nazismo.

que uno de los temas favoritos abordados sean los físicos de la alta energía (Traweek, 1988) o los físicos de los laboratorios de armas nucleares (Gusterson, 1992 y 1996). Análisis etnológicos de las teorías científicas como el de Stockzkowski (1992) aparecen como extraños dentro del contexto americano.

Se ve, pues, que las relaciones entre esta corriente y la antropología social de la ciencia no son del todo amistosas, a pesar de su recurso etnográfico común. La divergencia entre ambas se antoja profunda, pues tiene que ver con la filosofía y la teoría social implicadas. Que sepamos, no ha habido hasta ahora una réplica a tal crítica por parte de los antropólogos interesados en el asunto, como sí la ha habido desde la filosofía de la ciencia (Bunge, 1992; Hacking, 2001), la historia de la ciencia (Thuillier, 1990) o para el conjunto de la antropología posmoderna (Reyna, 1994).

Creo que esta incapacidad de respuesta en mucho es atribuible a la carencia teórico-filosófica antes anotada. Movido entonces por los fines inmediatos del presente estudio, sugiero que esta teoría puede ser la hermenéutica crítica (Bleicher, 1990: 143-211), la que, entre otras características, es una corriente que se ha desprendido del subjetivismo prevaleciente entre los hermeneutas decimonónicos, por lo que procura disminuir la tensión entre explicación e interpretación, buscando inclusive unificarlas (Apel, 1984). Tal como lo aprecia Reyna (1994), la hermenéutica crítica, en clara distinción al deconstruccionismo, pretende más que nunca ser una "ciencia de la interpretación", cuyo método, aunque siga siendo aproximativo (el llamado "círculo hermenéutico"), consigue su comprensión a través de la validación dialógica (Habermas y Apel, Gamader hasta cierto punto), hipotético-deductiva (Hirsch), argumentativa (Ricoeur), e incluso en una profundización declaradamente metódica (Betti, Giddens y Thompson), por lo que en ocasiones se acerca al principio de falseación de Popper y a ciertas posturas pospositivistas que proponen que la validación científica es provisional y la explicación una verdad aproximada, tanto como la comprensión lo es (Reyna, 1994: 556-557; Ricoeur, 1992: 212-213; Ferraris, 323-332; Popper, 1995: 123).

Adicionalmente, creo necesario aclarar en relación con el glosocentrismo (la palabra es todo, la ciencia un texto) del deconstruccionismo, que la hermenéutica desde sus inicios surgió ligada a la filosofía del lenguaje, por lo que su "giro lingüístico" a la pragmática y al más tradicional análisis textual no es oportunista (cfr. Lafont, 1993). Hay, eso sí, el convencimiento de que sólo a través del lenguaje accedemos a la realidad, pero no se le hipostasia como la "cárcel de la realidad". Esta perspectiva

abre todo un campo de posibilidades a la antropología de la ciencia para interpretar, por medio del discurso hablado y escrito, al pensamiento y ser social de la ciencia y de los científicos, sin "pecar", como dice Bunge, de irracionalismo o de subjetivismo colectivista. Más que otra cosa, esta pragmática retendría las nociones de sentido y referencia de Gottlob Frege (1999). Me explico: a través del estudio textual y conversacional del lenguaje disciplinario podemos avanzar hacia la comprensión de sentido, pero sin sustituir a éste por su referente real. Esto asegura no confundir cosa e idea, hechos y explicaciones, sujeto y objeto. No asumir dicha confusión es justo lo que Woolgar critica a la antropología: si la ciencia es simple retórica, comprender el conocimiento científico termina por ser irrelevante, ya que antes lo es su referente. Su sentido nunca dejará de ser una construcción social interesada, sin criterios de verdad discernibles. Como resulta obvio, nunca podremos suscribir, como en los estudios sociales de la ciencia, el pretendido "fraude ontológico" que se achaca a la ciencia, por mucho que, como ellos, también examinemos sus textos y al comportamiento social intencional. Antes, por el contrario, postulamos que los objetos del mundo real no sólo existen, sino que son objeto de la acción práctica, razonable, metódica, de las ciencias.

No puedo concluir este parágrafo sin hacer una destacada mención del sostén filosófico que encuentro en la hermenéutica moderna. Dentro de la hermenéutica histórico-ontológica, Gadamer (1977) convirtió al lenguaje en tradición o transmisión. Los textos, lo mismo que la historia, siempre son interpretados y ulteriormente comprendidos a través de prejuicios o preentendimientos (ideas, conjeturas o presuposiciones) que nos confrontan con tradiciones radicalmente diferentes a nosotros, puesto que nosotros mismos estamos ubicados en una de ellas. Aparte de esta doble conciencia de extrañamiento y de pertenencia, advierte que aun la más auténtica y sólida de las tradiciones (como es el caso de una tradición científica arqueológica), ésta no se desarrolla sólo en virtud de cierta persistencia, sino que requiere ser aceptada, adoptada, cultivada y renovada. Se verá, pues, que éste es precisamente el modo como inquiriremos a nuestro actual objeto de estudio: concatenando el conocimiento arqueológico y el condicionamiento social de la arqueología y cómo ambos contribuyen para hacer aceptable, adoptable, cultivable y renovable esa tradición arraigada de ciencia, conocida entre nosotros como Escuela Mexicana de Arqueología. Dicho más claridosamente aún, para nosotros las instituciones de la arqueología son mediaciones entre la tradición arqueológica y los arqueólogos como tales. Entendemos el origen social del esquemático prejuicio establecido entre la "corriente del INAH" y la "corriente de la UNAM",

pero suponemos que a un nivel profundo hay un sustrato tradicionalista que las unifica en la teoría y en la cultura disciplinaria más amplia.

IV

Si la antropología de la ciencia es *rara avis in terra*, la antropología de la antropología es mucho más extraña como desarrollo especializado de la antropología social en México. En nuestro medio, la única postura que alguna vez sugirió una indagación en esa dirección fue a consecuencia del programa de historia social de la etnología emprendido por Ángel Palerm, según el cual la actividad etnológica –tanto en su teoría como en su práctica– "constituye un fenómeno cultural a cuyo estudio resulta preciso aplicar la teoría y método de la misma etnología" (Palerm, 1977: 14). Por desgracia, este proyecto palermiano quedó inconcluso, lo mismo que su historia de las teorías etnológicas. Reconozco en él, empero, una orientadora inspiración, digna de continuarse con la mayor seriedad.

Allende las fronteras, el panorama de la antropología no es más halagüeño. Contamos, por supuesto, con la insólita contribución de Leslie A. White (1966), quien en una fecha tan temprana se propuso desentrañar la organización social de las teorías etnológicas –con especial referencia al particularismo histórico de Boas y al funcionalismo de Radcliffe-Brown–, logrando destacar la influencia de sus fuertes personalidades en el modo como se estructuró su propagación teórica a través de la organización (en redes personales) de sus adeptos/alumnos. Dada su postura fisicalista, White se impuso no ir más allá, pues en lo íntimo creía que la ciencia de la cultura no podía admitir influencias sociales y personales en su constitución y progreso, trazando por ello una separación artificial entre lo que llamó la "escuela teórica conceptual" y el "grupo social conceptual", separación que él mismo contradecía con su análisis, donde estaban realmente unificados. Comparado al programa palermiano –en especial su principio de tomar holísticamente a la *praxis* etnológica–, el de White aparece, en este sentido, superado.

Empero, la línea de investigación de White carece, asimismo, de solución de continuidad, por más que puedan citarse contribuciones más o menos próximas desde la historia de la antropología para la antropología norteamericana e inglesa (Silverman, 1981; Kuper, 1987 [1973]), y aun para la historia de ciertas ideas, tal como hizo Kuper (1988) con la noción antropológica de "sociedad primitiva". Ocasionalmente, pero más desde el campo de la antropología de la educación, algún antropólogo social

se ha ocupado de la política en la academia (Bailey, 1977). Asimismo, una novedosa "etnografía de los etnógrafos", hecha bajo los contextos de Ghana, Camerún y Sudáfrica (Owusu, 1989; Barley, 1989 [1983]; Kuper, 1987a), ha ensanchado nuestro autoconocimiento de la relación teoría-praxis en ámbitos específicos. Por último, la "etnología del conocimiento" sugerida por Héctor Vázquez (1988), aunque mantiene una orientación dirigida a la creación simbólica, es un jalón en este orden programático.

Con todo, de lo que aquí tratamos es de una antropología de la arqueología. Sobre el particular estableceré de entrada el supuesto de que es factible elaborar una arqueología de la arqueología. No pienso, por supuesto, en términos de Foucault, a quien alguien llamó el "arqueólogo del humanismo". Me refiero más bien al prehistoriador Paul G. Bahn (1999, 1995 y 1993), uno de los miembros de la disciplina que más ha avanzado en ese sentido, incluso al punto de ironizar su práctica.[13] Este supuesto no es un principio ético, sino etnometodológico: toda práctica social es reflexiva –es decir, la acción descrita por un miembro equivale a su producción–, y explicable –o sea que toda acción puede ser evaluada bajo su racionalidad. En ese sentido, la arqueología de la arqueología constituye un modo de revelar la constitución interna de su raciocinio. Sólo que reflexividad no se confunde con reflexión o conciencia. Es aquí donde resalta la viabilidad de una antropología hermenéutico-crítica de la arqueología. Uno de los hallazgos aportados por la etnometodología del trabajo científico ha sido demostrar que los científicos olvidan o minimizan las actividades prácticas que rutinariamente realizan para hacer ciencia.[14]

Se trata pues de un campo de estudio prácticamente virgen. Al igual que los antropólogos que han hecho aportes reflexivos, los arqueólogos (y algunos filósofos de la arqueología) han ido desarrollando lo que se conoce como "tradiciones críticas de la arqueología" de corte posprocesualista (Pinsky y Wylie, 1989), las cuales han dejado de centrarse en las evidencias del pasado para examinar el contexto histórico, sociopolítico y epistemológico del conocimiento arqueológico actual. Es interesante anotar que uno de los filósofos que se han sumado a este campo, Lester

[13] Bahn, además de aportar una historia ilustrada de la arqueología, escribió su *Bluff your way in Archaeology* (1993), que ha de tomarse como un comentario jocoso de su práctica. Por desgracia, su traducción al español, *Cómo pasar por experto en arqueología* (1995), es una verdadera traición de la intención de Bahn, pues llega al punto de agregar párrafos enteros ajenos al autor. Todo un fraude.

[14] La etnometodología en este campo "Busca demostrar que los científicos usan, en su investigación, un cierto número de recursos que consideran naturales (teorías, razonamiento lógico, y resultados de pasados experimentos), cuyo carácter objetivado olvidan, y que no relacionan más con la actividad práctica del laboratorio que ha sido construido por ellos. El trabajo científico solo puede transmitirse a causa de esa reificación, como cualquier artículo sobre descubrimientos puede mostrar" (Coulon, 1995: 61).

Embree (1989, 1989a, 1992), propone una "metaarqueología" fenomenológica que, por medios etnográficos, estadísticos y literarios, consiga esclarecer la epistemología de la nueva arqueología norteamericana. Cabe advertir que en México no hay nada que ni remotamente se le asemeje. La obra de Gándara (1992), siendo reflexiva también, es, en gran medida, una crítica admonitoria de la arqueología oficial, que considera a los problemas prácticos y políticos como condicionantes de su insuficiente cientificidad. Bien que comparto con él la preocupación por abordar su peculiar cambio teórico, advierto diferencias en cuanto a su tratamiento prescriptivo, lo que a mi juicio estrecha el campo de estudio reflexivo, es decir, comprensivo desde mi posición de observador ajeno a la tradición arqueológica.

Al respecto, deseo y debo ante todo suscribir mi cometido definitivamente académico. Pienso que para la antropología social de la ciencia sigue vigente la interpretación de Francis Bacon de la metáfora de la Esfinge. De ella, deducía que "el objeto de la meditación y la búsqueda intelectual no es otro que el conocimiento" (Bacon, 1986: 3). En el mismo tenor, De Solla Price, un prestigiado sociólogo de la ciencia, remarcó que la pretensión última de una ciencia de la ciencia es "entender que tales conocimientos deben ser investigados por la *comprensión que proporcionan*, independientemente de donde puedan conducir" (De Solla Price, 1968: 330; cursivas del autor).

En consecuencia, reitero que el objetivo manifiesto de esta antropología de la arqueología es la de comprender y explicar por qué ha sucedido que las arqueologías del más diverso signo han terminado siendo avasalladas, si no es que suprimidas, por una concepción nacionalista de pensar y hacer la arqueología, cuando en los textos se ofrece como una disciplina científica genérica y universal, lo que ya nos plantea una paradoja de entrada. En relación con ella, advierto una coincidencia de intereses con el movimiento de la arqueología teórica, tal como se ha expresado en los tres congresos arqueológicos mundiales en Southampton (sostenidos en los años de 1986, 1990 y 1992). En ellos, constantemente ha aparecido la interrogante de por qué la arqueología teórica no ha podido despegar en varios países. Según sus análisis, existen ciertas tradiciones regionales que, fundadas en las condiciones específicas de la práctica arqueológica del país o región particulares, impiden el desarrollo de una "disciplina en verdad mundial por primera vez" (Renfrew y Bahn, 1991: 37). El estudio de tales tradiciones arqueológicas nacionales forma parte integral del programa de esta corriente, por ello muy próxima a mi interés indagativo.

Pero mientras los más conspicuos seguidores de esta corriente aceptan que hay una "explicación [arqueológica] tradicional" bien generalizada, yo sostengo que la complejidad de la tradición mexicana requiere una mayor atención sobre la normalidad de su "explicación tradicional". Se trata, como dice Gándara (1992: 181), de "un caso agudo de arqueología tradicional". En consecuencia, entramos así en los objetivos específicos a delucidar. Comenzaré por lo más evidente. Desde los días arqueológicos de Gamio (1913-1922), la arqueología mexicana se define como netamente científica, aunque desempeñe funciones de gobierno. No es pues reductible a un tipo general de arqueología pública (no tiene, por ejemplo, similitud alguna con la arqueología pública norteamericana), sino que es una variante particularizada. Ambos componentes –la ciencia y la administración pública– siguen vigentes hasta hoy, si bien la segunda domina y subsume a la primera. Es extraño, no obstante, que mientras en el México actual, la ciencia y la tecnología cruzan por un proceso de cambio determinado por una política de "excelencia científica" de inspiración empresarial –para la que se ha dispuesto la asignación discriminatoria y competitiva de recursos, becas, sobresueldos, estímulos a la productividad, etcétera–, la arqueología se mantiene convenientemente aislada en una situación de excepción fomentada por medio de instituciones centrales de financiamiento (el Fondo Nacional Arqueológico y el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes). Estas instituciones han prohijado la renovación de grandes proyectos arqueológicos monumentales ya conocidos en el pasado, pero que de alguna manera recuerdan a la investigación científica de gran escala (lo que se conoce como *Big Science* en la administración de la ciencia). Nueva paradoja: la arqueología en México es una ciencia que no se comporta como el resto de las ciencias, al menos en cuanto a la premiación de sus prioridades. Su preeminencia científica depende vitalmente de su asociación con la administración central del pasado. Orgánicamente, su liga se establece más con la cultura y la educación nacionalistas que con la ciencia y la investigación globales.

Nos guste o no, los así llamados Proyectos Especiales de Arqueología han sido los buques insignia de la flota arqueológica mexicana. Con razón de sobra se les tildó de "proyectos especiales" según variados criterios (a saber, por involucrar zonas monumentales reconocidas como patrimonio de la humanidad, por estar asociados a reservas de la naturaleza, por estar poco explorados o simplemente por demandar mantenimiento; cfr. García-Bárcena, 1994: 7-11). Esto es verdad, mas no toda la verdad. Aparte de la especial manera como su dirección fue asignada

a prominentes arqueólogos de la administración patrimonial, de nueva cuenta influyó de manera decisiva el poder presidencial para transformarles, desde el ritual día del 12 de octubre de 1992, en "proyectos estratégicos", de "gran envergadura y profundo significado social" (Tovar, 1994: 289), por lo que el sexto informe presidencial del tristemente célebre Carlos Salinas de Gortari (1994), fueron reconocidos por reafirmar "nuestras raíces prehispánicas". De lo anterior se sigue que:

- la ciencia de la arqueología sigue adherida a una concepción mítica del origen nacional, a la que nutre y de la que se nutre;
- que sigue amalgamada a la administración patrimonialista que emana de la figura personal del presidente en turno.

Todo esto nos habla reiteradamente de una tradición y un tradicionalismo que involucra a toda una disciplina científica con la administración de cosas antiguas, por lo que ella misma se rige por una racionalidad material orientada con postulados valorativos, asimismo tradicionales.

Estos supuestos sobre la normalidad de la arqueología mexicana devienen de una obligada contextualización de la tradición científica bajo estudio. Por lo tanto, un objetivo específico perseguido aquí es el de esclarecer este tradicionalismo más amplio, referente a la administración del patrimonio arqueológico y al patrimonialismo que la domina. Se trata, a mi juicio, de un campo jurídico y político, del que la controvertida figura del Consejo de Arqueología constituye su expresión emblemática. Ese órgano de consulta de la dirección general del INAH se ha convertido con el tiempo en una instancia decisoria y aun conductual para todo tipo de arqueología que se practique en nuestro país. Es, por lo tanto, el mecanismo más poderoso para afianzar y renovar la tradición teórica dominante, lo que en ningún momento debe confundirse con los conflictos políticos sostenidos por los arqueólogos con fines de prestigio y competencia. Ello no implica desconexión entre ambos fenómenos. El hecho de que los estatus del consejo estén, desde sus orígenes, concentrados en ciertos individuos que por otra parte ocupan altos cargos en la administración patrimonial, y que éstos los usen para sus fines personales de competencia, indica que el consejo posee funciones más vastas de lo que la formalidad jurídica establece. Ello convierte al consejo en una arena política y a la función de supervisión en un recurso para dirimir las disputas personales. La "democratización" introducida a mediados del sexenio salinista –consistente en invitar individualmente a los representantes

universitarios–, sólo hizo menos tajante la frontera política entre la arqueología gubernamental y la universitaria, pero retuvo interacciones acostumbradas en su interior, una de las cuales es la pertinaz idea de que la arqueología nacional es de "utilidad pública" y de que ésta dicta las prioridades a toda la disciplina científica, cualquiera que sea su origen y objetivos.

Otra manifestación pertinente de estudio es el examen comparativo de los proyectos arqueológicos. Por comparación no quiero decir contrastación ni verificación, pero sí examen naturalista de su heurística. Pienso que es en este nivel fenomenológico-procesual que puede descubrirse la articulación entre la tradición de pensamiento y los hábitos más usuales de desempeño práctico. Si en principio hemos desdibujado la esquemática dualidad de arqueologías institucionales, sugiero que es dentro de los proyectos efectivos, tal como se aplican y desarrollan, donde podemos indagar puntualmente los nexos entre la estructura cognitiva (teoría, planteamiento, resultados) y la organización social (instituciones, financiamientos, transacciones, relaciones sociales, comportamientos). Convendría, empero, en que para los fines argumentales de mi análisis, seguirá siendo necesario referirme tanto a los proyectos del INAH como a los del IIA. Una solución integrativa podría ser estadística: reunir en la misma base de datos sus resultados, mensurados con los mismos parámetros. Pero ya que el interés de la investigación está enfocado al problema del cambio teórico, prefiero recurrir, hacia los capítulos finales, a los estudios de caso de cualitativos, más adecuados al análisis conceptual propuesto.

Para este propósito resulta iluminador el examen de la competencia establecida desde hace pocos años entre Eduardo Matos y Linda Manzanilla, interesados ambos en Teotihuacan. Su selección es absolutamente simbólica y nada tiene que ver con un criterio de "representatividad estadística". En el medio arqueológico Matos es considerado como el arqueólogo más prestigiado, mientras que Manzanilla es reconocida como la mejor arqueóloga. Se introduce un pequeño matiz cualificador: mientras a Matos se reserva una actividad política, a Manzanilla se confiere una actividad científica. Desde mi punto de vista, ambas preconcepciones requieren problematizarse, aunque es innegable que sus trayectorias personales se han ligado a proyectos de creciente importancia tanto para la política patrimonial del INAH como para la política de excelencia científica del Conacyt. En cierto sentido, esto recuerda la competencia establecida entre ciencia básica y ciencia aplicada que existe en el seno de los comités de evaluación de la ciencia y la tecnología en México y otros países (García y Lomnitz, 1991; Bunge, 1986: 217-218). Sin embar-

go, también es claro que el caso de Matos demuestra una cierta coherencia interna en cuanto a la dirección de proyectos de alta intensidad –es decir, de enorme magnitud en recursos financieros, organizativos y resultados monumentales–, por lo menos desde su Proyecto Tula (y, por supuesto, Templo Mayor y el Especial de Teotihuacan). En este nuevo contexto, Manzanilla parece haber penetrado, con la segunda etapa de su Proyecto del Centro Urbano de Teotihuacan (me refiero al de Túneles y Cuevas, antecedido por el de Ciudad Antigua de Teotihuacan), en un espacio que parecía ser coto reservado de la arqueología gubernamental. Qué tan exitoso resulte su proyecto podría sentar un sano precedente para una arqueología más científicamente orientada, pero llevada a cabo con grandes medios.

Lo dicho resulta sumamente relevante para nuestro estudio, ya que una divergencia práctica entre el INAH y el IIA era que la arqueología universitaria había estado restringida, por oposición, a los proyectos de baja intensidad, pero ahora la competencia empieza a equilibrarse. Hay que decir, de paso, que estos proyectos de baja intensidad también existen dentro del INAH, luego no son privativos de ninguna institución. La comparación se establece más bien en los planteamientos, desarrollo y resultados de ambos tipos de proyectos. Por lo tanto, junto con los proyectos de la gran arqueología, contemplaré, para fines comprensivos, a dos proyectos de baja intensidad, observando su evolución teórica. Para tal fin he elegido al Proyecto Bolaños de Teresa Cabrero y al Proyecto de Rescate Arqueológico Huitzilapa de Lorenza López y Jorge Ramos. Debo puntualizar en seguida que mi criterio selectivo deviene de una tipología heurística, como explico en el capítulo 4.

V

Aunque no creo que todos mis colegas estén de acuerdo sobre el particular, algunos antropólogos sociales aceptamos que nuestra comprensión siempre es parcial y nuestras verdades son particulares. Suponemos crucial nuestra aproximación personal a través de la participación en algún grado de las relaciones sociales que se aprecian alrededor, y, por ese medio tratamos de comprender qué significa ser miembro del grupo que se estudia. No es fortuito, en suma, que admitamos que nuestras unidades de análisis rara vez son numéricas y, asimismo, que hay fenómenos inaccesibles al tratamiento estadístico, no así a la observación y comprensión de significados (Leach, 1967: 77-87; 1982: 161; Dey, 1993: 29).

No obstante, el hecho de observar y el hecho de participar puede esconder un dilema. De hecho, ambos componentes del método etnográfico están siendo disociados y opuestos, no tanto por razones de orden teórico o filosófico, como por una situación social inédita, en que los tradicionales objetos de estudio se están erigiendo ellos mismos en sujetos de conocimiento, negándose por ello a mantener una relación instrumental como meros "informantes" de los antropólogos. Esta actitud dificulta el trabajo etnográfico, que cada vez más ha de ser negociado con los actores involucrados. Ha surgido así, y de manera muy relacionada a la antropología posmoderna, toda una corriente metodológica conocida como "paradigma orientado al actor", que, fenomenológicamente, pretende captar lo que Husserl llamó los "mundos de la vida" de los propios actores (cfr. Long, y Long, 1992; González, 1994: 17-44; Torres, 1994).

Aunque en lo personal creo que muchos de los problemas que encara esta corriente tienen una salida de carácter comunicativo y más aún conversacional con actores sociales activos y pensantes, me resulta de enorme interés la modalidad de entrevista que denominan "encuentro de investigación", cuya forma depende precisamente de la relación establecida entre los interlocutores, pero que admite la posición influyente del actor, hasta el punto de que el tópico de conversación puede derivar del sujeto al objeto, que de ese modo expresa sus intenciones, intereses e interpretaciones. Este giro comunicativo tiene el inconveniente de que el tópico puede variar rápidamente, o bien concluir ahí donde el actor lo juzgue conveniente, lo que hace del encuentro algo efímero, volátil y descentrado. Huelga mencionar que los "encuentros sociales" alguna vez planteados por la microsociología de Goffman desde 1959, siguen siendo pertinentes para la interacción usada aquí. Es decir, tal como Carrithers (1995: 145 y 154) ha mostrado, estos encuentros etnográficos fuerzan al observador a concebir el trabajo de campo "como si se tratase de resolver un enigma policiaco", y que más que proporcionar información factual, permiten acceder de pronto al flujo real de las relaciones e interacciones sociales.

Mi interés en este instrumento de comprensión tiene una poderosa causa detrás. Tiene que ver con los estatus y papeles que los "objetos de estudio" asignan a los antropólogos. Como dije antes, aunque siempre es deseable cierta dosis de participación, hay contextos en que esto se dificulta. Al respecto quisiera anotar que carecí para mi estudio de una precondición que, en cambio, sí ha estado presente en otros análisis sociales de la ciencia y de los científicos. Me refiero a que, por ejemplo, Larissa Lomnitz

fue invitada a estudiar el IIB a instancias de su director, preocupado por su situación interna. Ello facilitó su indagación a través de entrevistas dirigidas, observación participante y encuestas. Al final, su informe fue discutido por los investigadores de ese instituto, algunos de los cuales (por cierto, no todos) vieron en él un jalón de cientificidad en un terreno que desconocían, como lo era la organización social de su investigación (Lomnitz, 1972: 1-4, 53-57). Pero hasta el iconoclasta trabajo de Latour y Woolgar (1986: 11-14), contó, si no con la aprobación de sus discutibles juicios, sí al menos con la invitación del director del Instituto Salk de Estudios Biológicos. En otras palabras, estoy hablando de un problema de acceso al objeto de estudio, dificultad bien común entre quienes se ocupan de hacer investigación dentro de organizaciones de todo tipo, no sólo científicas (cfr. Crompton y Jones, 1988).

Seré enfático sobre mi posición como observador. En mi caso, *nunca fui invitado a realizar esta investigación*. Para resolverlo, hice en cambio un extenso uso de los encuentros sociales de modo natural –tal fue mi modo de participación–, gracias a la familiaridad que me brindó la interacción cotidiana con arqueólogos a lo largo de 20 años en que los tuve como colegas investigadores en el INAH, y desde antes, en la etapa de socialización profesional en la ENAH, en una época en que compartíamos planes de estudio comunes. En parte, se podría decir que fui miembro de su comunidad profesional, al menos en lo que toca a su desempeño contextual en las mismas instituciones.

No niego que hubo ámbitos donde sí encaré un problema de acceso y, por ende, de participación restringida, si no de abierto rechazo a mi sola intención inquisitiva. El problema se agrava en un ambiente generalizado de desconfianza bajo el cual los mismos arqueólogos evitan referirse a sus propios colegas –hasta cuando éstos cometen evidentes actos reprobables–, procurando conservar en secreto esta parte trascendente de su vida cotidiana. Aun así, siempre dispuse del amplio espacio de la informalidad que, en lo que a mi *condición de observador interno* se refiere, me indujo a la construcción o reactivación de redes sociales de amistad con arqueólogos con los que mantuve conversaciones fundadas en la confianza mutua, conversaciones que no fueron otra cosa sino mis propios encuentros de investigación. Las entrevistas formales y las encuestas representaron para mí problemas de aplicabilidad que no hubiesen tenido de haber sido ésta una investigación solicitada y mi estatus validado políticamente. No di por descontadas ambas técnicas, pero mi condicionamiento me orilló hacia el análisis del dato cualitativo, como el lector advertirá con entera claridad en el capítulo 3.

Se entiende entonces que el énfasis no está puesto en la participación sino en la observación directa, siempre que ésta fue permisible, esto es, situacional. Se entiende también mi propensión hacia la etnografía del habla y al análisis textual, que, por lo demás, se avienen con mi enfoque teórico hermenéutico más amplio. Así por ejemplo, procuré coligar el uso lingüístico de sus metáforas militares con la fenomenología de los proyectos arqueológicos como formas de organización social, a la vez que procesos sociocognitivos, y, por esa senda de rastreo etnometodológico, penetrar la cultura desconfiada, conflictiva y egoísta de nuestros arqueólogos, la que lejos de ser interpretada como un signo de acientificidad, es equiparada a la "cultura del secreto" observada por Gusterson (1992) entre los físicos de las bombas nucleares o con las "guerras personales" sostenidas por los biólogos especializados en la sistemática (Rivero y Lugo, 1994). Justo hacia el final de mi estudio hago notar la correspondencia de este comportamiento con la competencia y conflictos provocados por las prioridades del descubrimiento científico, cómo se expresan éstos en un contexto tradicional como éste, y, por último, con los dilemas y paradojas a que inducen tales interacciones en una situación social recurrente, en que se producen actos previsibles desde la óptica de la teoría de los juegos, teoría que nos indica mejor las dosis de racionalidad e irracionalidad implicadas en las relaciones sociales distintivas de los arqueólogos mexicanos.

En síntesis, puedo decir que este estudio se ubica dentro de una incipiente antropología de la ciencia sustentada en un enfoque teórico hermenéutico-crítico y técnicamente etnometodológico, dispuesto a comprender a la arqueología en México como una tradición heredada de ciencia y cultivada en un entorno de tradicionalismo nacionalista, producto de la conservación del mito de origen nacional, pero también de una administración anticuada de los bienes culturales, a su vez sujeta de un patrimonialismo presidencialista. En este contexto sociopolítico, la tradición arqueológica mexicana persiste y es reproducida cotidianamente, por lo que uno de sus rasgos diacríticos es su tozuda resistencia al cambio teórico. Simultáneamente, estos fenómenos coinciden con una cultura disciplinaria de evitación, desconfianza y conflicto permanentes, que impiden, en conjunto, su transformación conceptual y la eclosión de masas críticas de arqueólogos cooperativos.

Capítulo 1

El difusionismo, Mesoamérica y la escuela mexicana de arqueología

Lección número uno: si vas a torcer el pasado con fines políticos, elimina las interpretaciones rivales (...) [Lección número dos:]...La investigación arqueológica financiada totalmente o en parte por el Estado es vulnerable a la manipulación estatal.
BETTINA ARNOLD, "The Past as Propaganda"[15]

HAY CIERTO dejo salomónico en el hecho de que una filósofa de la ciencia haya declarado una suerte de *entente cordiale* entre los alternantes modelos de cambio científico suscritos por Kuhn, Lakatos y Laudan. Según su postura, cada uno de ellos es útil en ciertos aspectos y para ciertas disciplinas, pero serían, asimismo, incompletos e inexactos para dar cuenta de cualquier proceso de cambio –al menos en lo que hace a la historia de la química, motivo de su reflexión–, por lo que parece recomendable crear modelos parciales a la medida de cada cambio científico (Estany, 1990). Plausible o no, la idea del acuerdo filosófico no nos parece ser la mejor vía posible de estudio para emprender un acercamiento cuasiinternalista al pensamiento teórico de la arqueología mexicana, por mucho que podamos suponer –si así renováramos la añosa polémica de la comprensión hermenéutica *versus* la explicación científica–, que las ciencias sociales difieren en método y epistemología de las ciencias formales y físicas. Desde este postulado central hasta la fundamentación de un modelo particular no mediaría una gran distancia. Con todo, prefiero desestimarla a causa de la cultura científica ampliamente arraigada entre los arqueólogos de todas partes, que, con sobrada razón, podrían reclamar su tratamiento como una disciplina humanista, luego de haberse deshecho de este legado, para bien o para mal.

A partir de este ideal científico, asumido como precondición metodológica por nuestra indagación, el problema sigue siendo el de adoptar un modelo de cambio teórico que sea relevante para el objeto de estudio. ¿Cómo elegirlo? Confieso que lo he hecho de la manera más común: adoptan-

[15] Arnold (1989: 30 y 37).

do el que intuitivamente percibo como el más aproximado a las condiciones impuestas por mi investigación.[16] Al decirlo lisa y llanamente no pretendo adoptar pose cínica alguna, pero ciertamente me reconforta saber que bien reconocidos científicos hicieron cosas parecidas para atraer hacia sus intereses a las filosofías de una cultura humanista tan diversificada como la científica.[17] Un segundo aliento nos lo insufla otra filósofa de la ciencia, cuando, de estos y otros modelos posempiristas de cambio científico, deriva siete tesis en mayor o menor grado compartidas entre ellos (Pérez, 1993a: 182-183). De dichas tesis, me sorprende aquella para la que el desarrollo de la ciencia es un proceso competitivo o conflictivo, pero que concibe la coexistencia de enfoques diversos como beneficiosa, cuando siempre se la había tomado como perniciosa. En esta nueva valoración de la ciencia hemos de reconocer la influencia de Paul Feyerabend, pero más que nadie de su amigo Lakatos.[18]

Así las cosas, no debe confundir a nadie el que la metodología que preside nuestra reconstrucción racional de la historia de la teoría arqueológica en México sea influencia de un filósofo de las matemáticas. Desde luego que me estoy refiriendo a Imre Lakatos y a su metodología de los programas de investigación científica (Lakatos, 1985, 1989). Por lo pronto, y en obligado descargo de mi más amplio enfoque hermenéutico, podría argumentar que esta aplicación no es extraña a la arqueología mexicana, pues ocurre que ya desde mucho antes algunos arqueólogos la habían empezado a explorar de manera muy vaga. Fue sobre todo Manuel Gándara (1991, 1992, 1994) quien con suma rapidez derivó de Kuhn a Hempel y de Lakatos a Laudan, si bien se puede advertir que su último "análisis teórico" tiene más en común con el modelo de Laudan (1985), que con ningún otro. Sin embargo, fue él quien introdujo en la arqueología mexicana estas discusiones. (Es significativo por supuesto que de todos los modelos

[16] Para Laudan (1994: 10-16), la desiderata juega un importante papel en las elecciones teóricas, en lugar de ser materia de convención o de intuición. Hace notar que el conjunto de desiderata involucra factores a los que cada quien da un peso distinto (precisión, consistencia, falseabilidad, predictividad, explicabilidad). Podría admitir que en mi caso, la desiderata es la apetencia de comprensión, luego eligir a Lakatos dejaría de ser contradictorio con un acercamiento hermenéutico y externalista en cuanto que social. Estimo que Moulines (1982: 42) ha tendido un firme puente entre la filosofía de la ciencia y las ciencias de la cultura, al asumir que la tarea de dicha filosofía (ella misma una ciencia de la cultura, muy emparentada con la antropología y la crítica literaria) es la de construir esquemas interpretativos para entender otros esquemas interpretativos de la realidad que llamamos teorías científicas, a modo estructuras culturales abstractas, sus referencias, y sus usos.

[17] Un caso que me viene a la memoria de inmediato es el de Medawar con Bertrand Russell primero y con Karl Popper después. No se olvide que el método hipotético-deductivo que admiraba Medawar de Popper, concordaba a la perfección con el método experimental que él aplicaba; remito al respecto el interesante comentario de M.F. Perutz en "High on Science", *New York Review of Books*, 13(37):12-15, 1990.

[18] Véase al respecto el intercambio de Lakatos y Feyerabend (Lakatos y Feyerabend, 1999).

disponibles, haya elegido éste en particular. Pienso al respecto que Gándara, independientemente de sus variaciones filosóficas, no llega a trascender su tradición puesto que siempre mantuvo su afán de hacer una propuesta teórico-metodológica para resolver los problemas teóricos, prácticos y políticos de la escuela mexicana de arqueología en general y de la arqueología del INAH en lo particular, cuyo desarrollo se da también a modo de tradición científica, con todas sus implicaciones tradicionalistas, y que, como totalidad, son motivo de análisis a lo largo de este libro.)

Y contra el carácter inevitablemente social de esta ciencia –y la aparente incongruencia filosófica que implica su tratamiento internalista lakatiano– puedo decir, a pesar mío, que dicha metodología es la idónea para el fin propuesto, ya que, comparativamente, es la única que nos facilita procedimientos para explicar tanto el cambio teórico progresivo –como usualmente se ha enfocado la renovación de ideas y conceptos en la ciencia–, como, asimismo, su contrario, esto es (y es claro que estoy pensando en mi objeto), la dogmática permanencia o cambio teórico regresivo, toda vez que, como en nuestro caso, una serie teórica cualquiera pierde heurística pero se sostiene vigente gracias a que es capaz de liquidar a las teorías rivales ejerciendo su posición dominante en la institucionalidad arqueológica. Este componente externo, que podría sonar discordante con el pensamiento lakatiano original, pertenece a una creciente presunción del "internalismo externalista" (Alston, 1988) que se ha venido abriendo paso conforme se percibe que la ciencia no es una empresa absolutamente autónoma, como supuso erróneamente Lakatos y muchos otros antes que él. De hecho, históricamente, la muy valorativa separación del mundo de la política y del mundo del conocimiento científico se produjo raíz de la famosa controversia protagonizada por Hobbes con Boyle, en que se entremezclaron tópicos provenientes de la física y de la política, privando desde entonces la idea (elevada luego a valor) de que la ciencia debería vivir al margen de la sociedad. Hoy, ya es un lugar común incluir entre las dimensiones de la actividad científica su relación con los poderes públicos, el sistema educativo, el sistema económico, los medios de divulgación, además de su propia institucionalidad, que por largo tiempo fue el *non plus ultra* del externalismo sociológico (cfr. Callon *et al.*, 1994).

Me hago cargo sin embargo de que para el neófito, la tesis de un internalismo externalista así aplicado puede resultar desconcertante, si todavía cree, positivistamente, que el cambio científico es un ininterrumpido y bien alineado proceso de suplantación teórica, con arreglo a la concepción ampliamente compartida hasta inicios de los años sesenta, cuando Kuhn

sacudió las conciencias tradicionales al negar el carácter acumulativo de la ciencia.[19] Que postule que una teoría cultural (la historia cultural, genéricamente agrupada como difusionismo, pero en realidad entrañando varios tipos de difusionismo, del que el mesoamericanismo mexicano sería una modalidad teórica más), acuñada en Alemania entre mediados del siglo pasado y las primeras décadas de éste, sea, en el México de finales del siglo xx, la teoría más influyente en nuestro pensamiento arqueológico, puede resultar una afirmación menos chocante si considera de entrada los siguientes datos alusivos.

A guisa de ejemplo compárese, si no, a la arqueología mesoamericanista como especialización regional por un lado, y como objeto de estudio omnímodo por otro. Lo primero es característico de la arqueología norteamericana (y otras arqueologías extranjeras con estudios mexicanistas), fácilmente discernible en sus estudios y textos. Contrástese, por ejemplo, a Brian Fagan (1990) con Muriel Porter Weaver (1981). Asimismo es imprescindible la consulta (para quien desee fuera de nuestro país especializarse en la temática "arqueología mesoamericana") de la guía elaborada por Susan Fortson (1981). Parece obvio insistir en que para un arqueólogo académico norteamericano habría una mayor posibilidad teórica de optar entre estudiar un tipo cultural –incluso una área o proceso culturales– dentro o fuera de su país, que para un arqueólogo mexicano deslindarse del encapsulamiento mesoamericano, aun si, como área cultural, se le restringe a ciertas regiones geográficas, más o menos acotadas. Desde luego, es claro que aunque se adopte la noción de Mesoamérica como área cultural siendo un estudioso extranjero, la diferencia entre especialización y exclusividad sigue presente. Median también diferencias más profundas. En Estados Unidos, autoridades como Willey, Sabloff y otros procuraron hacer del concepto Mesoamérica un concepto operacional para los fines de su cambiante arqueología académica, desligándolo de su sentido histórico-etnológico, que sería el todavía vigente dentro de la "tradición seleriana" mexicana, tal como la identifica Richard E.W. Adams (1992: 7-9).[20]

La segunda opción, si se le puede llamar así, es una característica exclusiva de la arqueología mexicana, harto visible en el área cultural que circunscribe la mayor parte de sus trabajos, comenzando por la decidida

[19] Una buena síntesis y discusión de los cambiantes tópicos de la filosofía de la ciencia puede hallarse en Hacking (1990), así como en su conocida antología sobre las revoluciones científicas (Hacking, 1985). Para una puntual crítica a las supervivencias positivistas en el corpus Kuhn-Feyerabend, lo mejor es consultar a Laudan (1994).

[20] Luego volveré sobre esta comparación teórica cuando examine la heurística negativa de la serie de periodificaciones cronológico-culturales de la arqueología mexicana.

tendencia temática a la historia cultural mesoamericana ostensible en las tesis arqueológicas producidas en la ENAH entre 1946-1987 (Ávila *et al.*, 1988: 131; Montemayor, 1971), pero así también en las 13,990 fichas relativas a toda el área cultural reunidas hasta 1960, incluidos 832 artículos temáticamente mesoamericanistas producidos hasta 1962 por investigadores afines al INAH y, mucho antes, al Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología (Pompa y Pompa, 1962; Bernal, 1962).[21] Otro ejemplo no menos evidente son los actuales museos y zonas arqueológicas del INAH, que sin el "concepto fundamental" de Mesoamérica –como lo valoraba Ignacio Bernal–, resultarían incomprensibles, especialmente dentro de la lógica expositiva del monumental Museo Nacional de Antropología (cfr. Bernal, 1972; Ramírez *et al.*, 1968, en particular el trabajo de Román Piña Chán sobre la Sala de Mesoamérica). Bien podríamos repetir en este contexto las autoritarias palabras de Alfonso Caso, cuando sentenciaba a los impacientes estudiantes sesenta y ocheros: "Para ti, que eres un arqueólogo que ha estudiado en México, *tu área de trabajo es Mesoamérica*..." (Caso, 1968: 11; cursivas del autor). No es, por cierto, la sola circunscripción geográfico-cultural lo que está en fondo de su prescripción. La acompañan en paquete los referentes teóricos y ontológicos que la definen y los términos conceptuales que la interdefinen. Es en dicho terreno conceptual donde localizo la invariancia del significado de Mesoamérica como área cultural, en relación con el resto de enunciados difusionistas que la siguen desde cerca.

Considérese en seguida que dentro del campo de conocimiento propiamente arqueológico, las teorías difusionistas cuentan con un prestigio menos negativo o anticuado que en la antropología social, la que, como disciplina, surgió compitiendo con las etnologías histórico-culturales alemana, inglesa y norteamericana, buscando sobreseírlas.[22] En parte, los funcional-estructuralistas británicos tuvieron éxito, pues segregaron a los difusionistas ingleses como un grupo marginal y pintoresco, que sigue durmiendo el sueño de Elliot Smith y W.J. Perry.[23] Mas en arqueología las teorías tienen otra dinámica. Fue hasta una fecha tan reciente como 1964 cuando

[21] Desconozco si Ignacio Bernal concluyó en el IIA-UNAM la puesta al día (periodo 1960-1975) de su bibliografía mesoamericanista, tal como él mismo anunció durante su III Congreso Interno en 1979.

[22] Para James Urry (1993), esta guerra aún no termina en la antropología británica, y él mismo retoma ideas sobre la "unidad de la antropología" de tiempos de W.H.R. Rivers, un etnólogo difusionista anterior a Malinowski. En los países de lengua alemana, todavía en 1995 la antropología social volvió a enfrentarse con partidarios de la historia cultural, en el seno de la Sociedad Alemana de Etnología (Gingrich y Mückler, 1997).

[23] Me refiero al grupo reunido en torno a las revistas *The New Diffusionist* primero y luego *Historical Diffusionism*, entre quienes cabe mencionar a Gerhard Kraus y R.A. Jairazbhoy. Mención aparte requiere el difusionismo moderado de Martin Bernal (1987 y 1996), muy cercano al Childe temprano, pero que no deja de parecer una reivindicación del heliocentrismo de Elliot Smith.

Colin Renfrew debió cuestionar procesualmente a la arqueología difusionista en Inglaterra (Bradley, 1993: 74). De hecho, en un reciente manual de arqueología escrito por Renfrew y Bahn (1991), los autores afinan su crítica contra lo que despectivamente llaman (como antes hizo Binford) la "explicación tradicional" en arqueología, que no es otra sino la difusionista. Hacen notar que esta teoría explica muy poco, si no es que malinterpreta ostensiblemente el pasado con fines nacionalistas.[24]

Nuestra evidencia de que la historia cultural está viva y actuante no se reduce a estos ejemplos. Algunos textos poco conocidos en nuestro medio indican que en la Alemania de posguerra el difusionismo sólo fue despojado de los componentes más aberrantes que le introdujeron Gustav Kossinna y otros arqueólogos y etnólogos ligados al nacionalsocialismo, observándose desde entonces un renovado esfuerzo por replantear sus ideas sin prescindir de sus principios centrales, lo cual no debería de extrañar si se considera que muchos de éstos volvieron a ocupar sus puestos de investigación en museos, universidades y fundaciones. Un signo alentador de oposición al dogmatismo de esta teoría (que Arnold expresa como una negativa de los arqueólogos alemanes a criticar su involucramiento político bajo Hitler, pero que aquí intrerpretamos como el desarrollo de otra tradición nacional) es que en septiembre de 1992 un Grupo de Arqueología Teórica decidió debatir la llamada "escuela histórica alemana", como parte de su esfuerzo de apertura teórica (Arnold, 1992: 37; Harke y Wolfram, 1993: 182-184). Los resultados de tal propuesta de cambio aún no son visibles, sin embargo.

Finalmente, si nos volvemos hacia Estados Unidos, cabe hacer mención que en una fecha tan reciente como 1989 Trigger observó que en la arqueología americana estaba renaciendo el interés por el particularismo histórico –su variante autóctona de difusionismo– no obstante ser "una posición analítica que los antropólogos hace mucho abandonaron como estéril"

[24] Una "explicación tradicional" consta, según Renfrew y Bahn (1991: 407-409), de los siguientes pasos metodológicos: 1. el arqueólogo dibuja un mapa de distribución de la ocurrencia cerámica; 2. le asigna su lugar como "cultura arqueológica" (o "recurrencia constante de artefactos", según definición de Childe); 3. esa cultura es atribuida a un grupo étnico específico; 4. todo cambio apreciable es causado por migraciones; 5. si la ruta migratoria trazada es problemática, se buscan paralelos lejanos, que son tomados como núcleos de difusión cultural; 6. estos paralelos son usados para fechar relativamente por comparación, a pesar de la datación cronométrica; 7. la recurrencia es entonces elevada a todo un "horizonte histórico". Tal explicación tradicional nos resulta tan familiar en la arqueología mexicana que no podríamos menos que parafrasear lo que en los colofones fílmicos: que toda similitud es mera coincidencia. El difusionismo se difundió aquí de manera intencional a través del grupo alemán reunido en torno a la revista *El México Antiguo* y muy destacadamente por su continuador, Paul Kirhhoff, progenitor del concepto Mesoamérica. Para un estudio de caso de la explicación difusionista en arqueología, Renfrew y Bahn (1991: 408) utilizan el Gran Zimbabwe, mejor estudiado por Kuklick (199: 135-169), ya que ella muestra cómo ciertos "monumentos disputados" han sido útiles tanto para racistas blancos como para los nacionalistas negros.

(Trigger, 1990: 33). Como el mismo autor observa en otro lugar, la teoría histórico-cultural sigue siendo "socialmente atractiva" en muchas tradiciones nacionales de arqueología –incluida la mexicana, pero también en la china, japonesa, india e israelí–, es decir, ahí donde se requiere de la arqueología para fines de constitución de la identidad política nacional (Trigger, 1992: 195). En suma, todo parece indicar que para numerosos arqueólogos el difusionismo puede ser del todo admisible bajo una versión débil del mismo, tal como Gordon Childe puede ser asimilable como "difusionista modificado" por admitir influencias de las teorías evolucionista y marxista, sin renunciar a sus secuencias culturales geográficamente delimitadas (Fagan, 1977: 19-20).[25]

A modo de puntualización puedo adelantar entonces que la tesis central manejada en este capítulo es que la Escuela Mexicana de Arqueología, si es entendida como una concepción global, lejos de haber sido sobreseída en el orden de las ideas por otras teorías (como las "subsecuentes" del neoevolucionismo, marxismo, ecologismo, procesualismo y posprocesualismo), es en realidad un programa de investigación de filiación difusionista que se reproduce idealmente a través de la conservación de un núcleo duro de principios histórico-culturales (de los que el concepto Mesoamérica es el más obvio), un cinturón protector de conceptos secundarios tomados de las teorías rivales con los que reformula las anomalías periféricas que enfrenta su actividad, y, por último, una heurística que de 1941 a 1995 ha pasado de ser progresiva a regresiva, es decir, que de motivar observaciones previas a los hallazgos ahora debe modificarse después de ellos, entrando en un interminable proceso de degeneración. En este sentido, la seriación de periodizaciones cronológico-culturales, típicas de esta escuela nacional, es un buen indicador de tal reorientación de su heurística: en 1912 era capaz de adelantarse a los resultados obtenidos por las excavaciones estratigráficas, pero en el presente es una herramienta que debe ser reformulada constantemente para ponerla al día, toda vez que una excavación resulte anómala al esquema.

¿Una ciencia normalmente desafiante?

Para los conspicuos seguidores de los "estudios sociales de la ciencia" (Woolgar, 1991) la mayor parte de la actividad científica se realiza bajo lo

[25] Por supuesto que el pensamiento de Childe precisa de una comprensión más densa que ésta, de momento sólo interesada en resaltar su dimensión difusionista juvenil. Como dice Trigger al respecto: "Nada se ganaría con interpretar su pensamiento como una serie de paradigmas que fueran sustituyéndose unos a otros, según la caracterización que Kuhn hace de las disciplinas científicas" (Trigger, 1982: 16).

que Kuhn llamó "ciencia normal", es decir, una fase bajo la cual un paradigma sirve de modelo para resolver "rompecabezas" o "enigmas", sin mayores complicaciones. Bajo tales periodos, las ideas y valores del paradigma ganarán en sofisticación y hasta en clarificación de los problemas implicados en la teoría en uso. Como de ello se infiere que el contexto de descubrimiento y el contexto de justificación están entrelazados, buena parte del trabajo de investigación normal discurrirá en la forma acostumbrada y en cierto grado acumulativa, cuando menos mientras el paradigma se sostenga. Cabría pues el aserto de que la Escuela Mexicana de Arqueología –cuando menos desde 1943 en que el etnólogo alemán Paul Kirchhoff formuló el concepto de "área cultural mesoamericana"– se habría ocupado de rutinarias "reparaciones menores" a su paradigma, a través de un sinnúmero de excavaciones con resultados públicos y reservados (quiero decir publicados y a veces conservados en informes técnicos), pero de los que se esperaría que inductivamente llegarán a la reconstrucción de la historia o desarrollo cultural de una región de alta civilización. Para el estudioso de la arqueología como ciencia (pero no como cultura disciplinaria o como tradición bajo nuestro enfoque) restaría entonces la tarea de determinar los casos ejemplares que sirven de paradigma (digamos Gamio en Azcapotzalco, Caso en Monte Albán, Bernal en Teotihuacan, etcétera) y, de modo simultáneo, el conjunto de valores compartidos por la comunidad arqueológica mexicana.

Ésta fue la línea de argumentación seguida por Gándara (1992) hasta 1989. Critica pero no rechaza un "crecimiento por aglutinación" (o por "agregación" en los términos de Litvak), que da como resultado un "conglomerado de protoparadigmas", a saber, el particularista histórico y el neoevolucionista-ambientalista. Anhelante, espera que este proceso teórico desemboque en una crisis donde su propio paradigma (materialista histórico, hipotético-deductivo y sistemático) se convierta en el modelo para una especie de nueva arqueología mexicana. Es notorio que esta construcción normativa conserva en espíritu el carácter "agregativo" o "aglutinador" propuesto mucho antes por Litvak (1986: 121 y 156).

Mas el problema de asumir una tradición científica como una ciencia normal en estos términos estriba en buena medida en la integridad del sistema de pensamiento de Kuhn (1980 [1962]), y más específicamente radica en la llamada inconmesurabilidad del concepto paradigma, tal como él lo manejaba, cuestión que los etnógrafos de la ciencia pertenecientes a la corriente de los "estudios sociales de la ciencia" pasan por alto con

excesiva frecuencia.[26] Recuérdese además, que ya desde nuestro planteamiento inicial hacíamos notar la inviabilidad de aplicación del modelo kuhniano de revolución científica (esquemáticamente compuesto por una ciencia normal, una crisis, una revolución y una nueva ciencia normal) por razones de orden ontológico social: hacíamos notar la vaguedad de la noción de "comunidad arqueológica". Pero la dificultad ahora es intrínseca al modelo planteado. Y es estrictamente filosófica y metodológica.

Considérese pues que la inconmesurabilidad consiste en que no se pueden comparar (menos contrastar) dos o más paradigmas por implicar visiones del mundo radicalmente distintas e intraducibles entre sí.[27] Kuhn mismo trazó la analogía con el fenómeno psicológico de la *gestalt*, donde la sensación es global y a la postre determinante para la significación de las partes. Mudar de paradigma era más una suerte de "conversión religiosa" que una selección racional. En consecuencia, Kuhn, además de introducir cierta dosis de irracionalidad en su esquema, no permite, metodológicamente hablando, ninguna evaluación, excepto en los propios términos del paradigma, lo que hace tautológica la aproximación, si bien es justo admitir que ésta puede ser necesaria para un tratamiento puramente histórico, puesto que fuerza al estudioso a concebir al universo paradigmático de acuerdo con las ideas de cada uno de estos sistemas, lo que equivaldría, en otras palabras, a "un deleite imaginativo y un antídoto para el dogmatismo", como alguna vez dijera Bertrand Rusell a propósito de la historia de las ideas en la filosofía griega (Rusell, 1972: 38). Por lo tanto, resulta obligado establecer una acotación del concepto de "normalidad" para fines expresamente comprensivos de la historia de la ciencia, lo mismo que para los fines analíticos de la antropología de la ciencia.

Tras Kuhn se han debatido varias clases de inconmesurabilidad: como tópico, por disociación y por significado lingüístico (Hacking, 1990:

[26] El concepto de ciencia normal fue uno de los más criticados por Popper y su grupo (Lakatos, Feyerabend), por resultarles excesivamente sociológico. Pero como replicó Khun, es la cara opuesta de las revoluciones. Sobre su naturaleza y funciones véase Khun (2000: 135-142), donde también advierte la importancia de las tradiciones para las comunidades humanistas.

[27] En 1962 Kuhn y Feyerabend arribaron a este concepto de modo paralelo, pero mientras Feyerabend limitaba la inconmesurabilidad al lenguaje, Kuhn lo extendía a los métodos, problemas y normas de resolución de enigmas por parte de un paradigma. Veinte años después Kuhn optará por una versión débil del mismo concepto, con la analogía metafórica "sin lenguaje común", lo que antes era "sin medida común" (Kuhn, 1989: 96-99). El giro lingüístico de Kuhn ha sido captado admirablemente en la entrevista que le hizo Giovanna Borradori (1994), donde entiende la inconmensurabilidad como intraductibilidad. Ahí Kuhn sostiene que las teorías científicas no pueden comprenderse sin primero aprender, como una segunda lengua, el lenguaje en que fueron formuladas, luego no pueden incorporarse términos de una lengua en los de otra, usándolas como intercambiables, pues hay una referencialidad ontológica implicada. Cambiar de teoría es, entonces, cambiar de bases conceptuales y referenciales.

11-16 y 66-90). En general, hoy se acepta que la presencia de teorías rivales no es una excepción y que la evaluación interteórica es un procedimiento valedero desde el momento en que los científicos optan entre teorías alternantes. Esta visión realista de la ciencia cuenta con amplias simpatías entre los científicos que consideran que los esquemas de filósofos, historiadores y sociólogos de la ciencia no corresponden a lo que normalmente hacen, sino a lo que deberían hacer (Ziman, 1972: 11 y 26), crítica que, por otra parte, los filósofos dirigen a Kuhn: se inclina demasiado a la descripción y no lo suficiente a la prescripción (Lalumia, 1991). En arqueología, por ejemplo, esta postura sostiene que la disciplina no tiene por qué cuestionarse sus supuestos filosóficos, ya que lo suyo es un asunto práctico (Watson, 1991). Otros científicos por su parte han abordado el problema desde la óptica de la elección de teorías, ya que cotidianamente deben optar entre "grandes teorías" y "teorías simples", según la fertilidad o potencial generativo de nuevas y exitosas vías de indagación. Éste es el punto de Cushing (1989), cuando advierte que la ciencia normal interioriza factores sociales antes vistos como externos, es decir, la selección teórica está condicionada por la estructura social piramidal de la ciencia, en cuyo vértice están los creadores de grandes teorías, dejando al resto las opciones y operatividad de las teorías simples. Aun así, la elección teórica devendría de criterios de fertilidad ulterior. En el mismo tenor, Laudan (1994) postula el papel central de la desiderata, al tiempo que rechaza a la idea de inconmesurabilidad lingüística en favor de una metodología y axiología científicas, dispuestas a iluminar las transiciones teóricas derivadas ya de la elección, ya de la comparación.

Sin embargo, hacia 1987 Kuhn (1989) respondió de un modo inesperado al mostrar una inconmesurabilidad menos excluyente de lo que se creía, pero no menos complicada, tanto en el terreno cultural-lingüístico como en el histórico-interpretativo, si bien su ligazón con el concepto de paradigma parece difuminarse. Como quiera que sea, desde entonces quedó claro que su inconmesurabilidad tiene que ver tanto con las diferencias de lenguaje, sentido y comunicación como con la comparabilidad y elección de teorías. Kuhn coincidirá con Hempel en que la elección de teorías requiere una especificación previa de los objetivos que quieren conseguirse con dicha elección. Pero es una suposición simplista el que los científicos seleccionen teorías para elevar su eficiencia en la resolución de enigmas. Resurge aquí el problema no de la traducción directa o literal de términos o conceptos, sino ya de comprensión, aprendizaje e inserción en el nuevo campo semántico de la teoría seleccionada, cuestión donde

sí hay problemas de inconmesurabilidad lingüística, aunque no del todo irresolubles para el historiador ni para el científico (Kuhn, 1989a, 1989; Borradori, 1994: 161-166). Esta importante *addenda et corrigenda* revela problemas adicionales como los de la incomunicación por incomprensión o el de la evaluación global de las teorías científicas. Ambos, como veremos después, están implicados en la tesis del "crecimiento por aglutinación" de Litvak (1986: 119-156), pero también en la de la "arqueología ecléctica" mexicana y sus "posiciones teóricas" en Gándara (1991).[28]

Ahora bien, la perspectiva cambia radicalmente cuando se asume de entrada que la competencia teórica es lo normal y que los desafíos a las creencias y tradiciones forjadas en el proceso pueden ser ellos mismos un motor de progreso o retroceso. Siendo un falsacionista popperiano sofisticado, Lakatos asumió que el cambio científico devenía de la competencia entre programas de investigación científica rivales, dentro de los cuales las teorías científicas demostraban poseer una tenacidad insospechada, ya que sus seguidores no las abandonaban sólo porque los hechos las contradigan. Se sigue que puede ser una elección racional apegarse a un programa hasta que sea superado por otro y aun después, cuando, en plena decadencia, arroje un rendimiento cada vez más pobre (Lakatos, 1985: 233). Esta concepción del cambio científico como una "guerra oculta de desgaste" entre programas, socava a fondo la tesis fuerte de la inconmesurabilidad de paradigmas, requiriendo, entonces, procedimientos metodológicos de evaluación de la fertilidad de los programas. Sugiere esto un "poder heurístico" que valora cuántos hechos novedosos produjeron y cuán grande fue su capacidad para explicar sus refutaciones en el curso de su crecimiento. Como indica Hacking (1990: 121), esta metodología es bizarra, ya que es absolutamente retrospectiva. No ayuda a decidir qué es racional o no, sino a reconstruir cómo se tomaron decisiones racionales en el pasado. No obstante, algunos de sus valores podrían hacer volver la racionalidad hacia adelante, digamos, la indulgencia en la evaluación, el percibir la historia desde varios puntos de vista, el uso del criticismo de modo constructivo, y la honestidad intelectual para llevar a cabo un conteo fidedigno de los resultados obtenidos por éste o aquel programa –el nuestro incluido, porque puede ser que el programa rival tenga la última palabra (Lakatos, 1989: 35-47).

[28]Gándara define a la posición teórica como "conjunto de supuestos valorativos, ontológicos y epistemológico-metodológicos que orientan el trabajo de una comunidad académica particular y que le permiten producir investigaciones concretas, algunas de las cuales actúan como «casos ejemplares»" (Gándara, 1994: 74). En cierto modo, hay mucho del paradigma kuhniano aún presente en su concepto. Agrega que diacrónicamente, una comunidad debe ser vista más bien como "tradición académica" gracias a una serie de "elementos centrales" profundamente compartidos.

La unidad básica de un programa no es una teoría. Lakatos muestra que todo programa dispone de un *continuum* de teorías seriadas, producto de añadir cláusulas o reinterpretaciones a una teoría previa, lo que le confiere un aspecto ecléctico a la larga. Lo distingue en cambio un "núcleo duro" de proposiciones irrenunciables e irrefutables, aquellos principios que nunca serán cuestionados por definición. Se trata de una "heurística negativa", que se va desarrollando lentamente por medio de un proceso de prueba y error. Al contrario de la ciencia normal de Kuhn, aquí sí hay una jerarquización y selección de problemas a resolver. Esta selección genera un "cinturón protector" alrededor del núcleo duro, lugar donde las teorías se prueban a través de hipótesis auxiliares. La elección de problemas surge de una "heurística positiva", de la que depende el "cinturón protector", y que es responsable de que el programa avance o retroceda. Habrá una "heurística positiva" cuando prevea anomalías y las resuelva como casos ejemplares; ello hará que el programa en su conjunto progrese y su desarrollo teórico seriado se anticipe a su crecimiento empírico, al predecir nuevos hechos. Mejor aún, alrededor del núcleo programático habrá sugerencias parcialmente articuladas sobre el cómo cambiar, sobre el cómo desarrollar variantes refutables, sobre el cómo modificarse sin renunciar a sus principios, en fin, sobre el cómo mantener el rumbo en el mar de anomalías circundante. Este cinturón conceptual le brinda un aire flexible al dogmatismo de fondo: "La actitud dogmática en la ciencia –que explica sus periodos estables– fue descrita por Kuhn como el primer rasgo de una ciencia normal" (Lakatos, 1989: 90).[29]

Cuando ocurre lo contrario, que la teoría va a la zaga del desarrollo empírico, asistimos a una degeneración programática, al tiempo que su heurística se ocupara más de las anomalías que de prever nuevas aportaciones, dando explicaciones *ad hoc* de hechos previstos por un programa rival. Por supuesto que nada de esto ocurriría si no hubiera una rivalidad con programas alternativos. La competencia puede ser un proceso prolongado "durante el cual es racional trabajar en cualquiera de ellos (o, si se puede, en ambos)" (Lakatos, 1985: 224), como ocurre cuando uno de

[29] La actitud dogmática en la ciencia apenas si ha sido estudiada, por lo que pertenece al ideográfico reino del "estilo personal", y en consecuencia al anecdotario privado. Sin embargo, casos bien conocidos denotan que el dogmatismo puede tener rango institucional. Tal es el caso del radioastrónomo Halton Arp, cuya postura disidente frente a la oficializada teoría del *Big Bang* le ocasionó el veto de los grandes observatorios norteamericanos y su "exilio teórico" en el Instituto Max Plank. Como escribe Manuel Sanromá sobre este asunto, "los científicos son seres sociales, son personas. Sus teorías, sus modelos, no son entes matemáticos fríos y no están dispuestos a tirarlos a la papelera a la primera de cambio (...) Cuando surgen resultados o argumentaciones que parecen hacer peligrar el paradigma, la reacción es a menudo inesperada"; véase MC, 130(2): 1088-1089.

los programas está vagamente formulado. También existe la posibilidad de estancamiento cuando un programa se va cerrando en sí mismo, degenerando en subprogramas parciales (Hacking, 1990: 117). Como quiera que sea, habrá una continuidad remarcable entre los seguidores de las teorías conectadas en serie al mismo programa. "Esta continuidad –reminiscencia de la «ciencia normal» kuhniana– tiene un papel vital en la historia de la ciencia" (Lakatos, 1989: 47).

Aparte de este instrumental técnico, Lakatos introducía una demarcación heterodoxa entre historia interna e historia externa. A esta última la consideraba secundaria y hasta prescindible, mientras que la historia interna es una "historia de hechos que son seleccionados e interpretados de manera normativa" (Lakatos, 1985: 242). Sus reconstrucciones son entonces una historia de casos, analizados discursivamente a través de frases que expresen lo que los seguidores de un programa están tratando de encontrar y cómo lo están tratando de hacer (Hacking, 1990: 125). Al seleccionar un caso ejemplar se reúne cuanto texto esté disponible sobre la época y sus practicantes, descartando, aun desde un típico enfoque internalista, los sentimientos y motivaciones de los protagonistas, no se diga la sociopolítica y la prosopografía (Hacking, 1985: 266). Se trata de la historia de un "tercer mundo" metafórico, que pretende que las ideas son relativamente autónomas en el sentido hegeliano de la actividad humana. Hoy en día, no obstante, dicho internalismo radical de Lakatos ha sido atemperado por un internalismo que conviene en que los "factores externos" –o algunos de ellos–, pueden ser interiorizados y, por ende, obrar sobre el pensamiento científico, por lo que no es aconsejable excluirlos a la ligera de la evaluación teórica. De hecho, el aprendizaje por vía de la experiencia personal, muy generalizado en ciertas disciplinas y tradiciones (clave para nuestra fenomenología de la arqueología mexicana), puede ser el medio como se articulen las estructuras mentales a las sociales.

La extraña historia de las teorías arqueológicas en México

La historia de las teorías arqueológicas en un sentido restringido nunca ha sido un tópico especialmente interesante para los arqueólogos mexicanos. Su número se puede contar con los dedos de las manos, sin siquiera agotarlos (Gándara, 1980, 1981, 1991, 1992: 21-77; 1994: 67-118; Gándara *et al.*, 1985; Matos, 1979; Litvak, 1986: 119-156). A pesar de que su estudio podría resultar apropiado para exaltar a los grandes arqueólogos

y su obra, hasta hoy los estudios de Eduardo Matos (1983, 1986) sobre Manuel Gamio siguen siendo paradigmáticos para este tipo de historia internalista. Paradójicamente, tal propensión elegiaca ha reflejado mucho mejor a la organización social de la arqueología institucionalizada, pues fomenta la impresión de que las teorías son meras respuestas al medio social, sin ningún juego independiente (la arqueología histórica en el INAH y la nueva arqueología en el IIA). Asimismo, la extendida noción esquemática de dos "estilos de arqueología" excluyentes (gubernamental y universitario) –que independientemente del hablante, apenas si oculta una postura política frente a la política– no refleja exactamente la dinámica teórica de los arqueólogos adscritos en ambos polos de reclutamiento profesional, entre quienes es normal observar confluencia de ideas, en vez de cometidos y elecciones prácticas. La fuente original de esta concepción dualista es Weber y sus tipos ideales del científico y del político. Pero ya un enfoque externalista de los mismos lo encontramos en Horowitz (1968: 195-220) para la sociología de la sociología. Su dualidad de "sociólogos importantes" y "sociólogos marginales" recuerda la distinción divisoria entre "arqueólogos políticos" y "arqueólogos científicos", expresada de Lorenzo a Litvak, con no pocos autores en el medio (Litvak, 1978: 672; Ochoa, 1983: x-xi; Schöndube, 1991: 264; Alonso y Baranda, 1984: 155).

La escasez de trabajos en este terreno es de suyo sospechosa. Sin embargo, debe tomarse en cuenta que no hay en México el equivalente a una arqueología teórica que sea proclive al análisis filosófico, metodológico e historiográfico.[30] Tal ausencia sólo en parte es explicable por la condicionante contextual de que en México su simple mención equivale a decir "especulativo" o "falto de comprobación", si no es que decididamente "alejado de la práctica". Los reiterados esfuerzos por desarrollar en la ENAH una arqueología teorizante, que no teórica, son continuamente sancionados en el discurso aplicado de los arqueólogos activos del INAH, entre quienes es usual la frase despectiva de "los teóricos de la ENAH", usada para demeritar la actividad de sus colegas.[31] Este hábito descalificador no es unilateral pues antes era usual desmerecer a los otros como "piramidiotas".

[30] Obviando el sesgo del arqueólogo australiano T. Murray en su respuesta a L. Klejn, es interesante su comentario de la obra de Yoffee y Sherratt, *Theoretical Archaeology: Who Sets the Agenda?*; véase Tim Murray, "On Klejn's Agenda for Theoretical Archaeology", CA, 2(36): 290-292, 1995.

[31] El lector ha de tener presente que la ENAH es una dependencia educativa del INAH. La frontera social de "teóricos" y "prácticos" cruza a través de otros niveles organizativos como son el sindicato de profesores e investigadores o las comisiones de estímulos, donde la participación es diferente, y en general conflictiva.

Un elemento persistente en estos trabajos es que sus autores demuestran mayor perspicacia para caracterizar a la escuela mexicana de arqueología (aunque usen sinónimos como "reconstrucción momumental", "arqueología oficial" o "corriente del INAH"), cosa que no ocurre con las otras teorías, donde incluso se perciben reveladoras dificultades para identificar a los arqueólogos que se supone afiliados a ellas.

Pedro Armillas, por ejemplo, es disputado por la arqueología marxista y la arqueología neoevolucionista, pero también es cierto que sus primeros trabajos se ubican dentro de los cánones tradicionales, aunque con tintes marxistas. El problema historiográfico aquí es muy parecido al que antes referimos para Childe, para quien sería absurdo disgregar partes y paradigmas. A decir verdad, esta dificultad de identificación teórica es causada por el problema de la elección teórica y el cómo se expresa dentro de la tradición. El camino más sensato sería apreciar estos cambios de manera procesual, pero sin suponer de entrada que el cambio teórico es abrupto o revolucionario, aun en el caso en que haya de por medio un exilio teórico, que en vez de ser una manifestación de revolución paradigmática tal vez sea la medida injusta del dogmatismo dominante.

Sólo entonces comprenderemos por qué Matos (1979: 18) dice de Armillas que "no está exento" de la arqueología ambiental, para más tarde asegurar que debió romper con Caso y el INAH por sus ideas noevolucionistas (Matos, 1991: 53-54). Otros autores coinciden en que su mayor influencia es la neoevolucionista (más que Childe, de Steward), si bien Lorenzo haya hecho notar con agudeza que el primer Armillas seguía a la escuela mexicana (como asistente de Alfonso Caso y antes de Kirchhoff), siendo posterior su deriva al neoevolucionismo y a la teoría de sistemas (Lorenzo, 1991: 15-29). Me parece por demás significativo que uno de sus alumnos, Carlos Navarrete (1991: 45, nota 11 *infra*), seguramente interpretando su exclusión de la arqueología mexicana, considere que "desafortunadamente, fue [el suyo] un proyecto frustrado" (consideración que recuerda la frustrada trayectoria arqueológica de Gamio, que Armillas mismo llamó la "antropología que no pudo ser"), a pesar de que todavía en 1973 intentó (con el Programa de Adiestramiento Avanzado en Arqueología) practicar sus ideas renovadoras dentro del INAH, sin más éxito que cuando antes de marcharse a Estados Unidos (Rojas, 1991: 59-73).

Román Piña Chán ha sido igualmente emparentado al neoevolucionismo, pero él mismo, y de manera pública, se considera heredero de la escue-

la mexicana de arqueología.[32] Debo recordar, en apoyo de su propia identificación, que el maestro Piña fue atraído a la arqueología por Alfonso Caso y que sus tópicos de mayor interés pertenecen a la historia cultural mexicana, ni que decir de sus influyentes obras en sí (cfr. Gallegos, 1988; García y García, 1989), si bien es innegable que su secuencia cultural favorita posea un agregado evolucionista (Litvak, 1986: 136), que la convierte en una suerte de "evolución cultural". Si estas mezclas teóricas ocurren entre los más prominentes arqueólogos, se podrán imaginar las dificultades que hay para apreciar los niveles más sutiles e impersonales de la teoría, terreno donde es fácil caer en la confusión de interpretar un aislado elemento teórico adoptado –léase elegido al margen de sus dificultades de traductibilidad, no se diga de inconmensurabilidad– como diacrítico de todo un sistema conceptual de referencia, que queda incólume a pesar de la decisión selectiva y personal del arqueólogo. Así, por ejemplo, López Luján (1991) habla de varias "periodizaciones marxistas" adscritas a arqueólogos particulares (Armillas, Olivé, Matos, Nalda y Bate), no obstante hacerse cargo de que rara vez asumen del todo el núcleo duro del marxismo (lo que, con Gándara, serían sus principios filosóficos, sustantivos y políticos), y pese a que todas las periodizaciones marxistas sin excepción tienen siempre como referente Mesoamérica y su anhelada "historia cultural", mejor conocida en nuestros días como "historia del México Antiguo". El problema entonces es comprender primero a la historia cultural como sistema y seriación teórica en lugar de imponer adscripciones simplistas, que de todos modos deberían evaluarse como totalidades en sí mismas, no como influencias parecidas a la difusión de rasgos culturales particularizados.

Como se verá, todo esto demuestra la extrema vaguedad con que las teorías alternativas a la historia cultural han sido planteadas, al tiempo que nos habla de una crónica debilidad para competir con ella. En este sentido, el caso más paradójico lo ofrece la arqueología marxista, cuyos antecedentes son fijados en los años treinta, en torno a ¡Paul Kirchhoff precisamente! Ya Matos (1979: 7 y 25) intentó reunir los trabajos ejemplares de esta corriente, llegando a la asombrosa conclusión de que, como teoría, su influencia era esporádica y la corriente toda minoritaria. Luego, en 1984 varios jóvenes arqueólogos de la ENAH formularon un programa duro de

[32] Veánse sus declaraciones a la periodista Adriana Malvido en el diario *La Jornada* del 7 al 12 de agosto de 1990. En esa oportunidad, dijo: "Entonces no vemos a la arqueología tanto como un simple discurso científico, sino como una forma de conocimiento que se finca en la búsqueda de la nacionalidad, de nuestros orígenes."

arqueología marxista, para, en seguida, reconocer que, con arreglo a sus ideas, "no podamos contar *con un solo caso de arqueología marxista*" (Gándara *et al.*, 1985: 12; cursivas del autor), reveladora confesión que sigue siendo válida hasta la fecha.

Otro rasgo generalizado en estas contribuciones es que, en cuanto a reconstrucciones racionales, tienden muy característicamente a ordenar cronológicamente lo que en cierto modo es metahistórico. Quiero decir con esto, que una cosa es el orden de aparición histórica de cada teoría (o su comunicación como tradiciones teóricas mediante redes sociales de maestros y alumnos) y otro, muy distinto, es su existencia abstracta como teorías propiamente dichas. Así, el marxismo aparentaba ser la culminación lógica de la ordenación cronológico-racional, bien visible en Matos (1979: 25), pero lo mismo aparentaba ser la nueva arqueología para el caso de Litvak (1986: 150). Los autores recurren una y otra vez a una retórica presentista para crear el efecto de alejamiento y superación, en favor de su postura al momento de reconstruir la historia teórica. Este efecto descalificador es bastante notorio cuando el discurso se aplica a la escuela mexicana de arqueología asociada a Caso y a sus epígonos del INAH, que siempre es la teoría adversaria a superar. Sin embargo, a la hora de citar sus casos ejemplares, uno se percata de inmediato de que tal escuela no es cosa del pasado sino del presente, y que es justo su oposición a ella lo que motiva el discurso modernista aplicado retrospectivamente.

No obstante, la arqueología "explícitamente científica" de Litvak ("tecnicista" para Matos, la "vieja nueva arqueología" para Gándara) introduce en su reconstrucción una idea típica del Círculo de Viena, a saber, la unidad del método científico y, por tanto, el carácter acumulativo de la arqueología, gracias al cual toda competencia teórica concluye en agregación. Toda teoría, dice Litvak, será incorporada a la ortodoxia de la disciplina (que "posee el don de absorber estas posiciones"), porque hasta las teorías más retadoras pasarán a formar parte de la normalidad (Litvak, 1986: 121-122 y 156). Como tal, este compromiso metodológico es sumamente atractivo para una teoría como el procesualismo, que se proponía dar un jalón definitivo a la cientifización de toda la disciplina (cfr. Binford, 1988; Watson *et al.*, 1987). Bajo tal expectativa, las teorías "previas" se juzgan de acuerdo con su valor explicativo y, en conjunto, ello sirve para engrosar el *corpus* de conocimiento arqueológico. Así y todo, permanece entonces la duda de por qué ciertos aqueólogos mexicanos (Litvak mismo) han debido recurrir al procedimiento de seleccionar entre teorías alternativas, cuando menos en algún momento crucial de sus trayecto-

rias profesionales. Acaso podrá haber convergencia, pero éste invariablemente será un juicio *a posteriori*, factible porque es desde una perspectiva distanciada que podemos suponer que ha tenido lugar la acumulación de conocimiento a través de las variantes teóricas. Pero en tanto podemos hacer esa evaluación posdictiva, ocurre lo que otro distinguido procesualista ve como normal, "la lucha intelectual y el debate... constituyen el auténtico drama de la arqueología contemporánea" (Renfrew, 1988: 11). Por último, esta postura valorativamente unitaria produce un efecto equivalente de superioridad de su teoría, recurso político inestimable cuando Litvak decidió (y obró en concomitancia) llevar a un punto más alto la tarea de Juan Comas en la UNAM, reorganizando al Instituto de Investigaciones Antropológicas un tanto como reacción al INAH, pues coincide con su personal alejamiento (¿exclusión?) de él.

Antes de pasar a nuestro tema de interés, es conveniente detenernos un poco en los cambiantes análisis teóricos introducidos por Gándara (1991, 1992, 1994), por resultar completamente insólitos dentro de la historiografía teórica de la arqueología mexicana. Independientemente de su vena prescriptiva –que a la postre terminó por colocarlo fuera de su comunidad lingüística disciplinaria, donde me temo que falló en hacerse comprender, además de que no se le quiso comprender–, Gándara observó que la tesis de la "asimilación por agregación" de Litvak respondía a un peculiar "crecimiento por aglutinación" que, según él, se reducía a una mezcla protoparadigmática de particularismo histórico y neoevolucionismo, si bien advierte que el primero es mucho más influyente en la actividad normal de la arqueología gubernamental. En consecuencia, la agregación de las ideas neoevolucionistas devienen del choque protagonizado por Lorenzo con los conspicuos dirigentes de la escuela mexicana de arqueología, conflicto que se resolvió segregándole a un Departamento de Prehistoria (hoy desaparecido y Lorenzo jubilado) dentro del INAH e incorporando de palabra sus ideas a la arqueología tradicional, lo que, de ser correcto, constituiría una modalidad en la acción social de los arqueólogos poderosos, pues lo habitual en ellos ha sido la exclusión de los teóricamente disidentes. Sin embargo, también observa que el fenómeno arranca desde la mismísima socialización profesional en la ENAH, lugar donde las influencias teóricas se van en efecto agregando a la experiencia de modo incoherente, dispar e incompleto, lo que nos hace sospechar que allí reside la génesis de una visión del mundo habitual, generalizada, interiorizada y continuamente reproducida por los arqueólogos mexicanos –y de la que la tesis de cambio teórico de Litvak sería una derivación lógica–, bien que no necesariamente asumida como una variante teórica más, sino adop-

tada con la familiaridad de lo normal o acostumbrado, pero, para nosotros, de veras fundamental para entender la actividad ortodoxa de la historia cultural en México, nada dispuesta a ceder en lo básico, pero sí en lo periférico.

Por supuesto que cabría emprender al respecto una etnografía educativa enfocada a la enseñanza de la arqueología en la ENAH (asumo que alguna autoridad tendrá el testimonio de uno de sus directores, Manuel Gándara, arqueólogo él mismo), no tanto en lo que concierne al modo como las teorías son impartidas, sino en especial en cuanto a la interiorización de lo que se ha llamado sus áreas "formativa técnica" y "formativa auxiliar", donde sugiero que residen la enseñanza y aprendizaje de los supuestos básicos (núcleo duro) y los compromisos ontológicos y metodológicos (cinturón protector y heurística) del aparentemente difuso programa histórico cultural, difuso solamente porque se le considera normal, por ello la displicente novedad de que apenas en una fecha tan tardía como 1972 se introdujo la enseñanza explícita de la teoría arqueológica contemporánea, sin que esa reforma haya provocado ningún efecto "revolucionario" perceptible, como confiaba Gándara. Lo normal aquí es que los estudiantes aprenden a no retener más que lo que está de acuerdo con cierta concepción habitual. Sabemos al respecto que ya desde los cursos introductorios a la disciplina, el joven arqueólogo es enfrascado en conceptos "técnicos" tales como "culturas arqueológicas", "sistemas tipológicos", "sistemas de periodificación", "hechos históricos" y muchos otros de clara filiación tradicional.[33]

Esta dirección en la socialización coincide con los resultados de la comparación hecha con los planes de estudio de la licenciatura entre 1941 y 1991, aunque éstos aparezcan y desaparezcan en lapsos promedio de 3 años cada uno –lo que pudiera interpretarse como un tremendo cambio cognitivo, pero también como una tremenda inestabilidad en el pensamiento arqueológico mexicano–, que indica, por el contrario, una continuidad asombrosa en las áreas más instrumentales, puesto que "con cambios menores, las áreas técnica e informativa (que le dan cuerpo a la especialidad) permanecen con sus énfasis y bajo los mismos criterios geográfico-culturales. Y esta permanencia –cerca de 30 años– de una tendencia es grave, toda vez que entre 1945 y 1970 se presentaron grandes transformaciones en México" (López y Pulido, 1991: 91-92).

[33] Los cursos introductorios a la licenciatura de arqueología no dejan lugar a dudas sobre la teorización que está detrás de la exposición "técnica".

Así las cosas, Gándara debió apreciar en 1976 (1992) que el caso de Lorenzo no era único, sino que fue antecedido por la ruptura de Caso y Armillas en 1944 y las posteriores de Palerm, Litvak y Manzanilla, todo dentro del establecimiento de la arqueología del INAH. Esto lo advertirá mejor en 1991, cuando concluye que todos estos casos de repulsa y exclusión apuntan hacia una posición teórica central, la "arqueología ecléctica", a la que poco preocupa los problemas de congruencia, de metodologías diversas y de agregación de términos de una teoría sobre los términos de otra. Hasta aquí su descripción es adecuada, aunque sigo pensando que cada caso individual merece un tratamiento histórico aparte, aunque eso entre arqueólogos sea un pecado disimulable.[34] Por ahora diré solamente que todos tienen en común haber planteado diferencias teóricas de fondo que necesariamente se han traducido en acciones sociales, mismas que a la larga han llegado a confluir en la actual institucionalidad antropológica mexicana. No fue sólo Litvak quien reaccionó así desde el IIA, sino también Palerm desde el CISINAH (hoy CIESAS). También es sintomático que, con la sola excepción de Lorenzo, todos terminaron por alejarse de ese aglomerado de teoría única y corporación que es el INAH.

Por último, coincido con Gándara en que el eclecticismo es en gran medida retórico, pero bastante más significativo que eso. Por ejemplo, en 1967 Ignacio Bernal –ya perfilado como heredero intelectual y político de Alfonso Caso–, en clara alusión a los retadores wittfogelianos del momento, no tuvo problema para reconocer que la base económica de Mesoamérica había sido la agricultura de riego (Bernal, 1972: 33), agregado que no alteró en lo más mínimo su concepción histórica cultural. Empero, el "crecimiento por aglutinación" se complicó cuando el materialismo histórico de la arqueología social se proclamó de forma estridente en la Reunión de Teotihuacan en 1975, postura a la que sumaron Joaquín García Bárcena, José Luis Lorenzo, Eduardo Matos y otros (Lorenzo *et al.*, 1976; Lorenzo *et al.*, 1979). Como los hechos demostraron después, los tres se convirtieron en altos oficiales del INAH, e incluso en convencidos defensores de la arqueología más tradicional. Esta "regresión teórica", ¿cómo explicarla, más allá de una conveniencia política obvísima? La respuesta tiene muchas aristas. Implicaría: Uno, que las agregaciones de términos no han tocado los supuestos básicos de la teoría receptora ni

[34] Mi paráfrasis es casi textual; dice Navarrate a propósito de Armillas: "No vine a sacar a luz las motivaciones personales. Eso entre arqueólogos es pecado. Somos gente que ha tornado el sentimiento de amistad en visajes entre colegas..." (Navarrete, 1991: 32). En el capítulo 4, procuro comprender qué significan las motivaciones (pecados) entre los arqueólogos mexicanos.

mucho menos los de la teoría emisora, por lo cual los compromisos ontológicos y metodológicos permanecen inconmovibles. Dos, que la agregación ha sido muy selectiva pese a todo, pero en última instancia resistente a la traducción directa y, sobre todo, a la comprensión cabal de la teoría o teorías como conjuntos de enunciados. Tres, que lo que parece ser un progreso teórico de la disciplina en su conjunto, es en realidad una estrategia para mantener a flote la propia teoría, por muy híbrida, progresiva y tolerante que se ofrezca a ojos de sus seguidores.

De mala gana pienso que estas conclusiones serían extensivas a Gándara y su grupo "preparadigmático" de arqueología social (marxista) e hipotético-deductiva (neoprocesual y empirista lógica). Ya era sospechoso que su posición teórica fuera también un agregado sin problemas de inconmesurabilidad, esto es, de comunicabilidad. Supongo además que para él las condiciones sociales no se presentaron muy propicias, nada distinto a las de sus innovadores predecesores. Sufrió primero un demoledor descalabro al descubrir que el pensamiento de Kuhn implicaba ideas relativistas opuestas al empirismo lógico y, por si esto no fuera suficiente, que Binford había dejado de sostener sus posiciones más beligerantes. Una segunda desilusión la aportaron sus estudiantes, que según su cada vez más negativa interpretación, reaccionaron contra el marxismo académico tan pronto ingresaron a la profesión, dejando a esta teoría como ornamento ecléctico en sus trabajos. Un tercer abatimiento lo facilitó su problemático Proyecto Cuicuilco 1985-1987, en cuyo desarrollo se ensañaron las críticas de sus adversarios de la arqueología oficial, mostrándolo como un "teórico" incapaz de poner en práctica no sólo sus ideas, sino las provistas por el entrenamiento básico de la ENAH, que es lo que, por vía de la experiencia personal, hace a uno arqueólogo de verdad. (Ser arqueólogo en México no se reduce desde luego a ser mesoamericanista o ser entrenado bajo determinadas técnicas necesarias a la teoría en uso; como veremos en el capítulo 2, involucra un condicionamiento social fundamental: apegarse a los cánones del Consejo de Arqueología. Desafiarlo teórica y activamente, equivale perder su permiso, el presupuesto y hasta los materiales objeto de estudio. Dicho con llaneza, es no ser arqueólogo, sin que valgan los mejores estudios y títulos de grado. Es como ser ingeniero petrolero sin trabajar para Pemex, todo un paria profesional.) Al final, por cierto, Gándara terminó alejándose también de la arqueología, dejando inconclusa su esperada tesis doctoral.[35]

[35] Corrijo el aserto: ha retornado calladamente al programa de doctorado en antropología de la ENAH.

Esta última contracrítica –que escuché como comentario y sanción de parte de varios arqueólogos gubernamentales disgustados con él– nos pone sobre la pista, otra vez, de la normalidad de cierta teorización, su ortodoxia y enclaustramiento, pero sobre todo la manera como la (s)elección de teorías diferentes no ha conllevado nunca un reaprendizaje en sus enunciados y compromisos más profundos, no se diga de una comunicabilidad que, en las condiciones de nuestra desigual competencia spenceriana (individuo *versus* Estado), nunca se logrará cabalmente. En ese sentido es que afirmo que Gándara, sin proponérselo intencionalmente, se colocó fuera del campo lingüístico de la disciplina, tal como se enseña y practica en nuestro país (por ello que coincida con sus estudios de posgrado en Michigan y su contradictoria relación de amor-odio con la nueva arqueología).[36] Podríamos parafrasearlo todo con la afirmación kuhniana de que la ciencia arqueológica oficial es menos exacta que la no-ciencia inductiva, cuando pareciera que es muy delicado decidir, para alguien inmerso e identificado con la cultura disciplinaria, qué es científico y qué no lo es. Ni yo mismo me tomo esa libertad como antropólogo social externo al fenómeno. Por lo tanto, con estricto apego a los valores lakatianos, me limito honestamente a examinar sus resultados y compararlos.

Hasta aquí nuestro comentario general a la historiografía internalista producida. Vayamos ahora a sus detalles, ya que, como establecí antes, todas las contribuciones citadas comparten una gran penetración crítico-descriptiva cuando se trata de definir a la escuela mexicana de arqueología, justo porque se ocupan de una tradición teórica viva y dominante. Comenzaré por Matos. De su tratamiento de la historia del pensamiento arqueológico se deriva que han habido tres grandes "corrientes arqueológicas": la reconstrucción monumental, el marxismo y el tecnicismo. A la sazón marxista (qué tanto lo fuera es algo irrelevante para nuestros fines analíticos inmediatos; trato en mayor detalle su trayectoria en los estudios de caso del capítulo 5), Matos apunta tres características definitorias de la reconstrucción monumental. Éstas serían: 1. carencia de un referente teórico-metodológico; 2. técnica de excavación deficiente; 3. reconstrucción monumental de edificios antiguos (Matos, 1979: 15). Luego añadirá una distinción extra, a saber: 4. estudio de tipología cerámica (Matos, 1991: 52). De este listado de rasgos puede destacarse que tres de

[36] En uno de sus últimos artículos (Gándara, 1994: 71), él hace notar que su concepto de posición teórica le era más útil cuando enfrentaba a una "comunidad diferente de la mía", es decir, la Universidad de Michigan, donde advierte dificultades de comunicación que desestima sean producto de las diferencias idiomáticas. Sin embargo, nada dice de las diferencias de lengua teórica implicadas y que sí dificultan el "diálogo interparadigmático".

las características son instrumentales, todas ellas de orden técnico (excavación, restauración y tipología). Realmente la única distinción teórica es decir que carece de teoría, lo que es una aporía. En comparación, una de las fuentes de Matos es bastante más persuasiva, que es el caso cuando Juan Yadeum escribió en 1978 que esta corriente pertenecía a la historia cultural, aunque empleara esquemas funcionales o evolucionistas. Dentro de ella, el material arqueológico era interpretado a partir de la documentación histórica disponible, la que nunca se sometía a crítica de fuentes, siendo normal la asignación de culturas a partir de su lectura literal. Las reconstrucciones monumentales estarían justificadas, de acuerdo con Yadeum, por la historia cultural, más que por condicionamientos sociopolíticos.[37]

A continuación viene la serie de "movimientos teóricos" de Litvak, que es mucho más rica en opciones teóricas y da la impresión de que, a causa de su idea unitaria, traslapa con holgura las teorías generales y las teorías específicas. De su tratamiento, resultan: la arqueología histórica, la arqueología ambiental, las arqueologías sociales, la escuela mexicana de arqueología y la nueva arqueología. Resulta obvio en su lectura que la arqueología como historia bien podría contener a la escuela mexicana. En ambos casos, el referente obligado es la historia cultural justamente, esto es, una teoría preocupada por la etnogénesis, por fijar secuencias y tipologías, así como por recurrir a la documentación escrita.[38] Ahora, la escuela mexicana se identificaría, según Litvak, por nueve características, que serían:

1. etnogénesis nacionalista;
2. ligazón de la actividad científica y la actividad política;
3. reconstrucción o conservación de zonas arqueológicas;
4. uso político de sus resultados;
5. institucionalización de la arqueología;
6. interés centrado en urbes monumentales;
7. desarrollo técnico nulo;
8. desarrollo teórico cedido a extranjeros;
9. desarrollo de tipologías y secuencias de sitios (Litvak, 1986: 144-150).

[37] Juan Yadeum," Arqueología de la arqueología", citado por Matos (1979: 17-18); la misma idea reaparece en esa época en Gándara: el problema de la arqueología oficial no es sociológico sino teórico y metodológico, concretamente su fijación particularista histórica. Nuestro enfoque internalista externalista difiere de ellos: sugiere que pensamiento y condicionamiento contextual están interrelacionados.

[38] Hasta muy recientemente se ha querido disgregar la historia cultural de una arqueología histórica plena, como algo equivalente a la arqueología medieval europea y que aquí correspondería a un campo de

De todos estos rasgos, y no sin dificultades, sólo tres son asequibles desde el punto de vista internalista: la idea de etnogénesis (inevitablemente relacionada a la ideología política nacionalista), un desarrollo teórico irrelevante y su interés científico centrado lo mismo en tipologías que en secuencias (el resto merecen un tratamiento sociopolítico a lo largo de esta obra, por lo que procederé a abstraerlas para los fines del actual capítulo).

La pretensión de Litvak de que los enfoques teóricos no son excluyentes y su concepción subyacente de que la disciplina se va formando de agregados de todas las tendencias, recuerda, sin duda, la "arqueología ecléctica" de Gándara, pero con un elemento cognitivo adicional que no debe ser pasado por alto, algo que bien podría interpretarse como un amplio compartimiento de los mismos conceptos teóricos. De su conversación me ha llamado la atención que prácticamente ha reducido su distanciamiento del INAH a una brecha técnica que habrá de superarse tarde o temprano, lo que es tanto como decir que INAH e IIA habrán de limar de alguna forma convencional sus asperezas. La propuesta de "síntesis" de la arqueología gubernamental y la universitaria, adelantada por algunos arqueólogos universitarios (Ochoa, Sugiura y Serra Puche, 1989: 297-310) es coherente con las ideas de Litvak, y, como él, parten de que ambas arqueologías están fundadas en la misma formación académica en la ENAH, por lo que sólo difieren en cometido. Lo que desdeña Litvak en forma tajante es que ambas instituciones representen tradiciones divergentes de concebir la disciplina, haciéndome notar por el contrario la socialización común de sus investigadores y los lazos no necesariamente conflictivos entre ellos.[39]

Sus aseveraciones encierran una verdad teórica mayor: lo que alguien ha tenido a bien llamar -y que comprende a la arqueología gubernamental y universitaria– como la "mesoamericanística científica".[40] Es un hecho palmario el que Mesoamérica sigue siendo para la arqueología universitaria un concepto nuclear de referencia común con sus pares del INAH,[41] concepto que, como bien estimó Nalda (1990: 11), "facilita la comunicación entre arqueólogos", resultando normal que el término sea

---

conocimiento que se extendería del siglo XVI al XIX. Es llamativo que los vestigios materiales sean vistos como "documentos por derecho propio", no dependientes de las fuentes escritas (López Cervantes, 1989: 331-353).

[39] Entrevista a Jaime Litvak, 9 de septiembre de 1992.

[40] La identidad ha sido aplicada a Paul Kirchhoff por el etnohistoriador Carlos García Mora a raíz de la edición de sus obras selectas por parte de Linda Manzanilla, Jesús Monjarás y el propio García Mora.

[41] La obra divulgativa editada por arqueólogos del INAH y la UNAM (Manzanilla y López, 1993) es ilustrativa de cómo el concepto Mesoamérica conserva su añejo sabor histórico-cultural original (Kirchhoff, 1960 [1943]), a pesar de las ulteriores redefiniciones de Litvak en 1975 (1992) y Willey (1981), cercanas a la nueva arqueología. A propósito de esta continuidad y repetición de la tradición teórica, remito a la lectura del trabajo de Escalante (1993: 11-16), en la obra colectiva citada.

utilizado por seguidores de enfoques diferentes, incluso presuntamente irreconciliables. Que sepamos, nadie, absolutamente nadie, ha osado cuestionar dentro de la arqueología universitaria la pertinencia del concepto y sus implicaciones.[42] Se ha buscado, sí, redefinirlo, darle un nuevo significado sistémico, pero no desecharlo del todo. En la historia de la arqueología mexicana el único que se atrevió a cuestionar al dogmatismo teórico-político de la historia cultural fue Pedro Armillas, por lo que es muy burdo argüir que su exclusión fue producto de un "antagonismo artificialmente creado" (Ochoa, Sugiura y Serra, 1989: 305). Las palabras de Armillas no se prestan a confusiones, como en la ocasión que dijo a sus alumnos de la ENAH, allá por 1956 (citado por Navarrete, 1991: 36; cursivas del autor):

> Una sociedad no se define por una simple lista de rasgos, sino por la interrelación y dinámica funcional que dichos rasgos significan en la vida social. Kirchhoff sentó las bases para una discusión más amplia: su enlistado debemos considerarlo como hipótesis de trabajo y no hacerlo *el mito que ahora es*.

Ya en una fecha tan temprana como 1946 (3 años después de la clásica publicación de Kirchhoff) Armillas opuso el concepto "provincia arqueológica" al concepto de "área cultural", con la mejor intención de hacer más sincrónico el estudio regional (Navarrete, 1991: 43-44, nota 6). Es probable que desconociera que su reforma seguía inmersa en la historia cultural, ya que ése era precisamente el término que Kossinna daba a las áreas culturales (*Kulturprovinzen*), usado también como sinónimo por Kroeber hacia 1923 (cfr. Malina y Vasicek, 1990: 62; Kroeber, 1931: 716). De hecho, no será hasta que en 1952 Julian Steward reformule la taxonomía cultural a modo de regularidades sociales (en vez de uniformidades culturales), producto de funciones y tipos culturales, que la historia cultural en general sufrirá su primera derrota a manos del neoevolucionismo (Steward, 1955: 78-97). Ahora bien, aunque todo esto provoca la simplista sensación de que Kirchhoff sirvió él mismo de difusor del difusionismo alemán, la verdad es que esta influencia teórica arrojó –si se sigue la analogía con la teoría en sí– por lo menos tres oleadas aculturativas sucesivas sobre la arqueología mexicana, la que, para sus propios fines internos (pero sobre la misma base teórica histórico-cultural, lo que explica que no su-

[42] En 1997 se volvió a polemizar en torno al concepto. En esa ocasión hice notar la influencia de Fritz Graebner en la elaboración de Kirchhhoff sobre Mesoamérica, apreciando su esfuerzo de traducir "círculo cultural" por "superárea cultural". Se sigue que Kirchhoff no fue un difusionista tardío (Vázquez, 1999).

friera problemas aparentes de comunicabilidad con el pensamiento etnológico alemán sino hasta el final de la influencia, en que la incomunicabilidad afloró del todo) la terminó por reelaborar, haciendo de Mesoamérica un núcleo de irradiación cultural por sus propios méritos civilizatorios, más en la línea del paralelismo cultural de Seler (y de Caso, a través de Beyer), que de la convergencia cultural de Graebner a través de Kirchhoff.

El área cultural en la arqueología normal difusionista

"La arqueología mexicana nunca se había entregado de esta forma a una idea: Kirchhoff se confundió con la totalidad de la arqueología" (Nalda, 1990: 17). Tal es, en síntesis, la importancia histórica y disciplinaria de su definición de Mesoamérica como área cultural en 1943 (Kirchhoff, 1960). Se admite por igual que la postulación de este concepto equivale a suscribir la teoría difusionista, pero es poco clara la implicación. En realidad, se prefiere destacar sus logros, sus eficaces resultados heurísticos, cuanto que facilitó a la arqueología mexicana un marco espacial y cultural donde clasificar sus análisis particulares a nivel de sitios, al tiempo que le mostró el rumbo de los problemas normales a resolver (determinación de subáreas y fronteras, profundidad histórica, influencias, focos culturales, etcétera). Éste habrá de ser el gran *corpus* empírico-descriptivo que dibuja el perfil de la escuela mexicana de arqueología y su continuidad como tradición teórica hasta nuestros días. Mas si nuestra observación se amplía de foco hasta abarcar su parte oscura, comienzan a aflorar las anormalidades. Desde la exclusión de Armillas, el único arqueólogo que ha vislumbrado tales anomalías de la teoría al uso, pero vistas desde dentro de su propia estructura de referencia, ha sido Enrique Nalda, quien sin dejar de resaltar la operatividad del concepto para sus indicadores y procedimientos técnicos, advierte que su mayor restricción no es lo que se hizo y lo que se hace normalmente, sino *lo que deja de hacerse*, constituyéndose por lo tanto en un "freno al desarrollo de proposiciones alternativas", amén de su ya "bajo potencial explicativo" (Nalda, 1990: 17-19). Sin embargo, cuando este mismo autor debe puntualizar cuáles son esas "nuevas alternativas", su panorama se oscurece sensiblemente, sin aportar visiones alternativas.

Se sigue de esto que no podría continuar este parágrafo sin primero llamar la atención del lector sobre los mecanismos metodológicos más su-

tiles de aplicación arqueológica, que son precisamente los que nos interesan destacar como receptáculo del núcleo duro del programa histórico cultural, del que la escuela mexicana sería una modalidad más. Antes, empero, conviene dejar claro el siguiente supuesto en este orden de ideas. Es de todos conocido que los competidores funcionalistas del programa histórico cultural popularizaron la especie de que la suya era una historia conjetural, harto distinta de la documental. Incluso hace poco Bruce Trigger repitió este prejuicio al aducir que su etiqueta de "histórico" tenía poco que ver con la "verdadera historia", excepto, quizás, sus cronologías (Trigger, 1990: 22). Para la época anterior a la Segunda Guerra Mundial, su crítica es certera, pero no estoy seguro que siga siendo válida bajo las reformulaciones que desarrollaron sus seguidores de cara a las nuevas teorías con las que tuvieron que contemporizar.[43] Así y todo, soy de la misma opinión de Steward, cuando en 1952 asentó que los conceptos de la historia cultural no estaban desprovistos de significación teórica y que, no obstante que se les utilizó normalmente para la clasificación de uniformidades culturales, implicaron de cualquier manera una cierta clase de historia (Steward, 1955: 79). Veamos, pues, de qué está hecha la historia de la historia cultural.

La arqueología histórico-cultural no se inicia en rigor con un pensador alemán, sino con un arqueólogo sueco, Oscar Montelius, que, sustentando en el método estratigráfico desarrollado de modo independiente en su país desde comienzos del siglo XIX y por influencia de la numismática (Trigger, 1992: 78-79), él reformula en 1880, en confluencia con el enfoque seriacional de estilos sucesivos debido a Thomsen. Gracias a éste, Thomsen había desarrollado la primera cronología relativa, en lo que hoy mundialmente se conoce como las edades de piedra, bronce y hierro para la prehistoria europea. Pues bien, lo que innovó Montelius fue esta cronología relativa, haciendo mucho más completa y sofisticada la sucesión a partir de tipologías de artefactos. De modo suplementario, su innovación técnica se apoyó en el estudio puntual de la distribución geográfica. Montelius llegó así a la conclusión de que su cronología cultural indicaba que un desarrollo original había tenido lugar en Oriente Medio y que, por oleadas migratorias, se había difundido ampliamente (Trigger, 1992: 154). Como indican Malina y Vasicek (1990: 60) percep-

[43] Marschall (1979 [1972]: viii) por ejemplo, diciéndose continuador de Barthel y Kirchhoff para el estudio de las influencias asiáticas en las culturas americanas, corrige el método graebneriano con vistas a sobrepasar el reto de la teoría neovolucionista en boga. Kirchhoff mismo hizo esfuerzos parecidos desde 1956 en su trabajo "Las ideas actuales de la Escuela Etnológica de Viena". Su giro a la etnohistoria es indicativa del nuevo rumbo tomado por la historia cultural de posguerra (Vázquez y Rutsch, 1997 y 1999; Vázquez, 1999).

tivamente, el mayor contraste de la arqueología difusionista con la evolucionista previa, se aprecia mejor si comparamos el refinamiento de las excavaciones, las técnicas de registro y la cartografía de distribución cultural, que no se hubieran desarrollado sin esta concepción cultural de la historia.

Sin embargo, quedaba pendiente la cuestión de relacionar los vestigios físicos con los supuestos pueblos que los habían creado. Fue aquí donde Gustav Kossinna y Gordon Childe descollaron, ya que asociaron las llamadas "culturas arqueológicas" (tipos de restos que aparecen constantemente de manera recurrente, geográfica y temporalmente acotados) con estructuras sociales tales como el Estado, la nación, la tribu, el *ethnos* (hoy diríamos "grupo étnico" o "etnia") y, sobre todo, la raza. Al proceder así, todo el sistema de conceptos clasificatorios y espaciales de la arqueología histórico-cultural contribuyeron de manera natural a apuntalar una etnogénesis de bases empíricas, por ello su tozuda conexión a las ideologías nacionalistas en todas las escuelas arqueológicas nacionales que las han aplicado. Parte destacada de esta estrategia metodológica fue justamente la cronología cultural fundada en la seriación tipológica, las secuencias culturales regionales y la estratigrafía neogeológica, todas ellas procedimientos de datación relativa equivalentes a los "estratos culturales" sugeridos conceptual y deductivamente por la etnología histórica alemana, pero que en la arqueología se convirtieron en estratos objetivos y correlativos a cada cultura arqueológica.

Cabe pues preguntarse si la idea misma de datación relativa –necesaria para ordenar artefactos en tipos y secuencias–, implícita en la historia cultural en su conjunto, precedió al desarrollo de los conceptos operacionales en la arqueología. Al menos en lo que se refiere a las primeras periodificaciones, los indicios parecen ser concluyentes: la excavación se convirtió en el mecanismo de verificación de las secuencias deducidas con anticipación. Esto habla de una heurística positiva del programa, que se mantuvo vigente hasta que se desarrollaron las técnicas de datación cronométrica o absoluta que, por lo demás, han resultado en una innovación no fácilmente conciliable con la historia cultural tipológica, pues se descubrió que artefactos similares no significan temporalidades similares, lo que puso en entredicho tipologías enteras y las secuencias derivadas de ellas. Se entiende entonces por qué la datación absoluta con el tiempo pasó a ser una técnica distintiva de la nueva arqueología, por compaginar con su estudio de procesos sociales en vez de centrar su interés en la cronología relativa y sucesión de culturas particulares, propias de la historia cultural.

Sobre este último procedimiento debo agregar que una hipótesis auxiliar que ha sostenido a la historia cultural en muchos países ha sido acudir, adicionalmente, a la cronología histórica, recurso facilitado por la identidad de etnia y cultura arqueológica, lo mismo que el sentido historicista que está en el fondo de toda la concepción. En Europa, esto lo posibilitó durante algún tiempo la "cronología corta", es decir, la correlación de tipos y seriaciones egipcios (fechados históricamente) y micénicos (asociados a los primeros). En lugares como Mesoamérica, desde que Thompson y Kidder correlacionaron en 1938 las cronologías maya y cristiana, ha prevalecido el uso de incripciones calendáricas en monumentos y etapas constructivas de edificios. Mejor que eso ha resultado el abundante soporte documental ofrecido por códices y crónicas indígenas y españolas del siglo XVI, hasta el punto en que un arqueólogo mexicano-alemán se ha preguntado –sin mucho convencimiento por cierto– qué sería de nuestra arqueología sin esas fuentes históricas.[44] La mayoría de arqueólogos mesoamericanistas prefiere ignorar anomalías tan retadoras a su habitual normalidad. Así, es harto significativo que mientras otras tradiciones nacionales han procurado hacer consistentes la sucesión estratigráfica relativa con la determinación cronométrica absoluta, en México prevalezca un disimulado rechazo hacia esta última porque, como me refirió una arqueóloga experta en Teotihuacan, "no coincide con la teoría existente".[45] En consecuencia, esta doble renovación periférica –una positiva (uso de fuentes documentales) y otra negativa (desdén del fechamiento absoluto)– demuestra indirectamente que la historia cultural ha sobrellevado el reto del proceso civilizatorio mesoamericano, que se creía la debilitaria definitivamente (Malina y Vasicek, 1990: 66), haciendo más conciso su núcleo duro historicista. Para sobrellevar este nuclear replanteamiento, la arqueología mexicana contó con los americanistas alemanes, que supieron retomar y fundirse con nuestra tradición decimonónica de historia antigua y, luego, con su valiosa intervención, de etnohistoria.

Por supuesto que no fue ésta su única aportación. En lo que ahora nos ocupa, entre los años veinte y treinta los etnólogos difusionistas alema-

[44] Las palabras de Otto Schöndube (1989: 40) son más sugerentes si se considera la aporía que contienen:" Sería interesante hacer la prueba –de hecho imposible de realizar– de qué sabríamos de los aztecas y de los tarascos si hiciéramos a un lado las fuentes históricas." Yo creo que la prueba sí se puede hacer, a condición de transponer la tradición desde la que habla, cosa en verdad imposible si no se toma conciencia de ella para principiar.

[45] Rosa Brambila Paz, 25 de mayo de 1993; véase también Brambila (1993: 26), lugar donde menciona muy de paso este cuestionamiento en Teotihuacan.

nes prefirieron utilizar la noción de "complejo cultural" como concepto cultural espacial y, en seguida, el de "círculo" o "ciclo cultural" para ganar en profundidad histórica. La arqueología alemana, sin embargo, se aproximó a un concepto parecido al de "área cultural" de la antropología cultural norteamericana, cuando introdujo las "provincias culturales" en sus estudios de distribución espacial de artefactos. Hacia 1943 prevalecía cierto consenso entre los estudiosos de la América Media en que ésta era una área o región que compartía rasgos culturales comunes (lo que Kirchhoff tradujó como "historia [cultural] común", sin citar su inspiración teórica de fondo). Simultáneamente, los difusionistas norteamericanos habían ido clasificando estas uniformidades en áreas culturales a todo lo largo y ancho del continente americano, regionalización que implicaba una concepción policéntrica pero acotada de la difusión, es decir, una historia particularizada y de magnitud diferente a la historia universal alemana, basada en la difusión monocéntrica universal. Fue dentro de estas aguas encontradas de un mismo programa de investigación con variantes teóricas, que Kirchhoff debió bregar. La comunicación que estableció entre la historia cultural alemana y su contraparte norteamericana sólo fue posible porque ciertos conceptos aparentaban ser intercambiables y otros modificables, sin meterse en serios problemas de inconmensurablidad lingüística, a consecuencia de lo cual la traducción que emprendió nunca fue exacta porque sus epígonos mexicanos ni siquiera se enteraron del marco conceptual subyacente en sus trabajos. Así, Mesoamérica podía ser solamente una área cultural basada en la disposición contigua de elementos culturales, pero para él no dejó de ser un complejo estructurado de rasgos basados en la agricultura. Podía haber un "clímax" del desarrollo cultural, pero, en él, ello apuntaba hacia un "foco cultural" como epicentro. A esta elección y superposición conceptual responde el que Kroeber zanjara sus diferencias con Kirchhoff de manera cooperativa en 1954, pues advirtió que las clasificaciones cuantitativas de rasgos (como la suya) y las clasificaciones subjetivas de estilos y patrones institucionales (como la de Kirchhoff) conducían a los mismos resultados históricos.[46]

[46] Como museógrafo y etnólogo de las culturas nativas de California, Kroeber desarrolló los conceptos de "intensidad" y "clímax" culturales; por intensidad entendía las áreas más ricas en rasgos, que era donde las instituciones estaban mejor definidas; por clímax, el centro más especializado del área, del que irradiaba influencia de manera gradual hasta más allá de los límites del área. Sin embargo, resintió la falta de registros históricos y de una arqueología auxiliar. No se le escapaba que estos mismos métodos de clasificación arrojarían resultados sobresalientes en áreas donde hubiera una historia documentada y excavaciones con tipologías cerámicas y secuencias culturales comprobadas (Kroeber, 1931).

En poco ayuda decir que el pensamiento difusionista norteamericano culmina con la acuñación del área cultural como concepto nuclear obvio y simplista (Harris, 1978: 323-324). Para estos efectos, resulta mucho más incitante que dos adeptos, Ehrich y Henderson (1975: 21), establezcan sin ambages que el área cultural es un "instrumento de clasificación" inseparable del particularismo histórico, teoría donde aparece interdefinida por los principios de invención independiente, préstamo cultural e integración cultural. Como concepto instrumental, siguen ellos diciendo, el área permite la reconstrucción indirecta de la historia cultural, en especial ahí donde existen hiatos del conocimiento histórico y arqueológico. Es evidente, no obstante, que para ambos etnólogos el problema crucial del concepto sea su carácter estático, por lo que les resulta difícil darle permanencia en el tiempo a través de periodos concretos. En relación con esta dificultad, en 1960 Kirchhoff se apercibió de que su clasificación de rasgos comunes carecía de mayores alcances históricos que no fueran los contemporáneos al momento del contacto, es decir, su superárea cultural pertenecía al horizonte del siglo XVI.[47] Aunque sus palabras de entonces indican un velado deseo por retornar a la concepción alemana de los círculos culturales, la corrección de la anomalía temporal la brindó tanto la etnohistoria como la arqueología a través del concepto accesorio de "horizonte cultural", con el cual el concepto Mesoamérica consigue retroceder de 1520 a 1500 a.C. (Jiménez Moreno, 1987; Willey, 1992 [1962]).

Hay que remarcar de paso que en 1968 Ehrich y Henderson (1979: 522) observaron también que el uso práctico del concepto área cultural estaba produciendo discrepancias de valoración en cuanto a su significado teórico. Su insistencia en mantenerlo como "instrumento de clasificación" dentro del conjunto de enunciados del particularismo histórico ha de interpretarse como una declaración de principios relativa a su invariancia de significado esencial (nuclear diría yo), toda vez que Steward, una década atrás, había replanteado al área cultural como "tipo de área cultural", pero esta vez bajo la pretensión multievolutiva de iluminar regularidades sociales, no sólo de descripción de historias culturales particulares. Con ello, toda el área se convierte en un sistema sociocultural, prefigurando el tratamiento definitivamente sincrónico que se dará al concepto durante el auge de la nueva arqueología norteamericana, traspaso conceptual sobre el que hay que preguntarse si preserva su significado esencial. Como quiera que haya sido, lo que hicieron Willey, Sabloff y otros arqueólogos histórico-culturales fue reaprender los términos de

[47] Véase prólogo a la segunda edición de su opúsculo (Kirchhoff, 1960).

la nueva teoría, adquisición que implicó que el área cultural apareciera como un concepto cada vez más inútil y ajeno para las generalizaciones procesuales. Con todo, hubo un momento transicional en el que los "tipos interculturales" de Steward, de origen histórico, funcional y evolutivo, parecieron facilitar una reorientación de la taxonomía cultural (de la historia cultural) hacia las regularidades procesuales, de modo que, digamos, el Cuicuilco mesoamericano tendría más en común con la Huaca Prieta andina, que ambos con sus respectivas áreas culturales. Las secuencias culturales de Armillas en esta época reflejan a las claras este intento de comunicabilidad (Armillas, 1989 [1951]) entre teorías divergentes, pero que a la postre resultó infructuosa, pues terminó por desligarse a los esquemas cronológicos de las fases de desarrollo cultural-histórico, hasta, por último, eliminar de la cronología todo referente diacrónico de la teoría subyacente (Willey, 1981: 4).

Mesoamérica en la arqueología difusionista mexicana

Según la evaluación hecha por Wigberto Jiménez Moreno (1987: 5213), la contribución medular de Kirchhoff al mesoamericanismo estriba mejor en su estudio de la distribución de elementos culturales, la afinación de su demarcación geográfica y la determinación étnica de la misma. No obstante, a medio siglo de distancia, no cesa de sorprendernos que sólo 43 elementos culturales fueran suficientes para definir los caracteres de tan dilatada área cultural. Fueron, empero, los más "típicamente mesoamericanos", los más desarrollados y complejos, y, sobre todo, diría yo, justo los que facilitaron los indicadores empíricamente evidentes de la cultura material civilizada para la prospección arqueológica subsecuente (Nalda, 1990: 16) –que es, valga decirlo, uno de los flancos débiles de cualquier teoría en este campo del conocimiento obligadamente empírico. Considero pues que esta operatividad de la etnología histórico-cultural de Kirchhoff es la causa de su incondicional aceptación entre los arqueólogos mexicanos, que, gracias a ello, consiguieron un marco de referencia teórico lo suficientemente comprensivo como para depositar en él todas y cada una de sus muy particulares y muy parciales excavaciones de sitio en las zonas arqueológicas, a las que, con dicho marco reticular, por lo general no se comienza preguntando nada, ni mucho menos se desea problematizar para comprobar nada. El mesoamericanismo, el trabajar bajo la idea de su área cultural y de su historia común, se convierte en la forma normal de

hacer arqueología en México. Quizá por ello la ironía de que casi 20 años después de haber leído su *Mesoamérica* en una sesión especial de la SMA a principios de 1943, Kirchhoff se doliera de su gran aceptación, pero anhelara al mismo tiempo alguna crítica constructiva.

Para comprender adecuadamente la dura amalgama de la historia cultural con la arqueología (lo que aquí entendemos como la escuela mexicana de arqueología propiamente dicha) sería de gran utilidad volver nuestros ojos al presente, preguntándonos cuál es el trabajo normal de un arqueólogo gubernamental, digamos uno adscrito a la Dirección de Estudios Arqueológicos, antes Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH.[48] La respuesta para esta cuestión es muy parecida a la ya referida de Renfrew y Bahn (1991: 407-409), cuando definen la "construcción de una explicación tradicional".[49] En la DEA las reglas son así. Aparte de la compulsión externa de la restauración arquitectónica de sitios monumentales –que ha sido interiorizada bajo el binomio "investigación y conservación", pues estudio abstracto y preservación física se confunden en un mismo proceso real, a la vez técnico que cognoscitivo–, la intervención del arqueólogo consiste en determinar la función específica de los edificios, sus etapas de ocupación o de construcción, la secuencia cronológica relativa y el levantamiento arquitectónico (Mastache, 1991: 12).

Dejando de lado la pulsión arquitectónica o conservacionista (concomitante a una institución enfocada al cuidado de 163 zonas arqueológicas monumentales),[50] el interés en las "etapas de ocupación" se refiere exactamente a movimientos migratorios, bajo el supuesto de que cada fase constructiva es producto de un grupo étnico o cultura arqueológica distinto. Además, esto facilita una "estratigrafía artificial" del sitio.

[48] Luego cambió a Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico (DICPA).

[49] Véase nota 24 al respecto; tanto en Gándara (1992: 26) como en Nalda (1990: 16-17) encontramos caracterizaciones análogas a ésta, pero mientras el primero apunta hacia la normalidad del "conglomerado de protoparadigmas de la arqueología tradicional", el segundo se limita a postular un "paradigma del área cultural", si bien asimismo practicado de modo rutinario. Más tarde, Gándara (1994: 85) puntualizará que la arqueología tradicional mexicana se tipifica por el trabajo de recuperación en el campo, la definición de tipos, la distribución espacial y temporal, y su comparación con otros sitios y regiones con que determinar influencias.

[50] En otro lugar (Vázquez, 1993) he mostrado que la constitución de la arqueología como profesión en México fue acompañada por la intrusión de otra profesión más antigua, la arquitectura, no como objeto de estudio, como pudiera pensarse de inmediato (la llamada "arquitectura mesoamericana"), sino como parte de la metodología y experiencia del arqueólogo profesionalizado, intrusión perceptible en la presente discusión de los procedimientos de restauración *versus* reconstrucción o consolidación entre arquitectos y arqueólogos, pero sobre todo en la competencia profesional entre ambos grupos al interior del INAH por la distribución del poder en los cargos asignados profesionalmente (Vázquez, 1995 [1990]: 366). Después de todo, arqueólogos y arquitectos cumplen una función casi análoga dentro de la política patrimonial del INAH. En el capítulo 2 se pueden encontrar otras referencias al respecto.

Luego, la secuencia cronológico-cultural particular suele ser una datación relativa basada en la seriación de tipologías cerámicas delimitadas espacialmente. La estratigrafía y la clasificación de materiales permite entonces elaborar la historia del sitio explorado, cuyo principal enigma es el determinar su paralelismo o difusión de rasgos, su ubicación dentro de complejos culturales (Bernal, 1952: 119-129), sus "influencias culturales" o su "comercio", siempre que aparezcan elementos "fuera de serie". Entonces, su puesta a punto como "órgano especializado de difusión" (Mastache, 1991: 8), es decir, como museo al aire libre, lleva implícita la idea instrumental de recrear su historia a través de señalizaciones, "guías oficiales", cédulas y, cuando así lo amerita la zona arqueológica descubierta, la fundación de un "museo de sitio" en las inmediaciones. Como asientan Mastache y Cobean (1988: 64), este procedimiento habitual de la arqueología monumental estatal "sigue vigente" en los proyectos de alta intensividad emprendidos hasta el presente, por lo que podemos concluir que la escuela mexicana de arqueología no ha sido sobreseída por más que su época de oro pertenezca al pasado, bien fechada entre 1952 y 1962, alcanzando su clímax con la erección de otro monumento, el Museo Nacional de Antropología en 1964.[51] Así las cosas, los Proyectos Arqueológicos Especiales 1992-1995 y sus actuales derivaciones –cuya intensividad de recursos aplicados hablan de una segunda edad de oro "salinista"– se apegan en líneas generales a estas características normales o tradicionales de la escuela mexicana de arqueología.[52]

Esta operación normal de la arqueología gubernamental la hace aparecer como exclusivamente descriptiva o rutinariamente técnica. La carencia de planteamientos teóricos definidos en casi todos sus proyectos,[53] da la impresión de que, en verdad, como lo afirmara Matos en 1979, no

[51] Desearía disponer de la información necesaria para completar el cuadro de exploraciones efectivas sufragadas por el INAH entre 1939 y 1995. La fuente de que dispongo (INAH, 1962: 38 y 41) es, pese a todo, indicativa de una tendencia de crecimiento, ya que hacia 1942 el total de exploraciones eran 26; en 1952 apenas se elevaron a 28, pero en 1962 alcanzaron la elevada cifra de 93. Por desgracia, las estadísticas oficiales no son uniformes. En Vázquez (1995) discuto este problema informativo, que de orden técnico ha derivado a secreto burocrático impenetrable. Lo que estoy diciendo es que el INAH no informa el número de exploraciones que se han practicado desde 1962.

[52] En los capítulos 4 y 5 abordo otros aspectos de los proyectos arqueológicos, de acuerdo con una tipología combinatoria de intensividad de recursos y verticalidad organizativa. Ahí se apreciará mejor en qué consiste esta segunda edad de oro de la escuela mexicana de arqueología.

[53] En 1983 un impaciente grupo de arqueólogos de la Dirección de Monumentos (hoy DICPA) revisaron los 95 proyectos vigentes en el INAH, encontrando que tal insuficiencia de postulados teóricos era generalizada (Braniff *et al.*, 1983: 42). A finales de 1990, otro grupo disidente aplicó un cuestionario entre 83 por ciento de los investigadores de la DEA, arrojando como respuesta que sólo nueve consideraban a la teoría un problema; seis percibían problemas metodológicos y cinco técnicos. En cambio,12 no percibían ningún problema en sus proyectos (González y Rodríguez, 1991: 8).

hay una definición teórica ni metodológica, mucho menos una problematización epistemológica de sus procedimientos cognoscitivos. Formalmente esta crítica es cierta, pero también *post hoc*, porque no fue hasta que apareció la nueva arqueología hacia 1962 en que los arqueólogos empezaron a problematizar su teoría o su metodología de manera normal. Mientras, como dice Gándara: "La arqueología contemporánea sigue manteniendo una epistemología empirista ingenua, en donde los datos son autoevidentes y no problemáticos" (Gandara, 1987: 8). En consecuencia, si nos apartamos de esta senda crítica que no lleva muy lejos, y concomitantemente, inscribimos el qué se hace y cómo se hace dentro de una teoría descriptiva para la que es intrínseco que sus ideas "no sólo son constructos teóricos, sino parte de la realidad viviente ante nosotros" (Kirchhoff, 1954: 530), Mesoamérica, entonces, es más, mucho más, que un mero concepto clasificador, es, en palabras de un arqueólogo, un término central que "ha logrado constituirse como una realidad que plantea a la arqueología mexicana problemas por resolver, al mismo tiempo que la asiste enmarcando sus resultados y posibilitando interpretaciones de una naturaleza particular" (Nalda, 1990: 12).

Según este planteamiento, la clave no está en los aspectos externos de la escuela mexicana (el nacionalismo oficial, el monumentalismo, la restauración, etcétera), sino en sus aspectos internos, especialmente en la noción de arqueología como "ciencia histórica" enfocada en la elaboración de la historia de una área cultural particular. De eso a "escribir la historia del lugar" o sitio arqueológico (Bernal, 1952: 127), no habría más que la resolución de un problema menor del particularismo, superable por medio del estudio de los tipos cerámicos o arquitectónicos locales. Y aun cuando algunos arqueólogos han girado hacia regiones geográficas anómalas para las fronteras culturales mesoamericanas (incluso suponiendo que éstas han variado temporalmente), el referente inevitable sigue siendo el foco cultural difusor del altiplano central. Esto podrá ser de lo más elemental como explicación, acaso ni siquiera eso (una "no explicación" como diría Trigger), pero la cuestión sigue siendo como la planteara Caso para la historia mixteca: el registro arqueológico es un recurso de la historia escrita, historia que, al igual que Seler, se inicia con un pasado mítico, tal como en las fuentes documentales (Caso, 1984). En este contexto, es perfectamente legítimo decir que la historia cultural mesoamericana estimuló el abordaje de una serie de problemas tales como la regionalización en subáreas culturales, la configuración (arqueologización) del área toda en periodos y horizontes (clímax), la definición de sus fronteras a lo largo

de su desarrollo (intensidad) y, por lo tanto, el descubrimiento de sus sucesivos focos culturales (Nalda, 1990: 16). Todos ellos son compromisos ontológicos y metodológicos que reflejan una normalidad historicista, pero cuya heurística que es preciso desentrañar.

No obstante lo anterior, es pertinente establecer cómo factores aparentemente externos al programa y la teoría son interiorizados dentro de los supuestos básicos del núcleo duro. Me refiero a las exigencias metodológicas impuestas por el influyente Consejo de Arqueología, por una parte, y por otra el sentido museográfico implícito en los resultados físicos de la escuela mexicana de arqueología.[54] En mis encuentros con los arqueólogos me he topado con esta dimensión que, siendo externa, conlleva manifestaciones cognoscitivas que no debemos subestimar. Tal como me lo refirió un arqueólogo de la DEA muy ligado al grupo "preparadigmático" de Gándara, es decir, retóricamente disidente de los postulados oficiales: si me atreviera a introducir en mi proyecto ideas distintas a las dominantes en la "arqueología nacional" del Consejo de Arqueología del INAH, sufriría su sanción y consecuente veto, por lo tanto prefiero no hacerlo. Su caso es un tanto singular. Normalmente pocos se plantean el problema de modo conscientemente estratégico. Más bien son los arqueólogos universitarios los que deben recurrir a la estratagema de una doble intención, de esconderse y manifestarse al mismo tiempo. Con todo, resulta claro que el sostén del programa histórico-cultural no es ajeno a la institucionalidad, bajo la que las ideas subsisten y se solidifican. Ésta es la concreción misma de la ortodoxia teórica, responsable de la expulsión de los arqueólogos innovadores dentro de la escuela mexicana de arqueología.

Ahora bien, otro elemento típicamente difusionista imposible de abstraer es su ligazón a la estructura museográfica en zonas arqueológicas y museos en sí. Esta relación permanece constante en las escuelas alemana, norteamericana y mexicana de antropología integral, cuyos museos son reducto del pensamiento difusionista por razones de clasificación inherentes a su desempeño, luego no es casual que la diversificación teórica se dé en cambio en estructuras académicas universitarias, si bien no es dable interpretar esta relación como una articulación mecánica entre el ser social y el sujeto de conocimiento. Hablo más bien en términos de posibilidades de estudio. Más adelante seré más explícito al respecto, cuando me ocupe de los arqueólogos universitarios y sus coincidencias teóricas con

[54] En el siguiente capítulo analizo la actividad y alcance del Consejo de Arqueología desde el punto de vista jurídico y político.

los arqueólogos gubernamentales. No obstante, estoy pensando en los resultados arrojados por tres importantes seminarios de arqueología auspiciados por el Museo Nacional de Antropología en 1989, con el fin expreso de actualizar su museografía mesoamericana, base corpórea de su expresión cognoscitiva. Para abreviar, voy a referirme sólo al tercero de ellos, del que hay literatura accesible (Sodi, 1990). Aunque la transcipción de las discusiones sostenidas en él es pobre, y seguramente no refleja la riqueza de ideas ahí expuestas, no deja de comunicar la sensación de que no se llegó a nada sustancial, a pesar y sin demérito de los trabajos particularistas ahí expuestos. Quiero decir que no obstante la gran cantidad de investigaciones monográficas conjuntadas, no se obtuvieron conclusiones de ninguna índole en las discusiones. Pareciera como si los datos aportados por los numerosos asistentes se disiparan en un vicioso ritual de culto al caos.

Lo que estoy implicando aquí es que tras 5 décadas de arqueología normal difusionista no se ha elaborado una explicación consistente de la historia cultural mesoamericana, el sueño eterno de Seler y Kirchhoff y de todos sus epígonos, que más que nunca la ocasión exigía lograr, tal como en 1964 el mismo objetivo –la primera museografía del MNA– tuvo tan grande importancia que puso en tensión a toda la arqueología oficial de la época, con los resultados de todos conocidos en las salas del MNA, y en trabajos tan elaborados como los de Piña Chán.[55] Por el contrario, lo que este seminario captó con agudeza es la evidencia de que el compromiso metodológico con un enfoque inductivo de la historia cultural particularista –responsable del "crecimiento por aglutinación" sufrido– es impracticable, a la vez que le incapacita para alcanzar su objetivo más caro: la reconstrucción de la "historia común" mesoamericana (Gándara, 1992: 40-43 y 50-54). En consecuencia, lo que hubo en sus interesantes discusiones, además de datos en cantidades industriales, fueron anomalías cada vez más insorteables, expuestas como enormes cantidades de piezas de un rompecabezas cada vez más irracional, al que se le van agregando nuevas piezas incompatibles, por lo que nunca acabarán

[55] Aproximadamente en la misma época, Piña Chán (1993 [1967]: 17) dio a conocer el que pudiera ser el mayor esfuerzo conocido por dotar a la escuela mexicana de una explicación global de la "evolución histórico-cultural del México antiguo". Aparte del deseo de dinamizar evolutivamente una concepción estática-descriptiva (cuya resistencia al cambio empieza desde el muy alemán nombre de "México antiguo", cuando México como entidad política-territorial no existió antes del siglo XIX), es evidente por qué no existe una explicación sintética: la historia cultural en arqueología está hecha de particularismos (regiones, culturas, sitios, etcétera) que muy forzadamente caben en las cronologías culturales, que no dejarán de ser esquemas descriptivos y nunca interpretaciones de gran aliento.

por armarse coherentemente. Un asistente al seminario, no-arqueólogo, atinadamente hizo referencia a todos esos nuevos "pedacitos porque llegamos a lo mismo (...) tenemos historias aisladas y no una historia integral".[56] Pero mejor que nadie, Julio César Olivé sintetizó la condición de postración vivida por esta tradición teórica, incluyendo una muy significativa paráfrasis de Boas, cuando usó la misma metáfora de la teoría como camisa de fuerza (Sodi, 1990: 678):

> Creo que se ha avanzado mucho en la investigación de *facto*, en los hechos, en lo empírico. Me parece evidente que no se avanzará más allá, seguiremos acumulando datos y datos, si no hay una reflexión teórica en serio y un replanteamiento de posiciones en este sentido (...) Estamos en camisas de fuerza teóricas, una de ellas es el mismo concepto de Mesoamérica que necesitamos revisar, otro es el concepto de categorías temporales que estamos manejando (...) Porque si no tenemos una construcción teórica apropiada y no revisamos los conceptos que se han venido haciendo, no vamos a llegar a resultados positivos.

También es sintomático que los acostumbrados expedientes de apelar a nuevas secuencias, uso de las fuentes históricas o la antropología integral instrumentalizada para los fines de esta arqueología, no pudieron en esta ocasión fundar una historia cultural renovada, digna de ser expuesta públicamente en las salas del museo. Lo anterior podría tomarse como un signo de agotamiento definitivo de la arqueología del INAH, pero creo que tiene alcances más vastos para toda la tradición nacional. Para explicarlo hay que enfocarse ahora a la arqueología universitaria y su derrotero conjunto. Comenzaré por destacar la relevancia de Litvak cuando en 1975 releyó la *Mesoamérica* de Kirchhoff como un "modelo descriptivo estático". Siguiendo ideas de la nueva arqueología, de Flannery en particular, propuso redefinirla de un modo "puramente arqueológico", como "un sistema espacial de intercambio normal, donde cada región componente, además de su dinámica interior, tiene relaciones de ese tipo con todas las demás regiones que la conforman, que varían en tiempo y que presentan entre sí estados de equilibrio siempre cambiantes"(Litvak, 1992: 87). Hasta donde sé, todavía en 1977 y 1978 Litvak mantuvo su propuesta de estudio del transporte mesoamericano, la comunicación en el valle de Oaxaca durante el Clásico y la red general de comercio, según

[56] Las palabras pertenecen a la lúcida crítica de José Antonio Pompa, recogidas en Sodi (1990: 676).

se infiere de sus aportaciones a los congresos internos del IIA. Es revelador recordar que mientras estas ideas tuvieron un considerable impacto en la mesoamericanística norteamericana, en el propio seno del IIA tuvieron escasa audiencia.[57] Esto expresa un fenómeno equivalente al de los estudios particularistas llevados a cabo por décadas en el seno de la arqueología gubernamental, pero que en este caso se hacen visibles en los ocho congresos internos celebrados en esa institución entre 1977 y 1984.

Los cambiantes matices de su discurso cientifista son harto indicativos. En marzo de 1977 el IIA estaba en pleno ascenso, si se toma en cuenta que fue fundado a finales de 1973. Flotaba en su ambiente la intención de agrupar proyectos y sumar colaboraciones. Esta expectativa cooperativa comenzó a difuminarse en el III Congreso de 1979, cuando se advierte: "Seguimos viendo la pluralidad de ideas como característica, posiblemente llevada al grado de una extrema individualización de la investigación." Un año después se constata que "la mayoría de los trabajos han sido producto de investigación individual, aunque se nota claramente una tendencia a mayor colaboración". Para el V Congreso de 1981 se ha eliminado todo comentario evaluatorio, admitiéndose que ha tomado carta de naturaleza la "diversidad de intereses" de los arqueólogos universitarios. En broma, el informe de la sección de arqueología se refiere a Litvak como "Arqueólogo *cum* camionero que mordió la manzana y nos empujó a la edad electrónica." Y aunque varias de las ponencias ofrecidas se ocupan de la nueva arqueología "veinte años después" (1960-1980), la concepción de Mesoamérica como sistema no ha motivado ninguna masa crítica de arqueólogos trabajando cooperativamente. En realidad, todos estaban instalados en proyectos particulares y particularistas, en su mayoría descriptivos, tipológicos y de difusión cultural.[58] La única explicación razonable que puedo reconocer para este patrón general de comportamiento es la que me dio el propio Litvak: la socialización común de arqueólogos universitarios y gubernamentales, excepto que debió agregar: socialización común en las mismas ideas histórico-culturales de la mesoamericanística arqueológica de la escuela mexicana de arqueología.[59]

[57] Una honrosa excepción la representa el Proyecto Cañada del Río Bolaños en Zacatecas y Jalisco, debido a Teresa Cabrero, motivo de un tratamiento especial en el capítulo 5. Diré solamente que en su interpretación se mantiene la noción del sistema de intercambio regional y suprarregional.

[58] La clasificación de Ochoa (1983: 115-127) de los artículos arqueológicos publicados por el anuario *Anales de Antropología* entre 1964 y 1978, es ilustrativa. De un total de 59 artículos, 22 son de tipo descriptivo-interpretativo; 13 metodológico-tipológico; 10 de interrelación-difusión; ocho (incluido el texto de Litvak, "En torno al problema de la definición de Mesoamérica") teórico-metodológicos y seis misceláneos.

[59] Se comprende así la tregua lanzada por Lorenzo Ochoa, Yoko Sugiura y Carmen Serra (1989) a sus pares del INAH, a propósito del homenaje a José Luis Lorenzo, donde, entre otras razones, apuntan el

Sería ilustrativo, para terminar este apartado, referir rápidamente la diferente trayectoria del concepto Mesoamérica como área cultural, pero dentro de la arqueología norteamericana, donde el cambio teórico diverge, ya que es progresivo en vez de regresivo. En ella encontramos cuando menos dos casos ejemplares que se aproximan a lo que podríamos considerar una historia cultural íntegra del área tomada como una totalidad. Me refiero a los trabajos de Willey (1992 [1962]) y Porter (1981 [1972]). Ambos se basan en un esfuerzo notable de síntesis del conocimiento arqueológico disponible, aunque todavía sustentado en la concepción original de Kirchhoff y en la némesis histórica de hacer conciliar en sus cartas cronológicas las culturas arqueológicas, fases regionales, eras y periodos. Empero, no se puede ignorar que ya en 1962 Willey introdujo términos traspasados de las teorías evolucionistas de Childe y Wittfogel por medio de Armillas, Palerm y Wolf. Un fenómeno análogo de desazón se aprecia en Porter una década después, pero es más ostensible en la segunda edición de su obra, cuando refiere a modelos, teorías e hipótesis correspondientes a todo un replanteamiento de ideas, si bien ella insiste en mantenerse dentro de la tradición al decir que su objeto es lograr una "historia de eventos culturales en Mesoamérica más que la verificación de las teorías, aunque no se excluyen" (Porter, 1991: 2). También es digno destacar que si bien mantiene la cronología cultural convencional de Spinden en 1917 (preclásico, clásico y posclásico), considera que ésta ha perdido su implicación "evolucionista" original. Esta "confusión" no es gratuita: los retos a la historia cultural fueron de tal envergadura entre sus colegas, que Mesoamérica como área cultural fue desdibujándose hasta dejarla sólo como una región geográfica donde tienen lugar procesos sincrónicos.

Correlativamente a la competencia teórica propiciada por la emergencia de nuevos programas de investigación –cuyo parteaguas lo fijó Walter Taylor en 1948 al exigir una arqueología contextual atenta a las relaciones entre artefactos–, los arqueólogos histórico culturales debieron primero replantearse el concepto de Mesoamérica como simple agregado de rasgos, complejos y patrones culturales de índole estática. Urgía hacer de Mesoamérica un concepto operativo para la arqueología que estaba de-

---

entrenamiento común en la ENAH y las mismas influencias teóricas sobre todos ellos. La tregua estaba planteada en términos de unificar a la disciplina para aumentar el conocimiento. Tengo la impresión de que esta expectativa se olvidó, al tiempo que el acercamiento al INAH dependió de las estrategias personales. Con todo, los resultados de esta política de pacificación no llegarían sino hasta mediados de 1993, con la reorganización informal del Consejo de Arqueología, no sin faltar las presiones de Carmen Serra y Linda Manzanilla por medio de declaraciones polémicas a la prensa nacional. Serra se convertiría en presidenta del Consejo y Manzanilla en representante universitaria invitada al Consejo.

sarrollándose independientemente al mesoamericanismo. La cuestión, como explica Sabloff, dejó de ser quién influyó a quién, para preguntarse por qué ciertos procesos sociales indujeron al desarrollo de la complejidad sociocultural simultáneamente. Esta idea de complejidad llevó por fuerza hacia la idea de sistemas y las explicaciones multicausales (Willey, 1981: 26; Sabloff, 1992: 149-151). El cambio, en lo que a la mesoamericanística norteamericana toca, se produjo entre 1960 y 1980. Gordon Willey (1981) dio cuenta de ello. Y es de ponerse de relieve cómo en el mismo lapso los arqueólogos mexicanos fueron perdiendo presencia en la mesoamericanística norteamericana. Resulta obvio que sus investigaciones particularistas no sólo carecieron de interés como citas, sino que teóricamente se hicieron más y más intraducibles al pensamiento sistémico prevaleciente.[60] La evaluación del campo de conocimiento mesoamericanístico en general, sugerido por Adams (1992: 9), es bastante considerado cuando hace referencia nuestras tradiciones distintivas:

> Los mesoamericanistas actuales son un grupo mucho más heterogéneo que antes. Desde ser un campo largamente dominado por estudiosos mexicanos y norteamericanos de diversas instituciones, se han enlistado al esfuerzo investigadores de varias universidades estatales y escuelas de la Ivy League. Incluso, el esfuerzo nacional mexicano se ha profundizado en número y sofisticación del entrenamiento. Grupos de investigación franceses, alemanes e ingleses han aparecido y hecho contribuciones significativas ... [en México] La tradición seleriana continúa, igual que los estudios de la escuela etnohistórica mexicana...

Sería una injusticia, no obstante, tomar mi aserto al pie de la letra. Quiero decir que este proceso de competencia, inconmesurabilidad y comunicabilidad es mucho más complicado que el citar o dejar de citar. Por un lado, parte del cambio teórico en ese contexto vino de México a través de la tradición wittfogeliana de Armillas, Palerm y Wolf y cuya consecuencia más sobresaliente fue el ambicioso proyecto de la Cuenca de México de William Sanders en 1979, de enfoque sistémico, pero de filiación ecológica cultural. Paradójicamente, la búsqueda de evidencia de obras hidráulicas –que orientan hacia la explicación de la intensificación de la

[60] Un indicador de la débil visibilidad externa de la arqueología en el terreno cientimétrico lo encontramos en las colaboraciones al *Handbook of Middle American Indians*. Sus volúmenes 3 y 11, editados en 1965 y 1971, indican la presencia influyente de arqueólogos mexicanos. Para 1981, cuando se edita el primer suplemento de arqueología, de 10 autores, sólo uno es mexicano, Ángel García Cook.

agricultura y la formación del Estado en Mesoamérica– tuvo en nuestro país una significación arqueológica menor a la deseada; inclusive, se ha convertido en una temática residual en la etnohistoria mexicana pero compartida con la geografía cultural norteamericana y canadiense, acaso por implicar todavía un sistema unicausal de explicación (cfr. Boehm, 1986 [1984]; Siemens, 1989; Doolittle, 1990). En ese sentido, se podría aseverar que el patrón de traspaso de conceptos entre especialistas ha sido selectivo siempre que ha habido el contexto teórico de comunicabilidad necesario entre investigadores de diversa procedencia nacional. No parece ser este el caso de la propia idea de Mesoamérica para la nueva arqueología norteamericana y para la escuela mexicana de arqueología.

Otro matiz relevante en la competencia teórica que se ha dado en la mesoamericanística norteamericana, sería la de que los arqueólogos histórico culturales en efecto han reaprendido las nuevas series teóricas para fincar su propio cambio conceptual, cambio que no ha estado exento de continuidades. Gordon Willey, por ejemplo, no ha negado la dirección científica de la arqueología procesual, pero el posprocesualismo lo ha hecho buscar una "convergencia de intención" con la "riqueza del contexto histórico", pero ya como "enfoque directamente histórico" en vez de histórico-cultural (Freidel, 1994: 65 y 67). Los clamorosos avances obtenidos por la epigrafía maya parecen indicar un cierto retorno a la historia cultural (Florescano, 1991, 1992; Marcus, 1993), excepto que el nuevo movimiento es tan rico que ya no puede prescindir de la multidisciplina ni mucho menos de la interpretación y reinterpretación propiamente históricas –renovación que la historia cultural alemana quiso emprender desde la posguerra.

Con todo, en su aspecto puramente arqueológico, el movimiento continúa. ¿Qué es hoy Mesoamérica?, se inquieren varios arqueólogos interesados.[61] Mínimamente, siguen diciendo, es una área cultural, pero sus atributos y transformaciones son comprendidos de manera radicalmente distinta al complejo cultural estático que una vez supuso. Mesoamérica, sostienen, fue un sistema social, un sistema cuya "cultura común" refleja

[61] Para Blanton y otros, el progreso en la arqueología mesoamericanista está fundado en cuatro factores a caballo entre las condicionantes internas y externas, a saber: 1. mejores teorías que han permitido buscar la información correcta; 2. investigaciones de largo alcance –de una década o más– en una misma región de estudio; 3. mayor dedicación a los esfuerzos instrumentales; 4. más recursos para la investigación (Blanton *et al.*, 1993: 7). De ser correcta su evaluación, el mesoamericanismo mexicano no cumple con los dos primeros requisitos, al menos. En su lugar existe una terca adherencia a una teoría dominante y los ciclos políticos de auge y descenso gubernamentales impiden dar continuidad suprasexenal a los proyectos de investigación, ya de por sí degradados por el cometido restaurador monumental.

mejor un sistema de prestigio y comunicación entre elites indígenas de diversas sociedades sincrónicamente interrelacionadas y cuya estructura persistió a través de dos milenios (Blanton *et al.*, 1993: 222; 1996: 1-14). En otras palabras, lo que fuera una concepción estrictamente diacrónica ha mutado en una decidida concepción sincrónica ("teoría dual-procesual de evolución de la civilización mesoamericana"), que, de seguirse profundizando, ya como un sistema de economía-mundo y de intercambio ritual, ya como interacciones de actores políticos, o ya como un inestable sistema complejo, es previsible termine por abandonar en definitiva la idea de Mesoamérica como un inmenso receptáculo con profusos anaqueles dispuestos para ser colmados con un sinfín de elementos y particularidades culturales, tantos como sitios excavados haya.[62]

De periodizaciones y heurísticas

Tan alargado periplo nos lleva finalmente al principal caso que examinaremos directamente a la luz de la metodología de los programas de investigación científica. Se trata de la serie teórica de secuencias cronológicas elevadas a periodizaciones generales del área mesoamericana, en lo que se supone serían casi como explicaciones de la historia cultural. Preciso es decir que la elaboración de estas herramientas heurísticas fue una tarea otrora favorecida, del todo consistente con la historia cultural del área –en calidad de "instrumentos de comprensión histórica"–, énfasis que hoy va languideciendo lenta pero irremisiblemente, al tiempo que decrece su capacidad heurística.[63]

En términos de la historia del pensamiento arqueológico, esta subtradición de la tradición se remonta a la primera tipología cerámica de Boas (azteca-teotihuacano-arcaico) en 1911, que, tras las respectivas excava-

[62] Desde la perspectiva teórica de la teoría de la complejidad, López y Bali (1995) han sugerido dar al término Mesoamérica un nuevo contenido sistémico, topológico y no cultural. Como ellos dicen, su primera duda fue si mantenían o no el vocablo, pero iba a ser difícil de evitar dentro del lenguaje disciplinario. Mesoamérica para ellos es un espacio discontinuo donde un sistema global experimenta puntos de tensión, singularidad y autoorganización. Su problema es llevar a cabo nuevas indagaciones, toda vez que sus conceptos teóricos no concilian con los materiales tradicionalmente recogidos por los arqueólogos mesoamericanistas. Es significativo también que las observaciones indicadas por esta teorización se centren precisamente en las fronteras.

[63] En Roger Bartra (1979 [1964]) puede encontrarse un cuadro comparativo de la seriación de secuencias culturales desde Spinden hasta Willey, pasando por Caso, Bernal, Steward y Armillas; en López Luján (1991) hay una reseña de las "periodizaciones marxistas" de Armillas, Olivé, Matos, Nalda y otros; haremos, por nuestra parte, especial referencia a la periodificación de Armillas (1989 [1951]), Piña Chán (1989 [1976]), Nalda (1991 [1987]) y Olivé (1989), que es también el último intento en serie por dar coherencia a los particularismos fragmentarios de la escuela mexicana de arqueología.

ciones estratigráficas de Gamio y Engerrand en Azcapotzalco y Tacuba en 1912, la confirmaron como secuencia cultural (Gamio, 1921: 44-45). Por entonces, la heurística del programa histórico-cultural navegaba viento en popa, porque, de hecho, la tipología fue desarrollada con antelación bajo la concepción abstracta de capas culturales y luego verificada con la excavación estratigráfica. A poco de esto, Kroeber introdujo la noción auxiliar de "horizonte cultural", concepto que implicaba la recurrencia de rasgos, principalmente cerámicos, en una región, y que a la postre se entendió como etapas de desarrollo histórico de una área determinada, "durante las cuales prevalecen en ésta ciertos estilos en los materiales arqueológicos y predominan formas económicas y sociales características" (Jiménez, 1987: 5217). Todavía más tarde se agregaría el concepto de "fase cultural" para llenar lapsos menores en una secuencia, sobre todo en sitios y regiones. Gracias a estos perfeccionamientos, las cartas cronológicas posteriores de la historia cultural se complejizaron visiblemente como esquemas combinatorios de periodos, horizontes y fases, a los que se procura intersectar como ejes. Nótese que no obstante este progreso formalista, tal ganancia en complejidad ha sido una consecuencia lógica de una morfología cultural cada vez más heterogénea, derivada de la multiplicidad misma originada por un trabajo sustentado en particularismos locales, enlazados de algún modo (y en ello radica el supuesto mérito de las secuencias) por una historia común. La inducción implícita en estas ideas, lejos de aproximarse a su formulación general, así sea esquemática, se va disgregando proporcionalmente a la masa de información agregada. Para evitar esta zozobra metodológica, fue que se acudió, con la misma lógica aglutinadora tan característica de la escuela, a los "préstamos teóricos", es decir, a la agregación de términos de una teoría sobre los de otra, todo ello sin alterar el núcleo duro de fondo de una arqueología tributaria de la historia documental.

El primer intento en esa dirección lo protagonizó Armillas en 1951, cuando todavía trabajaba bajo las ideas tradicionales. De modo aproximado al esquema de Caso (prehistórico-primitivo-arcaico-formativo-clásico-tolteca-histórico), Armillas se propuso mejorar un esquema previo de su propia factura (formativo-floreciente-militarista por formativo-clásico-histórico), si bien en él está ya presente el deseo de interpretar las "secuencias de desarrollo" de la historia cultural dentro de una dinámica social, tecnológica, política y religiosa (Armillas, 1989). Conforme aprende los términos de Steward, su secuencia adoptará un estilo evolucionista (preagrícola-protoagrícola-civilización), hacia 1957. Es llamativo,

sin embargo, que casi 20 años después de Armillas, Piña Chán proponga su "modelo de evolución sociocultural", también de estilo evolucionista. Por las fechas –ya que Piña no cita a nadie en ningún pasaje–, tengo la sospecha de que fue su contestación a William Sanders y al neoevolucionismo, pues, curiosamente, lo hace oponiéndole un evolucionismo unilineal de corte decimonónico, pese a que su modelo fuera un esquema muy sofisticado capaz de ampliarse verticalmente con nuevas fases desarrolladas por otros arqueólogos en sus respectivos sitios. En ese aspecto, su esquema es muy flexible: está abierto a la agregación. Así y todo, la curva que se aprecia en el "desarrollo sociocultural" no sólo es en realidad una línea, sino que impide una sistemática coexistencia de sociedades, que no es su objeto, desde luego.[64] En cambio, su correlación de periodos (preagrícola-agrícola incipiente-aldeas/centros ceremoniales-centros/ciudades urbanas-ciudades/señoríos militaristas-señoríos/metrópolis imperialistas) con otra agregación de "rasgos culturales" en una columna paralela, no deja lugar a dudas sobre el carácter auxiliar de su "evolucionismo" para una arqueología histórica y etnogenética.[65]

En medio de este hábito de agregación de partes al cinturón protector, resulta harto significativo que todavía en 1987 (Nalda, 1991) la teoría marxista acudiera en auxilio de esta historia cultural inalcanzable. Este préstamo teórico no es aislado. Ya desde 1951 se observa que Armillas acude a Childe y luego a Julian Steward; igual harán Olivé con Morgan

[64] Durante la realización del seminario Wigberto Jiménez Moreno en el MNA, cuando se puso a discusión el horizonte Epiclásico y las dificultades para conciliarlo con las fases regionales, Piña Chán realzó sus ideas, diciendo: "Yo siempre creí que los horizontes culturales eran una herramienta metodológica que lo único que querían decir era una abstracción, que implica una forma de vida, una tradición, y que se determina por una serie de rasgos específicos que ocurren en un periodo de tiempo determinado. Así, el que se les haya puesto el nombre de Preclásico, Clásico, Lítico y demás, es intrascendente. Se les puede llamar horizonte A, B, C, D, E, etcétera, siempre que se defina lo que se entiende por ese horizonte, sus características y cierta temporalidad. Es claro que el paso de un horizonte a otro, no es un corte horizontal (...) Las fechas se ajustan con el tiempo. No hay que tomarlas tan drásticamente. Los periodos, las fases, los complejos, las esferas que los arqueólogos elaboran, ésos pueden subir y bajar, pueden mostrar que mientras en un lugar se está entrando a la decadencia, en otro lugar están surgiendo y van a su auge. Pero eso no importa, lo que no hay que hacer es meterlos en estancos horizontales, sino en columnas verticales, para un día ver en donde se cortan mejor esos horizontes" (Sodi, 1990: 643).

[65] La misma voz alemana para "evolución" o "desarrollo" propicia confusiones cuando se le traduce como equivalente. A decir verdad, la voz *evolutio* (del verbo *evolvo*) tiene similares problemas, pues designa la acción y el efecto de desenvolverse o desarrollarse. Para evitar mayores confusiones, sugiero cualificar los sentidos de "evolución" y de "desarrollo" de acuerdo con los enunciados de cada teoría, reservando "desarrollo" para las teorías de la historia cultural y "evolución" para las del evolucionismo. Mejor aún, sugiero que una cualificación adicional debe hacerse para los cambiantes sentidos en cada una de esas teorías o en los intentos de apropiación interteórica. Evolución, tal como la usó Piña Chán, refiere a un desarrollo histórico gradual. Este sentido reaparece en otros arqueólogos histórico-culturales. Seguramente para hacer consistentes sus conceptos y marco conceptual, Sanders optó en cambio por separar su esquema puramente cronológico del esquema evolutivo (caza-reco-lección/caza-recolección-agricultura/intensificación agrícola-crecimiento poblacional/estabilidad demográfica-intensificación-fluctuación-centralización y fragmentación/clímax de crecimiento y evolución sociopolítica y urbana) en etapas generales.

primero y luego con Childe (Olivé, 1989); y Matos, Bate y Nalda con Marx y Engels (López Luján, 1991). Sería prolijo enumerar la serie completa de periodizaciones que le siguen a la primera desde 1925. Baste decir que estos esquemas comparten el objetivo común de superar la "fase de acumulamiento de datos", para arribar a la de interpretación teórica general, objetivo largamente acariciado por la historia cultural, aunque al costo creciente de echar mano de teorías contradictorias. En el mismo tenor, hasta los arqueólogos marxistas supusieron que bastaba con hacer consistente la teoría sustantiva con los criterios de ordenación de la periodización, supuesta deficiencia en la que hicieron blanco sus críticas a las periodizaciones tradicionales de la escuela mexicana, a las que se tildó de "conglomerado caótico" (Bartra, 1979: 59). Es decir, observaron que aparte de estar fundadas en bases cerámico-tipológicas y en cronologías relativas, sus criterios de clasificación eran dispares e inconsistentes. Pareció entonces un avance positivo el que estos criterios correspondieran a la teoría (López Aguilar, 1990: 133-139). El siguiente paso fue emprender sus propias periodizaciones más coherentemente, pese a que algunos repararon en que la metodología del empirismo lógico no hizo del periodo un concepto preteórico –en los términos de Hempel (1984: 130), es decir, disponible desde antes–, sino que simplemente ello reprodujo la tradición difusionista con injertos marxistas agregados.[66]

A mi juicio todos éstos son cambios periféricos experimentados en el cinturón protector de la historia cultural de fondo. Pero lo más importante en este sentido es cómo estos préstamos teóricos pretenden resolver las crecientes anomalías empíricas que se van acumulando sin resolución a la vista. Éste podría ser el caso de la última periodización propuesta por Enrique Nalda (comunidad primitiva-transición a formaciones estatales) y su replanteamiento (comunidad primitiva-transición a estados desarrollados), luego de un lapso de 6 años (Nalda, 1981, 1991). Con todo, en ambas "fases" se mantiene vigente la idea de sistematizar la "historia del México antiguo", aunque esta vez a través de la formación de las clases sociales y del Estado incipiente. No es mi interés discutir la sustancia misma de su enfoque, sino observar sus medios metodológicos de cara al programa histórico-cultural. Al respecto destacan dos elementos introducidos:

a) un nuevo recurso a otra teoría, en este caso la antropología política y su acercamiento al Estado temprano;
b) una dosis correctiva proveniente de nuevas excavaciones realizadas en el lapso citado.

[66] Fernando López Aguilar, comunicación personal.

En conjunto, esto produce en el historiador de la ciencia la convicción de que su formulación va a la zaga de la realidad, no digamos de las teorías antropológicas, sino de las nuevas evidencias arqueológicas. Y si aceptamos que este fenómeno se produce en el cinturón protector del programa, particularmente en su heurística, se sigue que la historia cultural ha entrado en una etapa degenerativa interminable.

Esta conclusión es apuntalada por el estudio de otras modalidades de la serie histórico-cultural, que prueban que antes de 1951 el programa poseía una heurística positiva que se adelantaba a las verificaciones por excavación. Ya mencioné cómo la primera secuencia cultural previó en buena medida la primera excavación estratigráfica y sus resultados, los que en todo caso perfeccionaron la escala ordinal de la sucesión. Veamos ahora dos fases subsecuentes, en que la heurística del programa siguió siendo anticipatoria, antes de navegar a barlovento.

Para 1941 Alfonso Caso aún reconocía como válida la periodización cultural de la Escuela Internacional, si bien las tipologías cerámicas de Eduardo Noguera habían agregado al periodo azteca el tipo cholulteca. El primer problema que resolvió exitosamente la SMA en 1941, durante su primera mesa redonda, fue, al decir de Jiménez Moreno: "¿Teotihuacan había sido la capital de los toltecas de que hablan las fuentes históricas o había sido Tula, Hidalgo, la capital de esos toltecas históricos?" (Olivera, 1990: 94). Por aquel entonces prevalecía la creencia –extensiva de Humboldt a Gamio, pasando por Tozzer y Vaillant– de que Teotihuacan era la Tollan de los códices y crónicas coloniales. Gamio, incluso, aventuró la hipótesis de que los primitivos pobladores toltecas de Teotihuacan habían luego emigrado a la Tula conocida (Gamio, 1993). Sin embargo, los difusionistas mexicanos de la segunda generación disentían de esta identificación histórica y étnica. Le opusieron pues una cronología absolutamente sustentada en las fuentes históricas y en las inferencias de Seler y Krickeberg. A pesar de la resistencia ofrecida por Miguel Othón de Mendizábal y Enrique Juan Palacios (quien en la primera versión de las conclusiones de la memoria no dejó de apuntar sus críticas a los renovadores), Alfonso Caso asentó, como una verdad revelada, en sus propias e imperativas conclusiones, que: "Los datos sobre la *Historia Tolteca* (...) se refieren a Tula, Hidalgo."[67] Y no hubo más discusión.

Hay que precisar en seguida que desde 1940 Jorge Acosta había emprendido excavaciones en Tula, bajo auspicio del recién fundado INAH.

[67] Cfr. SMA (1987 [1941]), especialmente su tercer boletín.

En 1941 éstas no habían concluido, pero terminaron por confirmar el desplante autoritario pero certero de Caso (y los valiosos estudios etnohistóricos de Jiménez Moreno). En efecto, los "complejos cerámicos" Mazapa y Coyotlatelco eran posteriores a Teotihuacan. La evidencia trastocó la secuencia existente a la de arcaico-teotihuacano-Tolteca, pero tuvo un efecto inesperado: dejó a Teotihuacan sin historia cultural, creándose un hiato en el que "el material [arqueológico teotihuacano] se queda desnudo, con un vacío social y con un desconocimiento de la vida concreta de la sociedad que lo produjo" (Brambila, 1992: 7; 1993: 21). Adelante volveré sobre esta paradoja, una anomalía que está siendo abordada con alguna posibilidad de éxito. Mas en aquel momento esto no se hizo evidente. Y de inmediato se dispuso resolver otro problema: lo que Beyer en 1927 denominó la cultura olmeca, motivo de diferencia con los mayistas norteamericanos, porque la asignaban en el horizonte posclásico. Para 1942 –al celebrarse la segunda mesa redonda de la SMA– Caso había elaborado una perodización sugerente, donde el primer horizonte (arcaico) difería del horizonte correspondiente a Teotihuacan y el Viejo Imperio Maya (Jiménez, 1987: 5215). En esta segunda oportunidad se impuso su deducción de que la cultura olmeca pertenecía al horizonte arcaico más antiguo. Su cronología histórica fue confirmada arqueológicamente hasta 20 años después como impecablemente correcta, aunque a nadie gustó ya el apelativo de "cultura madre" asignado por Caso muy a la alemana (Mastache y Cobean, 1988: 51).

Como bien lo percibieron los difusionistas alemanes, el reto de las civilizaciones del Nuevo Mundo sólo podía acometerse haciendo en verdad histórico (documental, en vez de que las culturas fueran los documentos) a su método y corroborarlo con la arqueología. La escuela mexicana de arqueología es, consecuentemente, un programa de investigación doblemente histórico, tipificado ya por combinar fuentes documentales y excavaciones sobre el terreno. Al respecto, la "paradoja teotihuacana" es una anomalía que desde 1941 pone en evidencia las limitaciones de esta escuela histórica. Cuando Otto Schöndube propuso la prueba contradictoria de ensayar una arqueología sin historia para en seguida retractarse, bien pudo asegurar que esto se ha verificado ya en Teotihuacan. Sabemos, por ejemplo, que una tendencia minoritaria de etnohistoriadores y arqueólogos sigue creyendo que ésta es la Tula mítica. La tendencia mayoritaria es arqueológica y ha debido prescindir de las fuentes. Según Brambila, esta soledad disciplinaria ha enriquecido la cronología cultural local (con periodizaciones como la de Armillas) y el estudio iconográfico,

que indirectamente ha restablecido cierta concordancia con las fuentes históricas.[68] Pero los efectos de la disociación entre arqueología e historia siguen presentes. Tal como lo han puntualizado dos estudiosas norteamericanas, los estudios de Millon, Cowgill y Sanders han hecho emerger desde los años sesenta una imagen más pragmática de la antigua urbe (Berrin y Pasztory, 1993: 59-60). Este pragmatismo, esta "desnudez" del *hard fact*, no satisface del todo a quienes dan por normal una arqueología histórica basada en fuentes, arqueología que hoy tiene ante sí, y por obra de su propia heurística, lo que podría ser uno de su mayores retos. Como dice Brambila," ni la acumulación empírica ni los descubrimientos espectaculares o de nuevos hechos producto de la actividad rutinaria de la arqueología fueron suficientes para explicar la monumentalidad de la Ciudad de los Dioses" (Brambila, 1992: 9; 1993: 29).

Leyéndola, reparamos en que el reto más profundo de la tradición mexicana de arqueología no es sólo Teotihuacan en sí, sino emprender una arqueología que no sea histórica. De hecho, un reciente hallazgo de escritura en las ruinas teotihuacanas, descubierto durante los trabajos de salvamento en La Ventilla en 1993, han renovado la esperanza de historificar otra vez a esta cultura arqueológica. Este repunte, aparentemente progresivo, está atemperado por lo que en 1941 fuera su verdadero avance: Tula. Ahí, tras 50 años de agregar datos sobre datos, incluidos los etnohistóricos, la urbe ha vuelto a ser un enigma, como admitiera Felipe Solís (Sodi, 1990: 687). Aún más grave es que un especialista en antropología biológica niegue la evidencia disponible como para definir un "grupo étnico tolteca"; y otro tanto podría aseverarse de la "población fantasma" olmeca, pues no existen ambos como grupos demográficos comprobados por restos óseos significativos (Sodi, 1990: 662 y 693). Lógicamente, el último reducto (núcleo duro) que resta son las fuentes históricas, tomadas como evidencias incuestionables y, por ende, de lectura literal. Como dijera Román Piña Chán a la vista de estas anomalías: "Otra cosa que pensaba yo era que la arqueología mexicana si algo tenía de bueno era el basarse en sus fuentes históricas, de la cual es tan rica. Que no se interpreten bien o que no se lean, eso no quiere decir que haya que desecharlas o tirarlas al cajón de la basura" (Sodi, 1990: 643).

Hoy día, la declinación de esta teoría se convierte para la arqueología oficial (y para la arqueología académica que aún se rige por conceptos co-

[68] En el capítulo 5 ofrezco mayor información sobre cómo un descubrimiento reciente de Rubén Cabrera ha estimulado la resolución de la anomalía de una sociedad sin historia documental, pero acaso poseedora de una literatura alternativa propia.

munes) en una trayectoria errática, que va a la deriva cubriendo anomalías con respuestas *ad hoc*. Por mucho que siguiendo a Lakatos hagamos un honrado conteo de sus avances, la comparación demuestra que desde hace años la historia cultural mexicana sigue un derrotero en deminuendo, que resiste gracias a su encierro dentro del duro dogmatismo empotrado a la institución arqueológica más poderosa de México. Porque si el historiador de la arqueología mexicana introdujera una racionalidad retroactiva, resolviéndose por aplicar el esquema de periodificación sucesiva de Gordon Willey (1980: 29-30) para la arqueología norteamericana –con sus cuatro periodos: especulativo, descriptivo, histórico-descriptivo e histórico-comparativo–, resultaría de ello la paradoja de que la escuela mexicana de arqueología es una tradición tercamente anclada en problemas de la cronología cultural mesoamericana que dejaron de ser relevantes en otras escuelas y tradiciones desde los años cincuenta. Esta paradoja tiene una causa obvia: su contexto social. Pero la aseveración no impide ver que persiste la cuestión de por qué una teoría como la historia cultural, que era "una posición analítica que los antropólogos abandonaron hace mucho como estéril" (Trigger, 1990: 33), sigue siendo atractiva para nuestros arqueólogos. Mi respuesta es interna pero también externa: al tiempo que da sentido a toda la epistemología particularista practicada una y otra vez, es la teoría más complaciente con la función divulgativa y hasta espectacular asignada por la sociedad mexicana a nuestra arqueología, para la que sigue siendo necesario alimentar su mito de origen nacional. A altos niveles directivos del INAH es un lugar común escuchar la afirmación de que el monopolio estatal ejercido sobre el patrimonio arqueológico "privilegia el trabajo de los arqueólogos mexicanos" (García Moll, 1991: 7). Pero cabe la ominosa interrogante de si el trabajar de modo normal bajo los rígidos límites sociocognitivos impuestos por una teoría vinculada prácticamente a zonas arqueológicas monumentales y demás escenificaciones de la "historia del México antiguo", no ha hecho de nuestra arqueología una cautiva de sus propios privilegios.

Capítulo 2

Arqueología, patrimonio y patrimonialismo en México

Cada país tiene sus propias razones para hacer su arqueología, dependiendo de su historia cultural y política. Cualesquiera que sean estas razones –impecablemente éticas o altamente dudosas–, el trabajo es hecho por arqueólogos de cualidades e integridad variables. Si todos los arqueólogos del mundo fueran reunidos en una gran conferencia internacional, ¿qué tendrían en común? ¿Qué distinguiría esta interesante reunión de una de economistas, políticos o estadígrafos? ¿Qué cualidades especiales hace a un arqueólogo ser lo que es? ¿Nace con una espátula de plata en la mano o la adquiere por accidente cultural? Éstas son las cuestiones por explorar ahora.

PHILIP RAHTZ, *Invitation to Archaeology*[69]

BIEN QUE Rahtz mismo responde estas preguntas en clara alusión a la diferencia –pues nos habla de "clases de arqueólogos", lo mismo que de "clases de arqueología"–, el lector deberá enterarse que su imaginaria conferencia mundial de arqueólogos ya ha tenido lugar, no en una, sino en varias ocasiones, dentro de un movimiento que ya se conoce como "arqueología mundial".[70] Y lo que ha resultado de éstos y otros congresos internacionales (en especial los posteriores de los diversos Grupos de Arqueología Teórica europeos) es la firme constatación de la existencia de "tradiciones regionales de teoría e investigación arqueológica", derivadas de las condiciones específicas de la práctica profesional en cada país o región. Un segundo descubrimiento no menos importante es que estas tradiciones específicas pueden ser tan influyentes a nivel local que impidan la propagación de teorías aparentemente válidas a nivel internacional. Se sigue que tales averiguaciones han desembocado por último en un creciente interés filosófico por determinar en qué consiste la anhelada cientificidad de la arqueología, por una parte, y por otra desentrañar el carácter único de las escuelas de arqueología nacionales, sobre las que pesan serias dudas a propósito de su carácter cerrado y estático.

[69] Rahtz (1986: 49-50).

[70] *World Archaeology* es también la revista derivada de los congresos mundiales de arqueología, la cual asume a la arqueología comparativamente, con alcance mundial. Es curioso que Rahtz ofreciera en su texto (en tiempos del primer congreso) un "tour mundial" por una serie de arqueologías nacionales, para así descubrirnos las diferencias de motivación y política subyacentes. Sin embargo, observa que no obstante la diferencia, un factor ampliamente extendido es el nacionalismo que, según él, puede catalogarse como "el mayor factor de desarrollo de la arqueología en cualquier nación que tenga un pasado «glorioso» " (Rahtz, 1986: 25). Lo más interesante en su breve y perpicaz comparación es que el nacionalismo arqueológico no es típico de las naciones atrasadas o emergentes, sino existe por igual en Europa y Estados Unidos, aunque difiera en grados. Este fenómeno demanda una cualificación que nos ocupará a lo largo de este capítulo.

Ambas preocupaciones son motivo tanto para una metaarqueología, como para una especie de arqueología comparada en auge. Respecto a esta última vertiente, se podría citar la interesante monografía preparada por Leo S. Klejn (1993) sobre el "fenómeno de la arqueología soviética",[71] donde, luego de evaluar la desgracia sufrida por toda una escuela de pensamiento arqueológico que fue puesta al servicio del marxismo (y no al contrario), llega a la dolorosa conclusión de que es mejor valerse libremente de una serie de paradigmas que encerrarse en uno de ellos. Se verá, pues, que estudios de esta índole poco a poco están revalorando la diversidad arqueológica nacional como algo tan real y acaso más efectivo que el ideal de una arqueología universalmente unificada.

Dicho lo anterior, de pronto surge la cuestión: ¿qué cualifica a la arqueología mexicana dentro de este proceso plural en aparente pugna con el cometido científico universalista? En el presente capítulo nos ocuparemos de lo que sostenemos constituye el cometido patrimonial que caracteriza de modo fundamental a la escuela mexicana de arqueología, ya no desde el punto de vista teórico internalista, sino desde el punto de vista político-jurídico. Generalmente, cuando los arqueólogos mexicanos se ocupan de este tema (cfr. Nalda, 1993; Litvak *et al.*, 1980) lo hacen reduciéndose a sus efectos regulativos actuales: toman como un factor independiente a la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicos, Artísticos e Históricos (en vigor desde finales de 1975), pasando por alto con ágil ligereza la preceptiva de Hans Kelsen de que "es imposible asir la naturaleza de la ley si limitamos nuestra atención a una sola y aislada regla" (citado en Raz, 1983: 2). En ese orden de ideas, la jurisprudencia analítica sostiene que sólo mediante el estudio sistemático de la naturaleza de una ley se puede avanzar más allá de su carácter normativo, institucional y coercitivo inmediatos. Con tal fin en mente, hemos adoptado las nociones de "estructura genética" y "estructura operativa" de la teoría del sistema legal de Raz (1983: 183-185), tanto para examinar la relación interna que guarda esta ley con otras leyes dentro de un "sistema legal momentáneo" (vigente), así como para desvelar al mismo tiempo la relación genética que posee con leyes previas, cuya anterioridad autoriza su existencia en un momento dado. Esto induce a un tratamiento histórico de la arqueología, no de modo aislado, para sí misma, sino con respecto al cómo un cierto sistema legal patrimonial ha sobrellevado el cambio y cómo éste ha repercutido en la disciplina y su concepción de fondo.

[71] El título en ruso de la obra de Klejn es, *Fenomen Sovietskoi Arjeologuii*, primeramente editada en inglés por la revista *World Archaeology*.

La tendencia a la individuación de la esta ley e incluso su tratamiento como culminación jurídica de una serie de leyes y preceptos anteriores, parece responder a varias causas evidentes. En gran medida se trata de causas de origen político, que no siempre conviene ventilar. Muchos arqueólogos hoy activos participaron personalmente en los debates camerales que antecedieron a su estipulación. Luego, una vez vigente, pero especialmente en los últimos 5 años, la ley ha sufrido intensas críticas de diversos sectores, poniendo en tensión su resistencia al cambio. De hecho, pareciera estarse conformando toda una arena política de lucha para decidir a quién pertenece el pasado.[72] Me refiero al debate desatado desde que un grupo de 17 diputados priístas intentó enmedar la ley en 1991; aunque su iniciativa no prosperó, el debate ha continuado a través de una serie de manifestaciones verbales y escritas (incluso encuestas, reportajes y artículos periodísticos) que anuncian una inminente lucha política de diversos actores y grupos sociales.[73] Discursivamente, el conflicto está centrado alrededor de la noción de propiedad del patrimonio arqueológico e histórico, lo que nos remite otra vez a una temática esencialmente jurídica, clave del capítulo actual. Empero, sería una largueza referir aquí los argumentos esgrimidos por todos y cada uno de los actores, porque tal parece que el desenlace del conflicto aguarda conocer la *última palabra* del Presidente,[74] quien desde julio de 1994, siendo apenas candidato suplente del PRI, habló de reformar la Ley Federal de Monumentos para dar una mayor participación a las autoridades estatales y municipales, lo mismo que a una indefinida "comunidad" en la administración del patrimonio artístico, histórico y antiguo. Tengo la fundada sospecha de que el interés de la prensa en los escándalos protagonizados por prestigiados arqueólogos en Teotihuacan y Cacaxtla se inscriben en este escenario de conflicto en torno a la ley de monumentos.

Otra causa consiste en la relación que guarda esta propiedad pública con la idea y sentimiento de nacionalidad –o sea, el percibir a los mo-

[72] A finales de noviembre de 1995 la Cámara de Diputados convocó a una discusión en materia de política y legislación culturales y que involucró a la Ley de Monumentos. Las sesiones camerales contaron con la asistencia de numerosos arqueólogos gubernamentales y universitarios, así como de otros actores sociales. Las reformas a la ley serán luego traspasadas a la Cámara de Senadores, donde se tomarán mayores decisiones ya no consultadas abiertamente. Los resultados de este proceso aún no son claros. No lo son incluso en el 2001, no obstante que el partido en el gobierno es el mismo que propuso una iniciativa de ley en 1999.

[73] En parte me he referido a ese debate en la Segunda Mesa Redonda de Monte Albán (Vázquez, 2000).

[74] Se trata de Ernesto Zedillo, el último priísta en la silla presidencial; la polémica disminuyó hasta silenciarse al asumir el cargo Vicente Fox, no obstante que se acusó al panismo de enemigo del patrimonio público. La obviedad de un arreglo interno podría ser la explicación de este silencio.

numentos antiguos como símbolos nacionales–, entramado que contribuye a que se adopte una postura ciegamente nacionalista (en casos indistingible de una socializante) que, como sentimiento, es difícil conciliar con una discusión racional y comunicativa del tema. De ahí pues que en nuestro análisis hayamos preferido trocar el hegeliano espíritu nacionalista que suele dar sustancia a cuanto se dice del patrimonio cultural en México, por una pespectiva que intenta explorar de modo racional la administración del patrimonio y de la arqueología mexicanos del fin del siglo. Este trueque es tanto más obligado cuanto que una revisión de trabajos de autores recientes probaría hasta qué punto nos ocupamos de una tradición cultural y disciplinaria amalgamada con ideologías políticas, si no es que con la política en sí, e incluso intereses corporados de origen profesional, no todos de tipo arqueológico. Comparemos con tal fin las siguientes obras actuales. Por una parte, Díaz Berrio (1990) nos ofrece una obra que es fiel reflejo de los intereses del poderoso grupo de arquitectos y restauradores del INAH, y cuyo mayor arrebato es el de distanciarse del anticuado concepto "monumento artístico y arqueológico" a favor del de "bien cultural", pero siempre conservando el supuesto de la función patrimonial estatal; jurídicamente, la misma posición está secundada por Olivé Negrete (1988, 1994, 1995), quien ha hecho todo un alegato a favor del predominio del derecho público sobre el derecho privado.

En otra perspectiva estarían las posturas renovadoras. López Aguilar (1991) expresa un radicalismo posmoderno, pero atemperado por la idea de que México "es el país que ha planteado las leyes más progresivas" sobre conservación monumental, si bien la suya no deja de ser una variación heterodoxa en la concepción nacionalista-estatista dominante. De algún modo coincidente, Florescano (1993), al distinguir cuatro variables históricas en las concepciones del patrimonio cultural, está introduciendo una mayor comprensión en su construcción social, llegando a sugerir una nueva idea producto de la negociación del Estado y sus instituciones culturales con los grupos sociales y el capital privado. Luego estaría Litvak (1990), que se contenta con reafirmar su noción humanista del patrimonio cultural como herencia de la humanidad, mientras que Tovar y de Teresa (1994) sigue manteniendo la relación entre cultura y nacionalismo, aunque con evidentes intenciones de modernización y reconciliación hasta cierto grado con los intereses privados, sin llegar a proponer su privatización por vía del coleccionismo. Mención aparte merece Ignacio Rodríguez (1990), quien desde la arqueología oficial sugirió abrir ciertos

espacios a la intervención privada sin renunciar a la propiedad pública del pasado prehispánico. Lo que resulta claro en este breve repaso es que la concepción y propiedad de los vestigios antiguos está modificándose con celeridad, y que la arqueología más ligada a la administración patrimonial no será el único interlocutor en su futura redefinición.

La arqueología de cámara como patrimonio privado

Como arranque propondría cavilar en por qué los autores anglosajones que se ocupan de la historia del pensamiento arqueológico general les resulta tan difícil ocuparse de la historia de la arqueología de los países latinos del sur de Europa, sin mencionar siquiera los de América, no obstante que en muchos de ellos ha habido un desarrollo impresionante –usualmente monumental o "faraónico"– de sus respectivas arqueologías. Admito que la barrera del idioma cuenta como dificultad. También el que sus respectivas historias profesionales estén incompletas, que sería el caso de México.[75] Como quiera que sea, es asombroso que uno de los textos más influyentes en este campo –me refiero al de Bruce Trigger, *A History of Archaeological Thought* (1992 [1989])– sea capaz de dar cuenta en unos cuantos párrafos de, digamos, las arqueologías de Italia o de México.[76] Ambos ejemplos, como veremos a continuación, tienen una relación más estrecha de la que suponemos.

Lo que ocurre es que Trigger (y la tradición a la que pertenece) tendría más en común con el anticuarismo de la clase burguesa (o "media", si la traducimos literalmente) de la Europa central y septentrional, que con el mecenazgo de papas y monarcas del Renacimiento italiano o con el patronazgo de dinastías ilustradas como la Casa Borbón para España y Nueva España (hoy México). So pena de esquematizar más allá de lo razonable estas tendencias históricas, me parece claro que estamos ante dos tradi-

[75] La mejor historia disponible es la de Ignacio Bernal (1980 [1979]) que, por razones de cultura disciplinaria, evita llevar más allá de 1950, exactamente la época que nuestros arqueólogos conciben como "la edad de oro" de su profesión, si no es que de la escuela mexicana de arqueología en concreto.

[76] No se malinterprete el sentido de esta crítica ya que Trigger mismo ha criticado a la historia intelectual o interna de la arqueología en pos de una social o externa; empero, al concederle mayor énfasis a las influencias intelectuales más amplias (racionalismo, romanticismo, positivismo, etcétera) sobre la cambiante historia de los estilos de interpretación arqueológica, parece difícil aprehender lo que él llama "las bases sociales de las tradiciones arqueológicas nacionales" (Trigger, 1985: 226). En consecuencia, las diferencias nacionales de hacer y pensar la arqueología son tomadas casi como derivaciones de tales mentalidades en vez de ser fenómenos concentrados del pensamiento y del contexto sociopolítico local.

ciones divergentes de institucionalización y profesionalización de la arqueología. Una que evolucionó hacia una arqueología liberal y académica y otra que estrechó su dependencia del mecenas; será la arqueología que finalmente habrá de derivar en gubernamental, reuniendo en una sola institución lo que en otras partes está separado: la arqueología como disciplina y la administración del patrimonio arqueológico.[77] Sin meternos en las honduras de una modelación teórica rigurosa, diríamos simplemente que estamos ante un "modelo Schliemann de desarrollo arqueológico" diverso de un "modelo Champollion de desarrollo arqueológico".

Insisto, tómese este esquema más como una guía explorativa que como un modelo isomórfico bien ajustado a la realidad, pues, a decir verdad, el estudio comparado de las tradiciones nacionales de la arqueología –que nos podrá brindar mayores elementos de juicio sobre las formas de desarrollo profesional– apenas despunta como un campo de investigación por mérito propio. Con todo, es apreciable que Trigger observe que mientras en Escandinavia, Escocia y Suiza (bastante más influidas por el evolucionismo racionalista francés) se orientaron hacia la prehistoria como disciplina humanista, Francia e Inglaterra (con su nacionalismo romántico) lo hicieran hacia el estudio del paleolítico con sentido cientifista. En ambos casos, no obstante, está presente la figura del anticuario organizado en sociedades profesionales tan antiguas como la inglesa en 1572 o en escuelas como el Colegio de Anticuarios de Uppsala en 1666 (Trigger, 1992: 36-76). En Alemania, sin embargo, donde se enfrentaron dificultades para un desarrollo burgués pleno lo mismo que un proceso de unificación nacional muy tardío, hubo desde 1848 una reacción histórico-cultural en el seno de su arqueología prehistórica; contextualmente hablando, cabe entonces la interpretación según la cual una arqueología pública terminó por ser necesaria para los fines de unificación del Estado-nación. Así visto su desarrollo, puede ser menos grosero el hecho de que en un momento dado el Estado empleara a la arqueología para su propaganda política, lo mismo que a su etnología.

La distinción sugerida por Trigger entre la "arqueología clásica" y el "anticuarismo" corresponden bien a lo que estoy planteando. No es cuestión de una sucesión cronológica, que él supone general, sino de procesos simultáneos y divergentes, susceptibles de abstraerse en tipos de desarrollo.

[77] La antología de trabajos reunidos con propósitos comparativos por Cleere (1990) es sumamente ilustrativa de este proceso divergente de la profesionalización de la arqueología y de la profesionalización de la administración cultural, si bien sean gemelas. En México, ambas se confunden.

Convengo, eso sí, en que hasta bien entrado el siglo XVIII subsistió la idea, entonces compartida por los anticuarios de todo el orbe, en identificar su interés con la búsqueda de tesoros. Pero la "invención de la arqueología romana", a partir del siglo XIV, no deja lugar a dudas. Fue bajo el empuje conjunto del renacentismo y el mecenazgo de la nobleza que surgió el interés por el arte clásico. Papas y príncipes se disputaron tanto su contemplación estética, como, y sobre todo, su apropiación privada como manifestación vistosa de sus diferencias en poder y honor. El anticuario bajo esta sociedad era más un saqueador o proveedor de esculturas que un intelectual amparado en los medios de una sociedad opulenta, ocio que sólo brindaría la Revolución Industrial en otros contextos nacionales. Ello difiere, repito, del anticuario que sin dejar de proveer a las colecciones reales y nobles del resto de las aristocracias europeas, era al mismo tiempo premiado con su ingreso a la Royal Society of London o al Colegio de Anticuarios de Suecia. Tan sutil diferencia de estímulo a la iniciativa privada, fue la que por un lado indujo a un anticuarismo cientifizante cada vez más dueño de su profesionalidad, y, por otro, a un anticuarismo inhibido por el orden absolutista, que necesariamente lo empujó a la historia de arte, esto es, haciéndolo semiprofesionalizado y eternamente sujeto de los encantos contemplativos de la aristocracia y la monarquía.

La comparación es harto ilustrativa. Desde temprano (en 1533 se nombró a John Leland como Anticuario Real) despuntó en Inglaterra la idea de emprender investigaciones sistemáticas de los monumentos antiguos; en Suecia y Dinamarca el patronazgo real no obstaculizó tampoco su registro sistemático desde finales del siglo XVI. Todo esto desembocó en una concepción distinta de las antigüedades como fuentes de información o motivos de interpretación en el seno de las sociedades de anticuarios, dueñas de una dinámica propia. Por el contrario, en Italia el destacado anticuario J.J. Winckelman, padre de la historia del arte, en pleno siglo XVIII sobrevivía precariamente como bibliotecario del cardenal Albani. Y Carlos III de España, rey de las Dos Sicilias, en lugar de estimular su avance, le impidió estudiar directamente su famosa colección de Pompeya y Herculano. Esta concepción *patrimonial o privada de la arqueología* obstaculizó el libre desarrollo de la investigación y de la profesionalidad, si bien en sus cartas personales, en que Winckelmann critica las torpes excavaciones del ingeniero y coronel español Joachim Alcubierre –a quien descalifica como anticuario–, está demostrando que él y el conde Caylus poseían un interés genuino en el valor del conocimiento, pese a estar constreñidos por el medio social que los rodeaba, de ahí su insisten-

cia –que los indispuso con la real merced– en hacer públicos los resultados de las excavaciones.[78]

Gracias a la historia de la arqueología romana sabemos que hacia mediados del siglo XVI había en Roma alrededor de 90 colecciones privadas. Viene de entonces la moda del *cortile* y del *studiolo*, lo que más adelante serán los *gabinetes* que anteceden a los primeros museos, como el del papa Sixto IV en 1471. Excepto que no eran equivalentes a los actuales museos, porque eran sólo para los ojos de sus poderosos dueños. Un progreso significativo de la sociedad de masas fue que Pío VI instalara en el Vaticano el museo Pío Clementino, que abría sus puertas al público... ¡una vez al año! No extrañe entonces que en el mismo siglo XVIII, Carlos III de España hiciera construir cerca de su palacio en Portici (Nápoles) la Academi de Herculano, para albergar ahí su preciosísima colección de monumentos. Como denunciara el conde Caylus, para visitarla se requería permiso del monarca. Otro tanto ocurría con las ruinas. Cuando el famoso arquitecto Juan de Villanueva las visitó, se limitó a un corto recorrido bajo la estricta prohibición de tomar notas y bosquejos (Guerra, 1990: 142-145).

La arqueología así apropiada era un encantador pasatiempo de la nobleza, pues apenas bastaba que el monarca ordenara, cual graciosa distracción de su majestad, excavar en los terrenos aledaños a su dominio palaciego. En comparación, el papa Clemente XIV era muy magnánimo. Hizo redactar un edicto por el cual se dividía la riqueza antigua en cuatro beneficiarios: el Papa, la cámara apostólica, los propietarios del terreno y los que costearan la empresa de excavación. Mas tarde, los Napoleón no vinieron a poner fin a este expolio cultural de la realeza italiana, al contrario. Simplemente hicieron que los tesoros pasaran del Vaticano al Louvre en 1799, como si se tratase de un botín privado (Etienne, 1990: 22-23; Moatti, 1991; Alcina, 1988: 71-91). Esta mentalidad aristocrática, para la que el pasado es objeto de apropiación privada, concede sobrada razón a Handler (1991), cuando advierte que la noción moderna de "propiedad cultural" es una prolongación metafórica del individualismo posesivo. Sostiene incluso que la propiedad cultural nacional (no se diga la que sigue siendo privada) deviene de esta concepción individualista de posesión y no es casual que frente a ella los estados-nación se asuman como invididuos colectivos, imaginariamente homogéneos: "Naciones y grupos étnicos prueban su existencia y su valor ante el mundo entero por la estima hacia su propiedad [cultural]" (Handler, 1991: 67). En México, según veremos, el antecedente inmediato de esta "propiedad cultural" será la

[78] Véanse Trigger (1992: 52-61) y Etienne (1990: 138-145), especialmente su apéndice documental, donde se citan pasajes epistolares de Winckelmann y Caylus hacia 1784.

propiedad real, patrimonial y privada, sobre los monunentos antiguos, es decir, ninguna forma abstracta de invidualismo posesivo.

Una característica que habría que enfatizar desde ahora a propósito de este tipo de desarrollo arqueológico, es que ya desde el renacimiento aparece la igualación de la antiguedad con el monumento. La mayor expresión estética de dicha identidad la encontramos en los teóricos del neoclacisismo (Caylus, Burlington, Fischer, etcétera.), que no sólo se inspiran directamente con el Gran Viaje a la Roma monumental, sino a través de obras clave como el *Monumenti antichi ineditii spiegati e illustrati* (1767) de Winckelmann (Francastel, 1987: 15-55). La pertinencia del pasado como monumento tiene que ver con el hecho de que en México todavía se conserva esta concepción en su sistema legal y en su arqueología. Pues bien, desde tiempos de Caylus y Winckelmann se llamaba "monumento" lo mismo a una escultura, a un edificio o a un fragmento de cerámica, que Caylus clasificaba como "clases de monumentos". En fechas tan tardías como 1862, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística hizo, para un proyecto de Ley de Conservación de Monumentos Arqueológicos, una clasificación muy similar de "monumentos antiguos" (Solís, 1988: 57-58).[79] Aunque hoy sólo se distingue, con reminiscencias del derecho romano, entre "bien mueble" y "bien inmueble" en la Ley de Monumentos de 1972, es claro que permanece la noción monumental de la arqueología clásica patrimonial. Un intento de modernización del léxico administrativo lo representa el "concepto de bienes y servicios culturales", pero es de alcance limitado, pues se supone ser un "concepto dinámico que entrelaza los [productos] de arte, educación, creatividad, conocimiento social, valores estéticos, étnicos y regionales", según palabras del actual titular del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Tovar, 1994: 79), organismo público detrás de los Proyectos Especiales de Arqueología 1992-1994.[80] No deja de ser significativo que en su modernizado concepto no aparezcan los vestigios arqueológicos.

Bajo tal monumentalismo del pasado resulta doblemente significativo que en las primeras excavaciones emprendidas en Roma y Pompeya los anticuarios tuvieran tan escasa relevancia: en su lugar se contrata arquitectos o se usan militares. Y con ellos surge con más intensidad (que la solamente estética, pues expresa su sentido profesional último) la idea de la "limpieza total" del monumento –eliminando vestigios que sólo podrían interesar a los anticuarios conocedores– y, por supuesto, la va-

[79] Otro ejemplo tardío lo ofrece el Duque de Loubat (1896), mecenas de Eduard Seler, quien se refiere a un códice prehispánico como "*monumento escrito* de los antiguos mexicanos".

[80] Véase capítulo 4 sobre el particular.

loración de los conjuntos monumentales. Esta concepción monumental, arquitectónica, esteticista y patrimonial de la arqueología requerirá desde su génesis de ocupar grandes masas de obreros para poner al descubierto la magnificencia del pasado. Inaugura el advenimiento de la era de los "monumentos artísticos antiguos", exaltación que no ha cesado en muchos países, el nuestro en lugar destacado.[81] Curiosamente, en Pompeya los arqueólogos profesionales hicieron acto de presencia hasta 1952; y en Roma, la auténtica arqueología clásica se impondrá hasta 1960. Bajo estas circunstancias, teniendo a la vista las reconstrucciones, restauraciones, acuarelas y maquetas de estos arquitectos, uno se podría preguntar con justa razón si la antiguedad grecolatina influyó al neoclacisismo o este movimiento recreó a la antiguedad.[82] Como quiera que haya sido, es indudable que bajo tal contexto histórico y social la arqueología propiamente dicha vio retardarse su desarrollo, en el sentido que Gras (1985: 14) dijera de los estudios etruscos: "Excavar para comprender y no simplemente descubrir es, desde hace varios decenios, el único objetivo de los arqueólogos profesionales." Pero el descubrir, más que el comprender, no son objetivos disociados dentro de las prioridades científicas de la arqueología mexicana.

Orígenes de la arqueología patrimonialista americana

Contra la errónea interpretación de Alcina Franch, que advierte una separación manifiesta de la arqueología del Viejo y Nuevo Mundos, yo replicaría que es exactamente al contrario, que lo que tenemos en la Nueva España y el Perú es la palmaria prolongación de la arqueología de las luces en España.[83] Una incontrovertible evidencia de mi afirmación es que

[81] En la que podría considerarse como la primera excavación arqueológica oficial hecha en la Nueva España en 1787, el capitán Antonio del Río utilizó en Palenque un grupo de 69 indios –de más 200 que había solicitado (Cabello, 1992: 40). Fue, sin lugar a dudas, el primer proyecto de gran intensidad y alta verticalidad emprendido en lo que sería México. Su herencia organizativa sobrevive en los proyectos monumentales de la arqueología moderna mexicana.

[82] Una idea parecida ha sido desarrollada por Whitelam (1996) para la invención del Antiguo Israel, con el agravante de que el nacionalismo religioso judío implica la desposesión tanto del pasado palestino como de su territorio. Como veremos después, el México antiguo puede haber pecado de los mismos agravios.

[83] Me parece que la tesis de Alcina (1988) no es convincente porque proyecta al pasado lo que son en el presente las arqueologías mexicana y española, esto es, y según su decir, una "arqueología etnográfica" o "antropológica" (mexicana) y una "arqueología clásica" o "historia del arte" (española). Lo más dudoso de su esquema estriba en que da como antecedentes de la primera las relaciones, crónicas y visitaciones españolas, contemporáneas a las sociedades hoy tomadas como arqueológicas (y cuyas descripciones son fuentes de la etnohistoria o de una arqueología histórica). Sería, para Alcina, una "arqueología viva, en la que los monumentos están habitados", pero su más próxima denominación modernista podría ser la de etnografía americana, pero aun bajo esta acepción sería forzar un tanto las evidencias, pues la etnografía de motivos

desde el siglo XVI quedó jurídicamente asentado un patrimonialismo sin cortapisas en las primeras cuatro leyes relativas a las antiguedades. La ley del 4 de septiembre de 1536 concibe al vestigio como un tesoro,y, como tal, perteneciente al soberano, excepto los derechos y quintos (Solís, 1988: 29-30; Litvak *et al.*, 1980: 182; Pastrana, 1994). Tal patrimonialismo era considerablemente más vasto que la propiedad de los tesoros indígenas, ya que comprendía el territorio entero de las Indias Occidentales en tanto que propiedad a perpetuidad, por lo que "para siempre jamás no serán enajenadas, ni apartadas en todo, o en parte [de la Corona]...". La noción aurífera del pasado americano, que prevaleció durante toda la dinastía de los Austrias, explica que la primera expedición científica a América –hablo del viaje a la Nueva España de Francisco Hernández, protomédico general de todas las Indias entre 1570 y 1577– cayera en el olvido por mero desinterés de Felipe II, con todo y que Hernández escribiera un informe primordial, las *Antiguedades de la Nueva España*, donde menciona "ruinas de edificios fabricados con arte admirable" en Yucatán, Mitla y Cuernavaca (Lozoya, 1991). Igual destino corrió la información de Diego García al rey, con fecha 8 de marzo de 1576, donde le hace saber de las ruinas de Copan, que equipara al Coliseo de Roma (Baudez y Picasso, 1992: 134-135). Peor aún, el menosprecio colonialista de Felipe II llegó al punto de prohibir en 1577 la recolección y estudio de los documentos indígenas, causando la requisa de la obra de fray Bernardino de Sahagún (Florescano, 1993a: 146). Finalmente, por estos años –1572 para ser exacto– el virrey de Perú insinuó al soberano la creación de un museo indiano, propuesta que no prosperó pese a que en El Escorial se conservaron algunas piezas enviadas por Cortés como tributo real, no pocas de las cuales terminaron fundidas o en los gabinetes de otras casas reales (Cabello, 1989: 25-27; Bernal, 1980: 131; Garrido *et al.*, 1990: 48).

El ascenso al trono de la dinastía borbónica en 1701 marca el inicio de un despotismo ilustrado mucho más centralizador en sus designios, pero al mismo tiempo mucho más abierto a las ciencias, las artes y la industria. En esta encrucijada radican tanto sus virtudes como sus defectos. Como ha señalado un estudioso del Real Jardín Botánico, el poder absoluto del monarca produjo el indeseable efecto de inhibir la creatividad científica de individuos e instituciones, resultando endeble todo ese auge científico indu-

---

francamente seculares no aparece sino hasta 1793, con la descripción de los nutka por el naturalista novohispano José Mariano Mociño. Desde luego, es evidente que su idea de la arqueología mexicana está influida por su paso por la ENAH.

cido desde arriba (Puerto, 1992: 316). Su dura conclusión podría extenderse a las reformas económicas: el rey era el empresario más grande. Usando dinero de la Real Hacienda, sufragó industrias muy innovadoras, pero todas ellas adolecían del defecto de estar pensadas para hacer más grata la vida cotidiana en los palacios, que así se surtían de toda clase de preciosidades (Guerra, 1991: 64-65). Estos ejemplos muestran que el patrimonialismo real bajo los Borbones –que no es otra cosa sino un peculiar dominio de lo público en función de lo privado–, fue apuntalado en vez de amainado, si bien atrajo variantes progresivas dignas de resaltar.

Una de estas variantes fue la fundación de la Real Biblioteca ("en la inmediación de mi Real Palacio") por Felipe V en 1716. El carácter de esta biblioteca refleja muy bien al despotismo ilustrado. Seguía siendo de propiedad real, pero con una función pública. Estamos ante el más viejo precedente de lo que hoy se conoce en España como "patrimonio nacional", esto es, bienes que se encuentran dedicados al uso y servicio exclusivos del rey y la familia real, pero de acceso restringido a los ciudadanos.[84] En esa biblioteca, por "real orden de acopio" de 1712, se encargó a los virreyes de Perú y la Nueva España, así como a todas las autoridades eclesiásticas y seculares, reunir libros, gramáticas y vocabularios de origen nativo, códices en especial.[85] Esta disposición sugiere que el coleccionismo documental de Lorenzo Boturini pudo tener como fin halagar a Felipe V, quien de hecho lo nombra historiador de las Indias tras su expulsión de la Nueva España en 1744, cargo que no ocupará jamás (Cabello, 1989: 27; Bernal, 1980: 58-61). Lo irónico de su anticuarismo es que la confiscación de su colección obstaculizó la pretensión última de crear un museo histórico indiano.

Luego, en 1752, Fernando VI se adueñó del primer gabinete de historia natural creado por el destacado naturalista Antonio de Ulloa, quien había sido miembro de la expedición científica de La Condamine y almirante de la armada española.[86] Por lo poco que se sabe de este gabinete,

[84] Reales sitios como El Escorial pertenecen hoy al patrimonio nacional, distintos jurídicamente de los bienes propiedad del Estado, entre los que se cuentan museos tan importantes como el Museo Nacional del Prado y el Museo Arqueológico Nacional (Garrido *et al.*, 1990).

[85] Ecos de este proceder patrimonialista, por muy patriótico que se ofrezca, aún se advierte en 1780 cuando Clavijero propone a la Real y Pontificia Universidad de México "sacar esta clase de documentos de manos de los indios" (Clavijero, 1991: xviii).

[86] Ulloa fue un auténtico sabio ilustrado, pues era astrónomo, geógrafo, químico, botánico, zoólogo, ingeniero naval y arqueólogo, faceta poco conocida de su vida, no obstante haber residido en la Nueva España entre 1776 y 1777 (De Solano, 1992). Su descripción de un eclipse solar en 1778 refleja nítidamente el estado de la ciencia en su época. Su comunicación fue leída en las reales academias científicas de París, Berlín, Estocolmo y Londres, pero en España debió dedicársela a su majestad en calidad de "su más humilde fiel vasallo", de cuyo arbitrario patrocinio dependía.

es probable que fuera administrado como bien privado por su Secretaría del Despacho Universal. Como haya sido, el hecho es que el gabinete tuvo un destino incierto. De Ulloa cayó en desgracia, junto con los altos dignatarios que lo protegían. La colección sobrevivió hasta 1773 a cargo de Reigosa, año en que fue agregada a las colecciones del Real Gabinete de Historia Natural, inaugurado por Carlos III en 1776. No obstante, Ulloa llegó a redactar un puntual cuestionario a petición del rey, para surtir su gabinete. En él, Ulloa demostró un sensible interés en el conocimiento de las antigüedades (Cabello, 1989: 61; también Cabello, 1992: 16-18), al escribir que:

> Las antigüedades dan luz de lo que fueron los países en los tiempos más remotos y por ellas se saca el conocimiento del aumento y disminución que han tenido: con este motivo se procura investigar lo conducente a su averiguación, dando noticia de los vestigios que permanezcan en algunos parajes...Estas noticias serán de las ruinas de edificios antiguos de la gentilidad de cualquier materia que sea; de las paredes, cercas, muros, zanjas o fosos; de los entierros o sepulturas; de los adoratorios o templos; de las casas o chozas que habitaban con expresión de sus figuras, capacidades, entradas y distribuciones internas...

El estudio de este anticuarismo ilustrado ha hecho sospechar que una remesa de cerámica peruana enviada por el virrey Manuel Amat a mediados de 1765, proviniera de una excavación practicada en una *huaca* en el cerro Tantalluc, en la provincia de Cajamarca. Lo interesante de este hallazgo es que el excavador (anónimo) del sitio levantó un elemental corte estratigráfico (Cabello, 1989: 88; 1992: 19-20; s.d.: 37). Tan fundamental progreso arqueológico –la estratigrafía cultural como técnica de excavación data de 1847 en Dinamarca, pero no será redescubierta en México hasta 1912– se perderá en medio del impulso coleccionista patrimonial. No será la única pérdida sufrida por la arqueología americana en esta época. La presunta excavación del jesuita Carlos de Sigüenza y Góngora en la Pirámide de la Luna en Teotihuacan, se perdió en el olvido al confiscarse la colección Boturini en 1743.[87] Pero lo relevante en todo caso es que el genuino anticuarismo que se estaba gestando dentro de la orden

[87] Fue Boturini quien atribuyó a Sigüenza su horadación y Von Humboldt se refiere a ciertos manuscritos del sabio en que asigna a los olmecas de Tlaxcala la construcción de Teotihuacan, contra la extendida creencia –aun viva en 1941– de que fueron los toltecas. Con todo, el extravío de sus manuscritos hace suponer "que parte de lo que se cree perdido en realidad nunca fue escrito" (Trabulse, 1988: 25).

jesuita –que en el Colegio de San Ildefonso había reunido un museo de antiguedades independiente– fue cortada de tajo en 1767. Francisco Javier Clavijero, poco antes de salir al exilio, había propuesto crear un museo en la Universidad Pontificia con piezas obtenidas por medio de excavaciones. Esta pérdida intelectual tuvo, en suma, consecuencias incalculables para la ciencia iberoamericana en general y para la arqueología en particular.[88] De hecho, la sospecha podría extenderse a la metrópoli misma. Los intentos de botánicos y farmacéuticos por fundar en España una academia de ciencias al estilo francés o una sociedad científica real al estilo inglés, fueron paralizados por el poder real para evitar su obvia capitalización por los sabios jesuitas (Puerto, 1992: 13). Evidentemente, no todo fueron luces en el siglo de las luces.

La biografía de Pedro Franco Dávila (Calatayud, 1988) es particularmente ilustrativa de las carencias de los anticuarios y naturalistas españoles y del sofocante patronazgo real. Criollo ecuatoriano de familia enriquecida por el comercio, pasó 15 años en París (1745-1772) dando rienda suelta a su pasión coleccionista por los estudios naturalistas. Su "gabinete de historia natural y curiosidades del arte y de la naturaleza" logró reunir tal acervo que disputaba con los reunidos por reyes y nobles de la época. Pero en ello se le fueron los dineros familiares. En 1753 debió ofrecerlo en venta a Fernando VI, sin lograrlo. Poco a poco se fue deshaciendo de sus tesoros (entre los que catalogaba antiguedades griegas, egipcias, etruscas, romanas, chinas e indianas), hasta que, con grandes apremios, en 1771 se lo cede a Carlos III a cambio de la dirección del museo, un sueldo fijo, y permiso para un acceso público. Para tal efecto, el nuevo gabinete quedó adscrito al Ministerio de Gracia y Justicia, junto con las Academias de Nobles Artes, las expediciones botánicas y otros asuntos de la administración pública del patrimonio real (Cabello, 1989: 32). Así las cosas, en mayo de 1776 hizo circular por todo el reino una *Instrucción* real (preparada por Dávila), donde se ordenaba recolectar, preparar y enviar al gabinete "no solamente las diferentes sustancias comprendidas en los tres reynos de la naturaleza", sino asimismo "curiosidades del arte" (Cabello, 1989: 62; Calatayud, 1988: 95).

Pese a exhibir menos luces que Ulloa en el conocimiento del anticuarismo, la *Instrucción* tuvo efectos inmediatos en la magnitud de las co-

[88] Quisiera creer que a eso se refiere Trabulse cuando pondera la "tradición científica mexicana que sin solución de continuidad ha llegado hasta nosotros", pero es muy posible que su enfoque internalista puro lo lleve a desechar estos "factores externos" que no casan con su idea del progreso científico nacional (Trabulse, 1987).

lecciones reunidas. Procedentes de Perú y la Nueva España, llegaron ricos cargamentos arqueológicos, producto las más de las veces de excavaciones rayanas en el saqueo y la destrucción. Clérigos y funcionarios se aplicaron a cumplir la voluntad de Su Majestad, con la implícita esperanza de ganar su favor. Tal es el caso del obispo de Trujillo, Baltasar Jaime Martínez Compañón, que de 1782 a 1785 hizo reunir piezas y planos de Chán-Chán, y que luego enviaría al rey en 1788 (Cabello, 1989: 155-164). Con el mismo fin el gobernador de Guatemala envió al arquitecto Antonio Bernasconi a Palenque en 1785, quien no se concretó a dibujar edificios, sino que practicó las primeras excavaciones en el lugar. Su informe excitó la curiosidad de Juan Bautista Muñoz –cronista de Indias de Carlos III–, consiguiendo una Real Orden en 1786 para una nueva expedición, ahora a cargo del capitán Antonio del Río, dando inicio a la arqueología mayista... en manos militares, pero que hoy pasan en la historiografía por "prospecciones oficiales" y hasta "científicas" (Cabello, 1992: 33).[89]

A poco, una segunda Real Orden fechada en 1789 ordena, por parte de Carlos IV, que el capitán Guillaume Dupaix emprendiera una ambiciosa expedición de catalogación de las ciudades antiguas mesoamericanas, recogiendo "diseños exactos de los edificios y demás monumentos de los tiempos anteriores a la conquista", según acotación del virrey Iturrigaray en 1804; Dupaix, por su parte, en su respuesta al virrey, le pide apoyo de un dibujante que tome diseños "de aquellos monumentos de la antiguedad que se habrán podido descubrir y [darles] mejor conservación con la proligidad que permite este país" (Solís, 1988: 32-33). Estas palabras son premonitorias, indicativas del rumbo que tomaba el coleccionismo arqueológico patrimonial de la Corona: descubrir monumentos y conservarlos como tales. No es casual pues que en 1808, un año después de concluida la expedición de Dupaix (cuyos dibujos y piezas nunca pudieron ser enviados a España a causa de la intervención napoleónica), se funda en la Nueva España la primera Junta de Antigüedades por orden del virrey ("con la comisión de indagar y descubrir cuantos monumentos se encuentren de las antigüedades de los indios, anteriores a su conquista, que sean dignos de la posteridad"), misma que suspendió

[89] La "militarización de la ciencia" fue un legado más del patrimonialismo borbónico, ya que el ejército y la marina resultaron ser los más eficaces ejecutores de los deseos del monarca. Del Río y Dupaix en la Nueva España o Alcubierre y Gazolla en Pompeya y Poseidona, forman parte de este fenómeno de apropiación privada de las antiguedades. Como dice Guerra: "Fuera de ellos [ejército y marina] apenas existieron estas ciencias" (Guerra, 1991: 90); para una mayor información de la historia de la arqueología maya, remito a la consulta de Cabello (1992), Baudez & Picasso (1992) y Brunhouse (1989).

sus trabajos en 1813, hasta que en 1822 el emperador Iturbide la reinstaló con el mismo fin, al tiempo que abría, en la Real y Pontificia Universidad de México, un Conservatorio de Antiguedades y, en lo que había sido el gabinete de historia natural del botánico José Martínez Longinos en 1790, un remosado Gabinete de Historia Natural; ambas instituciones terminarán por fundirse en 1834 en el Museo Nacional Mejicano (Bernal, 1980: 134; Castillo, 1924: 9 y 66; Lozoya, 1984: 103-106; Florescano, 1993a: 148-152).

Por lo antes establecido no puedo concluir este apartado sin una última reflexión sobre la debacle del anticuarismo novohispano. Es obvio que difiero de la interpretación finalista, según la cual "la conjunción de las ideas ilustradas con el celo patriótico de los criollos, produjo resultados favorables para la conservación de los monumentos arqueológicos" (Florescano, 1993a: 149), pues creo que ello confunde las diferencias de sentido del anticuarismo criollo respecto del coleccionismo real, oposición que a la postre arrojó profundas consecuencias en la manera como se profesionalizó la arqueología en México, dependiendo de la administración pública del patrimonio arqueológico. Para el siglo XVIII, llama la atención el nulo impacto que tuvieron los anticuarios criollos en el curso de los acontecimientos. El arzobispo de México Francisco Antonio de Lorenzana fue uno de los pocos coleccionistas que protegieron a anticuarios como Mariano Férnandez de Echeverría y Veyta, entre otros; pero la suya fue una actividad no muy distinta de la de los príncipes y papas renacentistas. Pedro José Márquez, un jesuita amigo del astrónomo Antonio De León y Gama, también salió exiliado rumbo a Italia, donde escribió *Antichi Monumenti di Architettura Messicana* (1804). Otro distinguido naturalista, el cura José Antonio de Alzate, alumno de Clavijero en el Colegio de San Gregorio, y que había hecho estudios de los monumentos de Xochicalco y Tajín, en 1792 tuvo la pésima ocurrencia de ensarzarse en una envidiosa polémica con de León y Gama, cuando éste publicó un fragmento de su estudio de los monolitos aztecas descubiertos en el zócalo capitalino en 1790 (De León, 1990).

La polémica, que pudo haber sido sana en el contexto de una sociedad abierta, fue tomada por De León como censura, lo cual no está lejos de ser verdad. En efecto, habiendo concluido la obra, fue notificado por las autoridades virreinales de ciertas "diligencias jurídicas", "conducentes a la perpetua conservación de estas estatuas y a la permanencia de la memoria de ellas como monumentos preciosos". Dicho en palabras llanas, la Corona se había reservado su cuidado e incluso su conocimiento. En consecuencia De León y Gama publicó una versión incompleta de su es-

tudio, eliminando la primera parte, donde trataba la descripción de la Piedra del Sol y la Coatlicue, pasaje que no se conocería hasta 1832, cuando el Museo Nacional Mejicano imprimió una edición íntegra a cargo de Carlos María Bustamante. Con esta censura quedaron nulificados la curiosidad del anticuario y sus deseos, como él decía, de "dar algunas luces a la literatura anticuaria, que tanto se fomenta en otros países", además de servir a su patria. "Sólo en esta ciudad –concluye diciendo León y Gama con amargura– tuve la desgracia de encontrar con algunos desafectos (no sé si por falta de inteligencia, o por motivos privados) que dudaron y pretendieron contradecir varias proposiciones..." (De León, 1990: 5-6). De nada valieron sus elogiosas referencias a las excavaciones de Carlos III en Nápoles. Como Winckelmann y Caylus, le costó admitir la reserva patrimonialista con que el rey y la burocracia patrimonialista guardaba su colección arqueológica de cámara.

Es una cruel ironía histórica –que muchos toman como simple "anécdota curiosa"– que el monolito de la Coatlicue volviera a ser sepultado en los patios de la universidad, luego de que los frailes dominicos se percataron que su exhibición pública estaba revitalizando el culto prehispánico entre los indígenas de la ciudad de México. Matos (1988: 14) relaciona esta vuelta al pasado con el movimiento de independencia que a poco explotó, mientras que Florescano (1993a: 150) aprecia mejor el drama en que estaban sumidos los criollos novohispanos, que pretendían apropiarse simbólicamente de un pasado que no era el suyo. Para la historia de la arqueología mexicana el hecho puede interpretarse como una ironía reveladora del contraste entre la concepción monumental de la Corona española y el deseo de conocimiento de los anticuarios de filiación criolla, cuyo nacionalismo apenas brotaba. No sólo se les impidió su estudio, sino incluso se les ocultó, tal como ocurrió a los indios con su religión.

Monumentalismo antiguo y genealogía imaginaria de México

Su nacimiento como nación introduce en México un nuevo elemento cultural hasta entonces presente a hurtadillas entre los criollos jesuitas: el nacionalismo, quiero decir con esto, la creencia social en una comunidad política imaginaria, finita y soberana. Enrique Florescano, en su notable *Memoria Mexicana* (1988), muestra con diáfana claridad cómo el patriotismo criollo prefigura la aparición de una historia nacional como fundamento simbólico del nuevo nacionalismo mexicano. Sobre todo, aprecia la "percepción genial" con que los criollos ilustrados se apropiaron de la anti-

güedad indígena, acto constitutivo de un poder simbólico que habrá de extenderse persuasivamente a toda la comunidad imaginaria, hasta asignarle visos de continuidad en el tiempo y una convicción generalizada, ideológica en una palabra, para integrar un orden social por demás heterogéneo.

No obstante, el concepto genealógico de nación tan arraigado entre los colonizadores originó una mezcla forzada en esta época. Si no todos los mexicanos descendían de la misma sangre, a la que además se pretendía conservar pura, la nueva ideología comunitaria trasladó a los símbolos lo que eran relaciones sociales entre estamentos. Por otra parte estaban de por medio los derechos y bienes antes retenidos por la Corona y los grupos estamentales en calidad de prebendas, mercedes, etcétera. Tal como advirtió Andrés Molina Enríquez un siglo después, el Estado independiente heredó los derechos sobre bienes que antes pertenecían al soberano absoluto. La nacionalización de estos bienes necesariamente habría de crear conflictos con esos grupos. No se diga la dificultad para asumir una nacionalidad plena como individuos. Pero lo que aquí interesa es mostrar la naturalidad con que las antigüedades continuaron retenidas por el poder central, y cómo éstas sirvieron para crear genealogías de origen. Lomnitz (1999 [1993]), en su antropología de la nacionalidad mexicana, ha mostrado la misma continuidad de los viejos y nuevos conceptos de nación en este periodo, en especial con el lazo esencial de la religión católica. Aquí hablo de otra continuidad mucho menos reconocida, acaso porque alcanzó su plena expresión hasta 1917, con el artículo 27 constitucional. Para entonces, la nacionalización del pasado resultó menos insultante que "sacar esta clase de monumentos de manos de los indios", ya que para entonces la continuidad genealógica con el pasado prehispánico estaba consolidada gracias al nacionalismo porfirista.

Desde entonces y en adelante, los fallidos esfuerzos individuales del anticuarismo criollo se convertirán en una tarea de gobierno, como si se tratase de una inevitable herencia patrimonial del antiguo régimen y su ostentosa monumentalidad coleccionista. Tal como señala Brading, la tarea de establecer un nexo entre la nueva mentalidad y el pasado arrogado no fue obra de la primera generación de nacionalistas mexicanos –a quienes se reserva el pedestal de "Próceres de la Independencia" en la simbología política retrospectiva–, sino de quienes califica como "indigenistas históricos" o, mejor, como "nacionalistas arcaicos", es decir, fray Servando Teresa de Mier y Carlos María Bustamante (Brading, 1973: 150). Asimismo, conservadores como Lucas Alamán –que con razón imaginaba a México arraigado en el pasado colonial– contribuyeron indirectamente a fundar

toda una genealogía ficticia, al dar un sustento político a la nueva institucionalidad cultural, cuya sustancia fue desde aquí en parte mítica y en parte material.

Alamán utilizó todos los medios al alcance de su ministerio para fundar el Museo Nacional Mejicano. Sabemos que desde 1823 había dado con "monumentos muy preciosos de las antiguedades mexicanas" (Solís, 1988: 35), que no eran sino las colecciones de Boturini y Dupaix, que se conservaron en el archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores e Interiores. Dos años después propone a las cámaras formar un museo que reuniera "todos los restos de la antigüedad mexicana", vistos, claro, como "monumentos respetables" (Solís, 1988: 38). Entretanto, con la venia del presidente Victoria, decide abrir un salón especial dentro de la universidad, al que designa ya como Museo Nacional, y al que se agregan nuevas antigüedades traídas desde la Isla de Sacrificios, producto de unas poco conocidas excavaciones auspiciadas por el Museo Británico (Solís, 1988: 38; Bernal, 1980: 132; García Valencia, 1995). Hacia 1829 Alamán pretendió, al parecer sin éxito, que el museo se trasladara al Colegio de Santos; quizá por ello el decreto de Anastacio Bustamante, en 1830, para que ganara fuerza como "establecimiento científico", reuniendo la conservación de antigüedades con la historia natural, y abriendo cursos a cargo de los conservadores, al estilo del Real Gabinete de Carlos III. Esta integración la sanciona Valentín Gómez Farías en 1831, pero el museo permanece en el Colegio de Minería, junto a la biblioteca de la universidad. Ahí, Ignacio de Cubas continuó impartiendo la cátedra de "Historia Antigua" que habían iniciado en el mismo museo el cura Isidro Ignacio de Icaza y el aventurero Jean-Frederic Waldeck, bien conocido por sus exploraciones mayas (Solís, 1988: 41-45; Castillo, 1924: 63-66; Florescano, 1993a: 150-152).

Refiero estas minucias porque en realidad son importantes para entender la manera como el nacionalismo histórico se vio impelido más hacia la reconstrucción de la historia antigua que hacia la reconstrucción de pirámides, divergencia que convergirá luego de 1880, bajo el patronazgo del régimen porfirista. Al respecto, se advierte una coincidencia con el paralelismo trazado por Benedict Anderson (1991) entre los nacionalismos americanos, europeos y asiáticos. En todas partes, entre 1815 y 1850, surge un movimiento que recurre a la disciplina de la historia para fundar una tradición nacional que justifique su soledad frente a la metrópoli y que al mismo tiempo haga viable una ininterrumpida comunidad imaginaria, libre del trauma colonial. Como Anderson y Florescano apuntan por separado, en México esto se llevó al extremo de que los criollos (que seguían compartiendo idioma, religión y cultura con los españoles peninsu-

lares, aunque ya "aindiados") se identificaran –mejor dicho, se adueñaran de una herencia mal habida, la última expropiación simbólica del indígena– con la historia de los "pueblos muertos" nativos.[90] La genealogía ficticia establecida dentro del panteón heroico y secular creado por Carlos María de Bustamante, fue la manera como se forjó una identidad nacional históricamente necesaria para hacer de lo imaginario, lo mítico y lo simbólico algo tangible y, sobre todo, funcional. Gracias a ello, la historia patria vino a ser, antes que la arqueología, un recurso del poder, al lado del mapa, el censo y el museo (Anderson, 1991: 163-185; 1985). Tal como acaeció en otros países –sobre todo de Asia–, la arqueología monumental nacionalista despuntó con plenitud hasta finales del siglo XIX, en conexión a la erección de museos y los servicios administrativos de inspección de antigüedades, si bien en nuestro país no podrá evitarse la pesada herencia del coleccionismo real de las postrimerías de la Colonia.

Es revelador, a propósito del comportamiento social de los arqueólogos mexicanos actuales, que a diferencia de los historiadores, aquellos sean tan reacios a admitir la mítica política que precede (y garantiza) sus trabajos. Esta evitación puede deberse a las acusaciones lanzadas en su contra de ser creadores de mitos, acusación que, como demostraremos en el caso del Templo Mayor, es infundada. Yo diría más bien que en vez de creadores son beneficiarios de estos mitos de la nacionalidad, a los que en todo caso confieren algo tan apreciable como es la materialidad, la objetividad, lo que tiene el tremendo mérito de hacerlos más verosímiles por estar científicamente validados y por tanto ser más creíbles como volliciones del poder político.[91] Precisemos de paso que la férrea unidad de nacionalismo y ciencia fue establecida sin ambages por Gamio (1914), siendo

[90] Mientras Brading redescubre el papel de las ideologías, los símbolos y mitos en los orígenes del nacionalismo mexicano, Florescano resulta crudo cuando escribe: "Así, al integrar a la noción de patria la antigüedad indígena, los criollos expropiaron a los indígenas su propio pasado e hicieron de ese pasado un antecedente legítimo y prestigioso de la patria criolla (...) Ningún otro grupo ni clase creó símbolos integradores dotados de esa fuerza, ni tuvo la habilidad de introducirlos y extenderlos en el resto de la población" (Florescano, 1988: 263). Cruda porque la expropiación fue más que simbólica.

[91] Su caso me recuerda a la arqueología judía (que no israelí), en que el contexto de justificación de un descubrimiento arqueológico no sólo es político, sino de plano religioso. Tendrían en común, no obstante, la concepción de los vestigios como monumentos nacionales y, en consecuencia, pruebas irrefutables de una supuesta continuidad cultural con un glorioso pasado que debe imitarse. Se tratarían pues de verdaderos "símbolos materiales". Esta materialidad facilita, como demuestra Elon (1994), una actividad científica de la arqueología, la que justifica el contexto de descubrimiento, independientemente de la ideología político-religiosa subyacente. Sólo hasta muy recientemente, ciencia y política han dejado de cohabitar simbióticamente en Israel, al tiempo que la eclosión del nacionalismo palestino obliga a disputar los mismos vestigios antiguos, hasta el punto en que los arqueólogos tienen que habérselas ahora con los fundamentalistas judíos de su propia nacionalidad.

el tercer inspector de monumentos arqueológicos, a través de una metodología distintiva que conjuntó la investigación arqueológica a la administración monumental, anunciando lo que orgánicamente será el INAH desde 1939, institución que en definitiva reunirá ambas funciones, bajo un derrotero contrastante a lo que ocurre en otros países, en que ciencia y administración del pasado son independientes (Cleere, 1990: 1-19).

Descontando como axiomático tan apremiante condicionamiento contextual, cabe advertir que no es fácil admitir en la modernidad del discurso científico antropológico la presencia de mitos en nuestra sociedad, ya que estos son adscritos siempre a la otredad –sobre todo si ésta es conceptualmente primitivizada o, en su defecto, preterizada, lo que para Kuper (1988) sería otra suerte de mitificación científica–, prejuicio que la psicología y la historia pueden eludir con la holgura de no tener que cuestionarse sus fundamentos (cfr. May, 1992; Samuel y Thompson, 1993). Por último, si la intuición crítica de Octavio Paz (1972: 105-155) es correcta, como es probable que lo sea, más que existir un "arquetipo azteca" en el fondo del símbolo de la pirámide, lo más seguro es que ese símbolo represente, en su supuesta continuidad, a la estructura del poder político actual (cuya recia continuidad de 70 años de dominación evoca una historia interminable con evocación monumental), luego, "al contemplarse [en el pasado mítico], se afirma" (Paz, 1972: 154). Se sigue de esto que es del todo racional que los arqueólogos eviten discutir la cuestión, no por el mito implicado, sino por la conveniencia profesional de usufructuarlo.

"La historia antigua de México empieza en mito y termina en profecía", sentencia Brading (1989: 15). El mito fundador de la nacionalidad mexicana fue, para él, el culto guadalupano. Esto explicaría la popularidad de estas representaciones. Mas para la clase criolla dirigente hay indicios que apuntan a que su lugar lo ocupó la supuesta "nación azteca" (Florescano, 1989: 35). Desde Clavijero, el imperio azteca sirvió ya de motivo de orgullo protonacional; Bustamante mismo puso en boca de Morelos la idea de restablecer al "imperio mexicano". Al menos en el pensamiento político, esta genealogía logró identificar al Estado moderno con el Estado azteca, lo que ilumina el aztequismo de nuestros gobernantes actuales,[92]

[92] Al menos hasta el primer régimen no priísta de México moderno. Hasta ahora no hay una política cultural bien delineada bajo el nuevo régimen. Para los comentaristas, el Plan Nacional de Cultura 2001-2006 no es muy diferente al de los gobiernos del PRI, apreciando una continuidad de facciones burocráticas que a los panistas más militantes no pasa desapercibida (Carlos E. Orozco "El Plan Nacional de Cultura: ¿PAN con lo mismo?", *Público, Suplemento Arte y Gente*, 24/8/2001: 7). Está pues por verse si la utopía empresarial es capaz de generar una legitimidad por este medio.

evidenciado en los altares museográficos y arqueológicos que le han dedicado a semejante identidad histórica. Hasta para una observadora extraña a nuestra cultura política resulta patente que "los mexica son claramente la culminación de la narrativa desarrollada por la arqueología" (Errington, 1993: 234), llegando a percibir la hiperbólica confusión con la que los aztecas son vistos, ya no como protonación, sino inclusive que los mexicanos serían los aztecas de hoy. Esta interpretación ha sido apuntalada recientemente por el trabajo deconstructivo de Gorbach (1995: 34), donde también aprecia que la elaboración de la museografía del Museo Nacional de Antropología, el "monumento de monumentos" como se le designó en 1964, conlleva una admiración del pasado azteca, excepto que se le "volvió fría, objetiva, desapasionada, científica".

No sería juicioso de todos modos leer en estas genealogías imaginarias unas intencionales manipulaciones políticas o fantasías sin sentido. Para Anderson (1985: 24), esta imaginería tiene la peculiaridad de ser bastante más resistente y persuasiva que cualquier discurso político. Son verdaderos mitos políticos refractarios a la modernidad, con la que no acaban de compaginar. Entonces, el hecho de que los monumentos arqueológicos sean en México nominalmente propiedad del Estado y la arqueología una profesión oficializada, hace inevitable que se les apropie y politice. Estudiosos de los rituales políticos actuales han llamado la atención sobre la correspondencia de éstos y la simbología que se desprende de ciertas zonas arqueológicas, que sexenio a sexenio sirven de Meca de peregrinación para nuestros más altos dignatarios (Lomnitz *et al.*, s.d.). Tanto si los políticos manipulan estos símbolos como si los símbolos los hacen actuar ritualmente, no basta con decir que alrededor del Presidente mexicano hay una aureola de autoridad tradicional que remite a los poderes del pasado, aztecas o no. El estudio de esta simbología política requiere, creo yo, de un tratamiento aparte. Por estudios de Monnet (1989, 1991) y, en un marco más amplio, de Verrey & Henley (1991), sabemos que la arqueología sigue brindando –a veces sin proponérselo– objetos físicos de culto secular, sea en México o en comunidades norteamericanas, en las que no se esperaría encontrar mitos de origen. Este uso social de la arqueología hace de la administración del patrimonio cultural un campo político, donde los propios mitos pueden ser en mayor o menor grado poderosos, de acuerdo con el condicionamiento o persuasión que permitan desplegar sobre la sociedad de masas. Para Verrey y Henley (1991: 89-91), el papel del arqueólogo en situaciones politizadas y mitificadas como éstas debe ser cauteloso antes que iconoclasta, por tanto estar dispuesto a con-

sentir que su interpretación hará más sofisticado al mito de origen, nunca a eliminarlo.[93]

Una vez hecha esta digresión, podemos continuar observando que las vicisitudes del nacionalismo mexicano ocasionadas por la pugna entre conservadores y liberales, las que contribuyeron a que a lo largo del siglo XIX prevaleciera un criterio filológico y bibliográfico del pasado prehispánico, mientras que la arqueología quedó reservada prácticamente a los viajeros extranjeros, destacadamente la Comisión Científica francesa y la mancuerna Frederick Catherwood y John L. Stephens. Mientras, el Museo Nacional Mejicano sufrió el mismo destino de la Universidad Pontificia, que fue clausurada hasta 1863, tan sólo para ser suprimida en definitiva por el emperador Maximiliano 2 años después; excepto que a finales de 1865 él mismo crea un nuevo Museo Público de Historia Natural, Arqueología e Historia en la vieja Casa de Moneda, que a la caída del imperio debió otra vez sobrevivir precariamente como Museo Nacional, porque el liberalismo juarista apenas si se preocupaba de las "antigüedades nacionales", abandonadas a la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública. El pasado indígena, según analiza Brading, era detestable para el liberalismo por la asociación del indio con la propiedad comunal de la tierra, agravado por el fundado temor en una guerra de castas generalizada. Ello implica que lo mismo el pasado que el presente indígenas eran incompatibles con los afanes del Estado liberal, de ahí la irrelevancia del museo y la arqueología monumental durante buena parte de este siglo (Brading, 1973: 220; Bernal, 1980: 103-141; Castillo, 1924: 20-22; Florescano, 1993a: 152-153; Lira, 1984: 75-94).

La historia de la legislación de las antigüedades posee, empero, una lógica propia, a pesar de la turbulencia política que la rodea hasta 1870. Es interesante recordar la respuesta que recibió por parte de un empresario del gobernador Luis G. Vieyra, cuando intentó en 1840 emprender excavaciones arqueológicas por su cuenta. Ya en 1827 se había prohibido el tráfico internacional de antigüedades, pero Vieyra fue más allá, ya que quiso reglamentar cualquier investigación (es la palabra que usa en

[93] Claudio Lomnitz (1999a), en su crítica a la noción de "México Profundo" (que es, de hecho, el "México Mesoamericano") de Guillermo Bonfil, llama la atención sobre el papel de los llamados "intelectuales de provincia" de Tepotztlán. No creo forzar su análisis si añado a su lista a dos arqueólogos, quienes no fueron unos *nation builders*, sino unos *identity builders*, pues su trabajo permitió elaborar genealogías prehispánicas... con un estilo hispánico. Me a refiero Francisco Rodríguez, el descubridor de la zona arqueológica del Tepozteco, y segundo inspector de monumentos. Muchos años después, Carmen Cook de Leonard, tras excavar en Cinteopa, dio con el "lugar de nacimiento de Quetzalcoatl". Sin ellos, es difícil comprender al activo resurgimiento étnico en Morelos, si bien apenas esconde su teatralidad mexicanista.

su bando) por parte de empresas interesadas. Con tal fin, continúa, se debía dar aviso a la autoridad local, previo acuerdo con los dueños de los terrenos y bajo la condición de entregar una tercera parte de los objetos o su valor al gobierno (Solís, 1988: 48-49), precepto que recuerda la legislación indiana del siglo XVI. Este documento es una rareza en la tradición patrimonial mexicana, al igual que el proyecto de ley sobre monumentos arqueológicos de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1862, que si bien no llegó decretarse, está mucho más cerca del espíritu de la legislación indiana, que pronto habría de reconciliarse con el derecho positivo mexicano. En efecto, esta última iniciativa responde a un deseo de contener la destrucción de monumentos y su exportación incontrolada.

Sobre ellos, sigue el texto diciendo, obran los derechos de dominio que la nación tiene como regalías establecidas desde la *Recopilación de Indias*. Enseguida, una vez clasificados 16 tipos de monumentos –desde pirámides hasta utensilios–, se propone que las autoridades judiciales cuiden su conservación; que las excavaciones cuenten con el permiso del Ministerio de Justicia, Fomento e Instrucción Pública; que el gobierno se reserve el derecho de adquisición de modo que, sin menguar su propiedad, no puedan ser exportados objetos; y, por último, que cualquier extracción sea verificada por un arquitecto (Solís, 1988: 57-58). En fin, a pesar de su referencia a la legislación colonial que las antecede, ambas disposiciones jurídicas demuestran que el dilema entre el carácter nacional de los monumentos y su valorización por los grupos sociales interesados estaba ya planteada desde mediados del siglo XIX en toda su magnitud (Lombardo, 1988: 9-26), sin que siglo y medio después haya visos de su superación dentro del sistema legal patrimonial.

Estos signos de conflicto en torno a la administración del patrimonio cultural se han agravado gracias a la anacrónica relación de disputa establecida por el Estado con los grupos sociales (empresariales, pero también indígenas y particulares), con quienes el monopolio gubernamental del pasado fomenta problemas de apropiación. Al respecto, los innovadores trabajos de Florescano (1993) y de Tovar y de Teresa (1994) indican un intento de modernización de este segmento tradicional del poder político, pero mientras el segundo sólo concibe como interlocutor al grupo empresarial, el primero, mucho más perceptivo, da cuenta de la presencia de grupos indígenas y campesinos más y más activos como autogestores directos del patrimonio, admitiendo de paso que la clase política debe considerarlos para elaborar una nueva idea de patrimonio cultural, acorde a nuestra época. Su actitud flexible contrasta con la de

los arqueólogos gubernamentales. Nalda (1993: 144; 1991a: 66), a la sazón secretario técnico del INAH, deja entrever que éstos han optado por desafiar a la sociedad toda, encerrados en lo que creen es un inexpugnable control patrimonial-estatal para su exclusivo beneficio profesional. Nótese de paso, cómo este conflicto administrativo conlleva otro que involucra a la disciplina arqueológica, simplemente porque están articuladas.

Obvio es decir que la tendencia seguida fue la misma planteada por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística: la "nacionalización" del pasado. Apenas 8 años después, en 1870, la legislación mexicana pasa a distinguir entre bienes de propiedad pública y bienes de propiedad privada, muebles o inmuebles; a su vez, los bienes de propiedad pública se dividirán en bienes de uso común –de aprovechamiento general con ciertas restricciones–, y bienes públicos propios –de aprovechamiento limitado por concesión. Para 1897 ya se diferencia entre los bienes raíces nacionalizados a la Iglesia por las leyes de expropiación y nacionalización de 1853 y 1859, y aquellos "bienes nacionales" dominio de la nación por cualquier otro motivo. Hacia finales de 1902 es claro que las ruinas arqueológicas (a partir de 1907 agrupadas bajo la figura de "zonas arqueológicas") son "bienes de dominio público o uso común", es decir, son imprescriptibles pero sujetos de permisos o concesiones temporales (Solís, 1988: 69 y 75). Esta absorción como bienes nacionales a caballo entre el bien de uso común y el bien público propio será apuntalada por otras leyes. La ley de terrenos baldíos de 1894 expresa esta ambigüedad, cuando a un mismo tiempo desea enajenar y retener los baldíos bajo el dominio de la Federación, pero incluyendo los terrenos "en que se encuentren ruinas monumentales, con la superficie que se declare necesaria para el cuidado y conservación de éstas" (Litvak *et al.*, 1980: 187). Todo parece indicar que este doble sentido jurídico, que aparenta ser una contradicción de la esfera pública con la esfera privada, tiene una génesis y motivo más profundos en la confusión introducida por la tradición patrimonialista, que identificaba ambas esferas desde tiempos de la Colonia. Más adelante volveré sobre el punto fundamental para entender el dilema de la administración del patrimonio arqueológico.

La contradicción reapareció otra vez en 1880, a raíz de las excavaciones concedidas a Desiré Charnay en Teotihuacan y Tula, por medio de un contrato celebrado entre el Ejecutivo y él como particular. El contrato contravenía la ley del 16 de noviembre de 1827, que prohibía la exportación de "monumentos y antigüedades mexicanas" en calidad de restricción aduanal (Solís, 1988: 40), ya que implicaba su traslado a Francia y a los Estados Unidos. Aunque el decreto presidencial fue finalmente inhi-

bido en la Cámara de Diputados el 28 de octubre de ese año, son indicativos los debates que tuvieron lugar, ya que el renovado nacionalismo de los diputados revivió la idea de que nuestra historia antigua era patrimonio de la nación. Uno de los diputados, por feliz coincidencia, trajo a mientes el ejemplo del rey Víctor Manuel III, cuyo reino se estaba haciendo cargo de las excavaciones en Pompeya y Herculano, e impidiendo la salida de antigüedades (Díaz, 1990: 34). Mejor aún, Gumesindo Enríquez sugirió que era el momento en que el Estado hiciera por su cuenta las excavaciones. Previó que "no está remoto el día en que el gobierno de la República pueda mandar hacer excavaciones que le costarán bien poca cosa y enriquecerán los museos nacionales, sin esperar que un extranjero venga a enriquecerlos" (Díaz, 1990: 29). Y contra la postura cientifista o universalista del conocimiento arqueológico propugnada por Justo Sierra en favor de Charnay, Guillermo Prieto opuso los estudios arqueológicos adelantados por Clavijero, León y Gama y Alzate. A pesar de su patriota recordatorio, para 1880 el anticuarismo en México estaba rotundamente liquidado, por lo que, como se adujo entonces, su función correspondía al Estado. Pero el ejemplo de Pompeya y Herculano y la arqueología real italiana atrajo resabios más tradicionales de lo que se creía. Cuatro años después, en 1884, Leopoldo Batres inicia las primeras excavaciones gubernamentales en Mitla y Teotihuacan, en lo que será, en claridosas palabras de Bernal, "la reanudación de una tradición que ha permitido hasta nuestros días seguir estudiando edificios antiguos" (Bernal, 1984: 43).[94]

Estos antecedentes son convenientes para entender la manera peculiarísima como se fueron administrando los monumentos arqueológicos, paralela y conjuntamente a la profesionalización de la arqueología. Para comenzar, el 11 de mayo de 1897 el presidente Díaz decreta la Ley de Monumentos Arqueológicos, cuyo artículo 1o. establece las bases del futuro, pero sobre la base de una condensación del pasado. Dice a la letra: "Los monumentos arqueológicos existentes en territorio mexicano, son propiedad de la Nación y nadie podrá explorarlos, removerlos, ni restaurarlos, sin autorización expresa del Ejecutivo de la Unión" (Solís, 1988: 68). Entre otros agregados de esa ley, sobresalen que (artículo 5o.) el Ejecutivo federal podrá expropiar por causa de utilidad pública a los dueños de las

[94] Creo necesario citar el párrafo completo de Ignacio Bernal, escrito en 1952, 2 años antes de iniciar una descollante carrera administrativa en el INAH, del que terminó siendo su director general en 1968: "Desde las exploraciones de Antonio del Río y Dupaix, ordenadas por los últimos Borbones, no se habían realizado en México trabajos encabezados y costeados por el gobierno. Por tanto, debemos a Batres la reanudación de una tradición que ha permitido hasta nuestros días seguir estudiando los edificios antiguos."

tierras "en la extensión superficial que fuere necesaria para la conservación y estudio de los mismos monumentos". Más adelante (artículo 6o.), se prohíbe su exportación, aun tratándose de monumentos muebles. De modo adicional, pero necesario para la organicidad de estos preceptos, en 1885 la Secretaría de Justicia e Instrucción Pública, siguiendo el ejemplo del Reino Unido, crea primero el cargo de "inspector y conservador de monumentos arqueológicos de la República", y cuyas atribuciones eran las de cuidar de todos los monumentos arqueológicos, impedir su excavación sin la debida autorización de esa secretaría, remitir al Museo Nacional las antigüedades y decomisar piezas en las aduanas (Solís, 1988: 66-67). Será hasta 1909 cuando la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes (a la que se adscribe el inspector en 1905 con todos sus "monumentos históricos y arqueológicos") institucionaliza su actividad a través de unas más impersonales Instrucciones para la Inspección y Conservación de Monumentos Arqueológicos de la República (Solís, 1988: 85-87). Este cambio jurídico *a posteriori* prueba que el estatus de inspector fue creado *ex profeso* para Batres como si la arqueología fuera de su propiedad, mientras que la institución en sí obtendrá su figura legal hasta casi un cuarto de siglo después de que detentara el cargo. Pero éste no es el único rasgo patrimonialista que reaparece en la moderna administración de los monumentos arqueológicos.

La preponderancia del Poder Ejecutivo en el manejo de esta propiedad de la nación es mayormente sintomática de que la legislación porfiriana reprodujo una fuerte dosis del patrimonialismo colonial, toda vez que éste administraba al coleccionismo arqueológico como un bien privado. Tal herencia se torna más que evidente si se le contrasta con lo que realmente ocurría. A pesar de su derrota en la cámara de diputados en 1880, en 1896 el mismo Díaz había autorizado dar al Ejecutivo (*su* Ejecutivo) capacidad para conceder permisos a particulares para hacer exploraciones en calidad de concesiones no mayores de 10 años, lo que implicaba una calificación de los monumentos como bien público propio. Aparte de eso, en 1891 se había ratificado la prohibición de exportar antigüedades. Ello no impidió que el general Díaz permitiera finalmente a Charnay exportar piezas a París a finales de 1899, lo que era equivalente a manipularlas como un bien privado del soberano (Solís, 1988: 67-68 y 73). Del mismo modo, cuando la imagen nacional lo requirió –léase cuando la imagen de su poder lo precisó–, impulsó una serie de excavaciones en Cempoala, Casas Grandes, la Huasteca y Comalcalco –a cargo de Francisco del Paso, Gerste, Villado y Río de la Loza– para colectar piezas de exhibición en principio destinadas a la Feria Mundial de Madrid en 1892 (Bernal, 1980: 155). A

partir de esta prometedora experiencia de proyección pública de una imagen mistificada, Díaz se convirtió en el adulado "Patrono" de toda la arqueología monumental, haciendo vivir al Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía su mayor esplendor, hecho sólo comparable a la fundación del Museo Nacional de Antropología y la edad de oro de la escuela mexicana de arqueología.[95]

Un funcionario de la época, quien luego sería rector de la Universidad Nacional, el doctor Alfonso Pruneda, ilustra la naturalidad con que se interiorizó este patronazgo a la vez personal que estatal dentro de la incipiente arqueología. Habiendo sido enviado como "delegado oficial" al XVIII Congreso Internacional de Americanistas en Londres por el gobierno mexicano, quedó sorprendido de la "abstención absoluta del gobierno inglés" para sostener el evento, a diferencia a "como pasa con otros gobiernos, entre otros y muy particularmente, el mexicano" (Pruneda, 1912: 4). Nótese que lo que sorprendía a Pruneda no era el sostén gubernamental mexicano, sino la iniciativa privada demostrada por los antropólogos ingleses. Pronto, los arqueólogos gubernamentales mexicanos aprenderían a granjearse el favor del Presidente en turno, como parte de una tradición clientelar (patrimonialista) que no iniciaron Batres ni Gamio –aunque ambos la practicaron por igual–, sino que viene de muy atrás, justo desde la incapacidad de los anticuarios criollos para romper con las costumbres cortesanas y absolutistas españolas. Desde entonces, los arqueólogos deben sujetarse (y aprovechar, en el reverso de la moneda) a los caprichos de los poderosos, dando lugar a una sucesiva repetición de situaciones sociales iteradas –siempre se repite la imagen de arqueólogos guiando a los políticos en turno dentro de sus excavaciones– que conforman una definida continuidad, y que sólo presentistamente se expresan bajo el ropaje restringido que unos arqueólogos críticos han caracterizado como "proyectos arqueológicos coyunturales" (Morelos *et al.*, 1991: 15-28), de origen evidentemente político, pero que practican una y otra vez, como si de un comportamiento ritualizado se tratara, a cada sexenio presidencial, porque en realidad nacen de una añosa tradición de siglos.[96]

[95] En otros lugares (Vázquez, 1993: 36-77; 1994: 69-89) me he ocupado en extenso del proceso de profesionalización de la arqueología entre 1885 y 1942, por lo que obviaré muchas referencias sobre una bibliografía más extensa, que puede consultarse en ambos trabajos.

[96] Véase capítulo 4, a propósito de estos "proyectos coyunturales" y, en general, la fenomenología de la actividad arqueológica en México.

Patrimonio arqueológico y patrimonialismo moderno

Antes de discurrir en torno a la distinción que trazo entre patrimonial y patrimonialista, basado en lo que Weber caracterizó como "tipo de dominación patrimonialista", quisiera dejar asentado un último antecedente jurídico que me parece de gran relevancia para comprender la genética del sistema legal patrimonial. Se trata de esto. En 1932 se desató una "Controversia constitucional entre la Federación y el Estado de Oaxaca",[97] cuando la Cámara de Diputados oaxaqueña quiso legislar, dentro de su soberanía, sobre los monumentos arqueológicos. Al final del diferendo, la Suprema Corte de Justicia dictaminó que la soberanía nacional estaba por encima de la estatal. Pero lo interesante del caso es la exposición de motivos que arguyó el procurador de entonces. Aparte de enumerar la serie de leyes porfirianas que sentaron jurisprudencia al respecto, llegó a la notable conclusión de que el artículo 27 constitucional (1917) vinculaba el régimen jurídico de la propiedad territorial nacional con el que regía en la Colonia, "que lo refieren al Derecho Romano y a las leyes y disposiciones de Indias", las cuales, sigue argumentando, hacen inalienable e imprescriptible la *propiedad privada* de los soberanos españoles. Ahora bien, al independizarse México, "la República Mexicana asumió todos los derechos de propiedad que a los reyes de España correspondían y, por lo mismo, este patrimonio ingresó a la Nación toda, y no a las partes que entonces constituían el territorio...". Con tan significativas palabras resurge dentro del derecho constitucional mexicano la noción de un patrimonio (cultural), originalmente en propiedad privada, pero que el Estado-nación se arroga con todas sus consecuencias. Veamos teóricamente lo que esto significa.

Precisemos para empezar. En rigor nuestro uso de la palabra "patrimonio" resulta inadecuada, no obstante que en nuestro siglo haya ganado la acepción de "herencia espiritual o intelectual", sobre todo cuando se refiere al "patrimonio nacional" (si entendemos bienes concernientes a la patria) y al "patrimonio cultural", que sería una mezcla de ambos sentidos.[98] Pero como bien dijo López Rodó (1954: 266), en su notable estudio

[97] El texto íntegro está reproducido como apéndice en Litvak *et al.* (1980: 188-195) y fue examinado por María del Refugio González (Litvak *et al.*, 1980: 71-82). Asimismo, Marcia Castro Leal (1994) le ha dedicado su atención, pues el asunto involucra al descubrimiento de la Tumba 7 de Monte Albán por Alfonso Caso, que los legisladores oaxaqueños querían retener dentro de la soberanía del poder estatal.

[98] Para una mejor apreciación de la cambiante semántica de la voz patrimonio, confróntese su definición en la *Enciclopedia del idioma*, t. III, Aguilar Editor; *Oxford Universal Dictionary Illustrated*, t. II; y el *Diccionario de la lengua castellana*, t. III, Real Academia Española.

del patrimonio nacional de España –que es, en realidad, el patrimonio de la Corona–, la voz es impropia en sí misma porque conlleva confusión. De lo que él trata es, puntualmente, del patrimonio que tiene por titular a la Corona y, por ende, "destinada a su servicio como medio material para el cumplimiento de sus fines y digno ejercicio de sus funciones" (López, 1954: 9-10). El problema es que semejante masa patrimonial heredable fácilmente se confunde, en tanto propiedad privada, con la perteneciente al Estado. Esta confusión no es exclusiva de la monarquía constitucional, pero tuvo su mayor avenencia bajo el despotismo ilustrado, un régimen "tan fuertemente patrimonial como lo fue, en general, la concepción fundamental del «Estado» en que se basaba" (Weber, 1984: 836). Bajo esta sociedad el patrimonio es en realidad un patrimonialismo, debido a que "el soberano organiza en forma análoga a su poder doméstico el poder político, y por tanto, el dominio sobre hombres y territorios extrapatrimoniales" (Weber, 1984: 759).

Para fines de precisión del lenguaje analítico que empleamos, convendría tener presente que el *patrimonium* latino refería la propiedad que pasaba del príncipe a sus herederos directos, no al sucesor del trono, que, ya como cosa pública, disponía, impersonalmente, del *patrimonium principis*.[99] Esta influencia del derecho romano dominó el pensamiento jurídico del siglo XIII al XIX, y aún hoy empleamos la palabra "patrimonio" para referirnos a la herencia que alguien recibe de su padre, abuelo u otro ancestro por línea paterna. Su transferencia a la esfera pública también es antigua, y viene de la idea de propiedad en manos de una corporación, como podrían ser el papado, la Corona y, por fin, el Estado-nación. Aunque hoy le demos un sentido en parte espiritual y en parte público, no puede negarse que sigue siendo un legado material análogo al privado. Hablamos así de "patrimonio cultural" a pesar de todo.

A partir de lo antes dicho, cuando hablo de "patrimonial" me refiero únicamente a lo relativo a ese patrimonio, o sean bienes materiales apreciados como culturales. Hay entonces "leyes patrimoniales" (que no, necesariamente, patrimonialistas) o, como es el caso, de "leyes del patrimonio cultural". En dicho orden de ideas debería haber incluso tanto el reconocimiento de una cierta "patrimonialidad" como el derecho que cualquier ciudadano mexicano tendría sobre un "bien cultural" en tanto que "bien de dominio público" concesionable, como discutiré adelante. Por último, reservo la voz "patrimonialismo" para referirme a aquellas ma-

[99] Ya López Rodó (1954: 20-23) observó que César absorbió al Estado como si fuera de su propiedad, lo que denota que el patrimonialismo hunde sus raíces en la antigüedad y derecho romanos.

nifestaciones políticas y jurídicas donde el soberano y sus funcionarios administran lo público como si se tratase de su propiedad particular. Como he mostrado, esta tradición se afianza sobre todo con el absolutismo borbónico. Funcionales "reminiscencias" de este patrimonialismo del patrimonio arqueológico pueden rastrearse en actos tales como las "declaratorias de zonas arqueológicas" creadas por decreto presidencial, en los usos simbólicos intencionales de los vestigios antiguos en exposiciones internacionales y en los museos, o el financiamiento a discreción de proyectos arqueológicos de gran intensidad.[100]

Volvamos entonces al argumento del procurador antes citado. En él, se remonta hasta la *Recopilación*... y, en realidad, a la real orden de 1536, cuando todo el reino de Indias era de propiedad privada. Es justa su apreciación de que, tras la independencia, el Estado heredó esta propiedad en lo que, por influencia del código napoleónico (y resultado de la Revolución francesa), empieza a llamarse "dominio público", y a sus bienes "propiedad de la nación" o "bienes públicos". Ésta es la teoría jurídica. El problema está en que las leyes patrimoniales que se desprenden de este traslado de dominio y de propiedad mantienen su monopolio bajo el poder ejecutivo republicano, de la misma manera que lo habían sido del soberano patrimonialista que lo antecede. Según hemos visto, ya desde el porfiriato el Presidente es quien directamente ejerce este monopolio, como lo asienta a las claras la ley de 1897 y las decisiones personales que tomaba el dictador. Repito pues, legado de esta especificidad es que aún en nuestros días el Presidente sea quien declare el estatuto de una zona arqueológica y que sexenio tras sexenio se emprendan proyectos arqueológicos monumentales que tipifican su gobierno, hasta el punto de que toda la arqueología gubernamental semeja regirse no tanto por una lógica turística o por la necesidad de persuasión educativa masiva sobre la vigencia nacionalista de nuestro mito de origen, sino, además de todo ello, por un más arraigado estilo monárquico de gobernar y, correlativamente, de administrar de manera personalizada un patrimonio cultural pretendidamente público. En vez de coyuntura política, nacionalismo cultural o pragmatismo económico, de lo que estoy hablando es de una tradi-

[100] La exposición *México: esplendor de treinta siglos* o el pabellón mexicano en la Exposición Universal de Sevilla 1992, son sólo muestras –no menos ostentosas– del uso patrimonialista del patrimonio cultural mexicano. Asimismo, debo recordar que los Proyectos Especiales de Arqueología 1992-1994 fueron decretados por el entonces presidente Carlos Salinas de Gortari durante un ritual de nacionalidad celebrado el 12 de octubre de 1992 en la zona arqueológica del Tajín, ritual al que se esperaba contar con la presencia del rey Juan Carlos I de España (para lo que oportunamente se concluyó el Proyecto Tajín como fastuosa escenografía posmoderna). La simbología política reunida para esta malograda situación social resulta de cualquier forma esclarecedora de la tradición en la que se formó la arqueología mexicana.

ción patrimonialista que se rige según criterios personales del soberano, aunque discursiva, pero coherentemente con un modo tradicional de gobernar, apele a símbolos o valores constitutivos de esa comunidad nacional imaginaria, en especial aquellos que se avienen al mito cosmogónico del primer crisol nacional, que aduce que la nacionalidad mexicana se finca en una continuidad ininterrumpida de herencias culturales que vienen de un aztequizado pasado prehispánico.[101]

Como veremos en el siguiente apartado, este fenómeno del patrimonialismo del patrimonio arqueológico posee expresiones menos sofisticadas que las que nuestro lenguaje analítico-jurídico comunica. Acaso una de sus manifestaciones más groseras sea la manera como se administra este patrimonio y las formas organizativas que suscita. Dentro de ellas llama poderosamente la atención que a finales del siglo XX se mantenga un monopolio estatal ejercido patrimonialistamente sobre una herencia de suyo tradicional pero que, justo por ello, mezcla lo que era un patrimonio privado con lo que es formalmente un patrimonio público, haciendo arbitrarias las atribuciones de los funcionarios encargados de su conservación, empezando por la figura presidencial y terminando con aquel arqueólogo gubernamental que imagina como de su propiedad personal la zona arqueológica o los vestigios a su cargo; en seguida, está la manera como se recluta a los funcionarios patrimoniales con base en criterios de orden personal (amistad, lealtad y clientelismo) en vez de los criterios de eficiencia en que debería basarse una planeación racional de la actividad arqueológica a largo plazo, deficiencia que explica la alta dosis de politicidad con que se rigen las relaciones sociales al interior del INAH, un campo político movedizo que depende de la efímera y cambiante interacción de funcionarios que liderean facciones o camarillas actuantes (Vázquez, 1995).

En el ámbito del comportamiento profesional, también es visible la influencia que ejerce en su así desarrollada jerarquización burocrática de estatus y la concomitante cultura belicosa compartida ampliamente

[101] La noción de "continuidad cultural" es común a los nacionalismos, pero pocos países pueden deveras demostrar que así fue, de ahí la pertinencia de la ciencia arqueológica. Cleere (1990: 7) aduce que este fenómeno ideológico abreva del Renacimiento y del Iluminismo. Como quiera que sea, he de convenir en que la mentalidad de nuestros gobernantes exige un análisis discursivo mucho más complejo que mi tratamiento jurídico-político. En especial, sus reiteradas referencias a una "deuda histórica" con la población indígena, referente que posiblemente rebasa las demandas sociales de la Revolución de 1910, y que bien podría surgir de la expropiación criolla del pasado a los indígenas, acto constitutivo del Estado-nación. De igual forma, todavía requiere comprensión la paradójica exaltación del indio muerto y la iniquidad del indio vivo, que además de provenir de una desigual condición de clase y estamental, refiere al modo como se construyó México como nación comunitaria pero en realidad estratificada.

entre los arqueólogos mexicanos, misma que impide el desarrollo de masas críticas, multiplicidad teórica e imperio de una racionalidad formal para beneficio tanto de la administración patrimonial como de la arqueología en sí misma; asimismo, se refleja en la falta de competencia de aptitudes en la formación profesional de los arqueólogos para ocupar los cargos en la estructura administrativa y la dirección de los proyectos, por ser estos dependientes de un monopolio que, en última instancia, deviene de la figura presidencial, y que, en primera instancia, subordina a toda la disciplina como si se tratase de una feudalizada profesión de estatus, quizá la única en nuestro país que ha sobrevivido la modernidad sujeta de una normatividad jurídica centralizada por dos leyes federales patrimoniales (1972 y 1975) y dos reglamentos de legalidad dudosa (los del Consejo de Arqueología e Investigación Arqueológica) para regular su más mínimo desempeño.

Concluiré este parágrafo abundando algo en el patrimonialismo weberiano y su pertinencia en México. Si bien ha sido a fechas recientes que se le ha aplicado al Estado contemporáneo en México, Brasil y otros contextos donde prevalecen relaciones de patrón-cliente a lo largo de jerarquías de estatus (Zabludowsky, 1989 y 1993; Roett, 1992; Bennet, 1979), para Weber eran visibles en pleno 1922 una serie de fenómenos políticos inconfundiblemente tradicionales para su época, no obstante que el tratamiento histórico-comparativo que le había permitido deducirlos partiera de ejemplos de la antigüedad y de la Edad Media. Para Weber, entonces, no pasó inadvertido que también formaban parte de la constitución de algunos estados modernos. A lo largo de su análisis resalta su asombro frente a los caracteres tradicionales que obstaculizan el ejercicio de poder del dominio burocrático como tipo racional. La dominación patrimonial se le aparece como una variante de dominación primariamente orientada por la tradición, pero tipificada por el ejercicio de un derecho propio. Es decir, en su aspecto jurídico, el Estado patrimonialista representa un conjunto de tradiciones inquebrantables.

> En vez de la objetividad burocrática y del ideal basado en la validez abstracta del mismo derecho objetivo que tiende a gobernar "sin acepción de personas", se impone el principio opuesto. Todo se basa entonces completamente en "consideraciones personales", es decir, en la actitud asumida frente a los solicitantes concretos y frente a las circunstancias, censuras, promesas y privilegios puramente personales (Weber, 1984: 785).

Aunque no pierde de vista las costumbres y valores que le distinguen, su énfasis está puesto en la confusión de la esfera pública y la esfera privada, o sea, en la administración doméstica de personas y cosas. Desde luego, pone de relieve su aspecto organizativo, que es donde mayor contraste presenta con una administración burocrática impersonal fundada en el saber y los deberes y servicios objetivamente limitados. Por el contrario, la organización burocrática del Estado patrimonialista descansa en ordenaciones heredadas de tiempos lejanos, donde antes que obedecerse a las normas se debe lealtad a la persona del señor, no como un deber al cargo o deber objetivo, sino como fidelidad incondicional, que es donde reside su legitimidad. En síntesis, es un "poder doméstico organizado" (Weber, 1984: 756), bien adaptado para responder a las exigencias personales del soberano. Como tipo ideal, esta forma tradicional de dominación arroja una poderosa luz sobre fenómenos palpables tales como la corrupción política, que, aparte de su vertiente moral, puede ser resultado de la costumbre de ceder prebendas personales por medio de las cuales el señor regala y gana la obediencia incondicional de sus funcionarios, y cuyo *en*-cargo es visto como un derecho personal o incluso apropiación de su sustento.

Es extraño pues que reconocidos estudios sobre el reclutamiento político en México (*v.gr.* Camp, 1985: 11-26; 1990: 85-107; 1993: 94-111) hayan evitado cualificarlo como una variante de reclutamiento patrimonial de servidores, pese a que se observe que las reglas informales de reclutamiento residen en la "selección patrocinada" de las camarillas políticas, de las que la más poderosa es la que tiene al propio Presidente de la República como líder, derramándose desde la cúspide del sistema político un entramado de relaciones patrón-cliente muy tradicionales y que por igual contribuyen a definir nuestra cortesana cultura política. Lo que estoy diciendo, en suma, es que los rasgos patrimonialistas señalados para la administración del patrimonio arqueológico en México pueden constituir un fenómeno no exclusivo de este segmento de la administración pública, sino, muy probablemente, un fenómeno generalizado que abarca, si no a todo el aparato de Estado, sí a sus segmentos menos modernizados. Habría una muy preocupante analogía que tender entre la administración de una tradición reificada del pasado y el desarrollo de una disciplina científica que, subsumida en ella, por igual se comunica mediante un discurso teórico tradicional e interacciones sociales iteradas (Pascal, 1990).

Operatividad de la arqueología patrimonialista

Hasta 1944 no hubo gran preocupación por convalidar jurídicamente a los bienes nacionales. En 1935 el presidente Cárdenas reformó ligeramente la ley de 1902 de bienes inmuebles, que incluía a los monumentos arqueológicos e históricos. Luego, en 1941 Ávila Camacho trató de derogarla, pero por alguna razón que desconocemos su iniciativa se postergó hasta 1944, en que Miguel Alemán decretó la Ley General de Bienes Nacionales (INAH, 1963: 57-76), siendo el entonces secretario de Bienes Nacionales e Inspección Administrativa un arqueólogo arquetípico, Alfonso Caso, el mismo que en 1939 había forjado al Instituto Nacional de Antropología e Historia. Que sepamos, esta ley sigue vigente, no obstante que esa secretaría –la encargada de poseer, vigilar, conservar y administrar el "patrimonio nacional"– fue luego sustituida por la Secretaría del Patrimonio Nacional y, por último, por la Secretaría del Desarrollo Social. En lo que a la ley bienes nacionales corresponde, en ella se sigue descomponiendo ese patrimonio en bienes de dominio público y bienes de dominio privado, tal como en el siglo pasado. Entre los primeros se concentran los bienes de uso común (muebles e inmuebles), y, en fin, todos aquellos declarados inalienables e imprescriptibles. Esto los distingue de los bienes de dominio privado, que sí son susceptibles de enajenación a los particulares.

Entre los bienes de uso común del dominio público están los monumentos arqueológicos e históricos. Una lectura puntillosa –agregaría policial– podría indicarnos que es incurrir en ilícito el celebrar un contrato que involucre la propiedad de estos bienes. Ello supondría que están absolutamente sustraídos del comercio.[102] Sin embargo, su administración no está

[102] Tal era la opinión del abogado Jorge Sánchez (1980: 55-70), ciertamente válida cuando se trata del coleccionismo fincado en el tráfico ilegal de piezas antiguas. Pero la cuestión es más vasta que su intercambio comercial. Cuando se decretó la actual ley patrimonial en 1972, no pocos arqueólogos asumieron una visión represiva y hasta patrimonialista. Jorge Williams (1980: 93-112), por ejemplo, se dedicó a definir los 14 delitos en que se podía incurrir con la violación de la propiedad nacional de monumentos arqueológicos, olvidando que la facultad presidencial de ingresar bienes al dominio público de uso común requiere un proceso de "recuperación de posesión" –que puede ser todo un litigio–, conforme a otras leyes civiles y penales, esto es, que la declaratoria de zona arqueológica requiere de un tratamiento previo (la compra, permuta o traspaso, sin importar que se llame "expropiación") con los dueños del terreno, quienquiera que sean. Ello significa que la "propiedad nacional" del pasado podría ser más bien artificial y, en casos, la más reciente. Se entienden así las dificultades para "regularizar la tenencia de la tierra" de las zonas arqueológicas, donde las más de las veces el dominio nacional vive en la ilegalidad desde el momento en el que el INAH recurre a lo que eufemistamente llama "ocupación pacífica" del terreno o terrenos, que siempre tienen dueño (pequeño propietario, ejidatario o comunero). Por ende, el que incurre en ilícito es el Estado, no la sociedad, si bien este proceder aparece disimulado bajo el carácter nacional del suelo concedido por el artículo 27 constitucional, lo que facilita fijar una jurisdicción arqueológica, independientemente de su declaratoria como bien nacional. En la práctica, tal fragilidad legal de la propiedad nacional de los vestigios arqueológicos hacen mucho más sensibles a los arqueólogos gubernamentales frente a toda reclamación que ponga en tela de

del todo fuera del mercado en cuanto a usufructo, ya que la ley conserva la ambigüedad que apuntábamos para el porfiriato: mientras no varíe su posesión jurídica, particulares y entidades públicas podrán adquirir en uso o aprovechamiento estos bienes a través de concesiones, permisos o autorizaciones correspondientes al Ejecutivo federal, que incluso sigue capacitado para desincorporarlos del dominio público mediante decreto. Ése fue el caso, por ejemplo, de la venta de 937 empresas paraestatales entre 1982 y 1992, de un total de 1,155 que eran bienes nacionales de dominio privado. En cuanto a los monumentos en sí, subsiste la posibilidad de concesionarlos sin llegar a su enajenación.[103]

En 1934 el gobierno de Abelardo L. Rodríguez, aprovechando el pronunciamiento de 1932 de la Suprema Corte a que hicimos referencia en el parágrafo anterior, emitió una nueva Ley sobre Protección y Conservación de Monumentos Arqueológicos e Históricos, Poblaciones Típicas y Lugares de Belleza Natural (INAH, 1963: 8-32) Ésta repite casi textualmente la Ley sobre Monumentos Arqueológicos de 1897, en el sentido de declarar dominio de la nación todos los monumentos de tipo inmueble, pero permitiendo la "propiedad arqueológica particular" (léase coleccionismo privado) sobre los monumentos muebles; para los monumentos histórí-

---

juicio su control patrimonial. Por ello también su burda concepción de la sociedad, grupos e individuos, como enemigos reales o potenciales de su "materia de trabajo", que es una visión tradicional hasta el cansancio. Sobre la lenta expansión de la propiedad nacional sobre zonas arqueológicas y la actitud socialmente conservadurista de los arqueólogos, remito a Nalda (1993: 136-137), Sánchez (1995) y Aguirre (1980: 133-149). Agregaré, de paso, que el afianzamiento de la propiedad nacional de la tierra en estas zonas se ha dado casi todo en 3 meses (diciembre de 1993 a febrero de 1994), mediante 15 declaratorias presidenciales, estando 33 bajo estudio y proceso (Tovar, 1994: 86-87). Antes de eso, sólo tres estaban regularizadas, dos de ellas desde tiempos porfirianos. En cambio, el registro de monumentos muebles (colecciones de piezas) en manos de personas físicas y morales está, comparativamente, mucho más desarrollado y se cuenta por miles.

[103] La cesión en usufructo de una parte del patrimonio arqueológico (en zonas arqueológicas turísticamente rentables) y el sostén de su estudio y difusión bajo reglas claras fijadas por parte de las autoridades patrimoniales y los arqueólogos, constituye en esencia la propuesta Rodríguez (1990), propuesta que, remarco, nunca involucra la cuestión de la propiedad nacional o su imaginaria privatización. Cabe mencionar que su postura fue duramente criticada por sus colegas del INAH, a pesar de que una parte de ella ya se ha cumplido: el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca), dependencia del CNCA, desde 1989 viene canalizando recursos privados deducibles de impuestos y que se han aplicado a varias inversiones en Teotihuacan, Monte Albán, Palenque y Yaxchilán. En todos estos fondos mixtos destaca la incorporación activa de los empresarios en la toma de decisiones, por lo que no ha de extrañar que Tovar y de Teresa (1994: 69) hable de la "puesta en valor de zonas arqueológicas", concepto hasta ahora extraño a la administración del patrimonio arqueológico, donde tradicionalmente se hablaba mejor de "condiciones presupuestarias", dando por sentado que devenían del Estado (Nalda, 1993: 139). No se ha llegado a la concesión de zonas arqueológicas a los inversionistas, pero es previsible que sea el siguiente paso. Lo grave es que la decisión recaiga todavía en el Ejecutivo y su administración y que el colectivo de arqueólogos no esté a la altura profesional de los acontecimientos por venir. Posterior a esta redacción, se ha conocido la noticia de que el INAH y varias secretarías han entrado en tratos con inversores para entrar en alguna clase de convenio no explicitado y que involucra a las zonas arqueológicas de Palenque, Tulum y Calakmul.

cos es más flexible, puesto que admite la propiedad privada mueble e inmueble, a condición de registrarla. Otra continuidad estriba en la restricción para investigar: se exige una "concesión" de la Secretaría de Educación Pública, exigencia que es normada en detalle con la ley reglamentaria decretada el mismo año.

Realmente la ley que vino a endurecer el monopolio estatal sobre estos bienes públicos de uso común, fue la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicos, Artísticos e Históricos de 1972, y su ley reglamentaria de 1975, aún vigentes (véanse Olivé y Urteaga, 1988: 405-426; INAH, 1984a [1972]). Si hasta aquí la estructura genética del sistema de leyes patrimoniales era algo así como una seriación de variaciones de una misma estructura jurídica ya presente, en forma tácita, en la real *Instrucción* de 1776, a partir de 1975 el patrimonialismo alcanza su mayor esplendor. Parte de esa responsabilidad recae en un grupo de arqueólogos gubernamentales que impidieron un proyecto de ley que consideraron inconveniente. El punto de debate fue justo la propiedad privada de los monumentos arqueológicos muebles –el coleccionismo–, que se equiparó a saqueo, destrucción, comercio y retención privada de nuestros valores sociales más profundos.[104] Ecos de aquel debate resuenan en la actual disputa del pasado, donde neoliberalismo económico y coleccionismo privado son la misma cosa para nuestros retencionistas autóctonos.[105] Pero lo relevante en todo caso no es eso, sino que, inadvertidamente, los más radicales arqueólogos de la administración monumental contribuyeron a declarar de "utilidad pública" a la misma investigación arqueológica, que es tanto como decir que fue expropiada a la totalidad de la arqueología, disciplinariamente vista, puesto que la figura de "utilidad pública" pertenece a Ley de Expropiación cardenista de 1936 (INAH, 1963: 138-142), donde estaba ajustada a los servicios, recursos estratégicos, y en general a la satisfacción de necesidades colectivas, es decir,

[104] La historia detallada de esta acción está recogida en Olivé (1980: 19-46; también 1988). Pero mientras los arqueólogos nacionalistas, bajo una postura administrativa implícita, solo ven el aspecto colonial de la cuestión (y, por tanto, la funcionalidad interna de la ley), rara vez se menciona que ciertas reacciones restitucionistas favorables a la conservación nacional de estos bienes (caso concreto de la devolución de murales teotihuacanos de la colección Wagner por el Museo Young) son obstaculizadas por esos mismos nacionalistas militantes (Seligman, 1990: 73-84). Es curioso, pero la disputa que existe en el mundo museográfico y en el mercado internacional de antigüedades entre retencionistas (partidarios de la apropiación privada) y restitucionistas (partidarios de retornarla a sus "verdaderos propietarios") guarda más de una analogía con el caso mexicano: también en ese ámbito se apela a la concepción del invidualismo posesivo original, pero, por igual, se construyen comunidades nacionales imaginarias de supuesta profundidad histórica para allegarse una propiedad cultural (Handler, 1991: 67-72).

[105] Recomiendo la consulta de las posturas asumidas por el Comité Ejecutivo Sindical de investigadores del INAH y por el diputado neocardenista Gilberto López y Rivas, publicados por la revista *Este País*, enero de 1994: 24-27.

cuando mucho era extensiva a los monumentos, no a una actividad profesional en sí.[106] Con esta acción irreflexiva se cristaliza algo que ni Carlos III hubiera imaginado conseguir con sus personalistas desplantes de militarización y reserva privada que asfixiaron a la arqueología anticuaria de la época. Para equipararse a sus herederos modernos, debió primero haber parafraseado a su déspota pariente, diciendo sin rodeos algo así como "la arqueología soy yo".

En otros términos lo que esta ley hizo fue extremar el dominio administrativo del INAH sobre estos bienes y, simultáneamente, sobre quienes únicamente los estudian. En cierto modo este precepto podría ser tomado como un ejemplo más de la xenofobia mexicana contra los investigadores extranjeros, mas, en la práctica, aparte de someterlos a un mayor control, la misma dominación se extiende a todos los arqueólogos mexicanos, académicos o aplicados. La administración de bienes públicos se convirtió así en un recurso de poder exclusivo (*apropiado* agregaría yo) de los arqueólogos que detentan altos rangos en la muy personalizada jerarquía interna del INAH. No es raro entonces que en todo el discurso de ambas leyes patrimoniales los arqueólogos queden disminuidos a estatus inferiores en calidad de peritos, dictaminadores, inspectores y registradores, en una palabra, técnicos calificados del reforzado patrimonialismo del patrimonio arqueológico. Luego, por mucho que se quiera ponderar esta preceptiva monopólica, sería una cruel ironía decir que, en términos legales, así "se reconoció el carácter científico de nuestra disciplina" (Olivé, 1980: 44), proposición aceptable si por ello entendemos una profesión de estatus jurídicamente regimentada. Detrás de esta confusión yace una verdad mayor: que ciencia y administración arqueológicas fueron amalgamadas a causa del saldo histórico que analicé, esto es, la debilidad orgánica de los primeros arqueólogos y la fortaleza coleccionista del absolutismo y el Estado-nación que lo suplantó.

Una segunda proyección social igualmente poco estimada es que la ley y su reglamentación permiten cierto acceso de la sociedad civil a la preservación de los bienes arqueológicos muebles e inmuebles, cuanto a "concesiones de uso" (ya que siendo bienes públicos de uso común, los "pueden usar todos los habitantes de la República con sólo las restricciones establecidas por la ley") autorizadas por el INAH a personas físicas o morales tales como comerciantes, asociaciones civiles, juntas vecina-

[106] A la letra, el artículo 2o. de la Ley Federal de Monumentos y Zonas Arqueológicos dice: "Es de *utilidad pública* la investigación, protección, conservación, restauración y recuperación de los monumentos arqueológicos, artísticos e históricos y de las zonas de monumentos" (Olivé y Urteaga, 1988: 405; INAH, 1984a: 6).

les, y uniones campesinas.[107] Sabemos que en el presente el INAH tiene registradas a 222 de estas entidades (Tovar, 1994: 103). Lo cierto es que hasta 1988, de 96 asociaciones, juntas y uniones reconocidas, sólo siete atendían zonas arqueológicas pequeñas y poco vistosas en los estados de Michoacán, México, Tamaulipas y Quintana Roo.[108] La inmensa mayoría de estas organizaciones autogestoras del patrimonio estaban orientadas hacia la restauración de parroquias, actividad tradicional que se viene haciendo desde hace siglos, mucho antes de que el Estado posrevolucionario les concediera la protección de su propia iglesia. Considérese de paso que en el cuerpo reglamentario de la ley de 1972 se desliza la posibilidad de que las autorizaciones involucren el cuidado de una zona o monumentos inmuebles, *ergo*, un conjunto de edificios prehispánicos.

Nuestras fuentes indican que no obstante que el Estado está materialmente imposibilitado para cuidar de todo el patrimonio arqueológico *in situ*, se procura de todos modos mantener a raya la participación civil, que, sólo cuando es irrefrenable en su acción social, se le concede el cuidado de sitios arqueológicos que el INAH considera irrelevantes para la supervisión y control centralizados.[109] Por el contrario, zonas de "interés social" como Cacaxtla, propician conflictos entre los dominios local y nacional, tal como ocurrió entre los pobladores de San Miguel del Milagro y arqueólogos del INAH en Puebla,[110] conflictos donde cobra su cabal sentido aquello de la "ocupación pacífica" y la "recuperación de la posesión" de la zona disputada, la que, con la fuerza del Estado, termina de una forma u otra en sus manos. A pesar de ello, se asevera con insustancial retórica que gracias a tan progresistas leyes, "el patrimonio arqueológico pasa a manos de su legítimo propietario: el pueblo de México" (Matos, 1980:125). Excepto que

[107] Véase artículos 1 a 16 del Reglamento de la Ley Federal de Monumentos (Olivé y Urteaga, 1988: 417-420).

[108] La lista completa puede consultarse en el "Anexo estadístico" del boletín oficial del INAH: *Antropología*, 21, 1988: 8-10.

[109] Es una burda falacia de los administradores que la protección monumental no pueda ser asumida por las localidades campesinas. El ejemplo más notable lo tenemos en el ejido Coyuxquihui, municipio de Papantla, Veracruz, muy próximo a la ostentosa zona arqueológica de Tajín. Ahí, los mismos campesinos han emprendido trabajos de limpieza y la construcción de un museo de sitio, incluso asignándole terrenos a la zona arqueológica. Cuenta mucho que entre los vestigios aparezca una deidad que todavía es motivo de respeto, si no de culto. En Michoacán he podido observar fenómenos similares de revitalización cultural a partir de la arqueología. Si lo mismo es pertinente para la nación toda, no veo por qué deba negársele a los actores sociales locales

[110] Me refiero sobre todo al intento de linchamiento del arqueólogo Daniel Molina, pero el conflicto no ha cesado hasta la fecha. Gorbach, en su historia del Museo Nacional de Antropología, recuerda el acto de apropiación con que procedió el gobierno mexicano para "sacar esta clase de monumentos de manos de los indios", como aconsejaba proceder Clavijero desde 1780, en este caso, el monolito de Tlaloc, que fue disputado a los pobladores de San Miguel Coatlichan, y cuyas protestas fueron ignoradas. "De pronto, el museo aparecía como propiedad exclusiva del gobierno y hasta se podría decir que concretamente del presidente" (Gorbach, 1995: 46).

primero ese pueblo debe disputarlo a los arqueólogos de la administración patrimonial, que se lo han apropiado de hecho, si no de derecho.

Hasta el 12 de octubre de 1992 el patrimonialismo del INAH había tenido un éxito absoluto en su guerra silenciosa contra la sociedad civil. Pero el mismo día en que el Presidente celebraba la consagración simbólica de los Proyectos Especiales de Arqueología, de manera muy discreta el patrimonialismo arqueológico ocultó el haber sufrido una derrota legal que ha sentado un funesto precedente. Los indios papago (*tohono odham* en su identidad étnica propia) y sus abogados hicieron devolver al INAH los entierros de sus ancestros en Quitobac, Sonora, luego de año y medio de litigio desde que los arqueólogos franceses del CEMCA objetivaron lo que era parte de una realidad social viviente, no una imaginaria comunidad nacional.[111] Sea que las zonas arqueológicas sean vistas como lugares sagrados, recursos turísticos, etnogénesis míticas o meras propiedades campesinas en litigio, hay indicios de una naciente beligerancia étnica y comunal que, con la presunta Ley Reglamentaria del artículo 4o. constitucional sobre los derechos indígenas y la orgullosa rebelión en Chiapas, amenaza extenderse al control de otras zonas arqueológicas del país. Simbólicamente hablando, es previsible, como dijo Florescano, que se deba reconsiderar en lo futuro la expropiación del pasado con que se fundó esta nación, elaborando una nueva concepción de los bienes culturales y una nueva actitud de abierta de los arqueólogos para negociar su objeto de estudio con otros actores sociales, situación competitiva no muy distinta a la que ya prevalece en Estados Unidos, Canadá y Australia con sus aborígenes, cuya experiencia ofrece ejemplos de arqueólogos que han colaborado con los grupos sociales en la recuperación de su pasado en vez de ser siempre los portavoces de la sin razón de Estado.[112]

[111] Entrevista a Ari Rajsbaum (30/IX/1992), en la Dirección de Procuración de Justicia del Instituto Nacional Indigenista; es necesario decir que el conflicto de la arqueología con una tradición cultural viva –cada vez más común en nuestro globalizado mundo, pero, contradictoriamente, cada vez más afecto a particularismos– tuvo una desagradable respuesta en la mentalidad colonial (eso sí, científica) de los investigadores franceses, insensibles a su entorno social, aunque tan real como sus objetos de estudio. No creo, empero, que esa actitud sea privativa de los arqueólogos extranjeros, como bien lo deja entrever el análisis regionalista de Villalpando (1994) en torno al mismo hecho. Como ella asienta, "sólo basta la autorización del Consejo de Arqueología para llevar a cabo investigaciones arqueológicas en cualquier parte del territorio nacional, sin necesidad de consulta alguna con los descendientes de las poblaciones nativas. Como todos somos mexicanos, no existe la noción de territorio tradicional, sólo es cuestión de ética lo que guía una diferente actitud social". Ello supondría que muchos arqueólogos mexicanos no se comportan distinto a sus pares franceses, en lo que a esto toca.

[112] Bajo una visión restitucionista del pasado y de los bienes culturales en general, puede agregarse aquí la disputa de los zuni de Nuevo México con la Smithsonian Institution, que finalmente los favoreció (Merrill, Lad y Ferguson, 1993; Merrill y Ahlborn, 1996). En México ha sido hasta la celebración de la Segunda Mesa Redonda de Monte Albán en que ha empezado a abordarse el espinoso problema de la relación entre sociedad y patrimonio arqueológico en el Valle de Oaxaca. Aparte de mi ponencia (Vázquez, 2000), muchos otros arqueólogos e indígenas contribuyeron con ideas importantes.

La actitud de los arqueólogos que coadyuvaron a este estado de cosas es comprensible si se recuerda que representaban a una institución a la que le fueron encomendados todos estos bienes públicos de uso común, pero cuya concepción tradicional de fondo es sin duda la mayor causa de su perversión como administración patrimonialista corporada. Cuando Cárdenas dictó el decreto-ley del INAH (o Ley Orgánica) a finales de 1938, no se conservó en ella este importante matiz –lo público de uso común coaccionado por su administración como cosa privada–, a pesar de que ya lo habían introducido los legisladores porfirianos. El texto de esta ley suscita la errónea idea que el patrimonio del INAH y el patrimonio monumental es una y la misma cosa, ya que, junto con inmuebles históricos (sedes de sus museos y otros servicios), se incluyen "los monumentos artísticos, arqueológicos e históricos con que actualmente cuenta el Departamento de Monumentos de la Secretaría de Educación Pública y los que en el futuro se declaren como tales, de acuerdo a las leyes".[113] Como resultado de esta grave yuxtaposición, lo que era un acto de dominio sobre los bienes de propiedad nacional, se transformó, en los estilos de trabajo y la cultura disciplinaria de los arqueólogos de la época de oro de la escuela mexicana de arqueología, en sinónimo de algo suyo, tan suyo que había que defenderlo hasta el exceso de tomar los sitios y zonas arqueológicos como patrimonio personal y a la "sociedad como el enemigo a vencer" (Nalda, 1991a: 66). La Ley de Monumentos de 1972 vino a reforzar esta mentalidad patrimonialista, para la que las actividades de exploración, rescate, salvamento y conservación de monumentos son, además de administrativamente prioritarias, las únicas concebibles, y, más importante aún, la única manera de pensar la arqueología como disciplina.[114] Una concepción tan estrecha de la arqueología –sólo para el descubrimiento y la conservación de monumentos *ad gloriam patria*– tenía que provenir del viciado ambiente burocrático de la administración del patrimonio, que, así como antes se había apropiado de las cosas antiguas, pasó por consiguiente a apropiarse hasta de la ciencia, sujeta como instrumento a su servicio particular.

Lo establecido explica por qué los arqueólogos gubernamentales, en cuanto a grupo profesional, no opusieron resistencia alguna a que tanto

[113] Artículo 3o., inciso 4o. de la Ley Orgánica del INAH en 1939 (INAH, 1963: 4).

[114] En el capítulo 4 describo el componente epistemológico de la apropiación física por cuanto aprehensión de sus objetos de estudio, todo ello motivado por las prioridades de descubrir e interpretar el pasado. Dicho en otros términos, no atribuyo todo el comportamiento de los arqueólogos al contexto político-jurídico e institucional, ni tampoco a la ortodoxia teórica de la historia cultural. El internalismo externalista que despliego es más amplio que la orientación teórica, la que, tratándose de una ciencia empírica, de todos modos nos remite a su referente observacional, es decir, no está compuesta de ideas abstractas únicamente.

en la Ley de Monumentos de 1972 como en la reglamentaria se les siguiera identificando como "personal técnico de conocimientos científicos"[115] o, en el mejor de los casos, como "personal técnico o de conocimientos especiales".[116] Con la misma naturalidad que crea nuestra cultura política, se asumió como habitual que el secretario de la SEP designara libremente al director general del INAH y a todos los jefes de departamento, incluso a su personal técnico.[117] Las cosas incluso mejoraron cuando la designación del personal técnico se convirtió durante largos años en una prerrogativa del titular del INAH (fue hasta hace una década y media que se reglamentó el ingreso de personal de "investigación científica y docencia" mediante exámenes de admisión abiertos, todo un logro académico y sindical), si bien desde junio de 1992, el nombramiento del director general parecen disputarlo el titular de la SEP y el presidente del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.[118] Pero la "modernización" del sector cultura de la administración pública no ha variado el viejo estilo de reclutamiento de sus funcionarios sobre la base de "nombramientos" en calidad de "personal *de confianza*". Con todo, esta tradición patrimonialista es más extendida y sutil que la presente en la asignación de los cargos administrativos de primer y segundo niveles jerárquicos en el INAH. De hecho, y como he venido sosteniendo, alcanza al desempeño mismo de la arqueología en su conjunto por obra del monopolio patrimonial, que los mismos protagonistas aprecian que los avasalla desde mucho antes de crearse el CNCA. Lorenzo (1984: 99), por ejemplo, definía a su disciplina

[115] Cfr. con la exposición de motivos del proyecto de ley orgánica discutido en el Congreso de la Unión en diciembre de 1938; en ese lugar, y a tono con la época, se habló del "estudio científico" como causa de "utilidad pública", idea autoritaria que reaparecerá en las discusiones camerales de principios de los setenta (Olivé y Urteaga, 1988: 368-369).

[116] Artículo 9o. de la Ley Orgánica de 1939 (INAH, 1963: 5).

[117] Artículos 8o. y 9o. de la Ley Orgánica de 1939 (INAH, 1963: 5); la Ley Orgánica reformada de 1986 se reduce, en su artículo 6o., al nombramiento o libre remoción del director general, quedando implícito que éste nombra a sus subordinados o "personal de confianza" (título bien descriptivo de lo que son), mientras que los investigadores se rigen por otras reglas de reclutamiento que no trataré aquí; sobre el decreto presidencial que reforma la ley del INAH, véase *Diario Oficial de la Federación*, 13 de enero de 1986: 48-50, así como su reproducción en Olivé y Urtega (1988: 373-377).

[118] Por decreto presidencial del 6 de diciembre de 1988 se creó al CNCA, con 10 atribuciones desligadas de la SEP, incluyendo la readscripción de unidades administrativas completas, dejando al arbitrio del Ejecutivo agregar nuevas atribuciones. Como tal, el decreto nada especifica sobre la administración del patrimonio cultural, agregado que apareció un día después de su decreto, cuando el Presidente de México atribuyó al consejo "la investigación y conocimiento del pasado, para abordar las raíces de la identidad nacional y para renovar... nuestro orgullo de ser mexicanos" (Tovar, 1994: 362-363). Este procedimiento voluntarista típicamente patrimonialista permite entender por qué en junio de 1992 la remoción del director general del INAH se presentó como un sorpresivo golpe palaciego de traspaso del dominio central sobre el INAH de la SEP al CNCA, contraviniendo su ley orgánica. De paso, el CNCA ha incluido entre sus Programas Sustantivos la conservación monumental, mientras que el sostén de los Proyectos Arqueológicos Especiales corre a cargo del fideicomiso Fondo Arqueológico Nacional, que forma parte de los Proyectos Estratégicos del CNCA.

"como un monopolio de Estado [que] es aplicado en la práctica y en el entrenamiento de sus profesionales".

Por consiguiente, el referente obligado en todo esto son las reglamentaciones adicionales a que está sujeta toda aquella persona que desee ser y hacer arqueología en México, a saber, el Reglamento del Consejo de Arqueología y el Reglamento de Investigación Arqueológica en México. Ambos brotan directamente de la apropiación de la disciplina por parte del aparato administrativo desde el acto de expropiación de la arqueología a los arqueólogos por causa de su "utilidad pública", con apego a la ley patrimonialista de 1972. Vayamos pues por partes, deteniéndonos en cada reglamento por separado.

La ocurrencia de crear un Consejo de Arqueología viene de ciertos precedentes jurídicos y administrativos. Con la Ley Orgánica de 1938 se pensó en crear un Consejo Consultivo integrado por el director general, los jefes de departamento y el personal técnico de investigación. La idea de este consejo interno era positiva. Se trataba de verificar "los trabajos científicos de conjunto", proponiendo, así, los presupuestos adecuados al gobierno federal.[119] Pese a sus bondades, nunca se puso en práctica. De nueva cuenta, a principios de 1971, se instrumentó un Consejo de Investigación del INAH, con la misma finalidad del Consejo Consultivo. Todavía en 1977 flotaba en el aire la idea de ponerlo a punto, por lo que el director en turno lo reglamentó pensando en que el INAH disponía de una plantilla de investigación tan variada como para transformarle en un grupo multidisciplinario y, con él, arribar a una cabal política de investigación (INAH, 1977). La historia volvió a repetirse: el Consejo de Investigación fue olvidado. La tercera vuelta a la tuerca no fue más exitosa. En la Ley Orgánica reformada de 1986 se establece un Consejo General Consultivo, esta vez integrado por los cuatro (supuestos) Consejos de Área (investigación, conservación, museografía y docencia).[120] Pero por alguna poderosa razón informal que escapa al ordenamiento legal, todos estos consejos no existen sino en el papel.[121] Excepto el Consejo de Arqueología, por supuesto.

La historia detallada del Consejo de Arqueología no se conoce. Pero la información que se ha filtrado da pistas del porqué ningún consejo de investigación ha funcionado, excepto cuando se le jerarquiza miméticamente

[119] Artículo 12 de la Ley Orgánica de 1938 (INAH, 1963: 6).

[120] Artículo 8o. de la Ley Orgánica reformada de 1986 (Olivé y Urteaga, 1988: 377).

[121] Al parecer el origen de este eterno desfase entre lo real y lo normado ha sido la falta de una reglamentación de la ley orgánica, pero cuenta mucho más la preocupación de la burocracia patrimonial por contrarrestar el posible poder de interferencia del grupo de investigadores –que suman más de 700– en su vertical toma de decisiones. Por ello, en vez de consejos, lo que se ha instrumentado primero son las coordinaciones de antropología, historia, arqueología, museos y exposiciones, restauración, monumentos históricos y difusión, todas ellas dependientes de la secretaría técnica del INAH.

al resto de la administración patrimonial, lo que cuestiona de entrada su carácter de investigación. Hacia 1971 el Consejo de Investigación fue copado por los arqueólogos de la vieja guardia y algunos que iban en ascenso en la jerarquía interna: Ignacio Bernal lo presidía y Eduardo Matos era su secretario. Los acompañaban José Luis Lorenzo, Román Piña Chán y Jorge Acosta. Con excepción de Arturo Romano –que representaba a los antropólogos físicos–, todos eran arqueólogos. En 1974 se integraron Carlos Navarrete, Noemí Castillo, Enrique Valencia (a la sazón director de los centros regionales) y Lorena Mirambell, casi todos arqueólogos. Por último, en 1975, el entonces director general, el etnólogo Guillermo Bonfil, dicta el primer Reglamento del Consejo de Arqueología, que no hizo sino sancionar una situación de hecho. Así, el Consejo de Investigación mutó en Consejo de Arqueología, un órgano consultivo interno pero necesario para un director que no era arqueólogo, pero con capacidad de decisión externa sobre el otorgamiento de autorizaciones con las que emprender investigaciones arqueológicas a nivel nacional.

Para entonces, la arqueología ya había sido expropiada jurídicamente a los arqueólogos. Matizo de inmediato el aserto: debí decir que había sido expropiada a los arqueólogos que no pertenecieran al INAH, o que, en su interior, carecieran de rangos elevados. Porque la persistencia de nombres en los cargos administrativos y en la estructura del consejo habla de un grupo de interés bastante influyente y con rangos previamente definidos: Ignacio Bernal fue nombrado presidente del consejo, seguido de Eduardo Matos (jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos), José Luis Lorenzo (jefe del Departamento de Prehistoria), Noemí Castillo (jefa de la Sección de Arqueología del Museo Nacional de Antropología), Ariel Valencia (jefe del Departamento de Registro Público de Monumentos), Jorge Angulo (vocal de las secciones de arqueología de los centros regionales), Román Piña Chán y Carlos Navarrete como vocales, y Enrique Valencia como asesor (un antropólogo social de la confianza de Bonfil) (Matos, 1980: 128-129).

No seguiré con esta larga enumeración de nombres, extraños para quien no sepa quién es quién dentro de la arqueología estatal. Baste decir que en lo sucesivo el consejo fue integrado por las más altas jerarquías de la arqueología del INAH, llamando la atención del observador la persistencia de ciertos consejeros en sus cargos, excluyendo a Carlos Navarrete desde 1977.[122] El monopolio patrimonial del INAH tiene pues nombres y apelli-

[122] Y otros como Román Piña Chán, cuya trayectoria dentro del INAH lo distingue ostensiblemente del resto de sus pares por ser ésta más académica que administrativa.

dos bien identificables.[123] El traslado administrativo del INAH al CNCA alteró ligeramente la composición del consejo al integrar tres representantes universitarios de la UNAM, UV y UAY, pero de modo informal, bajo invitación personal expresa de la directora general. Ya que el último reglamento del consejo del 2 de junio de 1994 (INAH, 1994a) no reconoce legalmente esta reforma, ello implica que el monopolio persiste, haciéndose inclusive más centralizado. Este fenómeno se manifiesta en los individuos que, siendo funcionarios a cargo de la estructura interna de la institución (véase esquema de la arqueología del INAH en el capítulo 4), permanecen como consejeros y, al mismo tiempo, como directores de los Proyectos Especiales de Arqueología. Esto quiere decir que reúnen tres estatus y algunos hasta cuatro.

El monopolio pertenece a éstos arqueólogos y a nadie más. Inclusive, el que en el penúltimo reglamento del consejo[124] se prescriba que los 11 titulares (y 10 suplentes) han de ser todos investigadores del INAH, es una manera velada de decir que ser consejero es disfrutar de una prebenda asignada a la jefatura de alguna dirección o subdirección arqueológicas, si bien cuatro de los miembros son nombrados por el director.[125] En cuanto a su funcionalidad, podemos inferir que, a consecuencia del artículo trigésimo de la Ley de Monumentos de 1972 (que capacita al INAH para autorizar todo trabajo arqueológico), sus competencias son tres:

1. dictar la línea de investigación arqueológica de todo el país al fijar sus "prioridades";
2. dictaminar sobre todos los proyectos de investigación arqueológica, también a nivel nacional;

[123] Un listado de titulares y suplentes del consejo hasta junio de 1992 puede consultarse en los boletines del consejo, CAB 1990 (1991) y CAB 1991 (1992).

[124] Desde 1975 han habido cuatro reglamentos del consejo: 1975, 1982, 1990 y 1994; todos han sido prescritos por los respectivos directores generales del INAH, según su muy patrimonialista parecer (cfr. Olivé y Urteaga, 1988: 379-381; INAH, 1990: 5-9 y 1994a: 7-11). Los reglamentos de investigación arqueológica responden a la misma lógica y se les puede considerar su derivación genética; cfr. Litvak *et al.*, 1980: 218-222; Olivé y Urteaga, 1988: 382-391; INAH, 1990: 10-22 y 1994a: 12-24.

[125] En 1994, la inclusión de representantes de la arqueología universitaria pareció abrir la corporación: de 11 consejeros, cuatro son nombrados directamente por la dirección general del INAH; su presidente y tres consejeros, que pueden ser miembros o no del INAH. Sin embargo, por ningún lado se establece que deban ser arqueólogos universitarios, mucho menos en el caso de su presidente. En cambio, los siete restantes sí lo son por fuerza, en particular cuatro de ellos, que siempre serán funcionarios de tercer nivel. De esos siete, para los centros regionales se reservan tres escaños, según la zona (sur, centro y norte), lo que genera la ilusión de democracia, pues son elegidos por los arqueólogos que trabajan en provincias, pero sin romper la corporación (INAH, 1994a: 9). Tómese en cuenta que las decisiones del consejo son por consenso, pero que en caso de diferendo, será el director general, no el presidente, quien diga la última palabra. La verticalidad está bien asegurada.

3. "recomendar" –toda una innovación que debemos al penúltimo director general– a todas las instituciones educativas superiores respecto a la preparación de las nuevas generaciones de arqueólogos.

Para desgracia de este monopólico monopolio (es decir, restrictivo hacia dentro y hacia fuera) esta última función excede su capacidad legal, porque no toda la socialización profesional ocurre ya dentro de la ENAH (como se verá más claro en el siguiente capítulo), aunque subsiste la voluntad de dominio sobre toda la profesión.

A continuación, las así llamadas "Disposiciones reglamentarias para la investigación arqueológica en México" han sido cuatro también, todas ellas inspiradas en el artículo trigésimo primero de la Ley de Monumentos de 1972 (Olivé y Urteaga, 1988: 410; INAH, 1984a: 17), que faculta al INAH dictar "los términos y condiciones a que deban sujetarse los trabajos, así como las obligaciones de quienes los realicen". La comparación de la serie de reglamentaciones indica, de entrada, la tendencia a regimentar hasta el menor detalle: baste advertir que la de 1977 constaba de cuatro capítulos y 23 artículos; la de 1982 seis capítulos y 41 artículos, y la de 1990 seis capítulos y 45 artículos (la de 1994 varía ligeramente: seis capítulos, 43 artículos y dos transitorios). Quizás lo más notorio en este subsistema legal sea la transformación sucesiva que demuestra la declaración de principios asentada en su artículo primero (capítulo primero), que denota una voluntad de control absoluto apenas ocultada. En 1977 se decía: "La arqueología en México es competencia del Estado y de ejercicio profesional, sin menoscabo de la libertad de investigación." En 1982 cambia a: "Sin menoscabo de la libertad de investigación, la arqueología en México es competencia del Estado y de ejercicio profesional." Para 1990 el dictado es imperativo, sin escape posible: "La investigación arqueológica en México es *de social interés y causa de utilidad pública y corresponde al Estado su regulación* por conducto del INAH." Finalmente, en 1994 se repite la misma frase, pero en el artículo tercero se agrega: "Las investigaciones arqueológicas se sujetarán a los *intereses científicos de la arqueología nacional*, cuyas prioridades se establecerán, mediante propuesta del Consejo de Arqueología, por la Dirección General del Instituto Nacional de Antropología e Historia" (todas las cursivas son del autor).

Al detallar en seguida los planteamientos particulares de los proyectos arqueológicos –predisponiendo su organización vertical y sus resultados monumentales–, entendemos mejor cómo se articulan los componentes sociales y cognitivos de la escuela mexicana de arqueología, delineados

en el capítulo previo. No se niega explícitamente la libertad de investigación, pero en los hechos se le restringe a las "relevancias para la arqueología nacional", como condicionante dentro de sus planteamientos, cualesquiera que éstos sean.[126] Es comprensible, por lo tanto, que los arqueólogos interioricen dobles intenciones en sus estrategias prácticas, cuando menos una pública para el consejo y otra personal para sus preferencias teóricas, si las tienen. Pero incluso trabajando normalmente bajo la teoría histórico cultural, el juego con el consejo debe mantenerse a todo lo largo del proceso de estudio, so pena de ser sancionado y aun desautorizado, lo que conllevaría a un fracaso del proyecto y una marginación profesional que ninguno estaría dispuesto a asumir por los costos aparejados (una suerte de estrategia de minimax, o sea de incurrir en el menor riesgo de pérdida, hasta con una mínima ganancia). Los contados casos que conozco de arqueólogos que han retado abierta y personalmente al consejo y a sus miembros, son los que pueden sortear la amenaza mediante lo que Merton (1974: 317-318) reconoció como un comportamiento pasivo del científico, el cual llamó "reculamiento" (*retreatism* o retirada en términos militares), es decir, una estrategia de confinarse a sí mismo a papeles alternativos en la enseñanza o en la arqueología de gabinete, considerablemente menos recompensados por la disciplina y la administración patrimonial, por lo que son marginales.

La comparación pormenorizada de todas estas disposiciones administrativas sería prolija. En su lugar será suficiente agregar que los proyectos arqueológicos, como divisa de toda investigación (e invariablemente a cargo de un jefe o titular del proyecto, titulado y avalado por una institución), estarán sujetos de los "intereses de la investigación arqueológica nacional" (artículo 2o. en 1977; luego, en 1994, francamente de los intereses de la "arqueología nacional", artículo 3o.), sobre la base de ciertas prioridades arbitrio del director general del INAH y el consejo, que obviamente se refieren en primera instancia al interés de satisfacer la función –su función, pues ella los legitima como administradores del pasado– de protección y conservación monumentales, sin importar que el objetivo pueda ser la sola investigación.[127] (Literalmente el artículo 12 de las dis-

[126] Artículo 8o, inciso c (INAH, 1994a: 14).

[127] Ello introduce un nuevo matiz en la actitud de los arqueólogos franceses en Quitovac: posiblemente obraron también movidos por las exigencias monumentales (un entierro es un monumento, lo creamos o no) que les impuso nuestra administración patrimonialista. El reglamento exige conservar los cacharros (hasta la cerámica misma es un monumento mueble) para luego entregarlos al INAH en calidad de propiedad de la nación. La idea de convertir Quitovac I en zona arqueológica sigue las mismas líneas jurídicas del resto de la arqueología gubernamental. Simplemente quisieron hacer lo mismo que sus pares mexicanos, reservando para sí el pasado a nombre de la propiedad nacional mexicana.

posiciones de 1990 decía: "La investigación arqueológica y la conservación son inseparables, ya que el conocimiento de la ubicación espacio-temporal de los monumentos es lo que le confiere su valor histórico.") Cabe insistir, para concluir, que esta reglamentación es y ha sido taxativa (desde 1977) para toda investigación que se practique en territorio nacional, sea mexicana o extranjera, gubernamental o académica. Y que su estricto cumplimiento es materia de supervisión del Consejo de Arqueología, que se reserva el derecho de suspenderla, si lo cree necesario.

El Leviatán arqueológico en su jaula patrimonialista

Concluiré el capítulo con una última comparación ejemplar de carácter prospectivo. Pensemos en la relación que guarda esta organización administrativa y la magnitud física de los bienes nacionales objeto del control centralizado. En 1912 la Inspección de Monumentos Arqueológicos –la primera institución formal de la arqueología gubernamental– solo administraba el museo de sitio y la zona arqueológica de Teotihuacan, la primera con ese estatus. Aparte del inspector general y su secretario, había dos subinspectores para vigilar todo el territorio de Chiapas y Yucatán, con la asistencia de 30 conserjes y 29 peones para trabajos de conservación (Pruneda, 1912: 31). Cambiemos ahora de escenario. En 1962 el INAH disponía de dos departamentos (de un total de 17) para ocuparse de los monumentos arqueológicos: el Departamento de Monumentos Prehispánicos y el Departamento de Prehistoria; empero, ya sumaban 81 las zonas arqueológicas y estaban bajo exploración 12 más; disponía, para tal efecto, de 212 custodios y 200 técnicos, en su mayoría arqueólogos (INAH, 1962: 12 y 36-37; Nelken-Terner, 1968: 213).

A la vuelta de casi 3 décadas tenemos que en 1989 el INAH alcanza su mayor inflación en este rubro: 155 zonas arqueológicas, sin contar 105 inmuebles históricos, que requieren un tratamiento aparte (INAH, 1989: ff. 39-43). Ello demandaba la atención de 301 arqueólogos, distribuidos en una Dirección de Arqueología y cuatro subdirecciones (Estudios Arqueológicos, Salvamento Arqueológico, Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicos y Servicios Académicos); agréguese un Departamento de Arqueología Subacuática y 28 secciones de arqueología en otros tantos centros regionales, luego centros INAH. Los custodios de esas zonas monumentales e inmuebles ascendían a 1,526 (INAH, 1989: f. 137; Vázquez, 1995: 316, tabla 3). Según una fuente reciente, a finales de 1993

el INAH contaba con 5,441 empleados (Tovar, 1994: 379), de los cuales 307 eran arqueólogos y un número indeterminado de custodios, pero que de seguro aumentan conforme se han abierto ocho nuevas zonas arqueológicas al concluir los proyectos especiales del sexenio pasado (1988-1994), hasta totalizar 163.[128]

Pasemos ahora a examinar los límites conocidos del patrimonio arqueológico realmente existente en México. Al respecto ha de lamentarse que no haya un inventario detallado e íntegro tras un siglo de arqueología estatal institucionalizada (1885-1995) y de reiterados intentos de poner al día cartas o atlas arqueológicos. Por lo tanto, sólo contamos con cifras estimativas calculadas con procedimientos insondables. Las más extremas calculan entre 4 y 8 millones los sitios arqueológicos, que abarcan desde campamentos de caza-recolección hasta ciudades antiguas.[129] Con el tiempo se ha reducido su cuantía a cifras más razonables, pero asimismo inverificables. Hoy se habla de 100,000 a 250,000 sitios visibles desde la superficie (Nalda, 1993: 131; Tovar, 1994: 85; Sánchez, 1995: 195). Cualquiera que sea la magnitud real de este patrimonio nacional, es evidente que la arqueología administrada por el INAH se enfrenta con una "misión imposible" (Nalda, 1993: 131) en materia de su conservación, al menos si se concibe ésta desde la perspectiva excluyente del sistema legal patrimonial y el monopolio del pasado a que ha dado lugar. Suponiendo que esta limitación administrativa tradicional permaneciera a pesar de todo, e incluso si tomáramos la cifra más modesta de 90,000 sitios, como se creía hace años (INAH, 1984: 26), las 163 zonas arqueológicas exploradas, con todo y ser las más conmovedoras monumentalmente, no llegan ni a 0.2 por ciento del total.

Pero lo que puede ofrecernos una idea exacta del techo objetivo que ciñe a la administración patrimonialista de los bienes arqueológicos, son los resultados parciales obtenidos por el Proyecto Atlas Arqueológico 1984-1988, según los cuales hay en México 13,563 sitios verificados visualmente, de un total de 20,718 documentados en gabinete (INAH, 1989: 34-35).[130] Si bien ambas cifras son absolutamente realistas, no ha de olvidarse que son harto incompletas porque hubo estados de la república donde no se hizo ningún recorrido o se hizo parcialmente.[131] Lo que indican a pesar de todo, son dos cosas. Primera, que por un lado el mo-

[128] "Proyectos Especiales de Arqueología", AM, 7, 1994: 82.

[129] *Antropología*, 18, 1988: 7.

[130] Según un especialista de la Subdirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas, se tienen registrados en cédulas un total de 16,840 sitios (Sánchez, 1995: 196).

[131] En Vázquez (1995: 347-348) me ocupo de examinar las causas del fracaso de este proyecto de inventario arqueológico. Sánchez (1995) ofrece también información sobre el particular.

nopolio administrativo de los monumentos ha crecido entre 1912 y 1994 en 16,200 por ciento, en cuanto a zonas arqueológicas exploradas. Dos, que no obstante tan impresionante crecimiento, su alcance efectivo es irrisorio, pues representa apenas 1.2 por ciento respecto a los sitios observados y aproximadamente 0.8 por ciento de los sitios documentados por medios indirectos, que no son porcentajes muy elevados sobre la estimación más moderada del párrafo anterior. En consecuencia, podemos concluir diciendo que el Leviatán arqueológico mexicano no cabe dentro de la jaula patrimonialista en que se le ha querido encerrar para los fines personales del soberano y de sus administradores. Enseguida, que el grillete monopólico con que se le quiere controlar en el fondo de la tierra resulta a estas alturas anacrónico.

Una elemental proyección de las cifras administrativas conocidas obligaría imaginar al INAH con dimensiones igualmente monstruosas, si es que se mantiene la lógica monopólica y patrimonialista que ha predominado en los últimos 200 años en la arqueología mexicana. Atender solamente esos 13,563 sitios como zonas arqueológicas requeriría del concurso de 133,529 custodios y 26,338 arqueólogos a su servicio. Suponer al INAH con tan polifémicas proporciones es algo disparatado que raya, otra vez, en la escala de lo mitológico. Pero ese mismo gigantismo a que conduce su tradicional lógica revela su mayor debilidad, porque apareja en un mismo orden al monopolio y a la ineficacia administrativos. Con el devenir del tiempo, este dilema se hará más y más agudo como límite objetivo de la administración patrimonialista de los bienes de nuestro patrimonio. Así las cosas, cuando los actuales jerarcas de la arqueología administrativa nos invitan a distinguir entre "lo imprescindible y lo humanamente posible, hasta lo que debemos aceptar como marginal e imposible de defender" (Nalda, 1993: 134), uno no puede por menos que señalar que tan grueso descuido resulta inconcebible por quienes manipulan tan sustancial legado, todavía más anacrónico si, a pesar de su manifiesta ineficacia, de todos modos lo reservan para su exclusivo dominio. El juicio expresado por Enrique Florescano es mucho más severo que mi lenguaje académico políticamente correcto:[132]

> No hay razón cultural o científica para que un grupo de arqueólogos, pertenecientes a una sola institución, de quienes ignoramos sus calificaciones científicas, determinen las políticas nacionales de rescate, exploración, conservación y estudio arqueológico. Es un absurdo (...) Más preocupante es que la investigación arqueológica esté determina-

[132] Sus palabras fueron recogidas por reporteros de la revista *Este País*, 32, 1993: 20.

> da por los programas sexenales presidenciales, y no por verdaderas propuestas científicas de mediano y largo plazo, surgidas de un análisis cuidadoso de las prioridades en materia de investigación arqueológica (...) Lo que actualmente ocurre en la arqueología mexicana indica que hay que separar completamente el área de investigación propiamente dicha de las áreas de rescate, conservación y protección del patrimonio arqueológico. La investigación además, como en cualquier país libre, debe estar abierta a todos, nacionales y extranjeros, sin más trámites que los requisitos científicos. Romper el actual monopolio de la investigación arqueológica deberá ser una prioridad.

Paradójicamente, semejante administración anticuada de la herencia tiene como irónico pero concomitante remanente el estimular, virtualmente, su saqueo ilegal. La ilegalidad es la indeseable sombra que acompaña la nacionalización excluyente de un pasado que socialmente tiene muchos dueños y muchos corresponsables, uno de las cuales es la arqueología como disciplina de conocimiento, más que exaltación monumental. Adicionalmente, su rasgo restrictivo duramente interiorizado como apropiación de lo público, inhibe a la sociedad resguardarlo de la única manera posible: como racional responsabilidad colectiva. Ésas podrían ser, según creo, las justas medidas de las grandezas y pobrezas de un modelo de arqueología patrimonialista que una vez se originara en el ornamental encanto de coleccionar antigüedades entre papas y reyes del sur de Europa, tradición que terminará por agobiarnos indefectiblemente en el preludio del siglo XXI.

Capítulo 3

La arqueología mexicana en siglas, cifras y nombres

Lo que los científicos hacen *nunca ha sido objeto de una investigación... científica. De nada sirve mirar los "artículos" científicos, pues no solo ocultan, sino que malinterpretan activamente el razonamiento que subyace en el trabajo que describen (...) No existe esa persona, el* científico. *Hay científicos, desde luego, y hay una colección tan variada de temperamentos como entre los médicos, abogados, clérigos, empleados o encargados de piscinas (...) No,* los científicos son gente: descubrimiento *literario de C.P. Snow...*

PETER B. MEDAWAR, *Premio Nobel en Fisiología, 1960*

EN EL actual capítulo me propongo captar a los arqueólogos y a sus instituciones por medio de cifras que den sentido de apreciación numérica a la posible discrepancia que pudiera advertirse entre mis interpretaciones y la realidad abordada. Cuando me ocupé de la membresía del Consejo de Arqueología en el capítulo anterior, inevitablemente debí personalizar a un grupo de individuos con fines descriptivos. Así lo haré también cuando, en los siguientes capítulos, me ocupe de los conflictos de prioridad en los proyectos de arqueología, puesto que éstos implican estrategias de acción que aparentemente son individuales. Con todo, me resisto a la intención de personalizar de modo generalizado. Excepto que en vez de buscar una objetividad intachable, estoy pensando más bien en el sentido de proporción numérica de los fenómenos observados a lo largo de esta indagación. Sobre todo porque si todo un grupo disciplinario reacciona de la misma manera, es que algo habrá de regular en su comportamiento social. Pero eso será asunto de los capítulos siguientes. De momento, bajo esta perspectiva más impersonal, pretendo responder aquí cuestiones tan elementales como cuántos son los miembros activos de ese grupo, dónde trabajan, qué tipo de labores desempeñan cotidianamente, con qué medios lo hacen, qué crean, e incluso cómo se agrupan profesionalmente. Lo ideal, creo yo, sería abordarlos por medios estadísticos, mediante una encuesta fiable. Con pena debo adelantar que mis intentos de indagación cuantitativa resultaron en gran medida vanos. Una encuesta aplicada nunca me fue remitida intencionalmente por los arqueólogos consultados. Luego, mi pretensión de reunir algunas bases de datos tampoco obtuvo resultados óptimos, según se podrá constatar a lo largo del capítulo. No deseo curarme en salud, justificando mis propias fallas, pero aduzco que muchos

arqueólogos prefieren retener en secreto la información básica de sus actividades sociales, y a veces, hasta la de sus propios resultados.

Así y todo, mi idea sigue siendo la de facilitar al lector una guía orientada para acercarse a ellos. Elucidar estas preguntas parte del principio de que los paradigmas cualitativo y cuantitativo de investigación social, lejos de ser antagónicos, han de buscar sintetizarse (Méndez, 1993: 209-213). Empero, dada la actitud cerrada al escrutinio público por parte de los sujetos de estudio –actitud de suyo reveladora de cierta cultura disciplinaria peculiar–, me indujo por fuerza a dar preponderancia a lo cualitativo (que se manifiesta multifacéticamente en nuestra fenomenología comprensiva por medio de una etnometodología como guía de observación directa, estudio de casos, aproximación holística y procesual, cambio conceptual de las teorías, etcétera), al tiempo que invierte la estrategia sociológica, procurando, hasta donde ello me fue permitido, cuantificar lo cualitativo.

Sin derivar del todo hacia un quién es quién en la arqueología mexicana, procuré reunir una *summa* de datos estadísticos descriptivos que no estaban disponibles siquiera para el observador externo, por lo que apenas ofrezco al lector un primer esbozo de documentación a todas luces incipiente y aun, diría yo, de un superficial conteo, debilidad tanto más evidente si se le contrasta con toda esa imponente sofisticación estadística que ha alcanzado la información científica en otros campos y disciplinas. A pesar de sus objetables limitaciones, mi estrategia de documentación arroja algunos resultados interesantes. El más sobresaliente de todos es que contrariamente a lo que creí *debería ser* una sencilla estructura social dual (arqueología estatal por un lado y arqueología universitaria por otro, un esquema ampliamente compartido por los propios arqueólogos), estamos testificando la rica proliferación de las arqueologías regionales a través de una diversificación institucional inesperada, desarrollo que, por otra parte, no coincide en absoluto con su unitaria organización profesional (me refiero, desde luego, a la SMA), la que se mantiene como si estuviera suspendida en estado inerte, sin cambios apreciables desde cuando se le fundó en 1937.

Cualidad y cantidad en la estrategia de documentación

La actividad sistemática de documentación científica tiene en nuestro país un grave defecto bifacial: carece de profesionalización y de institucionalidad. Los numerosos trabajos de Salvador Malo sobre la composición y tendencias del SNI, aparecidos en la revista *Ciencia y Desarrollo* entre 1986 y 1990,

parecían indicar que esa institución asumiría dicho servicio como una de sus funciones colaterales. Era lógico que así fuera, puesto que en todas partes la información científica se le utiliza como herramienta para la toma de decisiones administrativas sobre política científica. Desafortunadamente no fue así. Para colmo, no hay todavía quien se ocupe de ello de manera global. Todo parece indicar que su auspicio seguirá siendo sectorial, limitado y parcial en el futuro inmediato. Digamos pues que la ANUIES deberá estimular sus propias evaluaciones de la instituciones universitarias y de investigación por medio de su Sistema Nacional de Información para la Educación Superior, y así sucesivamente. Ímpetu equivalente demostró en sus inicios la Red de Escuelas de Antropología, pero hasta ahora todo se ha reducido a colaborar en la manufactura de un catálogo actualizado de tesis antropológicas (García Valencia, 1989). Así las cosas, es muy probable que la información y documentación de la arqueología la deberán encarar tarde o temprano los propios arqueólogos a través de un colegio profesional aún en ciernes, o algo parecido. De momento, y digámoslo con la misma franqueza, es un campo poco favorecido por estos especialistas, no obstante los beneficios que pueda brindar a la historia e investigación reflexivas de la propia disciplina, a la política de investigación a largo plazo y a la no menos importante administración del patrimonio cultural en un país como México, con abundancia abrumadora de vestigios arqueológicos.

Hablando de manera general, una excepción en tan yermo cuadro la constituye la propuesta de Lyon (1989) para desarrollar una estrategia de documentación de la arqueología norteamericana con una base de datos de alcance nacional, pero de la que desconocemos resultados prácticos. En ese rumbo, en nuestro país el inconcluso Proyecto Atlas Arqueológico del INAH (1984-1988) bien pudo haber rendido los primeros frutos de una estrategia de documentación al servicio de los intereses de planeación y racionalidad administrativas. Como si fuera una condena oprobiosa, el proyecto quedó inconcluso.[133] En seguida tenemos la base de datos emprendida por Paul Schmidt a propósito de 367 proyectos arqueológicos norteamericanos realizados en México entre 1910 y 1960, aproximadamente (Schmidt, 1988). Con el mismo fin sistemático encontramos algunos catálogos. Destacan los de Ochoa (1983) sobre las publicaciones arqueológicas universitarias entre 1964-1978, los referentes a las tesis de arqueología a nivel de licenciatura, maestría y doctorado de Montemayor (1971), Ávila *et al.* (1988) y García Valencia (1989), y, por último, un anunciado Direc-

[133] Los resultados obtenidos, aunque insuficientes, pueden consultarse en Nalda y López (1984); Velázquez *et al.* (1988); Fernández *et al.* (1988) y Casado (1987).

torio de Revistas Antropológicas a cargo de María Villanueva.[134] Son, con todo, raras y dispersas excepciones a la regla general de descuido que priva en este campo de estudio.

Pero ya desde esta constatación podemos advertir la insuficiencia que distancia a la arqueología mexicana –entendida como actividad presuntamente científica– de las ciencias físicas y formales, para las que la especialidad conocida como "información y documentación científicas" ha sistematizado procedimientos de captación de datos, hasta el punto de mercantilizarlos para su análisis e interpretación indirectas.[135] Me refiero, por supuesto, a los servicios que presta el ISI, institución que desde 1963 viene editando sus famosos *Science Citation Index* para fines cientimétricos dentro de las ciencias duras, y, desde 1973, para las ciencias sociales. Sobre el particular, he de señalar que nuestra búsqueda en los citados índices (sus anuarios 1976-1989) resultó por entero infructuosa para el actual propósito. Se podría afirmar que en cierto modo, para este instituto, la arqueología mexicana es desdeñable o de plano invisible.[136]Así, si esta fuente bibliométrica fuera la única disponible o, mejor aún, valedera, se podría pasar con facilidad a la aseveración de la ínfima visibilidad internacional de la disciplina –suponiendo, claro, que arqueología mexicana tuviera una orientación internacional–, o a la de una "difusión endogámica" de sus conocimientos, si no es que a caracterizar "algunos rasgos típicos de una estructura subdesarrollada", como hizo Villagrá (1992: 14 y 18) con las disciplinas sociales y humanistas dentro de las universidades españolas.[137]

[134] *Antropoideas*, 16 marzo de 1992.

[135] Para Aída Méndez, del Instituto de Información y Documentación en Ciencias Sociales y Humanidades del CSIC, su especialidad se ocupa de la adquisición, almacenamiento, recuperación y diseminación de la información, registrada principalmente en publicaciones periódicas. En su origen, ésta era una rama de la biblioestadística e incluso, cuando en 1955 Eugene Garfield no sospechaba el imperio que iba a fundar, estuvo inspirada en un manual de jurisprudencia de 1873. Así las cosas, paralelamente al ISI norteamericano, han ido apareciendo instituciones homólogas como el ISOC arriba citado (lo mismo que Instituto de Información y Documentación en Ciencia y Tecnología, también del CSIC español) y el Laboratorio de Evaluación y Prospección Internacional en el CNRS francés. Es lamentable que en México el SNI o el Conacyt carezcan de algo similar no obstante su uso acrítico del análisis de citas para asignar estímulos y financiamientos a los científicos; véase Méndez (s.d.); Miquel *et al.* (s.d.); Rabkin (1984) y Witowski (s.d.).

[136] Específicamente se trata de los índices acumulados anuales y quinquenales correspondientes a ese periodo; cfr. *Social Sciences Citation Index. An International Multidisciplinary Index to the Literature of the Social, Behavioral and Related Sciences*, Filadelfia, Institute for Scientific Information, 1976-1989.

[137] A la vista de estas conclusiones, sólo al final de su estudio Villagrá se pregunta cómo y en qué medida pueden evaluarse estas disciplinas con parámetros similares a las de otras ciencias. Descontando la resolución del problema de cuantifación, parece pertinente primero una definición cualitativa de las técnicas, como observa Hicks (1987) en su evaluación del análisis de las cocitas, incluso en un campo de investigación experimental duro.

Debo admitir que cuando inicié la presente documentación me inspiré en una serie de trabajos análogos que me parecieron dignos de ser imitados.[138] Pronto me hice cargo de que su ejemplo no podía duplicarse a causa de que la mayoría de sus análisis e interpretaciones estaban fundadas en las bases de datos ofrecidas por el antes mencionado ISI.[139] Pero un factor crítico más importante que el descuido del ISI respecto de las actividades científicas tercermundistas (Gibbs, 1995), es que en el fondo los estudios cuantitativos de este tipo parten de la idea central de que el crecimiento de cualquier actividad científica es mensurable según su expresión bibliométrica en cuanto a publicaciones, más específicamente en cuanto a revistas y artículos impresos en ellas. Gracias a esta cuantificación, paradójicamente literaria (peculiaridad que no ha pasado inadvertida por la crítica posmoderna de los nuevos estudios sociales de la ciencia, que así pueden deconstruirlos discursivamente como piezas de retórica), se hace factible toda inferencia relativa a la productividad científica, suponiendo que ésta es la única forma permisible de determinación de la actividad cognoscitiva. La noción administrativo-empresarial subyacente en el concepto se puede apreciar en la idea misma de la cienciametría posterior a de Solla Price, pues mientras él proponía una concepción integral de la "ciencia de la ciencia", los directivos de las instituciones de investigación o aplicación del conocimiento científico han transformado a la documentación en un medio para evaluar recursos y, sobre todo, para asignarlos. En ese sentido, el servicio que presta el ISI es un medio comercial que percibe a la ciencia desde una óptica harto particular, es decir, como un proceso conducente "a considerar al artículo científico como un «bien» y a determinar su «valor» conforme al «mercado» de citas" (Guggenheim, s.d.: 1224). Conviene puntualizar entonces que lo que es bueno para los administradores no necesariamente lo es para los investigadores y mucho menos para los investigadores de los investigadores.[140]

[138] Se trata de Pestaña (1990); Ferreiro y Ugena (1992); Méndez y Ribas (s.d.); González y Jiménez (1979: 97-125) y, destacadamente, Lomnitz *et al.* (1987).

[139] La contribución de Lomnitz *et al.* (1987) difiere en que combina la observación participativa con un inventario muy completo de las publicaciones y referencias del Instituto de Investigaciones Biomédicas de la UNAM. Se trata, entonces, de una combinación de datos cualitativos y cuantitativos, obtenidos por un equipo de investigación.

[140] La cienciametría o cientimetría reconoce que la "ciencia de la ciencia" fue su antecesora, en especial la pieza clásica de Solla Price (1986 [1963]) sobre el análisis de citas. Rara vez se dice que la ciencia de la ciencia era un programa de investigación interdisciplinario compuesto de historia, filosofía, sociología, psicología, economía política y operacionalidad de la ciencia, y que "todas ellas son partes especiales de algo que *debe ser estudiado como un todo*" (Price, 1968: 321). Admitía que junto a los estudios cuantitativos, se deberían emprender estudios de contenido de los modelos teóricos, pero asimismo de la política y administración, si bien la medición de la literatura científica era uno de sus aportes significativos. Sostenía además que independientemente de sus usos prácticos, la ciencia de la ciencia implicaba un conocimiento *comprensivo*, intención no siempre respetada por sus epígonos.

El problema clave en ese sentido es que las técnicas, modelos y medios cienciamétricos (citas, cocitas, redes, colegios invisibles, atlas y leximapas) han pasado a ser, de auxiliares en las políticas de investigación o de las tradicionales evaluaciones colegiadas (llámense juicios de expertos, de pares, de iguales o meros arbitrajes), a sus sustitutos. "Gracias a bases de datos de citas como las del ISI, muchos investigadores son ahora tasados por el número de veces que sus artículos han sido listados como referencias en otros artículos" (Gibbs, 1995: 77). Su implantación ha encontrado cierta resistencia de parte de destacados científicos, pero lo cierto es que los vicios e ineficiencias de los juicios de pares son el mejor argumento contra sus méritos. De paso, en Estados Unidos hay una creciente tendencia (estimulada por sonados escándalos protagonizados por figuras prominentes, cuyos fraudes han desembocado en un cuestionamiento interno a la autonomía de la ciencia) a juzgar a los científicos por sus méritos públicos y no por su popularidad entre otros científicos. No es fortuito entonces que los enfoques numéricos se definan como objetivos y unívocos, eso es, el reverso de la subjetividad y ambigüedad admitida por los experimentados miembros de los comités de evaluadores.[141]

Mas el reverso de la moneda no resulta obsequioso. A sugerencia de la revista *Science*, un investigador del ISI, usando sus mismas bases de datos, descubrió que 55 por ciento de los artículos publicados entre 1981-1985 en las 4,500 revistas internacionales más importantes, nunca habían sido citados por un autor en los cinco años siguientes a su publicación. En ciencias sociales, este porcentaje se disparaba a 74.7 por ciento y, cruel paradoja, el índice más alto era para los campos de moda. Según el autor del estudio, no hay explicación para este anormal fenómeno.[142] Empero, desde el punto de vista cualitativo, día a día se va haciendo claro que la

[141] Una interesante discusión de los juicios prospectivos y retrospectivos sobre la calidad de la ciencia experimental lo debemos a Pérez Tamayo (1989: 94-121), quien defiende el valor de los juicios de expertos en el mismo campo,"aun cuando sean subjetivos y no cuantificables". Muchas de sus ideas son producto de la experiencia personal por lo que resulta difícil, desde su perspectiva, convenir en que los marcadores cuantitativos son criticables por basarse también en el "juicio personal" (si un investigador cita a otro es porque lo ha leído y aprecia su calidad). Pero lo más delicado de aceptar es que asuma con tanta naturalidad lo que podría ser uno de los peores defectos del juicio de pares: lo que Merton llamó bondadosamente el "efecto de San Mateo", fenómeno por el cual se da más a quien más tiene, luego el "juicio de iguales" es en realidad un "juicio de desiguales". Otros analistas han hecho notar que las apreciaciones emitidas por estos jueces pueden ser fluctuantes, arbitrarias y ventajosas para una elite de investigadores de renombre y, lo que es más grave, que estimulan formas de poder que pueden ser funestas para quien no concilie con ellas. Es curioso que el mismo efecto de desigualdad se aprecia en los resultados de las evaluaciones de investigadores tercermundistas a manos de sus "pares" de los países industrializados; cfr. Thuillier (s.d.); Kahn (s.d.), y Gibbs (1995: 81-83).

[142] Véase nota al respecto en MC, 113 (11): 465.

práctica de las citas depende de variables hasta hoy desestimadas, como son sus variaciones de una revista a otra, de una disciplina a otra, de un país a otro y desde un significado diverso al de la supuesta deuda intelectual (Guggenheim, s.d.: 1225). Ya en México, algunos estudiosos se han preguntado qué tan válido es evaluar con reglas comunes a las distintas tradiciones científicas y tecnológicas, entre las que se ha creado una competencia y disputa por la asignación de los recursos públicos (García y Lomnitz, 1991).[143] Incluso un especialista ha observado la tendencia de los científicos a exagerar en sus citas los artículos de sus connacionales, por lo que sugiere elaborar un "coeficiente de la megalomanía científica nacional" (Rabkin, 1984: 93).[144] A su vez, los estudiosos de los fraudes científicos advierten que la actual exigencia de "publica o perece" estimula actitudes tramposas, donde el fraude puede ser propiciado por la misma estructura discursiva de los artículos científicos (Blanc *et al.*,s.d.: 217; Benach y Tapia, s/f, 124-130). Por último, y desde otro ángulo, la historiadora Helge Kragh (1989) ha hecho notar que la historiografía cientimétrica peca de superficial porque acaso no refleje en absoluto las condiciones que dice estudiar, ya que sus bases de datos conllevan una idea de la ciencia que predetermina sus conclusiones, descontando que el análisis de citas ignora contenidos y motivaciones más profundas (y no siempre racionales) que inducen al investigador a citar o a no citar.[145]

Llegamos con esto al nudo gordiano de la cuestión que nos interesa abordar, no digamos ya el hábito de citar sino del acto mismo de escribir para otros. Si la finalidad de publicar diverge del ideal de hacer público el conocimiento, comunicar de manera desinteresada o simplemente informar, ¿para qué sirve? Las respuestas adelantadas parecen ser excluyentes: una de dos, o se publica interesadamente para ganar reconocimiento y sobre

[143] Es notorio que uno de los ejemplos ofrecidos por ambas autoras (García y Lomnitz, 1991: 174) sea un problema de valoración disciplinaria, esto es, la diferente valoración asignada al informe técnico por parte de los tecnólogos y el artículo y el libro por los científicos. A mi juicio, esta discordancia se prolonga a ciencias sociales, donde se aprecia distinto al artículo respecto al libro. En arqueología es bien conocido el problema que han enfrentado los dictaminadores del SNI para valorar los nutridos informes técnicos antes dirigidos al Consejo de Arqueología del INAH. Ya que no son conocimientos públicos, un dictaminador académico ha ponderado la publicación sobre el informe, lo que agrava el contradictorio problema valorativo dentro de la disciplina, cogida entre el cometido académico y el cometido práctico. En el capítulo siguiente abundo sobre el particular.

[144] No es cosa de broma esta idea. El reciente trabajo de Gibbs (1995) es indicativo de que la *in*-visibilidad externa de las ciencias tercermundistas está asociada a prejuicios y obstáculos estructurales para rebasar sus fronteras nacionales e internacionalizarse.

[145] Es por demás interesante su crítica a de Solla Price, al demostrar que sus análisis pasan por alto los periodos de cambio en la historia de la física moderna, justo porque su método estadístico no puede captar las innovaciones conceptuales, incluso si éstas son revolucionarias. Para fines estadísticos cuenta mucho

todo recompensas o la literatura científica es de plano un género de carácter retórico para construir socialmente conocimientos. Ambas posturas dividen a los partidarios de la funcionalista escuela mertoniana y a los radicales constructivistas de la ciencia. A decir verdad, prefiero no pronunciarme sobre una u otra alternativas sencillamente porque creo que hay indicios de que la ciencia actual ha introducido factores contextuales que sólo podían darse en nuestro horizonte histórico. El controvertido caso de la fusión fría, examinado por Lewenstein (s.d.), en que han interactuado la política, la competencia, la economía y la prensa, indica que éste bien puede ser el estado constitutivo de la ciencia de finales del siglo XX. Sugiero por todo esto observar cualitativamente a las peculiaridades de la producción de conocimiento y las formas que éste asume entre los arqueólogos mexicanos, donde lo mismo hay intereses y prioridades que retórica nacionalista, todos de difícil disgregación. En suma, puedo resumir diciendo que mi estrategia de documentación es doble: quiere ser numérica (qué tanto lo sea es otro asunto) pero siempre atenta de los aspectos cualitativos de la información.

La literatura arqueológica y las funciones institucionales

A lo que quiero llegar con todo este circunloquio es a decir que dentro de la carencia de una estrategia de documentación arqueológica, el uso privilegiado de una sola variable literaria, tal como ha sido concebida hasta ahora, y por mucho que ésta asuma diversos valores numéricos, pudiera confundir más que aclarar la posible acumulación de datos en este campo. No se malinterprete mi postura. Me refiero a que en nuestro país son contadas las revistas enteramente especializadas en arqueología, es decir, revistas hechas por y para comunicar arqueólogos. Para ser exacto, la inmensa mayoría de las revistas examinadas son de tipo mixto (antropológicas integrales, esto es, arqueología mezclada con otras "especialidades") lo que, por lo demás, refleja mucho mejor a la tradición integral con que se concibió a la antropología mexicana, que a los intereses y preocupaciones de las distintas clases de arqueólogos. No me estoy contradiciendo cuando digo que de un total de 21 revistas examinadas, sólo cuatro son especializadas, a saber: *Arqueología Mexicana*; *Consejo de Arqueo-*

---

la masa de artículos mediocres e irrelevantes, generando la falsa idea de acumulación y continuidad, tan falsa como la conclusión de que no hay fases especialmente dinámicas en su desarrollo reciente (Kragh, 1989: 240-248).

logía. Boletín; *Revista de Arqueología Americana* y *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana* (véase cuadro 1).[146]

CUADRO 1

REVISTAS ARQUEOLÓGICAS
Y ANTROPOLÓGICAS INTEGRALES

Institución	*Nombre*	*Tipo*	*Enfoque*	*Orientación editora*
INAH/CNCA	*Arqueología Mexicana*	E	D	N
	Antropología. Boletín	M	I	N
	Consejo de Arqueología	E	D	N
	I'NAJ Semilla de maíz	M	I	R
	Anales Museo Michoacano	M	I	R
	Barro Nuevo	M	I	R
IIA/UNAM	*Antropológicas*	M	I	N
	Anales de Antropología	M	I	N
FCA/UADY	*Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas*	M	I	R
FA/UV	*Tlacatl*	M	I	R
	Anales Antropológicos	M	I	R
ENAH/INAH	*Cuicuilco*	M	I	N
DA/UDLA	*Notas Mesoamericanas*	M	I	R
DA/IMC	*Expresión Antropológica*	M	I	R
IA/UV	*Boletín Informativo*	M	D	R
	Anuario Antropológico	M	I	R
IPGH	*Boletín de Antropología Americana*	M	I	N
	Revista de Arqueología Americana	E	I	N
FA/UNAM	*Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*	E	I	N
LA/UdeG	*Anuario**	M	I	R
DPC/ICT	*Tierra y Agua*	M	D	R
		E M	I D	N R
Totales		4 17	17 4	9 12

Fuente: Obtención directa.

Nota: E (Especializada), M (Mixta), I (Investigación), D (Divulgación), N (Nacional) y R (Regional).

*Durante el periodo de estudio, el Laboratorio de Antropología de la UdeG se transformó en Departamento de Estudios del Hombre y su *Anuario* fue sustituido por la revista *Estudios del Hombre*, con equivalentes características.

Ahora bien, no obstante que las cuatro tienen una orientación nacional, sólo una de ellas realmente se distribuye en todo el país gracias a su

[146] Posterior a la primera edición de este libro, hubo un esfuerzo para reactivar la revista *Arqueología*, como órgano propio de la arqueología del INAH, en claro contraste con la revista *Arqueología Mexicana*, que funge como órgano de divulgación.

carácter divulgativo, mientras que las tres restantes, siendo de investigación, están limitadas a una circulación doméstica muy próxima al grupo de arqueólogos que las edita, rasgo de autoconsumo muy acentuado en todas las revistas, sobre todo las de explícita orientación regional. Tómese, por ejemplo, el bien documentado caso del *Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán*, revista de fuerte orientación arqueológica, pero absolutamente mayista de contenido, su temática dominante en los 133 artículos arqueológicos publicados (42 por ciento del total de artículos) entre 1973 y 1989 (Ramírez Carrillo, 1990; Andrews, 1990).

Esto nos dejaría, para propósitos cuantitativos, con una sola revista, *Arqueología Mexicana*, pero entonces no puede evadirse el hecho de que es una revista concebida alrededor de los así denominados "proyectos arqueológicos nacionales", "proyectos especiales de arqueología" o "megaproyectos", muy propios del pasado sexenio presidencial. *Arqueología Mexicana* es una publicación del INAH a través de una editorial privada, que vino a sustituir desde mayo de 1993 a la anterior revista *Arqueología*, órgano, primero, de la Dirección de Monumentos Prehispánicos, y, luego, de la Dirección de Arqueología, cambio que coincide con sus dos épocas y series, correspondientes al trienio 1988-1990. Entre ambas publicaciones media una diferencia de sentido: en su origen, era una publicación de investigación cuyo público, aunque limitado, eran los propios arqueólogos. Quiero decir con esto, que sus artículos estaban redactados bajo los estándares académicos más convencionales. Por el contrario, las primeras 10 entregas de *Arqueología Mexicana* (1993-1994) poseen un contenido ya superficial, muy apropiado para resaltar los avances en relación a los hallazgos más rutilantes conseguidos por los citados proyectos, observándose a partir de 1995 la misma orientación hacia un público amplio de lectores, pero ya no circunscrita a la exaltación de los proyectos especiales, sino también a otras zonas arqueológicas de protección patrimonial. La estructura de su redacción no deja lugar a dudas de que la revista sólo representa los intereses prioritarios de la "arqueología nacional", que asumen a la investigación como un subproducto de la conservación patrimonial primordial. En cierto modo, la revista es un escaparate de la sofisticada estructura jerárquica de la organización de la arqueología del INAH, de la que me ocuparé en el capítulo siguiente.

En suma, pues, no es tampoco el medio adecuado para medir la "productividad científica" de nuestros arqueólogos, como sí podrían serlo una

o más revistas de investigación y de amplio impacto.[147] Tenemos pues que de las 21 revistas consignadas, 17 son mixtas y cuatro especializadas, mientras que del mismo total, nueve son de orientación nacional y 12 regional. Además, hay que asentar que si por alguna razón, nuestro único criterio analítico fueran las instituciones que más publican, ello mismo iría en detrimento de un cuadro completo del campo especializado, el que quedaría en parte oculto toda vez que habría arqueólogos que se ocupan de aplicar o divulgar sus conocimientos antes que de publicarlos, caso típico del INAH. Pero aún en su caso, asistiríamos al fenómeno de que el INAH es la institución multifuncional con más revistas y publicaciones de informes arqueológicos, luego, otra vez, no podemos cifrar nuestro interés en una revista divulgativa o en alguna otra de tipo mixto, que sólo representarían a un grupo limitado de arqueólogos. Concomitantemente, la producción arqueológica del IIA –institución unifuncional de investigación por antonomasia–, quedaría relegada frente a las publicaciones del INAH, dando la falsa impresión de que su investigación es menospreciable, lo que no es exacto tampoco. Mas adelante usaré su ejemplo para afinar nuestras observaciones cualitativas.

De los cuadros 2 y 3 debemos destacar el predominio de la publicación de libros sobre la publicación de revistas periódicas. En el caso del INAH ello se constata en su Colección Científica –a pesar de que sus abundantes informes técnicos suelen terminar archivados o en el peor de los casos publicados como Cuadernos de Trabajo, que es una colección en decadencia, lo mismo que toda la Serie Prehistoria (con todas sus colecciones), tras haber sido liquidado el Departamento de Prehistoria. Sin embargo, mientras en el IIA la producción de libros arqueológicos es también dominante, en el INAH hay una serie de publicaciones que, aparte de las periódicas, reflejan las actividades de divulgación museográfica y de resguardo patrimonial. Aunque parezca una perogrullada decirlo, hay que insistir en la importancia que se asigna a la publicación de "miniguías" de las zonas arqueológicas, aun por encima de las "guías oficiales" de museos y zonas arqueológicas, si bien estas últimas parecen estar reservadas para los arqueólogos prominentes ya que se les reconoce su autoría (digamos Eduardo Matos para el Templo Mayor o Ignacio Bernal para Teotihuacan), no así las miniguías publicadas anónimamente, pero que de todas formas aportan puntos escalafonarios a sus autores, lo que explica su aprecio entre los ar-

[147] Según los criterios cientimétricos, el *factor de impacto* de una revista se mide por el número de veces que se cita ésta durante un año, dividido entre el número de artículos publicados en ese lapso (Pestaña, 1992: 1204). Determinar este factor supone una segunda publicación (o publicaciones) que reflejara la importancia de *Arqueología Mexicana*.

queólogos gubernamentales menos aventajados. Por desgracia, no está cuantificada la magnitud de toda esa "literatura gris" producida por estos arqueólogos, esto es, su producción de informes, peritajes, denuncias e intervenciones físicas, que, a juzgar por el tamaño de sus archivos no hay que dudar de la importancia que ellos les dan, pero todos esos textos no alcanzan el rango de conocimiento público, quedando como información de uso reservado por la administración patrimonial. Sólo con fuertes restricciones establecidas en los reglamentos de investigación arqueológica, dicha literatura trasciende a la administración patrimonial y puede ser benéfica para los intereses de la disciplina.[148]

CUADRO 2

PUBLICACIONES ARQUEOLÓGICAS DEL INAH, 1992-1993

Serie Arqueología (col. y núm.)		*Serie Prehistoria (col. y núm.)*	
Antologías	5	Científica	7
Biblioteca del INAH	2	Cuadernos de Trabajo	13
Catálogos	8	Obras varias	1
Científica	36	Publicaciones diversas	1
Cuadernos de Trabajo	18	Total	22
Divulgación	2		
Facsimilar	4		
Guías Oficiales	14		
Miniguías	87		
Monumentos Prehisp.	1		
Museo Nac. de Antrop.	1		
Obras diversas	11		
Obras varias	11		
Atlas Arqueológico	2		
Publicaciones period.	5		
Regiones de México	1		
Total	208		

Fuente: *Catálogo de publicaciones 1992/1993*, INAH, 1992: 39-88 y 189-195.

[148] Esta literatura invisible va a parar al Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH, antes Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos; aunque sólo cubra el periodo 1925-1958, uno puede darse idea de su amplitud a través del índice elaborado por García Moll (1982). Sin embargo, el encargado de ese archivo ha elaborado un índice actualizado, que puede consultarse directamente bajo supervisión, lo mismo que la documentación ahí reunida.

CUADRO 3

PUBLICACIONES ARQUEOLÓGICAS DEL IIA-UNAM, 1992

Serie	*Número*
Arqueología	29
Antropología y técnica	3
Bibliografía	1
Publicaciones periódicas	14
Total	47

Fuente: *Catálogo de publicaciones 1992*, IIA, 1992: 11-22 y 41-57.

Si conviniéramos en que la producción escrita de la arqueología aplicada del INAH fuera solamente una variante explicable por su cometido institucional, uno supondría, con la misma lógica, que la arqueología universitaria podría muy bien acercarse a una producción científica a manera de artículos. En rigor ello no es así, no obstante que la cantidad de artículos producidos entre 1989-1991 sea la más considerable. En el cuadro 4 se aprecia que, junto con los artículos, los arqueólogos universitarios producen una gran variedad de textos, incluyendo, como en el INAH, informes relativamente reservados para el Consejo de Arqueología y otras instituciones de financiamiento. No dejan de ser importantes los capítulos de libros y las ponencias que, *mutatis mutandis*, se convierten a la larga en artículos. Empero, el trabajo más preciado para ellos no es el artículo, sino precisamente el libro, que es visto como la obra más acabada a que puede aspirar el estudioso, pues después de todo en él se plasman los resultados de investigaciones completas. En el INAH, por lo que puede deducirse de sus publicaciones recientes, se comparte en parte el mismo objetivo, aunque no de manera generalizada. Es probable que su repunte literario responda a un estímulo externo. Me refiero a las recompensas que ofrece el SNI, en las que no sólo prevalece un criterio cientifista sino que domina la idea unversitaria de la arqueología, esto es, una arqueología para producir conocimientos en vez de cosas. Litvak (1989), como nadie, ha divulgado esta concepción integral e interdisciplinaria de la antropología, pero es obvio que está pensando desde un contexto académico de desempeño, acaso tan unilateral como el administrativo del Consejo de Arqueología. Como se verá más claro en el siguiente capítulo, la arqueología mexicana está cogida entre ambas prioridades –el hallazgo monumental y el progreso en la interpretación–, lo que se interioriza bajo reiteradas estrategias mixtas, una para el Consejo de Arqueología y

otra para el SNI. Las variantes literarias producidas no escapan a esta contradicción.

CUADRO 4
PRODUCCIÓN ARQUEOLÓGICA DEL IIA-UNAM, 1989-1991

Autor	*Artículo*	*Libro*	*Informe*	*Ponencia*	*Cap.lib.*	*Otros**
E. Rattray	6	2		3		
A. Cyphers	6	2	3	3	5	
B. Fahmel	3	1		8	2	2
G. Jiménez			1	3		1
M.A. Ruiz	2			1		
M.D. Soto	1	1			1	
E. Vargas	5	1		4	1	5
L. Manzanilla	6	1		5		10
E. McClung	2	1	1	3	3	2
C. Navarrete	2	2		2	1	10
L. Ochoa	4	1			4	1
Y. Sugiura	1	1		1	3	3
Total	38	13	5	33	20	34

Fuente: *Informes anuales 1991. Arqueología*, IIA UNAM.
Nota: La misma fuente indica la ausencia de los informes de tres arqueólogos (Teresa Cabrero, Jaime Litvak King y Paul Schmidt), por lo que no se les incluye.
* Incluye conferencias, reseñas y notas en el boletín *A dos tintas* del mismo instituto.

De cualquier forma, esta concepción libresca distingue a los arqueólogos mexicanos de otros grupos científicos, cuyo intercambio horizontal se da justo por medio del artículo. Inclusive, es bien sabido que en otros campos científicos el libro es malquerido, y, por lo mismo, se reserva para fines divulgativos y manuales. Se podría afirmar entonces que la manufactura de libros arqueológicos es una herencia humanista muy arraigada, pero no del todo conciliable con el desarrollo de masas críticas de arqueólogos citándose en torno a un mismo tema, si bien el defecto se aminora por medio del uso de una temática más comprensiva, el mesoamericanismo, que liga a todas las variantes literarias de arqueología, lo que no deja de ser problemático por otras razones.

En términos prescriptivos, el criterio cientimétrico de "masa crítica" indica que no habrá una "comunidad científica madura" sin un número creciente de investigadores locales trabajando el mismo problema de manera interactiva, formal (escrita) e informal (redes de comunicación personales) (Lomnitz, *et al.*, 1987: 115). Desde este punto de vista, no abun-

dan las masas críticas entre arqueólogos. Abstrayéndonos de sus conflictos intestinos, la elaboración de libros retrasa su intercambio comunicativo durante varios años (súmese a ello la falta de revistas de investigación de gran impacto y de comunicación expedita). Sin embargo, sí existe algo que podríamos llamar "asamblea crítica", es decir, el congreso de discusión e intercambio fugaz de ideas. Algunas mesas redondas de la SMA han tenido esta función. También es el caso de simposios más modestos, digamos el "Taller de discusión de la cronología de Teotihuacan" (Teotihuacan, 24-27 de noviembre de 1993), que reunió arqueólogos de varias procedencias y nacionalidades, con intereses comunes en el tema. Está por verse si esas asambleas críticas se transforman en masas críticas. La larga experiencia de la SMA indica que no. Muchas de sus memorias y ponencias se han quedado inéditas, disipándose información y conocimiento. Pero no puedo dejar de remarcar a propósito de la comunicación formal tal como existe en este instante, el hecho de que, para el caso de Teotihuacan, medien de 5 a 10 años para comunicar los resultados, siempre en calidad de libros. Estoy pensando en los Proyectos Ciudad Antigua 1985-1988 del IIA y Teotihuacan 1980-1982 del INAH (Manzanilla *et al.*, 1993; Cabrera *et al.*, 1991; Morelos, 1993). Nótese asimismo la diferencia del lapso que separa el final de ambos proyectos con su respectivo *ex libris*: 11 años en el INAH y 5 en el IIA. Por otro lado, que Teotihuacan logre ser una masa crítica efectiva está seriamente constreñida por la espinosa competencia establecida entre el Proyecto Especial Teotihuacan 1993-1994 de Eduardo Matos, el Proyecto La Ventilla 1992-1994 de Rubén Cabrera y el Proyecto Túneles y Cuevas en Teotihuacan 1989-1995 de Linda Manzanilla.[149]

Una peculiaridad que he podido observar entre los arqueólogos universitarios es la calidad de sus informes técnicos dirigidos a instituciones externas como el INAH, el Conacyt, la National Science Fundation o la National Geographic Society. Los distintos públicos a que están dirigidos tales informes son la clave para entender su expresión final. Como ya dije, en el INAH estos informes rara vez se publican. Son sólo para los ojos de la jerarquía administrativa patrimonial, lo que desmerece muchas veces su calidad de presentación. Pero para los arqueólogos universitarios su redacción representa una exigencia adicional en su consecusión de prestigio y recompensas, pues de antemano saben que serán leídos y evaluados con tanto o más rigor que el resto de su producción literaria. La rivalidad política sostenida entre la arqueología gubernamental y la académica tiene pues un aspecto positivo: se traduce en lo que un estudioso califica como

[149] Véase capítulo 5 sobre este conflicto de prioridades.

una "tensión creativa", es decir, supone que para que una investigación sea productiva necesita de una apuesta y una cierta insatisfacción (Franklin, s.d.: 98).

Aunque esta tensión haya amainado a fechas recientes con la inclusión de tres representantes universitarios en el influyente Consejo de Arqueología del INAH, los informes técnicos universitarios suelen ser juzgados por sus opositores, aunque éstos hubieran sido sus maestros o condiscípulos durante su fase de socialización común. Con el tiempo, sus denuncias públicas contra esta arbitrariedad modificaron informalmente la estructura del consejo, pero prevalece el hecho de que sus informes deben exponerse ante los competidores o, en el mejor de los casos, dictaminadores. Para los arqueólogos del INAH hay cierta flexibilidad: si el informe de su primera campaña no es aprobado por el consejo, la Coordinación de Arqueología negará el presupuesto para la continuación del proyecto (Lorenzo, 1984: 94). Ésta es la teoría. En la práctica pesan mucho las relaciones personales de clientelismo con los consejeros –hay arqueólogos que deben por años informes al consejo–, si bien el uso interesado de esta informalidad nunca será admitida.[150] No obstante, también es practicada por algunos arqueólogos universitarios nacionales y extranjeros, que dependen del permiso del consejo para trabajar y obtener recursos en sus respectivas instituciones de origen. En consecuencia, la forma de redactar los informes y darles sustancia empírica es un requisito para nulificar cualquier argumentación en su contra, si no es que el enfrentamiento haya tomado un cariz personal que impida toda relación y hasta se prolongue en vetos y cancelación de proyectos, como ha ocurrido en efecto en las fluctuantes relaciones del INAH y el IIA.

Como quiera que sea, esta adversidad ha capacitado a los arqueólogos académicos para allegarse recursos extrauniversitarios. Es un lugar común decir que finalmente toda la arqueología mexicana es gubernamental porque hasta las universidades públicas reciben subsidios estatales (Lorenzo 1984:99). La verdad es que los medios al alcance de los arqueólogos universitarios (incluyendo los de universidades privadas) son menores comparados a los oficiales (los proyectos altamente intensivos siempre han sido gubernamentales) y que éste y otros obstáculos inducen a buscarlos por otros medios. Un fenómeno perfectamente apreciable desde 1992 es que organismos públicos como Conacyt y las fundaciones extranjeras

[150] Eufemistamente, algunos arqueólogos se quejan del "cabildeo" a que deben someterse con sus colegas del consejo y la administración patrimonial.

están canalizando mayores recursos hacia la institución universitaria.[151] En tal competencia, los arqueólogos del INAH están en desventaja en cuanto a méritos académicos, pero su incapacidad arranca desde la habilidad en la redacción de los informes y su distinto público. Como muestro en el cuadro 5, la orientación de los libros y artículos universitarios en parte sigue siendo, como en el INAH, para "consumo interno", luego, cientimétricamente, carecen de "visibilidad externa".[152] No obstante, cierta visibilidad

CUADRO 5

ORIENTACIÓN DE LAS PUBLICACIONES DEL IIA-UNAM, 1989-1991

	México		*Otro país*	
Autor	*Artículo*	*Libro*	*Artículo*	*Libro*
E. Rattray	5		1	2
A. Cyphers	2	2	2	
B. Fahmel	4	1	1	
G. Jiménez	3			
M.A. Ruiz	2			
M.D. Soto	2			
E. Vargas	11		2	
L. Manzanilla	8	5	4	
E. McClung	5		4	
C. Navarrete	4	2		
L. Ochoa	11	1		
Y. Sugiura	5		1	
Total	62	11	15	2

Fuente: *Informes anuales 1991. Arqueología*, IIA-UNAM.

Nota: Las discordancias con el cuadro 4 provienen de la diferencia entre publicación anual neta y productividad anual neta, que no coinciden; es decir, un artículo o un libro no se publican el mismo año en que se escriben. En los informes esta distinción no se hace porque los autores de los mismos desean resaltar su producción en general.

[151] En 1992 Conacyt asignó recursos a tres proyectos arqueológicos, uno originalmente universitario (Proyecto Xochimilco, de Carmen Serra Puche, antigua directora del IIAUNAM y hoy directora del MNA del INAH), y dos gubernamentales, a saber, el de la prehistoriadora Susana Xelhuantzi y el de Lorena Gámez, muy relacionado al de Serra Puche, ella misma evaluadora de Conacyt en el área de ciencias humanas. Como quiera que sea, en 1993 dos arqueólogas universitarias, Linda Manzanilla y Teresa Cabrero, obtuvieron también financiamientos del citado organismo (Conacyt, 1992). Por desgracia, hay indicios de que las pugnas personales se han contagiado al Conacyt, por lo que en 1995 el Proyecto Bolaños de Cabrero (*véase* capítulo 5 para mayor comprensión) fue rechazado, justo cuando el proyecto alcanzaba descubrimientos de gran visibilidad, lo que no es casual.

[152] El criterio de visibilidad es denotativo y se calcula de la relación entre publicaciones nacionales *versus* internacionales (Lomnitz *et al.* 1987: 116), otra vez asumiendo que la arqueología es mundial y equivalente en todo el orbe, afirmación por demás dudosa, según vimos en los capítulos previos.

externa se manifiesta en 15 artículos y dos libros publicados en Estados Unidos, España e Italia. He de aclarar que algunos arqueólogos del INAH siguen este patrón de publicación, pero son una minoría no cuantificada. A simple vista puedo mencionar a Eduardo Matos como ejemplo descollante de un autor del INAH ampliamente conocido en el extranjero, en especial desde el descubrimiento del Templo Mayor, hallazgo que, al mismo tiempo, ofrece rasgos equiparables a los de una masa crítica si se recuerda que suscitó no menos de 130 artículos, libros y hasta tesis profesionales (Matos, 1988: 162-166; López Luján, 1993: 34).

Con todo, no me atrevería a suscribir el juicio superficial de Octavio Paz cuando acusó a la arqueología mexicana de falta de presencia en las citas de los mayistas norteamericanos, pasando por alto el "coeficiente de la megalomanía científica nacional" (Rabkin), los obstáculos impuestos a toda la ciencia proveniente del sur (Gibbs), o el mucho más sutil fenómeno de la inconmesurabilidad comunicativa entre arqueologías dispares. A fuer de ser comprensivos, deberíamos considerar que el supuesto "subdesarrollo" o "falta de visibilidad externa" de la arqueología mexicana (según un prejuiciado criterio cientimétrico), comparte problemas muy parecidos a los del resto de las ciencias sociales, si es que damos crédito al análisis de citas del Social Sciences Citation Index. En el cuadro 6 he pretendido rela-

CUADRO 6

CITAS DE CIENTÍFICOS E INGENIEROS MEXICANOS SEGÚN LOS SCIENCE CITATION INDEX Y SOCIAL SCIENCES CITATION INDEX, 1980-1990

Año	*Ciencia y técnica (1)*	*Ciencias sociales (2)*	*2/1*
1980	1,147	139	12.1
1981	1,163	140	12.0
1982	1,022	180	17.6
1983	1,022	91	8.9
1984	1,096	75	6.8
1985	1,144	115	10.0
1986	1,230	121	9.8
1987	1,329	126	9.5
1988	1,510	145	9.6
1989	1,440	157	10.9
1990	1,344	136	10.1

Fuente: *Indicadores de las actividades científicas y tecnológicas 1993*, SEP-Conacyt, 1993: 78.

cionar la totalidad de citas reunidas por la ciencia y técnica mexicanas con la totalidad de citas de las ciencias sociales, entre 1980 y 1990. El resultado parece pobre a primera vista, pero hay que advertir que aún precisa correlacionarse con el número absoluto de científicos e ingenieros a nivel nacional para obtener una apreciación exacta. Con todo, me parece en algún grado indicativo de que las disciplinas científicas no son tan fácilmente comparables, descontando el hecho de que, por ejemplo, los arqueológos norteamericanos nunca se han interesado realmente "por informar a los colegas mexicanos de sus resultados", como afirma categórico Schmidt (1988: 409), luego de examinar 367 proyectos arqueológicos norteamericanos hechos en México.

Hacia una tipología clasificatoria de instituciones

Como consecuencia de lo antes asentado, hemos adoptado desde el principio de nuestra recolección de datos la clasificación de las instituciones arqueológicas según seis tipos comprensivos de toda la actividad arqueológica, tal y como se realiza en nuestro país, a saber:

a) instituciones de investigación;
b) instituciones de enseñanza;
c) instituciones de aplicación;
d) instituciones de divulgación;
e) instituciones de financiamiento;
f) instituciones profesionales.

Como puede observarse en los cuadros 7 a 11, esta clasificación permite ubicar a todos los arqueólogos activos profesionalmente, habida cuenta de que no existe el libre ejercicio de la arqueología en el mercado de servicios profesionales, lo que nos obligaría a una revalorización del parámetro institucional. De momento, pues, llamaré la atención sobre la incipiente diversidad institucional existente, a pesar de la omnipresencia del INAH en casi toda la tipología adoptada, lo que le hace aparecer como una institución multifuncional de extraordinaria complejidad en su estructura organizativa y territorial, sobre la que me detendré después. Con todo, persiste esa creciente diversidad institucional, que se manifiesta en estos cuadros como un fenómeno muy reciente que pudiera reflejar una limitación del propio INAH para seguir monopolizando este campo profesional, especialmente a nivel regional, como en efecto ocurrió luego de

CUADRO 7

INSTITUCIONES ARQUEOLÓGICAS DE INVESTIGACIÓN, LOCALIZACIÓN Y AÑO DE FUNDACIÓN

Instituto Nacional de Antropología e Historia/ Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Secretaría de Educación Pública (INAH/CNCA/SEP).	México, D.F. (con 27 centros regionales estatales).	1939
Instituto de Investigaciones Antropológicas/Universidad Nacional Autónoma de México (IIA/UNAM).	México, D.F.	
Instituto de Estudios Avanzados/Universidad de las Américas (IEA/UDLA).	Cholula, Pue.	1973
Instituto Jaliciense de Antropología e Historia/Universidad de Guadalajara (IJAH/UdeG)	Guadalajara, Jal.	1959
Departamento de Estudios del Hombre (antes Laboratorio de Antropología)/Universidad de Guadalajara (LA/UdeG)	Guadalajara, Jal.	1987
Instituto de Antropología/Universidad Veracruzana (IA/UV)	Jalapa, Ver.	1957
Centro de Investigaciones Históricas y Sociales/Universidad Autónoma de Campeche (CIHS/UAC).	Campeche, Camp.	1979
Centro de Estudios Antropológicos/El Colegio de Michoacán (CEA/Colmich).	Zamora, Mich.	

Fuente: Obtención directa.

CUADRO 8

INSTITUCIONES ARQUEOLÓGICAS DE ENSEÑANZA, LOCALIZACIÓN, AÑO DE FUNDACIÓN Y GRADOS ACADÉMICOS EXPEDIDOS

Escuela Nacional de Antropología e Historia/INAH (ENAH/INAH).	México, D.F.	1940	Especialidad de Arqueología (licenciatura).
Facultad de Antropología/Universidad Veracruzana (FA/UV).			División de Estudios Superiores (maestría y doctorado).
Facultad de Ciencias Antropológicas/Universidad Autónoma de Yucatán (FCA/UADY).	Jalapa, Ver.	1957	Especialidad de arqueología (licenciatura, antes maestría).
Instituto de Humanidades/Universidad Autónoma de Guadalajara (IH/UAG).	Mérida, Yuc.	1966	Especialidad de Arqueología (licenciatura).
Escuela de Ciencias Sociales/Universidad de las Américas (ESC/UDLA).	Guadalajara, Jal.	1972	Escuela de Antropología (licenciatura).
Facultad de Filosofía y Letras/UNAM (FFL/UNAM).	Cholula, Pue.	1947	Departamento de Antropología (licenciatura y maestría).
	México, D.F.	1959	División de Estudios de Posgrado (doctorado).

Fuente: Obtención directa.

CUADRO 9

INSTITUCIONES ARQUEOLÓGICAS DE APLICACIÓN, LOCALIZACION Y AÑO DE FUNDACIÓN

INAH/CNCA.	México, D.F.	1939
Dirección de Arqueología/Instituto Mexiquense de la Cultura (DA/IMC).	Toluca,Estado de México	1988
Departamento de Arqueología/Secretaría de Obras Públicas del Estado de Zacatecas (DA/SOP).	Zacatecas, Zac.	?
Dirección de Patrimonio Cultural/Instituto de Cultura de Tabasco (DPC/ICT).	Villahermosa, Tab.	?

Fuente: Obtención directa.

CUADRO 10

INSTITUCIONES ARQUEOLÓGICAS DE DIVULGACIÓN Y NÚMERO DE ESTABLECIMIENTOS

INAH/CNCA	Museos nacionales y metropolitanos (8)*
	Museos regionales (27)
	Museos de sitio y locales (98)
	Zonas arqueológicas (163)
Museos universitarios	Museo Regional de la Universidad Autónoma de Baja California
	Museo Regional de la Universidad de Sonora
	Museo de Antropología de la Universidad Veracruzana
	Museo de Arqueología de Occidente del IJAH/UdeG
	Museo Universitario de Antropología del IIA/UNAM
Museos privados	Centro Cultural Alfa
	Museo Amparo
	Museo Serfin
Museos estatales	Centro Cultural de Tijuana
	Museo de las Estelas Dr. Román Piña Chán
	Museo Biblioteca Pape
	Museo de las Culturas de Occidente María Ahumada
	Museo de Antropología e Historia Mexiquense
	Museo Arqueológico de Mazatlán
	Museo del Estado de Michoacán

Fuente: *Museos de México*, Editorial Jilguero, México, 1992; *Zonas Arqueológicas*, Editorial Jilguero, México, 1991; "Memoria de labores INAH 1983-1987. Museos y exposiciones-docencia", *Antropología*, 19, marzo-abril de 1988; *INAH. Indicadores de gestión, segundo trimestre, 1993*, p. 22.

*En rigor, de los ocho sólo uno es francamente arqueológico: el Museo Nacional de Antropología; el Museo del Templo Mayor está clasificado como museo de sitio.

CUADRO 11

INSTITUCIONES DE FINANCIAMIENTO DE LA ARQUEOLOGÍA Y AÑO DE FUNDACIÓN

INAH/CNCA, México, D.F.	1939
Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), México, D.F.	1971
Nacional Financiera, México, D.F.	1992
Fondo Nacional Arqueológico (FNA)	

Fuente: Obtención directa.

1972, cuando sus filiales regionales liquidaron a los institutos locales de antropología e historia que desde los años cuarenta habían aparecido en algunas entidades con apoyo de los respectivos gobiernos estatales.

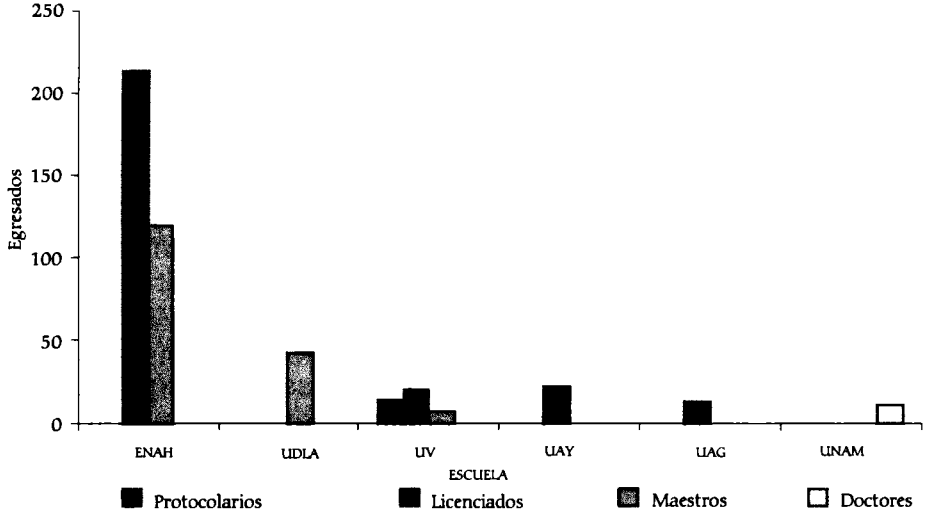
No basta decir entonces que el INAH es "una de las principales fuentes de trabajo" para los arqueólogos (García Valencia, 1993: 63) o que la arqueología como disciplina es un "monopolio del Estado" (Lorenzo, 1984: 99), toda vez que el verdadero monopolio reside en la administración del patrimonio arqueológico y en la asignación de permisos por parte del Consejo de Arqueología. En el mismo tenor, García Valencia ha aventurado la hipótesis de que la monopolización de la contratación de arqueólogos por el INAH coincide con la oferta de egresados de la ENAH (García Valencia, 1993: 63), relación de dudosa simetría y todavía menos clara en el resto de instituciones de enseñanza, que aparentemente prepararían desempleados, apreciación poco menos que infundada. Sin negar que es la institución con la mayor plantilla de arqueólogos, es preciso decir que no hay un pase automático de la ENAH al INAH, pues en ciertas regiones otras escuelas tienden a suplir la demanda de arqueólogos, a ese nivel cuando menos. Y aunque el monopolio estatal existe, no puede negarse tampoco la presencia de instituciones privadas de enseñanza como la UDLA, la cual es cada vez más activa en la competencia por los nuevos puestos de trabajo ofrecidos por el propio INAH y en los proyectos de misiones extranjeras, no contemplados aquí.[153] A esta competencia en un mercado profesional que se va abriendo poco a poco conforme crece la oferta de

[153] Ya que las arqueologías mesoamericanísticas o mexicanistas no son mi objeto de estudio, no puedo sino mencionar ejemplos como el del Proyecto Sayula de ORSTOM y la Universidad de Guadalajara (Schöndube, Emphoux y Palafox, 1991: 225-228; Emphoux, 1994), el cual ha atraído egresados de la maestría en arqueología de la UDLA (Acosta y Uruñuela, 1993). La presencia de éstos empieza a notarse también en algunos centros regionales del INAH (Puebla, p.e.), pero su alcance más amplio no está cuantificado.

otras escuelas y la demanda de las instituciones regionales receptoras, atribuyo la causa de que en las gráficas 1 y 2 se observe entre los egresados de la licenciatura de arqueología de la ENAH una acusada tendencia a la titulación, muy clara desde 1976, pero que alcanza su punto más alto en 1990. Junto con la UDLA, serían las universidades de Yucatán y Veracruz las que irían presionando al INAH como institución multifuncional, incluso mediante recursos no del todo reconocidos, como son los llamados "arqueólogos protocolarios" veracruzanos, que obtienen su título sin el requisito de tesis. Correcto o no, es un hecho de que estos arqueólogos han entrado también al mercado laboral.

GRÁFICA 1

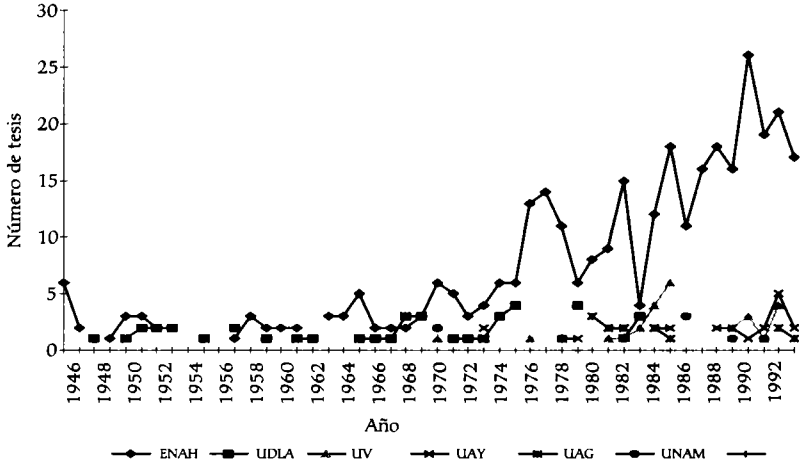
TOTAL DE ARQUEÓLOGOS EGRESADOS, 1946-1993



Lo que los cuadros 7 a 11 expresan con certeza es que el INAH ya no está sola como institución de gran escala como para dar cuenta cabal de todas las funciones de investigación, enseñanza, aplicación, divulgación y financiamiento, porque al lado de su constitución compleja han aparecido instituciones de menor envergadura pero unifuncionales, especialmente adaptadas para ciertos fines y espacios.

GRÁFICA 2

PRODUCCIÓN ANUAL DE TESIS DE ARQUEOLOGÍA, 1946-1993



¿ARQUEOLOGÍA DE INVESTIGACIÓN O DE APLICACIÓN?

Esta disyuntiva, que en las ciencias físicas y formales se expresa tajantemente como la clásica dicotomía de investigación básica *versus* instrumentalidad técnica, también existe en el seno de las arqueologías mexicanas, y hasta al interior del INAH, y, desde luego, en el resto de instituciones que hemos clasificado ora de investigación, ora de aplicación. Mientras en el INAH sus administradores han adoptado la política de subordinar la investigación a la aplicación (bajo la fórmula generalizada de "exploración y restauración"), en el resto de las instituciones la diferencia subsiste como sentidos divergentes de abordar la actividad arqueológica. No es casual que aparte del INAH, todas las instituciones de investigación arqueológica pertenezcan a matrices universitarias o académicas en general (correlato obvio en la enseñanza), en tanto que las instituciones de aplicación estén surgiendo ligadas a los gobiernos estatales con intereses muy focalizados al resguardo de su patrimonio cultural. En cierto modo, y a pesar de la administración patrimonial del INAH, esta divergencia de sentidos permanece como una tensión irresuelta en su interior, suscitando conflictos entre sus arqueólogos y los proyectos de alta y mediana intensidad que emprenden, si bien es claro que siempre termina por imponerse el cometido aplicado que justifica la existencia toda de la institución. En el siguiente capítulo examinaré con mayores detalles cómo se organiza la arqueología apli-

cada del INAH en relación con la estructuración y proceso de los proyectos arqueológicos, de modo que sólo agregaré que la estructura piramidal de la administración patrimonial del INAH está predispuesta para solucionar con verticalidad burocrática cualquier problema que obstaculice la realización de sus proyectos de descubrimiento de los monumentos nacionales.

El desarrollo complejo del INAH, que en cinco décadas (1939-1989) creció hasta sumar 417 unidades operativas de todo tipo, responde a cambios jurídicos y burocráticos auspiciados por la administración del patrimonio arqueológico, cuyos problemas de control se han ido haciendo agobiantes conforme transcurre el tiempo, lo que es, por otra parte, la consecuencia más obvia del monopolio patrimonial. En el capítulo anterior he examinado mejor el sistema jurídico patrimonial como para no abundar más en el asunto. Para la actual exposición bastará decir que en la Ley Orgánica del INAH de 1939 se establecieron cinco funciones institucionales, a saber:

1. exploración de zonas arqueológicas;
2. vigilancia, conservación y restauración de monumentos arqueológicos, artísticos e históricos;
3. investigación científica de los campos tangentes de la arqueología, historia, antropología y etnografía;
4. publicación de obras afines;
5. las demás que las leyes le confieren.

En cambio, para 1986, y a iniciativa de su director general, esta ley fue modificada. Con las reformas introducidas, las funciones se incrementaron a 21. De ellas, 12 se refieren a la actividad de restauración y conservación del patrimonio; cinco a la investigación; dos a la difusión, una a la docencia y otra más para dotarle de la concordancia jurídica necesaria (cfr. INAH 1963: 3-4; Olivé y Urteaga, 1988: 373-375). Se desprende de lo anterior que el INAH se ha ido concentrando más y más en torno a la función prioritaria de la conservación monumental. Las cifras de zonas arqueológicas abiertas, su custodia, su plantilla de arqueólogos y el crecimiento ostensible del personal burocrático-administrativo lo confirman sin lugar a dudas. Por ello donde mejor puede detectarse la causa original de toda la complejidad de esta institución es en el crecimiento de las zonas arqueológicas y en la plantilla de personal general y técnico involucrado en la atención del patrimonio (véanse cuadros 12 al 15). Puedo aseverar a continuación que la función práctica de exploración arqueológica llevada a cabo de 1922 a 1995 ha desembocado en un serio problema de manejo de las zonas arqueoló-

gicas, lo que explica el actual rechazo administrativo para nuevas exploraciones –que es una manifestación primaria de la actividad de investigación– y, en consecuencia, el constreñimiento de la arqueología en general a las zonas ya existentes. En ese orden de ideas, no me parece una coincidencia que las prescripciones del Consejo de Arqueología del INAH se hayan ido haciendo más y más constrictivas conforme decrece el ritmo de expansión de las zonas arqueológicas. Su fricción abierta o velada con las arqueologías académicas nacionales y extranjeras devienen de una y la misma causa evidente: éstas representan, tarde o temprano, problemas administrativos patrimoniales, ya que todo vestigio, una vez investigado, pasa a constituir para la arqueología patrimonial del INAH una exigencia adicional en recursos humanos, financieros y logísticos

CUADRO 12

ZONAS ARQUEOLÓGICAS BAJO CUSTODIA DEL INAH, 1932-1995

Año	*Zonas*	*Personal de custodia**
1932	22	52
1942	43	66
1952	57	71
1962	81	212
1972	108	944
1982	122	1,526
1992	155	n.d.
1995	163	n.d.

Fuente: *El INAH. Funciones y labores*, 1962: 36-37; *Memoria de labores, 1977-1979*, 1980: 135-136; "INAH. Evaluación y desafíos", *Antropología*, 23, 1988: 14 y 29; "Proyectos especiales de arqueología", *Arqueología Mexicana*, 7(2): 82-84,1994.

*Las cifras incluyen personal de custodia de museos y zonas.

CUADRO 13

PLANTILLA TOTAL DEL INAH POR FUNCIONES, 1977-1993

Función	*1977*	*1979*	*1983*	*1989*	*1990*	*1993*
Directivo	-	-	236	320	320	325
Confianza	-	-	154	412	414	377
Administrativo	1,433	2,384	3,124	3,429	3,523	2,909
Arq. y rest.	-	-	289	309	371	278
Docente	83	141	509	377	409	-
Investigación	343	408	611	647	677	760

Fuente: INAH *1984. Segunda Reunión Anual de Evaluación*, 1985: 314-315; *Manual estadístico de los resultados de la gestión institucional (periodo 1983-1988)*, 1989, f. 133; "INAH. Evaluación y desafíos", *Antropología*, 23, 1988: 7; INAH. *Indicadores de gestión. Segundo trimestre, 1993*, 1993: 31.

CUADRO 14

PLANTILLA DE INVESTIGACIÓN DEL INAH POR ESPECIALIDAD, 1977-1993

Especialidad	*1977*	*1979*	*1983*	*1994*
Arqueología	125	138	271	306
Historia	109	160	182	191
Antropología. Social/Etnología	78	79	106	120
Antropología física	16	20	32	31
Lingüística	15	11	20	24
Etnohistoria*	–	–	–	12

Fuente: *Memoria de labores 1977-1979*, 1980: 132; *INAH 1983. Situación general*, 1984: 86; "INAH. Actividades realizadas, 1983-1986", *Antropología*, 11, 1986: 32; "INAH. Evaluación y desafíos", *Antropología*, 23, 1988: 7; *X Evaluación de Personal Académico del INAH*, 1994.

*Las fuentes no separan esta especialidad de la historia a pesar de que el Departamento de Etnohistoria (hoy Dirección) fue creado a mediados de 1977, por lo que no puede confundirse con la Dirección de Historia.

CUADRO 15

ARQUEOLÓGOS DEL INAH SEGÚN UBICACIÓN, 1993

Dependencia	*Número*
Coordinación Nacional de Centros Regionales	138
Subdirección de Estudios Arqueológicos	50
Subdirección de Salvamento Arqueológico	50
Subdirección de Servicios Académicos	16
Subdirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas	12
Subdirección de Arqueología del Museo Nacional de Antropología	11
Escuela Nacional de Antropología e Historia	8[1]
Museo del Templo Mayor	8
Dirección de Restauración del Patrimonio	5
Zona arqueológica de Teotihuacan	3
Museo Nacional de Historia	1
Museo Nacional de las Culturas	1
Museo Regional de La Laguna	1
Coordinación Nacional de Museos y Exposiciones	1
Coordinación Nacional de Monumentos Históricos	1
Total	306[2]

Fuente: *X Evaluación de Personal Académico del INAH. Resultados finales*, 1994.

[1]Incluye solo docentes de tiempo completo, no así los contratados semestralmente ni con plaza en otra dependencia del INAH.

[2]No incluye un número indeterminado de arqueólogos adscritos a las direcciones de Etnología y Antropología Social, Etnohistoria y al Departamento de Arqueología Subacuática. La fuente usada está basada en autoevaluaciones individuales, lo que implica que hubo la opción personal de elegir la identidad disciplinaria. Así, los arqueólogos de la ENAH se evaluaron como docentes, no como arqueólogos. Su orientación responde a los estímulos económicos ofrecidos por el INAH a sus docentes de la ENAH y a la Escuela Nacional de Restauración. No es claro qué ocurre con los demás, pero es factible suponer una estrategia de retirada a la docencia o a la investigación.

(mantenimiento, protección, supervisión, etcétera) como zonas arqueológicas indeseadas y no siempre monumentales.

El cuadro 15, además de mostrar que la mayor parte de los arqueólogos del INAH están ubicados en provincias, y que, para fines de atención al patrimonio arqueológico requieren de una planta técnica similar a las entonces subdirecciones de Estudios Arqueológicos y Salvamento Arqueológico,[154] su distribución territorial podría ser tomada como un indicador indirecto del éxito o fracaso de algunas fórmulas de desarrollo regional de la arqueología aplicada y de investigación. La primera alternativa es factible siempre que coincidan tres factores, a saber: una ingente necesidad regional de atención patrimonial, la preocupación local por atenderla (incluyendo la presencia de un plantel escolar que imparta arqueología) y la habilidad estratégica de los actores regionales para no entrar en abierta competencia con el INAH. En el Estado de México, por ejemplo, el Centro INAH sólo dispone de cinco arqueólogos. Si bien son 16 las zonas exploradas, en 1988 el *Atlas Arqueológico Nacional* arrojó un total de 1,081 zonas potencialmente existentes (INAH, 1989: f. 34). Frente a esto, lo que ha hecho la DA/ICM es desarrollar proyectos independientes de los del Centro INAH, que de todos modos no puede atenderlos.[155] La misma estrategia ha sido adoptada por el IA/UV con el Centro INAH Veracruz (con 10 arqueólogos, 228 zonas potenciales y 11 atendidas efectivamente) (INAH, 1989: ff. 35 y 43). En Yucatán la adaptación regional ha sido parecida, pero asimismo exitosa.

Como se sabe, el Instituto Yucateco de Antropología e Historia, fundado en 1959, se transformó en la Escuela de Ciencias Antropológicas de la UAY, hoy Facultad de Ciencias Antropológicas (Barrera, 1988). En 1973 se creó el Centro Regional del Sureste, el que siempre mantuvo estrechas relaciones con la ECAUAY, a pesar de los conflictos personales entre arqueólogos gubernamentales y académicos. En el presente, la mitad de los 20 arqueólogos del Centro INAH Yucatán son egresados de la misma universidad y, de hecho, la demanda actual (1992-1994) de profesionales supera la oferta de egresados, si bien en calidad de contrataciones temporales para llevar a cabo los proyectos especiales del sexenio pasado en esa región. Sin embargo, persiste el diferencial: son 17 las zonas arqueológicas explo-

[154] Desde 1995, la estructura organizativa de la arqueología del INAH ha aumentado un rango más a su jerarquía: las subdirecciones se han convertido en direcciones y éstas engloban unidades operativas menores, aumentando sensiblemente los cargos administrativos a cada nivel; véase siguiente capítulo al respecto.

[155] La cercanía de Toluca al Distrito Federal parece haber inhibido por algún tiempo el desarrollo de la enseñanza de la arqueología. Con todo, la Escuela de Antropología de UAEM de tiempo en tiempo atrae arqueólogos para su planta docente, por lo que no sería extraño despuntara en ella otra arqueología universitaria. Desarrollos similares se observan en la Universidad de Guadalajara y en El Colegio de Michoacán.

radas por el INAH y 1,582 las zonas por explorar (INAH, 1989: ff. 35 y 43; Velázquez *et al.*, 1988).

Antes de pasar a establecer algunas comparaciones entre las instituciones de investigación y las de aplicación de la arqueología, es preciso esclarecer en qué consiste bien a bien la actividad aplicada de los arqueólogos del INAH, razón por lo que más adelante, en el cuado 17, se aprecia una curiosa incoherencia, ya que ahí se establece que de 306 arqueólogos de planta, únicamente 149 poseen proyectos registrados ante el Consejo de Arqueología.[156] ¿Qué hace el restante 49 por ciento? Veamos. Un número indeterminado de arqueólogos (que probablemente coincida con los 50 adscritos a la ex Subdirección de Estudios Arqueológicos) se ocupa de lo que en la jerga técnica oficial se conoce como la "intervención física en zonas y sitios arqueológicos", es decir de las labores de mantenimiento, consolidación, exploración, investigación, erección de museos de sitio y restauración, precisamente en ese orden de importancia, cuando menos en lo que toca al periodo 1983-1988, el único para el que se han filtrado cifras exactas. De acuerdo con las cifras del cuadro 16, las actividades de tipo técnico dominan sobre las intelectuales, las que están colocadas no en un segundo, sino en un tercer plano de prioridades efectivas.

CUADRO 16

INTERVENCIONES FÍSICAS EN ZONAS Y SITIOS ARQUEOLÓGICOS ENTRE 1983-1988

Mantenimiento		*Consolidación*		*Exploración e investigación*		*Museos*		*Restauración*	
Núm.	*%*	*Núm.*	*%*	*Núm.*	*%*	*Núm.*	*%*	*Núm.*	*%*
138	48.4	64	22.4	55	19.3	16	5.6	12	4.2

Fuente: *Manual estadístico de los resultados de la gestión institucional (periodo 1983-1988)*, 1989, ff. 23-33.

Otro grupo técnico, más o menos coincidente con los 138 arqueólogos distribuidos en cantidades variables entre los 28 centros regionales estatales, es el que se ocupa de otra actividad técnica poco visible, denominada como "protección técnica y legal de la conservación del patrimonio", la cual

[156] La cifra de proyectos arqueológicos en marcha durante 1988 deriva de registros del antiguo Archivo Técnico de Monumentos Prehispánicos, publicados bajo el título "Proyectos arqueológicos en curso" (*Arqueología*, 3-5, 1988); sin embargo, según otra fuente oficial de la época (INAH, 1989: f. 3) los proyectos eran 171 en el mismo año. Por desgracia carezco de nuevas cifras actualizadas que permitan su contrastación.

tiene que ver con la atención de inspecciones, dictámenes, denuncias, supervisiones, etcétera. Esta actividad difícilmente podría cuantificarse ya que en las fuentes publicadas por el INAH se mezcla la misma actividad con la desarrollada por 278 arquitectos y restauradores, y dirigida hacia 105 inmuebles posteriores al siglo XVI en los centros históricos de varias ciudades. Sólo para darnos una idea de la importancia de esta actividad aplicada, de plano rutinaria, debo recordar que hasta mediados de 1993 se realizaron, por arqueólogos y arquitectos, 224 inspecciones técnicas y 1,103 legales; 833 dictámenes técnicos y 962 legales; 330 denuncias y 1,088 supervisiones (INAH, 1993: 15). Un indicador suplementario aunque parcial lo facilita la Dirección de Salvamento Arqueológico, cuyas labores de atención a denuncias, peritajes y rescates propiamente dichos han ido creciendo aceleradamente entre 1989 y 1994. De hecho, sus 59 proyectos de investigación derivan de inspecciones previamente realizadas, es decir, de reportes de afectación y saqueo de vestigios arqueológicos.[157]

Habría que aclarar de inmediato que en todas las dependencias del INAH los arqueólogos pueden, en teoría, desarrollar proyectos de exploración en zonas monumentales, pero siempre de modo suplementario a las funciones prioritarias institucionales de conservación o protección del patrimonio antiguo. En resumen, la discordancia entre la planta total de arqueólogos y los proyectos efectivos de "exploración y restauración" es comprensible dentro de la lógica interna de esta arqueología aplicada, conservadurista por definición y técnica para efectos prácticos. Como confirmación de este aserto he de recordar que en un estudio recabado en 1982 se descubrió la misma discordancia: de 269 arqueólogos de planta sólo había registrados 95 proyectos que involucraban a 127 arqueólogos, 47.2 por ciento del total, estableciéndose además que había departamentos donde no se realizaba investigación alguna, pero sí una dedicación de tiempo completo al mantenimiento, restauración y catalogación del patrimonio monumental (Braniff *et al.*, 1983: 40- 42), fenómeno que ahora imputo definitivamente a las intervenciones físicas y a la protección técnico-legal.

A continuación, en el cuadro 17 he reunido información tanto de instituciones de investigación como de aplicación (es decir, de conservación monumental), a sabiendas de su carácter contradictorio. La idea en todo caso es resaltar las diferencias en recursos humanos y materiales de con-

[157]En este periodo, la Dirección de Salvamento ha atendido a 544 denuncias, 32 peritajes y 121 rescates; *Algo más de Salvamento Arqueológico*, 8 de diciembre de 1994.

junto. Con ello podemos apreciar que si bien el INAH cuenta con la planta más elevada de arqueólogos, sólo la mitad de ellos está involucrada en la realización de proyectos, así sean bajo la modalidad de aplicación y sólo eventualmente de investigación. En cambio, el IIA/UNAM, con una plantilla comparativamente reducida, tendría sólo a dos arqueólogos dedicados a otras funciones que no son las de investigación (están dedicados a labores editoriales), que es su cometido primario, como es también el caso del IA/UV, ambos institutos universitarios plenamente abocados a investigar y donde rara vez se exige a los arqueólogos desempeñar actividades técnicas, muy características de la arqueología del INAH y de las instituciones aplicadas a la protección del patrimonio antiguo. En general, es cierto, la tabla induce una imagen de desproporción entre el INAH y el resto de las instituciones consignadas. Pero no pueden ignorarse los matices apuntados.

CUADRO 17
CUADRO COMPARATIVO DE INSTITUCIONES DE INVESTIGACIÓN Y APLICACIÓN ARQUEOLÓGICAS EN 1993

Institución	*Arqueólogos de planta*	*Revistas*	*Proyectos*	*Series de publicación*
Investigación				
INAH/CNCA	306	6	149	22
IIA/ UNAM	15	2	13	2
IEA/UDLA	1	–	1	–
IJAH/UdeG[1]	2	–	–	–
LA/UdG[2]	2	1	1	–
IA/UV	8	2	8	–
CIHS/UAC	1	–	1	–
CEA/Colmich	2	1	n.d.	n.d.
Aplicación				
DA/IMC	2	1	n.d.	n.d.
DA/SOP-Z	1	n.d.	1	n.d.
DPC/ICT	–	1	–	–

Fuente: Cuadros anteriores.
[1] Dos estudiantes de la maestría de la ENAH estaban por reactivar la Sección de Arqueología del IJAH.
[2] Arqueólogos no adscritos al Laboratorio, sino al Proyecto Cuenca de Sayula; tres asistentes más estaban pendientes de contratación.

Aunque las cifras anotadas parecen concluyentes, pueden ser engañosas. Por ejemplo, en el cuadro 1, tres de las revistas editadas por el INAH son de orientación regional, dos de consumo interno (boletines) y una más es de divulgación y no de investigación. Por lo que se refiere a sus 22

series (tres de ellas básicas: las colecciones Científica, Arqueología y Prehistoria), llama la atención lo desigual de todas ellas, con un crecimiento desproporcionado de sus publicaciones divulgativas. Lo anterior no quiere decir que en el IIA/UNAM el cometido de investigación perviva en mejores condiciones. Ahí, no hace mucho una de sus revistas (*Antropológicas*, segunda época) cesó de ser una publicación especializada para mutar a mixta, que es también la línea de su reconocido anuario.[158] Su edición de colecciones arqueológicas son en cambio más estables (Arqueología y Antropología y Técnica), aunque esta última parezca estancada. Aparentemente las cosas serían distintas en el IA/UV, pero sus arqueólogos se quejan de que su universidad carece de colecciones para la publicación de reportes de mayor aliento que los artículos.

Donde sí es bien evidente la superioridad del INAH es en la arqueología aplicada, en comparación de las otras tres instituciones abocadas a esta clase de actividad. Al respecto hay que decir que desde 1972, por razones legales ya referidas en el capítulo anterior, el INAH extendió su monopolio proteccionista a todo el país, lo cual inhibió algunos brotes regionales de arqueología aplicada. Antes de esa fecha, entre 1940-1960, en Puebla, Yucatán, Veracruz, Jalisco y otros estados hubo esfuerzos por parte de sus gobiernos para atender esa necesidad. Pero mientras en Veracruz el IA/UV tuvo el acierto de ligarse desde temprano a la estructura universitaria, en Puebla y Jalisco los esfuerzos menguaron. Hoy, por ejemplo, el IJAH/UDEG es un ejemplo ostensible de la desigual competencia establecida entre el poder federal y el gobierno estatal, por lo que no es atrevido decir que este instituto es una especie de reliquia del pasado, que sobrevive letárgicamente gracias a que la UDG se ha olvidado que existe dentro de su estructura, ya que no aparece en sus directorios ni en el Censo de Personal Académico aplicado en 1987 (Villa, 1993). Irónicamente, la desaparición del Laboratorio de Antropología de la misma universidad –que en colaboración del Institut Francais de Recherche Scientifique pour le Developpement en Cooperation (ORSTOM), era responsable del Proyecto Cuenca de Sayula–, coloca al IJAH en una posición ventajosa a nivel regional... si tuviera la capacidad para expandirse dentro de la UDEG y sin indisponer al INAH en su contra.[159]

Como quiera que sea, es claro que el esfuerzo más serio para desarrollar una arqueología aplicada desde una perspectiva regional lo representa

[158] Entiendo que, tras su segunda época (1992-1993), *Antropológicas* está siendo reorganizada, probablemente bajo un nuevo nombre.

[159] Lo que ocurrió es que el Laboratorio de Antropología se convirtió en Departamento de Estudios del Hombre, con un equipo de arqueólogos más consolidado. En el presente se discute la estructuración de una Maestría en Estudios Mesoamericanos.

la Dirección de Arqueología del Instituto Cultural Mexiquense, donde temporalmente se han llegado a emplear hasta 11 arqueólogos para atender algunas de las zonas arqueológicas del estado. Asimismo, un caso digno de mencionar es el incipiente Centro de Estudios Arqueológicos y Geográficos de El Colegio de Michoacán, que apenas cuenta con tres arqueólogos adscritos, pero que se ha impuesto la conservación de una zona arqueológica en La Piedad.

Adelantándome a su tratamiento, debo decir en el mismo orden de ideas que la creciente diversificación institucional mostrada por los cuadros 7 a 9 se da precisamente a nivel regional y en cierto modo representa una segunda oleada de expansión, tras el fracaso de los institutos regionales. De ser correcta esta apreciación, tanto las escuelas como los centros de investigación o de aplicación ubicados en este contexto tienen posibilidades de ir desarrollándose al margen del INAH, nunca en contra de él. Dos conflictos recientes, ampliamente documentados por la prensa y las revistas políticas, muestran de modo fehaciente cómo la competencia de prioridades con el INAH por el control de una zona arqueológica puede significar una desgastante pugna de poder y la ulterior eliminación del campo profesional. Me refiero a los casos de Jeffrey Wilkerson de la National Geographic Society en Filobobos, Ver., y de Joaquín Muñoz de la Fundación Eduard Seler en Tantoc, S.L.P. Ambos proyectos están ahora en manos de arqueólogos oficiales, luego de fuertes polémicas con sus iniciadores.[160] Nótese, además que no es fortuito que sea el monopolio estatal del pasado el que se impone a las iniciativas privadas de investigación individual, tal como viene ocurriendo desde finales del siglo XVIII.

Evitar un frontal choque de prioridades con la administración central patrimonial, con una posición afianzada en una riqueza arqueológica desatendida y con el personal profesional a la mano, puede ser la estrategia clave de la arqueología regional que se está abriendo paso lentamente en nuestro país. En ese sentido, la FCA/UADY tiene ante sí todo un cúmulo de posibilidades en el sureste del país, ya que no hay otra escuela de arqueología en toda el área maya. Algo parecido puede ocurrir en la UDEG para el occidente y el noroeste, pues todo parece indicar que la UAG no está dispuesta a estimular una expansión de su pobrísima escuela, acción que no necesariamente es achacable a su origen privado, ya que en Cholula,

[160]Cfr. Gerardo Ochoa, "Pormenores de la historia donde el INAH descalifica al arqueólogo Wilkerson sobre el rescate de Filobobos", *Proceso*, 828, septiembre de 1992: 52-53; Gerardo Ochoa *et al.*, "El INAH y la sociedad civil: varas y medidas", *Este País*, 32, noviembre de 1993: 22-23.

otra empresa universitaria, la UDLA, ha sido lo bastante perceptiva como para crear una oferta profesional bien preparada en sus aulas. Diera la impresión de que a diferencia de los obtusos empresarios jalicienses, los propietarios de la UDLA se han sensibilizado del problema porque les resulta físicamente inmediato: todo el asentamiento actual de Cholula yace sobre un asentamiento prehispánico. Tanto así, que en la actualidad sus alumnos se ejercitan excavando en el propio *campus* universitario (Suárez, Plunket y Uruñuela, 1990 y 1992), privilegio inusual sólo comparable a la zona arqueológica de Cuicuilco para la ENAH.

Saldos de la enseñanza de la arqueología

Un factor independiente que está conduciendo al desarrollo paralelo de arqueologías en los ámbitos regionales es la persistente oferta de arqueólogos que presionan sobre un mercado profesional constreñido por la coyuntural y restringida demanda del INAH. En efecto, ya en otro lugar habíamos observado que la instauración del monopolio patrimonial del INAH había propiciado luego de 1972 la rápida contratación de arqueólogos, a una tasa pasmosa del 29.4 por ciento entre 1977-1990 (Vázquez, 1995: 318), hasta llegar a la actual cota de 306, límite a partir del cual la demanda se vuelve incierta. Es revelador, entonces, que el auge motivado por los proyectos especiales de alta intensidad haya generando una demanda temporal (1992-1994) entre los arqueólogos, produciendo reacciones un tanto desconcertantes desde la óptica del empleo. Esto lo pude observar en Yucatán. Hasta 1993, la FCA/ UADY había generado 22 graduados y 91 pasantes de licenciatura en arqueología, pero sólo 10 de los cuales tenían un puesto permanente en el Centro INAH. Una estudiosa del comportamiento ocupacional de los noveles arqueólogos yucatecos me hizo notar la reticencia de los egresados locales para incorporarse como personal de trabajo de la serie de proyectos derivados de la Ruta del Mundo Maya y otros de gran envergadura.[161] Su negativa estaba originada por el carácter coyuntural del empleo, de manera que para muchos de ellos resultaba racional buscar empleos más atractivos fuera de la arqueología yucateca que dentro de ella (en Campeche, p.ej.), y hasta fuera de la profesión en sí. Como luego me confirmó Alfredo Barrera –director del INAH en Yucatán–, para los directivos de la gran arqueología parece inconcebible que los arqueólogos locales no cubran la demanda regional existente, por lo que

[161] Agradezco a María Candelaria Ku Cuc (y su tutor, Rafael Cobos) permitirme consultar los avances de su tesis sobre la condición de la arqueología yucateca.

han recurrido a la contratación de estudiantes egresados de la FA/UV en Jalapa. Éstos, por su parte, ya duplican al número de titulados yucatecos y han cubierto holgadamente la propia demanda propiciada por el Centro INAH Veracruz, el Instituto de Antropología de la UV y los famosos megaproyectos de Tajín y Filobobos, que no obstante estar controlados por el INAH, están compuestos por arqueólogos veracruzanos.

En el cuadro 18 hemos vertido algunas de las cifras más evidentes de la enseñanza de la arqueología en México, de acuerdo con los planes de estudio vigentes en cada institución –que son desiguales en detalles y tiempos–, pero que dan una idea bastante aproximada de su situación presente. La principal diferencia estriba en la columna 4 (alumnos titulados), ya que no comprende el mismo periodo bajo estudio; esto se percibe con mayor claridad en las gráficas siguientes a propósito de las tesis profesionales y su ritmo anual (véase gráfica 2). Para la columna 2 de el cuadro en cuestión (alumnos inscritos), hemos procurado ajustarnos al último plan de estudios en vigor en cada caso, el cual varía entre los 3.5 años (caso de la EA/UAG) y los 4.5 años (caso de la ENAH/INAH). Las columnas 4 y 5 pretenden remediar esta disparidad, pero no siempre han estado disponibles los datos. En cuanto a la columna 1, conviene explicar que sólo capta a los docentes de tiempo completo, por ser aleatorio el número de profesores a contrato para dictar una materia en particular. Además, en el caso del doctorado de la UNAM, los ocho docentes son en realidad tutores e invariablemente investigadores del IIA/UNAM. Aun así, los hemos anotado.

CUADRO 18

ENSEÑANZA DE LA ARQUEOLOGÍA SEGÚN PLANES DE ESTUDIO VIGENTES EN 1993

Institución		*Docentes*	*Alumnos*			*Revistas*	*Investigaciones*
			I	*E*	*T*		
ENAH/INAH*	Licenciatura	5	408	n.d.	213	1	5
	Maestría	3	28	17	119		4
FA/UV	Licenciatura	3	10	n.d.	31	2	2
FCA/UADY	Licenciatura	2	17	129	22	1	1
EA/UAG	Licenciatura	2	9	38	13	–	–
DA/UDLA	Licenciatura	4	n.d.	40	n.d.	1	4
	Maestría		n.d.	21	42		
IIA/FFL/UNAM	Doctorado	8	5	n.d.	11	2	8

Fuente: Obtención directa.

Nota: I (Inscritos), E (Egresados) y T (Titulados).

*En el periodo de estudio la ENAH estableció su propio doctorado en antropología, incluyendo la especialidad de arqueología.

El cuadro requiere otras precisiones relativas a la consistencia de la información recogida en el campo. En la intersección de la línea 1 y las columnas de alumnos inscritos en su licenciatura y maestría no coinciden con la columna de alumnos titulados. Esta última cifra fue tomada de nuestra base de tesis en total. Al respecto conviene aclarar que en la ENAH el grado de maestría fue concedido entre 1946-1982 gracias a un convenio de intercambio académico suscrito entre esa escuela y la UNAM en 1959, pero roto en 1970. Por esa razón, entre 1970-1982 vemos decrecer el número de arqueólogos a los que la UNAM siguió otorgando la maestría retroactivamente (siempre que se hubieran inscrito antes de 1971). Para el periodo 1977-1993, por el contrario, la titulación tiende a concentrarse en la licenciatura. Empero, en 1988 la ENAH estableció su propia maestría en arqueología, que no obstante haber tenido tres ingresos bianuales (que es el total de alumnos inscritos), no ha obtenido ninguna titulación. Así las cosas, los 119 arqueólogos con maestría registrados como alumnos titulados no corresponden a la actual maestría, sino a la ya desaparecida (1959-1970); sin embargo, tampoco corresponden en tiempo a los 213 licenciados que desde 1977 se han graduado con llamativa celeridad, hasta 1993. Un problema de clasificación similar tenemos en el caso de la FA/UV, donde siguiendo el esquema de la ENAH, en sus inicios concedió siete grados de maestría entre 1969-1985; sin embargo, desde 1981 se viene otorgando la mera licenciatura, aunque valga decirlo, es la única escuela donde están otorgando la titulación sin el requisito de la tesis. Entre 1989-1993 se ha reconocido la titulación de 14 estudiantes "protocolarios", es decir, que se han ganado el título con promedios de calificación u otros estudios equivalentes, de manera que su registro total de egresados incluye estos tres rubros tan dispares. La gráfica 2 trata de corregir estos problemas de los registros y sus tiempos efectivos de realización, anualizándolos.

Una confusión similar se observa en los registros del DA/UDLA, heredero de una institución tan antigua como la ENAH. Me refiero al Mexico City College, fundado en 1940, para luego cambiar, en 1963, al de Universidad de las Américas. Ahí, su Departamento de Antropología comenzó en 1947 a impartir cátedras en antropología cultural y arqueología, esquema bimodal que hasta la fecha conserva (Limón, 1988). La columna de alumnos titulados no distingue sin embargo entre licenciados y maestros, por lo que confunde su lectura, empero la directora del propio departamento no se mostró dispuesta a poner al día sus registros como para aclararnos la diferencia. Aún así, las tesis que tenemos registradas son en su mayoría de

maestría y, a diferencia de la ENAH, tienden a ser recientes, un fenómeno inverso al de esta escuela, lo que explica, creo yo, la creciente competividad de los egresados de la UDLA en un mercado laboral estrecho e inundado de pasantes y licenciados. Además, cuando los registros de la UDLA puedan ser divulgados, podremos determinar con exactitud cuántos de esos maestros realmente ingresaron a las arqueologías mexicanas, ya que el único registro de sus tesis disponible indica que, de 42 titulados entre 1948 y 1983, solo dos arqueólogas ingresaron en las instituciones de investigación y enseñanza, mientras que el resto –casi todos de nacionalidad norteamericana– al parecer regresaron a su país de origen.[162]

Finalmente, los cuadros 19 y 20 indican que éste es en un campo disciplinario obviamente dominado por los profesionales de mediano y bajo nivel (licenciados y pasantes de licenciatura y un número considerable de maestros), que en conjunto representan 97.5 por ciento del total de 447 arqueólogos titulados en todos los planteles y a todos los niveles de estudio entre 1946-1993, destacando por ende la escasa presencia de los arqueólogos de alto nivel académico con grado doctoral, y que hasta ahora provienen casi todos de la UNAM. Es aquí donde mejor se aprecia claramente el impacto de la tecnificación profesional impuesta a la arqueología en general por parte de la administración patrimonial monopólica, para la que evidentemente el desarrollo académico o científico de la misma es menospreciable para sus fines monumentales prioritarios. Un indicador indirecto del mismo impacto lo encontramos en el escaso número de arqueólogos adscritos al SNI, que en 1990 sumaban 31, esto es, 22.5 por ciento del total de antropólogos (138) miembros de esa institución, y sólo 2.7 por ciento de todos los miembros provenientes de las ciencias sociales y humanidades (1,141) en el mismo año. Más aún, esta repercusión de la tecnificación se remonta hasta provocar un desinterés generalizado por hacer carrera en la investigación de altos vuelos. El aprecio que se observa por la titulación en la licenciatura responde en lo inmediato, como ya establecí, a la creciente competencia en la oferta educativa a ese nivel, por lo que no parece continuar en las maestrías y doctorado. Cabe hacer notar otro factor independiente: la jefatura de proyecto puede asignarse lo mismo a un licenciado que a un doctor, por lo que conseguir un posgrado puede ser ornamental para los arqueólogos activos.

[162] Me refiero a Evelyn Rattray (investigadora en el IIA/UNAM) y Gabriela Uruñuela (actual directora del DA/UDLA) (García Valencia, 1989: 131-135). La actitud evasiva de la directora me ha impedido mensurar el ingreso de sus egresados al INAH y otros proyectos, aparte del Centro INAH Puebla y el Proyecto Sayula de ORSTOM-UdeG, ya citados.

CUADRO 19

TESIS DE ARQUEOLOGÍA POR INSTITUCIONES EDUCATIVAS Y GRADO, 1946-1993

Institución	*Grados*	*Número*	*Porcentaje*
IIA/UNAM	Doctorado	11	2.4
ENAH/INAH	Maestría	119	25.8
	Licenciatura	213	46.2
FA/UV	Maestría	7	1.5
	Licenciatura	20	4.3
	Protocolarios	14	3.0
EA/UAG	Licenciatura	13	2.8
FA/UAY	Licenciatura	22	4.7
DA/UDLA	Maestría	42	9.1
Total		461	99.8

Fuente: Obtención directa.

CUADRO 20

TOTAL DE TESIS DE ARQUEOLOGÍA POR GRADO

Grado	*Número*	*Porcentaje*
Licenciatura	268	59.9
Maestría	168	37.6
Doctorado	11	2.5

Fuente: Cuadro 19.

CUADRO 21

ARQUEÓLOGOS MIEMBROS DEL SNI EN 1990

Institución	*Número*	*Porcentaje*
CIHS/UAC	1	3.2
IIE/UNAM	1	3.2
IEA-DA/UDLA	2	6.4
IA-MA/UV	2	6.4
IIA/UNAM	10	32.2
INAH	15	48.4

Fuente: *Sistema Nacional de Investigadores. Directorio 1990*, 1991: 60-64.

Según pudimos apreciar en nuestras entrevistas en la UNAM, el bajo índice de egresados de su programa de doctorado tiene que ver con problemas internos de desorganización del mismo entre 1965–1991, pues hubo

lapsos en que el programa fue suspendido y aun traspasado de la Facultad de Filosofía y Letras al Colegio de Ciencias y Humanidades.[163] Este descontrol coincide con bajos índices de titulación y, según me comentaron, con el fenómeno de que muchos doctorantes provenientes del INAH hayan optado mejor por la carrera administrativa en el manejo patrimonial en vez de la carrera puramente académica, menos redituable al interior de esa institución aplicada. En lo futuro este desajuste puede modificarse si es que los estímulos académicos externos (que demandan estudios de posgrado) sobrepasan las recompensas que ofrecen las jefaturas administrativas. Me refiero a la creciente influencia del SNI y el Conacyt sobre los patrones de publicación de la arqueología gubernamental y, por tanto, en los cometidos divergentes de la arqueología realizada en México. Por esta razón, en el cuadro 21 observamos que de 31 arqueólogos adscritos al SNI en 1990, 48.4 por ciento son investigadores del INAH, seguidos muy de cerca por los del IIA, con 32.2 por ciento.

De museos, financiamientos y otras rarezas profesionales

Otro rasgo característico de las arqueologías tal como se desempeñan en México –más allá del monopolio patrimonial oficial multifuncional y al mismo tiempo espoleado por la incipiente alternativa regional–, es la escasa importancia que juega la arqueología en las curadurías del complejo sistema de museos existente. En el cuadro 10 hemos mostrado que de manera paralela a 163 zonas arqueológicas que funcionan como museos al aire libre, habría un número muy aproximado (133) de museos propiamente dichos.[164] Desde luego, ha de quedar claro que, en lo que se refiere a la arqueología gubernamental, la gran mayoría de los 98 museos de sitio y locales del INAH son instalaciones de poca capacidad de exposición, no se diga de investigación. De hecho, en la práctica ocurre que el arqueólogo o arqueólogos que intervienen una zona arqueológica se encarguen, suplementariamente, de la confección de estos museos. La condición objetiva anterior –ligada a las intervenciones físicas– está ajustada a una concepción más profunda y tradicional, que se refiere a la idea de

[163] Cfr. Linda Manzanilla, "Anexo del plan de estudios del doctorado en antropología" (MS, s.d.); *Doctorado en investigación arqueológica*, CCH-IIA-UNAM, s.d., documento facilitado por el doctor Carlos Serrano, entonces coordinador del doctorado.

[164] En los registros del INAH se distingue entre museos nacionales (5), metropolitanos (3), regionales (27), de sitio (25) y locales (73), quedando fuera los comunitarios (55), por estar a cargo de las localidades (INAH, 1989: f. 54).

que las museografías científicas se proyectan de manera definitiva para no cambiar, siendo usual que los cambios se den esporádicamente, de sexenio a sexenio, o en periodos más prolongados, pero esta vez de manera radical, siempre pretendiendo "modernizaciones" definitivas, hechas de una vez y para siempre.[165] Como resultado de todo ello –y en total contraste a la arqueología practicada en otros países–, la arqueología propiamente museográfica es muy débil como alternativa profesional, no obstante que la investigación y aplicación en museos podría ser un campo pleno de posibilidades, como lo está demostrando en los hechos la curaduría de la zona arqueológica de Teotihuacan. Cabe resaltar que es justo alrededor de este sustrato institucional que el estudio de Teotihuacan asuma ciertos rasgos de una potencial masa crítica de investigación arqueológica sin paralelo en México, fenómeno que sólo habíamos observado en otro museo, el del Templo Mayor. En fin, en el cuadro 22 hemos registrado aquellos museos con investigadores adscritos, sumando apenas 28 los curadores-arqueólogos en todo el país, cifra que difiere ampliamente con el número de establecimientos efectivos.

CUADRO 22

MUSEOS CON CURADURÍAS ARQUEOLÓGICAS

Museo	*Investigadores*
Subdirección de Arqueología, Museo Nacional de Antropología/INAH	11
Museo del Templo Mayor/INAH	6
Museo de Antropología/UV	5
Museo Nacional de las Culturas/INAH	1
Museo Regional de La Laguna/INAH	1
Museo Nacional de Historia/INAH	1
Zona Arqueológica de Teotihuacan/INAH	3*
Total	28

Fuente: *X Evaluación de Personal Académico del INAH*, 1994.
*No incluye los 12 arqueólogos-becarios del Centro de Estudios Teotihuacanos, sino a los de su curaduría.

En nuestra tipología hemos incluido una serie de instituciones de financiamiento de las arqueologías (véase cuadro 11), que requiere de algún abun-

[165] Al menos en el monumental Museo Nacional de Antropología, pero probablemente también ocurra en otros, las dificultades de actualización museográfica se topan con el derecho de autor del arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, lo que dificulta doblemente la curaduría de investigación, pues implica una concepción teórico-expositiva de fondo. Ya vimos en el capítulo 1 que los seminarios de modernización del MNA no han tenido ninguna consecuencia visible por razones teóricas más amplias.

damiento. Para empezar es necesario decir que cualquier estrategia de documentación arqueológica encontrará en el rubro del financiamiento la parte más delicada de la información y, por ende, la más difícil de obtener. Este secreto de Estado también es un rasgo característico de su arqueología nacional, ya que toda evaluación científica precisa arrancar de un análisis de sus recursos presupuestales, sobre todo cuántos son y cómo son canalizados. Para ser más explícito entonces, tanto en el INAH como en el FNA el manejo de los recursos está cubierto de un pesado velo en todo lo que a él se refiere. Ello parece sugerir un manejo discrecional y, peor aún, personalizado, lo que nos remite a los hábitos patrimonialistas de la administración del patrimonio cultural. Por supuesto que para el caso del Conacyt la información es más transparente, pero asimismo escasa, probablemente porque costear la arqueología sea todavía un sesgo novedoso de parte de un organismo de apoyo a la ciencia dura y a la tecnología.[166] Quiero decir que si bien este organismo de sostén del desarrollo científico surgió desde 1971, ha sido hasta un par de años atrás que ha empezado a financiar algunos proyectos arqueológicos. Este financiamiento gubernamental está propiciando un fenómeno singular: el que los arqueólogos universitarios estén ingresando al mundo de los proyectos de gran intensidad, que estaban reservados al grupo de arqueólogos del INAH. Como veremos en el capítulo que sigue, este ingreso está fomentando un nuevo tipo organizativo de proyecto arqueológico, pero con el agravante de que el intercambio de recursos y resultados induzca a los arqueólogos a la búsqueda de hallazgos muy visibles, cometido que era propio de la arqueología del INAH.

Lo antedicho no es del todo comparable a la magnitud de los recursos que se han venido asignando a la arqueología del INAH por el FNA (específicamente a los Proyectos Especiales 1992-1994), fideicomiso público creado el 3 de noviembre de 1992 en Nacional Financiera con medios impositivos proveídos por la Secretaría de Hacienda y Crédito Público. Estos recursos fluían de manera externa hacia el INAH a través de un Comité Técnico Nacional, pero hay pruebas de que la administración del INAH ha expandido su dominio hasta manejarlo de manera directa, como una más de sus prerrogativas monopólicas.[167] Remito al lector al cuadro 24 sobre la distribución presupuestal por proyecto, y su discusión en relación al conflicto

[166] El problema de información a este respecto depende de la magnitud y particularidad de los montos dirigidos a cada disciplina lo que, para efectos estadísticos, es desdeñable, luego es subsumida en indicadores macro sobre la evolución del gasto de Conacyt; véase al respecto Conacyt (1993), en especial su capítulo cinco.

[167] El FNA incluso ha trasladado sus oficinas del CNCA al edificio administrativo del INAH.

de prioridades entre arqueólogos.[168] De momento, es apresurado suponer que la crisis monetaria de 1995 tendrá un efecto negativo sobre el futuro del FNA. Económicamente es razonable pensar que la austeridad del gasto público influirá en esta fuente de financiamiento, pero la simbología política no se rige por esta lógica. Quiero decir que existe la posibilidad de que el Poder Ejecutivo federal vuelva a prodigar a la arqueología patrimonialista de medios, a pesar de la crisis y precisamente por ella. La exaltación nacionalista del pasado está muy lejos de haber sido desvirtuada como recurso del poder condicionado.

Sea porque los recursos de estos grandes proyectos no beneficiaron al conjunto de 306 arqueólogos del INAH sino sólo a 14 de ellos (con un número desconocido de arqueólogos subalternos trabajando en sus equipos, a veces recibiendo pagos secundarios de los grandes hallazgos conseguidos), o simplemente porque hubo obvias diferencias de asignación entre los proyectos especiales y los proyectos normales, el hecho es que en varias regiones del país se escucharon quejas motivadas por los recortes en las asignaciones anuales del propio INAH. Hemos de lamentar al respecto que los montos presupuestales asignados al instituto en su conjunto, entre 1989-1993 (INAH, 1993: 28), no distingan exactamente las cantidades que en ese lapso se han aplicado a los proyectos normales de la arqueología gubernamental.[169] El punto precisa ser aclarado antes de llegar a un juicio definitivo.

Un rubro financiero bastante más oscuro e incierto es el de los fondos provenientes de donaciones y convenios con la iniciativa privada, que la administración del INAH procura retener bajo su control absoluto, aunque hacia 1991 el Fonca también captó donaciones para Teotihuacan, Palenque,Yaxchilán y Monte Albán.[170] Por esa época, el INAH había convenido con empresas tales como Mainichi y Namikawa, Nestlé, American Express, Fundación Cultural Domecq, Vitro Envases y otras. Pese a lo prometedor que pueda resultar la idea de que la arqueología cuente con recursos que no sean los de carácter público, todavía flota en el aire la idea de que aparezca en nuestro país la mancuerna del ejercicio libre de la arqueo-

[168] Véase el siguiente capítulo.

[169] Esta fuente administrativa (INAH, 1993) reduce a cinco los "proyectos programáticos" de todo el INAH, a saber: investigación de la cultura, formación de profesionales, conservación del patrimonio cultural, divulgación del patrimonio cultural y planeación y administración. No se siguen los mismos parámetros para la "aplicación de recursos", donde aparecen otros rubros, como son: ejercicio de recursos de terceros, servicios personales, materiales y suministros, servicios generales, transferencias, bienes muebles e inmuebles y obras públicas, todos ellos rubros de asignación, no de presupuestación.

[170] CNCA, *Décima primera sesión ordinaria, abril de 1992*, Comisión Interna de Administración, f. 24, consultado en el Centro de Documentación de la Gestión Gubernamental 1988-1994.

logía y el financiamiento privado a ésta. Desde donde quiera que se vea, la iniciativa privada ya de inversionistas, ya de arqueólogos es insuficiente para contener los usos patrimonialistas del soberano, defecto reproducido desde el siglo XVIII. Escasos meses atrás apenas ha brotado la idea de crear un Colegio Mexicano de Arqueólogos, como respuesta a los escándalos en Teotihuacan y Cacaxtla que involucran a varios connotados profesionales, al tiempo que pusieron en entredicho la capacidad de juicio del Consejo de Arqueología del INAH que los había avalado, pero que políticamente siempre dejó de lado la opinión profesional de una comunidad arqueológica inexistente. Por cierto que esto último nos lleva al asunto de la peculiar estructuración profesional de los arqueólogos mexicanos que, como ya apuntamos al principio del capítulo, está centralizada en la SMA, de manera coincidente a como el INAH centraliza a la disciplina junto con el patrimonio arqueológico.

Hacia 1986 la SMA contaba con 343 socios, 52 por ciento de los cuales eran arqueólogos. Desde sus inicios, la SMA reflejó la idea integral de antropología, característica de México, pero con la peculiaridad de que en aquel entonces ser investigador del INAH y ser afiliado de la SMA eran casi lo mismo, no obstante que entre sus 63 socios fundadores había unos cuantos provientes de la UNAM, del IPN y del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. Con el andar de los años, conforme el INAH crecía en complejidad estructural, la SMA se convirtió en una extensión de él, hasta que a partir de 1973 el IIA hizo variar su composición aparente. En 1989, 39 por ciento de los socios provenían del INAH y 13 por ciento del IIA, pero de ambos porcentajes no se sabe exactamente cuántos eran arqueólogos en tales instituciones (García Mora, 1988: 16-19). Es de hacerse notar en seguida que para algunos de sus propios directivos, la SMA dejó de ser un foro académico independiente desde la década de los sesenta (Arechavaleta, 1988: 140). Cualquiera que sea el origen de este decaimiento, sigue siendo relevante el que la SMA agrupe a todos los arqueólogos sin distinción de su adscripción institucional. Sugiero que eso se debe a que durante mucho tiempo los arqueólogos compartieron una socialización común en la ENAH (si no es que un empleo común en el INAH), origen que ha venido cambiando con la eclosión de otras alternativas académicas y la diversificación profesional que he delineado a lo largo del capítulo, las que podrían estar confluyendo en una variación en los intereses de lo que en otro tiempo fue una sola corporación profesional. Finalmente, es factible que la SMA permanezca y funcione para la arqueología mexicana como una "asamblea crítica", efímera y poco comunicativa, pero asimismo cíclica y dependien-

te de la temática específica de cada mesa redonda. Me refiero al hecho indicativo de que cuando en su XIX congreso (1985) la SMA reafirmó la validez teórica del concepto de Mesoamérica, las ponencias arqueológicas abundaron; pero cuando se ocupó de la interdisciplina en su XXIII congreso (1994), la presencia de arqueólogos decreció a ojos vistas (cfr. SMA, 1985 y 1994).

Un análisis bibliométrico que podría iluminar este pobre comportamiento profesional sería el estudio temático de las tesis finales y el de los proyectos arqueológicos, pero asimismo la comparación pormenorizada de los planes de estudio de la ENAH y todas las escuelas de arqueología. Como se sabe, contamos ya con un analisis temático de los planes de estudio en la licenciatura de arqueología en la ENAH entre 1941-1991 (López y Pulido, 1991). No obstante que sus criterios clasificatorios podrían perfeccionarse, se pone de relieve que en los 16 planes ensayados en cinco décadas (lo que hace un promedio de 3.1 años cada uno, es decir, que no habría una generación estudiantil enteramente adiestrada bajo uno solo) hay una ostensible permanencia del "área de formación técnica", orientación educativa que coincide con la importante actividad rutinaria de la arqueología aplicada y el demérito de la investigación. Es lamentable que estos autores dejen sin definir claramente la preferencia por ciertas áreas de estudio y las escuelas teóricas subyacentes, si bien su periodificación contiene atisbos interesantes al respecto. Por ejemplo, el periodo que articulan a la escuela mexicana de arqueología (1941-1958) coincide con una evidente orientación histórico-cultural mesoamericanista. Empero, luego de algunos cambios difíciles de evaluar, tal parece que desde 1991 la licenciatura en arqueología de la ENAH ha renovado este enfoque tradicional, incluso haciendo obligatorio el estudio de la restauración y conservación, una insistente exigencia de la administración del INAH.

En parte, este problema está contestado por la clasificación temática introducida por Ávila *et al.* (1988) en su documentación de las tesis producidas por todos los alumnos de la ENAH entre 1946-1987. En este estudio se mezclan criterios técnicos con teóricos, pero, cosa rara, no se incluyen los geográficos, acaso por la obviedad de la circunscripción mesoamericana. Sin embargo, sus mapas de ubicación de las tesis relativas a tipologías, técnicas, historia cultural y conocimiento prehispánico (Ávila *et al.*, 1988: 135-138) confirman que la arqueología de la ENAH tiene una vocación mesoamericanista y particularista a la vez. De hecho, de un total 213 tesis examinadas (a finales de 1993 sumaban 332), solo 6.1 por ciento (es decir, 13 tesis) poseían temáticas ajenas a la Mesoamérica mexicana. En el cua-

dro 23 he vaciado y reclasificado este subgrupo de tesis, cuyo desconcierto demuestra la inexistencia de una tradición de estudios internacionales pensada desde México, aunque su enfoque teórico recuerde vivamente al resto de tesis mesoamericanistas. Por los nombres de sus autores deducimos que fueron motivadas por intereses personales o de origen nacional. Además, es bien significativo que algunos arqueólogos que se han interesado por la India y China han debido dirigirse al Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México, donde hay una maestría y doctorado con dicha orientación, mientras que en el plan de estudios de la maestría en arqueología de la ENAH no se enfatiza ninguna especialización, pese al mayor peso concedido a la preparación teórica en comparación a la licenciatura del mismo plantel. Desafortunadamente, los nulos resultados terminales de esta maestría impide determinar si la temática mesoamericanista tradicional ha variado en alguna medida.

CUADRO 23

TESIS ARQUEOLÓGICAS NO MESOAMERICANISTAS DE LA ENAH, 1946-1987

Autor	*Año*	*País/continente*	*Tipo*
Pablo López V.	1965	Asia-América	Difusionista(?)
Jorge Canseco V.	1967	México-Egipto	Difusionista
Angelina Macías G.	1969	Perú	Arquitectura
Gladys Casimir M.	1970	Panamá	Sondeo general
José Larrain B.	1970	Chile	Sondeo general
Yoko Sigiura Y.	1973	Asia-América y Japón	Difusionista moderada
Diana López S.	1975	Puerto Rico	Estudio de sitio
Roberto Reyes M.	1976	Honduras	Sondeo general
Luis Casasola G.	1977	El Salvador	Estudio de sitio
María V. Uribe	1977	Colombia	Estudio de área
Linda Manzanilla N.	1979	Iraq	Estudio de área
A.Jarquín y E. Martínez	1980	El Salvador	Estudio de sitio
Bernard Fahmel B.	1981	México-Caribe	Difusionista moderada

Fuente: Águstín Ávila *et al.*, *Las tesis de la ENAH. Ensayo de sistematización*,1988: 99-138.

De este grupo de tesis no mesoamericanistas hay que prestar atención a tres arqueólogos, todos ellos investigadores actuales del IIA. Se trata de Yoko Sigiura, Linda Manzanilla y Bernd Fahmel. Derivado de su disertación doctoral, Sigiura continua su estudio del patrón de asentamiento en el epiclásico en el Valle de Toluca y de la etnicidad en la misma región durante el posclásico; Fahmel por su parte trabaja la arquitectura de Monte Albán

y Linda Manzanilla los túneles y cuevas en el inframundo teotihuacano. Lo que quiero decir con esto es que como investigadores han experimentado una especie de reconversión temática desde su salida de la ENAH y su ingreso al IIA, la que siempre converge hacia Mesoamérica. El caso particular de Linda Manzanilla es mucho más llamativo, ya que es la única arqueóloga mexicana doctorada en egiptología, sin mencionar sus experiencias en Turquía y Bolivia. Aunque es indudable que mantiene su interés en la arqueología mundial, parece claro que su reinserción en la arqueología mexicana, así sea dentro de la arqueología universitaria desde 1983, implica una reorientación, que arranca desde la dirección del Proyecto Cobá 1983-1984 (en colaboración con personal del INAH) y que se continúa hasta Teotihuacan en el presente.[171] Indirectamente, pero con vastas implicaciones para toda la arqueología mexicana, la base de datos reunida por Paul Schmidt es también indicativa del mismo fenómeno de circunscripción tradicional a una área cultural privilegiada, puesto que los proyectos norteamericanos tienden a ocuparse de regiones desatendidas por los mexicanos, "quizá –como dice su autor– porque nos consideramos mesoamericanistas" (Schmidt, 1988: 408-409).

En resumidas cuentas, Mesoamérica es el punto nodal que articula e identifica a todos los arqueólogos, independientemente de la institución en que trabajen, concordancia por demás parecida a la que se da profesionalmente en el seno de la SMA. Cabría preguntarse para terminar si una diversificación de objetos de estudio regionales, ligada a la diversificación institucional al mismo nivel, traerá como consecuencia una diversificación teórica. El estudio de caso del Proyecto Bolaños[172] ofrece indicios de una respuesta afirmativa. Lo puedo formular así. Tal parece que el ocuparse de regiones limítrofes al área cultural tradicional (donde es normal la inexistencia de monumentalidad en los vestigios, por lo que no hay la propensión a su glorificación, aunque sí puedan ser simbólicos para las identidades regionales de cualquier tipo) está condicionando una búsqueda conceptual renovadora con la que hacer frente a las anomalías interpretativas de la historia cultural más habitual. Pero demostrarlo será materia de los siguientes capítulos.

[171] En el capítulo 5 se encontrará mayor información al respecto.
[172] Véase capítulo 5 sobre el partícular

Capítulo 4

Fenomenología de la arqueología mexicana

De esta igualdad en cuanto a capacidad se deriva la igualdad de esperanza respecto a la consecución de nuestros fines. Por lo tanto, si dos hombres cualquiera desean la misma cosa, que ambos nunca podrán disfrutar, se convierten en enemigos; y en el camino a su fin, que es principalmente el de su propia conservación, y en ocasiones sólo su delectación, tratan de aniquilarse o sujetarse uno al otro (...) Por esto es manifiesto que durante el tiempo en que los hombres viven sin un poder común para mantenerlos temerosos, permanecen en aquella condición llamada guerra; una guerra tal, que es de todos contra todos. Porque la guerra no consiste sólo en la batalla o en el acto de pelear (...) sino en la disposición a ello, que durante todo el tiempo no haya confianza en el contrario...

THOMAS HOBBES, *Leviathan or the Matter, Form and Power of a Commonwealth Ecclesiastical and Civil*, 1651[173]

USANDO como paráfrasis la metáfora del "tercer mundo" de Popper, podríamos afirmar que ya desde los dos capítulos anteriores habríamos iniciado nuestro descenso del mundo de las ideas arqueológicas mexicanas hacia el mundo social de la arqueología institucional, y con ella, el conocimiento en torno de los grupos e individuos que la componen. Bajo dicho orden de indagación, reservamos para los tres capítulos finales la exploración del segundo mundo, lo que vendría siendo para nosotros la conciencia de los dilemas y paradojas que encaran las instituciones, grupos e individuos involucrados en esta tradición científica. Antes de proceder a su estudio, en los dos capítulos inmediatos me propongo ampliar la indagación social por medio de una fenomenología de la arqueología, en esta ocasión enfocada a la manera como se realiza en sus proyectos cotidianos, algunos de los cuales seleccionaremos en el 5 capítulo como casos de estudio, con el fin declarado de iluminar nuestro interés central, a saber, el problema del cambio teórico-conceptual, tal como se da en México.

Admito de inmediato, a propósito de esta fenomenología, que el concepto fenómeno es sumamente equívoco. Como indica Ferrater Mora (1990: 1145), en un sentido puede ser la verdad, lo que es a la vez aparente y evidente; puede ser lo que encubre la verdad, el falso ser; o bien ser aquello por lo cual la verdad se manifiesta, el camino hacia lo verdadero. Es lícito entonces que en la literatura filosófica se recomiende puntualizar entre su uso prehusserliano, husserliano y poshusserliano, máxime cuando suele identificarse a la fenomenología con el método de Husserl. En el que ahora

[173] Cfr. el texto original de Hobbes (1963: 142-143) con su traducción al español por Manuel Sánchez Sarto en 1940 (Hobbes, 1980: 101-102).

nos ocupa, sin pretender ser ni lejanamente un texto filosófico, semejantes distinciones no son del todo subestimables, toda vez que Embree (1992: 165-193), en un estudio paralelo a éste, ha propuesto un "modelo fenomenológico de la observación arqueológica", mediante el cual aborda los enunciados observacionales del Proyecto Virú de Gordon Willey. Este modelo parece utilizar el adjetivo fenomenológico para referirse a su uso metacientífico dentro de las "teorías fenomenológicas", esto es, aquellas teorías que formulan enunciados observacionales no representacionales. Sin embargo, es claro que Embree sí se refiere a una estructura donde el pensamiento de Willey se movería entre observaciones representacionales y una conciencia igualmente representacional (*representational awareness*), que concuerda con el método husserliano en la suspención el mundo natural, luego ve a los actos sensibles o empíricos como puros términos de la conciencia. La observación arqueológica, sostiene él, "siempre es una conciencia representacional, principalmente basada en restos no linguísticos de la vida humana colectiva en un tiempo que está más allá de nuestra memoria" (Embree, 1992: 191).

Pero si vamos más allá, y siendo su reconstrucción puramente intencional, un producto de la conciencia, Embree percibe al proceso del conocimiento como algo dado. No discute qué tan reales son los contenidos de los conceptos o qué parte de la realidad recortan. Ocasionalmente, sin ser central a su tratamiento, anota la preocupación de Wiley por la crítica de sus colegas a sus primeros reportes e interpretaciones sobre el patrón de asentamiento –que, por cierto, lo hizo más cauto en sus planteamientos–, o bien que su intención primera de reconocer los vestigios de una región entera, a la postre se redujo a 25 por ciento de los sitios consignados. Estas condicionantes del pensamiento de Wiley no son menos reales por ser sociales, por ser de una ontología humana. Sólo bajo la pureza del examen fenomenológico de Embree las hace un tanto relegables, puesto que privilegia su forma de evidenciar a través de representaciones.

Nuestra interpretación de la fenomenología es mucho más social. Siguiendo a Heidegger, nos inclinamos por definir al fenómeno como "lo que hace patente por sí mismo", lo que se revela por sí mismo en su luz, por ende, materia de descripción y objeto de una fenomenología (Ferrater, 1990: 1145). A diferencia de Embree y en coincidencia con la sociología fenomenológica iniciada por Alfred Shütz (a su vez, piedra angular del enfoque etnometodológico que suscribimos) ponemos énfasis en la experiencia. En vez de tomar al fenómeno como una realidad ilusoria, la consideramos una realidad subordinada y última, que no puede negarse por ser objeto de la experiencia. Tampoco nos interesa mantener su pureza en la

conciencia, sino, por el contrario, revelar su totalidad compleja como un haz de realidades compuestas por una serie de acciones racionales e irracionales, de abstracciones del pensamiento y de rutinas, de expresiones comunicativas del habla y la escritura, de organización y estructuras sociales, de transacciones y recompensas, en fin, como una abigarrada fenomenología. Como dijera Shütz, la realidad social sería "la suma total de objetos y ocurrencias dentro del mundo social cultural experimentado por el sentido común del pensamiento de los hombres viviendo sus vidas diarias entre sus congéneres, conectados entre ellos en variadas relaciones de interacción" (citado por Coulon, 1995: 5).

El que tome como piedra angular de esta fenomenología a los proyectos arqueológicos resulta manifiesto. De una forma u otra la arqueología y los arqueólogos deben formular estos discursos para realizarse como tales. Éstos llegan a ser tan cruciales en su experiencia vital, que de ellos depende su ingreso a la profesión y el acceso a sus ulteriores recompensas en la trayectoria personal, tanto si se consagra ésta a la erección de monumentos nacionales o a la menos vistosa (pero también recompensada) expansión de los conocimientos previos. Si bien no existe como en otras ciencias una eponimia que dé nombre a los productos de los proyectos, es indudable que hay un recio componente personal en ellos, del que dependen otros reconocimientos honoríficos y materiales, especialmente los políticos bajo la institucionalidad mexicana.[174] Puede ser tan importante lograr culminar un proyecto arqueológico con éxito que, sin él, no hay manera de evaluar la competencia profesional, si no es a través de algo tan difícil de medir como son la habilidad intelectual y la honestidad incorporadas por los individuos al proyecto en sí. Ambos factores subjetivos, como advirtiera Thompson desde 1956 (1970), están por fuerza presentes en la reconstrucción arqueológica del pasado, al lado de sus evidencias más caras, de sus métodos, de sus técnicas y de la teoría al uso. No es infundado decir, pues, que los proyectos son la condensación misma del ser arqueólogo.[175]

[174] El sitial de "padre de la antropología mexicana" concedido a Manuel Gamio podría ser la única excepción a esta regla. Empero, no se denomina a su proyecto integral en Teotihuacan como "el Proyecto Gamio en Teotihuacan", sino que en la terminología actual sería simplemente "Proyecto Teotihuacan 1918-1922", tal como luego se hablará del Proyecto Teotihuacan 1962-1964, del Proyecto Teotihuacan 1980-1982 o del Proyecto Teotihuacan 1992-1994. Las figuras de Ignacio Bernal o Eduardo Matos, si bien están indisolublemente asociados a ellos, no los nombran del todo; pero tampoco los disgregan.

[175] Otros factores subjetivos que nunca han sido analizados son las cualidades personales de integración y de interpretación, si bien a éstas se les toma como lo mismo (Manzanilla y Barba, 1994: 101). La distinción entre ambos factores reside en que la primera cualidad es un mecanismo de correspondencia entre los enunciados teóricos y los enunciados observacionales. La interpretación en cambio es ya una interpretación teórica absoluta, un retorno enriquecido al piso teórico.

Sorprende por ello la poca atención que ha prestado a su estudio. En los manuales arqueológicos se les refiere más como estrategias de acción técnica que como cualificadores de las "clases de arqueología y de arqueólogos". Si bien en los manuales de Rahtz (1986), Hole y Heizer (1983) y McIntosh (1987), por citar algunos bien conocidos, encontramos atisbos de una dirección no instrumental –en que los proyectos hablen tanto de los hacedores del pasado como de los hacedores del presente–, los manuales están finalmente dedicados al adiestramiento reproductivo, no a la reflexión internalista. No obstante, estos mismos manuales pueden servir de indicadores de los cambios históricos en la propia disciplina, como puede ser el paso de la arqueología humanista a la arqueología científica (*v.gr.* Schwartz, 1976). Así también la agregación de unidades organizativas en el seno de los proyectos –que varían entre los extremos de un arqueólogo y su ayudante hasta el nutrido equipo multidisciplinario–, fenómeno muy ostensible en estos manuales, refleja una creciente complejidad en la magnitud, administración, objetivos y resultados, misma que no puede ignorarse al momento de evaluar sus logros, sobre todo si éstos se dan en situaciones de conflicto por la prioridad de los descubrimientos o de rivalidad por la consecución de prestigio, poder o validación de una teoría e interpretación. En ese sentido, hasta el instrumentalismo más exacerbado nos dice algo de su contexto presente.

Dentro de la arqueología mexicana hubo no obstante un pequeño debate en torno a la motivación política de los proyectos y a su eficacia. Arqueólogos críticos observaron el carácter coyuntural de ciertos proyectos prohijados por los voluntaristas intereses de cada administración sexenal, lo que resultó en una clasificación tipológica bipolar de proyectos coyunturales y de proyectos académicos (Morelos, Rodríguez y Cabrera, 1991). Otra es que a partir de la propuesta de un diseño de proyecto ideal, pretendidamente más eficiente en materia de organización a modo de "estrategia industrial", se reiteró la presencia dual de proyectos-presupuesto (sólo movidos por un acceder al presupuesto de origen estatal) y proyectos-orientados-a-problemas (o sea explícitamente hipotético-deductivos) (Gándara, 1992: 78-144). Análoga concepción ya estaba implícita en el conocido diagnóstico del estado de la investigación arqueológica del INAH debido a Braniff, López, Mastache y Nieto (1983), quienes encontraron que de 95 proyectos registrados, ninguno de ellos hacía referencia a sus planteamientos teóricos, métodos, técnicas, objetivos y resultados esperados, carencia genérica que podría equivaler a decir que debería existir otro tipo más explícito de proyecto académico.

Mas en clara oposición a los más críticos de este grupo, Mastache y Cobean (1988: 64-65) restaron importancia a los proyectos oficiales o coyunturales, para argüir que la caracterización de estos arqueólogos críticos era insuficiente: sólo un estudio sistemático permitiría conocer sus diferencias formales y de contenido, así como sus resultados. Por desgracia tal sistemática no fue emprendida, sino que estos autores no desaprovecharon la ocasión para criticar el exceso de recursos asignados al Proyecto Templo Mayor de Eduardo Matos, lo que vuelve a poner a discusión el problema de la distribución de presupuestos y, por ende, la rivalidad subyacente entre proyectos y arqueólogos. Finalmente, una tipología ajustada a un juego de variables (recursos, unidades organizativas y tiempo) me llevó a una clasificación de "proyectos-de-alta-intensidad" y "proyectos-de-baja-intensidad", que si bien admitía gradaciones intermedias, no dejaba de reproducir de otro modo las tipologías bipolares anteriores (Vázquez, 1996).

Conviniendo en que la crítica de Mastache y Cobean es justa, se impone una nueva tipología heurística, pero ya dispuesta para emprender una sistemática. Más adelante me ocuparé de ella, para replantearla como una tipología combinatoria de verticalidad e intensidad, lo que arroja cuatro clases posibles de proyectos arqueológicos, para los que la variable tiempo es independiente, pues varía de acuerdo con la duración del proceso de resolución de toda clase de imponderables inherentes a un proyecto en su consecución de éxito y, por ende, de fama y poder para el arqueólogo. El tiempo aquí es considerablemente más amplio que el fijado por las fechas límite presupuestales o sexenales. Es un tiempo activo, no político ni coyuntural, que depende de la actividad desplegada por el arqueólogo para optimizar sus objetivos.

Este cambio de orientación implica mucho más que una táctica de lenguaje "políticamente correcto", esto es, fingidamente neutral. Antes al contrario, me parece que se basa en la idea de que los proyectos arqueológicos son fenómenos de tanta complejidad como para ameritar un estudio muchísimo más detallado. Ya que no partimos de un modelo *a priori* o de un tipo ideal de proyecto que nos induzca de antemano a valorar lo correcto o incorrecto de la actividad de los arqueólogos, su habilidad o integridad, su relevancia o irrelevancia, o cualquier otro par de juicios de valor excluyentes (cuya peor implicación siempre es que divide en dos a la disciplina, lo que nos haría eco de sus disputas internas), sugiero definir al proyecto arqueológico como "un proceso sociocognitivo individual y grupal de estrategias y transacciones prácticas que buscan obtener un fin óptimo, sea político, académico, personal o alguna combinación variable de ellos". Sostengo enseguida que esta definición permite no sólo aprehender sus componentes

estrictamente arqueológicos (teoría, métodos, técnicas, resultados), sino también los sociales (institucionales, organizativos, lenguaje, valores, recompensas) y aun los idiosincráticos (elecciones, motivaciones, acciones, comportamientos), que en general son causa de evitación (e informalmente de anécdotas, chismes, sanciones, pasiones, incomunicación) entre arqueólogos. "Eso entre arqueólogos es pecado", nos previene el sensible mecanismo de evitación de Carlos Navarrete (1991: 32). Al respecto sólo podría reponer que, si en verdad lo son, ha llegado el momento de abordar analíticamente los "pecados" de la arqueología mexicana.

La imaginería bélica y su sentido

Considérese enseguida el sentido del pensamiento arqueológico mexicano a partir de la metáfora general *la arqueología es guerra* (véase cuadro). Los actos de habla recogidos en nuestros encuentros etnográficos de investigación indican que los arqueólogos gubernamentales y universitarios acostumbran usar en su estructura conversacional un lenguaje propio y privado –su comunidad de lengua– que no es meramente el de la usual jerga técnica, sino que se trata de un léxico plagado de metáforas de inocultable procedencia militar.[176]

Para abordar el estudio de la experiencia a que hace referencia este lenguaje, parece obligado decir que semejante léxico metafórico no es accidental ni mucho menos implica un retraso en la cientificidad de los arqueólogos mexicanos.

Un juicio así sería explicable por la creencia (aún viva) en la búsqueda analítica de un lenguaje estrictamente observacional no problemático, es decir, libre de vaguedades y connotaciones metafísicas y hasta personales, que, por otra parte, siempre se ha atribuido a las humanidades, algunas ciencias sociales, y sobre todo a las artes, la literatura en particular. Hoy, gracias al análisis textual, sabemos que el lenguaje metafórico en la literatura se rige por diferentes principios, dependiendo de su género (Acero, 1989).[177] Por el lado del lenguaje de la ciencia, ya desde 1945, Cohen (1992:

[176] Para una confrontación del "léxico último" –aquel que justifica acciones, creencias y vivencias vitales, según Rorty (1991: 91)– militar y arqueológico, remito al diccionario de terminología militar de Martínez Caraza (1990) y al artículo de Garduño (1990) sobre las relaciones entre estrategia y organización. Para la etnografía del habla como "lingüística de la praxis" que uso para acceder a consideraciones emic específicas, remito a Duranti (1992).

[177] Un estudio reciente sobre el poder seductor de las palabras debido a Grijelmo (2000), al mismo tiempo que admite que las metáforas abren mayor riqueza descriptiva, aprecia que en el amor, la economía y la política éstas son mentirosas. Concluye que "las palabras pueden pronunciar la melancolía con el sonido del violín pero también la guerra con la potencia de los tambores. Las palabras engatusan y repelen, edulcoran y amargan, perfuman y apestan. Más vale que conozcamos su fuerza". Eso fue lo que descubrió Ari Shabari,

LA ARQUEOLOGÍA ES GUERRA

1. Educar arqueólogos es como ingresar a un *grupo de guerreros.*
2. En conservación patrimonial, la sociedad es el *enemigo a vencer.*
3. El patrimonio cultural está *sitiado* por intereses privados.
4. *El sitio arqueológico* ha sido saqueado con anticipación.
5. Hemos *liberado* a la estructura de escombro.
6. La excavación extensiva comprende seis frentes.
7. Disponemos de un *campamento* para resguardo de materiales.
8. La *logística* del proyecto requiere de estas medidas.
9. La *posición* teórica consta de ontología, valores y método.
10. Las *rebeliones* académicas son normales entre nosotros.
11. Las grandes excavaciones demandan *estrategias* especiales.
12. La *zona arqueológica* carece de resolución presidencial.
13. En la *cadena de mando* del proyecto hay tres responsables.
14. La *jefatura del proyecto* recae en quien tiene permiso del Consejo.
15. Se han practicado calas, pozos y *trincheras.*
16. El INAH recurre a la *ocupación* pacífica de propiedades.
17. La *sección* de arqueología se reúne el jueves próximo.
18. Entre los *Enemigos* míos se encuentran éstos:
19. Informe de la primera *campaña* de excavación.
20. La *intervención* física en la zona arqueológica concluyó.
21. Los arqueólogos son seres *indefensos.*

110-116) observó que sus metáforas no pertenecían al reino de la retórica científica porque servían efectivamente para aprehender y comunicar nuevas ideas teóricas, apreciando su relevancia para el desarrollo de nuevos campos del conocimiento. Éste podría ser muy bien el caso de las neurociencias, cuyo desarrollo puede esquematizarse a través de varias etapas relacionadas al uso de ciertas metáforas específicas, las que a su vez han provocado modelos conceptuales previos a los matemáticos. De hecho, los especialistas en la materia sugieren un proceso teórico-evolutivo en las referencias metafóricas, y cuyo punto culminante consiste en sustituir unas metáforas iniciales por otras más adecuadas a la realidad observada en fases ulteriores (Garduño, Lara y Sandoval, 1986: 23-56).

La teoría pragmática y ciertas líneas de la filosofía del lenguaje (Horn, 1990; Meulen, 1990) han llevado estos planteamientos más a fondo. El atractivo intuitivo (y, en casos, estético) de una teoría científica podría relacionarse al uso de sus metáforas de especialización ligadas al aparato

un ex oficial israelita cuando, en su tesis doctoral en la London School of Economics, estudió las cartas de niños cuando los puso a escribir sobre "el árabe malo". Descubrió cuánto reflejan los prejuicios y cuánto servían para estructurar el pensamiento y la acción social ("Mohamed, quiero que te mueras", *El País*, 25 de agosto de 2001: 4).

conceptual, pero asimismo a la experiencia que satisfacen en el adepto. Esto indica que los conceptos metafóricos poseen sistematicidad, consistencia y coherencia, ya que sirven de vehículo a la comprensión. Según Lakoff y Johnson (1980), la naturaleza de los conceptos metafóricos es inseparable de la naturaleza de nuestras actividades, si no es que de nuestra cultura. Ello abre un vasto campo de estudio sociolinguístico basado en la experiencia, la referencia y el contexto de uso.

Siguiendo el enfoque de estos últimos autores, podemos inferir que en la metáfora general la *arqueología es guerra* hay coherencia cuanto a que todas las metáforas se adecuan entre sí, pero no todas son consistentes. Unas apuntan hacia las metáforas de orientación (usadas para organizar la experiencia de campo arqueológico, sobre todo la fase de excavación de un proyecto) y otras hacia las metáforas ontológicas, que, como se ve, son las más elaboradas (véanse 1-3, 16, 18 y 21). Éstas suelen denotarse cuando un objeto adquiere rasgos humanos, en este caso, la sociedad como enemigo o la socialización profesional como pasaje a un grupo de guerreros. El identificar enemigos personales, como hizo Batres en 1911, no es sino introducir una modalidad de la metáfora de la sociedad enemiga. Muy probablemente también a Batres debemos a que desde mediados de 1907 en México usemos la figura jurídica de zona arqueológica para referirnos al territorio (antes meros terrenos de cultivo) que albergaban al conjunto de ruinas de la ciudad antigua de Teotihuacan, acto de utilidad pública que las traspasó al régimen de bienes inmuebles nacionales, pero ya elevadas al rango de "monumentos arqueológicos".[178] Su inclusión en los conceptos metafóricos responde al hecho de que Batres, en calidad de inspector de monumentos arqueológicos, estaba encargado en esos momentos del proyecto de excavación extensiva de Teotihuacan. Gracias a la investigación histórica, sabemos bien que como militar retirado estilaba organizar la excavación como si fuera un campo militar, dividiendo incluso a los obreros (operarios) en brigadas vigiladas por cabos y capitanes, bajo el mando de un capataz general.[179] Cabe muy bien la posibilidad de que

[178] Los detalles del acuerdo expropiatorio vía adquisición de terrenos data del 24 de junio de 1907 y lleva la firma de Justo Sierra; se encuentran en Solís (1988: 79-83). El historiador José Gallegos (1994), en su historia de esta zona, sostiene que ya desde 1902 Batres había delimitado las zonas monumentales de Palenque y Mitla, lo que parece confirmar nuestra sospecha sobre su autoría.

[179] La lista de enemigos, envidiosos y defensores está en Batres (1911); su referencias militares para organizar el descubrimiento de la Pirámide del Sol aparecen en un artículo de 1919 (Batres, 1993: 45-48); para más referencias del momento histórico, remito a mis trabajos (Vázquez, 1993 y 1994). Bahn, con tono jocoso, se refiere a que el general Pitt-Rivers (1827-1900) excavaba "con precisión y disciplina, como en ejercicios militares. Esta tradición continuó luego con Mortimer Wheeler, otro militar; cierto número de excavadores modernos aún tratan de excavar como *cabos*" (Bahn, 1993: 57; cursivas del autor).

Batres interiorizara como arqueólogo la reforma introducida en el ejército porfirista en 1876, en que fue organizado territorialmente en 12 zonas militares y tres mandos,[180] mismas que en la actualidad se han engrosado con las bases navales y aéreas (Sohr, 1990: 128). Entonces, el que hoy se diga que el INAH y los particulares sostienen un litigio de terrenos para crear estas zonas, y que ello induce a una estrategia política de *ocupación pacífica* de estos terrenos por el poder estatal (en tanto se les "regulariza" por decreto presidencial) (Nalda, 1993: 137), ello resulta por demás consistente con la analogía de la zona arqueológica y la zona militar.

Parece claro también que muchas de las metáforas ontológicas aquí examinadas están enraizadas en el binomio institucional de la disciplina arqueológica con la administración gubernamental del patrimonio arqueológico, cuya experiencia es precisamente la de disputar a los actores sociales (propietarios rurales y urbanos, coleccionistas, traficantes, indígenas, etcétera) la propiedad de los vestigios del pasado prehispánico. No abundaré más en la cuestión, que he abordado en detalle en el capítulo segundo, en relación al tipo de dominación patrimonialista con que se rige su administración. En cambio, me interesa enfatizar cómo el concepto metafórico de enemigo puede ser extendido a otro arqueólogo (o arqueólogos) que compita en la consecusión de recompensas, rivalidad que frecuentemente arranca desde la postulación de un proyecto y la asignación presupuestal.

Una discusión sostenida a propósito de la causa de este léxico último con un grupo de arqueólogos del INAH, me confirmó la sospecha de que respondía a una experiencia cotidiana, pero más que nada a la actividad de organización de ciertas fases prácticas de los proyectos.[181] Claro está que en esta discusión no dejó de referirse sus antecedentes históricos, como es el caso de Batres, que además de arqueólogo era militar. Algunos otros recordaron también el caso de Pedro Armillas, que todavía en sus cursos en la ENAH usaba manuales de topografía del ejército republicano español, del que fue oficial. Esta personificación de las "influencias militares" sobre la arqueología mexicana fue luego desestimada cuando recordé que varios de los más conspicuos arqueólogos ingleses (Pitt-Rivers, Wheeler, etcétera) habían también servido en el ejército, sin que se denotaran influencias lingüísticas similares sobre el resto de sus colegas. Antes al contrario, en los

[180] Debo al historiador Salvador Rueda Smithers esta información.

[181] Me refiero al coloquio Experiencia del Trabajo Arqueológico: Pluralidad y Vertientes, sostenido en el Museo Regional de Querétaro del 4 al 6 de noviembre de 1992 (Crespo y Viramontes, 1996).

manuales ingleses se trasluce el uso de extensiones de una metáfora de diversa orientación, la de la *arqueología como empresa*.[182]

En efecto, la organización práctica de sus proyectos se asemeja a la organización de una empresa burguesa, lo que no debería de extrañarnos toda vez que su financiamento viene de medios privados, combinados a los universitarios. Por supuesto que un financiamiento privado no determina necesariamente conceptos empresariales, como lo demuestra el modelo Madrid de arqueología de salvamento y rescate, donde la brevedad de la relación patrón–cliente y su carácter de urgencia no se entremezclan plenamente, quiero decir, no se condensan en una sola institución (Vázquez, 1996a). La del Reino Unido parece ser el caso de una estructura organizativa que difiere del todo de una estructura de rango a la mexicana, que, según demostraré, es francamente vertical, por proceder de una administracion burocrática tradicional que, como ya vimos, absorbe incluso las funciones de la arqueología como disciplina de estudio. Baste decir que en México resultaría descabellado admitir en el seno de un proyecto a dos comités, uno consultivo (de las corporaciones o personas patrocinadoras), y otro ejecutivo –éste último el propiamente arqueológico. Operativamente, bajo tal estructura el director de la investigación es asistido por uno o más supervisores, a cargo de los arqueólogos-operarios-voluntarios, ya que ha de considerarse que la contratación de obreros es en este contexto una costumbre en franca extinción, lo mismo que en Estados Unidos, sociedad donde el patrimonio público está completamente volcado a la sociedad civil, un fenómeno coincidente con el hecho de que la arqueología experimente allí un auge del trabajo voluntario (Wertime, 1995), en lugar de sustentarse del todo en la contratación de *ejércitos* de cientos de obreros como en México. En fin, estas experiencias son consistentes con el ideal de "arqueólogo completo" de Graham Clarke, que precisa, entre otros atributos, el de "ser apto para los *negocios y la administración*", eso es, "capaz de administrar y dirigir excavaciones que bien pueden volverse *empresas de gran escala*" (Rathz, 1986: 53; cursivas del autor). Llega a estimarse a tal grado la habilidad administrativa del director de una excavación, que se estima que "sin tales habilidades administrativas, todo el edificio arqueológico trepidaría" (Rathz, 1986: 70-71).[183]

[182] Las excavaciones de Schofield en Billinsgate (reproducida en McIntosh, 1987: 175-185) y Rahtz en Sutton Hoo y Wharram Percy (Rahtz, 1986: 138-161) son ilustrativas de esa concepción organizativa.

[183] En su satírico tratamiento de la arqueología académica inglesa, Paul Bahn (1993: 19-22) cuando se ocupa de la organización de la excavación habla más bien del director, los supervisores y los excavadores, aunque su sarcasmo lo lleve todavía a equipararlos a un general, sus oficiales y la infantería. Aunque ambas organizaciones sean jerárquicas, sus rangos no son los mismos. Aun en México.

Ahora bien, aunque por convención se restringa a tres tipos la fase de excavación de un proyecto –investigación, rescate y salvamento–, y de que siempre será una operación compleja en equipo (de dos o mas arqueólogos) que dependa de los objetivos del trabajo, los recursos disponibles (gente, dinero, tiempo), el tipo de sitio, la clase de subsuelo, etcétera, es claro que los proyectos arqueológicos reclaman de un buen número de habilidades extras, pero sobre todo, agrego yo, de una serie de respuestas (decisiones) tomadas sobre sobre la marcha del proceso, lo que merece una atención puntillosa. Conviene al respecto tener presente que el tópico tradicional mesoamericano de la arqueología mexicana introduce un factor constante o expectativa generalizada en casi todos los proyectos realizados bajo su condicionante contextual: me refiero a la envergadura misma de los hallazgos esperados. Por su naturaleza monumental, estos objetos inducen (que no crean) proyectos con grandes excavaciones extensivas, que siempre requieren de una gran intensidad de recursos, complejidad organizativa y elecciones potenciadas para administrarlos y llevarlos a buen éxito. Es ilustrativa al respecto la estrategia evasiva (de prioridad de sus preferencias personales aunque impliquen menos recursos para sus proyectos académicos, ante la opción de proyectos con más recursos pero de interés gubernamental antes que personal) adoptada por varios arqueólogos universitarios frente a los Proyectos Especiales de Arqueología 1992-1994.[184] Éstos no se concretaron a criticar la intensidad de los proyectos, sino que de inmediato reconocieron que no había otra manera de abordarlos dada la cantidad de factores implicados en ellos (estudio, publicación, ingeniería de obras, servicios turísticos, recursos, etcétera), algo para lo que seguramente no están bien adaptados los académicos.

Es justo en el terreno organizativo y su razón de ser en el contexto práctico actual que se explica el sentido del lenguaje militarizado. Su uso conlleva implícita la idea de que la organización filomilitar es el medio más eficaz para administrar los proyectos en su fase crítica de excavación.[185] En ello coinciden arqueólogos gubernamentales y universitarios, aunque

[184] El Proyecto Especial Xochicalco fue ofrecido a Jaime Litvak y el Proyecto Especial Palenque a Carlos Navarrete; ambos declinaron la oferta personal de la directora general del INAH. En ambos casos se esgrimieron (de modo informal, en conversaciones) argumentos sobre su complejidad de administración; Navarrete agregó otro factor limitante: el manejo de la epigrafía maya, que ha experimentado avances radicales además de que ha hecho de Palenque una meca internacional para dicha investigación.

[185] Hole y Heizer (1983: 115-116 y 131) admiten también la similitud de la organización militar y la organización arqueológica, pero sin asumir sus metáforas como modélicas ni mucho menos con la misma consistencia conceptual.

difieran en otros aspectos.[186] Recuérdese que éstos no sólo han tenido en común con los primeros una misma socialización profesional. Unos y otros comparten conceptos teóricos y observacionales, tópicos de interés, y hasta han trabajado en el INAH en algún momento temprano de su trayectoria personal, cuando iniciaron su ascenso de escala; aun en el caso de que den rienda suelta a sus preferencias personales de estudio, su arqueología debe ser negociada con el Consejo de Arqueología del INAH, que es una referencia constante, decisiva, para obtener la autorización a sus proyectos. En suma, no son nunca ajenos a su contraparte gubernamental. Por ello que confirmen que la preparación de un proyecto arqueológico "En muchos sentidos *se parece a una operación militar*..." (Litvak, 1986: 67; cursivas del autor). La idea de que la formación del arqueólogo puede compararse al ingreso a una "sociedad secreta o un *grupo de guerreros*", procede de la misma fuente universitaria.[187]

La misma imaginería bélica ha sido interpretada como una parábola con lección moral. Según Carlos Navarrete, existe una analogía entre el comportamiento arqueológico y la guerra de 1847 contra Estados Unidos, en que varios generales mexicanos optaron por conservar intacto su ejército en vez de cooperar contra el ejército invasor, simplemente porque ello facilitó la derrota de otros generales que no les eran gratos. De manera más reservada, gusta ilustrarlo con la guerra intestina sostenida por los "generales" Eduardo Matos, Ángel García Cook y Enrique Nalda, una guerra de posiciones hecha desde sus respectivos frentes y trincheras, distanciadas por una cuantas calles de por medio, pero con un mismo objeto de interés: Templo Mayor (un caso muy similar a éste es el Proyecto Xochimilco, en que cada equipo trazó una línea Maginot imaginaria imposible de cruzar, aunque eran escasos 150 metros los que los separaban). La informalidad

[186] Manzanilla y Barba (1994), que han descollado en la instrumentación de un nuevo tipo de proyecto (véase más adelante), han introducido una serie de metáforas provenientes de la medicina y para las que una excavación sería como una "minuciosa cirugía", una prospección una "radiografía" y la integración e interpretación un "diagnóstico". Es interesante que ambos autores sean investigadores universitarios.

[187] Cito el resumen de la ponencia de Jaime Litvak, "La función del anecdotario en la formación del antropólogo", escrita para el coloquio La Historia de la Antropología en México. Fuentes y Transmisión, llevado a cabo del 5 al 7 de julio de 1993 en la ENAH. Su versión escrita (transcrita en realidad, ya que Litvak optó por improvisar sus anécdotas) fue un poco diferente. Las anécdotas, dijo, sirven para transmitir la tradición entre generaciones, tradición que es como una cultura, una identidad y un cuerpo cerrado: "La anécdota en la formación del antropólogo es parte de una tradición, de una herencia. Es la transmisión de una serie de rasgos que compartimos, que nos identifican hacia fuera y que nos unen hacia adentro. Nos localizan, nos dicen qué somos, de dónde venimos, de cuántos grupos estamos hechos, quiénes son nuestros amigos y hasta dónde podemos contar con ellos y quiénes no lo son y hasta qué punto son peligrosos. Esas anécdotas llevan a cabo esa labor dentro del grupo y fuera de él" (Litvak, 1996: 283-284). ¡Batres (1911) se identificaba de modo tan similar cuando agrupaba a sus congéneres en "enemigos míos", "mis envidiosos" y "mis defensores"!

con que este relato ha sido hecho –Navarrete siempre se ha negado ponerlo por escrito, cosa doblemente extraña en él, dadas sus reconocidas dotes como escritor– demuestra dos cosas: que es un lenguaje reservado a los actos de habla (las anécdotas, la enseñanza del trabajo de campo, las temporadas de exploración); que si bien refuerza la estrategia de atarse a sí mismo para evitar la cooperación o comunicación –o estrategia evasiva–, enfatiza la metáfora de que la arqueología es guerra, argumento que, por otro lado, oscurece otros aspectos de la experiencia, ya que subestima los aspectos de la comunicación y sobre todo la cooperación, clave para la actividad científica. En ese sentido puede afirmarse que los arqueólogos han llegado al extremo de ser víctimas de sus propias metáforas beligerantes.[188]

Tipología de organización de los proyectos arqueológicos

Sin ser del todo infundadas, el gran problema de las tipologías polares antes citadas (Gándara, 1992: 79-81 y 96; Morelos, Rodríguez y Cabrera, 1991: 15-16) es que sustituyen un enfoque comparativo por otro valorativo, donde el analista siempre argumenta desde el punto de vista de un deseado y deseable proyecto arqueológico de investigación, que siempre existe como ideal,[189] al tiempo que desmerece a los proyectos de otros tipos, especialmente los político-monumentales, donde el imperativo académico-científico aparece menguado por otros objetivos y motivaciones, casualmente los de orden monumental y los que más prestigio retribuyen a las jefaturas. Esta sustitución retórica arroja magros resultados para la comprensión y explicación. Por ejemplo, la propuesta de un proyecto ideal explícitamente científico, induce a Gándara dejar de lado la creciente importancia de los proyectos-presupuesto en manos de quienes denomina los "arqueólogos administradores", pero cuya preponderancia es concomitante

[188] Lakoff y Jonson (1980) observan que los conceptos metafóricos contribuyen a la compresión mutua. No así cuando su sistematización extrema –como es el caso de "La discusión es una guerra"– impiden la comunicación, y, por ende, la comprensión. Tal como ocurre a los arqueólogos del cuento de Borges, "Tlön, Uqbar, Orbis Tertius", donde el director de una cárcel estatal promete la libertad a los presos que trajeran un hallazgo importante. Sus excavaciones en masa, ávidas y esperanzadas, sólo produjeron resultados contradictorios que inhibieron sus ansiados resultados.

[189] Es notorio que estas clasificaciones valorativas siempre vengan de arqueólogos gubernamentales, en especial de aquéllos con más luces y que desean hacer del imperativo de conocimiento un objetivo central, pero dentro de un contexto que los repele al predominar en él un imperativo monumental. En cambio, los arqueólogos universitarios parecen ajenos a este sentimiento contradictorio, por lo que sus clasificaciones son justamente de orden temático–personal. Confróntese al respecto la clasificación de Ochoa (1983: 115-119), aunque sólo indirectamente se refiera a los proyectos del INA entre 1964 y 1978, ya que se basa en sus productos como artículos.

al incremento de proyectos con altos presupuestos, mucho personal y materiales cuantiosos, y la relación que este fenómeno guarda con la dinámica teórica del enfoque histórico cultural, con la búsqueda de "cosas" (descubrimientos), y con los conflictos de poder por el control de presupuestos y autorizaciones del Consejo de Arqueología. Todo esto cae, para él, en el rubro de proyectos "altamente ineficientes", siempre que se les contrasta a un modelo ideal, que no es sino el deseado.

En ese orden de ideas, la clasificación de proyectos coyunturales *versus* proyectos académicos se aproxima más a la realidad de las cosas. Sus autores escriben desde la perspectiva de los miembros de un proyecto político, definitivamente dedicado al "descubrimiento y a la salvaguarda de los intereses estatales" (Morelos, Rodríguez y Cabrera, 1991: 15), y donde los objetivos académicos son un resultado indirecto (y postrero) del proyecto, porque dependen de la decisión (y dificultad) personal de obtenerlos, como ha quedado claro en sus publicaciones muy posteriores al "final" del proyecto monumental (Cabrera, Rodríguez y Morelos, 1982, 1982a, 1991; Morelos, 1993). No obstante su avance hacia una tipología más descriptiva, el tipo de proyecto político-coyuntural no facilita el análisis comparativo ya que los circunscribe, como su nombre indica, a coyunturas casuísticas singulares, cuando en realidad, desde nuestra perspectiva comparada, son proyectos que regularmente se repiten a pesar de sus particularidades intrínsecas. Cada ciclo sexenal o presidencial vemos repetirse esta clase de proyectos dependientes del ánimo del soberano patrimonialista en turno. Cabe advertir que esta dinámica cíclico-repetitiva domina no sólo a estos proyectos explícitamente monumentales de gran escala, sino incluso afecta a toda la arqueología, aun la más personalizada y académica.

Un estudio del número de proyectos autorizados por el Consejo a lo largo de una década (1975-1985) parece concluyente a este respecto, independientemente de sus deficiencias de tratamiento: cada 6 años observamos curvas de ascenso y descenso, una de las cuales –la del sexenio 1976-1982– alcanza un máximo a mediados del gobierno lopezportillista (Gamboa, 1989: 48). Así las cosas, sería injusto negar que hasta en los proyectos más politizados algún conocimiento ha sido producido, como lo demuestran con honradez varios arqueólogos universitarios (Ochoa, Sugiura y Serra Puche, 1989: 298-301). Simplemente ocurre que la producción de conocimiento (que ocurre paralelamente al proceso de análisis de los materiales extraídos) se prolonga hasta fechas muy tardías, varios años después de la fase más intensiva de exploración/restauración, lo que provoca la idea de que en realidad no generan nada en absoluto. El mismí-

simo Proyecto Teotihuacan 1980-1982 (al que se refieren Cabrera, Rodríguez y Morelos) confirma esta dinámica, pues una década después seguimos conociendo trabajos y sabemos que cuando menos uno de sus autores sigue trabado en la clasificación tipológica de 78,000 tepalcates recogidos en uno de los 16 frentes de excavación del proyecto, por lo que pasarán algunos años más para que comunique sus aportes a la disciplina. Pero por esa misma causa el Proyecto Templo Mayor 1978-1989 aún no concluye y sigue arrojando resultados actualizados. Por lo mismo los Proyectos Especiales de Arqueología 1992-1994 sólo han producido grandes hallazgos, museos y museografías, nuevas zonas arqueológicas, pero ninguna literatura especializada, excepto artículos divulgativos para la revista *Arqueología Mexicana*.[190]

Así pues, con la decidida intención de establecer una tipología de corte weberiano, esto es, comparativa y lo más rica descriptivamente (Bendix y Roth, 1980: 109-187; Vázquez, 1996), fue que propuse correlacionar dos variables, a saber, la intensidad del proyecto (mensurable en unidades tales como costos en pesos, número de obreros o tiempo aplicado) y el grado de organización (cuantificable en unidades organizativas). A simple vista ello permitía visualizar dos grandes espectros de ordenación de los proyectos, que irían en serie desde los proyectos de baja intensidad hasta los proyectos de alta intensidad. La primera reconsideración que me impuse en su planteamiento consistió en que al asumir yo mismo el uso de extensiones metafóricas de la *arqueología es guerra*, oscurecí otros aspectos de la realidad inconsistentes con esta clasificación de los proyectos arqueológicos, del mismo modo en que la clasificación de los conflictos bélicos en que se inspira no es del todo adecuada a su realidad. Como se sabe, a partir de la experiencia de la guerra de Vietnam, desde 1986 se popularizó la noción de "conflicto de baja intensidad" (que, por oposición, implica los conflictos de alta intensidad) para referirse a la escala o dimensión del conflicto, subsumiendo en él a los variables medios requeridos (Sohr, 1990: 22 y 45-46). Sin embargo, las últimas guerras latinoamericanas (El Salvador, Guatemala, Perú) muestran que guerras de baja intensidad pueden ser también de larga duración; que una guerra de corta duración puede ser de alta intensidad, como la guerra del golfo Pérsico; o que la Guerra Fría,

[190] Fue una sorpresa para mí toparme en Holanda con una antología de trabajos escritos por los directores de los Proyectos Especiales (Sabau, 1993), una edición muy costosa de 2,750 ejemplares, que sirvieron como obsequio diplomático por el gobierno de Carlos Salinas de Gortari. Se trata de un libro casi desconocido, y que confirma varias afirmaciones hechas a lo largo de este estudio, entre ellas la falta de resultados comunicables de la gran arqueología.

siendo de alta intensidad, pudo prolongarse por cincuenta años, por lo que ya se le denomina como la "guerra de los cincuenta años" (cfr. Crockatt, 1994; Kruijt, 1994).

A pesar de estas deficiencias descriptivas de nuestra tipología polar –que se fueron haciendo visibles en el proceso de estudio–, la postulación de parámetros numéricos de clasificación hizo acariciar la idea de reunir una respetable base de datos que respaldara una amplia clasificación. Pero una cosa fue imaginarla y otra muy distinta realizarla. No contaba con la negación de los arqueólogos de la gran arqueología a colaborar en su observación. Me costó mucho llegar a la misma conclusión que Embree hacia los nuevos arqueólogos norteamericanos y sus dificultades para relacionarse con un filósofo: "Los arqueólogos no parecen ser lo suficientemente antropólogos como para fascinarse con el prospecto de ser objetos de estudio etnográfico" (Embree, 1989: 29; 1989a: 65).

A principios de 1994 diseñé una encuesta de 10 preguntas susceptibles de cuantificación, y que fue dirigida a los directores de todos los Proyectos Especiales por medio de la Dirección de Información y Estudios Culturales de la DGCP–CNCA.[191] Para facilitar su respuesta, la encuesta fue enviada a la Secretaría Ejecutiva del Fondo Nacional Arqueológico, que por entonces era una unidad de enlace entre el CNCA y el INAH, y de la que en gran medida dependían económicamente estos grandes proyectos arqueológicos. Pese a ello, tácitamente los arqueólogos se negaron a brindar la información requerida. Me refiero a que ni siquiera se dieron por enterados. Al entrevistarlo, uno de ellos me brindó la deferencia de negar el haberla recibido. Pero la única respuesta formal obtenida fue harto esclarecedora. Según Beatriz Braniff, no podía responder por dos razones:

1. porque su Proyecto Especial "Museo de las Culturas del Norte" en Paquimé no incluía excavaciones;
2. porque "*no tengo autorización* por parte del INAH para dar la información solicitada" (cursivas del autor).[192]

[191] Las preguntas eran éstas: 1. ¿Cuántos informes técnicos ha rendido?; 2. ¿Cuántas cuartillas e ilustraciones contienen?; 3. ¿Cuántos artículos, libros, ponencias y tesis ha generado?; 4. ¿Cuántas intervenciones ha realizado? (especificar tipo); 5. ¿Cuántos proyectos se han realizado previamente al suyo? (especificar número y periodo); 6. ¿Cuántos investigadores ha ocupado y en qué actividad?; 7. ¿Cuántos técnicos ha ocupado y en qué actividad?; 8. ¿Cuántos administrativos ha ocupado y con qué asignación?; 9. ¿Cuántos trabajadores ha ocupado, según temporadas?; 10. ¿Qué cantidad global de dinero ha canalizado al proyecto?; oficio SEC/520/94 del 4 de agosto de 1994 de Martha Tello (directora de Información y Estudios Culturales del CNCA) a la licenciada María Carina Navarro (secretaria ejecutiva del Fondo Nacional Arqueológico).

[192] Comunicación de Beatriz Braniff a Martha Tello, 7 de junio de 1994.

Como puede verse, esta actitud esquiva confirma la costumbre de evitación que advertimos desde el planteamiento de esta investigación, pero ahora estamos en condiciones de asegurar que responde a una organización de la arqueología dominada por relaciones verticales, de índole jerárquica, y por ello consistentes con la orientación militar de la concepción metafórica de su propia organización interna. Estamos, creo yo, ante un fenómeno equivalente al de las jerarquías feudales, que lo mismo ordenaban a las milicias celestiales de los ángeles más etéreos que a las distinciones más mundanamente ostensibles de los dignatarios eclesiásticos. La "petición de autorización" nos habla así de un esquema conceptual que reconoce las diferencias internas entre niveles de rango y sin la cual la dominación jerárquica sería imposible (Esquivel y Olivé, 1983). Para no desviarnos más hacia este crucial punto –al que dedicaré mi atención adelante–, sólo agregaré que, sin ser en rigor de corte militar, las diferencias estratificadas tienen que ver con una organización menos visible de recompensas y gratificaciones entre arqueólogos, que en mucho dependen del convertir en exitoso un proyecto. El cómo se logre será tan crucial como el premio mismo.

Volvamos de momento a nuestro problema clasificatorio con fines comparativos de proyectos. Enfrentados al fracaso sociológico de reunir información en gran escala, nos quedaba aún el recurso heurístico de reinterpretar la tipología inicial de modo combinatorio, utilizando dos variables.[193] Por un lado el grado de verticalidad de un proyecto (tamaño de la jerarquía interna) y por otro el grado de intensidad (número de miembros o recursos aplicados). La combinatoria muestra entonces cuatro clases posibles de proyectos arqueológicos:

FIGURA 1

COMBINATORIA ORDINAL DE
TIPOS DE PROYECTOS ARQUEOLÓGICOS

Tipo	*Verticalidad*	*Intensidad*
I	+	+
II	+	-
III	-	+
IV	-	-

[193] Debo al lingüista Fernando Leal acudir en mi ayuda con esta idea.

Según esta combinación, lo que denominamos inicialmente como proyectos de alta intensidad serían siempre de alta verticalidad (+,+), lo que es correcto en casi todos los casos de los proyectos gubernamentales, ocupando un lugar destacado el Proyecto Templo Mayor y sus secuelas más recientes, los Proyectos Especiales. Su opuesto serían los proyectos de baja verticalidad y baja intensidad (-,-), que recuerdan al Proyecto Bolaños de la UNAM, un caso raro donde sólo cooperan una arqueóloga y su asistente. Otros proyectos universitarios siguen el mismo patrón organizativo. Sin embargo, también son posibles proyectos de alta verticalidad y poca intensidad (+,-), caso de aquellos proyectos donde el número de unidades subordinadas son muchas pero poca su intensidad. Los proyectos de enseñanza y de rescate en la ENAH y el INAH parecen aproximarse a este tipo. Contrariamente a ellos, están los que funcionan con gran intensidad y baja verticalidad (-,+). Estos parecieran ser los más peculiares, pues es una combinación difícil de conseguir: reunir dinero y gente en número significativo, pero trabajando bajo relaciones horizontales. Es muy probable que estos proyectos apenas se estén desarrollando en los proyectos más recientes de la UNAM y algunos de la maestría de arqueología de la ENAH, que tienen en común haber accedido a dinero de Conacyt desde hace pocos años, por lo que antes hubieran sido proyectos de baja intensidad y baja verticalidad (-,-). Se trata, creo, de un fenómeno inédito en la organización de la arqueología mexicana, por lo que no parece ocasional la eclosión de un conflicto con la gran arqueología del INAH. Me refiero en concreto al enfrentamiento en Teotihuacan del Proyecto Especial de Eduardo Matos y el Proyecto Cuevas y Túneles de Linda Manzanilla, que trataremos en el capítulo siguiente.

Creo necesario aclarar en seguida en qué consisten estas relaciones verticales y horizontales de organización, antes de pasar a analizar cómo se expresan dentro de la tradición científica. Expliquemos entonces nuestros conceptos.

Como sugiere Lomnitz (1987: 525-527), existe un alarmante paralelismo entre la estructura de los grupos universitarios –incluida la investigación científica, al menos en el Instituto de Investigaciones Biomédicas y la Facultad de Ciencias, bien estudiados por ella (Lomnitz, 1972, 1977, 1985; Fortes y Lomnitz, 1991 y 1994)– y otras estructuras sociales mayores, tal como se desprende de su propuesta de un modelo estructural capaz de conciliar el análisis estructural y el análisis individual desde una perspectiva macro sumamente ambiciosa, predispuesta a dar cuenta de las relaciones internas dentro del sector público, el sector laboral, el sector privado y el sector informal de la economía (Lomnitz, 1987). Su modelo,

basado en cuatro variables (tipo de recursos, cantidad, dirección del intercambio y tipo de mediación), resalta que mientras las relaciones horizontales entre grupos e individuos son de reciprocidad, las verticales son de desigualdad e implican dominación patrón-cliente, pues cambian lealtad por recursos. Lejos de confrontarse, ambas relaciones trabajan simultáneamente en las estructuras institucionales, obligando a sus miembros a manipularlas según su conveniencia y situación. Ello explica la actividad política generalizada y la informalidad que se extiende como una espesa sombra de transacciones ubicada tras de las relaciones estructurales. De hecho, en términos organizativos, ello crea un conglomerado de pirámides jerarquizadas formales e informales.

En lo que a la actividad científica se refiere, Lomnitz descubre el predominio de las relaciones verticales sobre las horizontales. Lo que eso implica es grave, ya que los investigadores ven un progreso real en aspirar a cargos directivos, que reúnen mejora material y prestigio; asimismo, la verticalidad no deja más alternativa a los investigadores subordinados que demandar constantemente a los superiores, sin identificarse con la institución y mucho menos con una comunidad científica. Por otro lado, las relaciones horizontales, que excluyen jerarquías e implican igualdad, están definitivamente constreñidas, tendiendo a darse en grupos muy reducidos, casi familiares (nucleados alrededor de un tutor que sirve de intermediario con otros niveles más altos, lo que jerarquiza de entrada las relaciones), resultando todo en un cuadro de cooperación nula o escasa, de poco intercambio recíproco, falta de comunicación, carencia de masas críticas, creatividad limitada, etcétera. A mi juicio, la arqueología universitaria y gubernamental no son una excepción al modelo planteado, si bien hay gradaciones dependientes del contexto institucional y el modo como se organiza cada proyecto. Aquí es donde entra en juego la heurística de nuestra tipología.

Las instituciones arqueológicas y sus proyectos

El 1o. de junio de 1992 ocurrió un suceso sin parangón en la historia del INAH. En la víspera, el arqueólogo Roberto García Moll recibió una cortante llamada telefónica –probablemente del presidente Carlos Salinas en persona– donde le exigió presentar al día siguiente un vasto proyecto de conservación, exploración, protección y difusión de cinco zonas arqueológicas, entre las que destacaban Teotihuacan, Palenque y Filobobos. Como es obvio, el funcionario falló en la amañada prueba, por lo que ese mismo día fue destituido por la superioridad. Suceso doblemente raro, no

sólo por carecer de precedentes, sino porque se dio a escasos dos años de concluirse el sexenio presidencial (1988-1994), justo cuando nadie, en la burocracia patrimonial, esperaba más de lo que había obtenido. Pero dentro del CNCA había quien pensaba distinto. El proyecto ya estaba hecho. El problema era como llevarlo a la práctica, lo que incluía la defenestración de García Moll y otros arqueólogos de su administración patrimonial del INAH.

Cómo llegó nuestro personaje a la máxima jefatura del INAH es especulativo. Se dice que subrepticiamente había venido militando en las filas del PRI desde hacía años. Sea cierto o no, es claro que cualquier director general debe, por ley orgánica, ser nombrado por el secretario de la SEP, quien a su vez es nombrado por el presidente en turno. Su caída introdujo la novedad de que el CNCA pasó a ser una unidad superordinada sobre el INAH, aunque de modo muy informal, sin llegar a cambiar la ley (por lo que después de todo se recurrió al golpe palaciego para lograrlo), ambigüedad que hoy ha hecho volver a la SEP por sus fueros. Lo importante es que hasta antes de su designación, García Moll había venido trabajando por espacio de 15 años (1973-1988) el Proyecto Yaxchilán, un sitio arqueológico de alguna importancia localizado en la cuenca del río Usumacinta, y que se planeaba integrar con otros sitios (Pomoná, entre ellos) en un circuito turístico-cultural que recuerda mucho al proyecto Ruta Maya de años después. Tan fuerte era su dominio personal sobre el sitio, que medio en broma medio en serio se le conoció por el sobrenombre de "Señor de Yaxchilán", título que muy bien podrían portar otros arqueólogos que dominan las zonas arqueológicas como si fueran de su propiedad privada. Su proyecto en sí no era de muchas luces. No ambicionaba ir más allá de reconstruir la historia cultural del sitio, es decir, establecer "generalizaciones e hipótesis de trabajo válidas para el sitio" [*sic*] (García Moll, 1984: 187).

Su arribo a la cúspide de la pirámide estructural del INAH no introdujo grandes modificaciones a lo acostumbrado, no más del ritual de cambio de unos arqueólogos distantes por otros allegados a él. Su ineficacia para administrar una estructura compleja precedió a su clímax final. En 1991, por ejemplo, dio un desplante autoritario a una propuesta de carácter académico de parte de un grupo de ex colegas suyos de la Subdirección de Estudios Arqueológicos, que pretendían desarrollar proyectos de investigación en vez de conservación monumental. A pesar de lo autoritario de su respuesta, se puede notar que en última instancia ésta se mantenía fiel a la tradición; les dijo a los inconformes que "si en algún momento la conservación o consolidación se ha planteado como prioridad, una vez que deja de serlo, cede su lugar, si hay quien la efectúe, a la investigación"

(García Moll, 1991: 6), regla no dicha para los proyectos oficiales todavía vigente y que se reduce a que la investigación arqueológica es una actividad paralela en el sentido más literal. Mas con una elemental división del trabajo, la inquietud pudo haberse aprovechado para lanzar un proyecto o proyectos de investigación no menos visibles que los aplicados. Pero él no lo vio, como tampoco vio venir la idea de los Proyectos Especiales, previsible en vista de la predisposición arqueológica del presidente, harto sensibilizado desde la escandalosa "recuperación del tesoro prehispánico" con que se saldó la "ofensa personal" que le significó el robo al Museo Nacional de Antropología.[194]

Ya en esa ocasión el presidente Salinas había ordenado al presidente del CNCA ocuparse activamente de preservar al patrimonio antiguo, decisión que García Moll siempre vio con ambivalencia por resultarle antitética a la lealtad que debía al secretario de la SEP. Lo que ocurrió en 1992 en cierto modo él lo provocó con su limitada capacidad estratégica. Pero tan ignominiosa degradación no fue suficiente para sus enemigos. La derrota le costó incluso la dirección del Proyecto Yaxchilán a manos de uno de los arqueólogos que en 1991 le proponían darle mayor espacio al cometido académico en los proyectos. Al mismo tiempo, es probable que el presidente Salinas haya experimentado la misma pasión fundamentalista de su antecesor José López Portillo, cuando el 28 de febrero de 1978 degustó "pleno y redondo el poder", un poder tan irrestricto como para crear la realidad histórica a voluntad, causa primera del Proyecto Templo Mayor.[195] Me refiero pues a que en mayo de 1993, durante una visita a Palenque en compañía de los presidentes de Honduras y Belice –con quienes discutió el Proyecto Ruta Maya, ideado para crear una ruta turística que uniera las zonas arqueológicas de Palenque, Toniná, Yaxchilán, Bonampak, Altún Ha y Copán– Salinas no pudo contenerse más, confesando a su guía que "me encantaría dedicarme a la arqueología". Más que dispuesto, el coordinador Nacional de arqueología del INAH, Alejandro Martínez, repuso: "Pues adelante, bienvenido al gremio".[196] Y así se declaró "amigo de los arqueólo-

[194] En 14 de junio de 1989 hubo un sonado ritual de recuperación del pasado (las piezas que habían sido robadas al Museo Nacional de Antropología) protagonizado por su, en apariencia, único propietario histórico. En él, el presidente Salinas sentenció a sus subalternos: "Por eso, nuestro patrimonio cultural es más que una posesión que está en el mercado o una propiedad que podemos detentar, es un acto de constitución y carácter. Todo lo que [lo] afecte es una afrenta personal a cada uno de nosotros (...) El Gobierno de la República se compromete a apoyar a todas las acciones que valoren los signos de nuestro pasado y que eleven la conciencia de la población sobre la riqueza y variedad de su patrimonio histórico y cultural" (Salinas, 1989: 2 y 4).

[195] La frase completa de López Portillo está recogida por López Luján (1993: 31), quien también lo pone como arranque del proyecto, tildándolo de "capricho presidencial", como si fuera un desplante pasajero. Se olvida que este "capricho" es voluntad a su nivel, mandato hacia la abigarrada jerarquía inferior y tradición disciplinaria para sus colegas.

[196] El diálogo fue recogido por un reportero de la revista *Época*, 103, 1993: 11.

gos". Más aún, Salinas se tomó tan en serio la caravana de su servidor, que en los últimos dos años de su neoliberal mandato pasó a ser el mayor mecenas de la arqueología patrimonialista desde los tiempos de Carlos IV.[197]

En efecto, el 12 de octubre de 1992, en pleno rito de escenificación del mito del origen nacional de México (rebautizado como "Día de la Raza" desde que fueron desechados los de "Día del Descubrimiento de América" y el más chocante "Día de la Hispanidad"), Salinas hizo el anuncio de los primeros 12 (desde 1993 14) Proyectos Especiales de Arqueología, de los cuales dos eran museos propiamente dichos y el resto proyectos de exploración-restauración. Para ese fin, en noviembre de 1992, y con recursos provenientes de la Secretaría de Hacienda (es decir, de los impuestos públicos), se constituyó el fideicomiso Fondo Nacional Arqueológico con 13.5 millones de (nuevos) pesos, a los que en 1994 se agregaron nada menos que 111 más. La manera como se repartieron los proyectos-presupuesto entre los arqueólogos hace sospechar que primero fue el presupuesto y después el proyecto mismo. Su planteamiento (INAH, 1992) indica una repetida comunidad de objetivos (conservación, exploración de nuevos conjuntos arquitectónicos, reforzamiento del turismo, mayor conocimiento de la "historia prehispánica de México", difusión), pero de seguro la designación de los jefes de proyecto no fue una decisión fácil para la nueva directora del INAH, pues se ve que entraron en juego muchos factores "subjetivos", además de la competencia profesional y la honestidad. Por lo menos en tres proyectos, esa designación incluyó la consideración política local, pues no hay otra manera de explicarse la concentración de poderes en tres individuos destacados.[198]

Hasta aquí los Proyectos Especiales coinciden con las tipologías previas, esto es, son coyunturales y se les crea *a posteriori* a la obtención del financiamiento. Éste es el cuadro general. Pero las cosas aparentan ser más complicadas conforme penetramos en su análisis. Lo más evidente parece

[197] No soy retórico. Me limito a parafrasear a Rafael Tovar y de Teresa (INAH, 1994) en su presentación de los proyectos especiales, con motivo de la exposición de 250 piezas descubiertas entre 1992 y 1994, en el Museo Nacional de Antropología. Tovar, presidente del CNCA hasta el 2000, dijo que el apoyo otorgado a la arqueología era "sin duda el mayor –en términos de su dimensión y significado– que haya recibido a lo largo de su historia...". Coinciden con él los mismos arqueólogos beneficiados: "Gracias al interés del presidente Carlos Salinas de Gortari, se ha contado con un apoyo sin precedente que no sólo beneficia al patrimonio cultural mexicano, sino también a la difusión y comprensión de nuestro legado histórico"; véase "Proyectos Especiales de Arqueología", AM, 7(2): 83, 1994.

[198] Así, la directora del Museo Nacional de Antropología se desempeñó simultáneamente como presidenta del Consejo de Arqueología y jefa del Proyecto Especial Xochitécatl (Tlaxcala); el secretario técnico cumplió también como jefe del Proyecto Especial Corredor Sur de Quintana Roo con tres sitios (Kohunlich, Dzibanché y Kinichná, todos ellos parte de la Ruta Maya); por último, el director del Museo Templo Mayor se transformó en director de la Zona Arqueológica Teotihuacan y jefe del Proyecto Especial. Como ninguno posee el don de la ubicuidad, necesariamente instrumentaron organizaciones de rango para cumplir en todas sus funciones.

ser su intensidad. En sólo 2 años involucraron a 3,000 personas, se exploraron ocho nuevas zonas arqueológicas, se obtuvieron 15 declaratorias presidenciales, se crearon cuatro museos y se rehabilitó uno más, y, por último, se hicieron descubrimientos rutilantes entre los que brilla por su visibilidad el hallazgo de una segunda tumba real en Palenque. Vistos desde sus propios objetivos y prioridades, los proyectos fueron un éxito, a pesar de haber trabajado a contrarreloj, si bien al final de los mismos los sucesos políticos externos (asesinatos de políticos prominentes, levantamiento indígena chiapaneco, elecciones presidenciales) deslucieron el arrebato arqueológico del soberano.

La evasiva respuesta dada a nuestra encuesta nos impide ir más allá en su tratamiento organizativo, que permanece en la penumbra hasta que conozcamos sus primeras publicaciones.[199] No obstante esta seria limitación, la escasa información disponible permite comprender que la desigual distribución de los presupuestos fue un acicate para los celos personales, ya que desde el segundo año (1993) se favoreció ampliamente al Proyecto Teotihuacan, concitando la animadversión de los demás jefes de proyecto no convidados en suficiencia, acoso que Eduardo Matos soporta desde los días del Templo Mayor.[200] Asimismo, en Monte Albán ocurrió otro fenómeno sin precedente: su director fue el único que retuvo como prioritario el cometido de comunicación de sus resultados, dedicando un tiempo importante a la redacción y publicación a la vez que descuidaba la excavación y restauración. Alarmado por el corto tiempo político fijado en la máxime cúspide jerárquica, el Consejo de Arqueología le impuso a un director interino para cumplir con las expectativas institucionales.

El cuadro 24 indica que sería incorrecto clasificar a todos los Proyectos Especiales dentro del primer tipo esbozado en la figura 1. Esto es muy obvio en proyectos como el de Pinturas Rupestres en Baja California Sur, que sólo hasta el segundo año de labores pudo superar a los proyectos de baja intensidad universitarios. Sin embargo, por otras fuentes sabemos

[199] No obstante, algunas informaciones filtradas a la prensa confirman nuestra clasificación. Por ejemplo, el Proyecto Especial Cantona durante 18 meses ocupó a 500 trabajadores para liberar 450 hectáreas. Tal cantidad de gente precisó la intervención de 10 arqueólogos a cargo de Ángel García Cook. Además de anecdótico, no deja de ser interesante que el Proyecto Especial Filobobos haya propiciado la primera "huelga arqueológica" de más de 300 obreros, descontentos con la administración del proyecto. La dispersión de la información obtenida por este medio nos obliga a disminuirla.

[200] Mientras Mastache y Cobean (1988: 65) criticaron el exceso de recursos asignado a Templo Mayor, Nalda (1993: 129) sostiene que Templo Mayor fue "una habilitación muy tardía que satisfizo más una preocupación personal que una necesidad social". Si bien Nalda nunca aclara a quién se refiere, si a Matos o al ex presidente López Portillo (la confusión es factible en ambos), uno puede pensar que su guerra personal no ha concluido. Al menos, fue ésa la sensación que me comunicó su entrevista.

de dos proyectos universitarios que han progresado hacia la alta intensidad, estando uno de ellos al mismo nivel presupuestal que el Proyecto Especial Teotihuacan en sus inicios. Me refiero desde luego al Proyecto Túneles y Cuevas de Teotihuacan 1989-1996, que en 1990 accedió a un presupuesto de 1.4 millones de pesos canalizados por Conacyt, la UNAM y la National Geographic Society.

Del cuadro 24 debemos destacar por igual cómo dos proyectos no contemplados al principio –Toniná y Calakmul–, no sólo se pusieron por encima de un Proyecto Especial (Pinturas Rupestres), sino que fueron sostenidos directamente por el INAH, elevando a 122 millones la cantidad total aplicada en un año, esto es, el equivalente a casi la mitad del presupuesto total ejercido por el INAH en el mismo año y por encima de su presupuesto total de 1989 y un poco inferior al de 1990 (cfr. INAH, 1993: 28). Las posibles repercusiones que esta política arqueológica tuvo sobre el resto de proyectos y actividades arqueológicas rutinarias del INAH no pueden evaluarse aún. De hecho, es probable que en estos años buena parte de los arqueólogos gubernamentales se mantuvieran trabajando en una más baja intensidad y una verticalidad inferior. Dado que los registros oficiales no están publicados o no están puestos al día, sólo podemos conjeturar que se mantuvo la tendencia apreciada hasta 1988, en que el Consejo de Arqueología registró a 149 proyectos, en su mayoría del propio INAH.[201] Ya que la cifra es rebasada por mucho por una plantilla de 306 arqueólogos, cabe pensar que casi un 50 por ciento de ellos siguió dedicado a las rutinarias tareas de intervención física en las zonas arqueológicas ya existentes, como establecimos en el capítulo anterior.

A lo que quiero llegar con esto es a demostrar que ni toda la arqueología gubernamental es de gran intensidad ni toda la arqueología universitaria es de baja intensidad, sino que habría gradaciones que seguramente se correlacionan con diversos niveles de verticalidad en sus relaciones organizativas. Sin embargo, es claro que estos datos hablan de un pequeño grupo de usufructuarios de los proyectos de gran escala, mientras que el grupo mayoritario se ocuparía de proyectos de pequeña escala o de rutinas técnicas de mantenimiento de lo que alguna vez fueron también grandes proyectos. Más aún, aunque desde los estudios de Lomnitz la UNAM no es ajena a las estructuras jerárquicas, el INAH se distinguiría por ser una estructura predispuesta para desarrollar grandes proyectos, lo su-

[201] La cifra corresponde a los registros del Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología (ATCNA, en adelante), publicados bajo el título "Proyectos arqueológicos en curso" por la revista *Arqueología* (3-5, 1988), en su primera temporada; según otra fuente, los proyectos serían 171 hasta finales del pasado sexenio (INAH, 1989, f. 3). Para una discusión de estos datos, véase el capítulo previo.

CUADRO 24

DISTRIBUCIÓN PRESUPUESTAL DE LOS PROYECTOS ESPECIALES DE ARQUEOLOGÍA, 1992-1994
(En millones de nuevos pesos)

Proyecto	*1992-1993*	*Proyecto*	*1993-1994*
Xochicalco	1.5	Teotihuacan	37.5
Monte Albán	1.4	Xochicalco	15.6
Teotihuacan	1.3	Monte Albán	12.2
Sur de Quintana Roo	1.2	Filobobos	10.7
Palenque	1.1	Museo Paquimé	8.5
Chichén-Itzá	0.9	Sur de Quintana Roo	6.6
Cantona	0.7	Museo Dzibilchaltún	5.0
Xochitécatl	0.5	Cantona	2.9
Pinturas Rupestres B.C.S.	0.5	Xochitécatl	2.7
		Toniná	2.5
		Calakmul	2.3
		Pinturas Ruprestres	2.0

Fuente: "Fondo Nacional Arqueológico. Estado de cuenta al 28 de febrero de 1993", *La Jornada*, 2 de mayo de 1993: 22; Rafael Tovar y de Teresa, *Modernización y política cultural*, cuadro 3.2, pp.106-107.

ficientemente compleja como para también no descuidar las tareas suplementarias de restauración y mantenimiento monumental, que quedan como residuo del exceso. Sin esa carga patrimonial que pone en tensión las relaciones verticales entre arqueólogos, en la UNAM se abre la posibilidad de dar prioridad a las preferencias de estudio personales, aun cuando se hagan con limitaciones. La verticalidad tendría aquí, sin ser del todo extraña, una función disminuida.[202] De paso, es necesario observar que en nuestro periodo de estudio, los proyectos de campo universitarios fueron sólo cuatro de un total de 15 arqueólogos, dos de los cuales se dedican por entero a labores editoriales.[203] Ello nos lleva a referir la interrelación de estructura y organización de los proyectos.

[202] Hasta donde sé, el IIA dispone de 10 unidades operativas, una de las cuales es la Sección de Arqueología, ubicada en un cuarto nivel, junto con las otras tres secciones de investigación. Sin embargo, esto deja de lado las jerarquías de la intrincada estructura universitaria como totalidad.

[203] Me refiero a Jaime Litvak y Paul Schmidt. Los cuatro proyectos de campo son: "Túneles y cuevas" de Linda Manzanilla, "Bolaños", de Teresa Cabrero, "Quechula y Altos Orientales de Chiapas", de Carlos Navarrete y "Espacios domésticos olmecas en San Lorenzo Tenochtitlan", de Ann Cyphers. No quiero decir con esto que los nueve restantes no trabajen; en realidad se ocupan de análisis de materiales de sus respectivos proyectos. Algunos, empero, sabiéndose "vetados" por el Consejo de Arqueología, han optado por no salir al campo o desarrollar proyectos que escapen al control de sus enemigos. La estrategia de atarse a sus cubículos es una manera de evitarse complicaciones más costosas que lanzar proyectos que desembocarán en el fracaso.

Ya en otro lugar (Vázquez, 1995) había observado el impresionante proceso de complejidad institucional por el que ha transitado el INAH desde 1939. Al fundarse el INAH se componía de dos grandes unidades operativas, el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía (con cinco departamentos: Arqueología, Etnografía Aborigen, Antropología Física, Historia y Arte Colonial) y el Departamento de Monumentos Artísticos, Arqueológicos e Históricos (con sus dos direcciones de Monumentos Prehispánicos y Monumentos Coloniales, que pasaron a ser departamentos). Es decir, poseía una estructura bastante elemental: una dirección general a cargo de tres unidades operativas, una de ellas propiamente arqueológica. Para 1962 esta estructura se había engrosado a 17 unidades, aumentado a dos las unidades arqueológicas, a saber, los departamentos de Prehistoria y de Monumentos Prehispánicos (INAH, 1962: 4-5). Para 1983 se aprecian cambios radicales en cuanto a niveles, unidades y jerarquías. Lorenzo (1984: 95-96; véanse también INAH, 1980: 138 y 1984: 44) debió entonces reconstruir dos organigramas separados, uno para la estructura del INAH en su conjunto y otro exclusivamente para las operaciones arqueológicas. Según el primero, había un total 61 unidades distribuidas en siete niveles. De esta cantidad, la arqueología disponía de 12 unidades, dispuestas en cinco niveles jerárquicos.

Otra fuente oficial no confirmada indica que para 1989 el INAH dispondría de 417 unidades de todo tipo, lo que podría ser cierto si tomamos en cuenta que su plantilla total era de 5,541 empleados hacia finales de 1993 (Tovar, 1994: 379). Sin embargo, un organigrama recién publicado por la SEP dentro de su manual de organización presenta una versión simplificada del mismo, ya que sólo diagrama a sus unidades de mando del segundo y tercer nivel, que coinciden con las cifras de 14 mandos superiores y 320 mandos intermedios (Tovar, 1993: 379). Por lo demás, en el presente la arqueología oficial está estructurada en 11 unidades, pero mucho más jerarquizadas que en 1983, pues ha aumentado un nivel (la Coordinación Nacional de Arqueología), para sumar seis en total, al tiempo que desaparece el Departamento de Prehistoria y se crea una nueva subdirección (Servicios Académicos) de mayor rango. Huelga decir que todos estos escaños son ocupados por arqueólogos.

Estos cambios organizativos testifican las relaciones de mando imperantes y la ordenación que conllevan para determinar la complejidad estructural actual. Si se observa con cuidado, la índole de las direcciones indican el interés institucional puesto en la exploración/restauración, el salvamento, el registro y los servicios requeridos. No extrañe que la prehistoria haya sido finalmente liquidada y la arqueología subacuática se

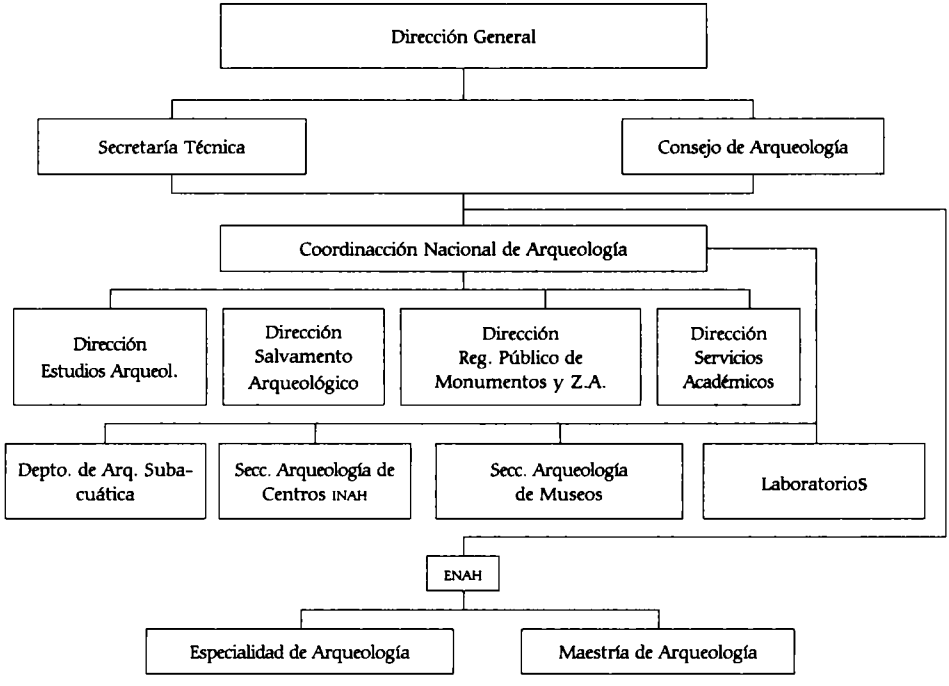
mantenga como humilde departamento. Los niveles de jerarquización son un claro indicio de cómo se organizan los proyectos arqueológicos: usualmente desde arriba o, en el mejor de los casos, como una elección personal dentro de límites preestablecidos. Bajo esta estructura, la arqueología del INAH está por naturaleza dispuesta a allanar las cosas a las determinaciones superiores, pero rara vez a recoger las ideas y aspiraciones de los niveles inferiores. Incluso esto explica por qué las relaciones horizontales tienen tantas dificultades para expandirse dentro de centros de trabajo de un mismo nivel. Propuestas, reglamentos de trabajo, demandas, proyectos cooperativos, ideas, etcétera, suelen terminar olvidados, a no ser que algún intermediario las recoja y canalice dentro de la cadena de mando (véase figura 2).

La figura capta la *disposición piramidal* de las unidades organizativas institucionales, según niveles *estratigráficos* de dominio y cuya base es más ancha de lo que aparece en el esquema, pues las secciones de los centros y museos suman más de 30. Nótese de paso que la única unidad que no parece conciliar del todo con esa imagen vertical del flujo de poder es la ENAH, compuesta de dos unidades semiautónomas pertenecientes también a dos niveles educativos, la licenciatura y la maestría, con sus respectivos proyectos de adiestramiento/investigación, que aparentemente sólo dependen de la aprobación/desaprobación del Consejo de Arqueología. En realidad, su ubicación en el nivel más bajo indica también su escaso poder, por lo que sus proyectos requieren de intermediarios a otros niveles. Cuando esto no funciona por conflictos personales, y a pesar de ser una escuela del propio instituto, ha habido el peligro de ver cancelada su capacidad para hacer excavaciones, como ocurrió a raíz del Proyecto Abasolo de Manuel Gándara (1992: 207-208). La contraparte de esta debilidad es que admite una dosis de "marginalidad creadora" que, desde la baja intensidad y menor verticalidad, permite que florescan entre sus docentes posturas divergentes con el resto de los proyectos de la arqueología institucional. Cierta tradición crítica muy incipiente tiene a la ENAH como núcleo de confluencia, más que de irradiación de influencias.

Ahora bien, con sólo 15 arqueólogos, el IIA de la UNAM planteó desde su fundación en 1973 la posibilidad de constituir una cabal alternativa como arqueología de investigación, científica e interdisciplinaria, valores compartidos por todos sus miembros pero no siempre apegados a la realidad. Ya observamos en el capítulo primero que no escapan a la tradición mesoamericanista ni llevaron a sus últimas consecuencias las tesis de la

FIGURA 2

ORGANIGRAMA DE LA ARQUEOLOGÍA DEL INAH



nueva arqueología que presuntamente les sirvió para afirmarse frente al monopolio del INAH. Era una identidad política más que un programa de investigación. La crítica a esta postura conflictiva como positivista (Ochoa, Sugiura y Serra, 1989: 307-308) no es más que el corolario de la confesión de una "diversidad de intereses" hecha pública desde su VI Congreso Interno en 1982. Esta diversidad fue una manera eufemista de decir que la idea de integrar proyectos, colaborar y conjuntar intereses comunes (expresada en el I Congreso de finales de 1973) había fracasado. Los mismos congresos internos se extinguen luego de 1984, al mismo tiempo que aparecen desembozados problemas de individualización absoluta (un investigador, una investigación, un proyecto) e incomunicación, incluida la evitación de la crítica entre colegas "en aras de la paz social" (Schmidt, 1991: 1-2). Esta costumbre –hecha estrategia de sobrevivencia– ha llegado hasta el Consejo Interno, que reúne a las cuatro especialidades de investigación del IIA, y en donde se usaba discutir cada uno del proyectos arqueológicos: toda una anacrónica usanza del pasado. La propia Sección de Arqueo-

logía sesiona con dificultades, aunque se torna corporativa siempre que se trata de defender causas específicas. En realidad, estos arqueólogos tienen una mayor vida social en la informalidad de los pasillos o en la cafetería que en la formalidad de la estructura. Su disgregación surge desde el momento en que cada proyecto es visto como ajeno y, sobre todo, como competitivo del propio. Por último, su habitual aislamiento en los cubículos concuerda con la debilidad de las relaciones horizontales en toda la disciplina.

Observemos entonces cómo un cometido académico tiene en el IIA efectos perniciosos equivalentes a los del cometido político en el INAH. La causa común de esto es, como veremos en el siguiente apartado, un sistema de recompensas contradictorio establecido para premiar tanto a los descubridores como a los que los que pretenden hacer progresar la interpretación del dato arqueológico. Así como en el INAH un proyecto cooperativo del tipo del Atlas Arqueológico Nacional 1984-1988 no pudo prosperar por la incongruencia de las relaciones horizontales, en el IIA el primer proyecto de gran intensidad practicado en Temamatla 1986-1991 (el primero en recibir apoyo de Conacyt) tampoco pudo concitar la colaboración de sus pares inmediatos, a pesar de plantearse como interdisciplinario (Serra y Morelos, 1991: 229-235). Incluso, los últimos dos proyectos de Linda Manzanilla en Teotihuacan (1985-1995) sólo sostienen una comunicación informal con Emily C. Rattray.[204] Es curioso además que en la medida en que algunos arqueólogos universitarios han incursionado en los proyectos intensivos, su acercamiento al INAH ha crecido a pesar de todo. Desde el Proyecto Temamatla y, a poco, el Proyecto Xochimilco, pasando por la propuesta de arribar a una "etapa de síntesis" con la arqueología oficial (Ochoa, Sugiura y Serra, 1989: 310), la interdisciplina universitaria se tradujo en cierto intercambio interinstitucional, hasta que finalmente Carmen Serra traspasó la frontera con el INAH para convertirse en directora del MNA. No puede decirse lo mismo de Linda Manzanilla, pero llama la atención su ingreso al Consejo de Arqueología por designación de la directora del INAH.[205]

[204] En su informe de 1991, Rattray admite, en cambio, colaboraciones explícitas con George Cowgill en el Proyecto Templo de Quezalcoatl y con M. Spence en el Proyecto Barrio Oaxaqueño de Teotihuacan. Desconozco si esto ha variado en los últimos años.

[205] Este ingreso de representantes universitarios al seno del Consejo de Arqueología no se dio sin reacciones de oposición como la que protagonizó Noemí Castillo y la general suspicacia del resto de arqueólogos del INAH. Cabe la mención de que Manzanilla mantiene intercambios amistosos con algunos arqueólogos del INAH como Rubén Cabrera (Zona Arqueológica Teotihuacan) y Leonardo López (Templo Mayor). El que la comunicación resida en el terreno informal es ilustrativa del peso generalizado de la verticalidad.

Como ya advertimos, donde se nota una mayor diferencia es la producción literaria de los arqueólogos universitarios en relación con los gubernamentales,[206] pero ésta era de esperar dada la diferencia de cometidos. Parece una obviedad puntualizar que al no haber aquí el objetivo de la aplicación, pasa a la inversa del INAH, que la investigación no es paralela ni residual, sino aquí sí prioritaria, por ende mayor la exigencia de publicar. No se trata, en suma, de un fenómeno tan simple como distinguir a los "arqueólogos del poder" y a los "arqueólogos de la intelectualidad" (Schöndube, 1991: 264), de la "corriente del INAH" y la "corriente universitaria" (Lorenzo en Alonso y Baranda, 1984: 155) o de la "arqueología política" y la "arqueología científica" (Litvak, 1978: 672).[207] Se trata además de que sus proyectos sean funcionales con la estructura de la que devienen. Lo que ya no es tan funcional son las recompensas obtenidas y el modo como se relacionan con sus muy materiales objetos de estudio, sustento de sus más caros anhelos. Aquí residen los "pecados" más azorantes y que sin embargo los mueven.

DUALIDAD DE PRIORIDADES, ¿DESCUBRIMIENTO O INTERPRETACIÓN?

Indagando por azar sobre el mayor fraude que se ha cometido en la arqueología mexicana –el *affaire* conocido como "Códice Abascaliensis", ahora sí eponímico–, pregunté intrigado a mi calificado interlocutor por qué, a pesar de su resonancia, nadie había escrito sobre él desde 1984. Me esquivó con el consabido muletazo, argüyendo que no tenía elementos suficientes para hacerlo él mismo (al poco tiempo entrevisté a la arqueóloga que extrajo la urna donde Rafael Abascal plantó la "evidencia" –un códice apócrifo que pudo haberlo llevado de un salto a la cúspide de la fama–, pero de igual forma evitó discutir el asunto, en su caso aduciendo que Joaquín García Bárcena la había exonerado de culpas, por lo que a él, como autoridad del INAH, le tocaba "resolver" el caso. Coincidió conmigo en que era impenetrable el silencio en que se había mantenido el asunto; con todo, me sugirió que si deseaba saber más, mejor entrevistara a García Bárcena, consejo que desoí, porque según sé Abascal fue separado del INAH

[206] Véanse cuadros 4 y 5 en el capítulo anterior.

[207] Nótese que las tipologías antes citadas reflejan la misma dualidad esquemática que les criticamos, esquematismo que no es otro más que la funcionalidad institucional dispuesta en *oposición política* de identidades, que así reinterpretada desdibuja los pares excluyentes hasta ahora manipulados por los arqueólogos para sus juegos no cooperativos. Véase capítulo 6 al respecto.

no por su fraude a la disciplina, sino por un supuesto fraude presupuestal al instituto). Reticente a olvidarme del tópico, le cuestioné si no habría un sustrato común entre esta actitud extrema y una presunta *pasión del descubrimiento* apenas disimulada entre los arqueólogos mexicanos. De inmediato minimizó comportamientos como el de Abascal, asegurándome que el motivo único y declarado de la arqueología era el científico, aunque con un lenguaje políticamente correcto usó la fórmula de que el descubrimiento era "una *motivación* sin la que la arqueología carecería de interés y no sería arqueología".

Consciente de su contradicción y ya lindando en el cinismo, añadió que si en el curso de una excavación se hacía, por accidente por supuesto, un gran hallazgo que le diera renombre al descubridor, ello era bienvenido como inevitable.[208] Conviniendo en ello, si el contexto de un descubrimiento era tan riguroso como él me aseguraba, de inmediato surgía la pregunta. ¿Cómo lo evadió Abascal, si el fraude no se redescubrió *in situ*, sino hasta que se determinó la química de los colorantes empleados? La respuesta fue circunstancial. Abascal plantó el códice la misma noche del hallazgo, cubriendo con tierra el fondo de la urna para simular su descubrimiento, lo que no deja de ser extraño dada la supuesta rigurosidad del registro arqueológico. Pero mi insistencia en aclarar esta y otras muchas dudas relacionadas (como el previsible descubrimiento de sepulcros en Palenque en espera de escenarios adecuados a su *des*cubrimiento) lo fue haciendo más y más hermético, hasta que me atajó, diciendo que era mejor no proseguir: "Se puede destapar una *cloaca* de grandes proporciones." Cambio de tópico o fin de la comunicación. Opté, a pesar mío, por el primero.[209]

El fraude de Abascal lo mismo que la búsqueda compulsiva de reconocimiento, las disputas por la prioridad de los proyectos, o las invisibles guerras entre arqueólogos pasarían por ser un curioso folclor profesional si no concordaran con comportamientos más amplios de envidia, egoísmo, maledicencia, secreto y evitación. Si alguien creyera por esto que me dis-

[208] Compárense sus palabras con lo escrito por Bahn al respecto: "Virtualmente todo arqueólogo profesional actual insiste en que no son cazadores de tesoros sino científicos, buscando información en vez de objetos (...) Esto es generalmente verdad, pero también es justo decir que cualquier arqueólogo se desbordaría de alegría al encontrar algo que no sólo pruede ser importante para la investigación sino que también capte la imaginación pública. Y como son pocos los descubrimientos, si se les presenta sobriamente no despertará más que un bostezo del promedio del espectador de televisión o del lector del tabloide; ellos [los descubrimientos] deben ser revestidos con los superlativos del engañoso: el primero, el más antiguo, el mayor, el mejor preservado, el más rico, el más espectacular en su tipo (...) No sería sorpresa descubrir que cualquiera que considere a la arqueología como una profesión sea o se convierta en un engañoso consumado" (Bahn, 1993: 9-10).

[209] Incluso antes de iniciar nuestra conversación, se negó a ser grabado; aceptado esto, me exigió una guía de la entrevista, a lo que concedí sería una charla informal de café. Los encuentros de investigación no fueron una técnica prevista: los mismos actores me la impusieron.

pongo a ventilar los asuntos malolientes o pecaminosos de los arqueólogos está equivocado. En sociología de la ciencia estas mismas actitudes han sido objeto de estudio, discurriendo su interpretación desde comportamientos patológicos a los de plano interesados.[210] En lo personal pienso que nuestra fenomenología demuestra que estos actos son del todo normales. Para desterrar por anticipado suspicacias debo subrayar que en muchos aspectos la tradición arqueológica mexicana es sospechosamente similar a la cultura observada entre otros grupos científicos, tales como los físicos de la bomba H o los biólogos taxonómicos. Veamos en breve por qué coinciden.

La observación antropológica de Gusterson (1992) indica que estos físicos poseen una cultura del secreto donde la evitación es ontológica. De hecho, por ello su lenguaje es metonímico más que metafórico: las ciudades son "blancos contravaluados", la destrucción masiva "daño colateral", las bombas nucleares "paquetes físicos" y así por el estilo. Esta cultura obliga a restringir la información (que circula verticalmente, no entre colegas), luego la obligación de enseñar o de escribir les son innecesarias. En suma, los supuestos imperativos de la ciencia son sustituidos por una moral finalista donde el fin justifica a los medios.[211] Como es lógico, la cultura y comportamiento de este grupo de físicos se dan en un contexto institucional *adecuado*, es decir, en un laboratorio gubernamental de carácter altamente reservado. Pero decir que la institución lo explica todo es decir una verdad incompleta. Otro es el caso cuando Rivero y Lugo (1994), que preocupados por desviaciones éticas de sus colegas (los biólogos) universitarios, no dudan en denunciar sus empeños egoístas, celos, guerras personales y la apropiación de especies, cuya clasificación les reporta reconocimiento personal. Como ellos observan, este ambiente propicia fraudes de todos tipos, lo que sería su expresión más baja, pero consecuente con dichas actitudes. Peor aún, según ellos, estos desórdenes mentales pueden ocurrir a los más altos niveles intelectuales, aseveración que ha venido a confirmar el *affaire* Baltimore, en que un premio Nobel se vio involucrado en un sonado fraude (la publicación de un artículo basado en datos experimentales fabricados por una asistente) (Lewin, 1992).

[210] Todavía en 1957 Merton (1974) apreciaba que las respuestas fraudolentas eran contadas y definitivamente patogénicas, si bien las atribuía a un papel disfuncional del sistema de recompensas a la originalidad, desarrollado por la misma institución científica. Mucho más enérgico, Woolgar (1981, 1991: 84-100) ve en la metáfora del descubrimiento un recurso retórico de la ciencia y los científicos para construir socialmente su conocimiento. Más que un contexto del descubrimiento habría un contexto de (re)presentación, en el que se negociaría tanto su objetividad como su reconocimiento.

[211] Me refiero, claro está, a los imperativos institucionales postulados por Merton en 1942 (1980) como todo un *ethos:* universalismo, comunismo, desinterés y escepticismo organizado.

No obstante, los estudiosos de la "fraudología" han agregado a la discusión sobre este comportamiento egoísta un elemento del mayor interés, pero que Merton pasó por alto no obstante su meritorio reconocimiento de la disfuncionalidad que provocan las recompensas en la institución de la ciencia. Para Blanc, Chapouthier y Danchin (s.d.), los fraudes en efecto satisfacen las ambiciones de fama y ascenso (motivaciones comunes a todos los científicos, aunque no siempre graves). Pero varían de los más considerables a los más superficiales. Los "pequeños fraudes" son muchas veces tolerados, pero lo mismo si son grandes como pequeños, unos y otros son reveladores del modo como funciona la ciencia en una época, país o institución. No basta con su investigación ontológica; urgen llevar las cosas hasta su epistemología más profunda, pues es posible que ahí resida su causa última. Un ejemplo que refuerza esta preocupación lo proporcionan los experimentos de Vicente y Brewer (s.d.), que indican que los errores en la comunicación de resultados escritos no son aleatorios o incoherentes, sino regulares. Las distorsiones muchas veces ocurren simplemente porque los científicos utilizan un "esquema de experimento científico canónico", al cual "ajustan" sus detalles.

En lo que sigue dirigiré hacia allá nuestra indagación, sin interesarme gran cosa la "fraudología". La cuestión a esclarecer es cómo las prioridades de los proyectos, ya académicas ya monumentales, son recompensadas, pero asimismo, cómo alcanzar dicho objetivo exalta una especie de apropiación no sólo del reconocimiento al descubridor, sino, en un terreno cognoscitivo más sutil, hasta de los vestigios físicos sobre los que se sustenta el conocimiento. No puedo por lo tanto asumir una fenomenología del conocimiento solamente circunscrita al acto de conocimiento.[212] Aquí nos importa determinar, consecuentes con nuestra idea de fenomenología, cómo la experiencia puede fundamentar al objeto de conocimiento, al sujeto cognoscente y a su ulterior aprehensión, específicamente aquel fenómeno que Merton delimitó como "derechos de propiedad intelectual" del descubrimiento, como si de derechos legales se tratara, cuando en el caso de la

[212] En vez de referirme al estudio fenomenológico y paralelo de Embree (1992), me refiero a la fenomenología de Woolgar (1981, 1991), que aplicada a los descubrimientos científicos no se contenta con resaltar su carácter social como construcciones discursivas, sino que está atascada en su idea fija del "fraude ontológico" de la ciencia, que aduce que es el entramado social el que crea al objeto, es decir, que la representación da lugar al objeto, no el objeto a la representación. Los descubrimientos se basan en este último supuesto: el objeto es previo a su conocimiento, se les *des*-cubre y expone tal cual son. Antes al contrario, para Woolgar su estudio del descubrimiento de los pulsares, a modo de cambiantes objetos y explicaciones pertinentes, le parece la prueba irrefutable de que es construido artificialmente por el lenguaje de la ciencia. Nunca se plantea que ese cambio en la idea de objeto puede ser la justa medida del crecimiento del conocimiento, si es que la noción de progreso le desagrada.

arqueología mexicana se expresa como una relación particular de aprehensión fácilmente confundible con la apropiación jurídica dentro de un contexto patrimonialista, donde soberano y servidores efectivamente se apropian de los vestigios del pasado. El que los biólogos taxónomos se comporten como dueños de ciertas especies tiene que ver con la afirmación de la originalidad personal, simultáneo al mecanismo de conocimiento que obliga a que se apropien de objetos de los que no son dueños en sentido estricto.[213]

La legislación de los derechos de autoría en arqueología es una consecuencia más que un primer motor de la aprehensión de objetos-cosas. El más reciente reglamento para la investigación arqueológica en México (INAH, 1994) confirma esta actitud apropiadora, pero la coloca en un punto más central si se le compara con sus antecedentes en los reglamentos de 1977, 1982 y 1990 (cfr. Litvak *et al.*, 1980: 218-222; Olivé y Urteaga, 1988: 382-391; INAH, 1990). En él, hay que diferenciar con precisión entre los derechos legales del monopolio estatal y los derechos que ese mismo monopolio respalda y reconoce al arqueólogo. De una parte, todo material arqueológico, por ser propiedad de la nación, debe ser entregado al INAH íntegramente hacia el final del proyecto, sea éste de investigación o de aplicación. En apariencia, ahí terminaría la apropiación individual de objetos para dar paso a la apropiación estatal. Informalmente ocurre otra cosa. Así lo atestigua la ceramoteca del INAH en Cuicuilco, que ha llegado a concentrar cerca de ocho toneladas de tepalcates. Para revisar una colección específica, el estudioso ha de pedir permiso al responsable del proyecto para acceder a *sus materiales* (Fournier, 1992: 2). Mucho mayor compenetración se establece entre apropiación y aprehensión cuando el citado reglamento dispone que los informes técnicos parciales y finales dirigidos al Consejo de Arqueología no pueden ser consultados sin el permiso expreso del jefe de proyecto, informes que por lo general nunca serán conocidos públicamente. Esta norma impide, en efecto, el plagio de ideas y resultados, pero posee el grave inconveniente de obstaculizar su conocimiento público; es, de

[213] Philip Kohl (1996) ha examinado en detalle la espinosa cuestión de los "derechos de propiedad en la arqueología", a raíz de la disputa de prioridad sostenida por el ruso A. Formozov con los miembros del equipo ucraniano-americano que han vuelto a excavar el sitio paleolítico de Staroselye, en Crimea. "La regla no escrita es, por supuesto, que el arqueólogo que descubre e inicialmente investiga un sitio tiene, *ceteris paribus*, el derecho de continuar el trabajo de ese sitio. Tal «derecho» no constituye un reclamo legal hacia el sitio, y diferentes países tratan de modificarlo por diferentes medios" (Kohl, 1996: 113). En Estados Unidos, se reconoce así un "derecho de primacía", pero habría una tensión entre a quién pertenece el pasado y un conocimiento arqueológico que reconoce la prioridad del descubrimiento. Kohl, finalmente, admite que debió de haberse consultado a Formozov, pero éste es más tajante cuando exige su permiso personal. Lo que se deja de lado en este estudio es que Crimea es hoy territorio independiente de Ucrania, pero lo que los rusos no parecen dispuestos a renunciar es a seguir considerando al sitio como "monumento arqueológico", según se desprende del alegato de Formozov incluido junto al artículo de Kohl.

hecho, como si el proyecto o la excavación nunca se hubieran realizado (Hester, Heizer y Graham, 1988: 346). Agréguese a ello la dilación que determina el cometido aplicado de un proyecto o el prolongado proceso de análisis de materiales y se comprenderán mejor las dificultades de comunicación que campean en toda la arqueología, además de las problemáticas ya tratadas (falta de revistas especializadas, evitación de la crítica, verticalidad de las relaciones, etcétera).

Al respecto, los arqueólogos del INAH tienen la bien ganada fama de comportarse como dueños del patrimonio arqueológico, del que se asumen como sus defensores incondicionales. Lo cierto es que cuando uno de sus mismos colegas se aproxima a un proyecto aventajado, su interés se expresa como la defensa de "sus ofrendas", "sus descubrimientos", "sus materiales", "sus datos". Este hábito tiene un justificante lógico: los proyectos que la institución estimula o permite han hecho de la investigación un resultado indirecto, que depende de la iniciativa personal el realizarlo. En efecto, proyecto e interés individual se amalgaman como nunca en el proceso del proyecto. A partir de aquí aparecen ya como conflictivas las prioridades de descubrir o de investigar. Si no se consigue un sonado hallazgo, queda la alternativa de la investigación, que ha de realizarse con grandes dificultades y sin los medios dedicados a los descubrimientos monumentales. Este aferrarse a los materiales se convierte en una estrategia egoísta de superación, a falta de otras opciones.

La apropiación se agrava en este medio cuando se transforma en hábito de trabajo. El caso más extremo es cuando un arqueólogo o arqueóloga llega a sentirse dueño de una zona arqueológica donde desarrolla una intervención o proyecto. Cualquier otro arqueólogo que tome al mismo objeto de estudio lo convierte automáticamente en un real o potencial enemigo con el cual se debe luchar antes que cooperar. El resultado de esta competencia depende ya de las artes políticas, pero a veces se organiza a lo largo de las líneas relacionales verticales. Si el otro es un pasante de licenciatura ("esclavo" en la jerga aplicada) susceptible de avasallarse por el dominio de rango, se le brindan los materiales para que los clasifique a su apropiador –y , si gana su confianza, merecerá la suerte de titularse con algunos de los resultados. Cuando el otro es un igual (por nivel de jerarquía o por méritos académicos) la desconfianza y predisposición a la guerra se activan. Finalmente, cuando la consecución del mismo fin excede la estructura organizativa, el odio y la envidia han puesto en marcha la máquina de guerra. La acendrada costumbre de la evitación es por lo tanto la mejor estrategia para caminar sobre el campo minado de una ciencia así organizada sobre relaciones sociales de confrontación. Pero más allá de las

pasiones y la política, el problema es en última instancia intrínseco a la fundación del conocimiento empírico. Si llega a ser un hábito social es porque se le practica de manera reiterada y normal.

Es por demás indicativo que los arqueólogos mexicanos sinceramente crean que sus datos son, como dice Gándara, evidentes. Aduzco por mi parte que, además de tal creencia, es su materialidad, su cosificación, lo que los hace confundirse con genuinos "datos duros", esto es, objetivos por definición. Deberíamos mejor hablar en su caso de un "objetivismo", que Klejn (1996: 346) define como "la absolutización de la percepción objetiva de la realidad". Cognitivamente, entonces, la arqueología sería una ciencia de la descripción objetiva del pasado, en la que sus procedimientos técnicos más interiorizados harían las veces de una teoría observacional nunca explicitada (Gándara, 1987: 9). Para el mismo analista, esta epistemología equivale a un empirismo ingenuo cuanto supone que la observación es no problemática y a sus técnicas, teóricamente neutrales (Gándara, 1991: 11; 1987: 8). Sin embargo, bien vistas las cosas, su empirismo en vez de ingenuo es del todo radical –una suerte de positivismo tercamente atado a lo dado–, pues no habría otra realidad que la accesible a los sentidos.[214] Bajo estas condiciones, hasta las realidades no sensibles se fundamentan en las impresiones sensibles. Así, las tipologías de agrupación de atributos, abstraídas para clasificar tiestos y otros remanentes de la cultura material del pasado, y sumamente comunes en el medio mexicano, se convierten en hechos de existencia real, de los que el arqueólogo sería un mero descubridor (Fournier, 1992: 6).[215] Ante esta postura extrema, hasta

[214] No es mi interés discutir qué clase de ciencia es la arqueología, pero me inclino a pensar que su epistemología no es positivista y ni siquiera protopositivista. Su objetivismo es tan natural, que me recuerda mucho al primer programa científico de Francis Bacon, en el siglo XVII. Este programa está lejos de haber sido sobreseído del todo. Todavía en 1876 Darwin reconocía que su inductivismo venía de Bacon y de que siempre recogió grandes cantidades de datos sin trabajar bajo una teoría, a pesar de que en su momento hizo lo imposible porque se le reconociera su prioridad sobre el evolucionismo. Pero además, Darwin era muy consciente de las atrofias que ese modo de pensar y de accionar le ocasionó en el desarrollo de su mente y carácter. Aparte de observar su incapacidad para el pensamiento abstracto y estético, y su atrofia del "lado emotivo de nuestra naturaleza", asentó: "La pasión por coleccionar lleva al hombre a ser naturalista sistemático, un virtuoso o un avaro..." (Darwin, 1993: 6-7). Para una comprensión de la génesis y desarrollo del pensamiento positivista, remito a Moulines (1982: 305-323). Al respecto, me parece importante señalar que mientras Comte procuró aplicar el método de las ciencias naturales a la historia y la sociedad, nuestros arqueólogos parecen estar a disgusto entre las ciencias blandas, luego insisten en buscar prótesis científicas de tipo técnico, suponiendo que el manipular con ellas objetos-cosa los lleva hacia las ciencias duras. La crítica de Clarke (1984 [1968]) de que tales técnicas observacionales "son meros accesorios" y de que la arqueología debía ser una ciencia analítica más matemática que científica, no ha tenido gran acogida en México. Con todo, subsiste su ominosa descripción de que la arqueología, sin un cuerpo teórico central, "continúa siendo una profesión intuitiva, una destreza maquinalmente aprendida".

[215] Tiryakian (1979), en una intesante discusión del uso heurístico de las tipologías, indica que la polémica de si son entidades empíricas o categorías mentales está lejos de resolverse. Sin embargo, hace notar varias cosas más. La primera es que las nuevas perspectivas taxonómicas son explícitamente nominalistas, es decir,

John Locke (1975 [1690]) podría ser tildado de empirista moderado por admitir que el conocimiento sabe de la existencia por otras vías (reflexión e intuición), además de la sensación.

Volvamos entonces a la apropiación de tiestos y de resultados de los proyectos. Uno de los hábitos más profundamente enraizados en esta tradición es precisamente el de la clasificación de materiales, cerámicos en especial, a fin de abstraer tipologías con las cuales establecer relaciones entre culturas arqueológicas. Como técnica, es el procedimiento que más tiempo consume a un proyecto; casualmente por ello se le posterga para fases terminales, casi invisibles del proceso de conocimiento, cuando la parte más visible e intensiva (los hallazgos monumentales y su conservación) han cesado. Como asienta López Luján (1993: 149): "Esta tarea se ha vuelto *tan habitual* que muchos investigadores la practican simplemente por costumbre, más que como un medio, como el *fin último de sus pesquisas*" (cursivas de autor). En cuanto a técnica, su reiteración exacerba la relación objeto-sujeto, afianzando con su insistencia el sentido de pertenencia del objeto-cosa. Dada la epistemología objetivista de fondo, la clasificación llega a potenciar la reiteración a escalas infinitas. En un proyecto de baja intensidad y baja verticalidad como es el Proyecto Bolaños (del que me ocuparé detenidamente en el siguiente capítulo), la cifra de tiestos ascendía, hasta mediados de 1993, a 30,000 unidades. Comparado a un proyecto de alta intensidad y alta verticalidad como el de Teotihuacan 1980-1982, la cifra es irrisoria, pues en uno solo de sus frentes (y recuérdese que en sus mejores tiempos tuvo 16) arrojó 78,000 tepalcates, que aún no acaban de ser clasificados en la bodega de Cuicuilco por el arqueólogo a cargo del frente.

La reiteración de un procedimiento de clasificación, cuando se trata de grandes cantidades de datos, es ya un problema matemático de eficiencia (Paulos, 1993: 46-48).[216] Una vez más encontramos otro punto de contacto con la taxonomía biológica, además del sentido de apropiación de

---

admiten que las tipologías no son "naturales" sino actos creativos y heurísticos. Luego, que su reificación puede acarrear esterilidad científica, al impedir la búsqueda de explicaciones más convincentes, siempre que se tome de facto su carácter explicativo. Pero lo más interesante es que su examen de las tradiciones tipológicas en la teología, la filosofía y la biología lo lleve a descubrir que lo más ardientes defensores de las clasificaciones tipológicas sean aquellos más tradicionalistas y con predisposición a una ordenación jerárquica de la naturaleza en estratos bien definidos. No es una coincidencia que en la tradición arqueológica mexicana hasta la fecha se admita que la tipologización cerámica "es la parte más importante del trabajo", como una vez estableciera Eduardo Noguera, ya que, teóricamente, se les considera clave para estudiar las fases de desarrollo de la historia del México antiguo (Noguera, 1995).

[216] Paulos es sumamente crítico hacia la reunión obsesiva de estadísticas y datos en grandes cantidades, pero sin útiles conceptuales para llenarlos de contenido. Por ello su paráfrasis de Coleridge: "Datos, datos por todas partes, pero ni una sola idea para pensar." Aparte del uso de algoritmos de recuperación, Paulos sugiere que "El algoritmo de clasificación más importante es una buena formación y una amplia cultura general" (Paulos, 1993: 48).

objetos-cosa.[217] Desde principios de la década de los sesenta, la taxonomía biológica más tradicional se distanció de una taxonomía teórica, la cual aplicó una estadística multivariante que a la postre desembocó en las vertientes cladista y fenética (Viladiu, 1991). Este progreso técnico ha sido emulado por la arqueología, pero en México su desarrollo ha estado pasmosamente limitado a ¡cinco proyectos, incluido Templo Mayor en sus fases avanzadas! (López Luján, 1993: 155). Es interesante destacar entonces el arraigo del método más retardado de clasificación, conocido entre los matemáticos como algoritmo de clasificación por inserción, que siempre es N^2, ya que potencia la ordenación de cada ejemplar, porque éste debe ser una y otra vez comparado con el conjunto. Si luego de tan ardua tarea de comparación analógica uno no se convence de que los tipos son tan reales como la forma, textura o color que dicen aprehender por la vía natural de nuestros sentidos, lo menos que puede ocurrir es que se establezca una relación viciada con los objetos de estudio. A eso me refiero con el sentido de apropiación de la aprehensión, común a taxómonos de la arqueología y de la biología. Pero mientras en la biología el cambio radical de clasificaciones ha sido fruto de concepciones metodológicas diferentes y aun encontradas, aquí no hay un proceso de cambio teórico y metodológico similar. Este "fijismo" arqueológico es mucho más notorio si se le contrasta con la tipología linguística, cuyos avances han estado interrelacionados con el progreso global de la teoría (Comrie, 1990: 517; Croft, 1990). En comparación, las tipologías arqueológicas recuerdan más a su tipología de áreas (basada en rasgos compartidos por lenguas relacionadas geográficamente, ya en desuso) que a la tipología estructural de la linguística moderna.

Tras de tan elongada cincunnavegación, podemos dirigirnos a nuestro destino final, a saber, el sistema de recompensas en arqueología y su dualidad intrínseca. Para comprender este fenómeno en parte ideal y en parte material, que lo mismo implica a instituciones, costumbres y actos del comportamiento, quisiera arrancar de la siguiente contrastación. Ya en el parágrafo anterior habíamos establecido las diferentes asignaciones presupuestales que, por el lado de la arqueología estatal, premiaron al Proyecto Teotihuacan 1992-1994 de Eduardo Matos, y, por el lado de la arqueología universitaria, premiaron al Proyecto Túneles y Cuevas de Teotihuacan 1989-1996 de Linda Manzanilla. La notoria preponderancia de ambos proyectos en sus respectivas instituciones no es ocasional: están precedi-

[217] Una tercera coincidencia la abordaremos en el capítulo final. Me refiero a que los biólogos evolucionistas están fascinados con la lucha eterna entre cooperación y competición en el seno de sociedades y organismos, virus inclusive (Nowack y Sigmund, 2000).

das por reconocimientos altamente honoríficos a sus directores. Aunque no faltaran arqueólogos que lo objeten (la excepción a la regla será que lo confirmen), Matos y Manzanilla son hoy por hoy los arqueólogos más prestigiados de México, y yo diría que los mejores, si nos atenemos a los reconocimientos que se les ha brindado socialmente a su labor.

Sus asignaciones presupuestales como proyectos intensivos es simultánea al ingreso de Manzanilla a la Academia de la Investigación Científica en 1990 y su Premio Nacional de Ciencias Sociales el mismo año. Luego, en 1993 el INAH le concedió el Premio Alfonso Caso a la mejor investigación por su obra *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyahualco* (1993), producto de la primera etapa del Proyecto Cambio Global en Perspectiva Histórica. El Caso del Centro Urbano de Teotihuacan, del que los proyectos Antigua Ciudad de Teotihuacan 1985-1989 y Estudio de Túneles y Cuevas de Teotihuacan 1989-1996, serían la primera y segunda fases, respectivamente. Por su lado, Eduardo Matos ingresó en 1994 al prestigiado Colegio Nacional, precedido por la fama ganada en el éxito del Proyecto Templo Mayor. La premiación de dos estilos tan distintos de expresar la arqueología –cuya estética discursiva es en un caso cientifista y en otro narrativa–[218] muestra lo prejuicioso que sería reducirlo todo a dos trayectorias profesionales excluyentes, la científica y la política. Sin duda hay algo de verdad en la dicotomía (además de referir a Weber, claro). No podemos ignorar para nuestro enfoque comprensivo que Matos ha hecho carrera dentro del sistema jerárquico del INAH ligado a proyectos altamente intensivos y verticales, desde su época de estudiante en 1960.[219] Que Templo Mayor se haya originado en un "capricho presidencial" sería tanto como subestimar sus 60 artículos y libros. A decir verdad, dentro del INAH se le tiene como el eterno pretendiente de la dirección general, sin que sus filiaciones políticas hayan dado los resultados deseados.[220]

[218] El así denominado "estilo científico" está inspirado en la economía del razonamiento matemático de Newton. A su vez, el estilo narrativo recuerda la complejidad opulenta de tratamiento a lo Darwin. Ambos estilos conllevan sentidos estéticos, ya de sobriedad, ya de variedad, es decir, nada menos que la conocida oposición entre una ciencia analítica y una ciencia sintética. Que los profesen nuestros autores no es una coincidencia. Tiene que ver con su orientación cientifista e historicista, como veremos en el capítulo 5.

[219] Matos se gradúa en 1965 con la tesis *La revolución urbana en la cuenca de México*; en 1960 trabaja para el Proyecto Tlateloco y luego en el Proyecto Teotihuacan. Ya graduado, en 1966 se suma al equipo de Messmacher en el Proyecto Cholula, que al concluir le facilitó convertirse en director asistente del Departamento de Monumentos Prehispánicos, cargo desde el que puede ya dirigir el Proyecto Tula y, en 1977, el Proyecto Templo Mayor (Matos, 1994: 10-12). Se puede decir de él que ha sido un sobresaliente "hombre del sistema", de este sistema para ser preciso.

[220] Hasta antes de la inesperada muerte del candidato del PRI a la presidencia, Luis D. Colosio, Matos había "amarrado" el cargo. Eso era del dominio público por lo que ni Matos lo ocultó.

Para Manzanilla la carrera académica no fue del todo opcional. En cierto modo fue obligada por la circunstancia de un conflicto político personal en el Departamento de Prehistoria.[221] No obstante, sus preferencias de estudio personales fueron divergentes en los días de la ENAH, contrariamente de Matos.[222] Esta deriva tuvo el beneficio de convertirla en la primera egiptóloga mexicana, con experiencias únicas en excavaciones practicadas en Turquía, Egipto y Bolivia.[223] Su impresionante currícula –49 artículos y libros hasta 1992-,[224] no deja lugar a dudas sobre el cometido académico de su actividad como arqueóloga. Políticamente, sin embargo, su actividad no es de subestimarse. Por ejemplo, gracias a una campaña periodística lanzada por ella y Mari Carmen Serra Puche fue posible que el Consejo de Arqueología del INAH se abriera a la representación de los intereses universitarios, aunque sólo de modo informal, quiero decir, por invitación personal de la actual directora general y no por la reglamentación expresa del consejo, que legalmente sigue siendo una institución cerrada. Tal victoria no hubiera sido factible sin sus redes familiares con la clase política yucateca. Otro tanto puede decirse de Serra Puche, sobre todo en el sexenio pasado, en que su hermano era ministro de Hacienda.

A lo que quiero llegar es simplemente a desdibujar un buen tanto la tipología esquemática de los malos arqueólogos políticos y los buenos arqueólogos académicos. Las cosas son más complicadas que eso. Ni la ar-

[221] Describe así la experiencia: "Por último debo destacar un aspecto negativo que conllevó un lado positivo, pues me permitió salir de México e iniciar mis correrías orientales. Hablo de mi renuncia al Instituto Nacional de Antropología e Historia, mi protesta ante el uso indiscriminado del poder de los jerarcas para apagar cualquier brote de «independencia académica», mi negativa a estar sujeta a vicios longevos y prepotencia" (Manzanilla, 1986: 7-8).

[222] La temática de su tesis de maestría en sí misma es heterodoxa, aunque guarda cierto parentesco temático con la de Matos: *Comentarios en torno a un proceso histórico: constitución de la sociedad urbana en Mesopotamia (cuarto milenio a.C.)* (1979), más tarde publicada con correcciones (Manzanilla, 1986). Aunque se trate de una elaboración bibliográfica, sus ideas de entonces son clave para entender posteriores elaboraciones de la autora. Hay que recordar una vez más (véase cuadro 23 en el capítulo previo) que entre 1946 y 1987 sólo hubieron 13 tesis (6.1 por ciento de las tesis arqueológicas producidas en ese lapso) no mesoamericanistas –casi todas emprendidas por extranjeros con estudios en la ENAH–, una de las cuales es la de ella (cfr. Ávila *et al.*, 1988: 99-138; García Valencia, 1989: 34-51).

[223] Su tesis doctoral en la Sorbona en 1982 permanece inédita: *Hypotheses et indices du processus de formation de la civilization Egyptienne (cinquieme et quatrieme millenaires avant Jesus-Christ)*. Hasta entonces Manzanilla había trabajado como asistente en varios proyectos del Departamento de Prehistoria del INAH entre 1972 y 1977, el último de los cuales, el Proyecto Cuanalan, coordinara con Marcella Frangipane de la Misión Italiana (Manzanilla, 1989: 133-178). Desde 1976 (y luego en 1984 y 1989) participa con la misma Misión en Malatya (Turquía oriental) y, en 1978, en El Maadi (Egipto), con profesores de la Universidad de Roma. En 1983-1984, a la vez que regresa a México e integra al personal del IIA, dirige el Proyecto Cobá, en colaboración con Antonio Benavides del INAH. En el ínterin a su retorno a "mi problema de partida: Teotihuacan y el inicio de la sociedad urbana" (Manzanilla, 1986: 8), excavará en Akapana (Bolivia) con el Instituto Nacional de Arqueología de Bolivia y la Universidad de Chicago, experiencia nada feliz por la tensa competencia establecida con los arqueólogos norteamericanos, como ella misma indica (Manzanilla, 1992: 13).

[224] Agradezco a esta autora el haberme facilitado su *curriculum vitae*.

queología del INAH es ajena a la investigación (por más que la limite) ni la arqueología del IIA es ajena a la política (por mucho que la condene). A propósito quisiera puntualizar que la trayectoria administrativa de Matos, por muy exitosa que parezca a primera vista, para efectos de su reconocimiento social le costó la friolera de 28 años de esfuerzo, si partimos de la fecha de su titulación (1965-1993). A Manzanilla en cambio una trayectoria académica le reportó un gran reconocimiento con 11 años de trabajo (1979-1990). Medido así el sistema de recompensas, se diría que, contra lo que se cree, la estrategia académica es más óptima que la administrativa. No digo que una sea más fácil que otra, solo que tienen un costo temporal diferencial.

Empero, ambas coexisten e interactúan. Ello no refuta la tesis mertoniana del valor prioritario de la originalidad como el más elevado de la ciencia. Introduce sí una ambivalencia de origen en su reconocimiento, anterior incluso a su contradicción por obtenerlo.[225] Hablo pues de dos estrategias de camino al éxito. Una consiste en el proceso de descubrir y otra en el proceso de interpretar. Ambas interesadas en la originalidad. La primera es bastante clara en los proyectos de arqueología del INAH, consecuentes con la disposición institucional. Una administración patrimonial requiere, por lógica, un patrimonio que administrar. Descubrir vestigios monumentales determina proyectos intensivos, pero asimismo demandantes de su intervención, que es su legitimación. Es una vía que se debe a su público, si por éste entendemos a los gobernantes y a su idea de una historia patria para la persuasión educativa de las masas dominadas. Los arqueólogos en ese contexto no son unos títeres de la política patrimonial, sino que la adaptan y aprovechan. La vía académica es mucho más restringida, pues es de autoconsumo de la arqueología en sí misma. Sin embargo, es ésta la que la disciplina concibe como el premio más alto al que se puede aspirar. Trigger (1985: 218-219) lo ha sintetizado en estas palabras:

> Aunque hay varias excelentes historias de la exploración arqueológica [hechas] por arqueólogos profesionales... la imagen de la arqueología como una disciplina consagrada a recobrar vestigios exóticos descuida el trabajo de arqueólogos cuyas principales contribuciones han sido la interpretación más que la recuperación del dato arqueológico, así

[225] Ya Gándara (1992: 165) apreciaba que los arqueólogos jugaban a la contradicción: "Pensamos que podemos satisfacer al mismo tiempo a dos amos diferentes: nuestra conciencia científica y nuestro compromiso estatal y de movimiento social ascendente." Creo que este doble juego es permisible como estrategia mixta, a pesar de su aparente exclusión.

como el logro que la mayoría de profesionales reclaman como el premio más alto: hacer progresar la interpretación del dato arqueológico en términos de comportamiento humano.

Esta explicitación analítica del sistema de recompensas no significa que necesariamente los proyectos sean obedientes tributarios de sus matrices institucionales. Que se correspondan es una realidad última, una tendencia, explicable en nuestro medio por la confusión de la instancia administrativa patrimonial y la instancia disciplinaria, que es dependiente de la primera, dominación a la que no pueden sustraerse los 15 arqueólogos universitarios, por destacados que sean. Así las cosas, es digno de apreciar que si bien los arqueólogos de los proyectos intensivos del INAH persiguen en un primer momento hacer llamativos descubrimientos que les reporten fama y poder, más adelante se ven forzados a precisar en qué consiste su descubrimiento. Que recurran tradicionalmente a historias culturales con poca o ninguna dosis de interpretación disminuirá su logro disciplinario pero aumentará la importancia del hallazgo. Pero mientras mayor sea dicho hallazgo, mayor la exigencia de interpretarlo, lo que puede reportar reconocimientos mayores, una vez que ha cesado el asombro adscrito al mero acto de descubrir. Se explica así el giro académico de los arqueólogos más "politizados", que siempre estarán en capacidad de construir en retrospectiva la secuencia lógica de su primer logro.

La doble estrategia (y ambivalencia de fines) es extensiva a la arqueología académica, con la seria limitante de que la baja intensidad puede restringir un descubrimiento remarcable. El que destacadas arqueólogas del IIA hayan buscado acceder a la gran arqueología coincide con la búsqueda de hallazgos notorios. En ese punto están mejor dispuestas que sus pares para aprovechar la oportunidad. El ámbito en que trabajan sí está predispuesto para cultivar el conocimiento por el conocimiento mismo. Tienen a su favor que en su caso motivación y preferencia se identifican. Su mayor desventaja, no obstante, está en arribar al descubrimiento previo. En semejantes condiciones, su competencia política se hace más estrecha y personalizada, pues se desean los mismos objetos que sus competidores. El problema está en apropiárselos para aprehenderlos.

Racionalidad de fines e irracionalidad de medios

Corría el año de 1651 cuando Thomas Hobbes (1980) expuso toda una filosofía civil –en sus vertientes política y ética– erigida sobre una base

peculiar, que casi se podría tildar de estrecha y monópoda por lo individualista. Me refiero a su doctrina de las pasiones –algo que hasta Descartes, su rival y contemporáneo, reconocía como un conocimiento difícil de conseguir por "sentirlas cada cual en sí mismo"–, que no obstante su desafiante intersubjetividad, él generalizaba a todo el género humano. En apariencia, a Hobbes le obsesionaba más el peligro de la anarquía que el del despotismo ilustrado, de manera que podía y debía postular una ética egoísta como la causa común del desorden social. Ese desorden era un estado de conflicto de vastos alcances, pero con una misma raíz de tres ramificaciones: la competencia, la desconfianza y la gloria. Todas ellas producto de apetitos o aversiones que encubrían una extensa variedad de pasiones simples y complejas. Para Hobbes, entonces, la tesis de la igualdad del género humano le permitía suponer una igualdad de capacidad y expectativas orientadas hacia los mismos fines, luego el movimiento voluntario de autopreservación por fuerza desembocaba en el conflicto de todos contra todos. En consecuencia, para hacer posible la vida en sociedad, se imponía un contrato social bajo el que cada uno cediera en lo que apetecía, transfiriendo al poder absoluto sus derechos personales, que en retribución los haría respetar sobre todos.

Aunque en la historia de la filosofía política estas ideas han sido una y otra vez criticadas como equivalentes a una justificación del Estado absolutista y aun del poder autocrático en general, es poco lo que se ha dicho al respecto desde la teoría de la conducta racional o teoría racional de la sociedad, dimanada de la teoría matemática de los juegos y aplicada a situaciones sociales recurrentes como las que nos ocupan en este capítulo. En ese sentido, es asombroso que a pesar de la ética egoísta que está en el fondo de su filosofía social, Hobbes concluyera en que el estado de guerra precisaba, para resolverse, de un acuerdo mutuo entre actores para no aniquilarse mutuamente ("Pactistas sin espadas, sino con palabras"). En otros términos, dio una solución cooperativa a lo que más tarde el matemático Albert Tucker formalizaría como el dilema del prisionero, elección que prueba que moverse sólo en función de los propios intereses no siempre es la mejor manera de salir ganando.[226] Por supuesto que ésta es una interpretación que podemos hacer desde nuestro propio horizonte histórico, pero elusiva para alguien tan eminente como Bertrand Russell, cuando

[226] Paulos (1990: 158)) ha reivindicado esta aportación matemática de Hobbes, oponiéndolo a Adam Smith, esto es, lo que sería el conflicto de la racionalidad individual y la irracionalidad social. Como él dice: "Si los miembros de una sociedad nunca se comportan cooperativamente, es muy probable que sus vidas sean, en palabras de Thomas Hobbes, «solitarias, pobres, rudas, brutas y cortas»" (Paulos, 1990: 163). En el capítulo final retomo la teoría de los juegos para discutir esta aseveración.

desvalorizó las aptitudes matemáticas de Hobbes: "Era vigoroso, pero tosco" (Russell, 1972: 546).[227] Obviamente se refería a su bizarro intento de cuadrar el círculo, motivo que lo embarcó en una acre controversia con un distinguido matemático de Oxford. Descontando este desliz, lo que aquí interesa es otra rivalidad bastante más próxima al tema de este capítulo. Hago referencia a la acusación de plagio lanzada por Descartes contra Hobbes, que Merton (1974 [1957]) también menciona a propósito de las frecuentes disputas entre científicos, tan antiguas como la ciencia misma.

A regañadientes y no falto de presiones de parte de sus amigos más íntimos, Descartes (1994) accedió a dar a conocer en 1649 un tratado de las pasiones bastante más complejo que la doctrina de las pasiones de Hobbes. Como bien observa Ferrater Mora (1986: 110), la "psicología" o doctrina del hombre que despliega Descartes en esta oportunidad, es mucho más descriptiva que racional o deductiva, como bajo el cartesianismo anterior. Ello es consecuente con su propósito de explicar las pasiones no como orador ni como moralista, "sino sólo como físico" (y, para Elster, como matemático: habría una teoría cartesiana de la elección racional en su voluntad para dominar las pasiones, pero también en su estrategia de enfrentar unas pasiones contra otras).[228] Si bien la parte fisiológica de su explicación hoy nos cause hilaridad sin ser anatomistas, me parece que contribuyó con un argumento empírico que la formalización de Hobbes sólo supuso: la trabazón del comportamiento individual y el comportamiento social. En concreto, me refiero a su observación de que lo que es pasión en el sujeto –y por tanto una expresión ideosincrásica de aprehensión escurridiza–, siempre es acción intencional para el objeto, "el agente y el paciente" según sus propias palabras. Entonces, por muy inaccesibles que se nos ofrezcan en primera instancia las pasiones, éstas siempre implicarán acciones y efectos sobre los demás. Son estas acciones y estos efectos lo que las hacen aprehensibles, es decir, observables, de igual modo a como los instintos son observables al etólogo del comportamiento animal por sus manifiestos signos externos. No hay razón, desde Descartes, para menospreciar las pasiones como cualquier otro tipo de comportamiento humano. Excepto que dentro de la ciencia eso suena a anatema, pues sería algo así como estudiar la racionalidad por medio de la irracionalidad. Se entiende así la

[227] La obra de Russell (1972) a que hago referencia fue publicada en 1945, 2 años antes de que Von Neumann y Morgenstern presentaran su *Theory of Games and Economic Behavior* (1947); otros filósofos y economistas posteriores han reconocido el "reto de Hobbes", y su resolución tan próxima a la matemática (Paden, 1997; Dascal, s.d.; Conthe, 1999).

[228] Uno de los deliciosos aforismos de Elías Canetti sintetiza al máximo la estrategia cartesiana: "Una pasión intensa tiene la ventaja de que obliga al hombre a superarla con astucia y, de paso, a conocerla también con precisión."

rotunda condena de esta línea de indagación en la sociología de la ciencia mertoniana.

A mi juicio Merton subestimó las constantes referencias que los científicos hacen de las pasiones dentro de las disputas que él mismo analizó, incluso las que Darwin refiere en su comportamiento contradictorio hacia Wallace, ejemplo que no obstante Merton eleva a paradigma del *ethos* científico más puro. Los biólogos modernos difieren por entero en este punto con Merton. La actitud de Darwin dejó mucho que desear sin demeritar por ello su contribución; simplemente que su doble estrategia frente a la competencia de Wallace es éticamente oscura.[229] En lo que a Merton se refiere, él acepta en sus juicios una "gran concentración de afecto" y aun una psicología de los fraudes enfermizos, pero atribuir el comportamiento científico en el terreno social al egotismo de una naturaleza humana común, le parecía un disparate metodológico. Era categórico cuando establecía (Merton, 1974: 290):

> La historia del pensamiento social está esparcida de cadáveres de los que han intentado, en su teoría, hacer el peligroso salto de la naturaleza humana a formas particulares de conducta social, como se ha visto desde el tiempo de Montesquieu, pasando por Comte y Durkheim hasta el presente.

Admitía, eso sí, que la teoría de los juegos podría iluminar las maniobras ofensivas y defensivas de los rijosos científicos, pero nunca sospechó que esa misma aplicación podría sacar a la luz las gradaciones de la racionalidad estratégica o, más grave aún, la demostración de que los proyectos fracasados, expectativas insatisfechas y deseos frustrados de individuos que, actuando racionalmente, pudieran en su defecto basarse en suposiciones irracionales, pasionales las más de las veces (Elster, 1989: 260). La propuesta analítica de Elster va precisamente orientada en ese sentido: la conducta racional sólo tiene sentido en un trasfondo de irracionalidad. Según pienso, esta unificación del pensamiento racional e irracional sin recurrir a la psicología, la sociobiología o al funcionalismo –ampliamente criticados por Elster mismo–, constituye una aportación fundamental a la teoría del actor racional, la que desde sus orígenes padeció de graves limitaciones de aplicación a la vida real (Vajda, 1988: 1267).[230]

[229] Véase al respecto el interesante artículo de Fedro C.Guillén, significativamente titulado "La cartas marcadas. Darwin y Wallace" (*La Jornada Semanal*, 256: 26-29, 1994).

[230] La otra línea de aplicación de la teoría racional (más allá de los modelos de juegos) es la experimentación. Davis (1986: 136-146), cuando se ocupa del dilema del prisionero, menciona una serie de experimentos

Lo que pretendo establecer con tan informativo periplo por los fundamentos de la modernidad es que razón y pasión nunca estuvieron reñidas en sus orígenes. La pasión se tornó contradictoria y hasta enfermiza cuando el nacimiento de la clínica se arrogó su conocimiento para su propio beneficio y legitimación. El psicoanálisis de nuestro siglo no pudo haber sido sin asumirse por antonomasia como "un vasto tratado de las pasiones humanas, una suerte de comedia humana" –en palabras de un divulgador de Freud–, y cuyo afán central era sanar al individuo enfermo a la vez que criticar a la sociedad enferma que lo reproduce. No es fortuito, pues, que mucha de la psicología actual siga creyendo que las pasiones son asequibles estrictamente como "trastornos mentales", "cuadros patológicos", "desórdenes emocionales" y demás léxico que siempre opone e impone el *logos* al *pathos* (pasión, emoción, afección). Muy tardíamente, los psiquiatras han debido asimilar el hecho palmario de que la creatividad artística posee resortes usualmente designados como causales de su diagnóstico experto (Redfield, 1995). Antes de eso, debíamos contentarnos con intuiciones geniales pero iconoclastas como las de Koestler (1964), cuando sugería que el acto de creación implicaba una suspensión del acto racional. Por cierto que no estaba desencaminado cuando sugirió un pensamiento bisociativo, que hoy preferimos denominar como capacidad de procesamiento paralelo de la racionalidad y las emociones (Neisser, 1975).

Es una ironía el que la metáfora cartesiana del hombre como autómata, tan útil a la neurociencia (hoy convertida en el cerebro como ordenador), sea también la que haya apuntalado la clara distinción de la inteligencia humana y la inteligencia artificial. Los programas computacionales son unidireccionales simplemente porque carecen de la multiplicidad de motivos del pensamiento humano. Esta multiplicidad refleja la base emocional de su actividad cognoscitiva. Tales emociones no se retiran del escenario para permitir el raciocinio, sino que trabajan en paralelo, aun cuando se trata de elegir estratégicamente entre ganar o perder. Escribe Neisser (1975: 265) puntualmente: "Ninguna persona escribe un ensayo científico simplemente para comunicar información técnica, así como tampoco nadie lo lee sólo para estar mejor informado. Los motivos manifiestos y conscientes son importantes, pero nunca operan aislados". De hecho, es probable que las motivaciones más profundas sean tanto más pertinentes

---

muy prometedores, pues hasta ahora el análisis de los juegos en la vida real ha sido descriptiva, incluso en la politología, donde ha sido imposible establecer una expresión cuantitativamente fiable de los pagos, cuyas cifras son estimativas y hasta arbitrarias.

cuanto la tarea a resolver sea más y más compleja. Esta peculiaridad motivacional (pasional, ya libre de patogenias de toda especie) del científico acrecienta su eficacia resolutiva, sumado a su ventaja educativa y metódica sobre la cognición del hombre de la calle (De Vega, 1992: 513-514; Coleman y Freedman, 1987: 133)

Que las emociones sirvan de motivo a la actividad cognoscitiva no es, por cierto, un avance que debamos en exclusiva a la psicología cognitiva, bien que lo ha venido a confirmar. Lo más intrigante de los pensadores del siglo XVIII es que no asumían como excluyentes pasión y razón. Y esto vale para tanto para Descartes y Hobbes como para Locke y Voltaire. Especialmente en Descartes encontramos que su descripción de las pasiones discurre en pares encontrados que apuntan hacia una ruptura de las tradiciones medievales y estoicas que tomaban como condenables cualquiera de sus expresiones. Proponía en seguida evitar su vicio o exceso para la toma de decisiones y acciones, pero también administrarlas en lo que tenían de bueno. Así, por ejemplo, las pasiones de la admiración y el asombro, que adelante cito en extenso por obvias razones ligadas a la *pasión de descubrir*. Mientras la primera era una sorpresa súbita ante objetos extraordinarios, no era en sí misma ni buena ni mala. El asombro en cambio era una sobredosis de admiración. Era su exceso el que pervertía a la razón. La admiración era útil para aplicar el entendimiento y adquirir las ciencias; no así su hábito, que, sigue Descartes (1994: 126) diciendo:

> dispone al alma a fijar la atención del mismo modo sobre todos los demás objetos que se presenten, a poco nuevos que le parezcan. Y esto es lo que hace durar la enfermedad de los ciegamente curiosos, es decir, de los que buscan cosas raras sólo para admirarlas y no para conocerlas; porque se hacen poco a poco tan admirativos que son capaces de fijar su atención no menos sobre las cosas sin ninguna importancia que sobre aquellas cuya investigación es más útil.

Al lector avezado le parecerá que cuando hablo de pasiones tales como la envidia, el asombro, el celo, la ambición o la gloria estoy reduciendo la actividad científica de la arqueología a la mera búsqueda de tesoros.[231] No es esa mi intención, por más que haya ciertas analogías de comportamien-

[231] La arqueóloga Sarah Tarlow (2000) está explorando el mismo campo, y sostiene que las emociones no pueden separarse de la experiencia. Muy a lo Herder, revive la empatía como proyección comprensiva hacia el pasado, pero ello plantea el problema de la comprensión e interpretación dentro de la disciplina. Aquí hemos ido directo al grano, es decir, a la experiencia propia de la disciplina.

to imposibles de ignorar. Me refiero a que en el presente los mismos buscadores de tesoros se comportan más como arqueólogos *amateur* que como saqueadores de piezas.[232] Muchos de ellos prefieren los más respetables títulos de "operadores de radares de penetración", "buceadores de rescate", "especialistas en observación aérea" y hasta "nuevos exploradores". La revolución técnica, de la que antes se preciaba la arqueología científica en cualquiera de sus acepciones, también ha arribado a este ámbito, junto con la popularización del conocimiento arqueológico, fenómeno bastante más ostensible en las sociedades opulentas del orbe, en que los particulares pueden darse lujos que los arqueólogos mexicanos carecen.[233] Pudiera ser también anecdótico que en alguna ocasión una mundana pasión se contagiara a un arqueólogo de salvamento. Me refiero al supuesto tesoro de Moctezuma, del que finalmente sólo se descubrió un tejo de oro a principios de 1981. No obstante, es significativo que paralelamente al rescate del Banco de México, el arqueólogo a cargo *mantuviera en secreto esta segunda motivación* del proyecto (González, 1994: 50). Debe de quedar bien claro al lector que es de esta *motivación paralela* a la arqueología de la que estoy hablando, no de los objetos-cosa en sí, sea que les vea como tesoros, monumentos o evidencias sensibles.

A lo largo de este capítulo traté de poner en claro que los proyectos arqueológicos son productos concentrados de un pensamiento estratégico provocado por un medio competitivo tal, que parece ser una guerra de todos contra todos. Este pensamiento estratégico existe lo mismo en la planeación y realización de un proyecto que en ponderar la prioridad de su ulterior descubrimiento y apropiación. Esto es rigurosamente racional. En ese sentido es consistente con la "concepción heredada" de ciencia, como la llama Woolgar, es decir con la tradición. Los propios conflictos y costumbres del secreto, evitación y desconfianza son estrategias adecuadas al gran juego de la guerra, aunque imperfectamente racionales, ya que obstaculizan las relaciones horizontales de colaboración, comunicación y resolución de problemas. Parte desde aquí nuestra divergencia con Merton. Él nunca ocultó que las disputas por el reconocimiento científico fueran conflictos sociales comunes en su institución. Como Simmel, llegó a sos-

[232] Me adelanto un poco al siguiente capítulo, pero los "moneros" (campesinos saqueadores de tumbas de tiro) del sur de Nayarit, efectivamente proceden como arqueólogos (Zepeda, 2000).

[233] La revista *Help Ware Magazine*, publicada por la IBM de vez en cuando recoge ejemplos de estos buscatesoros modernizados que no esconden su pasión por descubrir y apropiarse del oro y otras riquezas. La cosificación del objeto de asombro tiene un sustrato común con la cosificación del objeto de conocimiento como monumento. Otro ejemplo citable son numerosos programas televisivos del *Discovery Channel*, donde conviven arqueólogos y nuevos aventureros.

tener que el conflicto mantenía unida a la institución (Merton, 1977: 120), pues, en última instancia, la institución disponía de las normas necesarias para ajustar los comportamientos más desviados. Pero el que admitiera que el sistema de recompensas podía llegar a ser disfuncional para la institución es algo que no sopesó en sus mayores implicaciones.

Querría decir, por lo menos, que ciertas actitudes y deseos de los científicos no tienen forma de ser ajustados por las normas. Más aún, una de estas normas, el desinterés (lo mismo que el valor de la modestia o humildad que la respalda), no es una pasión muy atractiva de practicar simplemente porque no es óptima o deja pobres rendimientos para quien la experimente y actúe. De hecho, es incompatible con el imperativo o priodidad de la originalidad. Se sigue que el mismo desarrollo de la ciencia es el que impele a una interacción de rivalidad que puede salirse de control. Fue así como Merton advirtió –y eso hay que reconocerlo una y otra vez– que cuando la búsqueda de reconocimiento se convierte en un *sentimiento* en sí mismo, la racionalidad de los fines empieza a quebrarse (Merton, 1974: 322). Asimismo, que mientras más orientados estén los científicos al éxito de la ciencia (y colateralmente el de su gloria), más vulnerables son emocionalmente a la posibilidad del fracaso. La cuestión entonces es saber si los medios utilizados para conseguir estos fines son tan racionalmente perfectos como sus causas. Las pruebas indican que no. Demostrarlo será materia del siguiente capítulo. Rematando, diré solamente que los referentes ontológicos de la metáfora *la arqueología es guerra* tienen sus peores saldos en el leviatanismo a ultranza –las pasiones desatadas con fines racionales–, que hace de la arqueología mexicana una ciencia víctima de los comportamientos egoístas de sus practicantes. Quizá la primera ciencia en México que supo de las consecuencias más desagradables de lo que hoy, con cuestionable orgullo, llamamos la competitiva excelencia académica.

Capítulo 5

La gran arqueología, la otra arqueología... y más allá

Sin embargo, se preservó el nombre de Moctezuma
y la saga de sus compatriotas y nunca se les olvidará gracias,
no a la piedra, sino a las palabras que captaron
el acontecimiento, a los relatos que han sabido transmitirlo...

TZVETAN TODOROV, "La conquista vista por los aztecas"[234]

A mi modo de ver, tendríamos la Historia *de los Olmecas Xicalancas*
y [la] de Cacaxtla [que] la hemos estado construyendo como una pirámide;
los arqueólogos trabajamos continuamente con pirámides, pero en este caso
hemos construido una pirámide que en lugar de estar apoyada sobre
una base firme está apoyada sobre su vértice; el vértice en este caso,
el único punto para sustentar que Cacaxtla y los Olmecas Xicalanca
son lo mismo, es la Historia *de Diego Muñoz Camargo, es la* Historia de Tlaxcala
de Diego Muñoz Camargo. Esto yo siento que [cae] por su propio peso [sic],
ya es el momento en que debemos de dejar esto por un lado.
Cacaxtla tiene su propio desarrollo, así lo debemos manejar,
y de alguna manera por eso los Olmecas Xicalancas tal vez por eso
nos son tan desconocidos, tal vez por eso no tienen tanta
importancia, cuando menos ahí en Cacaxtla como hemos pretendido.

ANDRÉS SANTANA SANDOVAL[235]

EN SU obra clásica (un "clásico de la citación" al decir de los inspirados epígonos de la cienciametría) *Little Science, Big Science...and Beyond*, Derek de Solla Price (1986[1963]) no se concretó a establecer e interpretar el desarrollo de las magnitudes numéricas del "tamaño de la ciencia", en lo que ya de por sí constituiría un jalón decisivo para el análisis cuantitativo de la ciencia. Más que eso, tenemos que, en un primer acercamiento, su demostración del crecimiento exponencial de la ciencia era bien esperanzadora. Empero, imperceptiblemente, nuestra perturbación crece en la medida de que nos percatamos que su curva logística o sigmoide tiene un punto (coincidente con el año de 1991) en que el crecimiento exponencial de la ciencia empieza a saturarse y progresar a su límite. Dice Price: "Si anticipamos discurrir en un estilo científico acerca de la ciencia, y planear por consiguiente, debemos llamar a este periodo inminente como la Nueva Ciencia o Saturación Estable; si carecemos de tales esperanzas, hemos de llamarle senilidad" (Price, 1986: 29).[236] Según este

[234] *La Jornada Semanal*, 203: 42, 1993.

[235] Infortunada intervención oral que fue duramente rebatida por Piña Chán; ambas están recogidas en Sodi (1990: 638).

[236] Para un enfoque optimista sobre el advenimiento de una edad de oro en que la Nueva Ciencia se libre de su pasión faústica, véase Stent (1986).

planteamiento –que además de matemático se basa en la idea mucho más aguda de la estructura acumulativa de la ciencia– hubo antes una transición de la Pequeña Ciencia a la Gran Ciencia a manera de un cambio de escala que, sin embargo, ya era preocupante por sus dimensiones monstruosas.[237] Con todo, para Price, la Gran Ciencia era una transición que, sin dejar de ser impresionante por sus logros, demostraba síntomas de "enfermedades triviales", como podrían ser el que los descubrimientos congreguen a cada vez menos estudiosos, que la cantidad de la investigación ("superabundancia de literatura") se vaya oponiendo a la calidad de la misma, que sea plausible una moratoria de la investigación pura respecto a la aplicada, o que la estrategia de escala termine por arruinar la oportunidad de investigación en los campos más empobrecidos de la investigación (Price, 1964: 139-145). Como hemos visto antes, algunas de estas "enfermedades" recuerdan ciertos fenómenos descritos para varias ciencias. Y la arqueología mexicana por igual.

Sería por demás iluminador llevar estas ideas a un punto más allá que su superficial analogía con la arqueología. Por desgracia, mientras sus archivos y fuentes económicas sigan siendo secretas, será imposible dar un paso comparativo así. Por ejemplo, desconocemos numéricamente si los proyectos de la gran arqueología han sobrepasado definitivamente a los proyectos de la rala arqueología en algo más que en intensividad de uso de recursos, lo que es obvio por intuición. La coexistencia de varios tipos de proyectos arqueológicos haría pensar que no ha acaecido algo tan avasallador (o es que de plano la arqueología como ciencia no sigue sus patrones de crecimiento, idea nada descabellada pues hemos visto cómo la arqueología es singular en cuanto a un sistema de recompensas que ha derivado en comportamientos contradictorios, al tiempo que la mostramos dueña de un singular cambio teórico, casi atascado). No menos necesario será determinar si la Gran Arqueología es superior cualitativamente a la Pequeña Arqueología, lo cual sólo sabremos si nos introducimos en su estudio textual y conceptual. En este capítulo desarrollaremos éste y otros de los planteamientos contenidos en el capítulo anterior, aprovechando la única posibilidad que tenemos a la mano, los estudios cualitativos o de caso. Recurriré con tal fin a la tipología combinatoria ya planteada, en especial los Tipos I, III y IV. Nos refirimos con ellos a los proyectos Templo Mayor/Especial de Teotihua-

[237] Los proyectos de la *Big Science* precisamente por sus tremendas proporciones concitan imágenes monstruosas, no necesariamente malignas. El Golem ha sido una de las favoritas. No escapamos a esta reacción con nuestro Leviatán antigüo.

can, Túneles y Cuevas de Teotihuacan y, por último, Cañada del Río Bolaños, a propósito del cual haremos breve mención del Proyecto de Rescate de Huitzilapa, que no tuve oportunidad de estudiar en mayor detalle, pero que correspondería al Tipo II.

Obertura de la gran arqueología: de Templo Mayor a Teotihuacan

Por las bondades de su realización, el Proyecto Templo Mayor (1978-1982) de Eduardo Matos Moctezuma ha llegado a satisfacer con creces las expectativas más diversas. En principio destacan las del poder simbólico reclamadas a la arqueología por la clase política mexicana, que por lo visto, al margen de su enarbolada modernización económica, sigue durmiendo el sueño del poder despótico de la clase dominante azteca. En seguida vendrían toda esa serie de expectativas prácticas de índole monumental, educativa, turística, académica y hasta personal. No quisiera soslayar tampoco la no por menos conocida bien expresada por los militantes adoradores del pasado azteca, que han hecho de ésta y otras zonas arqueológicas, centros rituales por excelencia.[238] Así visto, es asombroso que un mismo proyecto arqueológico haya logrado satisfacer tantos y tan diversos intereses. Sin duda alguna se precisó de un agudo ingenio pragmático, pero más que nada hay que reconocer que su director supo tomar las decisiones correctas en el momento correcto. Sería un poco insolente decir que Matos brindó a cada quien lo que quiso, pero creo hay alguna certeza en ello. Mejor dicho, estableció una suerte de intercambio tan maleable, que de él todos salieron beneficiados. No creo que ese comportamiento sea prueba de deshonestidad personal, como hoy argumentan sus enemigos. Lo que implico pertenece a un orden no moral: me refiero en todo caso a su admirable pensamiento estratégico, tal como éste fue desplegado entre 1978 y 1992.

Cual paradoja, dicho pensamiento resulta mucho más relevante cuando se le ha de contrastar con el conflicto social propiciado por ciertos errores de cálculo cometidos por el mismo actor a propósito del Proyec-

[238] Aunque los movimientos nativistas de la clase media urbana de México han llamado la atención de los etnólogos, poco se sabe de la extraña combinación de aztequismo y nazismo que también ha tomado a Templo Mayor como centro y símbolo. Da la impresión de que esta rareza ideológica no está reñida con los grupos de concheros que día a día danzan en la zona arqueológica. Aunque es factible la presencia de una variedad de agrupaciones etnicistas en el gran movimiento de reinvención de pasado prehispánico, conviene decir que no es un fenómeno sociocultural despreciable: su último ritual de primavera congregó a más de un millón de personas en Teotihuacan, aunque con menor afluencia en otras zonas arqueológicas.

to Especial Teotihuacan (1992-1994), oportunidad en que Matos se ha enzarzado en una pugna de alcances impredecibles con la población local, que se siente amenazada en sus intereses económicos debido a las mismas ideas monumentales probadas con éxito en Templo Mayor (todas menos una, asimismo la más grave: la ambiciosa idea turística de crear plazas comerciales y, de paso, mejorar el paisaje monumental, expectativa estética –y seguramente económica– que le ha mermado su reputación).[239] La pregunta es: ¿cómo es posible que algo así le ocurra en la cúspide de una trayectoria profesional tan ampliamente reconocida?

Un episodio puede ilustrar por qué me resultan tan contradictorios ambos momentos de nuestro autor. Hace pocos años, en víspera del Día de Muertos, mientras Matos supervisaba el trabajo de las museógrafas que ponían una ofrenda en el *tzompantli* azteca (altar de calaveras), no pude evitar inquirirle el por qué todo el museo del Templo Mayor parecía evadir el tratamiento público del sacrificio humano entre los aztecas. No era gratuita la cuestión. No hacía mucho había tenido lugar una nutrida polémica alrededor del tema, siempre con la notoria (pero segura) ausencia de los arqueólogos mexicanos.[240] Por otra parte, la escena momentánea se prestaba a la reflexión abierta. Su primera respuesta, pues me dio dos, me recordó que él era un experto en el "culto a la muerte" prehispánico. Me dijo algo así como que la muerte estaba omnipresente en Templo Mayor, y no precisamente de manera simbólica. Más reservadamente, me confío: "La gente [que viene al museo y zona] no lo cree y no quiere saber de él." Con merecido orgullo, me aseguró que se había tomado la molestia de pasearse entre el público, preguntando al azar. Y que los resultados de su elemental pesquisa lo convencían de ello. Mucho me temo que estaba en lo cierto. Las primeras encuestas aplicadas por investigadores del proyecto fueron luego confirmadas por la muestra levantada por Rosas Mantecón (1993: 226-229). Según ella, era claro que aunque diferentes públicos captaran diferentes mensajes de la museografía, había también una constante mitificación azteca previa al espectáculo del templo, una idea de grandiosidad que no dejaba espacio a negatividades de alguna especie, pero que se recreaba a la perfección con la monumentalidad tanto del templo descubierto, como del

[239] De hecho, Matos ha perdido influencia por esa causa. Ya no es director de la zona arqueológica de Teotihuacan y su dominio se reduce en estos instantes a la zona y museo de Templo Mayor.

[240] El gran interés académico que suscitó el espectacular descubrimiento del templo fue también un tanto ajeno a esta polémica, lo que hace sospechar que la evitación fue más amplia de lo que afirmo. Así, David Carrasco (1987) muy de paso la menciona; para una síntesis apretada de la polémica, consúltese Anawalt (1986).

museo erigido por el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez a su costado.[241] Esta imagen romántica del pasado estaba pues condicionada por una exposición anterior del público a la educación oficial, a los medios, y a otros museos monumentales.

Este significativo (pero poco sopesado) hallazgo antropológico hace más verosímil la declaración de principios hecha por Matos muy al inicio del proyecto, pero que al parecer desapareció de su discurso tan pronto advirtió "una afortunada coincidencia de interés científico y poder presidencial" (Matos, citado por Rosas, 1993: 200). Me refiero a su radicalizada intención marxista por desmitificar el pasado prehispánico, renegando del aztequismo ideológico que impulsaba al proyecto, a pesar de él.[242] Este acto, aunque fuera retórico, fue en su momento contradictorio con la oportunidad política que se le ofrecía. A mi juicio posee dos antecedentes que lo tornan comprensible en ese instante. El primero ya lo mencionamos antes en relación con el público de Templo Mayor. Consiste en que luego de siete décadas y media de accionar el poder condicionado, la educación pública efectivamente ha convencido a las actuales generaciones de mexicanos de que Bertrand Russell era un viejito alocado con una enfermiza aversión a los admirables aztecas.[243] La otra, que hoy ya nadie menciona por el envidiable encumbramiento de Matos, es que se trata de la misma persona que se opuso a resucitar el mito del Cuauhtémoc de Ichcateopan, dictamen profesional negativo que incluso fue rechazado por la SEP.[244] Cabe matizar que no fue la pri-

[241] Para el lector que lo desconozca, Ramírez Vázquez es el creador del Museo Nacional de Antropología, entre otros. Entre ellos están los de Templo Mayor y el nuevo museo de sitio en Teotihuacan, subproducto del Proyecto Especial 1992-1994.

[242] "El Proyecto Templo Mayor" de Eduardo Matos apenas se conoció hasta finales de 1978, casi nueve meses después de iniciado el proyecto, en marzo del mismo año. Aunque ello confirme la sospecha de que el proyecto en sí fue parte de una construcción social retrospectiva (tanto más necesaria cuanto que fue motivo de disputa con otros arqueólogos), eso no puede desmerecer la intención de Matos en retener cierta imagen académica progresiva, a solo 3 años de haber suscrito la postura de la arqueología social, junto con Lorenzo (1976) y otros arqueólogos. Lo que estoy puntualizando es que ya puesto en marcha un proyecto arqueológico altamente politizado con él a la cabeza, de todos modos corrió el riesgo de volverse a sus colegas cuando bien pudo haber eliminado estos pasajes desde el principio (Matos, 1986a: 95; 1990: 27). No encuentro otra explicación más plausible que ésta a la defensa que luego hizo Lorenzo de Matos y su proyecto en 1979, habida cuenta de su consabida crítica a la arqueología monumental (Lorenzo, 1991a: 422).

[243] "Creo –llegó a decir Russell– que la fe marxista es más repelente que cualquier otra de las que han adoptado las naciones civilizadas (excepto quizá la de los aztecas)".

[244] En uno de sus textos más tempranos (Matos, 1986c [1974, 1978]: 12), que todavía exhuma lecturas althusserianas, asentó con claridad: "Todo lo que se maneja de nuestra «sangre indígena» y que nos lleva a ese concepto aztequista, en detrimento de los otros grupos indígenas, no es más que tratar de alcanzar lo que los aztecas no terminaron de hacer: el control económico e ideológico. Y todo esto también está ubicado en el campo de la ideología, de la ideología actual que quiere llegar a un nacionalismo al tratar de hacer héroes aunque para ello haya que decir mentiras piadosas, con las que, desde luego, no estamos de acuerdo."

mera vez que esto ocurría, porque hay documentados precedentes de enfrentamiento entre arqueólogos y políticos en este y sólo este caso específico, en que un descubrimiento arqueológico no pudo ser respaldado por la evidencia empírica.[245]

"Pocas oportunidades tiene un investigador de poder estar y sentir cómo operan los aparatos ideológicos del Estado en un momento determinado", escribió luego sobre este episodio de su vida (Matos, 1980a:7). Por entonces, no sabía que esas oportunidades se repetirían y que su actitud ya no sería la misma, sino más flexible, ya que tendría que implementar elecciones menos maximalistas a las del juego del todo o nada. Por cierto que la misma estrategia vale para el público de Templo Mayor: se le deja en la creencia de su mito a cambio de ver popularizado el descubrimiento. O lo que es lo mismo, se aprisiona un tanto la razón arqueológica ante el tentador cántico del aztequismo, que sin retarlo, se gana en sostenimiento y visibilidad gubernamentales. Elecciones racionales y cuasirracionales como éstas (y otras que citaremos adelante) son las que caracterizan al exitoso proceso del Proyecto Templo Mayor. Sólo habría un pero que oponer, si bien no se relacione al proyecto directamente.

Contra lo que indica la sociología del conocimiento histórico de la sociedad azteca debida a Keen (1984 [1971]), hay serias dudas de que la etnohistoria y arqueología de nuestro siglo (Keen se refiere en especial a Seler y Gamio) hayan dado paso a una interpretación objetivizada de la sociedad azteca, es decir, según él, desapasionada (Keen la contrasta con la imagen del romanticismo, de ahí su referencia a las pasiones). Si aceptamos esta equivalencia binaria de objetividad y desapasionamiento, hay que precisar que el hecho de que las controversias de antaño hayan sido suplantadas por una sola versión científicamente dominante, no significa que ésta sea menos ajena a su contexto sociohistórico, tesis de Keen que debe aplicar a pesar suyo a ésta, la fase final de la históricamente cambiante imagen de los aztecas (Keen, 1984: 569).[246]

[245] De hecho han sido tres o cuatro las veces en que se han tratado de sacralizar estas osamentas; en todas las ocasiones los arqueólogos implicados (Armillas, Gamio, Matos) se han opuesto rotundamente a la construcción social del descubrimiento (Keen, 1984: 475-476), quizás no tanto por la mitificación en sí, sino por ir contra el contexto del descubrimiento, o sea, contra sus propias reglas disciplinarias.

[246] En realidad, la diversidad de interpretaciones antropológicas, etnohistóricas y arqueológicas sí se ha dado, pero siempre en el contexto académico norteamericano, como han denotado Kubler (1987) y Carrasco (1987: 10) en diferentes oportunidades. Consciente de esa diversidad, Carrasco ha enfatizado que lejos de reflejar incoherencia, han enriquecido al objeto, lo que es muy cierto. Creo incluso que ese ambiente abierto al conflicto de interpretaciones es el que ha obligado a Matos a corregir sus ideas, ya resuelto políticamente el problema de la competencia por la prioridad de su proyecto. Quizá por ello la ausencia del debate interno dentro de la arqueología nacional, donde se da por supuesta la cientificidad o univocidad de los resultados interpretativos del proyecto.

Podría convenir con él en que es indudable que la arqueología mexicana ha lavado por último su rostro ensangrentado, objetivándola en verdad y, por lo tanto, haciendo más creíble nuestro mito de origen. Como bien dice Keen (1984: 517): "En el siglo XX, la estrella de la cultura azteca se ha elevado continuamente en el firmamento de la opinión mundial." Con Templo Mayor, tal ascenso alcanza un punto culminante. Empero, no me parece casual que algunas pasiones de los arqueólogos (que Keen obviamente no pudo conocer) se hayan desatado e intervenido en su ascendimiento, y de la única manera posible: luchando por la prioridad de su descubrimiento, por la descomunal asignación de recursos al proyecto, por el previsible hallazgo y por la fama a él adherida.

La asignación del proyecto a Matos es un misterio. En aquel entonces, él era el presidente del Consejo de Arqueología. Muy probablemente fue el mismo director del INAH quien lo recomendó al Presidente de la República.[247] Lo que sí se sabe con seguridad es que fue el 14 febrero de 1978 en que se logró el acuerdo presidencial de nombramiento como director del mismo. La fecha es importante como indicador cronológico ya que, como establecí antes (véase nota 242 *supra*), el planteamiento efectivo del proyecto fue hecho *a posteriori*, en diciembre de 1978.[248] Debo añadir además que ya desde 1975, Matos participaba del Proyecto Cuenca de México de William Sanders, que incluía la colaboración del Departamento de Monumentos Prehispánicos (del que era jefe Matos también) en la arqueología urbana del sector central de la ciudad capital (Matos, 1986a: 93-94; 1990: 27). Según uno de mis informantes, que participó en la Sección 3 de excavación de Templo Mayor, Matos retuvo en secreto el proyecto, si bien poseía la idea desde mucho antes.[249] De ser esto cierto, Matos poseería la prioridad absoluta del descubrimiento, sin lugar a la menor duda. Pero lo importante entonces es *por qué debió mantenerlo en secreto*. La causa, como es usual, fue la cerrada

[247] Su público agradecimiento al profesor Gastón García Cantú por el impulso y defensa del proyecto así hace suponerlo (Matos, 1982: 8).

[248] Este segundo indicador se basa en la fecha de publicación del proyecto (Matos, 1986a), que no es el de la fecha de redacción, de seguro anterior. De todos modos mediaría un lapso entre su formulación y su conocimiento público.

[249] En efecto, en su texto *Muerte a filo de obsidiana* (1986c [1974]), ya están expresadas las ideas básicas del proyecto, no obstante que en la última edición introduce correcciones –bloques enteros de texto que se repiten en textos posteriores– que muestran una construcción retrospectiva. Pese a ello, es evidente que de esta época vienen sus lecturas de Althusser –que influyen en su visión materialista de la ideología azteca– y de Mircea Eliade, de quien toma a pie juntillas la idea de que "el mito relata una historia sagrada". De esto al uso literal de las fuentes históricas del siglo XVI no hay más que un paso. Por lo mismo, su adscripción a una arqueología histórico-cultural está expresada en germen; para él, la arqueología ha de comprobar la evidencia documental: "El dato arqueológico es de indiscutible importancia ya que sirve para comprobar lo dicho por los cronistas" (Matos, 1986c: 112).

competencia de otros arqueólogos con fines incompatibles entre sí, por cuanto que deseaban aprehender y poseer el mismo objeto, muy en la línea de la cultura organizativa de esta arqueología.

La mención puntual de estas fechas responde a un descubrimiento paralelo que, irónicamente, fue el principal acicate del Proyecto Templo Mayor. El 21 de febrero de 1978 un grupo de obreros electricistas "descubrieron" el monolito fragmentado de la mítica diosa Coyolxauhqui. Pongo entre comillas la palabra "descubrieron" porque los arqueólogos prefieren llamar a este acto realmente accidental "encuentro fortuito" o "localización casual", para así arrogarse el verdadero *des*-cubrimiento, aunque éste fuera del todo previsible. Lo cierto es que ellos no se enteraron de él sino hasta que una llamada anónima alertó al personal del Departamento de Salvamento Arqueológico del INAH, que, para el 25, ya estaba liberando la monumental escultura. La excavación les absorbió en las siguientes 7 semanas, hasta concluir el 25 de abril de 1978 (las excavaciones de Matos se iniciaron el 20 de marzo, de forma simultánea). En un esfuerzo sin precedentes, si se toma en cuenta la premura del rescate, no había terminado el mes cuando hicieron publicar un informe preliminar (García y Arana, 1978), si bien su prometida memoria final nunca se conoció, porque el 15 de abril debieron de entregar todos sus materiales a Matos. Nada veladamente, se refieren a él en estos duros términos (García y Arana 1978: 13; cursivas del autor):

> Estamos conscientes de que la publicación de este reporte puede ser arriesgada, debido a que, como hemos visto, *abundan los plagiarios –colegas sin escrúpulos ni ética profesional que pueden utilizar los datos para continuar sus "investigaciones"* y ofrecer sus conferencias o dar información que no les corresponde...

Descontando el problema de las disputadas prioridades y el secreto conflicto que crearon, ha de considerarse la limitación de un proyecto de rescate frente a otro de investigación, aunque éste haya sido elaborado *a posteriori*, bajo la doble estrategia de satisfacer tanto al patrimonialismo presidencial como a las exigencias de la disciplina. Lo que estoy diciendo es que el recio esfuerzo aplicado en el rescate (que incluso generó un inusual equipo multidisciplinario)[250] no dejó de poseer las limita-

[250] Aunque el equipo reunido estaba mejor dispuesto para un proyecto de larga duración y mayores expectativas, no puede pasarse por alto su constitución organizativa (del Tipo II), a saber: tres arqueólogos (jefe y dos asistentes personales), cuatro ayudantes (pasantes de arqueología), dos biólogos, cuatro restauradores, dos dibujantes y dos empleados manuales; se pretendía, para una fase ulterior –ya con-

ciones propias de los proyectos de urgencia. Las más obvias que pueden advertirse en su reporte técnico son las de orden interpretativo. No esbozaron siquiera un proyecto preliminar, sino que confiaron a que éste deviniera del natural *asombro* del hallazgo. Por ello su mayor contribución disciplinaria se reduce a corregir el plano de 1960 del arquitecto y arqueólogo Ignacio Marquina (García y Arana, 1978: 78). Para suplementar sus insuficiencias, no vacilaron en acudir al aztequismo de los gobernantes, que, además de interesarse también en liberar al famoso templo (conocido desde el siglo XVI por las fuentes históricas), tenía el supuesto atractivo de haber

> ...renacido en el mejor momento, *el más oportuno para todos* los que estamos interesados de algún modo en obtener un mayor conocimiento de nuestro pasado, de los que en una u otra forma tratamos de comprender no sólo nuestros orígenes y raíces culturales, *sino de afianzar con más fuerza nuestra nacionalidad.* Coyolxauhqui hace realidad el proyecto Templo Mayor y Coyolxauhqui dará mayor solidez a nuestra nacionalidad como mexicanos (García y Arana, 1978: 82; cursivas del autor).

Este mensaje político tenía un destinatario obvio: el Presidente de la República, quien a sólo 5 días del descubrimiento visitó la excavación con su corte de altos funcionarios del gabinete, una escena bastante común y reiterada en la historia de la arqueología mexicana. Como quiera que haya sido su resolución favorecedora de Matos, es claro que no bastó con pulsar sus cuerdas nacionalistas-aztequistas. El así llamado "capricho presidencial" fue más un acto de poder autocrático que un acto de afirmación nacional. Por ello que dijera que: "Aquel 28 de febrero de 1978, sentí pleno y redondo el poder: podía, *por mi voluntad,* transformar la realidad que encubría raíces fundamentales de *mi México*..." (citado por López, 1993: 31; cursivas del autor). Otra cita citable, del mismo tenor patrimonialista –hasta bordada con pinitos poéticos–, fue cuando el presidente López Portillo puntualizó sobre la conexión del acto sociocognitivo del *des*-cubrir y el acto autoritario del decidir sin cortapisas (citado por Rosas, 1993: 201-202; todas las cursivas son del autor):

---

vertido en Proyecto Templo Mayor– engrosarlo con 15 arqueólogos más (García y Arana, 1978: 76). La intención de la propuesta era evidente.

> *Descubrir, sacar a la luz*: darle otra vez dimensión a las proporciones centrales de nuestro origen. Abrir el espacio de nuestra conciencia de Nación excepcional. Y pude hacerlo. Simplemente dije: *expropiénse* las casas. *Derríbense*.Y *descúbrase*, para el día y la noche, el Templo Mayor de los aztecas.

Semejantes expresiones de poder coactivo permiten entender por qué el Proyecto Templo Mayor resolvió con éxito los intentos de oposición de algunos sectores de la sociedad civil que defendían los monumentos históricos coloniales que obstaculizaban al descubrimiento, acallando la "desabrida polémica" (palabras de Lorenzo, 1991: 411) que de inmediato afloró con la afectación.[251] De paso, su aprobación del proyecto no sólo nulificó al grupo de arqueólogos de Salvamento Arqueológico, sino a un segundo grupo de competidores interesados en la erección de un museo ligado a la administración de la nueva zona arqueológica urbana (González y Angulo, 1983). Hay que reconocer de inmediato que algunos de ellos ya desde 1967 habían prohijado proyectos de excavación con el Templo Mayor como objeto de estudio, pero es incuestionable que la magnitud de los hallazgos arrojados por el proyecto intensivo (hasta 600 obreros ocupados en sus fases críticas) de Matos, con 58 meses de excavación extensiva y el descubrimiento de 15 edificaciones, 110 ofrendas rituales y 7,000 elementos asociados, terminó por imponer la necesidad de construir en 1987 un museo de sitio por extensión, y del que Matos es director hasta la fecha (López, 1993: 35-36).[252]

No se sabe hasta la fecha la cantidad de recursos que fluyeron al proyecto desde la cúspide del Poder Ejecutivo. Los ecos de las protestas de otros arqueólogos indican que fueron gigantescos. A falta de esa información, un segundo indicador lo representa el tiempo imputado.

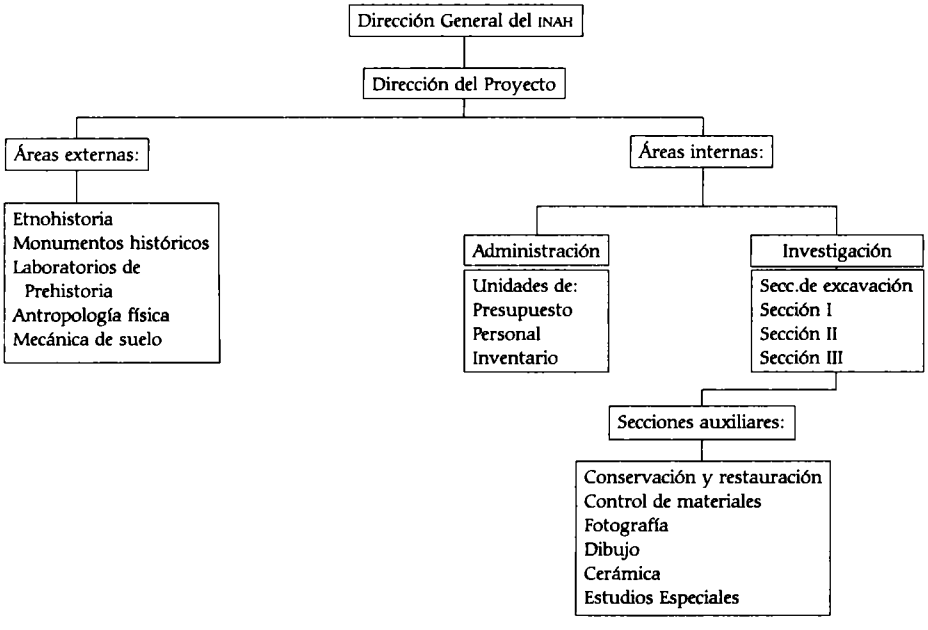
[251] Se "liberaron" 13 edificios circundantes que estorbaron a la monumentalidad del descubrimiento; algo análogo a la decisión de "ocupación pacífica" de terrenos en las zonas arqueológicas descubiertas en terrenos rústicos.

[252] Para Salomón González y Jorge Angulo (1983), este Museo del Templo Mayor debería incluir un centro de investigación de la cultura mexica o Centro Regional de Tenochtitlan. Con tal fin, elaboraron un guión temático, a espera de los recursos económicos y humanos requeridos. Éstos nunca llegaron a sus manos. La respuesta de Matos fue más ambiciosa: impulsó una consistente investigación paralela al análisis de materiales, por lo que hasta 1991 disponía de ocho tesis profesionales producidas por su joven personal y 130 libros y artículos publicados (López, 1993: 34, nota 22 *infra*). Gracias a esta política de investigación, el proyecto alcanzó una eficacia mayor que el simple asombro de un descubrimiento remarcable, punto débil de la pasión sus opositores. Eso lo advirtió Lorenzo desde 1979: "El problema arqueológico es uno, y es sencillo aun en su magnitud, profesionalmente solucionable aunque sea difícil hacerlo entender a quienes ya han reaccionado ante la vieja y mantenida política que consiste en creer que la arqueología es fabricar zonas arqueológicas por pedido, en vez de pensar que la tarea del arqueólogo es la de buscar la vida de las sociedades que nos precedieron" (Lorenzo, 1991: 425).

Al principio, por ejemplo, Matos calculaba concluir las excavaciones en mayo de 1979 y el análisis de materiales en marzo de 1980 (Matos, 1990 [1979]: 37). La magnitud de los hallazgos obligó, por el contrario, a prolongarlas hasta 1982, con dos temporadas más en 1987 y 1989.[253] Otro indicador inconfundible de su alta intensidad y alta verticalidad (del Tipo I) fue la organización interna del proyecto, que carece de parangón, aun si se le compara con los Proyectos Especiales de 1992-1994. Aparte de la cantidad de mano de obra que demandó remover 1.3 hectáreas de terreno urbanizado, su equipo interdisciplinario involucró a 24 arqueólogos y un número indeterminado de especialistas (etnohistoriadores, arquitectos, antropólogos físicos, restauradores, administradores, fotógrafos, etcétera). Para hacer funcionar tamaña maquinaria humana, resultó indispensable su jerarquización, que podría diagramarse como lo muestra la figura 3.

FIGURA 3

ORGANIGRAMA DEL PROYECTO TEMPLO MAYOR



[253] De hecho, fueron cinco las temporadas de campo, pues hubo dos más en 1991-1992 y 1994 (López, 1993: 16 y 1995: 77).

Probablemente fue la misma saturación de notorios hallazgos obtenidos la que ya desde 1979 estimuló a Matos y a sus arqueólogos a introducir la prioridad de la investigación. El habitual asombro del descubrimiento dio paso forzoso a una concienzuda admiración por el conocimiento. Las excavaciones de las 110 ofrendas fueron hechas tan meticulosamente, que se dedicaron meses a algunas. Es sintomática la actitud adoptada, hasta el punto en que dejó ser motivo de competencia entre ellos: "El hallazgo de ofrendas se convirtió en un suceso cotidiano para los integrantes del Proyecto Templo Mayor, debido a su abundancia..." (López, 1993: 37; cursivas del autor).[254] Lo que merece remarcarse, como digo, es precisamente el factor tiempo, ya que median 4 años para la apertura de la zona arqueológica, 9 para la inauguración del museo y 11 para la última intervención.[255] De manera indirecta, esto indica que Matos supo negociar con tres administraciones sexenales los recursos necesarios, dando a cada una la retribución merecida (una zona arqueológica, un museo y numerosos resultados). Empero, la clave de este esfuerzo sostenido fue hacer de la investigación una estrategia de largo alcance, que rebasa el descubrimiento y la monumentalidad iniciales, que, sin embargo, no se desechan, sino que funcionan bajo otros tiempos y condiciones sin excluirse.

Entramos así en la parte medular del proyecto, su contenido y aportaciones al conocimiento arqueológico. Antes, convendría hacer un par de precisiones sobre el estilo literario de Matos. Por un lado ha desarrollado como pocos arqueólogos una rama de la literatura que haríamos poca justicia en calificar de "divulgativa". Sin dejar de ser divulgativo en algún grado, se trata más bien de un género análogo al de los libros de arte, el cual explora las posibilidades combinatorias del texto y la imagen. Como ha establecido un historiador del arte, este estilo deja de usar la imagen como ilustración del texto para convertirse en un discurso visual, paralelo al escrito.[256] Como la sensibilidad artística de Matos es

[254] El mejor estudio disponible sobre las ofrendas del Templo fue hecho por Leonardo López Luján (1993), quien se incorporó en fecha tardía (1988) al proyecto. Dispuso entonces de los materiales e informes de los otros arqueólogos. En parte, su valiosa contribución está fundada en su originalidad de tratamiento sistemático-numérico de las miles de piezas obtenidas, una deficiencia que nadie (Matos incluido) había logrado encarar. Ello no lo eximió de participar en las últimas temporadas de excavación (1991-1992 y 1994), y el descubrimiento de seis ofrendas más y un entierro (López, 1995). Otros arqueólogos como María Rodríguez, que también se sumó tardíamente al proyecto, debió en cambio demostrarles a sus colegas que no quería apropiarse de "sus ofrendas" porque, a diferencia de López Luján, se interesaba más en la interpretación que en la consecusión de descubrimientos. Estas actitudes contradictorias hacia uno y otra hacen sospechar que la excavación tuvo, además, funciones parecidas a un rito de paso.

[255] Cfr. "El Museo del Templo Mayor", *Antropología*, 17, noviembre-diciembre, de 1987 (suplemento) y Matos (1985).

[256] Fernando Checa,"Textos e imágenes", *Babelia*, 11 de febrero de 1995: 16.

un tanto ajena a nuestro objeto (si bien reaparecerá en sus ideas restauradoras y expectativas teotihuacanas), me limitaré a explorar la segunda característica, que se sintetiza en el "efecto de superposición", típico del hipertexto.[257] Para alguien que no se interese en el análisis textual, leer a Matos puede resultar una tarea enfadosa por su reiteración de fragmentos completos que se repiten una y otra vez en sucesivas publicaciones. Este efecto de superposición puede resultar confuso, y hasta prestarse a malas interpretaciones. La nuestra propone lo siguiente explicación: por un lado, la aparente repetitividad de sus escritos se origina en que su interpretación arqueológica borda alrededor del núcleo histórico cultural, que conserva a pesar de su marxismo, fenomenología y simbolismo periféricos. Sin embargo, por otro lado, no deja de ser interesante cómo se da su progresión interpretativa, que en vez de ser lineal se mueve en círculos concéntricos de mayor radio cada vez.

Quizá sea ilustrativo para nuestro análisis recurrir a continuación a las evaluaciones externas a nuestra arqueología, que no tienen otro interés sino el conocimiento en sí proporcionado por los arqueólogos mexicanos a la disciplina. Así, en su atlas arqueológico, Martin Roland sostiene que Templo Mayor es una demostración de que la arqueología histórica conserva su aliento a pesar de la nueva arqueología cientifista. Aunque las nuevas técnicas de prospección y análisis encaminen a la "arqueología interdisciplinaria", eso no cambia su naturaleza reconstructiva de la historia. En este caso concreto, sigue diciendo Roland, se da una interacción de texto y excavación, que debe ponderarse: "Gracias a las descripciones de los españoles se ha reconocido inmediatamente el gran templo mayor de México, el mayor descubrimiento en los últimos años" (Roland, s.d.: 211). Hasta cierto punto, Sabloff y Renfrew coinci-

[257] Hasta antes de la revolución informática este estilo era motivo de desprecio entre los investigadores. Me viene a la mente el estilo de historiar que E.H.Carr condenaba como propio de "tijeras y engrudo". Hoy día es probable que nadie coincida con él, excepto los historiadores, por razones obvias. La hipermedia por su parte ha brindado al científico un tercer recurso que no posee el libro de arte: agregar sonido a las imágenes y texto. Es imprevisible saber a dónde llevará este desarrollo, pero hay quien asegura que Internet está sobrepasando la comunicación científica, vía artículos y revistas. En fin, lo que ya se conoce como "efecto de superposición" de los textos magnéticos se refiere a costumbres ligadas al procesamiento de hipertextos por ordenador. Ya no es cosa de cortar y pegar, sino de "encontrar y reemplazar" o "mover y copiar bloques" y, sobre todo, vincular gran cantidad de archivos de forma no lineal. El efecto es el de sobreponer unos textos a otros, lo que puede hacer reiterativo el estilo, si se aplica en demasía. En el caso de Matos es probable que contribuya por igual la experiencia "piramidal" a que hace referencia Andrés Santana en el epígrafe inicial, es decir, habría una cierta similitud entre la superposición textual y la superposición constructiva de las pirámides mesoamericanas; cfr. Anne Eisenberg, "Scientists and their CD-ROMs", SA, 2 (272): 88, 1995.

den con él, en el prólogo a un texto de Matos (1994 [1988]:8), traducido al inglés. Escriben:

> El trabajo de campo del profesor Matos ilustra brillantemente cómo la investigación arqueológica puede iluminar un objeto considerado bien comprendido desde el conocimiento documental. Sentimos poderosamente que el gran potencial del trabajo coordinado arqueológico e histórico en las Américas, tendrá un nuevo sustento y significado con este libro, y especialmente por la habilidad del profesor Matos para comunicar la significación del Proyecto del Templo Mayor tanto a estudiosos como al público en general.

Si no me equivoco, ambos arqueólogos están invirtiendo el sentido de las palabras de Roland (y de Matos cuando dice que la arqueología es una ciencia auxiliar de la historia): es la arqueología la que ilumina la historia, no al revés. Además, condicionan este procedimiento a un área geográfica, presuntamente rica en evidencias documentales. Es extraño también que en el párrafo inmediatamente anterior a la cita, califiquen al proyecto como "trabajo de salvamento", lo que puede ser una desinformación. No obstante, en un manual de arqueología posterior, Renfrew (Renfrew y Bahn, 1991: 476-477) es más circunspecto: toma a Templo Mayor como *ejemplo de conservación de un monumento nacional* relativo a la relación de la arqueología y su público. Pero cuando se trata de ejemplificar a la arqueología en acción, su simpatía está puesta en los proyectos académicos de Flannery, Marcus y Blanton en Oaxaca (Renfrew y Bahn, 1991: 446-454).[258] Esto no es desinformación: la arqueología académica inglesa se ve reflejada en la imagen de la arqueología académica norteamericana, no así en la arqueología gubernamental mexicana. Por su parte, la imagen de un "descubrimiento espectacular"

[258] No pasó inadvertida esta evaluación a los arqueólogos universitarios. En una pequeña nota en su boletín (que no llega a comentario bibliográfico), Matos responde a Renfrew y Bahn diciendo que a partir de julio de 1991 el Proyecto Templo Mayor derivó en Programa de Arqueología Urbana, esto es, un programa preventivo en el perímetro trazado por Marquina para la plaza ceremonial de Tenochtitlan. Su intención es prepararse para nuevos hallazgos fortuitos e integrarlos al Templo Mayor como investigación (Matos, 1991a: 1-2). Tal respuesta me parece gratuita: la investigación siempre estuvo presente pero como estrategia no dominante, empero al calificar a los "descubrimientos espectaculares" precisamente como "tesoros del Gran Templo" (Matos, 1994), él mismo propició esta interpretación uni-*literal* del proyecto y sus resultados. Recuérdese entonces que en su guía de la zona arqueológica, expresó (Matos, 1985: 42): "Fue una investigación, que desde el comienzo se dividió en tres fases fundamentales para su desarrollo." Un problema adicional aquí, producto de la elaboración retrospectiva del *des*-cubrimiento, es que estas tres fases (historia-excavación-interpretación) no aparecen en el proceso del proyecto sino hasta 1981, es decir, *tres años después* de iniciadas las excavaciones (Matos, 1982a: 11).

que el propio Matos debió elaborar para sus transacciones sociales más amplias que la disciplina y sus practicantes, concilia con estas otras evaluaciones. Pero es justo reponer que es una imagen incompleta porque involucra una idea de arqueología bastante común en México: únicamente *su espectacularidad monumental*.

En rigor, el *des*-cubrimiento de Templo Mayor conserva el sentido que Leopoldo Batres dio al vocablo descubrir en Teotihuacan (Batres, 1993 [1919]). Cuando reconstruyó la Pirámide del Sol, su tarea fue precisamente la de *"descubrir la capa más exterior"* que recubría la edificación, que, como bien lo atestiguan las pinturas y bocetos de José María Velasco, a nadie confundía lo que ocultaba debajo. Con toda seguridad, Sigüenza y Góngora no se equivocó tampoco al momento de hacer la primera excavación de que se tiene noticia en la Nueva España, en 1675.[259] Por lo tanto, durante mucho tiempo bastó con repasar a Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo o fray Bernardino de Sahagún para darse una idea bastante aproximada del monumento sepultado bajo el orden arquitectónico colonial, si bien se desconociera cuán preservado pudiera estar el templo.[260] Un ejemplo retrospectivo muy influyente sobre la imagen actual del pasado es la conocida maqueta realizada por Marquina en 1960, todavía expuesta en la Sala Mexica del Museo Nacional de Antropología. Aunque todo este preconocimiento pudiera servir a una deconstrucción de la elaboración social del descubrimiento de Templo Mayor,[261] lo que aquí nos preocupa es su *re*-conocimiento, su *re*-interpretación, su *re*-constitución.

Volvamos a la formulación *a posteriori* del proyecto en 1978. Como antes asenté, cuatro años antes Matos (1986c [1974]) estaba en posesión de ciertas ideas teóricas germinales, pero inconfundibles. Al abordar el concepto de la muerte en el mundo mesoamericano, vio en la ideología mítico-religiosa mexica un fenómeno cuya esencia estaba en la estructura económica de un modo de producción basado en la agri-

[259] Schávelzon (1983) sostiene tozudamente que Boturini se equivoca, y que Sigüenza taladró bajo la Pirámide de la Luna. Como quiera que haya sido, la cantidad de exploraciones que se han hecho desde 1675 (que irían de Brantz Mayer en 1841 hasta Linda Manzanilla, recientemente), indican la existencia y conocimiento sobre un sistema de túneles y cuevas, pero invariablemente la que más ha atraído asombro es la caverna bajo la Pirámide del Sol, que a todo mundo provoca sueños egipcios. Más tarde volveré sobre ello. El hecho es que estas pirámides son conocidas desde tiempos lejanos por lo que el descubrir es más un *des*-cubrir.

[260] El siglo XVIII fue una época profusa de reconstrucciones mentales del templo, que no ocultaban la sensibilidad e interpretación neoclásica; la ópera y literatura barrocas no fueron ajenas a este impulso estético (véanse Gruzinski, 1992; Sten, 1992).

[261] Pienso en particular en el ejemplo del *des*-cubrimiento de América, que Woolgar (1991: 88-92) aborda por medio del análisis de las bases sociales de los descubrimientos científicos debido a Branningan.

cultura y el tributo. Metodológicamente, su estudio de la superestructura deja mucho que desear, pero ya anuncia su interpretación literal de las fuentes históricas, en especial las que refieren mitos que, así tratados, equivalen a datos duros. Esta idea positivista de la historia explica por qué en el proyecto sugiere *comprobar sus postulados* –es decir, principios claros y evidentes, admitidos antes de su demostración– a través de la iconografía y simbolismo del mito de Huitzilopochtli (Matos, 1986a: 97). Dichos postulados, que no hipótesis,[262] eran dos: uno, todo el contexto arqueológico (ofrendas, esculturas, edificios, etcétera) tienen un contenido ideológico reflejo de la hegemonía política; dos, los hallazgos esperados "*deberán reflejar* el control mexica, tanto interno como externo", es decir, de origen mexica y tributario (Matos, 1986a: 96-97; cursivas del autor). Aunque lógicamente estos postulados sean criticables como *petitio principii* –pues toman como premisas la misma conclusión que pretenden probar (Copi, 1974: 94-95)–, hay que admitir que avanzan hacia una interpretación que sus competidores ni siquiera imaginaban. En seguida, la organización social del proyecto, por más instrumental que fuera, indica, con su sección de etnohistoria, cómo se están llevando a la práctica estos postulados.

Es muy claro que el proyecto como tal se inicia con una fase de recopilación y revisión de fuentes históricas, informes arqueológicos previos y la elección de una teoría específica. Se podría asegurar que la redacción del proyecto se dio bajo ella, aunque la fase lo rebasa, sobre todo en lo que se refiere al uso del conocimiento documental, que incluso se prolonga a una fecha tan tardía como 1985, en que Matos (1994a [1986]) pretende interpretar a fondo el simbolismo de las ofrendas y las etapas constructivas del templo. En este último texto, lo (para él) fenoménicamente externo (mito, ritual, culto, ofrendas) pasa a ocupar el lugar de lo esencialmente interno (estructura económica) (cfr. Matos, 1994a: 19 y 106-109). Este cambio subrepticio está precedido de un uso más decidido de las fuentes históricas, con muchos más mitos (que el reiterado nacimiento de Huitzilopochtli) y, sobre todo, rituales, que en conjunto hacen del templo "un mito vivo". La evidencia empírica de las

[262] Corría 1979 cuando Matos usó, por una sola ocasión, la palabra hipótesis para referirse a la doble escalinata del templo, y, por ende, su dualidad religiosa, en parte agrícola (Tlaloc) y en parte tributaria (Huitzilopochtli) (Matos, 1990 [1979]: 33): una hipótesis auxiliar *ad hoc*, por así decirlo. Para 1987 –una vez que ha debido discutir con los estudiosos extranjeros– toma como equivalentes "postulados", "principios generales" e "hipótesis". Este giro coincide con la introducción de un mentalismo innovador en su materialismo marxista: sin variar en su concepción central, debe admitir que los mitos son cada vez más esenciales a su explicación histórica (Matos, 1987: 24-25 y 38). Luego volveremos sobre este cambio interpretativo.

estructuras arquitectónicas descubiertas son ahora manifestaciones del ritual y éste del mito (Matos, 1993).

Acaso sea ocioso decirlo, pero Althusser deja de ser citado definitivamente, mientras Eliade se convierte en su principal asidero teórico, intencionalmente seleccionado. Para entonces Matos (1981 y 1986a, b) ha publicado sendas antologías de fuentes que, a su modo de ver, demuestran –vía corroboración arqueológica– que "la descripción de los cronistas estuvo muy apegada a lo que vieron o a lo que les relataron algunos indígenas" (Matos, 1986b: 265). Ni por asomo ofrece, por ningún lado, algo parecido a una crítica de fuentes, sino que repite la anacrónica pero tradicional actitud de los eruditos del siglo XIX, de verlas como fuentes de datos aprovechables.[263] No es el único rasgo preterista de su interpretación: ya a mediados del siglo pasado José Ramírez sostenía que los mitos nativos eran fuentes históricas por su propio derecho. Matos, como Orozco y Berra, sigue interpretando literalmente estos mitos. A decir verdad, este proceder era generalizado entre los padres fundadores de la etnohistoria mexicana, cuyas ideas al respecto Keen (1984: 431) no duda en caracterizarlas de "fantasías científicas". Esta actitud no varió sino hasta que Seler introdujo un método crítico de análisis. No obstante, es paradójico que el Seler que abordó el estudio del Templo Mayor en 1901 (incluso refiriendo la misma lucha fraticida de Huitzilopochtli y Coyolxauhqui, tan cara a Matos) no aparece nunca en las referencias de Matos, quizás porque la historia cultural de Seler era bastante más progresiva que la suya, ochenta años atrás.

Reconocerlo podría contribuir a deconstruir la elaboración retrospectiva del "descubrimiento espectacular", mostrándolo más como genuino *des*-cubrimiento en su contexto social. Desde luego, sería una flagrante mentira de mi parte decir que Matos nunca cita a Seler, porque de hecho aprovecha sus comentarios al Códice Borgia (Matos, 1994a: 21, *infra*). Pero reclama nuestra atención el que en ninguna de sus antologías históricas nunca haya aparecido el trabajo de Seler (1903 [1901]) a propósito de las excavaciones de Batres (1990[1902]) en Templo Mayor. Es sintomático que el mismo trabajo haya sido motivo de un diferendo entre un arqueólogo mexicano y otro alemán, por lo que es el primer conflic-

[263] Literalmente dice Matos de ellas que "es un *material aprovechable*" (Matos, 1994a: 16; cursivas del autor), lo que está muy lejos de verlas como totalidades, según recomendaba O'Gorman desde 1940 (O'Gorman, 1990 [1972]: 122-123). No está de sobra observar que para los actuales etnohistoriadores alemanes, un enunciado no es de mayor confianza porque provenga de un autor nativo, ello sin dejar de reconocer, como dice Hans J.Prem, que "en el México antiguo se justificaba la realidad presente por la realidad mítica".

to documentado que hay sobre la prioridad del descubrimiento del templo, que coincide con el surgimiento de la arqueología profesional en México (Vázquez, 1993).

Nótese que Seler escribió cuando todavía Batres estaba trabajando (él excavó de urgencia de septiembre a diciembre de 1900, pero su informe es de julio de 1902) en la esquina de Santa Teresa y Escalerillas. Descontando que la intrerpretación seleriana es muy superior a la descripción empírica de Batres, su evaluación del descubrimiento debió causar la ira de él, cuando dijo: "Para la antigua topografía del templo y otras cosas que quisiéramos conocer, y que tienen relación con él, los resultados de las excavaciones [de Batres] han sido *bastante insignificantes*. Las esperanzas exageradas que se abrigan con este motivo no se han realizado" (Seler, 1903: 256; cursivas del autor). Batres arguyó por contra que Seler ni siquiera había visitado el sitio, pero en cambio se había reservado "el derecho de hacer avanzar después la ciencia, aun si haber visto los *monumentos*, iluminando al mundo con sus eruditas disertaciones" (Batres, 1990: 114). Sarcasmos aparte, cualquiera puede captar la moraleja subyacente: Seler pasó a ser *enemigo* de Batres, en su esquemática pero ya muy arqueológica visión del mundo social a su alrededor. No nos pasa desapercibido el hecho de que Seler pudo decir mucho del templo sólo interpretando las fuentes históricas disponibles y los escasos hallazgos fortuitos entonces conocidos. En suma, es (ahora sí simbólicamente) significativo, que mientras la admiración de Batres ha ido creciendo en Matos (1991c), su coincidencia de método con Seler es pasmosa en otros sentidos, aunque de heurísticas contrarias. Luego, es mejor evitarla que darle crédito. Racionalmente hablando, nadie obra contra sí mismo.

Las tres fases del proyecto son harto consistentes con su concepción más profunda de que "la arqueología no sólo [es] una parte de la historia, sino algo más: la historia misma" (Matos, 1986a: 9). Que la historia cultural no sea referida como tal cuando habla de que "todo trabajo arqueológico debe ir precedido de planteamientos teóricos correspondientes y las problemáticas específicas a resolver" (Matos, 1982: 7), no invalida que ésta sea la teoría bajo la que interprete la realidad antigua en última instancia.[264] En relación a su verdadera filiación teórica debemos

[264] Será en un texto dirigido al público anglosajón que dirá que no pretende hacer una apología de la documentación histórica, pero que "de esta manera fuimos capaces de desarrollar un marco teórico y anticipar al menos algunos de los resultados de las excavaciones. Pero en muchos sentidos, *las excavaciones nos han dicho mucho más de lo que supimos por la historia*" (Matos, 1994 [1988]: 13) (cursivas del autor). ¿Sabía Matos que Renfrew lo leería? Yo diría que sí.

observar que sus cambios interpretativos más aparentes son asimismo los más periféricos. Primero invierte su fenomenología sin problemas. Al mismo tiempo, su versión fuerte del marxismo se transforma en una versión débil. Me explico mejor. Ya no se trata de relegar a Althusser, sino que, al inicio, la esencia detrás de lo fenoménico es la estructura económica, que se refleja simbólicamente en la ideología religiosa (Matos, 1982b). Conforme se va adentrando en la interpretación mítica de la historia documental, "podemos ver cómo el proceso de transformación mítico influye en el simbolismo de Templo Mayor" (Matos, 1987: 48), hasta el punto de estructurar su arquitectura y ofrendas. Podríamos hablar ya, con Marvin Harris, de un paso del materialismo al "mentalismo" (idealismo) en Matos, de no ser porque en su discusión del concepto de Mesoamérica, él sigue haciendo hincapié en el modo de producción agrícola-tributario (cfr. Matos, 1982d, 1993a y 1994b). No entraré de inmediato en el tratamiento de este último asunto, pero puedo adelantar que su versión débil del marxismo –del que sólo toma *un concepto* decantado– sirve únicamente para reiterar el mesoamericanismo clásico de la arqueología histórico-cultural mexicana. Otra vez, el núcleo duro permanece, pero el cinturón protector varía.

La primera objeción que recibió su preinterpretación marxista original ocurrió en octubre de 1983, durante la Conferencia Anual en Dumbarton Oaks, lugar donde la línea de separación de excavadores y no excavadores se difuminó. A diferencia de Batres, Matos debió soportar ahí la alternacia interpretativa. Para empezar, Kubler invirtió la relación determinante de la estructura sobre la superestructura, trayendo a cuenta que los rituales son codificados en mitos, los que incorporan materia histórica a modo de paráfrasis; se trataría, pues, de una historia adaptada a los usos y propósitos ideológicos (Kubler, 1987: 490). Una segunda línea interpretativa que Matos resiente positivamente, la desarrolla David Carrasco. Influido por el simbolismo de Geertz, ve al Templo Mayor como un centro de dramatización de las obsesiones aztecas por el poder. Sus rituales no serían sólo medios para fines políticos, sino fines en sí mismos. El poder político bien podría ser un vehículo de la fuerza mítica de los rituales (Carrasco, 1987). En fin, si bien su ulterior idealismo ya estaba prefigurado en su proyecto de 1978, a partir de 1987, si no es que de antes, los mitos ya son "historias de origen" (Matos, 1987: 29). Pese a ello, sigue creyendo que hay una relación coherente entre estructura y superestructura. Aduce con seguridad que los hallazgos "confirman nuestras hipótesis [*sic*] de que los mexica fue-

ron, por necesidad, un pueblo agrícola y militarista, cuya sustancia dependía de la producción agrícola y los pagos tributarios" (Matos, 1987: 38).

¿Cuán cierta era esta aseveración? La tardía contribución de López (1993 [1991]), suponiendo que se inicia 3 años antes (en 1988), hace pensar que el proyecto estaba enfrentando graves anomalías interpretativas en relación a su capacidad explicativa de los propios hallazgos. En teoría, la fase interpretativa del proyecto arranca con una reflexión más profunda del simbolismo del templo, hacia 1986 (Matos, 1994a: 109). Volvería a matizar este esquema retrospectivo como lo he hecho con la primera fase de recopilación de fuentes históricas (Matos, 1982c: 1), que en realidad se prolonga hasta 1985, es decir, posterior a la conclusión de la primera y más intensiva temporada de excavación (1978-1982). En lo que a la fase de interpretación se refiere, ya desde 1978 el proyecto se lanza con una preintepretación cuya débil elaboración no merma su fijación a todo lo largo del proceso. A ello atribuyo, como dije, el estilo hipertextual o superpositivo de sus textos. Aclarado esto, diré que desde 1985 el esfuerzo interpretativo de Matos empieza a ser presa de la ambigüedad. A finales de 1979 la excavación había arrojado 40 ofrendas, que a simple vista confirmaban los dos postulados clave, quiero decir, reflejaban el culto dual y su procedencia fuereña al control militar-tributario (Matos, 1980b: 18-19; 1982b: 110-118). Luego de la segunda temporada en 1987, las ofrendas rebasan la centena, sumando más de 7,000 los objetos (Matos, 1987: 37). Ahora las cosas ya no son tan tangibles a los sentidos.

La ambigüedad a que me refiero es ésta: en su mayor esfuerzo interpretativo (Matos, 1994a [1986]: 33-106), nuestro autor admite en su análisis a muchos más mitos y rituales de los que había venido aprovechando desde 1978. Aunque sigue postergando un análisis a fondo de estos supuestos hechos históricos, sigue a la vez privilegiando el mito del nacimiento de Huitzilopochtli, por ser el más ajustado a su evidencia arquitectónica-ritual. Pero mientras él se interesa en la mitad guerrera del templo, admite que "la gran mayoría del material encontrado se asocia de alguna manera a Tláloc" (Matos, 1994a [1986]: 107). Un año después, repite su estimación de que la mayoría están asociados a Tláloc, pero sostiene su creencia de que, simbólicamente, los mexica "continuaron la misión de su dios tutelar" (Matos, 1987: 38). No faltan, por supuesto, las ofrendas a Huitzilopchtli, pero "significativamente [*sic*] no hay una sola imagen de Huitzilopochtli" (Matos, 1978: 38). Justo en

1988, la disgregación de la interpretación y la evidencia es del todo insostenible. "Aquí vemos –dirá en referencia a una ofrenda asociada al sacrificio de 42 niños a Tláloc, explicable por una sequía acaecida en 1470, según las fuentes– la complementación entre las fuentes históricas y el dato arqueológico, lo que en el caso de Templo Mayor va a ocurrir en muchas ocasiones" (Matos, 1988: 127-128). Sólo que las anomalías comienzan donde las fuentes terminan. Y éstas crecen conforme se acumulan evidencias sin el recurso de la documentación escrita. Tomados al azar, dos o tres ejemplos lo ilustran: teniendo a la vista la cabeza de alabastro de un venado, de "su significado poco es lo que podemos decir"; de un brasero, una "deidad no identificada"; y de una escultura con dos Tláloc superpuestos, "en realidad, hasta la fecha no hemos podido aclarar definitivamente el enigma que formula" (Matos, 1988: 156, 144 y 130). Para esta fase del proyecto, uno no puede por menos que preguntarse estadísticamente qué significa esta ignorancia, porque pudiera ser que una arqueología tan sometida a la interpretación literal de las fuentes documentales, pudiera ser cuantitativamente débil en sus conclusiones finales, como de veras estaba ocurriendo.

Es aquí donde Matos se vio en la necesidad de tomar otra decisión correcta, encargando a López Luján un estudio sistemático del cúmulo de evidencias y anomalías interpretativas que estaban amenazando la reputación del proyecto. Las coincidencias de ambos autores me parecen tan importantes como sus discordancias. Por principio de cuentas, López dejó claro con su base de datos de 1770 registros (para 118 ofrendas y 15 atributos contextuales) que la cantidad de ofrendas dedicadas a Tláloc es casi idéntica a la de Huitzilopchtli (40 y 39 respectivamente), con siete más localizadas espacialmente en la unión de los dos basamentos (López, 1993: 115). Confirma que 80 por ciento del total son de origen alóctono, pero en vez de atribuirlas a la sola tributación, añade el comercio, la donación, el pillaje y hasta el saqueo de antigüedades olmecas y teotihuacanas (López, 1993: 137). Lo más original de su estudio (sin demérito su impresionante aplicación informático-cladística), es que se plantee decodificar su lenguaje ideológico, apelando a un enfoque multidisciplinario a caballo entre la arqueología, la historia, la etnografía, la lingüística, la geografía, la geología y las matemáticas (López, 1993: 62). Apena decirlo, pero el mismo autor confiesa no haber alcanzado su ambicioso objetivo. "Falta explicar, por ejemplo, el significado general de la mayor parte de los complejos obtenidos en la taxonomía numérica" (López, 1993: 292), dirá en sus conclusiones finales.

Precisando las cosas, no puede ignorarse que procure despejar el significado de aquellas ofrendas (16 de 118) que no fueron susceptibles de agrupamiento. Asimismo, que detecte patrones de ordenamiento en 20 complejos de contenido homogéneo, descubriendo que la multiplicidad de intenciones de sus donadores demuestra una complejidad de significados. Así las cosas, si bien no llega a refutar del todo la postura de Matos de que las evidencias deben *a fortiori* reflejar la estructura económica, sí prueba que esos dones fueron ofrendados con fines diversos como la construcción y sus ampliaciones, las fiestas de consagración, los periodos de crisis económicas y políticas, los rituales de promoción social, las exequias de personajes de muy alto rango, etcétera (López, 1993: 292). Tal originalidad decrece un tanto cuando, en aras de expandir la explicación de las ofrendas más enigmáticas, debe apoyarse exclusivamente en las fuentes y la etnografía mesoamericanista, que le son más accesibles. El grueso de su estudio del significado de las ofrendas (que no semántica de ellas) está erigido sobre estas bases, que desde luego son las mismas de Matos y la más tradicionales en la escuela mexicana de arqueología. Como él, habla de "corroborar el nexo" o la "plena consonancia con la información arqueológica" con los testimonios gráficos (códices) y escritos (crónicas) (López, 1993: 191). No extrañe, en consecuencia, la dolorosa conciencia de que su "lectura cabal es aún inalcanzable" (López, 1993: 49). Pero se resuelvan o no estas anomalías del proyecto, debe quedar claro que éste no ha concluido. Y que su permanencia depende ahora solamente de la optimización de la estrategia de investigación de larga duración. "Queda por delante una larga fase de análisis de los datos recabados durante los últimos catorce años" (López, 1995: 77).

Al decir esto nos ubicamos en la antesala del Proyecto Especial Teotihuacan 1992-1994 de Eduardo Matos. Antes, juzgo pertinente hacer alto en una digresión en torno a su concepción del desarrollo en Mesoamérica, no tanto para volver sobre su esquema de periodización (véase capítulo 1 al respecto), como para apuntalar su filiación teórica, pero en particular destacar una idea que lo enfrenta en apariencia a su nueva competidora, Linda Manzanilla, conflicto que, por lo demás, demuestra que el cambio teórico –si se le puede conceptuar como tal–, es de suyo muy estrecho, porque en realidad se da dentro de la misma tradición histórico-cultural, sin lograr trascenderla.

La vocación histórica de Matos y sus colegas, enemigos o no, nos remite continuamente a Kirchhoff y a su concepto seminal. Ya en 1982,

Matos se propuso conferirle (como era el deseo de su creador) una profundidad histórica que lo retrajera del siglo XVI d.C. al siglo X a.C. Mesoamérica, decía, debía tomarse, más que como historia común o como agregado de rasgos culturales comunes, como sinónimo de un modo de producción agrícola-tributario común, estructurado desde los olmecas hasta los aztecas (Matos, 1982d: 130). Así, aunque Kirchhoff se viese tentado por la idea de replantear su área cultural como círculo cultural graebneriano para dotarle de antigüedad, Matos hizo lo necesario con un dejo marxista (mérito adscribible al común de arqueólogos, sin tan artificial aditamento). Recientemente, por alguna buena razón, ha retomado esta discusión, pero dando mayor énfasis al aspecto estatal-militarista, producto de ese modo de producción, pero que había desestimado en 1982. Mucha de su crítica se centra, no tanto en Kirchhoff, sino en Piña Chán, y no sólo por ser la suya la periodización más popular entre los arqueólogos mexicanos, sino porque implica una etapa teocrática (con dos periodos de tránsito, de los centros ceremoniales a las ciudades) en que se desarrollaría una administración religiosa que, transformada en teocracia en las primeras urbes, monopolizaría la actividad económica (Piña Chán, 1975: 8). No está de sobra decir que esta fase teocrática (1200 a.C.-900 d.C.) abarca nada menos que a Teotihuacan.

Teotihuacan, la mayor anomalía de la historia cultural desde 1941, es el punto problemático que motiva esta discusión. Pero el interlocutor real de Matos es otro, al que en cualquier caso *evita mencionar*.[265] Con todo, arguye que los datos arqueológicos (murales con figuras guerreras, producción masiva de armas en un sitio, muros de protección, expansión a lugares lejanos, sacrificios masivos bajo el Templo de Quetzalcóatl) hacen difícil "concebir una expansión como la teotihuacana basada en aspectos religiosos. Para nosotros, ambos aparatos, el coercitivo y el ideológico, están actuando desde ese momento" (Matos, 1994b: 70). Su arremetida es evidente cuando, ante los arqueólogos universitarios, reafirma que "la idea de aquel Estado teocrático o de una *pax* teotihuacana ya no resulta sostenible a la luz de los últimos hallazgos y de las evidencias murales y en otros datos" (Matos, 1993a: 85). Su argumento es posdictivo: Tula y Tenochtitlan muestran que invariablemente los pueblos tributarios se sacuden del poder centralizado, auspiciando su

[265] No es el único. En reciprocidad, tampoco cita a Nalda a propósito de las periodificaciones marxistoides. Explica por qué: "Aunque la idea de Nalda tiene cierta similitud con la nuestra, no deja de ser interesante que ese autor jamás nos menciona, pese a que nuestro trabajo fue planteado con anterioridad" (Matos, 1994b: 70).

declinación. El puntal de dicha interpretación es el carácter militarista de todas las sociedades mesoamericanas, pero mucho más obvio en las sociedades tardías que siguen al colapso teotihuacano. Más delante, estando en curso el Proyecto Teotihuacan, no desperdiciará ocasión en reiterar que el estatus del militar es tan importante como el del sacerdote, como lo vuelve a confirmar otra excavación en el Templo de Quetzalcóatl (Matos, 1993c: 17).[266] En realidad, lo que quiere decir es que Teotihuacan era una sociedad guerrera y agrícola (Matos, 1994d: 78, *infra*).

Ya hemos visto en el capítulo anterior cómo se originaron los Proyectos Especiales 1992-1994, bajo el conocido avatar del "capricho presidencial". El apremio del soberano en turno es el responsable, creo yo, de que muchos de los proyectos poseyeran una lejana semejanza con los proyectos arqueológicos de salvamento, que justo por la premura no cumplen con todos los estándares de los proyectos de investigación. No se trata meramente del limitado factor tiempo (menos de 2 años en su caso), sino de los planteamientos inherentes al proyecto. Comparado a Templo Mayor, este nuevo Proyecto Teotihuacan carece de preinterpretaciones, aun como postulados. En rigor, el proyecto consta de cuatro apartados, a saber: descripción del sitio, justificación de los trabajos, trabajos por realizar, e impacto social, cultural y turístico. La investigación es relegada a un inasible "aspecto científico", y se le entiende instrumentalmente como la fundación de un Centro de Estudios Teotihuacanos (Matos, 1993b).[267] Los trabajos proyectados son, por el contrario, muy definidos y prácticos: levantamiento topográfico para mejorar la planimetría de Millon, restauración general de la zona arqueológica, restauración especial del Palacio de las Mariposas y Templo de Quetzalcóatl, construcción de un novísimo museo de sitio, regularización de la tenencia de la tierra con la adquisición de nuevos terrenos y, por último, reubicación de los vendedores ambulantes, restaurantes y estacionamientos. El

[266] Hasta 1993 se habían descubierto 272 individuos dispuestos en entierros masivos y dos tumbas, una de las cuales estuvo dedicada a personajes encumbrados, rodeados de ofrendas de valor; luego se descubrieron 31 individuos más, otra vez con las manos atadas a la espalda (Cabrera y Cowgill, 1993: 21-26). Ambos autores ponen en entredicho el carácter pacifista y religioso del Estado teotihuacano, si bien no se pronuncian por la interpretación militar.

[267] El 15 de septiembre de 1993 Matos convocó a un concurso para la contratación por 9 meses (octubre de 1993 a junio de 1994) de 12 becarios para "obtener conocimientos de la cultura teotihuacana". Esto significa que la estrategia de investigación, además de circunscrita, era de corto plazo. Las motivaciones del proyecto estaban puestas en otras expectativas. Por esa causa, los becarios fueron dirigidos a la excavación de la Plaza Oeste de la Pirámide de la Luna, lejos de la competencia establecida entre Rubén Cabrera, Linda Manzanilla y Eduardo Matos.

proyecto deja ver a las claras la intención de estimular a empresarios a invertir en hoteles con espacios comerciales (Matos, 1992: 7-8).

Antes bien, la idea de integrar la zona arqueológica a sofisticados servicios turísticos se eleva aquí a *leitmotiv*. El cálculo no está desencaminado, pero sí la solución. Anualmente, la zona es visitada por 2.5 millones de personas. Cada domingo la cifra borda alrededor de los 10,000 turistas. No se requiere –como hizo Matos en Templo Mayor– de una bien planeada muestra estadística para apreciar que son en su mayoría turistas mexicanos. Sin embargo, el diseño de una de las plazas comerciales, la controvertida Plaza Jaguares, fue planeada por sus ambiciosos inversionistas para explotar al "visitante cosmopolita" en sus restaurantes de *fast food*, bares, salones multimedia y, para amenizarlos con una mexicanísima realidad virtual, se les adiciona la venta de artesanías, mariachis y los inevitables Voladores de Papantla.[268] Un segundo error fue ubicarla "dentro de una zona que es patrimonio de la humanidad", según sus mismas palabras, si bien no del todo exactas, pues al parecer se escogió un terreno privado fuera del circuito de la zona federal. Como era de preverse, ésta y otras dos plazas pretendían mucho más que reubicar a gran cantidad de gente que modestamente se gana la vida comerciando con los turistas nacionales. El "impacto social" del proyecto pronto fue entendido como un eufemismo que implicaba desalojo.[269] A finales de sepiembre de 1994 comenzaron las protestas masivas, cuyas escandalosas resonancias han llegado a la Cámara de Diputados, a los partidos políticos y a la procuraduría de justicia a través de demandas judiciales.

No me detendré a examinar este conflicto social porque creo que es coherente con la disputa establecida por el INAH con la sociedad enemiga (véase capítulo 2 al respecto), no obstante que reintroduce la novedosa modalidad de que el INAH y sus arqueólogos son acusados de violar la misma ley que antes esgrimían para arrogarse el patrimonio antiguo, esto es, se trata de un fenómeno que repite como amenazador presagio el conflicto legal de Quitovac, Sonora. Mucho más interesante es, para los efectos de este estudio, resaltar el error de estrategia cometido por Ma-

[268] Véase folleto *Plaza Jaguares. Cósmica, mágica y eterna. Centro turístico y comercial.*

[269] Libre de sueños egipcios, Matos desconoció la experiencia de los arqueólogos en la zona de Gizeh, también metidos en su restauración y reordenación. Quiero decir por ello, que el monumentalismo egipcio enfrenta también el problema social de un asentamiento pobre en las inmediaciones, para dar espacio a dos centros culturales y museos. Los habitantes del barrio también viven de la vendimia a los turistas. Su desalojo está pendiente, pero se le ha eludido convirtiéndolos en ghetto: se habla ya de cercar la zona con un muro de *contención social*.

tos, probablemente ocasionado por la creencia previamente experimentada de que el Poder Ejecutivo volvería a acallar las protestas sociales. En suma, puso todos sus deseos en un negocio turístico mal planteado, lo que podría interpretarse como un paradójico autoengaño, esto es, aquel en que el actor racional se niega a aceptar las consecuencias previsibles de sus acciones (Elster, 1989: 285 y ss.). De paso, el *affaire* teotihuacano demuestra la irresponsable ignorancia con que el capital privado está abordando el difícil problema de la administración del patrimonio arqueológico, viéndolo sólo desde la torpe perspectiva de sus ganancias inmediatas.

Distanciado de los becarios y sus estudios, el proyecto propiamente arqueológico de Matos se concentró en la monumentalidad de la gran pirámide del Sol, es decir, su restauración, bien que siguiendo su invariable postura de intervenir monumentos respetando su originalidad –por lo que en Templo Mayor resistió a su reconstrucción–, cuestión que sigue debatiéndose entre los conservacionistas del patrimonio. Por segunda vez la investigación (pero ya como autolimitación) se traspasa a segundo plano. Se trata pues de la consolidación de la pirámide, en especial sus caras norte y este, que, al ser intervenidas, devolverían al monumento su "unidad arquitectónica", unidad que, según Matos, Batres habría distorsionado con una reconstrucción artificiosa, si no de plano imaginativa llevada a cabo entre 1905-1910 (Matos, 1993b). Sin embargo, es notorio que sus excavaciones se reorientaron a la mitad sur del primer cuerpo (Matos, 1993d: 71), ya no sólo por razones instrumentales sino por el juego bipersonal de suma cero[270] que estableció con Linda Manzanilla, cuyos intereses de estudio y prestigio le resultaban diametralmente opuestos. Luego volveremos a ello. Sea como fuere, logró descubrir dos etapas constructivas y el desplante con una banqueta en derredor; asimismo, una plataforma con restos del "primer *coatepantli* (muro de serpientes) del que se tiene noticia en el centro de México" (Matos, 1994c: 37). Descubrimiento visible arquitectónicamente hablando, pero nada espectacular para la originalidad de la interpretación arqueológica.[271]

[270] Es decir, los pagos a cada jugador están balanceados en cero, pues uno gana lo que el otro pierde. Si se continúa con una misma estrategia (pura), la proporción de ganancia será igual, a no ser que se opte por jugar al azar. La búsqueda de otras estrategias modifica el juego pues lleva a otros puntos de equilibrio, de mayor o menor ganancia.

[271] En 1995 publica (Matos, 1995) un informe con sus excavaciones recientes que atestiguan un interés centrado en la Pirámide del Sol y en la "cueva que se encuentra debajo de la pirámide". De paso, su antología de autores no incluye a Linda Manzanilla.

Otro es el caso del descubrimiento de Rubén Cabrera, cuya importancia radica en que puede ser el inicio de la resolución de la anomalía histórico-cultural de un pueblo sin historia, no al menos como la conocemos para otras sociedades mesoamericanas, en que el conocimiento documental sirve de verificación de la interpretación arqueológica. Me refiero en cambio a algo equivalente a la escritura jeroglífica para los mayas y olmecas. Ocurre que Cabrera, sin ser miembro del proyecto especial (desde mucho antes pertenecía a la curaduría de la zona, tras concluir el Proyecto Teotihuacan 1980-1982), descubrió en un conjunto habitacional de La Ventilla algo que se sospechaba pero no estaba probado: los primeros glifos de la escritura teotihuacana. El Proyecto La Ventilla 1992-1994 era, por desgracia, un proyecto de salvamento originado por la futura construcción de la Plaza Jaguares, es decir un proyecto sin muchas expectativas, muy del Tipo II.[272] El simbolismo subyacente es atroz en este caso: un gran hallazgo arqueológico está por ser sepultado bajo un monumento a la modernidad, peligro que no ha terminado por mucho que la obra esté detenida. Todo mundo sospecha que la suspensión es temporal.

En una conferencia de prensa, la actual directora del INAH emitió un enunciado que pasó desapercibido por el amplio público. Dijo: "Es absolutamente falso que se haya destruido una *cueva, marcadores astronómicos, murales* y otros vestigios."[273] Es decir, se refirió nada menos que a los objetos de estudio de Linda Manzanilla, Rubén Cabrera y el de un arqueoastrónomo aficionado que fue quien inició las denuncias contra Matos. Es evidente que detrás del conflicto patrimonial hay un conflicto de prioridades por los descubrimientos arqueológicos. Bastante más sagaz, Matos ha aparentado eludir el juego competitivo con cada uno de ellos mediante una estrategia de equilibrio que precisamente elude el tema a su favor (Davis, 1986: 35). Discursivamente este comportamiento se manifiesta en rebajas retóricas en cada mención de sus proyectos. El hallazgo de Cabrera es sólo de "particular importancia", y el ansiado

[272] Inicialmente, el proyecto incluyó a tres arqueólogos, pero le ocurrió lo que al Proyecto de Rescate Coyolxauhqui, que fue creciendo conforme aumentaba la importancia del hallazgo; para marzo de 1994, en La Ventilla trabajaban 10 arqueólogos –distribuidos en cuatro frentes y cuatro conjuntos residenciales–, dos antropólogos físicos, tres biólogos y dos restauradores bajo la dirección de Cabrera (Cabrera a Matos, 24 de marzo de ,1994, 6 ff.). En esta carta se percibe su interés de convertir su proyecto de salvamento en uno de investigación, deseo que Matos liquidó dando por terminado el contrato temporal de su equipo, grupo que no vaciló en optar por el enfrentamiento con el director del Proyecto Especial y de la Zona Arqueológica Teotihuacan, al darse cuenta de que daba prioridad a la inversión turística privada en vez de la disciplina arqueológica.

[273] *La Jornada*, 29 de enero de 1995: 27.

por Manzanilla, unas "excavaciones de cuevas" (Matos, 1994d: 78; 1993d: 69). En la práctica, el Proyecto La Ventilla está liquidado bajo el inminente peligro de ser sepultado. Y el Proyecto Túneles y Cuevas, hasta su quinta temporada (octubre a diciembre de 1994), fue intencionalmente desviado por Matos hacia otras cuevas con hallazgos (rendimientos) francamente pobres. El procedimiento tiene que ver con la apropiación de objetos que hemos estudiado antes: cuando Manzanilla intentó excavar tras la Pirámide del Sol para penetrar la caverna en forma de trébol, Matos comenzó a excavar a escasos dos metros de distancia, cerrándole el paso literalmente a los arqueólogos universitarios.

No quisiera provocar la idea en el lector de que Matos de pronto se convirtió en un detestable personaje maquiavélico, obsesionado por su fama personal. Con fines comprensivos o interpretativos, sugiero más bien que su escenario teotihuacano conlleva factores no presentes en Templo Mayor, los cuales lo han hecho obrar irracionalmente. Para colmo, los dos arqueólogos más prestigiados de México –cuya nobleza adquirida los obliga a ser más sensibles al fracaso, pero también más apasionados por sus logros– han puesto sus deseos en casi el mismo objeto, la gran pirámide y la caverna bajo de ella. Demasiado tarde (justo cuando el Proyecto Especial de Matos terminaba), Manzanilla propuso la solución cooperativa: "Creo que, en el caso de los Proyectos Especiales, hubiera sido preferible que los especialistas de ambas instituciones [INAH e IIA] *colaboraran*. Se hubiera avanzado mucho porque hay laboratorios que ellos tienen y nosotros no, y viceversa. Como en Teotihuacan, donde tenemos proyectos científicos importantes y *hubiera sido estupendo trabajar en equipo con ellos*" (cursivas del autor).[274] Se olvida que a mediados de 1993, cuando se organizaba el Centro de Estudios Teotihuacanos, Matos llamó a colaborar a Rosy Brambila, Alfredo López Austin, Beatriz de la Fuente, Linda Manzanilla, Emily McClung y Evelyn Rattray (Matos, 1993b: 74). Más aún, a finales de noviembre del mismo año, ese centro auspició el "Taller de Discusión de la Cronología de Teotihuacan", el cual reunió a una potencial masa crítica de especialistas nacionales y extranjeros. Sin embargo, no tuvo efectos por las motivaciones personales involucradas, fueran científicas o ideosincráticas. Por un lado observé la reserva con que Cabrera mantuvo su hallazgo, sobre todo ante los arqueólogos extranjeros de quienes temía plagiaran su aporta-

[274] *El Financiero*, 9 de septiembre de 1994: 58; el 17 de octubre, 5 días después de concluido el Proyecto Especial de Matos, Linda y su equipo volvieron al campo para iniciar su quinta temporada. No fue una coincidencia. Está jugando el mismo juego de Matos, buscando eludirlo para obtener mejores resultados.

ción.[275] Por su parte, Manzanilla no desaprovechó la oportunidad para seguir excavando mientras todo mundo estaba discutiendo. Lo que estoy implicando aquí es que el juego de estrategias es más vasto de lo que suponemos al personalizarlo. De hecho, forma parte de las *actividades e interacciones sociales rutinarias* de los miembros de toda la tradición.

Interludio de la caverna teotihuacana

Para empezar procederé a matizar la heterodoxia temática demostrada por Linda Manzanilla en su primera tesis profesional, que por una fácil impresión pareciera que se aleja en sentido diametralmente opuesto del tópico mesoamericanista tradicional de los egresados de la ENAH. No es así de radical el cambio temático. Citaré a continuación dos condicionantes de su experiencia personal, que luego serán de la mayor relevancia para comprender su pensamiento y actuación. La primera es su exposición temprana a lo que Gándara llama la "escuela de los ambientalistas británicos", cuyo modo de investigar se basa en el trabajo interdisciplinario (Gándara, 1992: 101), por lo que guarda cierto parecido con la nueva arqueología posterior. Esta escuela estuvo asociada en México a la figura de José Luis Lorenzo, jefe del Departamento de Prehistoria del INAH, bajo cuya dirección trabajó Manzanilla de finales de 1972 a mediados de 1977. La segunda condicionante tiene que ver con la anterior experiencia, pero se refiere a su colaboración personal en la coordinación del Proyecto de Paleoetnología del Valle de Teotihuacan, Fases Preurbanas 1974-1977, junto con Marcella Frangipane. Su participación en este proyecto es el antecedente inmediato a su ruptura con la dirección del Departamento de Prehistoria, por causas no del todo claras aunque reconocidamente conflictivas.

Su experiencia de excavación en Cuanalan no es solamente coincidente con la etapa de elaboración de su tesis sobre la constitución de la sociedad urbana en Mesopotamia, sino que posee conexiones internas de interdependencia mutua. Como ella misma nos informa, su problema de partida (¡y de llegada!) es el inicio de Teotihuacan como sociedad urbana, luego de su periplo por Turquía y Egipto. Inclusive su interés en Tiahuanaco (sueño de sus días de estudiante) parece haber sido contagiado por uno de sus más entrañables mentores intelectuales, Paul Kirchhoff (Manzanilla, 1986: 7). Temáticamente, este común interés por las altas civilizaciones sigue un derrotero inverso al de Kirchhoff, ya que

[275] Es interesante la repetición de la costumbre: *se evitó* que visitaran y tomaran fotos del hallazgo.

se propaga teniendo como centro al Teotihuacan mesoamericano. El difusionismo extremo de Kirchhoff suponía las cosas al revés: todas las altas civilizaciones comienzan en Mesopotamia, de allí se propagan hasta el "sudeste de Asia y desde ahí a Mesoamérica de San Lorenzo y la Venta" (Kirchhoff, 1983 [1971]: 21).[276] Por supuesto que tan aventajada alumna mexicana tenía que diferir de esta interpretación ingenua. Ya en 1979, ella abstrae procesos homotaxiales dentro de la revolución urbana mundial, no simples migraciones e influencias aculturativas. Con todo, al leerla uno se apercibe de lo pasajero que fue su corte del "cordón umbilical mesoamericano" (Manzanilla, 1986: 8). En el fondo, ella siempre ha sido una mesoamericanista convencida.

Ahora bien, el entorno procesualista que mantiene su tesis está focalizado sobre dos preocupaciones. De una parte, el siempre espinoso problema de los indicadores arqueológicos, de cuya consistencia depende la verificabilidad de la serie de hipótesis teóricas que se han propuesto para explicar el desarrollo urbano de Sumeria. Una a una va cuestionando las evidencias reunidas por las explicaciones de la demografía, la guerra, el riego, el control y redistribución de la producción, el intercambio y la jerarquización administrativa. Más que brindar conclusiones, su análisis deja abierta la cuestión, pero igual deja bien claro que la arqueología de superficie sobre la que sustenta la teoría hidráulica es un frágil castillo en el aire (Manzanilla, 1986: 366). Es claro también que se inclina por la explicación redistributiva, pero establece que su consistencia con las evidencias exige determinar sin equívocos los materiales de uso, consumo, producción, almacenaje y desecho, todos lo cuales implican excavaciones extensas de asentamientos interrelacionados. La misma rigurosidad ha de aplicarse a la hipótesis del intercambio: hay que reconocer los yacimientos de extracción de materia prima, los mecanismos de intercambio, etcétera (Manzanilla, 1986: 367).

Al final, y sin dejar de referirse a Service, no deja de ser extraño que interprete la evolución multilineal como tres etapas de desarrollo, esto es, una periodización que se inicia con los centros ceremoniales, la civilización teocrática y, por último, la civilización dinástica secular y militarista. Los indicadores de este proceso serían el templo primero y el palacio después, en otras palabras, la redistribución primero –institución primigenia ensayada desde la etapa ceremonial– y a continuación el control de la producción y distribución a través de la definitiva distinción de

[276] Para una mejor comprensión del difusionismo graebneriano de Kirchhoff, remito a Vázquez (1999).

rango de los gobernantes. Negando que éstas sean las conclusiones definitivas del proceso urbano investigado por ella, no deja de comunicarnos la clave de su *familiar interpretación*: "Simplemente son producto [estas ideas] de una preocupación por recalcar el carácter discontinuo y complejo del proceso, y por interrelacionar algunos sectores de la información *con categorías que nos son familiares*" (Manzanilla, 1986: 370; cursivas del autor).

No obstante que sus ideas sobre los primeros estados surgidos en el sur de Irán e Irak entre 3500 y 3200 a.C. no concilien del todo con nuevas y contradictorias evidencias que lo mismo apuntan a que ya estas sociedades neolíticas distaban de ser armoniosas arcadias de pacíficos e inofensivos agricultores, pero asimismo a que ciertas ciudades secundarias como Mashkan-sapir muestran signos de que el modelo centralizado político y religioso pudo haber sido menos acusado de lo que se suponía (cfr. Harris, 1993; Stone y Zimansky, 1995), lo que aquí nos interesa es el mecanismo de traducción cultural y teórica usado por la autora para aprehender realidades dispares mediante categorías que nos son "familiares". Claro está que no tenía por qué haber citado a Piña Chán en este contexto ajeno, pero sugiero que es él con quien traduce. Vamos entendiendo así por qué Matos dirige su crítica contra Piña, cuando en realidad lo hace a Manzanilla (a decir verdad se trata de una tesis ampliamente compartida por los arqueólogos histórico-culturales mexicanos, pues el mismo esquema fue aplicado por Bernal en otra época a la sociedad teotihuacana y aun la azteca: las fases Teotihuacan I y II, de paso de la aldea a la urbe, corresponden a edificaciones religiosas y al dominio sacerdotal; hasta Teotihuacan III se dará una contemporización de militares y sacerdotes, previa a su decadencia bajo Teotihuacan IV. Bernal también advertía el paso del templo al palacio en las edificaciones; son deveras "familiares" las creencias de Manzanilla, como puede inferirse).[277]

En su inicial experiencia teotihuacana en la comunidad de Cuanalan, advertimos diafanamente similar divergencia entre la teoría en boga y la interpretación teórica tradicional. Al principio parece estar aplicando el modelo de simbiosis económica de Sanders –postulado para comunidades especializadas productivamente, pero convergentes a un centro distribuidor de bienes–, pero tan pronto refuta la importancia de la agricultura hidráulica que Sanders ponderaba, se vuelve a Sumeria para destacar la importancia del templo y los grandes centros de acopio redis-

[277] Bernal (1985 [1964]).

tributivo, previos al desarrollo del mercado individualizado (Manzanilla, 1989: 163). Por consiguiente, tenemos que lo que en su primera tesis era una hipótesis razonable, en adelante la traduce a tesis irrecusable. Quizás tan arraigada creencia suya sea la causa de que en lo futuro sus proyectos de investigación posean una doble intención (y, por ende, una doble estrategia), una manifiesta y otra interior (por cierto, algo parecido a la paradoja de Kirchhoff cuando poco antes de fallecer, reveló que "no puedo llevar dos vidas, una continuando lo otro y otra haciendo esto").

Esta dicotomía es muy real, pero acaso menos acusada que en otros científicos duros que, luego de doctorarse en temáticas de interés en los países anfitriones, deben retornar a las carencias del Tercer Mundo, para dedicarse a proyectos asaz diferentes. Cierto que la egiptología nadie la practica en México, como no sea para fines museográficos muy limitados a una pequeña sala en el Museo de las Culturas. Pero hay que recordar que para ella regresar a México fue como restaurar el nexo perdido por un tiempo. Por ello, una vez doctorada en 1982, retorna para ingresar como investigadora del IIA e iniciarse a poco en la dirección del Proyecto Cobá 1983-1984 (Manzanilla y Benavides, 1985), un estudio cuyo objeto eran las unidades habitacionales mayas. Este proyecto anuncia el interés manifiesto de su siguiente experiencia, el Proyecto Antigua Ciudad de Teotihuacan. Primeras Fases de Formación del Centro Urbano,1985-1988 (que para abreviar llamaré mejor Proyecto Oztoyohualco), y cuyos resultados finales son ya motivo de reconocimiento público.[278]

Por su organización y resultados textuales, el Proyecto Oztoyohualco fue un proyecto interdisciplinario de baja intensidad y baja verticalidad (Tipo IV). Con sólo un arqueólogo asistente y 10 estudiantes de la ENAH, Manzanilla debió, por necesidad propia de la baja intensidad, atraer la cooperación horizontal de otros especialistas, tanto del propio IIA como del Instituto de Geofísica y de la Facultad de Ciencias de la UNAM, entre otros. Una condicionante extra, que reafirma la horizontalidad de los proyectos académicos o universitarios, es que la directora debió negociar la disposición del dueño del terreno para proceder a excavarlo, condición que en el INAH se resuelve mediante la "ocupación pacífica" del terreno, acción que plantea un conflicto tácito, que puede o no desatarse, según la capacidad de los actores afectados para reaccionar. Así las

[278] Me refiero a Manzanilla (1993a), obra en tres volúmenes, pero de la que se disponen de los dos primeros, a saber, los relativos a las excavaciones y a los estudios específicos. Un tercer volumen se dedicará al microanálisis.

cosas, ya que el objetivo aparente del proyecto fue el estudio de áreas de actividad y estructuras domésticas, parece mucho más obvio que un proyecto así sólo se podía llevar a cabo en un entorno académico, ya que no existe la condicionante de la gran arqueología para retribuir los recursos de que se le provee por medio de grandes hallazgos o imponentes monumentos consagrados a la nacionalidad. Sus contribuciones son de detalle, de muchísimo menor visibilidad, pero a cambio de mayor rigurosidad en sus análisis paleobotánicos, paleozoológicos, químicos, prospectivos, etcétera. Son ellos los que le confieren a éste y a su siguiente proyecto una aureola científica apabullante.[279]

Sin pretender darlos por descontados, estos estudios interdisciplinarios nos remiten a la escuela ambientalista que menciona Gándara como influencia sobre algunos arqueólogos que algún momento de su trayectoria profesional estuvieron ligados a Lorenzo. Así, aunque Flannery y Hodder estén presentes en el estudio del "nivel de actividad de área", su estilo de exposición recuerda poderosamente el debate contradictorio en que cayó Lorenzo respecto a la oposición de interdisciplina o intradisciplina del Proyecto Tlapacoya 1965-1973 (Lorenzo y Mirambell, 1986: 7-12 y 225-287). Según Lorenzo, la interdisciplina en arqueología deriva en disgregación especializada, hasta el punto de propiciar investigaciones por su propio derecho. Entonces, para obtener una cabal labor de conjunto, el proyecto debía ser intradisciplinario, a fin de que llegue a intercambiar horizontalmente información sobre un objeto común. El director del proyecto, bajo estas circunstancias, es más bien un coordinador, que siempre procura alcanzar una síntesis de lo que otro modo sería divergente, si no inconexo. Me parece, empero, que tanto si el proyecto es interdisciplinario como si es intradisciplinario, la semántica del lenguaje no parece ser de grande ayuda para superar el estilo sumario de los resultados de las investigaciones e investigadores concertados. Por último, siempre será el coordinador quien se reserve las conclusiones (o, como en el caso que nos ocupa, la interpretación de conjunto), lo que hace temer que el problema es resuelto instrumental, pero no comunicativamente y acaso tampoco metodológicamente.[280]

[279] La obra de Manzanilla y Barba (1994) es ilustrativa de su visión científica y académica de la arqueología, siendo notorio cómo ha pasado de las metáforas militares a las médicas (radiografía, cirugía, diagnóstico). Con todo, su énfasis está puesto en el aspecto técnico, no en el progreso de la interpretación teórica.

[280] El libro de Manzanilla y Barba (1994) ha planteado que el rompecabezas de información de la realidad fragmentaria que ve el arqueólogo, lo mismo que la interdisciplina que de esa ontología deriva, precisa de una "cualidad de integración" que produzca un "relato coherente". La interpretación es, para ellos,

Sin embargo, este problema organizativo expresa las dificultades propias del pretender implantar la horizontalidad de relaciones en los proyectos arqueológicos del Tipo III, en medio de un contexto social de naturaleza poco propicia para estos desarrollos cooperativos, lo que por lo demás explica por qué, por muchos años, dichos proyectos no han sido nada comunes, mientras que los proyectos del Tipo IV, con mucho menos recursos, al menos han estado circunscritos a los ámbitos de la enseñanza y la academia en general. Al margen de cualquier crítica, hay que destacar el mérito del Proyecto Oztoyohualco para conjuntar investigadores y disciplinas (cfr. Manzanilla, Ludlow, Valadez y Barba, 1987) dentro de una horizontalidad poco común.

A nivel general entonces, el Proyecto Oztoyohualco tenía por objetivo estudiar los factores que llevaron al desarrollo urbano más antiguo, el conjunto habitacional de Oztoyohualco, precisamente. Pero más específicamente, había una hipótesis que no era auxiliar, ni nunca lo ha sido para Manzanilla: el grado de control ejercido por el sacerdocio sobre la producción y distribución de bienes. "La redistribución [teocrática] pudo ser, pues, uno de los mecanismos para la centralización de las actividades productivas y distributivas" (Manzanilla y Barba, 1987: 19). Si este objetivo implicaba una estrategia de estudio de nivel comunal o inclusive regional, ¿por qué poner a prueba una hipo-*tesis* macro al nivel doméstico de actividades, de tres o cuatro unidades familiares nucleares, probablemente emparentadas entre sí? Más aún, ¿por qué seleccionar Oztoyohualco, cuando sería más adecuado escoger una área comunal de captación de recursos locales, sobre todo en las inmediaciones de los templos? En otro trabajo de esta época, Manzanilla (1990) propuso una consistente estrategia de estudio de lo simple a lo complejo, que englobaba los niveles doméstico, comunal y regional. En él, la unidad espacial mínima de registro es el área de actividad uso-consumo; le sigue la unidad doméstica propiamente dicha, cuyo indicador es la unidad habitacional. El nivel inmediato superior es el área de captación de recursos, expresada en la distribución del asentamiento (doméstico, público, barrios o sectores especializados, servicios, etcétera), que entroniza en la región. Puede argumentarse con sobrada razón, que el proyecto arranca por la escala espacial más elemental, bajo la idea de irle remontando. Esto

---

un residuo de la capacidad de integración, misma que depende de las técnicas rigurosas de registro como de una asociación funcional y tridimensional, de la que surgen las asociaciones sincrónicas y diacrónicas. Lo curioso es que se fije en las reglas de correspondencia toda la interpretación, tal como creía Hempel. Para una crítica a esta concepción, remito a Moulines (1993: 158-161).

es lógico. Pero no lo es tanto el razonamiento inductivo inverso: suponer lo comunal (que aquí significa mucho: las actividades políticas, ideológicas, de circulación e intercambio de bienes) para descender forzadamente a lo doméstico.

Paralelamente a las razones teóricas, se eligió Oztoyohualco suponiendo que era un asentamiento primordial –la ciudad antigua–, dado que Millon había detectado ahí alguna concentración de cerámica tipo Tzacualli, es decir, de principios de nuestra era (1-150 d.C.), pero asimismo porque se sabía de cuevas próximas, con huellas de extracción de materiales de construcción de Teotihuacan II (150-300 d.C.) en adelante. La raíz náhuatl de Oztoyohualco significa cueva precisamente. La suposición era, en resumen, que éste era el primer centro urbano de Teotihuacan. Las evidencias refutaron esta expectativa errónea (pero capital para la tesis teocrática), descubriendo una unidad residencial construida hacia el siglo VI –se le dató en la Fase Xolalpan, de 550 a 600 d.C. Con gran honestidad, Manzanilla admitirá que no se sostuvo la hipótesis de que Oztoyohualco fuera el centro urbano primordial, pero aclara: "Mis objetivos *no solo estuvieron centrados en la investigación de la actividad de área*, sino también enfocadas a la detección de la acumulación de centralización *en manos del sacerdocio de Teotihuacan*" (Manzanilla, 1989a: 180; cursivas del autor). Por fortuna, la estrategia mixta del proyecto permitió sacar ventaja de la desventaja: "Aún así, fue un excelente laboratorio para el estudio de las actividades [domésticas] del pasado" (Manzanilla, 1993a: 20).

Admitir este desfase no significa asumirlo con plenitud. De hecho, hay el reiterado esfuerzo de poner en concordancia niveles de análisis y la expectativa mayor, si bien con precarios asideros empíricos. De un lado, sus hallazgos demuestran áreas de procesamiento y consumo de alimentos, almacenaje de los mismos en pequeña escala, destazamiento y desecho, manufactura y construcción, culto, entierro y materias alóctonas... pero todas evidencias domésticas sin remedio. Las diferencias de actividad familiar sugieren una especialización, pero el circuito de circulación sigue siendo elusivo. "Sin abordar el problema de las diferentes esferas de circulación, el asunto del acceso diferencial permanecerá irresoluto" (Manzanilla, 1993c: 566), concluye ella en su interpretación final. Sin embargo, hay una obstinación en descubrir las evidencias de centralización teocrática, tal como se conoce en Tiahuanaco y Sumer, a través de una "red regional de redistribución que involucraba actividades de grupos de diferentes partes de la cuenca de Méxi-

co, los cuales «ofrecían» su excedente a los dioses teotihuacanos (y a los sacerdotes)" (Manzanilla, 1993b: 43). Ya que las pruebas obtenidas por el proyecto son tan objetivamente restringidas, le queda el recurso de interpretar los murales del Templo de la Agricultura, con personajes de cuyas manos caen alimentos. Otra vez será ella misma quien diga que los contextos religiosos (que son coincidentemente los más monumentales y, por tanto, objeto de interés gubernamental) no están trabajados desde esta perspectiva.

Tengo la fundada sospecha de que son tales objetos los que más innacesibles le han resultado para conseguir verificar su hipótesis teocrática, que, a fuerza de resistirla sus competidores de la arqueología monumental, la han tornado en una idea más y más fija en ella. Ya a comienzos de 1992, Manzanilla fue incapaz de eludir el poder de apropiación del entonces director de la zona arqueológica, Roberto Gallegos, quien le impidió introducir el laboratorio móvil del IIA (instalado en un tractocamión) hasta el área monumental. Por entonces, sus relaciones con el Consejo de Arqueología del INAH se hicieron más tensas, con mayores exigencias para otorgarle sus permisos de excavación. Desde luego, esto ocurrió tras bambalinas, y yo mismo me enteré de sus dificultades por medios informales entre los arqueólogos universitarios. Se entiende que su acceso, también informal, al Consejo de Arqueología, una vez defenestrado Roberto García Moll, la ubicó en una posición estratégica para llevar a la práctica la intención interior de su investigación. No contaba con que contendería con un actor equiparable en prestigio, que simultáneamente tomaba decisiones de acuerdo con sus propios y excluyentes intereses.

Una diferencia de interpretación vino a agudizar el conflicto de intereses. El 29 de julio de 1993, durante una sesión inaugural del XIII Congreso Internacional del CICAE, Manzanilla hizo referencia a una polémica (evitó, inútilmente, decir con quién) entre dos posiciones encontradas en relación al carácter del Estado teotihuacano: la tesis militarista *versus* la tesis teocrática. Para quienes observamos desde fuera este juego bipersonal de suma cero (de intereses opuestos y excluyentes), el motivo del diferendo puede ser insignificante. Quizá lo sea teóricamente, pero no personalmente. Tómese en cuenta que la interpretación correcta es el mayor valor al que aspira la arqueología. Luego, que las estrategias de maximizar el aporte se establecen entre los dos arqueólogos más notables de México. En cierta forma, lo que está en juego es quién es el número uno, el mejor, el más original, el que merece el máximo recono-

cimiento. Así se entienden mejor los riesgos que asumió Manzanilla al informar públicamente sobre su elección del "túnel" bajo la Pirámide del Sol.[281] Al hacerlo, alteró el equilibrio inicial del juego, el cual se basa en elegir sin saber la decisión del adversario.[282] En esta ocasión, Manzanilla reiteró su tesis de que el Estado teotihuacano había sido teocrático en sus orígenes, pero de paso lanzó un reto honorífico (Manzanilla, 1993: 71; cursivas del autor):

> No creo que *nadie pudiera contradecir* el hecho de que una de las figuras centrales de la sociedad teotihuacana fuese el sacerdote. Sus representaciones, particularmente en la pintura mural, son muy frecuentes. Se ha señalado que la instancia política de Teotihuacan estaba sacralizada, sin un diferenciación formal entre las esferas religiosa y política... Yo iría más allá y propondría que el sacerdocio teotihuacano estuvo encargado de la centralización de la producción excedentaria de las comunidades de la parte central de la cuenca de México, del mantenimiento de artesanos de tiempo completo y del auspicio de emisarios encargados de establecer diferentes tipos de relaciones con otras regiones mesoamericanas .

Resulta pertinente introducir una nueva digresión sobre el estado de la cuestión en el estudio pictográfico de Teotihuacan, que ha cobrado nuevo interés gracias a los avances registrados en la epigrafía maya y

[281] No debe confundir el lector el túnel y la caverna. Ambas palabras se confunden en los informes y artículos generados por Manzanilla. Aquí se refiere a una caverna redescubierta en 1971, durante la instalación del espectáculo de luz y sonido en Teotihuacan. Uno de los túneles en cambio corre por encima de la caverna, probablemente sin sospechar de la cavidad natural. Uno lo perforó Kroeber en 1925 en la base del segundo cuerpo; otro lo hizo Noguera en 1933, en la base del primer cuerpo (de hecho son cuatro los túneles practicados, pues también está el de Smith en 1962 y el de Rattray en 1968, en el quinto cuerpo). Ambos túneles buscaron localizar el centro de la pirámide (Noguera, 1935; Pérez, 1935; Baker *et al.*, 1974; Tompkins, 1987: 333). Cuando Manzanilla se refirió en su alocución a cierto "túnel bajo la Pirámide del Sol" (Manzanilla, 1993: 79), lo hizo con relación al "culto a las cuevas entre los teotihuacanos", es decir, se refiere a la caverna. No es un error de la autora, sino una referencia a medias que a nadie confundió, mucho menos a Matos. Una confirmación pública de su elección la dio a conocer Manzanilla (1994: 62), a través de un mapa cuya nota al pie cita los "dos túneles explorados" (las cuevas de Las Varillas y de la Basura), pero por un tremendo descuido el dibujo incluye la caverna bajo la pirámide, que hasta entonces no había explorado. De hecho, esa excavación es motivo de su octava temporada en 1996, sin grandes resultados (Manzanilla, López y Freter, 1996). Quisiera añadir que el estudio de Tompkins (1987) mezcla con peculiar talento la arqueología cientifista y la arqueología soñada en relación con los "misterios de las pirámides" mexicanas. El que ambas posean un límite tan tenue me hace pensar que los sueños egipcios del difusionismo mexicano no han disminuido a pesar de la autonomización de la historia cultural nacional.

[282] En realidad, Matos pudo haber sabido del nuevo Proyecto Túneles y Cuevas en Teotihuacan 1989-1995 desde que Manzanilla rindió su primer informe al Consejo de Arqueología del INAH (Manzanilla, 1991).

olmeca, pero sobre todo por las perspectivas que abre el descubrimiento de Rubén Cabrera en La Ventilla. Al respecto hay que poner de relieve también que fue un continuador de las ideas difusionistas de Kirchhoff quien postuló por primera vez que la elaborada iconografía local era susceptible de lectura a través de "grafemas" o "pictogramas", metáforas y condensaciones textuales (Barthel, 1987). Éste fue el camino elegido por Pasztory (1993) para sobrepasar la falta de registros escritos. Como a Manzanilla, a Pasztory le intriga la falta de representaciones dinásticas, ausencia que resulta más preocupante toda vez que el Estado teotihuacano fue el más longevo de los estados prehispánicos. También observa la dificultad para ubicar los palacios, mientras que los templos y edificios cívicos destacan por su articulación espacial. Pasztory no deduce de ello un régimen clerical, sino una elite despersonalizada que se legitima a través de una ideología comunitaria. Esta elite, cualquiera que sea su composición social, se representa a sí misma derramando dádivas –agua, semillas, jade–, pero también con armas y corazones empalados en cuchillos. El mundo natural resaltado en los murales sería una metáfora cívica, de probable representación divina, pero también aparentando cumplir cosmológicamente en el orden político. Nada distinto a muchos otros estados tempranos.

Otros arqueólogos han sido más resueltos en su interpretación de la supuesta ausencia de representaciones dinásticas o individualizadas al estilo maya, mixteca y azteca. Para Cowgill (1992), los aspectos sacros no deben hacernos subestimar la evidencia militar de la elite gobernante, como demuestran las tumbas y sacrificios del Templo de Quetzalcóatl (Cabrera y Cowgill, 1993, 1991). Respecto a los murales, sugiere tratarlos como glifos susceptibles de desciframiento. Decididamente escéptico hacia la imagen política de un grupo de amables y contemplativos sacerdotes ya en la Fase Tzacualli (1-150 d.C.) –que antes se aplicaba a las sociedades mayas hasta que se comprobó su beligerancia generalizada–, es decir, desde el periodo de mayor concentración urbana e ímpetu constructivo (agrandando la posibilidad de un poder militarmente compulsivo y no sólo religiosamente persuasivo), sostiene que en los murales abundan símbolos de poder y algunos personajes que podrían ser individualizados, si bien no pertenecen a las fases más antiguas. En cualquier caso, la erección de la pirámide de la Serpiente Emplumada sugeriría una lucha faccional y un cambio de liderazgo, pero sin romper del todo con el carácter corporado del poder político. Esta corporación política, para Millon (1994: 143), sería un conglomerado de "potenta-

dos religiosos, burócratas sacerdotales y líderes militares", cuya sociedad y dominio les opuso serios problemas de integración, cohesión y control social.

Por su cronología, estas interpretaciones no sobreseen la hipótesis teocrática de Manzanilla, pero ciertamente reducen su capacidad empírica, haciendo más precaria su verificación. Es factible entonces atribuir a esta condicionante social el porqué eligió tan resueltamente explorar los túneles y cuevas en lugar de llevar a cabo su esquema de estudio sistemático de la explicación redistributiva, dando el paso siguiente, el estudio del nivel comunal y, a continuación, el regional. Ésta, creo yo, hubiera sido la elección más racional, pero también la más retardada por conllevar una estrategia de investigación de largo plazo y numerosas disputas con la administración monumental. En términos de la teoría racional, la elección fue precipitada porque dio lugar a un juego bipersonal de suma cero pero sin puntos de equilibrio, es decir, permitiendo cambios unilaterales de estrategia entre los competidores, con elecciones un tanto azarosas. Lo que podría ser un honorable reto interpretativo se convierte en irregulares acciones de ofensa y defensa y viceversa. Primero,"a petición" de Matos, Manzanilla debe dirigirse a cuevas con magros resultados empíricos; cuando está por excavar la parte posterior de la Pirámide del Sol, Matos le cierra el paso con su propia excavación; y cuando Matos es centro de la tormenta por sus ambiciosas decisiones monumentales, Manzanilla se alía a los descontentos de un modo indirecto: renuncia condicionalmente al Consejo de Arqueología, es decir, espera con su acción de protesta defenestrar al oponente, pero reteniendo en secreto la decisión entre ella y la presidenta del Consejo, por lo que en realidad no renuncia ni quiere en verdad hacerlo. Todo esto recuerda aquel juego planteado por Edgar Allan Poe en *La carta robada*, en que el jugador procura optimizar sus ganancias sin razonar en absoluto. La arqueología de los más encumbrados arqueólogos de México es para entonces juguete de sus pasiones por ganar la originalidad.

En su informe anual rendido al IIA a finales de 1991, describe su nuevo Proyecto Túneles y Cuevas en Teotihuacan de este modo: "Pretende esclarecer cuáles fueron los factores para que Teotihuacan se haya construido en ese sitio, cuál fue la importancia de los túneles y cuevas para Teotihuacan, qué tipos de recursos usó la ciudad, cómo este uso afectó la ecología y qué factores ocasionaron su declinación."

Se verá que, tal como está planteado, el proyecto es más que ambicioso, ya que posee cinco finalidades simultáneas. La tesis teocrática no

aparece entre ellas, sino que se le mantiene internamente dentro de los informes técnicos, aclarándose hasta junio de 1993. Antes pondrá por delante una imponente acumulación de información de datos geofísicos, una parte de la cual fue reunida en las últimas fases del Proyecto Oztoyohualco, oportunidad en que ya había explorado varias cuevas al norte del valle e implementado tres perforaciones al este de la Pirámide de la Luna. "Nuesta hipótesis es que los teotihuacanos modificaron considerablemente los huecos naturales y crearon otros para extraer materiales constructivos, como para *reproducir la geografía del inframundo*" (Manzanilla, 1991: 171; cursivas del autor). A esta fase prospectiva inicial corresponde mucho mejor la estructura organizativa interdisciplinaria de colaboración con el Instituto de Geofísica de la UNAM, si bien hubo un momento en que contrató los servicios de la empresa Investigaciones Geofísicas de México, S.A. de C.V. El proyecto fue adquiriendo con rapidez la fisonomía de los proyectos de alta intensividad, antes exclusivos del INAH. Su perfil definitivo lo brindará el sostén económico de Conacyt, pero con una modalidad hasta entonces desconocida: se le combina con una baja verticalidad. Su equipo constará entonces de seis arqueólogas pasantes, cuatro especialistas en paleobotánica, dos en paleozoología, dos en química, uno en conservación, dos en prospección y dos en osteología.[283]

La difícil descripción de la fase prospectiva no impide que pongamos de relieve el extraordinario mérito de ser el primer proyecto del Tipo III que conocemos en la arqueología mexicana moderna, progreso que probablemente pase desapercibido para su autora. El problema de no reparar en un aporte revolucionario así se debe a que todo el esfuerzo está dominado por su deseo de penetrar a los túneles y cuevas principales. Este deseo fomenta contradicciones tan gruesas como la siguiente. Todo su "contexto geológico" y los "datos geofísicos" brindados por la aplicación de rigurosas técnicas de magnetometría, gravimetría y resistencia eléctrica parecen artificiosos cuando comunica que "resultaron *inoperantes para detectar huecos* en las condiciones electromagnéticas del subsuelo de Teotihuacan. Sólo fueron útiles para detectar cambios en los materiales del subsuelo, particularmente basalto"[284] (cursivas del autor). En el curso a esta revelación resolverá algunos de los objetivos suplementa-

[283] Linda Manzanilla, "Informe final de los trabajos de prospección del proyecto «Estudio de túneles y cuevas en Teotihuacan. Arqueología y geohidrología». 1991 y primer trimestre de 1992", Exp.14-112, f. 2, ATCNA-INAH.

[284] Linda Manzanilla, "Informe técnico del proyecto «Estudio de túneles y cuevas en Teotihuacan» temporada de excavación de 1992-1993", Exp.14-124, f.49, ATCNA-INAH.

rios a su motivación personal, tales como comprobar la hipótesis de la extracción de toba y tezontle para la construcción de la urbe o bien que éstas cuevas sean "el factor que motivó la ubicación del primer centro urbano en este sector" en vez de los manantiales de Puxtla.[285] Lo más desconcertante de toda esta fase preparatoria es que su sobrecogedor despliegue científico-técnico no sólo sea infructuoso para sus fines, sino que incluso pueda sustituirlo por algo así como unas "encuestas sobre las cuevas en Teotihuacan", en realidad meras charlas recogidas por azar en un restaurante, pero que al parecer dijeron más a las arqueólogas que todos sus costosos artificios técnicos.[286]

Apreciar su proceso discursivo de estilo duro como preámbulo a su intención oculta puede interpretarse como una justificación científica de índole irrebatible para proceder legítimamente a "excavar en la parte posterior de la Pirámide del Sol (...) en un sector que no parece tener estructuras y que no es de tránsito turístico".[287] De la Universidad de Alabama (con sostén de la National Geographic Society) consigue un radar de penetración, más adecuado a su deseos.[288] La intervención desviacionista de Matos la lleva, a su pesar, a otras cuevas arqueológicamente estériles o con evidencias de ocupación azteca posterior.[289] Durante la cuarta temporada de excavación (marzo a junio de 1994) descubrirá en la Cueva de las Varillas una cámara funeraria con doce entierros primarios, al parecer dedicados al culto a Tláloc, pero asociados a abundante material azteca. Y agrega: "Al parecer, el túnel *no sigue a la pirámide* [del Sol], aunque nos preguntamos de dónde viene el material de inundación" (cursivas del autor).[290] A Las Varillas le siguen la cueva de El Pirul (quinta temporada de abril a junio de 1995), donde descubre 12 entierros,

[285] Linda Manzanilla, "Informe final de los trabajos de prospección del proyecto «Estudio de túneles y cuevas de Teotihuacan. Arqueología y geohidrología». 1991 y primer trimestre de 1992", Exp.14-112, ff. 20 y 45, ATCNA-INAH.

[286] Exp.14-124, ff.11-21, ATCNA-INAH.

[287] Exp.14-112, f.1, ATCNA-INAH.

[288] En Manzanilla y Barba (1994: 37-38) no se deja lugar a dudas sobre el uso de este artificio, ya que se refiere a que ha sido usado para localizar cámaras ocultas en Keops y la tumba de los hijos de Ramsés II.

[289] Linda Manzanilla, "Informe técnico del proyecto «Estudio de túneles y cuevas en Teotihuacan (El cambio global en perspectiva histórica. El centro urbano pre-industrial de Teotihuacan). Segunda temporada de excavación (abril-junio de 1993)",Exp. 14-146, ff. 3,19 y 30; también "Informe técnico del proyecto «Estudio de túneles y cuevas en Teotihuacan (El cambio global en perspectiva histórica. El centro urbano pre-industrial de Teotihuacan)».Tercera temporada de excavación (octubre-noviembre 1993)", Exp. 14-157, 18 ff., ATCNA-INAH.

[290] Linda Manzanilla, "Informe técnico del proyecto «Estudio de túneles y cuevas en Teotihuacan (El cambio global en perspectiva histórica. El centro urbano pre-industrial de Teotihuacan)». Cuarta temporada de excavación (marzo a junio de 1994)", Exp.14-173, f.14, ATCNA-INAH.

sumando 30 al final, así como abundante material azteca, mazapa y coyotlateloco (770-1410 d.C.), que no hacen sino estimular su curiosidad: "Suponemos que el nivel teotihuacano que debe subyacer a lo hasta ahora excavado proporcionará sorpresas por ser esta cámara la única no perturbada hasta ahora", escribe en junio de 1995.[291]

Su informe de la sexta temporada, pero más claro en el de la séptima –los cuales abarcan sus intensas exploraciones a todo lo largo de 1995 (abril-junio y octubre-diciembre, respectivamente)–, introducen una intencionalidad más abierta en su investigación. Hay que tener presente que ya ha cambiado el presidente del Consejo y la influencia de Matos sobre la zona arqueológica se va aminorando, hasta desaparecer como competencia, al ser sustituido en su cargo por un abogado desconocido, pero de seguro útil para defender los intereses patrimoniales del Estado frente a los intereses sociales de la comunidad local. En el primer informe citado hace una síntesis de su proyecto, diciendo que es su objeto "localizar y definir túneles y cuevas de interés arqueológico por el uso ritual o económico a que fueron destinados..."[292] Aduce que los trabajos de la arqueóloga Doris Heyden, relativos a las cuevas teotihuacanas, la han persuadido de su importancia. Hace entonces un recuento de lo hasta aquí realizado por su equipo, pero inadvertidamente informa de muchas otras exploraciones que nunca había mencionado, como un estudio con detectores de radón en los túneles de Gamio-Noguera, Rattray y en las cuevas de El Pirul, Las Varillas, y la "cámara tetralobulada" de la gran caverna bajo la pirámide del Sol.[293] Asimismo, informa al Consejo de que, por medio del radar, ha detectado dos cámaras inexploradas, una en la cueva de Las Varillas, y otra, de muy grandes proporciones, localizada entre la Depresión 11 y la plataforma de la pirámide. Solicita entonces permiso para excavarla de inmediato, para lo que cuenta con un presupuesto adicional de 50,000 pesos proporcionados por la UNAM y la Foundation for the Advancement of Mesoamerican Studies.[294]

Hacia 1996 la exploración de cuatro cuevas estaba concluida, y los materiales recogidos en proceso de análisis (Manzanilla, López y Freter 1996). Sin logros sobresalientes que reportar, hablan ya de la Pirámide

[291] Linda Manzanilla, "Informe técnico del Proyecto «Estudio de túneles y cuevas en Teotihuacan (El cambio global en perspectiva histórica. El centro urbano pre-industrial de Teotihuacan)». Quinta temporada de excavación (octubre a diciembre 1994)", Exp.14-182, 24 ff., ATCNA-INAH; asimismo, "Informe técnico.... Sexta temporada de excavación (abril a junio de 1995), Exp.14-195, ff.8-9; e "Informe técnico... Séptima temporada de excavación (octubre a diciembre de 1995), Exp.14-213, f.3, ATCNA-INAH.

[292] Exp.14-195, f.7, ATCNA-INAH.

[293] Exp.14-195, f.8 y Exp. 14-213, f.32, ATCNA-INAH.

[294] Exp. 14-213, Linda Manzanilla a Norberto González Crespo, 8 de enero de 1996, ATCNA-INAH.

del Sol como un Tonacatepetl simbólico y reiteran mucho más el uso ritual que el uso material de las cavidades, al decir que:

> Hemos considerado la hipótesis de que los principales burócratas de la antigua ciudad de Teotihuacan fueron enterrados en este submundo, un Tlalocan, o submundo del estado divino. Muchas de las pulidas máscaras funerarias de piedra, en manos de colecciones privadas, pero también producto del saqueo prehispánico, pudieron haber venido de estas tumbas" (Manzanilla, López y Freter, 1996: 255).

Nótese que para entonces ninguno de sus resultados reportados coincide con la validación de esta hipótesis central, y sin embargo subyacente en buena parte del proceso de trabajo de investigación. Aparece además el ominoso fantasma del saqueo previo, que pone en peligro al descubrimiento perseguido.

A estas alturas me parece obligado decir que el descubrimiento de cámaras mortuorias bajo las pirámides moches, mixtecas, mayas y hasta teotihuacanas hace suponer razonablemente que la intención subyacente al proyecto de Manzanilla es nada menos que dar con un hallazgo espectacular, con una especie de Señor de Sipán o, si se quiere, con un Tutankhamon teotihuacano. El trabajo de Schávelzon (1983) demuestra que la analogía egipcia no está fuera de lugar. Desde el siglo XVIII todo mundo ha creído que Casa del Sol era idéntica a Keops. Las descripciones de Antonio García Cubas en 1872 y Alfredo Chavero en 1887 no dejan lugar a dudas que se refieren a la gran caverna, por lo que su descubrimiento en 1971 es inexacto. De hecho, tal parece que García Cubas hizo una búsqueda sistemática de tesoros en la caverna, basado en la analogía egipcia. Hasta ahora los resultados han sido pobres, pero existe la terrible posibilidad de que los aristócratas aztecas sí hayan tenido éxito en su saqueo (así como los aristócratas renancentistas italianos hicieron con la Roma antigua) coleccionista de las preciadas antigüedades teotihuacanas, según se aprecia en algunas ofrendas del Templo Mayor. Al respecto, Cabrera y Cowgill (1993: 24) se quedaron sorprendidos cuando su propio túnel de exploración se topó con otro de origen prehispánico –al parecer practicado por teotihuacanos para saquear dos ricas tumbas bajo la Pirámide de Quetzalcóatl. Acaso se busque descubrir lo que ya no existe. O en el lugar equivocado. A finales de 1998 finalmente se descubrió lo que Sigüenza de seguro sospechaba: Saburo Sugiyama, en colaboración de Rubén Cabrera, descubrieron una tumba real dentro

de la Pirámide de la Luna, con un esqueleto rodeado de 150 ofrendas excepcionales. Para Cowgill, "este último descubrimiento es el entierro más antiguo e intacto hallado en Teotihuacan" (Schuster, 1998).

En descargo de tan caro deseo de Manzanilla, hay que recordar que la mayor autoridad en la arqueología teotihuacana, René Millon, cree probable que un gran líder antiguo aún pueda estar enterrado en el centro de la Pirámide del Sol y que este monumento esté asociado a la cueva sacra debajo.[295] Algunas evidencias son sugerentes: Manzanilla menciona el hallazgo de una figurilla antropomorfa rodeada de cuarenta puntas de obsidiana;[296] otra exploración practicada entre 1971 y 1972 por Doris Heyden y Jorge Acosta encontró en una de las cuatro cámaras (la gran caverna concluye en forma de trébol de cuatro hojas) una estructura monolítica parecida a una tumba pero sin ningún resto, excepto una docena de discos con motivos estilo Tajín (Baker *et al.*,1974: 12 y 17). Según estos últimos autores, la caverna habría sido sellada en la fase Teotihuacan II, pero su entrada coincide con una plataforma ligada a su primer cuerpo (la misma descubierta por Matos), luego pudo influir en la planeación urbana en sus etapas más tempranas.

Para Manzanilla no ha pasado inadvertida dicha información, que aune la emergencia ancestral de la ciudad con la mitología del inframundo, todo un arquetipo mesoamericano. Las diversas representaciones del Chicomoztoc mexica (en los códices Selden, de León e *Historia Tolteca-Chichimeca*) muestran cuevas míticas de origen, una de las cuales tiene la forma de trébol (Manzanilla, 1994: 60; Limón, 1990). Pero de seguro la imagen que más la inquieta es el glifo de Teotihuacan en el Códice Xolotl, con dos pirámides sobre una cueva con un extraño personaje dentro. Es muy comprensible que suponga que esta cueva motivó la ubicación del primer centro urbano en este lugar (algo que confiaba hallar en Oztoyohualco). Indirectamente, ello demostraría su uso lo mismo económico que ritual. "El túnel la Pirámide del Sol podría ser parte de un sistema de túneles excavados por los teotihuacanos para construir la ciudad sagrada con material del inframundo... Teotihuacan sería pues, el modelo más perfecto del cosmos mesoamericano..." (Manzanilla, 1994: 65). Si sus competidores le permitieran ser absolutamente sincera, podría reponer que también sería la prueba palmaria de que Teotihuacan se desarrolla a través de un periodo ceremonial y un señorío teocrático, en caso de que la tumba estuviera asociada a un contexto religioso en vez de militar.

[295] Millon citado por Cowgill (1992:107) y Manzanilla (Exp. 14-124, f. 29).
[296] Exp. 14-124, f. 29.

¿Quién mejor que la única egiptóloga mexicana para descubrir tamaño hallazgo? No se tome a broma la cuestión. Si en otros ámbitos arqueológicos el tesoro de Troya está siendo redescubierto a través de nuevas técnicas, si el descubrimiento de la Tumba KV-5 de Ramsés ha hecho renacer la "pasión egipcia", o si se asegura haber descubierto la tumba de Alejandro Magno, no veo por qué la arqueología mexicana no deba plantearse la probable existencia de cámaras ocultas dentro de la gran pirámide. Haría falta su Howard Carter o, mejor, su Sophie Schliemann. De comprobarse un descubrimiento así, de un golpe quedaría verificada la tesis teocrática del origen del Estado teotihuacano, la rivalidad honorífica se saldaría a favor de Manzanilla y el reconocimiento sería desmesurado para su autora. Empero, el riesgo de fracaso puede ser muy alto para una intención largamente postergada, para un deseo insatisfecho profundamente arraigado y para un proyecto basado en expectativas muy ambiciosas. Nada de esto es de por sí criticable como motivación, si bien remarcaría el escaso progreso teórico que media entre la interpretación religiosa y la interpretación militar de la sociedad teotihuacana. Por ello, en lugar de ocuparnos de medir este progreso, a lo largo de este capítulo lo que hemos planteado comparativamente como una secuencia descendiente de la racionalidad perfecta a la racionalidad imperfecta y de ahí a la irracionalidad. Es dable suponer que nada de esto sucedería si la organización social de la arqueología mexicana se rigiera por valores menos contradictorios como los actuales, bajo los cuales la transacción de recursos siempre debe retribuirse con notables descubrimientos que predisponen a sus actores a actuar unos contra otros, rara vez a cooperar entre sí en aras del progreso del conocimiento común de una disciplina científica. Esta evaluación puede ser un truismo de cortos alcances, lo acepto. Pero que no esconde las huellas de "las ronchas y cardenales de sus pasiones", como dijera Saavedra Fajardo.

Suite del gran cañón de Bolaños y de la laguna de Magdalena

El así llamado Proyecto Arqueológico Cañada del Río Bolaños, que desde 1982 lleva a cabo María Teresa Cabrero (IIA-UNAM) en una región arqueológica marginal ubicada en los límites de los actuales estados de Zacatecas y Jalisco, era hasta hace poco un típico proyecto de baja intensidad (del Tipo IV), que no obstante las limitaciones de presupuesto y organización que durante años experimentó, ha demostrado poseer una insos-

pechada capacidad para arrojar marcados resultados de gran interés, relativos al problema de la resistencia al cambio observada en el pensamiento arqueológico mexicano, problema que nos ocupa centralmente en esta obra. Hago, pues, referencia a que se puede advertir en el curso de su dilatado proceso de indagación, la introducción de una serie de innovaciones conceptuales que lo distinguen dentro del ambiente teórico-interpretativo general de la historia cultural prevaleciente. A mi juicio, esta actitud abierta es producto de su origen académico, pero sobre todo al hecho mismo de tratar con un objeto de estudio situado en una región distinta (me resisto a llamarla marginal) a la mesoamericana, cuyas fronteras culturales siempre han representado un problema de ordenación para las teorías difusionistas imperantes. Consecuentemente, de ahí surge el impulso a la elección y selección de nuevos términos teóricos y nuevas interpretaciones.

Empero, si bien es cierto que la baja intensidad en que se ha desenvuelto propicia en el proyecto un poco influyente impulso por descubrir hallazgos espectaculares –a la postre elevados a monumentos *ad gloriam patria*–, cabe observar que desde 1993, cuando finalmente accedió a recursos provenientes de Conacyt, el proyecto pareció moverse obedeciendo a la búsqueda de un hallazgo (en este caso, una tumba de tiro sellada, mostrada con estridencia como un "hallazgo insólito en la arqueología mexicana"), reacción esta que facilita entender desde tan elemental contexto organizativo el comportamiento de aquellos otros arqueólogos involucrados en proyectos de alta intensidad, cuya conducta es presa del dilema de intercambiar grandes medios económicos y políticos por escasos resultados interpretativos, lo que torna al hallazgo en una obsesión y a la interpretación en un resultado menospreciable.[297] Con todo, es una peculiaridad meritoria del proyecto que a pesar de esta reiteración de la tradición, en 1994 resolvió devolver los materiales excavados a un museo comunitario de la localidad de Bolaños (donde se ubica la tumba descubierta), previa autorización del INAH, institución que a su vez no vio en ellos monumentos de interés, un desprecio bastante gene-

[297] Philip Weigand (1993: 76) advierte también una obsesión de los arqueólogos del occidente por encontrar tumbas de tiro intactas. Desde mi interpretación –que argumento casi al final del capítulo– es que se trata de una emoción experimentada con gran pasión a causa de su rareza para el conocimiento científico. Todavía Zepeda (2000: 48) llega a asentar que "podemos contar con una mano a los arqueólogos que han experimentado la sensación de entrar en una tumba de tiro, intactas o alteradas; en Nayarit únicamente Corona Núñez, Peter Furst, Gabriela Zepeda, Francisco Samaniega y Verónica Rodríguez". Imagine el lector lo que se siente, siendo arqueólogo, saber que un solo campesino de oficio saqueador haya violado 200 tumbas intactas (concediendo que su testimonio sea fiable), cuando uno no descubre una más que por obra del azar.

ralizado hacia aquellos vestigios arqueológicos provenientes del occidente de México, no siempre considerados en rigor mesoamericanos. Lo que aparece entonces en el fondo de esta discriminación es, para variar, el concepto de área cultural mesoamericana (*versus* la presunta área cultural occidental), cosa en la que la arqueología histórico-cultural mexicana no se pone de acuerdo, aunque hay visos de ello. Como veremos luego, los resultados del Proyecto Bolaños poseen la peculiaridad de poner en tensión al concepto (y los términos teóricos a él coligados) y apuntar hacia otro sistema teórico-conceptual, que de todas maneras no acaba por ser adoptado resueltamente, dado el peso que aún ejerce la tradición teórica adoptada de manera habitual desde la socialización educativa profesional de buena parte de los arqueólogos mexicanos.

A primera vista resulta un tanto paradójico que un proyecto de baja intensidad se manifieste como estudio de *área* en vez de un restringido estudio de sitio –propio en cambio de los proyectos de alta intensidad, centrados en los hallazgos monumentales de *sitios* urbanos. Incansablemente, Cabrero y uno o dos asistentes, recorrieron los 180 kilómetros que abarca todo el cañón del río Bolaños, desde Zacatecas hasta Jalisco, habiendo localizado 90 sitios a todo lo largo del cauce.[298] Éstos, una vez clasificados en tipos de asentamiento, permitieron luego una serie de excavaciones bien seleccionadas, según los fines expresos de la investigación. A este respecto, debo recordar que desde su primera experiencia profesional, Cabrero se vio muy influida por la arqueología regional practicada por Jaime Litvak en el valle de Xochicalco, por lo que para ella no fue problemático conciliar desde entonces amplios recorridos de superficie, localización de sitios, y apertura de pozos de confirmación, coincidentes todos con la falta de apoyo económico, todo ello en la región de Topilejo. Además de eso, por entonces expresó su simpatía, al menos de palabra, hacia la nueva arqueología binfordiana, declaración que iba de la mano de un explícito rechazo de la "investigación monumental" y su consecución de "hallazgos espectaculares" (Cabrero, 1980: 7-9), objetivos por demás extraños en tanto que ajenos a las condiciones sociales objetivas de su primera experiencia de campo.[299] A poco, Cabrero ingresó como investigadora al IIA, trabajando temporal-

[298] Hasta 1989, eran 68 los sitios detectados visualmente (Cabrero 1989:123), pero en 1991 ya sumaban 90 (Cabrero, 1992: 32).

[299] Aunque sus resultados aparecieron luego publicados (Cabrero, 1980), su tesis de licenciatura de 1978 lleva como título *Estudio de un área rural en la franja intermedia entre la zona chinampera y el bosque*; en ella es manifiesta otra influencia de Litvak, que le comunicó su interés por estudiar una región de contacto entre los valles de México y Morelos.

mente como asistente del Proyecto Xochipala, antes de emprender en abril de 1982 el actual proyecto, una parte sustancial del cual ha sido ya publicado como libro (Cabrero, 1989), un producto indirecto de su tesis de doctorado en arqueología.[300]

Asimismo, es necesario observar que durante las primeras fases del proyecto –que abarcan, cuando menos, hasta su cuarta temporada de campo, hacia finales de 1989 (véase cronología en el cuadro 25)–, éste se ubicaba claramente dentro de los lineamientos tradicionales de la historia cultural mesoamericana, con evidente referencia a Kirchhoff. En su segundo reporte,[301] asienta su interés en desentrañar la historia cultural regional ("completar el rompecabezas que se presenta", dirá al inicio),[302] avanzando la hipótesis de que se origina como una "Cultura del Desierto, pero [que] alcanzó una evolución civilizada",[303] estando en presencia de un patrón de asentamiento sedentario, la existencia de ciertos elementos culturales (juego de pelota y tumbas de tiro) y, sobre todo, una cerámica que a simple vista le habla de "su probable *difusión a través del contacto* de índole comercial y social, extendido posiblemente hasta el corazón de Mesoamérica" (cursivas del autor).[304] Todavía en la nota introductoria a su libro (Cabrero, 1989: 16-17), repite la metáfora de orientación tradicional de "incorporar una pieza más al *rompecabezas* que constituye la historia prehispánica de México", por medio de una "*reconstrucción histórico-cultural* (...) muy fragmentaria aún hoy en día" (cursivas del autor).

A pesar de esta declaración de principios, ya de entrada se hace manifiesta la contradicción entre las evidencias empíricas y la conceptualización inicial. Ocurre que Kirchhoff había delimitado el área mesoamericana del área aridoamericana (es decir, la civilización de base agrícola de la cultura primitiva de caza-recolección), clasificando incorrectamente grupos étnicos que en estudios arqueológicos posteriores demostraron ser sedentarios, agrícolas y productores de cerámica, *ergo* civilizados según la misma teoría, tales como los de esta región en concreto. Siguiendo

[300] Tras su informe final a Conacyt en 1994, se perfiló un segundo libro, todavía en ciernes; sin embargo, su asistente Carlos López Cruz (1994) ha empleado parte del material reunido en las últimas temporadas de campo para elaborar su propia tesis de licenciatura, bajo la dirección de Cabrero.

[301] Teresa Cabrero, "Reporte de la segunda temporada arqueológica en la Cañada del Río Bolaños en los estados de Zacatecas y Jalisco", T. *Estado de Zacatecas 1982-1986*, Exp. 25-7, f. 115, ATCNA-INAH.

[302] Teresa Cabrero,"Informe de la primera temporada de campo del Proyecto Arqueológico en la Cañada del Río Valparaíso, que luego toma el nombre de Río Bolaños",T. *Estado de Zacatecas 1982-1986*, Exp.31-7, f. 40, ATCNA-INAH.

[303] Exp. 25-7, f. 110, ATCNA-INAH.

[304] *Ibidem*, f. 104.

entonces la hipótesis auxiliar de Armillas[305] sobre las posibles oscilaciones climáticas en la frontera septentrional mesoamericana, se toma a la evidencia inicial u observacional como una "expansión norteña" de esta frontera, que pasa a convertirse en una "Mesoamérica marginal", muy ligada a la subárea cultural del occidente, de modo equivalente a como Kirchhoff reinterpretaba como influencia difusora del "complejo agrario mesoamericano" las pruebas de agricultura en el sur de Tamaulipas y La Laguna (Kirchoff, 1943: 144; Cabrero, 1989: 33-34). Con todo, esta sencilla reinterpretación no pone fin al problema de si el occidente (y el norte y noroeste) pertenecía o no a Mesoamérica (en una fecha tan tardía como 1954 Kirchhoff debió encarar problemas análogos de clasificación de rasgos culturales en el suroeste de Estados Unidos, punto en que difería del difusionismo particularista de Kroeber [Kirchhoff, 1954]).

Así, aunque Cabrero opta por ver en sus evidencias iniciales una expansión civilizadora hacia el norte, finalmente se ve obligada a encarar el proceso sociocultural regional como un sistema dentro de otro sistema, enfoque mucho más explicativo que la "presencia acumulativa de rasgos" con que arranca su investigación. Para comprender la magnitud de este cambio dentro de la tradición arqueológica mexicana vale la pena introducir una pequeña digresión sobre el estado que guarda esta discusión entre los occidentalistas y otros arqueólogos fronterizos. Veamos.

CUADRO 25

CRONOLOGÍA DEL PROYECTO BOLAÑOS, SEGÚN TEMPORADAS

Temporada	*Periodo*	*Meses*	*Año*
1a.	Febrero, marzo, abril	3	1982
2a.	Sin especificar	?	?
3a.	Febrero, marzo	2	1985
4a.	Diciembre, enero, febrero	3	1989-1990
5a.	Noviembre, diciembre, enero	3	1991-1992
6a.	Marzo, abril, mayo	3	1993
7a.	N.d.	?	?
8a.	Enero, marzo, abril	3	1995

Fuente: Informes al Consejo de Arqueología, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología del INAH (ATCNA).

[305] La hipótesis auxiliar fue propuesta por Armillas en 1964 (cfr. Nalda, 1994).

Al decir de O. Schöndube (1991: 257), la elusiva región arqueológica del occidente de México podría deber a su misma concepción residual la causa de su subestimación como objeto de estudio. Como él dice, esta área ha sido definida "con lo que quedó [luego] de hacer otro tipo de divisiones" dentro de la gran área cultural mesoamericana. En buena medida, agrega, esta subestimación coincide con el hecho de que carece de grandes sitios monumentales susceptibles de convertirse en zonas arqueológicas de interés central, razón (de Estado, que no del todo disciplinaria) por lo que se le ignora. Esta apreciación de las consecuencias regionales de la política de la administración patrimonial es completamente cierta, pero es evidente que su primer motor es teórico, y se refiere a la concepción mesoamericanista tradicional y secundariamente a la administración centralizada de sus bienes culturales. Un ejemplo adicional atribuible a la misma causa la podemos ilustrar regionalizando más puntualmente la actividad de investigación y conservación. Una crítica del descuido con que se atiende a la arqueología del norte y noroeste de México (Villapando, 1994) ha hecho notar con agudeza que mientras 297 arqueólogos del INAH se ocupan de Mesoamérica, sólo 31 lo hacen de las dos regiones citadas. Como ella misma dice: "No hay arqueología importante *fuera* de Mesoamérica" (cursivas del autor). Sin embargo, deja de lado el hecho de que al menos dos Proyectos Especiales (Paquimé y Arte Rupestre de Baja California) están localizados en esas zonas, mientras que la arqueología del occidente y del noreste están definitivamente olvidadas, de modo que cuando se habla de Mesoamérica se ha de asumir que está hablando de *Meso*-México, o sea, de las subáreas central, golfo, sur y sureste, todas ellas "típicamente" mesoamericanas, con apego a los criterios clasificatorios de elementos culturales de la teoría de respaldo.

Dos experiencias recientes confirman lo antes dicho. Hago referencia a un par de proyectos de rescate arqueológico (por ende, de baja intensidad, pero de corta duración), llevados a cabo a raíz de la construcción de la nueva carretera Guadalajara-Tepic, los que no hubieran sido posibles sin el obligado concurso de la compañía constructora que proveyó los medios necesarios para su realización (López y Ramos, 1994; Zepeda, 1994). Por conversaciones sostenidas con uno de los arqueólogos a cargo, pudimos constatar que el rescate del sitio Huitzilapa-Cerro de las Navajas (municipio de Magdalena, Jalisco) no hubiera ocurrido sin mediar las presiones e intereses personales de este arqueólogo, que las mismas autoridades del INAH desestimaron, si no es que obstaculizaron

hasta el último momento, seguramente para no disgustarse con la política de comunicaciones de la Federación, sustentada en la concesión privada de estas vías de comunicación.[306] Es significativo que otras denuncias de destrucción patrimonial en Jalisco, como las expresadas por Phil Weigand o Joseph Mountjoy (1994), no han tenido ningún efecto sobre las autoridades centrales, que olímpicamente las han ignorado. El caso del rescate de Huitzilapa indica, pues, que la coyuntura extrainstitucional requiere de la intervención decidida de los interesados para hacer de ellas exitosos proyectos arqueológicos.

Asimismo, es sintomático el hecho de que el Proyecto Atlas Arqueológico Nacional 1983-1988, implementado por Registro Arqueológico del INAH hace dos sexenios, no hubiera arrojado ningún resultado en lo que al estado de Jalisco se refiere. La negligencia, sin dejar de ser político-patrimonial, deviene en última instancia del orden conceptual que condiciona la política arqueológica y la propia actividad de los arqueólogos en la región.[307] Nótese de paso que de acuerdo con los resultados parciales obtenidos por dicho proyecto cartográfico, sabemos que no hubo para Jalisco recorridos de superficie que verificaran la presencia de 427 sitios mencionados en pasadas investigaciones (además de otros 60 con pictografías y petrograbados). Por experiencia de los arqueólogos del Centro Regional INAH, habría sólo 24 sitios plenamente reconocidos (INAH, 1989, f. 34). Esta cifra es irrisoria si se recuerda que de 1,222 referencias bibliográficas relativas a estudios hechos en Jalisco, Colima, Nayarit, Michoacán, Guerrero, Sinaloa, Guanajuato y Zacatecas, hay por lo menos 49 documentados indirectamente para Jalisco (Ladrón y Schöndube, 1990: 135-148). A su vez, únicamente el Proyecto Bolaños ha confirmado la existencia de 90 sitios en su región, desde Zacatecas hasta Jalisco.

Correcta o no la cifra de 427 sitios, es claro que la riqueza patrimonial del estado rebasa con mucho el interés de instituciones y profesiona-

[306] Este compromiso tácito fue denunciado públicamente por Jaime Litvak (*El Financiero*, 9 de septiembre de 1994), expresando su extrañeza ante la desproporción existente entre las escasas denuncias de afectación del patrimonio comparadas a la magnitud de las autopistas construidas el pasado sexenio, sobre todo en regiones donde era de preverse afectaciones obligadas. En palabras llanas, se simuló ignorar la destrucción patrimonial, complicidad que desde luego ha sido opacada por la visibilidad publicitaria de los Proyectos Especiales de Arqueología 1992-1994.

[307] Sin ser una coincidencia, es revelador que hasta ahora hayan sido los arqueólogos extranjeros (Rousseau 1991 y 1994; Mountjoy, 1994) quienes más hayan insistido en elaborar un programa de arqueología regional que involucre una infraestructura y un inventario de sitios arqueológicos completo. Coincido con Rousseau (1991: 64) en que "el Occidente de México llegará a ser una región histórica (...) cuando posea sus propias estructuras de investigación". Creo que esta afirmación es extensiva al resto de regiones ignoradas por el mesoamericanismo dominante.

les, tal como están orientados hoy en día. A mi juicio entonces, la idea residual del occidente, y de Jalisco en particular, no variará mientras el mesoamericanismo siga teniendo como conceptualmente marginal a toda la región. Quizá por ello la insistencia de algunos arqueólogos en reinterpretarla como una área cultural por sus propios méritos y para sus propios intereses. Este problema, que, insisto, es conceptual en esencia, está interpolado con el contexto en que se desarrolla la arqueología y el cómo se ha venido administrando centralizadamente el patrimonio antiguo, como si se tratase de un gigantesco monumento erigido a semejanza de su incuestionable y monolítica autoridad central.[308]

Conviniendo, pues, en que coinciden la subestimación teórica y el centralismo administrativo, en términos estrictamente conceptuales se podría inferir que se trata de una subárea cultural equivalente a las subáreas maya, oaxaqueña, central, etcétera. Sin embargo, no toda la arqueología pensada y realizada bajo la historia cultural concuerda en esta apreciación. Lister, por ejemplo, utilizando la cronología cultural de Caso, pretendió definirla como un área cultural que reunía una serie de rasgos distintivos, apelando a un procedimiento no muy distinto al usado por Kirchhoff, es decir, cartografiando la distribución de elementos culturales (Lister, 1955). Schöndube por su parte, por mucho tiempo pareció sostener la misma idea, la cual está implícita en su clasificación bibliográfica de 1,222 fichas especializadas, o al menos eso es lo que implica Ladrón de Guevara en su introducción (Ladrón y Schöndube, 1990: 11, nota 3, *infra*). No obstante, en un artículo posterior (Schöndube, 1994) ha preferido hablar del "Occidente mesoamericano" o "subárea mesoamericana", para así poder englobar una morfología cultural abigarrada, no fácilmente reductible a unos cuantos "rasgos culturales diagnósticos". Empero, su postura es una retirada a la tradición mesoamericanista clásica.[309]

[308] La arquitectura auspiciada por el Estado (*v.gr.*, la Ciudad de las Artes del arquitecto Ricardo Legorreta) también posee este sentido de grandiosidad monumental, lo que parece confirmar esta manifestación estético-simbólica poco develada en la relación entre ciencia y política. Un crítico español ha escrito el siguiente comentario: "Los hijos de aquel poder divino [ancestral], convertidos en presidentes, reproducen, cuando se ponen a tiro obras oficiales, los lenguajes solemnes del pasado. Valgan lo que valgan a costa de lo que sea"; Vicente Verdú, "El orgullo mexicano", *Babelia*, marzo de 1995: 17.

[309] En un artículo posterior (Schöndube, 1994a), que fue una ponencia para un público de occidentalistas, retornó con grandes dudas a su anterior identidad occidentalista, haciendo notar las diferencias de interpretación del occidente como área cultural, la que si bien podría servir por igual como un gran receptáculo "en el que caen nuestros estudios", de todos modos no es producto del consenso. "Aquí está, pues, el dilema. Hasta dónde es útil seguir hablando del Occidente como un área cultural con una definición hasta cierto punto fija, o tan cambiante como la quiera hacer la mentalidad de cada investigador. Hablar de región, ¿será sólo útil como punto de referencia, como gran receptáculo para incorporar conocimientos en

En general, la arqueología mexicana ha preferido concebirle más y más como una "Mesoamérica marginal" (equivalente a quienes hablan de una "Mesoamérica septentrional"), es decir, una subárea cultural producto de una "expansión norteña" migratoria, que propaga la civilización en un "movimiento de pueblos agrícolas" ligado a la variaciones climáticas, que habrían por último alterado las fronteras del área cultural nuclear, hasta alcanzar no sólo el norte de Zacatecas, sino probablemente aún más allá. Este proceso de difusión sugiere una influencia tolteca en el norte de Jalisco (al este del cañón de Bolaños), hacia la cultura chalchihuites en Zacatecas y Durango, y finalmente Chihuahua (Hers, 1993; Cabrero, 1993).

No deja de ser significativo en tal sentido cómo se va reconceptualizando el norte de México. Paquimé, por ejemplo, cesa de clasificarse como parte de Aridoamérica, al descubrírsele influencias mesoamericanas, apreciadas éstas como "*olas de influencia* que procedían de Mesoamérica" (Brown, 1994: 27; cursivas del autor),[310] al tiempo que va surgiendo con ambigüedad una "región cultural" (la "Gran Chichimeca") no homogénea y por ende no equivalente a "la misma categoría que Mesoamérica" (Braniff, 1994: 14), pero que, otra vez, como en tiempos de Kirchhoff, es disputada a la arqueología norteamericana del suroeste bajo una perspectiva mesoamericana, más bien nacionalista. Esta actitud, tradicional a la vez que retadora, haría prever que llegará el día en que las culturas agrícolas del suroeste de Estados Unidos terminarán por ser *agregadas* a la expansión concéntrica mesoamericana, si no fuera porque esta estrategia de perfeccionamiento del cinturón protector está preñada de anomalías irresueltas. (En un trabajo innovador muy contradictorio, Braniff [1994a] recomienda a los arqueólogos mexicanos estudiar con más cuidado la arqueología del suroeste, a la que insiste en llamarle Mesoamérica septentrional no obstante que ella misma desiste de la explicación difusionista en pos de la explicación wallerstiana: "Para explicar esta expansión *no sirve el modelo de área cultural* –que es el concepto que subyace al término de Mesoamérica–"; aunque previene contra las confusiones de la cronología relativa, no deja de observar la parado-

---

momentos de hacer síntesis? Lo que sí veo como necesario, pero difícil, es definir la región en diversas épocas y circunstancias, tal como trató de hacer Porter (sin demasiado éxito) para Mesoamérica" (Schöndube, 1994a: 110).

[310] Para comprender el sentido último de las palabras "olas de influencia" pido al lector dirigirse a la consulta de otros trabajos (Vázquez y Rutsch, 1997 [1999] y Vázquez, 1999), donde esas mismas palabras cobran su significado pleno dentro de las teorías difusionistas de la historia cultural alemana, en especial bajo la subtradición de los círculos culturales.

ja de que ciertos materiales septentrionales, antes tomados como prueba de influencia civilizada, son aquí más antiguos que en el supuesto núcleo difusor mesoamericano –difusor simplemente porque para el difusionismo lo más civilizado se propaga sobre lo más primitivo–, lo que cuestiona de raíz toda la explicación tradicional.)

En cierto modo, y para ciertos horizontes cronológico-culturales, lo que se está diciendo es que habría otras subáreas mesoamericanas acotadas por las evidencias de la difusión cultural. Este razonamiento tradicional, sin dejar de estar fundado en registros empíricos, está en el fondo de estos y otros planteamientos. Se entiende entonces que se diga que una arqueología regional del occidente, norte y noroeste se fundaría en la idea de "incorporar una pieza más al rompecabezas que constituye la historia prehispánica de México", y cuyo fin último es su "reconstrucción histórico-cultural" (Cabrero, 1989: 16-17). Esta postura sólo diferiría de Kirchhoff en materia de delimitación de fronteras y profundidad histórica, pero conservaría su planteamiento de un área cultural civilizada basada en un modo de subsistencia agrícola común. Teóricamente, estas subáreas demostrarían su *realismo interno* (es decir, con hechos que corresponden a sus proposiciones teóricas) a través de su ocupación por culturas sedentarias, cerámicas y activamente relacionadas con otros focos culturales civilizadores, como Teotihuacan primero y Tula después.

Este fenómeno de persistencia y renovación de la tradición –que lakatianamente apunta a una conservación del núcleo duro histórico cultural mediante cambios periféricos– posee, no obstante, implicaciones más vastas de las que hasta aquí he planteado. Como establece Cabrero a un nivel conceptual muy perspicaz: "Del concepto de área cultural se desprende el de fronteras culturales; no puede desvincularse un concepto de otro" (1989: 39). La pregunta que asalta a partir de este *compromiso ontológico*[311] es hasta dónde un sistema de conceptos teóricos interdefinidos puede ser compatible con conceptos pertenecientes a otro sistema teórico (el modelo teórico del sistema mundial wallerstiano, que luego citaremos), que igualmente los interdefine. Tal como hemos visto cuando nos ocupamos del concepto Mesoamérica en el primer capítulo, el problema de la elección teórica deviene en un problema de comunicabilidad –más exactamente de inconmesurabilidad linguística (Kuhn,

[311] El compromiso ontológico puede definirse así: "Una teoría está comprometida ontológicamente con aquellas entidades y solamente con aquellas entidades que la teoría dice o implica que existen" (Searle, 1994: 114).

1989)–, que permanece a pesar del deseo de incrementar la capacidad explicativa por medio de la conjugación de conceptos extraños entre sí, que efectivamente se agregan aparentando cambiar. En términos más amplios, y basados en un criterio universal de teoricidad, la elección teórica usualmente implicaría el rechazo de teorías alternativas, decisión que conlleva una pérdida explicativa (Pérez, 1993). Sin embargo, es práctica común en los arqueólogos (práctica que Litvak eleva a explicación del cambio teórico en general) coligar conceptos ajenos para evitar dicha pérdida y aun sobrepasarla, dejando sin resolver los compromisos ontológicos y metodológicos correspondientes a cada sistema teórico, en especial la referencia real implicada en la terminología conceptual agregada. El proyecto que ahora nos ocupa muestra cómo esta contradicción es manejada sintéticamente, a pesar de su discordancia analítica.[312] En consecuencia, resultará por demás enriquecedor subrayar a continuación la gradación de este proceso cognoscitivo.

Viene esto a cuenta porque los resultados arrojados por el Proyecto Bolaños demuestran un claro intento por conciliar la visión del mundo prehispánico ofrecida por la historia cultural (visión normal en el conocimiento práctico de la tradición arqueológica mexicana) con la teoría de los sistemas mundiales inspirada en la obra de I. Wallerstein, si bien es preciso anotar desde aquí que tal conjugación se da a dos niveles distintos. Precisemos al respecto que Carnap y luego Hempel introdujeron una concepción de dos pisos, esto es, el piso teórico y el piso observacional, articulados a través de las reglas de correspondencia y los postulados de significación, o sea teórico-observacionales (Moulines, 1982: 57-58; 1993: 158). La arquitectónica de la ciencia (también conocida como "concepción estructuralista" en filosofía de la ciencia) ha ido más allá al tomar a las teorías científicas como un conjunto de modelos de estructura idéntica, y donde cada teoría dispondría de un conjunto de modelos potenciales ("marco conceptual") y un conjunto de modelos actuales ("de contenido empírico"). Surgen de ello dos clases de conceptos: los específicos de la teoría en cuestión (sin sentido fuera de ella) y los que presuponen teorías previas, que son como una base confirmatoria de la teoría. Dada la fuerte dosis de lógica simbólica que este análisis exige, su popularización ha estado restringida a las teorías físicas.

[312] En filosofía, "Una proposición analítica es verdadera en virtud del significado de las palabras que la forman, mientras que la veracidad de una proposición sintética se da en virtud del modo como son las cosas" (Allen, 1993: 105).

En nuestro caso ocurre que mientras la primera teoría se corresponde plenamente con sus procedimientos técnicos (sobre todo los de clasificación y comparación de materiales y la cronología cultural inducida subsecuentemente), la segunda aparece asociada a la interpretación del cambio cultural, pero derivada del primer nivel de estructuración de las mismas evidencias, mas hasta cierto punto forzada por ciertos datos de intercambio obtenidos bajo la primera teoría y sus observaciones. En ese sentido, Cabrero no se restringe a una verificación estática de influencias difusoras a un nivel local de análisis, sino que al ir traspasando los niveles regionales y suprarregionales, sobrepasa también los tradicionales "corredores culturales" de la difusión, para insertar sus evidencias en un sistema regional primero y luego en los sistemas teotihuacano y tolteca de intercambio comercial. Vale la pena adelantar que mientras la primera teoría es notoriamente rica en contenido empírico, la segunda es pobre en evidencias. No obstante, gracias a esta (s)elección combinatoria o sintética, la región, sin dejar de ser parte de la "Mesoamérica marginal", pasa a articularse como región periférica a la interacción provocada por centros nodales distantes.[313]

Como ya he establecido, en sus inicios el proyecto estaba del todo imbuido en la tradición teórica de la historia cultural. La metáfora ontológica del juego de rompecabezas era consistente con la teoría al uso, uno de cuyos procedimientos técnicos característicos se apoya en una visión fragmentaria de la realidad (elementarismo y objetivismo) para su ulterior ordenamiento por clasificación de secuencias tipológicas, especialmente cerámicas, que, como ha dicho la misma Cabrero en términos observacionales, "es el material arqueológico más numeroso, más común y el que se obtiene con más facilidad" (Cabrero, 1980: 10). Para darnos una idea de la magnitud de estos objetos, cabe señalar que hasta 1989 se habían reunido 11,807 tiestos (clasificados en 17 tipos), pero que para 1993 alcanzaban la cifra de los 30,000, a la fecha en proceso de clasificación con la asistencia de tres pasantes de la ENAH.[314] Habría que añadir, para remarcar cómo a veces las metáforas determinan actitudes y actos, que esta metáfora es sumamente popular entre muchos grupos

[313] Para una discusión de la teoría de los sistemas mundiales aplicada a Teotihuacan, la frontera sureste de Mesoamérica, el Oriente Medio y respecto a la teoría general de sistemas dentro de la teoría neoevolutiva en arqueología y aun como dirección filosófica, remito a Price (1986), Kohl (1989), Trigger (1992: 283-292) y Rapoport (1979: 704-710), respectivamente.

[314] Cabrero (1989: 205-232); también "Análisis preliminar del material cerámico de la cuarta temporada de campo del Proyecto Arqueológico Cañada del Río Bolaños, Jalisco", T. *Estado de Jalisco 1965-1990*, Exp. 13-4, 17 ff.; "Informe de la VI temporada de campo del Proyecto Arqueológico Cañada del Río Bolaños, Jalisco", T. *Estado de Jalisco*, Exp.13-19, f. 30, ATCNA-INAH.

científicos, excepto que en la arqueología mexicana adquiere una significación avasalladora. Me explico. En la ceramoteca del INAH se ha reunido alrededor de ocho toneladas de tiestos, que por ley deben ser centralizados en sus bodegas (Fournier, 1992). Este proceder no es extraño. Aparte de los problemas de centralización patrimonial implicados, de la apropiación para aprehensión y de la tipologización por inserción, ya examinados en el capítulo anterior, responde al compromiso metodológico de la teoría al uso (sus enunciados que articulan teoría y observación por las reglas técnicas de asociación de elementos u objetos), para la cual la cerámica provee no sólo de datación relativa (e histórica cuando se correlaciona a fuentes históricas), sino, lo que es en verdad clave, la filiación étnico-cultural de sus productores y aun su interacción con otras culturas o grupos.[315]

En suma, el "rompecabezas arqueológico" posee un referente muy próximo a la realidad inmediata observada por el arqueólogo mesoamericanista, cuya perspectiva inductiva (y que supone que la "presencia acumulativa de rasgos" conducirá a la defragmentación de la historia cultural) mantiene una tensión irresuelta por superar su "fase descriptiva", en pos de una "fase interpretativa", tensión permanente, pues la interpretación "de ninguna manera significa que haya terminado la época de la simple recolección de datos, ya que faltan infinitos [datos] para poder completar el rompecabezas" (Bernal, 1984: 59). Se sigue que la metáfora implica un juego infinito: si faltan piezas, la reconstrucción no tiene sentido. Por ende, la interpretación es residual, si no subestimable. Antes, se precisa reunir *todas* las piezas.[316] Así las cosas, el concepto metafórico no sólo dicta una orientación, sino que es ontológico por cuanto se refiere a objetos físicos, los que condenadamente crecen en vez

[315] La asociación de tipologías cerámicas y grupos étnicos es característica de las teorías difusionistas; surge desde que Childe y Kossina igualaron el concepto cultura arqueológica a entidades teóricas grupales. Contra este "modelo teórico determinista de la etnicidad" se ha dicho que no se puede suponer que las condiciones étnicas del presente son similares a las del pasado. Y que los estilos cerámicos no son los indicadores más adecuados para captarlas (López y Viart, 1993). De hecho, los términos observacionales usados por antropólogos sociales y etnólogos para definir la adscripción étnica de grupos actuales –supuestamente evidentes a los sentidos– son fuente de aguda controversia y disenso, lo que incrementa la duda sobre una etnicidad antigua basada exclusivamente en datos cerámicos (cfr. Bentley, 1981 y Vázquez, 1992, especialmente su capítulo dos).

[316] Bahn, en un texto satírico que ha disgustado profundamente a los arqueólogos mexicanos al punto de sobreescribirlo para alterar su sentido humorístico, ha sugerido que acaso la tarea paradójica de la arqueología es que deba dedicarse a solucionar problemas sin solución posible. El punto crítico es que su realidad como rompecabezas puede ser una perversión pues el rompecabezas siempre estará incompleto, no se sabe cuántas piezas faltan y se desconoce a ciencia cierta cuál es la figura que se está reconstruyendo (Bahn, 1995: 6). En vista de esta incertidumbre, le parece mejor tomar a la arqueología como diversión que como ciencia dura y, sobre todo, severa.

de disminuir. Bajo esta concepción más profunda de la realidad, nuestros arqueólogos nunca suscribirán las palabras de Hodder cuando establece: "Lo que medimos y cómo lo medimos son teóricos (...) La arqueología, quizás más que ninguna ciencia, está forzada a usar la teoría para construir informes sobre la base de evidencias fragmentarias y altamente parciales" (Hodder, 1995: 5). Un ejemplo consevacionista al calce: 40 años después de la famosa excavación de Palenque de Alberto Ruz en el Templo de los Murciélagos, los arqueólogos del Proyecto Especial Palenque encontraron un fragmento de cerámica que faltaba a una vasija parcialmente reconstruida por Ruz. Esta "anécdota" –que sabemos que para los arqueólogos es un recurso educativo informal ampliamente aleccionador (Litvak, 1996)–, contada incluso con el orgullo de una gran proeza por sus descubridores, revela claramente lo que implica esta metáfora dentro de su ambiente teórico-social.[317]

Bajo estos supuestos y principios, Cabrero inició su acercamiento a la "cultura arqueológica del Río Bolaños". Los recorridos de superficie, la prospección arqueológica y la excavación de pozos estratigráficos, calas y trincheras (practicadas en sitios seleccionados con apego a una tipologización de asentamientos) inducen a un cúmulo de datos que demandan una explicación cada vez más sofisticada. Por un lado, las evidencias cerámicas y arquitectónicas indican difusión cultural, pero asimismo una complejidad sociocultural que implica un proceso social más vasto: el comercio a distancia.[318] Ello implica cierta dinámica e incluso una evolución basada tanto en la adaptación ecológica como en el intercambio, los componentes clave del concepto "sistema cultural del Río Bolaños". En ese orden de ideas, su texto de 1989 refleja el proceso indagativo seguido hasta aquí. Éste se inicia con la localización y tipología de sitios; le sigue la clasificación y tipología de materiales cerámicos, líticos y otros; pasa al análisis del patrón de asentamiento y de ahí a las correlaciones cerámicas y temporales, que dan lugar a una cronología relativa. Esta última secuencia tiene un carácter tentativo prometedor: no es la conclusión del proceso de estudio –culminación usual de la arqueolo-

[317] Véanse sus declaraciones a la prensa nacional; *La Jornada* 5 de junio de 1994: 25.

[318] Cfr."Informe de la primera temporada de campo del Proyecto Arqueológico en la Cañada del Río Valparaíso, que luego toma el nombre de Río Bolaños",T. *Estado de Zacatecas 1982-1986*, Exp.31-7; Exp. 25-7; "Tercera temporada de campo en la Cañada del Río Bolaños, en los estados de Zacatecas y Jalisco", T. *Estado de Zacatecas 1982-1986*, Exp.31-8; "Informe de la cuarta temporada de campo del Proyecto Arqueológico en la Caña del Río Bolaños (Jalisco y Zacatecas)",T. *Estado de Zacatecas 1989-1990*, Exp. 31-22; "5o informe Proyecto Arqueológico Cañada del Río Bolaños, Jalisco" T. *Estado de Jalisco*, Exp. 13-13, ATCNA-INAH.

gía histórico cultural más rutinaria–, sino una etapa que debe confirmarse con dataciones absolutas.[319]

A continuación observamos que la necesidad de introducir cambios conceptuales está propiciada por dos evidencias cruciales, digamos, una negativa y otra positiva. La negativa se refiere a que el recurso metodológico de las fuentes etnohistóricas le está prácticamente negado, pues para el siglo XVI la región es descrita como casi despoblada y los grupos más próximos (zacatecos y tepecanos) no comparten las evidencias arqueológicas obtenidas. La positiva se refiere al hallazgo de una industria de concha y cuentas –poco más de 200 ejemplares–, de procedencia no local, sino de origen costero. El estudio ambiental indica asimismo –confirmado indirectamente por las correlaciones cerámicas con la cultura Chalchihuites al norte y la cultura Teuchtitlán-Ahualulco al sur– una especialización en la industria lítica, ligada, muy probablemente, a la extracción de minerales, el cual constituye todo un complejo minero verificado por los trabajos de Weigand (1993: 211-226 y 245-311) tanto en Jalisco como en Zacatecas.

Es muy interesante entonces contrastar que mientras la interpretación de las evidencias del Proyecto Templo Mayor está hecha a la luz concentrada de las fuentes históricas –haciendo más sólido su núcleo histórico cultural–, aquí la arqueología no tiene más asideros que la que ella misma construya. Por lo mismo, creo, su secuencia cronológica cultural (resultado de la correlación estratigráfica-tipológica-cerámica-arquitectónica con sitios y regiones cercanos) es vista como tentativa y nunca como conclusión definitiva del estudio. Sin embargo, la evidencia positiva es pobre. Como ella establece:

> La única evidencia que se tiene hasta el momento de un intercambio con grupos vecinos, es la presencia de objetos de concha marina, depositados como parte de una ofrenda en un entierro excavado en Mezquitic; este hecho sugiere también la participación activa de la región de la cañada con el resto del occidente (Cabrero, 1989: 295).

Más adelante agrega:

> En la región de Bolaños no se han descubierto hasta el momento minas prehispánicas, a excepción de un yacimiento superficial de ágata ubicado en las inmediaciones del valle de Mezquitic... Esto no

[319] En nuestros encuentros de investigación pude observar la relevancia concedida por Cabrero y su asistente a los fechamientos radiocarbónicos, posibles de emprender con los recursos de Conacyt. Por

> significa que no se explotaran los recursos mineros, sino que *simplemente no se ha realizado una investigación enfocada específicamente a la búsqueda de minas prehispánicas* (Cabrero, 1989: 311; cursivas del autor).[320]

"Pero, ¿hubo minas?", se pregunta hacia 1993.[321] López Cruz (1994: 10) admite que el asunto ha sido poco estudiado, a pesar de su importancia para la explicación sistémica. Mientras Langenscheidt, Franco y Weitlaner han comprobado la existencia de más de 2,000 minas prehispánicas en Querétaro y Weigand alrededor de 750 en Zacatecas (López, 1994: 9-25), en la región de Bolaños la pregunta sigue sin respuesta por parte del proyecto, aunque le parece dable suponer que esta actividad tecnoeconómica debió ser "la base del intercambio de productos dentro del sistema de intercambio establecido y que unía estas regiones de cultura" (López, 1994: 25). Adicionalmente, el trabajo de Charles Kelley en Altavista indica un intercambio de turquesa y cerámica dirigido hacia el norte (suroeste de Estados Unidos), seguramente integrado al sistema económico mundial teotihuacano, y que cesa con la debacle del centro nuclear (López, 1994: 39-43). Sea que se apele al sistema mundial del horizonte clásico mesoamericano o incluso a un más limitado "modelo de simbiosis económica" de alcance interregional (sugerido por López, 1994: 55-64), y aun suponiendo que se dé solución al problema de los indicadores que asocien teoría y observación, es evidente "que hace falta realizar excavaciones *bajo estas conceptualizaciones*" (López, 1994: 57; cursivas del autor).

Ahora bien, aunque Price (1986: 177, 182-183 y 188) ha advertido, desde la teoría materialista cultural (bajo su versión próxima a la teoría del poder social), que la operacionalización basada en la distribución de los estilos cerámicos y mercancías suntuarias es insuficiente para explicar los mecanismos políticos y económicos implicados en un sistema mundial –no, en tanto que la indagación evite ser teóricamente dirigida a obtener los datos precisos (Price, 1986: 170 y 188)–, no puede pasarse

---

desgracia, no pude acceder al informe final donde aparecen estos resultados que confirman o falsean su cronología cultural previa (Cabrero, 1989: 283-302).

[320] En su informe de la cuarta temporada menciona muy de paso que en la actualidad existen explotaciones mineras en las inmediaciones de San Martín Bolaños (un mineral de origen colonial, por lo demás), pero la analogía no es explorada a fondo. La lítica y otras evidencias (el relleno de un juego de pelota en el Piñón, pero también en La Florida y El Banco) hacen de esta presunción una hipótesis muy viable; véanse Exp. 31-22, f. 3 y Exp. 13-19, ff. 25-26, ATCNA-INAH.

[321] Exp.13-19, f. 25.

por alto el esfuerzo interpretativo iniciado por este elemental equipo cooperativo de investigación, que a todas luces intenta, con elecciones intuitivas, rebasar la teoría tradicional, seleccionando aquellos términos de la teoría alterna que mejor se avienen a las evidencias (¿anómalas desde aquí?) de "influencia" y "comercio", para usar los términos cuestionados por Price a la historia cultural. Sobre todo, es pertinente destacar que Cabrero (1989: 303-326) no se aprisiona en la mera secuencia cronológica, sino que ya entonces avanza hacia la postergada "fase interpretativa", así sea andando a caballo entre teorías diversas.

Descontando, como ella apunta, que el conocimiento arqueológico es por naturaleza limitado a ciertas partes (fragmentarias) de la realidad pretérita (Cabrero, 1989: 26), su proceso de indagación tiende a sustentarse en la normalidad habitual de los procedimientos de observación y clasificación, bien probados heurísticamente por la tradición teórica. La riqueza de contenido empírico que ofrecen 11,807 tiestos cerámicos y 68 sitios estructurales no sólo resultan abrumadores frente a la pobreza empírica del intercambio, sino que son también el resultado de aquellas entidades y fenómenos postulados como existentes por la historia cultural. Es curioso que a este nivel observacional, más bien local y regional, lo que para efectos del intercambio puede ser un subsistema, aquí se conceptúa como una cultura singular y ésta a su vez como una "presencia acumulativa de rasgos". Hasta el intercambio pasa a ser también un estático contacto cultural. Las analogías cerámicas, del patrón de asentamiento circular y la costumbre de las tumbas de tiro son indicadores (elementos) pertinentes desde el punto de vista de la difusión cultural, propagada desde culturas del Noroeste y el Occidente. Los objetivos de los sitios excavados son muy claros ontológicamente: reconocer la forma y tipo de las estructuras y obtener la estratigrafía necesaria para elaborar la secuencia cronológica en dos periodos de ocupación.

A continuación, la convergencia de rasgos culturales con las culturas arqueológicas de Chalchihuites y Teuchitlán-Ahualulco es inferida con un razonamiento deductivo difusor poco explícito: su mayor complejidad arquitectónica y cultural los hace ser focos irradiadores de cultura hacia la "cultura Bolaños". De la misma manera, la tradicional equivalencia que se hace entre cultura arqueológica y grupo étnico permite suponer que esta cultura es, para la primera fase de ocupación, un movimiento de población proveniente del lago Magdalena para ponerse en contacto con la cultura Chalchihuites, la que a su vez se movería al sur por medio de un grupo de especialistas migrantes que desarrollarían la

minería en Bolaños, y cuya presencia es inferida por la evidencia de ciertos tipos cerámicos norteños. Sin embargo, es la misma presencia acumulativa de rasgos la que induce por fuerza a tomar como equivalentes focos difusores con centros económicos y los contactos culturales con relaciones de interdependencia. Deriva de ello el intento por conjugar creativamente culturas y sistemas, historia cultural y sistemas mundiales.

Repito, entonces, el cambio teórico que se aprecia en esta conjugación deriva de las mismas evidencias obtenidas bajo la primera teoría, implícita en sus procedimientos técnicos y experiencia. Este proceso se inicia desde el momento en que Kirchhoff trazó un límite cultural que no se corresponde con las pruebas de un avance civilizatorio hacia el noroeste de Mesoamérica. Los hechos obtenidos por el proyecto, por otra parte, indican un proceso que, si bien es captado con dificultad bajo la misma teoría, demuestra cambios sociales más complejos que la mera difusión de rasgos. Esta anomalía determina buscar las posibles causas del surgimiento, desarrollo y desaparición de una cultura, que ya no puede seguir siendo discreta y un objeto en sí misma. Según su interpretación sistémica, suplementaria y superpuesta, el subsistema regional pasa por dos fases de ocupación, que debieron corresponder a dos procesos de intercambio, uno expansivo y otro contractivo. El primero tendría que ver con un sistema de intercambio centralizado por Teotihuacan, donde la Cañada de Bolaños haría las veces de intermediario en la red comercial dirigida hacia el suroeste de Estados Unidos. Al desplomarse este sistema y reimplantarse otro centralizado por Tula, pero con otra red de comunicación, la cultura-sistema Bolaños se vendría abajo, motivando los cambios de la segunda ocupación y, por último, su despoblación definitiva. Aunque pobre en evidencias, la segunda teoría vendría a explicar el cambio cultural evidenciado bajo la primera teoría. Nótese, insisto, que la selección y translación de conceptos es hecha en función de los hechos organizados en la primera teoría. Por ello que la autora diga que "al aplicar este modelo [de Wallerstein] deben seguirse *sólo sus dimensiones generales*" (Cabrero, 1989: 59; cursivas del autor). Es decir, no se asume por completo su propia capacidad para organizar y construir los hechos de manera distinta. Simplemente se pretende ampliar la explicación de los hechos ordenados bajo la conceptualización anterior.

Concluiré este argumento haciendo hincapié en sus trabajos más recientes (Cabrero, 1993, 1993a, 1994 y 1999), la ambigüedad teórica no es superada, pero es más decidida su apelación al modelo teórico del sistema mundial, sin llegar nunca a ser por entero predominante. Esta agudización teórica interna está condicionada por las últimas fases de la

investigación, que han tornado más complejas las evidencias acumuladas, haciéndolas de plano anómalas para la teoría tradicional. Como cité al inicio, en 1993 el proyecto estuvo en condiciones financieras para practicar la primera excavación extensiva (intensiva en nuestra tipología organizativa) del sitio El Piñón, ubicado en la parte media del cañón, muy cerca del pueblo San Martín Bolaños.[322] Fue aquí donde se descubrió la tumba de tiro sellada, durante la quinta temporada de campo de finales de 1991 y principios de 1992.[323] Aunque luego volveré a la elaboración social de este hallazgo, de momento referiré que la exploración extensiva arrojó resultados inesperados, lo mismo sobre la complejidad social, que sobre la difusión cultural. Por ejemplo, se detectó una estructura similar a una kiva,[324] hasta ahora registrada dentro de la tradición anasazi, extendida tan al norte como Utah y Colorado; ya en la tumba, además de los tres entierros primarios (en total se reconoció a 11 cráneos de adultos), había 10 ollas enormes que contenían restos cremados, costumbre asociada a la cultura hohokam en la Arizona prehistórica, que, por lo demás, junto con los anasazi y mogollón, comparten "rasgos mesoamericanos" elocuentes, que por algún tiempo fueron vistos como pruebas de una migración desde el sur (Fagan, 1991: 207-212).[325] No obstante, la cremación es una costumbre funeraria que se extiende hasta la región tarasca de Michoacán, donde aparece claramente asociada a la aristocracia gobernante. Cabrero, en cambio, la interpreta como un "rasgo original y desconocido", e incluso cree que son restos de guerreros y sirvientes del personaje principal (Cabrero, 1999: 109-112).

No fueron las únicas piezas halladas en contexto. Una pipa tubular y los motivos de las vasijas hacen pensar ya no en Chalchihuites sino en el noroeste, incluido un caracol de posible origen californiano. Para complicar todo, los materiales incluyen un objeto extraño, de función desconocida (posiblemente usado para hilar algodón), pero de aire mayance. Con todo, lo más interesante no son tanto los hallazgos aislados como el que las seriaciones cerámicas y el patrón de asentamiento comienzan a dejar de coincidir con su distribución lógica, creando tensión

[322] Si bien las unidades organizativas internas del proyecto permanecen siendo elementales (un director, un asistente), el cambio en la cantidad de fuerza de trabajo empleada es crítico: en las primeras temporadas se emplearon ocho peones, pero al final se elevaron hasta 20 y 25 (desde luego, nada comparable a los proyectos intensivos del INAH); cfr. Exp.13-19, ATCNA-INAH.

[323] Exp. 13-13,24 ff.; María Teresa Cabrero "Proyecto arqueológico en la Cañada del Río Bolaños, Jalisco. Informe de la VIII temporada de campo. 1995", T. Jalisco, Exp.13-35, 27 ff., ATCNA-INAH; Cabrero y López (1993).

[324] Exp. 13-19, f. 28, ATCNA-INAH.

[325] Asimismo, en las ofrendas asociadas se localizaron brazaletes y caracoles de concha, restos textiles, una hacha zoomorfa, un objeto de función desconocida, una máscara de concha, etcétera.

con la noción (débil) de difusión en regiones contiguas. Percibe así una mayor influencia de Chalchihuites en lítica, alfarería y tipo de asentamiento hacia la parte central del cañón –que atribuye a una migración de norte a sur–, pero, simultáneamente, la cerámica decorada parece haber sido menos usada en la parte norte a comparación de la central, donde aumenta como masa, al tiempo que es constante la distribución de una cerámica monocroma de posible manufactura local (Cabrero, 1993a: 7 y 11). Luego, el patrón arquitectónico circular, típico de la tradición Teuchtitlán-Ahualulco, y de la que se supone la cultura Bolaños es una expansión migratoria de sur a norte, se localiza mejor en el extremo norte del cañón, junto con tumbas de tiro muy elaboradas (López, 1994: 80). Para terminar, Cabrero (1994: 230-231), descubre que uno de los tipos cerámicos locales, asociado a las tumbas de tiro, exhibe una decoración muy semejante a las cerámicas halladas tan al sur como Ecuador, pero también en Guatemala, lo que revive la idea de Clement Meighan de un claro nexo sudamericano, ya sospechado por la costumbre de las tumbas de tiro en el área andina central.

A esta altura del proceso indagativo del proyecto, resulta harto difícil asirse de la historia cultural, pero todavía se agrega una hipótesis auxiliar: la cultura Bolaños se transforma en una cultura híbrida, influencia de otras, empero dueña de sus propios rasgos.

> Sin embargo, *se persiste en creer* que la razón fundamental del desarrollo de la cultura Bolaños se encuentra en la red de intercambio establecido con Chalchihuites. De este proceso eminentemente económico se derivaron los rasgos que la caracterizan hasta imprimirle un carácter híbrido, producto de la comunicación de diversas regiones aledañas (Cabrero, 1993a: 15; cursivas del autor).
>
> Este cambio conceptual es a todas luces insuficiente para explicar los hallazgos obtenidos, por lo que la única respuesta razonable sigue siendo la propuesta de vastas redes comerciales funcionando como un sistema hasta ahora desconocido. Lo más interesante es que la autora empiece a decir que el Occidente, Norte y Mesoamérica toda son "regiones culturales" que "pudieron mantener contactos comerciales sin influencias mutuas" (Cabrero, 1994: 232), lo que, de llevarse a sus últimas consecuencias, rompería definitivamente con la noción estática difusionista de propagación desde el núcleo civilizatorio central. Nótese que retoma un concepto ya avanzado por Armillas, pero todavía inscrito en la teoría histórico-cultural, modificándola poco.

Examinemos esto con mayor discernimiento a continuación. Sostiene Moulines (1993: 148-149) que el problema de los términos teóricos trasciende su horizonte estrictamente linguístico para imbricarse al problema metateórico crucial de la naturaleza de las teorías científicas. Desde su óptica estructural, le parecen de mayor interés las cuestiones de orden semántico-filosófico, epistemológico, ontológico, metodológico y metateórico. Empero, no es mera "curiosidad filológica" el que diga asimismo que: "El sentido de tales términos no puede ser apresado plenamente si no se tiene un conocimiento mínimo de la disciplina en que aparecen"; más aún, "su uso sólo puede ser sancionado por una teoría científica, y que sólo quien conozca esa teoría, podrá hacer uso genuino de ellos" (Moulines, 1993: 147-149). Así, si bien la concepción estructuralista rechaza la idea relativista de la inconmensurabilidad teórica, tal como Kuhn (1980) una vez sugirió en su versión fuerte (que en síntesis aducía la imposibilidad de añadir términos de una teoría sobre la base de los términos de otra, siendo diferentes los métodos, problemas y normas de resolución de cada una), pienso que no es desdeñable el problema de comunicabilidad cuando dos teorías han sido formuladas con lenguajes mutuamente intraducibles literalmente. Como luego replantaría Kuhn, "la falta de una medida común no significa que la comparación sea imposible" (Kuhn, 1989: 99), sólo que las teorías puedan traducirse sin pérdida. Desde el punto de vista histórico y linguístico, la elección de teorías alternas conllevaría elementos de interpretación hermenéutica y sobre todo de aprendizaje global de las teorías como un segundo idioma. El problema linguístico entonces no niega los problemas epistemológicos, ontológicos, metodológicos, etcétera, simplemente se les antepone como precondición.[326]

En el caso examinado, hemos mostrado que la elección y aparente asimilación transteórica es selectiva: se elige solamente aquellos conceptos pertinentes, so riesgo de que la translación pueda resultar contradictoria, ontológica, metodológica y aun semánticamente. No es casual entonces que ello ocurra más a nivel interpretativo de la evidencia que a nivel observacional y clasificador de la misma. En consecuencia, el ordenamiento conceptual dentro de la historia cultural aparece con un mayor contenido empírico que aquel que organiza conceptualmente la expe-

[326] Resiento aquí la infuencia de Putnam (1990: 175) y su "realismo pragmático", cuando establece que: "Hablar de «hechos» sin antes especificar qué lenguaje se usará, es hablar de nada. El mundo mismo fija el uso de la palabra «hecho» no menos que el de la palabra «existir» o la palabra «objeto»." Para él, lo epistemológico, ontológico y lo linguístico están mutuamente interconectados.

riencia bajo los sistemas de intercambio regional y suprarregional. Podemos preguntarnos entonces con toda legitimidad si las cosas podrían ser distintas si la (s)elección fuera tan rotunda que se tomara a la segunda teoría como una segunda lengua, no para traducirlas lo mejor posible, sino para entender la realidad implicada en sus conceptos y términos. Lo que se hace de modo habitual –y es en lo que se sustenta la tesis del "cambio teórico agregativo" sugerida por Litvak (1986: 121-122 y 156) y secundada implícitamente por Gándara (1991)– es, en efecto, trasladarlos a la "lengua materna", con la mejor intención de incrementar su léxico explicativo. Las dificultades apreciadas en este acto (y que remiten al problema esencial de la resistencia al cambio teórico general de la tradición estudiada) indican que la traducción hecha es un mecanismo ineficiente en este contexto.

No deja de ser relevante, sin embargo, el procedimiento utilizado de modo empírico. La arquitectónica de la ciencia ha propuesto que una evolución teórica "tiene mejores perspectivas de éxito, cuando ésta no implica un rechazo completo del paradigma anterior sino, más bien, el intento de recuperarlo como una buena aproximación del nuevo" (Pérez, 1993a: 199). Este último matiz es interesante si consideramos que la teoría de los sistemas mundiales, tal como ha sido reconsiderada por Kohl (1989) para la arqueología del Cercano Oriente, tiene la peculiaridad de tomar a los primeros modelos difusionistas de interrelación cultural como una aproximación elemental a lo que luego se reinterpretará como sistemas de interacción societal. Bajo esta concepción tácita de la evolución teórica, resulta plausible una síntesis de la "historia total" y la "evolución cultural" (que Kohl, a nivel metodológico, articula mediante el uso combinado de evidencias arqueológicas y documentales, sin ser del todo una arqueología histórica, sino sistémica). Sin eludir los problemas epistemológicos y metodológicos implicados en una elección teórica análoga, Price (1986) rechaza el simplismo con que se toman términos prestados, para en seguida "enchufarlos" mecánicamente a las observaciones tradicionales de "comercio" e "influencia"; por lo tanto sugiere una reformulación en los términos de su posición energética original, sabedora de su propia estructura conceptual. Esta estrategia, correcta según creo, se asemeja a la interpretación hermenéutica que antes mencionamos, pero también recuerda el procedimiento de traducción superficial de la concepción agregativa tradicional, pero omitiendo que toda traducción es ya una interpretación, por lo que se le debe asumir con plenitud de conciencia en vez de suponer que es literal u objetiva.

Nótese, empero, que estos ejemplos de elección teórica difieren del *pre*-juicio de una progresiva de evolución teórica, pues siempre se hacen desde la primera teoría, que es la que enfrenta anomalías explicativas y la que debe buscar en otra conceptos "prestados". Es decir, asistimos a un cambio peculiar, no necesariamente progresivo, con una flecha del tiempo unívoca. Esta interpretación nos hace volver de nuevo la vista a Lakatos, pero desde otro ángulo. No puede soslayarse el hecho de que proyectos como el de Templo Mayor y otros comparables dentro del INAH confirman la regla de que los cambios en su programa de investigación son regresivos en tanto que se apoyan en un reduccionismo histórico muy acusado. Así las cosas, al examinar al concepto Mesoamérica descubrimos un débil movimiento dentro de la arqueología universitaria para redefinirlo como sistema de intercambio económico (movimiento del que el Proyecto Bolaños forma parte avanzada), lo que interpretamos como un indicio útil de polisemia, aunque de pobres resultados prácticos. Al respecto mostramos por igual que a pesar de todo en esta arqueología universitaria prevalece su significado como "historia común" (si no como "cultura común"). Pero aun así sostengo que habría un pequeño pero importante matiz que destacar: su mayor predisposición al cambio a pesar del hábito, a pesar de la normalidad de la tradición teórica compartida, a pesar, en fin, de conservación del núcleo duro histórico-cultural.

De lo antes establecido emanarían tres conclusiones tentativas, a saber:

1. que es factible suponer que el aferrarse a una teoría podría tener un lado positivo, a saber, que obliga a explorar sus conceptos hasta sus últimos límites, como un preámbulo a su replanteamiento (Serrano, 1980: 175).[327] Esta conclusión no contradice la metodología lakatiana, pero abre un campo de interpretación que no sigue el derrotero común de obtener reconstrucciones racionales negativas, cada vez que se aplica a casos particulares, digamos, la física de interacción débil (Kragh, 1989: 254) o la biología molecular (Suárez y Barahona, 1993: 35). Con otras palabras, lo que estoy implicando es que la misma ortodoxia del programa histórico-cultural induce a ciertos arqueólogos –justo aquellos menos condicionados por el

[327] En su polémica con los falsacionistas, Khun (2000: 136) dice algo similar: "Los marcos [teóricos] deben vivirse y explorarse antes de que sean rotos."

imperativo institucional de la conservación patrimonial dentro del área cultural mesoamericana– a explorar muy tímida y elécticamente las potencialidades de la elección teórica, con las limitaciones ya apuntadas.

2. Que estas limitaciones, atribuibles a la pertenencia y reiteración de la tradición teórica, obstaculiza de todos modos elegir teorías alternativas radicalmente ajustadas a sus visiones conceptuales, por lo que no se preguntan las cuestiones relevantes a ellas ni se conducen investigaciones para contestarlas. La translación pretendidamente literal de conceptos y su agregación (que curiosamente disgrega teorías para luego unirlas en fragmentos de modo similar a como operativamente se acumulan rasgos culturales o piezas del rompecabezas sinfín), evidentemente lleva a que se retengan los compromisos ontológicos y metodológicos originales.

3. Que un enfoque heurísticamente positivo, generador de evidencias empíricas de nuevo cuño, compele a una investigación teórica y explícitamente dirigida para ser productiva a nivel observacional. Pero para conseguirlo, o se hace uso de una hermenéutica científica consciente o se adquiere la teoría alternativa como segunda lengua, hasta el punto de pensar (como en efecto ocurre linguísticamente) con ella.

Cabe una última digresión, que no creo prudente obviar. Se ha dicho que la teoría general de sistemas, más que una teoría es una orientación que admite asimilar, integrativamente, a las teorías particulares, sin hacerlas perder sus características esenciales, cualesquiera que éstas sean. Bajo su concepción, la "intercambiabilidad de conceptos" es viable gracias a un conjunto de ecuaciones aplicables a cualquier fenómeno, natural o social. El uso de modelos matemáticos ofrecería, en suma, las reglas de traducción adecuadas, gracias a lo cual terminarían de una vez las interminables controversias terminológicas, típicas de las ciencias del comportamiento humano (Rapoport, 1979: 708). Sin embargo, Trigger (1992: 283-292), al analizar el pensamiento arqueológico de la teoría procesual, observa que los arqueólogos de esta filiación nunca han sido capaces de aplicar del todo estas ideas al estudio del cambio sociocultural, en buena medida por el rigor exigido en las reglas de traducción matemática. Además de ello, hace notar que en realidad estos arqueólogos trabajan todavía dentro de la tradición teórica neoevolutiva, lo que los condiciona a demostrar que el número de variables

que intervienen es limitado, luego tienden a imponer explicaciones sistémicas unicausales (usualmente la ecología, la irrigación, la guerra, la demografía, etcétera). A algunos incluso se les ha acusado de moldear la teoría de sistemas boasianamente, es decir, inductiva y particularistamente. Nada distinto a lo que hemos observado nosotros aquí, excepto que varían la dirección y la resistencia al cambio.

Con todo, hay que admitir que estas dificultades del cambio teórico han sido muchas veces más productivas para adentrarse en las causas de los procesos o, cuando menos, a su descripción. Una descripción sistemática, aun sin la ayuda de un análisis matemático riguroso, puede ofrecer ventajas heurísticas en cuanto a la calidad de las interrelaciones, siempre que se sostenga que las partes están determinadas por el sistema global. La noción de Mesoamérica como sistema de intercambio económico (Litvak, 1992 [1975]) bien pudiera dar con los primeros indicios de un sistema no lineal y complejo muy sensible a cambios ínfimos en sus redes y vértices de intercambio, y por lo tanto propenso al desorden caótico, hecho coincidente con los procesos de auges y caídas de las sociedades estatales prehispánicas (López y Bali, 1995). Hablo, por supuesto, en términos heurísticos, a modo de conjetura, por lo que no veo, como dice Matos (1994b: 60), que obrar así induzca por fuerza a problemas de relativismo, antes al contrario, permitiría explicar el mismo fenómeno por él resaltado, de que un modo de producción tributario siempre se desintegra tan pronto como la fase de intercambio económico (y seguramente ritual) es sometida al factor expansionista militar.

Éste es precisamente el valor inmanente que aprecio en la postulación del modelo de simbiosis económica dentro del Proyecto Bolaños (López, 1994), que, de momento, no pasa de ser un modelo conceptual, con indicadores insuficientemente desarrollados en el formalismo requerido. Descontando su reconversión teórica, es evidente que una parte sustancial de su futura percepción sensible depende, sin duda, de efectuar "excavaciones orientadas bajo estas conceptualizaciones" (López, 1994: 57). Tal certidumbre, propia de la experiencia empírica e ineluctable de la arqueología, nos lleva a ocuparnos de las etapas más actuales del proyecto.

Hasta finales de 1991 la exploración de tumbas había sido un objetivo relegado dentro del proyecto. De hecho, en su tesis doctoral Cabrero (1989) apenas si le refiere.[328] En mucho era una respuesta natural al

[328] En realidad, se puede decir que fue motivo de una investigación suplementaria (Cabrero, 1995 [1989]).

condicionamiento social ligado al saqueo generalizado de tumbas en todo el occidente, lo que, paradójicamente, ha repercutido en la arqueología regional, creando una especie de pasión parecida a la que mueve a los saqueadores, pero matizada por el deseo de descubrir tumbas intactas, tipológicamente únicas, como debe corresponder a lo insólito del acto de descubrimiento en la ciencia. Cabrero y su asistente, con toda esta trayectoria de investigación detrás, habían sido un tanto refractarios a esta motivación. Interesados más en procesos que en rutilantes descubrimientos, desde el principio desarrollaron una adaptación a la situación práctica. Se dedicaron entonces a reestudiar las tumbas saqueadas, con la intención de reconocer su forma de construcción. Así lo hicieron en varias tumbas de cámara, de dos y tres cámaras, localizadas en los sitios La Florida, El Arenal y El Aguacate, en la parte septentrional del cañón. El resultado no fue despreciable: fue en ellas donde se encontraron las escasas evidencias disponibles de intercambio a distancia, tales como cuentas de piedras preciosas, conchas, etcétera, que hacen pensar en una diferenciación social avanzada, ya que no aparecen asociados a los entierros directos del común.[329]

Durante la quinta temporada de campo (véase cuadro 25), se propusieron reestudiar dos tumbas de tiro saqueadas, localizadas en los sitios El Piñón y Chimaltitán, hacia la parte media del cañón. Esta última no pudo ser excavada otra vez a causa de que el campesino dueño del terreno no se los permitió.[330] En El Piñón la negociación política del objeto de estudio no aparece documentada en ninguno de los informes técnicos consultados, pero puede inferirse por la respuesta posterior –y que fue tarea del proyecto en casi todo el año de 1994– de reintegración de las piezas restauradas a un museo comunitario elaborado por Cabrero y su asistente, acción que es dable interpretar como un intercambio simbólico entre sociedad y arqueólogos universitarios, pero que se relaciona también con el proceso de construcción social del descubrimiento para sus intereses internos.

[329] Exp. 25-7, f. 18, ATCNA-INAH; también Cabrero (1989: 149-165 y 183- 201) y López (1994: 88-89).

[330] Recuérdese el proceder autoritario que se sigue en todos los casos: se procede a la "ocupación pacífica" de los sitios, eufemismo que apenas oculta un acto de poder administrativo, usado a discreción por los arqueólogos del INAH. Los arqueólogos universitarios, en cambio, están incapacitados legalmente para actuar así, por lo que deben negociar su objeto de estudio con sus poseedores, a pesar de la noción de bienes nacionales que pesa sobre éstos en general. Ello establece de inmediato una relación cualitativa ligeramente distinta por parte de la arqueología académica: ya que no media una apropiación tácita de los hallazgos por el arqueólogo y el poder estatal que lo ampara, la sociedad local no se convierte en enemiga. Por ello, no se establece un conflicto con tradiciones vivas como la papago, que tratamos en el segundo capítulo de esta obra.

Hay que precisar, para mayor comprensión del proceso, que El Piñón es un sitio clasificado tipológicamente como centro rector regional en cuanto a su complejidad estructural como asentamiento que consta de vestigios habitacionales y una zona de elite ligada a un centro ceremonial (juego de pelota y zona funeraria). Ahora bien, por su características arquitectónicas, la tumba explorada poseía de entrada rasgos que fueron reportados como inusuales: su cámara circular estaba colocada justo bajo una estructura o terraza (donde también se descubrió un entierro-ofrenda). Se asentó así en el informe:[331]

> Hacemos notar que este descubrimiento, aun cuando resulta fragmentario, con valiosa información perdida gracias a los saqueos que ha sufrido el sitio, representa la evidencia sociocultural más importante que se tiene en relación a las sociedades que acostumbraron enterrar a sus muertos en tumbas de tiro. En ninguna parte del Occidente de México, se habían encontrado uno de estos monumentos asociado directamente a la sociedad que las creó.

Vis-a-vis, esta tumba y su complejo arquitectónico podrían compararse con las moles olmecas halladas sin relación con los restos de la sociedad que las produjo, hasta que el hallazgo de los centros urbanos (La Venta, San Lorenzo, Manatí y otros) comenzaron a despejar su incógnita sociocultural contextual. Por esta misma razón, las tumbas de tiro hasta entonces reportadas en Michoacán, Colima, Nayarit y Jalisco habían sido interpretadas como verdaderos cementerios, idea reforzada por la disposición de las tumbas de tiro del valle de Atemajac y otras (Galván, 1991; Cabrero y López, 1993: 78).[332] Según Cabrero y López (1993: 77), el proyecto había logrado detectar a toda la sociedad y al grupo dirigente que la construyó, cosa que en otros estudios era atribuida a una hipotética sociedad organizada baja un modo de producción asiático, de dudosísima existencia (Galván, 1991: 291-303). Pero inclusive Weigand, se dijo, no había logrado asociar el patrón arquitectónico circular de Teuchtitlán-Ahualulco (primer foco difusor de la cultura Bolaños, como ya vimos) con esta costumbre funeraria (López, 1994: 52).

[331] Exp. 13-13, ff. 10-11, ATCNA-INAH.

[332] El Proyecto de Rescate Arqueológico Autopista Ixtlán-Tepic exploró cinco "panteones" de tumbas de tiro, que se reportaron así: "Las excavaciones de estas formas de entierro, ofrece aspectos nuevos *que no habían sido reportados* en la literatura arqueológica, y su [ulterior] estudio alentará otras ópticas en el análisis de los antiguos arquitectos funerarios..." (Zepeda, 1994: 8; cursivas del autor). En Colima, otro grupo de arqueólogos igualmente reportaron el hallazgo de una tumba de tiro intacta, descubrimiento dado como "extraordinario" en la prensa (*Público*, suplemento *Arte y Gente*, 1o. de agosto de 2000: 5).

En adelante, la fortuna sonrió a nuestros arqueólogos. Providencialmente, por una feliz coincidencia, la excavación extensiva del El Piñón –bastante más rica en resultados observacionales de lo que expreso aquí–, que no había sido posible en etapas previas del proyecto hasta que acudió en su ayuda el Conacyt (con poco más de 200,000 pesos), se correspondió con un segundo hallazgo mucho más sorpresivo. En el muro la terraza, junto a la tumba saqueada, se descubrió el tiro de otra tumba (de una cámara), ésta sí sellada. Su carácter insólito creció desmesuradamente, pues se aduce que se trata de un "*hallazgo insólito* en la arqueología mexicana". Se estableció entonces (cursivas del autor):[333]

> El hallazgo de una tumba de tiro sellada constituye uno de los logros más importantes para el conocimiento de esta tradición funeraria al Occidente de México, puesto que, a excepción de los hallazgos en el fraccionamiento El Grillo-Tabachines [autoría de Javier Galván y Otto Schöndube], situado en los alrededores de Guadalajara, los cientos de tumbas de este tipo encontradas habían sido saqueadas con anterioridad a su exploración arqueológica (...) Por otra parte, la tumba de Bolaños [El Piñón] es la *primera tumba de tiro encontrada* dentro de un contexto social, ya que todas las anteriores están situadas en contextos funerarios, es decir, cementerios.

En efecto, los hallazgos (24 cajetes, 10 ollas, cuatro brazaletes, tres entierros primarios, 11 cráneos adultos, una ofrenda de huesos quemados, cremaciones, etcétera) confirman que "son en su mayoría *únicos y muy particulares*",[334] es decir, son "descubrimientos que representan nuevas aportaciones a la tradición de tumbas de tiro", con "características arquitectónicas *nunca antes reportadas*" (López, 1994: 48; cursivas del autor). El carácter singular o notable del descubrimiento, resaltado por sus autores con términos tales como "insólito", "único", "particular", "nunca antes" y "más importante", probablemente hubieran sido atinados de no ser porque un descubrimiento paralelo vino a empañar un tanto su visibilidad social. Accidentalmente, en el curso del tendido de la nueva autopista Guadalajara-Tepic, se puso al descubierto otra tumba de tiro sellada (de dos cámaras), de inmediato reportada, no como producto del azar, sino derivada de investigaciones conscientemente dirigidas a tal fin. Aparte de las coincidentes argumentaciones empleadas en ambos descubrimientos, llama la atención que los autores de uno y

[333] Exp.13-19, ff.2-3, ATCNA-INAH.
[334] *Ibidem*, f. 7.

otro simulen desconocer sus respectivas aportaciones al conocimiento de la arqueología regional, pues evitan citarse mutuamente.[335] Dicen los miembros del Proyecto de Rescate Arqueológico Huitzilapa (López y Ramos, 1994: 60; cursivas del autor), también de baja intensidad como el de Bolaños:

> En un valle de esta región queda ubicado el sitio Huitzilapa, en el cual, durante recientes trabajos de investigación arqueológica, fue descubierta una tumba de tiro, cuya importancia radica en *ser la primera de este tipo, asociada a un contexto arquitectónico, que es estudiada científicamente.*

A poco, a finales de 1994, coincidiendo con la museografía comunitaria de Bolaños, el Proyecto Huitzilapa expuso públicamente sus logros en una exposición temporal en el Museo Regional de Guadalajara. En ella se repite el mismo texto, pero abundando en detalles dignos de citar por su familiaridad con el Proyecto Bolaños. Decía una de sus cédulas:

> Durante los trabajos de rescate arqueológico en Huitzilapa, fue descubierta una tumba de tiro cuya importancia radica en ser *la primera de este tipo*, asociada a un concepto arquitectónico y que es estudiada científicamente... La tumba se localizó en el centro de una estructura cuadrangular, ubicada en el sur de la plaza oeste del sitio, espacio que aunado a otros conjuntos arquitectónicos, forma su área ceremonial.

Ciertamente, se pueden abrigar dudas respecto a la primicia científica de estos hallazgos, pero no pueden ignorarse las similitudes argumentales y hasta en la índole de los propios datos obtenidos, a saber, tres entierros primarios –uno de muy alta jerarquía–, posible sacrificio de cinco individuos más, 75 vasijas, seis figuras, atavíos de cuentas de concha y aun piezas de jade de gran calidad (López y Ramos, 1994: 60-61). Sabedores, seguramente, del hallazgo paralelo (lo que comprobé mediante conversaciones sostenidas con Cabrero y Ramos separadamente), este equipo de investigación agregó, sin embargo, un argumento que no había aflorado en la disputa por la prioridad. Introdujeron una tipolo-

[335] Lo dicho puede confirmarse comparando dos artículos reproducidos en la revista *Ancient America*. En el primero (Ramos y López, 1996: 121) apenas si mencionan al Cañón de Bolaños como "últimamente identificada en la porción noroccidental del Bajío". Tres años después Cabrero (1999: 112) reporta su hallazgo de 1993 "de una tumba de tiro sellada" sin mención alguna del hallazgo de Huitzilapa. El juego de suma cero, o mejor, uno de "diente por diente".

gía de formas de tumbas de tiro mucho más elaborado del sugerido por Soto (1994: 43-46), con sólo tres variantes. Ellos postularon ocho tipos, uno de los cuales era el de Huitzilapa, lo que singularizaba su descubrimiento, al tiempo que nunca aparecía El Piñón, que así queda reducido a variante tipológica ya conocida. En un informe posterior, Cabrero y su asistente dirán que sus tumbas son de forma acorazonada, singularizándolas en contrapartida.[336] Será hasta un trabajo muy posterior, debido a Zepeda (2000: 226-227) que se apreciara de modo íntegro la variedad de tumbas estudiadas por los arqueólogos en Nayarit, Jalisco, Colima, Zacatecas y Michoacán.[337]

Si bien podría convenir metafóricamente con Lakoff y Johnson (1980) en que el argumento es guerra y de que sólo en el lenguaje el Proyecto Huitzilapa ha ganado al Proyecto Bolaños, la comparación no deja lugar a dudas, más allá de la motivación descubridora coyuntural. La superioridad del Proyecto Bolaños es la que hemos venido delineando a lo largo de este estudio de caso: su sentido interpretativo y, con él, su predisposición al cambio teórico, a pesar de la tradición que lo arraiga a la normalidad general. Esta superioridad puede, si es preciso, ser llevada al terreno cientimétrico de la productividad científica, que no pasa de ser, bajo nuestra perspectiva comprensiva, un indicador indirecto del asunto realmente trascendente del cambio como elección o, en su defecto, como selección conceptual.[338]

En medio de su modestia, los resultados obtenidos por el Proyecto Bolaños pueden ser de consideración si les contrasta con los arrojados por los Proyectos Especiales de gran intensidad, de ostensible visibilidad

[336] Exp. 13-35, f. 12, ATCNA-INAH.

[337] Este análisis ha provocado un reto molesto a la pasión arqueológica profesional por las tumbas de tiro. Aunque desde tiempos de Isabel Kelly (y acaso desde Lumholtz) en 1940, se hizo común recurrir a los "moneros" para descubrir tumbas de tiro intactas –uso que José Corona Núñez elevó a su máxima expresión instrumental como servicios asistenciales–, la superioridad heurística del conocimiento práctico de estos arqueólogos amateur no puede ser admitida, en parte por su asociación al saqueo, pero sobre todo por la precisión del mismo, conocimiento que ni los arqueólogos profesionales disponen. La tumba de El Arenal, en Etzatlán, Jalisco, descubierta por Corona Núñez con sus "buscadores de tesoros", sigue siendo la más apabullante de todas. Más grave aún es la conclusión de que sin este saqueo no existiría buena parte del patrimonio arqueológico del INAH en Nayarit, vía requisas a los traficantes (¿expropiación de los expropiadores?), pero asimismo a través de su contratación en los equipos arqueológicos oficiales. Se entiende así el interés puesto por esta arqueóloga en una forma campesina de conocimiento local tan eficaz (Zepeda, 2000). Weigand coincide en decir al respecto que entre los arqueólogos profesionales y los amateur hay "dos mundos sin puentes entre sí", incluidas distintas visiones del pasado (Weigand a De la Torre, 13 de septiembre de 2000).

[338] El Proyecto Bolaños, con 14 años de pacientes trabajos, ha producido dos libros, otro a punto de concluir, 14 artículos y ocho informes técnicos (dos del grueso de un libro), al tiempo que admite ser la continuación de un estudio de sitio practicado por Charles Kelley en Totuate en 1963 (cfr. Cabrero, 1989: 81-86).

en hallazgos monumentales, pero hasta ahora pobres en generación de conocimientos e interpretaciones. No podría terminar este análisis sin observar cómo la inyección de recursos económicos –que han hecho paladear a estos arqueólogos las bondades de gran arqueología– motiva aparentemente una respuesta análoga de comportamiento, predispuesta a la consecución de grandes hallazgos.[339] Este comportamiento *social* hace suponer que no se concibe otra manera de retribuir esos recursos brindados a la ciencia, exactamente tal como la gran arqueología debe trocar su sostén por monumentos nacionales. Ciencia y política no parecen entonces estar indispuestas en lo que se refiere a premiar a la arqueología, cuya consecuencia deletérea ha sido el fenómeno por el cual la búsqueda evidencias de intercambio sean, para esta fase del proceso, un subproducto de los hallazgos, en vez de su motivo primero. Luego, una investigación teóricamente dirigida a la producción de nuevas evidencias, no a su descubrimiento fortuito, es uno de los desafíos futuros del proyecto. Que lo encaren o no, depende de la actividad efectiva de estos arqueólogos. Mas hay que reconocerles que han dado dos pasos adelante y sólo uno atrás, inevitable, me temo, en su contexto social y en su entorno cognoscitivo tradicional.

[339] Para su octava temporada de campo se descubrieron dos tumbas de tiro selladas en Pochotitán, pero el informe refleja un retorno a la baja intensidad y menos vistosidad de los hallazgos. De hecho, se indica que su excavación quedó inconclusa "por falta de tiempo y de dinero". Exp.13-35, f. 25.

Capítulo 6

Los dilemas de la arqueología mexicana

A fin de cuentas, la mejor manera de decidir si determinado conjunto de conocimientos es científico o no consiste a menudo en estudiar las actitudes recíprocas de quienes lo practican profesionalmente ante la obra de sus colegas. Un síntoma inequívoco de no ciencia es el denuesto personal y la intolerancia ante las opiniones de otros especialistas. La existencia de irreconciliables "escuelas" de pensamiento es familiar en ámbitos académicos tales como la teología, la filosofía, la literatura y la historia. Cuando las encontremos en una disciplina "científica", haremos bien en ponernos en guardia.

JOHN M. ZIMAN, *El conocimiento público. Un ensayo sobre la dimensión social de la ciencia.*[340]

HE INVOCADO a propósito un epígrafe asaz provocador al comienzo de este capítulo conclusivo del estudio, simplemente con la intención de tornar más inteligible a nuestra comprensión el ambiente contradictorio en que se desenvuelve la arqueología y los arqueólogos mexicanos, si bien no comparto del todo esta idea sociológica de ciencia de Ziman porque, como he referido en numerosos pasajes, las ciencias y los científicos más respetables no son ajenas a los conflictos, los denuestos y las intolerancias. De paso agregaré muy solidariamente, que siempre consuela saber que no estamos solos con *nuestra* diferencia de bajo perfil (que conste que hablo como antropólogo social).

No obstante, se habrá advertido que en mi lenguaje continuamente he empleado las palabras "paradoja" y "paradójico" para denotar una serie de contradicciones observables, las cuales que arrancan desde la conocida costumbre de la evitación personal –la génesis de mi interés de conocimiento comprensivo– y que se prolongan hasta la antinomia del poderoso Leviatán dentro de su estrecha jaula patrimonial y patrimonialista. Ya que no deseo arribar a prospectiva sociológica alguna ni mucho menos esbozar algún deber ser *a priori* (si bien la ética de las situaciones sociales en arqueología sí reclamarán en seguida mi atención), no me parece pertinente seguir bordando sobre tales insuficiencias, sino más bien ir directo a sus causas generales. Por lo demás, me parece que la arqueología seguirá siendo una ciencia de paradójicos contrastes que no creo que sea mi responsabilidad despejar. Quizás el más extravagante de todos sean sus flechas del tiempo invertidas. Quiero decir con esto que

[340] Ziman (1972: 46).

en nuestros días es una ciencia que ambiciona estudiar al pasado con medios del futuro. Y cuanto más futuristas sean estos últimos, más felices y seguros parecen estar los arqueólogos para aprehender los ignotos tiempos idos. No me atrevería a juzgar qué tanto lo han logrado (en otras palabras, evaluar su cientificidad y, antes que eso, su cambiante y nunca consensuado sentido de la cientificidad), pero puede ser divertido observarlos transidos en este doble impulso, un comportamiento que deja de ser simpático cuando los vemos distanciarse proporcionalmente de sus viejos cometidos humanistas con esa terca búsqueda de cientificidad objetivista a toda costa, sin medir sus consecuencias o su responsabilidad.

Llevado a los extremos, ese comportamiento contradictorio se convierte en sendos dilemas comunes para todos aquellos individuos que actúan bajo las recurrentes situaciones sociales a que da lugar su pertenencia a la misma tradición científica. ¿Arqueología nacional o arqueología mundial?, ¿ciencia o administración patrimonial?, ¿uso público o privado?, ¿comunicación o reserva?, ¿cambio o continuidad?, ¿descubrir o interpretar?, ¿evitar o participar?, ¿tolerar o sancionar? La lista es larga sin haberla agotado. Planteando las cosas en términos más amplios podemos afirmar que los dilemas sociales se presentan en grupos que asumen conflictivamente el elegir entre el bien general y el bien personal, entre la solidaridad y el egoísmo, entre el yo y los demás. El dilema aparece siempre que un objetivo grupal exige un esfuerzo común y solidario. Vale la pena recordar al respecto que los primeros modelos de la elección racional fueron postulados para comprender el problema del intercambio en el comportamiento económico.[341] Por aquel entonces (1948) era un supuesto aceptable el sostener que la conducta racional tenía que ser por fuerza egoísta y que toda elección apropiada era la que producía el mayor beneficio personal. La mano invisible de Adam Smith parecía bendecir esta búsqueda del provecho individual, a pesar del bien y del bienestar colectivos (Paulos, 1990: 162; 1993b: 99). Con el paso del tiempo, la valoración de la elección cooperativa cambió notablemente hasta en el mundo de los negocios, la organización empresarial y las coaliciones de intereses para mutuo beneficio.[342] Tanta ha sido su reva-

[341] Véase prólogo de Oskar Morgenstern a Davis (1986: 11-13).

[342] Dixit y Nalebuff (1991), por ejemplo, dirigiéndose a los inversionistas, están primeramente preocupados en conseguir un balance entre cooperación y competencia; Galjart (1992) sugiere aplicar una estrategia de *pool* –un juego cooperativo de contribuidores– a ciertas empresas conjuntas; más recientemente Glance y Huberman (1994) proponen generalizar la cooperación dentro de las organizaciones jerárquicas para mejorar su eficiencia; Conthe (1999), un alto funcionario del Banco Mundial, igualmente

loración, que hoy los especialistas se permiten citar nada menos que al príncipe Kropotkin y su concepción anarquista sobre la ayuda mutua como mecanismo de la evolución humana (Nowak, May y Sigmund, 1995: 50-51), si bien no deja de asombrarles que la no cooperación sea tan recurrente (Nowak y Sigmund, 2000: 30-31). Mucho más importante que este cambio valorativo es que ya en 1956 Vajda (1988: 1267) observó que el teorema principal de Von Neumann no funcionaba en los "juegos reales" de varias personas, anunciando así las dificultades que luego se tornarían en manifiestas carencias de una teoría sin conceptos observacionales adecuados a sus conceptos de utilidad, información, comportamiento óptimo, estategia, pago, equilibrio, etcétera, es decir, todos ellos conceptos teóricos pero estáticos.[343]

En su temprana crítica a la teoría del actor racional, Deutsch (1985 [1966]: 91) adujo que la teoría misma había optado por una estrategia minimax, esto es, procuraba incurrir en el menor riesgo de pérdida con una mínima ganancia. Creo que él se hizo cargo de lo apresurado de su juicio cuando repuso que la teoría era poco realista, cuando menos en lo que se refería a la toma de decisiones en política. Asimismo se percató que la identificación analógica de los modelos de los juegos con ciertas situaciones sociales recurrentes permitía desentrañar en cierta medida las preferencias personales, la magnitud y dirección de los errores, y sus desviaciones respecto a la mejor estrategia teórica. De paso, sugirió que el actor social no correspondía del todo al jugador de "un solo propósito", sino que, en la práctica, entraban en juego propósitos múltiples, entre los que pesaban los valores socioculturales, luego jugar en política era jugar por lo menos dos juegos, el valorativo y el conveniente. Esta realista apreciación ha hecho menos chocantes posturas como la de Elster (1989), al contrastar la conducta racional a la irracional o a la imperfectamente racional, pues lo que le importaba era entender la realidad de la elección racional, razón por la que incluyó aquellas conductas abstraídas por los modelos matemáticos, basados en una sola modalidad conductual.[344]

---

se inclina por una "estrategia mixta" en el mundo de los negocios, y por un "Leviatán con chistera" en asuntos diplomáticos. En fin, como establece Elster (1989: 235), es ya insostenible el eslabón de racionalidad e interés egoísta de los economistas.

[343] Remito a la crítica de Deutsch (1985: 83-102) sobre estas insuficiencias de la teoría de los juegos para la elección política. En lo particular, aquí hago referencia al carácter fundamentalmente descriptivo con que debemos proceder al ser difícil pasar de las cifras asignadas en los modelos matemáticos de los juegos a las cifras efectivas de los pagos en los juegos reales.

[344] Si bien Shubik (1992 [1982]) acepta que la teoría de los juegos aplicada a la economía está mal provista para tratar sociedades en movimiento, con cambios en leyes y preferencias de los actores, las

Desde entonces, han sido los experimentos y cuasiexperimentos, más que las simulaciones por computadora, los que han hecho más acuciantes las necesidades de los estudiosos por ampliar sus análisis hacia expresiones tales como la desconfianza, la ambición, la beligerancia o la ignorancia de quienes actúan bajo ciertas situaciones, a pesar de los controles de las variables estratégicas en el laboratorio. Con todo, lo que estos estudios han revelado con razonable confiabilidad es la gran dificultad que tiene los actores para obrar bajo una racionalidad estratégica –o sea, aquélla capaz de ponderar hasta dónde sus intereses chocan con los intereses de los demás– y en cambio han demostrado la tendencia generalizada a la racionalidad paramétrica, que asume al medio en que se actúa como constante, esto es, un horizonte no ve más allá de los propios beneficios. Dicho con otras palabras, la gente colocada en determinadas situaciones es bastante incapaz de usar la apreciación social de la hermenéutica, como para ponerse mentalmente en el lugar de su competidor. Así, se ha observado que los jugadores no se dan cuenta de lo que entraña su propio juego y no conciben otra forma de elegir sino la egoísta (Davis, 1986: 137, 143, 163 y 166). De hecho, a menudo juegan irracionalmente. En ese orden de ideas, se sabe que la correlación de personalidad y elección no ha arrojado resultados concluyentes, pero, a diferencia de los *test* psicológicos aplicados, sí se han observado conexiones entre la manera de jugar con las preferencias políticas, la experiencia y la profesión (Davis, 1986: 165-166).

En el campo del comportamiento científico no han habido avances significativos desde esta perspectiva teórica.[345] A decir verdad, al contemplar el estudioso una situación social compleja como si tratara de un

---

costumbres y las instituciones, de todos modos prefiere abstraerlos y tornarlos estáticos. En sus modelos, los jugadores siempre son tomadores de decisiones racionales y conscientes, con objetivos bien definidos y que ejercitan su elección dentro de los límites prescritos por el modelo. Con todo, como él admite, el problema sigue siendo cómo trabajar aproximaciones matemáticas a una realidad no matemática. Tal parece que la clave está en conocer las preferencias de los jugadores, quizás no menos que las situaciones sociales (Greenberg, 1990). Los estudios experimentales con juegos espaciales de Hermer y Spelke (1995) indican además que la flexibilidad en las estrategias humanas se van desarrollando progresivamente a lo largo del crecimiento humano y que esa flexibilidad en la madurez está conectada a la complejidad del lenguaje y otros cambios cognitivos.

[345] Barnes (1994 [1985]) ha iniciado la aplicación de la teoría del cálculo racional no tanto a los científicos como a las consecuencias sociales de ciertas técnicas calculadas según intereses individualistas, si bien admite que los científicos son tan vulnerables a ellas como cualquier otro grupo o profesión. Por consiguiente, critica el concepto de racionalidad vinculado al comportamiento egoísta. Adicionalmente, destaca el papel del contexto social en que se desarrollan la ciencia y la tecnología, aventurando una obligada comprensión de la relación entre la evidencia científica y los juicios y decisiones colectivos. Con todo, él prefiere no aplicar este análisis directamente a las elecciones de los científicos pues conserva la utopía cientifista de que la ciencia debería de ser ella misma un mecanismo de racionalización social, dejando en la penumbra las acciones individuales de esos científicos.

juego, su esfuerzo sigue siendo el convertir la intuición del observador en deducciones cuantitativas y a los pagos arbitrarios asignados en las matrices, en preferencias efectivas de los científicos. Este problema operativo, aunque sea generalizado a todos los "juegos reales", no es de menospreciar, como bien lo previó Merton al abordar el sistema de recompensas a las prioridades y descubrimientos científicos. Pero mientras a Merton le importó más analizar los conflictos por esas rivalidades, dio por sentado en exceso la norma de la colaboración social o carácter comunal de la ciencia ("comunismo"), norma que podría en algún momento entrar en oposición con las prioridades efectivas perseguidas. No hay duda que semejante disfuncionalidad fue reconocida por él, lo mismo que la posible aplicación de la teoría de los juegos a las maniobras ofensivas y defensivas usuales en estas disputas, pero la verdad es que desde mi punto de vista la misma atención precisaría la elección individualista que la colectivista o, mejor, cómo se da la interacción entre comunitarismo e individualismo en el proceso de conocimiento científico. Un ejemplo ilustrativo de mi señalamiento lo facilita la prueba del último teorema de Fermat, que durante más de 350 años resistió a las mejores mentes de los matemáticos. Finalmente, Andrew Wiles conquistó la presea.[346] Pero no fue sencillo. Ni *totalmente* egoísta. De hecho estuvo a punto de fracasar en su demostración por el acostumbrado individualismo disciplinario. Según él mismo confesó, en esa fase resintió el entorno competitivo de sus colegas matemáticos. Una de dos, o apelaba a la ayuda de otro matemático (compartiendo el mérito) o lo perdía todo a manos de otro matemático o matemáticos. Optó así por cooperar con Richard Taylor para completar la demostración. Y gracias a esta elección, ambos salieron ganando del dilema sociocognitivo. Al último, Wiles y Taylor escribieron un esclarecedor artículo juntos.

Claro está que este fenómeno de la cooperación estratégica ha sido pasado por alto con demasiada frecuencia. Desconocemos por ello cuál sea su efecto real sobre la actividad científica. En gran medida, seguimos creyendo que la motivación del reconocimiento personal –aunque pueda ser disfuncional– es la única de las alternativas posibles. En ese sentido concebimos a los científicos como individuos de un solo propósito egoísta, capacidad que sólo poseen las máquinas con inteligencia artificial. Y en cierta forma nos colocamos pasos atrás de Hobbes. En efecto,

[346] Véase nota de Tim Folger, "Sure, Pierre. Sure you knew", *Discover*, 1(15): 61, 1994 y mucho mejor, el artículo de Goldstein (1995); también la nota "Así se solucionó el defecto en la demostración del teorema de Fermat", *El País*, 15 de febrero de 1995, p. 33.

para él, el hombre era un ser fundamentalmente antisocial, en continua disputa por la competencia, la desconfianza y el deseo de fama.[347] Pero también es innegable que su solución fue una solución cooperativa bajo el dominio de un actor central tomando decisiones por los concertadores del contrato social, a los que se imponía la estrategia cooperativa. En las ciencias, es probable que este poder lo ejercieran por un tiempo la autoridad escéptica de las comunidades de científicos. Pero como asentamos al inicio del estudio, hay crecientes evidencias de que esas comunidades se están desorganizando. Es harto significativo que en el escándalo Baltimore-Imanishi, el "juicio de iguales" de los NIH (National Institutes of Health) no pudo solucionar la disputa y fue la Suprema Corte la que tomó la última decisión, que para entonces ya había derivado en demanda legal.[348] También el caso de la fusión fría de Pons y Fleischmann se originó precisamente como una disputa entre científicos por apropiarse del supuesto descubrimiento, pero lo interesante aquí es que la autoridad nunca residió entre los pares, sino en la prensa (Lewenstein, s.d.). A falta de control social o comunal, es la guerra, la incomunicación y el escándalo. Desde luego que la cuestión no siempre deviene de conflictos como los referidos, es sólo que éstos hacen más ostensibles los dilemas implicados. En otros términos, hay indicios de que la cooperación científica se está convirtiendo en un asunto clave para el adecuado funcionamiento de la investigación en gran escala.[349] Sin ella, me temo, la eclosión de masas críticas y el progreso mismo del conocimiento será mucho más difícil de conseguir.

¿Cooperar o luchar?, he ahí la cuestión crucial en que se debaten nuestros arqueólogos en la antesala quinquenal del siglo XXI, la causa misma de sus interacciones más habituales y sugerentes. Las elecciones y actitudes individualistas o egoístas parece ser la impronta característica de ellas. No solamente consisten en que mentalmente cada arqueólogo o

[347] Paden (1997) analiza este punto de Hobbes: dentro de su estado de la naturaleza, la gente racional (egoísta) bien puede establecer una sociedad civil sin obligarse a cooperar con una soberanía absoluta. Bajo el contexto de un dilema sinfín, en que la competencia sea ilimitada, es dable deducir que elegirán la no cooperación tal como hacen los prisioneros incomunicados. Más aún si son jugadores de una sola estrategia, o sea maximizadores de suma cero. En ese estado, la cooperación resulta poco valiosa. Propone entonces investigar primero la psicología de los competidores involucrados en un conflicto.

[348] Nota de David H. Freedman, "Who's to Judge?", *ibidem*, pp. 78-79; sobre el curso de la disputa y sus pormenores, véase notas aparecidas en *Mundo Científico*, 108(10): 1193 y "The Antibodies that Weren't", en *Newsweek*, abril de 1991, p. 45.

[349] Varios analistas (Miquel, Shinozaki-Okubo, Narvaez y Frigoletto, s.d.) se han preguntado también si los científicos están abiertos realmente a la cooperación internacional. Usando bases cientimétricas, han abordado el problema como una cuestión de copublicaciones. A mi juicio, las publicaciones colectivas son la expresión de la cooperación, no la cooperación en sí.

arqueóloga crea que sus hallazgos personales son esenciales para la ontológica y epistemológicamente fragmentada historia cultural del "México prehispánico" (noción intrínsecamente contradictoria desde el momento en que México no existía en la época prehispánica). Sino que en sus iterados juegos de competencia por sobresalir sobre los demás –que es la lógica de la ganancia en la originalidad del descubrimiento o de su interpretación, su *cursus honorum*–, la estrategia dominante en cada uno de ellos sea pretender ganar lo que el otro pierde en reputación. Se trata, por cierto, del juego más elemental conocido, porque las ganancias y las pérdidas están balanceadas en cero, pero también es el juego que mejor se adapta a la organización de la arqueología mexicana y su sistema de recompensas. El carácter único y personalizado asignado al descubrimiento o a la interpretación no precisan comunicación en este contexto y crean el supuesto de que la competencia concluye en una sola partida. El que se le practique repetidamente puede conllevar la búsqueda no de otros puntos de equilibrio o de compromisos, sino de plano aventajar al oponente. Y con ello, la eclosión de una situación generalizada de competencia, desconfianza y de ávido apetito de fama, la *bellum omnium contra omnes*, la guerra de todos contra todos, y el individuo actuando como el *archeologus archaeologo lupissimus*, como su natural expresión social.[350]

Empero, si procuramos ir más allá de nuestra feroz analogía competitiva, debemos recordar que Hobbes sostenía además que si los miembros de una sociedad nunca se comportan cooperativamente, sus vidas serían "solitarias, pobres, repugnantes, brutales y cortas". A su manera, Gándara (1992: 80-81, cursivas del autor) ha afirmado algo parecido, cuando escribe:

> En resumen, lo que se había logrado –y aún subsiste– es una arqueología *dividida, neurotizada y enfermiza*, sin recursos profesionales para ventilar las *diferencias de enfoque* y, por lo tanto, una arqueología *sin cohesión ni fuerza* para exigir lo que le es indispensable, o bien para oponerse a lo que le es inaceptable.

De hecho, al igual que han vislumbrado Navarrete y otros arqueólogos aislados, Gándara se apercibió que había que "encontrar salidas *como*

[350] La famosa frase, que viene de Plauto originalmente (*homo homini lupus*), se la debo al prehistoriador gallego Carlos Alonso del Real, a quien tuve oportunidad de conocer poco antes de su fallecimiento. Agradezco también que gracias a la comunicación de su experiencia personal, fue que comencé a prestar mayor atención a las influencias alemanas sobre la arqueología mexicana, influencia que comparte con la prehistoria española.

tarea común" (Gándara, 1992: 170, cursivas del autor), enfocándose precisamente hacia la cuestión de las prioridades. La mayor de esas tareas comunes era, según él, la de la conservación física y legal de los objetos de estudio, motivo de confusión con la administración patrimonial, que, como ya hemos visto, es ni más ni menos que la matriz de un sistema de recompensas encontradas, que lo mismo premia al descubridor que al interpretador *qua* individuos. El que exista una minoritaria arqueología movida un poco más por el deseo de conocimiento no parece ser razón de peso suficiente para resolver esta poderosa contradicción, sino que acaso la agudice, pues el cometido contradictorio lo mismo involucra a tirios que a troyanos. El *quid* de la cuestión es comprender entonces el porqué frente a esta especie de dilema del prisionero,[351] prevalece la racionalidad individual sobre la racionalidad social. La "ética de la situación" o "situación de carácter ético" –como bien la han denominado los matemáticos (Paulos, 1993b: 100; Birkhoff, 1988: 2179)–, tal como se plantea en la práctica a los arqueólogos mexicanos, y a falta de un código deontológico formal que los obligue a comportamientos de compromiso previo, está mediada en cambio por motivos y recompensas opuestos, que dan pie a realizar actos que no están ni prohibidos ni obligados, sino que por igual son permisibles bajo las condiciones sociocognitivas de la normalidad en que se trabaja. No extrañe entonces que así como se rehuye el problema del cambio teórico progresivo no agregativo, la cuestión del comportamiento ético sea igualmente evitada. Representa una clave el que en este terreno el que las únicas referencias accesibles sean los debates éticos de los arqueólogos norteamericanos, nunca de los propios mexicanos.[352] Hasta los más vergonzosos escandalos que van contra el conjunto de la disciplina no pasan de ser "asuntos técnicos", solucionables de manera restringida y secreta por los directamente interesados.

[351] El dilema consiste de dos elecciones básicas: cooperar o competir. Cuando dos jugadores actúan cooperativamente, cada uno consigue mejores pagos. Pero eso no lo saben. Y una vez que un jugador ha escogido su estrategia, el otro consigue mejorar actuando individualmente. Si el juego es de una partida, la estrategia óptima es obrar egoístamente. Si se repite varias veces, es conveniente cooperar. Si se sabe que el número de partidas a jugar es finito, se presenta una paradoja regresiva: en el penúltimo juego se traiciona al compañero y así sucesivamente, lo que hace insostenible la cooperación hasta en su comienzo. Si el juego se repite indefinidamente, y los pagos son atractivos, puede en cambio persistir la cooperación. Los experimentos no confirman del todo estas conclusiones, pero sí las simulaciones con juegos espaciales por computadora.

[352] Fernando López Aguilar, "Cuestión de ética", *El País*, 23 de agosto de 95:4; en efecto, su referente son las discusiones editadas por Lynott y Wylie para la Society for American Archaeology, *Ethics in American Archaeology. Challenges for the 1990s*, SAA, 1995. Aclaro que no estoy afirmando que estos debates sean ajenos a los arqueólogos mexicanos, sino el punto es que éstos no aborden los suyos con el mismo espíritu abierto.

Ahora bien, de la parábola de la guerra de 1847 de Navarrete tomamos la enseñanza moral de que así como México perdió la mitad de su territorio por las acciones personalistas de sus generales, la arqueología mexicana perdía mucho con las decisiones egoístas de sus arqueólogos. Se sigue que la estrategia óptima es la de cooperar, pero también que es una estrategia ideal. Supondría que todos los arqueólogos tienen una opinión uniforme sobre la forma de actuar y valorar la arqueología. De ser así, deberían ser considerados como un solo jugador y su antagonista cualquier otro cuerpo homogéneo. Tal parece que los únicos que podrían tener una concepción valorativa semejante serían aquellos arqueólogos que conciben a la sociedad como su enemigo. Y éstos no son precisamente unos cooperadores natos. De hecho, y como lo han probado los experimentos antes citados, es probable que ignoren que están actuando como si sus interacciones fueran parte de un complicado juego real. A mi juicio entonces, las observaciones plasmadas a lo largo del estudio indicarían tres estrategias puestas en práctica:

- obtención de un minimax;
- obtención de pagos secundarios;
- obtención de lo que el otro pierde.

Por desgracia para ellos, el dilema del prisionero no es un juego completamente antagónico. En realidad, supone una mezcla de objetivos conflictivos y objetivos comunes. Y el uso de estrategias mixtas más sofisticadas que la de esconderse y manifestarse al mismo tiempo. El problema entonces es cómo lograr la cooperación, dada de la competencia persistente. Vayamos, pues, por partes.

Las ampliamente compartidas costumbres de la evitación, la desconfianza y el secreto están asociadas precisamente a una estrategia de supervivencia o minimax. Ésta deviene del juego más común de obtener toda la reputación arrebatándosela a los demás. El arqueólogo o arqueóloga juegan así sobre seguro: no se obtiene mucho pero tampoco se pierde mucho. Elster (1989) utilizó la metáfora literaria de Ulises atado al mástil de su nave para sobrevivir al tentador cántico de las sirenas, justo para captar la seguridad de esta estrategia, invariable en el curso seguido. La actitud de atarse o recular al aula o al cubículo, así como la de preferir proyectos de baja intensidad (Tipo IV), sigue la misma línea estratégica. No obstante, hay que destacar que es una estrategia sumamente racional, pues supone que un adversario más ambicioso puede impedir una mayor fortuna si compite con él. Una modificación de esta

estrategia es la de buscar otros puntos de equilibrio con el mismo pago. Ello obliga al uso de estrategias mixtas, sobre todo si ya se desea un beneficio privado maximizado. Ankeny (citado por Davis, 1986: 58 y 68) ha señalado al respecto la conveniencia de un equilibrio entre el engaño y la seguridad, empleando la simulación y las acciones solapadas.[353] La actitud de servir a dos amos (Gándara, 1992: 165), jugando al descubrimiento monumental y sirviendo simultáneamente al cometido interpretativo de la disciplina como ciencia, coincide con este comportamiento ambivalente en términos abstractos. En la práctica, esta estrategia mixta es tanto más conveniente cuanto que el descubridor y el científico son igualmente reconocidos por el sistema de premiación a la arqueología mexicana.

Conforme crece la importancia del reconocimiento adherido al hallazgo arqueológico se hace factible introducir una nueva estrategia mixta, que lleva implícita cierta dosis de cooperación. Ello se observa en los proyectos altamente intensivos y verticales del Tipo I . En ellos, la magnitud del proyecto es correlativa de la magnitud del pago conseguido. Un gran descubrimiento paga un gran prestigio. Cuando es éste el caso, son practicables los pagos secundarios a los colaboradores del proyecto, esto es, compartir en medidas diferenciales y jerarquizadas el reconocimiento con el jefe de proyecto. Ello explica la fidelidad con la que los subalternos retribuyen a éste. Bajo los raros proyectos del Tipo III, la cooperación se incrementa, pero al mantenerse el sistema de reconocimiento dual, el sentido competitivo permanece a pesar de todo. Se entiende entonces por qué los miembros de un proyecto actúan corporativamente contra los miembros de otro proyecto competitivo, a pesar del egoísmo. Implica que se actúa egoístamente en grupo. Los estudiosos han resaltado una paradoja en los juegos bipersonales de suma no nula, que consiste en que la restricción del abanico de las posibilidades de elección, puede resultar ventajoso para fortalecer la propia posición, pues condiciona el comportamiento del contrario. Estos juegos permiten introducir promesas y amenazas al mismo tiempo. Schelling (citado por Deutsch, 1985: 98), al estudiar la estrategia de conflicto entre los bloques durante la Guerra Fría, observó esta mezcla de intereses. Pero asimismo que en un contexto así, la ignorancia, la temeridad, la pobre capacidad de comunicación o de plano la irracionalidad podrían ser ventajosas para los

[353] La estrategia de *simular el rastro en la arqueología*, tal como la ha sugerido Bahn (1993), a pesar de su sentido sarcástico, ilustra una serie de jugadas de engaño en las excavaciones y las publicaciones. Obviamente, los arqueólogos mexicanos no tienen el mismo sentido del humor como para ser capaces de burlarse de sí mismos.

contrincantes. De hecho, en situaciones de menor envergadura, es usual que se juegue al azar y sin razonar en absoluto.

Al penetrar de plano en estos juegos (como el de los "dos generales en combate"), la competencia se ha hecho la estrategia dominante. Ya no hay puntos de acuerdo posibles, sino que se procura ostensiblemente arrebatar los bienes y reputación a los demás. La concepción paramétrica del resto de los actores hace en verdad imposible imaginarse en el lugar del oponente y mucho menos asumir los beneficios sociales de la cooperación. Las pasiones de descubrir o de encumbrarse en el vértice honorífico corresponden a esta manera egoísta de jugar. A este respecto, la racionalidad social podría ser, por oposición, la expresión más pura del pensamiento estratégico, porque atempera las expectativas propias con base en las expectativas de los demás (Elster, 1989: 39). Empero, hay que reconocer que las pruebas aportadas al respecto son contradictorias. Y en ello difieren las computadoras y los experimentadores.

De acuerdo con las simulaciones del dilema del prisionero desarrolladas por Glance y Huberman (1994); Nowak, May y Sigmund (1995), y Lloyd (1995), existe en efecto una tendencia a la cooperación, pero ésta se hace más paradójica que nunca. Se observa así que la transición de la competencia a la cooperación (y viceversa) se produce rápida e inesperadamente. Todos coinciden en que la cooperación suele darse en grupos reducidos con intensa comunicación. Bajo organizaciones muy jerarquizadas, la cooperación está delimitada a grupos o facciones usualmente colocados en las jerarquías más bajas o bien, cuando se trata de poblaciones sedentarias, en grupos vecinales muy próximos territorialmente. La simulación espacial del dilema del prisionero se grafica como una especie de tapete persa, con patrones definidos de cooperación y defección coexistentes y de proporciones fluctuantes. Teóricamente entonces, la cooperación a pequeña escala puede evolucionar en estructuras más complejas, del mismo modo a como los individuos más cooperativos pueden dispersarse en la organización jerárquica para hacerla más eficiente para los intereses corporativos. Sin embargo, aquí existe la ominosa posibilidad de que esos individuos sean explotados por los actores que siempre persiguen maximizar sus ganancias personales. Lo usual es que se llegue a estados de equilibrio en situaciones en que muchos o pocos cooperan. Asimismo, que el tamaño crítico de un grupo y la amplitud de horizontes tiendan a circunscribirse en grupos reducidos. No es mera coincidencia entonces que las relaciones horizontales de reciprocidad ocurran en proyectos marginales de muy baja intensidad y composición social.

Los juegos llevados a cabo bajo control experimental arrojan resultados más contradictorios todavía. En ellos, hay la insistente tendencia a jugar egoístamente, por lo que los jugadores cooperativos están destinados al fracaso. Las variables usadas han sido la cuantía de pagos, la manera de jugar del compañero, la capacidad de comunicación y la personalidad. Según Davis (1986), quien ha hecho una síntesis de estas experiencias, las causas de ese comportamiento son precisamente la magnitud de los pagos y la posible ausencia de arbitraje. Pero aun cuando se elevaron los pagos a las respuestas cooperativas, fue sorprendente la frecuencia con que se eligió no cooperar. La desconfianza fue apareciendo también como factor influyente, junto con la dificultad para sincronizar acciones conjuntas bajo condiciones de incomunicación. Robert Axerold llevó a cabo entonces un experimento con personas familiarizadas y aun expertas en el dilema del prisionero. En ellas ¡todos jugaron contra todos! Pero las estrategias mixtas ganaron en complejidad. Hubo así quien siempre cooperaba, quien siempre defeccionaba, quien jugaba a lo Pavlov (ganar-estar, perder-salir) y a lo *tit for tat* (golpe por golpe o pago igual), es decir, según la antiquísima regla bíblica (ojo por ojo, diente por diente...). Al final, la estrategia ganadora fue esta última, aplicada por el mismo experimentador. En esencia, la estrategia dicta que se empieza cooperando y luego se repite lo que hace el competidor en cada jugada. Más en profundo, la estrategia combinaba cuatro variables: la claridad, la amabilidad o compasión, la provocabilidad o capacidad de respuesta enérgica, y el olvido o falta de rencor.[354] Otra vez, las viejas y mundanas pasiones del ser humano que, como en Descartes, son enfrentadas unas con otras.[355]

Sin embargo, esta estrategia teóricamente óptima –también conocida como "estrategia burguesa"– tiene serias fallas prácticas. Cualquier mala interpretación de la acción o un desliz egoísta pasajero puede desen-

[354] Es decir, clara en su simpleza; compasiva, porque nunca se inicia egoístamente; provocable, porque nunca deja a la defección sin castigo y falta de rencor, porque siempre está dispuesta a volver a cooperar si el otro actúa así.

[355] Juegos experimentales inspirados en la inteligencia emocional sugerida por el psicólogo Daniel Goleman indican que las emociones o pasiones no sólo son la base de la inteligencia racional, sino que son imprescindibles para desarrollar la capacidad de comprensión, la perseverancia y la destreza social. Los experimentos indican que dicha inteligencia emocional permite, precisamente, el control racional de las pasiones, antes que reprimirlas. Con todo, la clave de tal inteligencia es la conciencia de uno mismo, el ser inteligente a la hora de sentir, es decir, hacer lo que Aristóteles en la *Ética de Nicómaco*: es fácil enfadarse, pero enfadarse con la persona adecuada, en el grado adecuado, en el momento adecuado, en la forma adecuada y con el propósito adecuado, eso no es fácil. Para ello sirve la inteligencia emocional, que no se presta a medida numérica, pero se le advierte en acciones tales como las preferencias y elecciones; véase nota "Las emociones y no el cociente intelectual pueden ser la base de la inteligencia humana", *El País*, 8 de octubre de 1995, p. 27.

cadenar una "reacción en cadena" que induzca a fuertes pérdidas mutuas. Se ha calculado que cuando eso ocurre, la mitad del tiempo se coopera y la mitad del tiempo se defecciona. Los expertos en finanzas, mucho más realistas que los estudiosos, han sugerido a sus clientes recurrir a una estrategia de pago igual modificada: cooperar, sí, pero llevando un conteo riguroso de las veces que el otro traiciona mientras uno coopera, estrategia que se sostiene hasta que la relación costo-beneficio determine revertir por completo la estrategia cooperadora. Recomiendan también hacer decisiones interdependientes y de absoluta confianza mutua (Dixit y Nalebuff, 1991: 113 y 117). Pero son más elocuentes que sugerir un poder de arbitraje: hablan de castigar duramente a los egoístas y premiar a los cooperadores, haciendo de los pagos cuotas bien diferenciadas y desiguales. La cuestión es, entonces, quién impone el castigo y con base en qué poder. Ello nos remite a Hobbes, precisamente. En su caso, es muy obvio que el Estado y sus órganos represivos imponen la estrategia cooperativa a una sociedad conformada por actores ambiciosos. Como ya dijimos, en las comunidades científicas los comportamientos más egoístas han sido sancionados con la exhibición pública de deshonestidad. El problema es grave cuando las comunidades carecen de la autoridad o de los medios para obrar concomitantemente.

Hemos visto al respecto que el Consejo de Arqueología está lejos de ser la institución de arbitraje en los diferendos personales entre arqueólogos. El mismo cuerpo actúa como un solo arqueólogo afiliado a una sola idea de arqueología o bien en su interior los individuos se amparan en su poder corporativo para castigar a sus competidores. También se echa en falta la asombrosa inexistencia de instituciones intermedias de carácter profesional y que en un momento dado jueguen colectivamente según sus propios intereses. En este caso, el Estado no parece ser el mediador más idóneo, pues él mismo estimula el reconocimiento a ultranza del descubridor y, eventualmente, del interpretador. Aparte del problema del sistema de recompensas dual, el nudo gordiano parece estar en el concepto del pasado como monumento a la nacionalidad, concepto que aprisiona tanto a los arqueólogos como al poderoso Leviatán.

Otra vez, ¿cómo balancear la cooperación y la competencia en la arqueología mexicana? A lo largo de mi análisis he dejado entrever varias soluciones posibles, pero mi suscripción de la metáfora de la Esfinge me impide seguir este camino prescriptivo. Más bien deseo cerrar este primer círculo hermenéutico llamando la atención sobre la parábola de Navarrete y la ética de la situación dominante. Si bien abrigo serias

dudas sobre un posible *summun bonun* de consenso en arqueología mexicana, dadas sus características fenomenológicas,[356] es razonable suponer que en vez de imaginar a la sociedad como un enemigo común, se viera a la disciplina como un beneficio común. Ello bien podría incluir valores como el progreso de la interpretación teórica o la mejoría material de los arqueólogos. Un compromiso posible sería el de convertir una contribución minúscula al bien común a pesar de otra mayor para beneficio propio. O buscar que las ganancias conjuntas superaran a las individuales.

La fórmula de la *medida ética* de Birkhoff (1988), con su extrema simpleza ($M = G$, donde M es la medida ética y G el bien logrado), posee la extraña peculiaridad –considerando que viene de un matemático interesado en la ética y la estética– de que el bien obtenido implica elementos materiales e inmateriales. Entre éstos, destacadamente, la amistad y la confianza. Bajo el dilema de optar por lo social y lo personal, los valores inmateriales también están en juego. Y éstos se suman o restan al bien perseguido. Admito que no es irracional velar por los propios intereses, pero la fórmula de la medida ética indica que una acción unilateral puede conllevar una sustracción de sociabilidad que no puede eludirse. En consecuencia, sí se actúa irracionalmente cuando en aras de la autoestima hacemos suposiciones infundadas sobre la conducta e intereses de los demás, sobre la racionalización de los propios deseos o sobre las metas irrealizables que nos proponemos. De modo que cuando un arqueólogo o arqueóloga se apasionen por "coleccionar coros", trepando sobre cualquiera, harían bien en sopesar las palabras de Saavedra Fajardo de que las pasiones "levantan tempestades furiosas de afectos, con las cuales, perturbada y ofuscada la razón, desconoce la verdad y aprehende las cosas, no como son, sino como se las propone la pasión". Vista racionalmente la tradición científica de la Escuela Mexicana de Arqueología quizás caigamos en cuenta de que el bien más elevado a que puede aspirar la disciplina sea el de concebir a la propia arqueología como la medida ética máxima. Qué tanto consiga serlo, es algo que los futuros arqueólogos mexicanos decidirán.

[356] La definición exacta de las preferencias entre arqueólogos precisaría de uno o varios experimentos de laboratorio que dudo mucho que estén dispuestos a soportar. Como dice Embree, los arqueólogos no son lo suficientemente antropólogos para ser objetos de estudio. En Vázquez (1999), haciéndola de abogado del diablo de Kirchhoff, introduje un experimento de quebrantamiento inspirado en Garfinkel, que permitió demostrar que el concepto de Mesoamérica importaba moralmente tanto a sus partidarios como a sus críticos. Indirectamente, el fracaso para constituir un colegio profesional indica que la situación de competencia ilimitada sigue vigente.

Post Scriptum

ESTA OBRA guarda sus propias paradojas. Quiero decir que ha sido posible cuando ya era imposible. También que, contra los malos augurios, se mueve. Y que lejos de venir a dictar precepto alguno, abre la perspectiva de la comprensión de nosotros mismos. Sobre la primera paradoja diré que inicié esta pesquisa justo en el momento en que me había resignado a olvidarla. Sucede que habían pasado 3 años desde que la propuse como proyecto de investigación a mis entonces directores del Centro INAH Puebla y de la Coordinación de Centros Regionales, solicitando su aprobación.[357] Me dijeron, al primer año transcurrido, que se les había extraviado en algún escritorio; al segundo, que no resultaba prioritario. A la tercera negativa, mi jefe inmediato se sinceró ante el visible desconcierto reflejado en mi rostro: "Se ha echado usted a poderosos enemigos." No dijo más. Dio por sobreentendido su mensaje. Fue hasta que hablé con una arqueóloga miembro del Consejo de Arqueología que entendí realmente: me confió que el proyecto había sido vetado simplemente porque proponía una sociología de la arqueología, parte de un objetivo mayor de estudiar la condición de la investigación dentro del INAH. No había nada más que hacer. O cambiaba de proyecto, o mi doctorado se iba al traste. Sin apenas saberlo, estaba en graves aprietos. Por fortuna, no todo había sido tiempo perdido. Durante ese periodo me dediqué a indagar sobre la historia de la arqueología al mismo tiempo que sobre la comunidad científica de la que era miembro (Vázquez, 1993, 1994, 1995). Con todo, las perspectivas futuras no eran nada halagüeñas. Se imponía un urgente cambio de objeto de estudio.

[357] En el INAH, los recursos de la investigación son asignados presupuestalmente por el gobierno federal, no son conseguidos por los propios investigadores de otras fuentes de financiamiento.

Y así lo hubiera hecho de no ser porque el doctor Guillermo Bonfil, a la sazón coordinador del Seminario de Cultura del Conaculta, se interesó personalmente por el proyecto. Tras someterlo a dictamen, el seminario decidió brindarme apoyo financiero para realizarlo. Hoy lamento que no tuve la oportunidad de discutir con él los primeros avances de la investigación a causa de su inesperada muerte, acaecida por esos días. Y hasta la fecha me pesa el desencuentro porque creo que coincidía con sus planteamientos de una teoría del control cultural, base de su obra máxima, *México profundo. Una civilización negada* (1990 [1987]) y de otros ensayos más puntuales (Bonfil, 1993 y 1995). Esta coincidencia se podría sintetizar bajo la pregunta: ¿cómo constituir una cultura autónoma indígena si antes había sido enajenada por el monopolio estatal sobre su pasado? La misma cuestión había empezado a ser debatida entre mis colegas antropólogos del Instituto Nacional Indigenista, en relación con los primeros intentos de elaborar una ley indígena que viniera a reglamentar la reforma constitucional del artículo 4o., donde se consagra el principio del derecho colectivo de las comunidades étnicas de México. Si en *México profundo*... se establecía una relación retórica entre el pasado y presente de estas comunidades, de lo que ahora se trataba era de establecer derechos efectivos sobre el uso común de esos bienes públicos llamados monumentos arqueológicos de propiedad federal.

El Leviatán arqueológico vino a decir que la peculiar administración centralizada de patrimonio cultural, con fuertes resabios coloniales, impedía la constitución de esos derechos a sus legítimos herederos, al tiempo que condicionaba la actividad científica de la propia arqueología y de los arqueólogos que trabajaban bajo tal dominio. Esta *conclusión implícita* de mi investigación fue motivo suficiente para complicarme la vida como investigador del INAH. Antes, y con toda honestidad hacia mis colegas arqueólogos, ya desde su versión como tesis doctoral distribuí entre muchos de ellos los resultados conseguidos, gracias a una impresión en *offset* a cargo del sindicato de investigadores. Asimismo, bajo la misma ética comunicativa, les hice llegar sendos ejemplares ya de la tesis, ya del libro a varios altos funcionarios del instituto. Pero mientras que la respuesta de los arqueólogos de base fue abierta, la de los arqueólogos encumbrados en la administración del patrimonio fue declaradamente cerrada. De paso, lo que pudo derivarse en un sano conflicto interpretativo para un diálogo comunicativo, en realidad se convirtió en presiones nada veladas para acallarme. La primera edición de *El Leviatán arqueológico* debió hacerse gracias al apoyo desinteresado brindado por otro grupo de arqueólogos agrupados en el CNWS de Holanda. Su publicación coincidió exactamente con mi renuncia

como investigador del instituto. Ulteriores correcciones a esa edición las hice ya como miembro del CIESAS, mismas que ahora ofrezco con esta segunda edición.

Segunda paradoja. ¿Cuál ha sido entonces su movimiento a pesar de todo? Al respecto ha habido lo mismo críticas positivas que negativas. Las primeras han tomado la forma de comentarios hechos a través de diferentes recensiones o presentaciones de la primera edición del libro. Con la excepción de un largo comentario hecho por el doctor Fernando Leal Carretero en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de Puebla el 18 de abril de 1997, todas las demás han sido publicadas y son de acceso público.[358] Las segundas han sido en su gran mayoría de carácter informal –han ido de boca en boca–, pero sólo una se centró, por escrito, en la metodología etnocientífica usada. Corresponde a la de un dictaminador anónimo que supo captar algunas implicaciones de este enfoque, pero que critica desde la postura de ciertos "estudios antropológicos de la ciencia", con los que en verdad no coincide.

Si bien en el capítulo introductorio del libro procuré desmarcarme de la misma concepción que este crítico suscribe en mi contra, ahora convendría decir que de acuerdo con los conspicuos pensadores de esa corriente –sociólogos europeos luego relevados por los antropólogos culturales americanos–, la etnometodología, lo mismo que la antropología del trabajo científico ligada a ella, son culpables de sostener la "falacia ontológica" de las ciencias en general, a saber, aquella tesis que sostiene que no hay una realidad que no sea "construida socialmente" por los científicos, que invariablemente obrarán movidos por sus intereses específicos, pues todo lo suyo es subjetivo. Esto es lo que me dice también mi crítico: tu etnociencia peca de ser cientificista.[359] Más allá de su ignorancia relativa, el asunto no es trivial. Sociólogos tan encumbrados como Pierre Bordieu han secundado la estrategia retadora de sus pares que

[358] La de Fernando López Aguilar en *Cuicuilco* (9: 151-156, 1997); la de María Isabel Martínez Navarrete en *Trabajos de prehistoria* (2: 181-183, 1999); la de Blas Román Castellón Huerta en *Inventario antropológico* (6: 182-191, 2000) y en http://www.unilivre.org.br/centro/resenhas/Vazquez.html; por último Ignacio Rodríguez García hace prudentes comentarios dentro de su artículo "El presagio de un prestigio: un año de actualidades arqueológicas", *Actualidades Arqueológicas* (8: 5-7, 1996).

[359] "Es importante hacer esto –escribe mi crítico anónimo–, pues los estudios antropológicos de la ciencia (*sic*) han criticado a la etnociencia por su postura jerárquica al proponer que «otras culturas» tienen «etnociencia», mientras el etnocientífico hace «ciencia» (y por ello sus proposiciones son «verdaderas»)." Esta postura contradice la expuesta por Giddens desde 1976 (1997), en la que establece el dictum de que las dos actividades, la del científico y la del lego, no se mezclan, sino que apuntan a racionalidades diversas. ¿Cientificismo? No, nada de eso. En la crítica de Giddens a la etnometodología se establece la inadecuación de su postura conocida como "indiferencia metodológica" para efectos de la doble hermenéutica. Más aún, él asimila ideas etnometodológicas dentro de su teoría de la estructuración social (Giddens 1986).

dicen a la ciencia que es una falacia: "Esta descripción cuestiona evidentemente una hagiografía científica de la que participan a menudo y que necesitan creerse los científicos" (Bordieu, 2000: 63). Contradictorio, porque antes establece que "la sociología tiene todas las propiedades que definen una ciencia". ¿Hacen lo mismo los sociólogos de la ciencia, a pesar de que desafían a la ciencia? Tengo la sospecha de que sí, de que su reto nace más bien de un abierto resentimiento desarrollado en determinados contextos opulentos. Hacking (2001:159), mucho más prudente, llama a esto un "poderoso componente desenmascarador".

Pero, ¿por qué tanto atrevimiento? La respuesta es porque no hacemos una desconstrucción radical de la falacia objetivista del pensamiento científico. La antropología, tal como la entienden ellos, es "una construcción de ficciones acerca de una construcción ficticia" (Latour y Woolgar 1986: 282). Su etnografía, añaden, no es propiamente instrumental, sino "reflexiva", simplemente porque su interpretación "*no sabe cuál* es la naturaleza de la sociedad bajo estudio, ni dónde trazar los límites entre las esferas técnica, social, científica, natural, etcétera." (Latour y Woolgar, 1986: 278). El juicio "no sabe cuál", en vez de ontológico, es metodológico, y acaso el que más se confronta con el "requisito único de adecuación" postulado por la etnometodología en sus estudios del trabajo científico. Este requisito se sintetiza en que el sociólogo o el antropólogo *ha de ser competente* en la racionalidad expresada por los científicos. Es decir, lo obliga a *saber cuál* es la naturaleza de la organización bajo estudio, haciendo al observador capaz de distinguir lo que es social de lo que es objetivo, sin dejar de advertir sus puntos de contacto. Heritage (1991a: 339) lo ha condensado con estas alusivas palabras:

> De modo similar, es poco probable que un estudio etnográfico de un laboratorio científico llevado a cabo por quien no sea competente en el campo científico relevante aporte datos de interés sobre la organización de su praxis científica. En suma, gran parte de las actividades de una ocupación (...) le resultan opacas a un observador ajeno a ellas.

A partir de ese requisito de adecuación se sigue que si algunos antropólogos nos rehusamos a ser "tan antropólogos como ellos" es porque suponemos que el "punto de vista del nativo" dice mucho más del raciocinio del conocimiento local que lo que nosotros podamos decir en contra del mismo. Es más, nos negamos a hacerlo. Y no creo que sólo a causa de

un relativismo cultural duramente introyectado en nuestra disciplina –que es, por cierto, un relativismo débil, nunca radical hasta el escepticismo–, sino porque no nos cuestionamos, como Bordieu, si lo que hacemos es ciencia. Más bien es que partimos del supuesto de que no lo es, de que nuestro conocimiento pertenece al campo de la comprensión hermenéutica, interpretación que busca ser tan metódica y rigurosa como el método científico. Mas lejos de oponer comprensión hermenéutica y explicación científica, buscamos fusionarlas en un horizonte comunicativo que deje de confrontarlas como dos culturas (inconmensurables, singulares, totales) ajenas. Lo nuestro, en el campo de estudio de la ciencia, persigue los mismos cometidos que planteara Charles Percy Snow desde 1959: fundar una tercera cultura en el ámbito de las ciencias sociales (Le Bras, 2000; Apel, 1984; Snow, 1977).

Lo anterior nos lleva directo a la antropología y cómo entiende la cultura en esta situación. Es muy posible que los científicos aceptaran de buen grado admitir que la ciencia no está más allá de la cultura. O que ésta influya de una u otra manera en su proceder. Para la historia del evolucionismo, por ejemplo, Ruse (2001: 275) admite que este pensamiento no es menos cultural que otras creaciones humanas. De ello no se sigue que la ciencia sea subjetiva, y no menos aún, no realista. Una crítica muy razonable es decir que los ciudadanos necesitan comprender la ciencia y la tecnología como parte del proceso democrático. Éste es el argumento utilizado por Collins y Pinch (1993) cuando advierten que es imposible separar la ciencia de la sociedad, y que todo desplante cientificista necesariamente genera un movimiento anticientífico. Los errores, las consecuencias, las controversias de los expertos o la pésima enseñanza del conocimiento científico son cuestiones que por fuerza tocan a las instituciones sociales. La ciencia, dicen ellos, es como un Golem que en la sociedad tecnológica puede salirse de control. Por su parte, Sandra Harding (1998) tiene sobrada razón en sostener que las relaciones coloniales no han cesado de influir en la división internacional de la ciencia. Pero al pasarse del estudio social de la ciencia al estudio cultural de la ciencia las cosas se enturbian mucho más. La misma Harding pierde el contexto neocolonial para decir que las culturas ajenas conciben a la ciencia de manera por completo diferente. Seguimos siendo buenos salvajes. La suya es inhumana. La "tecnocultura americana" se convierte en una verdadera amenaza porque "permea (pero no determina) nuestro ser corpóreo, subjetivo y social" (Menser y Arnonowitz, 1996: 8). Y lo que antes era un conocimiento socialmente construido ahora es un conocimiento culturalmente construido –mucho más

inmanente y avasallador que nunca–, si bien deban confesar a regañadientes que así visto el conocimiento están en rumbo de la descontextualización, la abstracción y la autorreflexión (Nelkin, 1996:35). Y yo agregaría del conservadurismo. Me cuesta trabajo creer que los mismos antropólogos involucrados no se den perfecta cuenta de que su cruzada por la desmitificación de la "tecnociencia" coincide con una giro derechista en su sociedad, giro que coincide con el recorte de fondos públicos a la ciencia pura. Y de que la Guerra Fría ha regresado con nuevos ropajes antiterroristas y orientalistas, incluida la buena ciencia militar. Pero esto es un exceso de contextualización que no parecen dispuestos asumir. No son tan radicales como para enemistarse con su patriotismo.

A este respecto, me parece sumamente indicativo que en las polémicas sostenidas entre científicos duros y científicos sociales –las benditas guerras de la ciencia– aparezca una y otra vez el reclamo de ignorancia de la cultura científica hacia quienes dicen ser especialistas en la "ciencia de la cultura". Pero mientras Ruse (2001: 18) habla en general de una "oposición basada en el prejuicio, el miedo y, sobre todo, en una absoluta ignorancia", Sokal y Bricmont (1999: 136-137), al abordar en detalle lo que Bruno Latour dice contra de la teoría de la relatividad de Einstein, ellos muestran que su pretendida comprensión no pasa de ser una analogía mal formulada entre física y sociología (¡otra vez el positivismo con ropajes posmodernos!), que sólo podía elucubrar alguien que carece de la más mínima familiaridad con el conocimiento desarrollado por la física teórica. Y así con el resto del conocimiento científico en sus distintas expresiones disciplinarias.

No es casual por lo tanto que cuando me ocupo del sistema de premiación entre arqueólogos en los dos capítulos finales de *El Leviatán arqueológico*, no me concreto a describir los beneficios específicos perseguidos socialmente por ellos (prioridad del descubrimiento, prestigio, competencia, etcétera), sino que, atento a sus razones para actuar, recurro a una teoría racional alternativa, la teoría de la elección racional, inspirada en la teorización de los juegos por los matemáticos. Si bien ahí destaco la solución cooperativa o de equilibrio de los mismos juegos, en especial del dilema del prisionero, y con ellos la importancia de una ética de la situación de competencia en la que están inmersos, me hago cargo de que la estrategia ganadora *más racional para ellos es la de no cooperar*, que es tanto como afirmar que en una ciencia constituida de descubrimientos impactantes, la prioridad del descubrimiento arqueológico es absoluta, es su valor máximo, social y cognitivamente hablando. Es, por así decirlo,

una ética de la ganancia a ultranza. Una vez comprendido este doble imperativo (social y cognitivo), advierto, como lo ha hecho Poundstone (1995: 22), que bastaría aprender que el dilema del prisionero tiene otra solución ventajosa pero menos dañina (cooperar y competir simultáneamente), para reconocer su extraordinaria importancia en la organización de las sociedades humanas, inclusive en el trabajo cotidiano del científico.[360] La pertinencia de esta enseñanza ha llegado finalmente a enciclopedias antropológicas –al menos en el caso de la editada por Adam y Jessica Kuper (Dowding, 1996)–, nada distinto a como antes se implantó en la economía, la biología, la sicología, el derecho y la propia sociología.

Vuelvo a mi crítico. Exige saber desde qué punto de vista observo la realidad descrita, mejor aún cuál es mi "peculiar posición", que se le antoja revanchista, y hasta peligrosa para "personas en posiciones subalternas o socialmente desfavorecidas dentro de las instituciones que estudió". Pasa de largo que compartí condiciones de membresía con los arqueólogos durante una veintena de años, y de que yo mismo me adiestré bajo el programa de investigación conocido como "antropología integral",[361] rasgo característico que distingue a la ENAH de muchas otras escuelas de antropología, en que la especialización temprana es antecedida por una socialización común en tales especializaciones terminales. De hecho, desde fuera de México, esta peculiaridad es vista, para el caso de los arqueólogos, como el entrenamiento bajo una "arqueología antropológica". Semejante apreciación la capté con toda nitidez trabajando entre los arqueólogos españoles, entre quienes resulta extraño, aunque no inadecuado, una arqueología así pensada (Vázquez, 1996a). Cabe pues la pregunta de si los antropólogos sociales surgidos de la ENAH no habrán sido entrenados en algo así como una "antropología arqueológica". O bien en una suerte de antropología social con influencias etnológicas, lingüísticas, biológicas e históricas. De estar en lo correcto, no sería sino hasta la ulterior institucionalización de la antropología social (Vázquez, 1998), que esa especialización ha sido llevada a sus últimas consecuencias disgregativas respecto a tal programa de investigación integral. Pero es sintomático que el CIESAS siga atrayendo a etnohistoriadores, lingüistas y sociólogos junto a los antropólogos sociales. A fechas recientes también se

[360] La estrategia mixta de cooperar y competir (también conocida como "burguesa" o "ley del Talión"), descubierta por Robert Axerold, fue experimentada en 200 juegos con personas que ya sabían en qué consistía el dilema. En ese experimento, el éxito de la estrategia se basó en invitar al oponente a cooperar, pero castigar sin falta su defección.

[361] Se reconoce que fue Manuel Gamio, por influencia de Boas, quien originó este programa. Es interesante saber que Gamio mismo lo personificaba. Él trabajó durante años como arqueólogo, para luego dedicarse a la etnología, a los estudios demográficos de la migración y a la antropología social indigenista.

están agregando arqueólogos en proyectos de investigación integral. No obstante todo lo dicho, habría que puntualizar algo más sobre esta mezcla aparente de enfoques. Empezaré por la etnometodología, que tanto inquieta a mi crítico anónimo.

Ni por error podría suscribir el pensamiento de que una ciencia social se permita someter a juicio a cualquiera de las ciencias físicas y formales. Eso, para emplear términos de Bordieu, equivale a un "imperialismo sociológico". Desde aquí empiezan las diferencias entonces. Ningún estudio etnometodológico estará dirigido a formular o argumentar correctivos. Se puede autoproclamar como "la ciencia de los etnométodos", pero nunca en su juez.[362] Como apuntara Harold Garfinkel, incluso si tales estudios son hechos como ironías, resultan inconvenientes. La llamada "indiferencia etnometodológica" es uno de sus requisitos esenciales de esta aproximación naturalista, que busca abstenerse de formular juicios sobre la adecuación, valor, importancia, necesidad o utilidad del conocimiento comprendido. Lo que en verdad concierne a la etnometodología es el estudio organizacional del propio conocimiento de los miembros de un grupo sobre sus asuntos cotidianos, sus empresas y cómo ese conocimiento contribuye a ordenar su existencia social. Garfinkel lo expresaba con estas palabras:

> Eso es lo que concierne a la etnometodología. Es un estudio organizacional del conocimiento de un miembro sobre sus asuntos ordinarios, de sus propias actividades organizadas, y donde ese conocimiento es tratado por nosotros como parte del mismo ambiente, que también lo hace ordenable (Garfinkel, 1975: 18).

En algún momento se jugó inclusive con el nombre de neopraxiología a causa de su interés por conocer al conocimiento ordinario en su contexto de uso cotidiano. Luego, si ese conocimiento es dado como existente de entrada, entonces es admisible aseverar que todo grupo es capaz de comprenderse, describirse y analizarse a sí mismo. Se sigue desde esta perspectiva, que la llamada *arqueología de la arqueología* sería uno de esos etnométodos propios de la reflexividad de los arqueólogos. La historia de la arqueología parece ser el camino más accesible para ella. No es extraño por lo tanto que de la historia de la arqueología se transite con

[362] "El proyecto científico de la etnometodología es analizar los métodos o los procedimientos que la gente usa para conducirse en diferentes sucesos que realizan en sus vidas cotidianas. La etnometodología es el análisis de los métodos ordinarios que la gente ordinaria emplea para realizar tales acciones (...) La etnometodología puede, entonces, definirse como la ciencia de los etnométodos..."(Coulon, 1995: 2).

llaneza al papel estructurante del nacionalismo o del romanticismo en el pensamiento arqueológico y de éstos al abordaje del contexto político de desempeño, los grupos étnicos actuales, el saqueo y la falsificación, el turismo y la conservación, incluso al papel del género dentro de la disciplina (Díaz-Andreu, 1997: 36-38; 1999: 115-138; 2000: 189-215; Díaz-Andreu y Sorensen, 1998; Díaz-Andreu y Champion, 1996; Khol y Fawcett, 1995; Trigger, 1995; Bahn, 1999: 1-19 y 353-373). Se apreciará a todas luces que éste ha sido exactamente el mismo derrotero que he seguido en mi rastreo de estudio.

Otro etnométodo ordinario es el de la reflexividad epistemológica, terreno en el que encontré varios aportes hechos por el grupo de arqueología social reunido alrededor de Manuel Gándara. Se entiende así por qué hago una constante referencia a los trabajos de él y de otros miembros de ese grupo. Que los arqueólogos han emprendido esfuerzos comprensivos de su propia disciplina lo prueban ciertas tradiciones críticas que han venido abordando la historia social, el contexto sociopolítico y la filosofía de la arqueología, todo ello desde su propio punto de vista (Pinsky y Wylie, 1989). En nuestro país estas tradiciones están apenas esbozadas en algunos trabajos dispersos. Es sintomático que casi todos provengan de la tradición de la arqueología gubernamental, dentro de la cual siempre han tenido escasa recepción, acaso por desear renovarla políticamente, pretensión destinada al fracaso dado el apabullante peso político que ejerce el efecto combinado del monopolio estatal del pasado y su administración burocrática bajo los que trabajan. El trabajo más sobresaliente de todos es el de Gándara (1992 [1976]), de índole epistemológica y sociopolítica, que el mismo autor reconoce debe ser complementado con una sociología de la arqueología. Mucho más centrado en el tratamiento de los problemas teóricos y metodológicos para la construcción de inferencias de alto nivel a partir de los registros arqueológicos, es el trabajo de López Aguilar (1990 [1984]), que apunta hacia una competencia teórica deseable. Antes que ellos, un grupo pionero de arqueólogos de la entonces Dirección de Monumentos Prehispánicos (Braniff *et al.*, 1983) intentaron un diagnóstico de su experiencia, diagnóstico en parte histórico y en parte sociopolítico, pero que, por desgracia, dejó inconclusos sus objetivos al anteponerles un interés normativo, pensado para establecer una política de investigación explícita. Esta línea político-académica fue continuada por López Aguilar (1988) y plasmada en la propuesta de Rodríguez y González (1991 [1996]), también orientada a fincar una alternativa política distinta a la de la arqueología monumental, pero esta vez basada en una encuesta aplicada al personal de la ex Subdirección de Estudios Arqueológicos del INAH.

Un procedimiento sociológico similar fue aplicado con la intención de intervenir conductivamente en la profesionalización de la arqueología de salvamento, si bien, junto con la encuesta, iba implícita una historia de esta especialización.[363]

Del mismo autor (López y Pulido, 1991) tenemos una revisión de los planes de estudio de la Especialidad de Arqueología de la ENAH (a nivel de licenciatura) entre 1941-1991, esfuerzo que anuncia una futura etnografía de la socialización profesional del estilo de Levinson (1991), pero de momento inclinada hacia el estudio temático, parecido al sugerido desde la historia de la ciencia por Holton (1985), sin adoptar de plano su metodología, que Holton mismo equiparaba a la del antropólogo social o del etólogo. Quizás la mayor afluencia de trabajos reflexivos la encontremos en la historia y la sociopolítica de la arqueología (Panameño y Nalda, 1979; Gándara, 1980-1981; Gándara *et al.*, 1985; Gándara, 1991; Morelos *et al.*, 1991: 15-28; Ruiz, 1992 y 1993; Rodríguez, 1993). Como quiera que les evalúe, esta serie de trabajos tienen en común recurrir a otras disciplinas de estudio social o humanístico (historia, sociología, política, filosofía), que rebasan el preterismo[364] obligatorio de su disciplina, al tiempo que reflejan su propia visión del mundo. Es notable asimismo que algunas de estas aproximaciones internas hayan logrado superar con extraordinaria naturalidad la idea de que las condicionantes sociopolíticas son "aspectos externos" de la disciplina, al tomar conciencia de que "no existe trabajo arqueológico sin una vinculación con la realidad que vive el arqueólogo" (Panameño y Nalda, 1979: 113), lo que es tanto como interiorizar a dichas condicionantes, aunque se les siga viendo como predominantemente políticas.

En gran parte debo a ellos mi exploración y aplicación de ciertos filósofos de la ciencia que habían empezado a popularizarse en su práctica. Lejos de desmarcarme, lo que sí hice fue llevarlos a sus últimas consecuencias. Fue el caso de Imre Lakatos, y hasta cierto punto de Thomas S. Kuhn. La comparación de programas de investigación teóricos y de los proyectos arqueológicos prácticos fueron hechos respetando la metodología lakatiana, y no tanto porque fuera mi preferida. En lo personal, me siento mucho más atraído por la metodología del análisis estructural de la ciencia que, sin dejar de interesarse por la epistemología, apunta mejor hacia la ontolo-

[363] Su autor dejó a medias esta indagación (relativa a su tesis de su maestría en etnohistoria), por lo que sólo conozco los avances que me facilitó hasta antes de hacerse cargo de la Subdirección de Salvamento Arqueológico del INAH (López Wario, s.d.).

[364] De pretérito. Prefiero este neologismo a emplear la palabra "arcaísmo" mucho mejor, pero con connotación de "anticuado", aunque de antigüedades se trate.

gía de la práctica científica. Pero en vista de la regla metodológica asumida, elegí mejor la de los etnométodos que estaban siendo explorados por estos arqueólogos. Sólo en uno de los casos abordados me permití introducir algunas ideas avanzadas por Ulises Moulines.

Fue esto posible porque el propio Lakatos apelaba al uso de reconstrucciones racionales, históricas, basadas en la evaluación de sus textos más caros, en los que se expone al conocimiento científico en toda su pureza. Si fue posible articular este proceder con el análisis estructural, fue porque éste sostiene a su vez que lo que hace tal análisis es una interpretación de las interpretaciones, una teorización de las teorías, por ende algo emparentado con las ciencias sociales (Moulines, 1982). Y asimismo porque se basa en el análisis lógico de artículos y libros, especialmente de los libros de texto, clave para comprender aspectos esenciales de las disciplinas científicas, porque no sólo sabemos a través de ellos sobre la estructura formal de una teoría y de sus términos de referencia, sino sobre todo su uso normal.

Una de las críticas que mi aplicación de la metodología de los programas de investigación originó de inmediato fue que la arqueología del INAH quedaba rezagada en resultados heurísticos con respecto a la arqueología de la UNAM. Ésta fue la lectura que hizo el doctor Enrique Nalda, a la sazón a cargo de uno de los proyectos especiales. La comparación de resultados de ambas instituciones me sigue indicando que estaba en lo cierto. No obstante, en su airada crítica –que nunca puso por escrito, sino que me la comunicó verbalmente en sus oficinas– dijo algo que en efecto subestimé. Hizo referencia a la dinámica que había adquirido la arqueología maya, que es verdad trato de manera superficial. Si no lo hice en su momento, ahora admito la falta de ese abordaje. Pero igual se podría decir de otras zonas mesoamericanas y no mesoamericanas que ameritan un tratamiento aparte cada una, con la salvedad del occidente de México, que sí encaré. No obstante, convendría con él en que pasé por alto un tópico más importante y que estaba presente en la discusión de la incomensurabilidad lingüística de Kuhn: la especialización de campos en el seno de las comunidades científicas.[365] Esta evolución del conocimiento genera grupos que gradualmente instrumentan sus propias revistas, discusiones, departamentos y hasta léxicos distintivos (Kuhn, 2000a: 90-104). En lo que a la arqueología realizada en México se refiere, convendría sopesar el fe-

[365] Bahn (1999: 355) observa que la especialización en el seno de la arqueología mundial está fragmentando a la ciencia en una diversidad de investigaciones, ideas y estrategias que, en ocasiones, impiden la comunicación en la transmisión de resultados entre arqueólogos.

nómeno de que revistas especializadas tales como *Mesoamérica* o *Ancient Mesoamerica* estén inmersas en este proceso de especialización que acaece entre los arqueólogos de lo maya.[366]

Es relevante decir a continuación que toda vez que la etnometodología ha abordado estudios de grupos científicos lo ha hecho de manera análoga a la de estos los filósofos de la ciencia. Cuando Garfinkel y sus alumnos se ocuparon de los astrofísicos que estudiaban los pulsares lo hicieron grabando su conversaciones cotidianas, leyendo sus notas y sus publicaciones y comprendiendo la explicación de sus resultados. Sus descubrimientos dejaron de ser construcciones elaboradas con un interés social inmediato, para percibirlos como afirmaciones del mundo real, luego objeto de la acción práctica de la ciencia. Optaron, incluso, por llamarles "estudios del trabajo" en vez de "estudios sociales" de la ciencia. Y consiguieron demostrar que la actividad científica objetivaba a tal punto su actividad sociocognitiva, que percibía como natural recursos metódicos que ellos mismos elaboraban para explicar la realidad. No se trataba, como dijera Bordieu (2000), de que la sociología confronte la cientificidad de los científicos para reivindicar la propia cientificidad del sociólogo. La etnometodología del trabajo científico no es prescriptiva en ese u otro sentidos. Ni tiene necesidad de saberse por encima de nadie. Es más, reconoce tal racionalidad científica a pesar de sus condicionantes socioculturales y cómo ésta se adecua a sus reportes, descripciones y evidencias, de la misma manera a como un grupo de jurados, sin ser ellos mismos juristas o abogados, se desempeñan tan conocedores del campo como si fueran especialistas (Garfinkel, 1975: 15-17).

Tal como lo asentaba en el capítulo introductorio, la antropología posmoderna de la ciencia ha crecido de modo impresionante en los últimos años (Harding, 1998; Rabinow, 1997; Marcus, 1995; Aronowitz, Martisons, Menser y Rich, 1996; Ross, 1996). Por contraste, los aportes de la antropología del trabajo científico siguen siendo "marginales" (en los términos que alguna vez empleara Horowitz [1968] para distinguir entre "sociólogos principales" –que están el centro de las disputas y la teoría– y los "sociólogos marginales" –ocupados en labores cotidianas) sin dejar por ello de iluminar tanto la racionalidad como la experiencia en que se condensa. La entometodología sigue siendo marginal en ese sentido cotidiano, luego ha de buscársele sobre todo en las tesis de posgrado. Invariablemen-

[366] Desconozco si Quetzil Castañeda, en su libro *In the Museum of Maya Culture. Touring Chichen Itza* (1996), y del que sé generalidades, haya cubierto este fenómeno al que hago referencia. Para un comentario al respecto, véase Leone (2001: 582-584).

te, en cada uno de estos casos se ha precisado del requisito único de adecuación por parte del antropólogo. Este requisito obliga a que la incursión en los campos de conocimiento abordados precise de observadores con entrenamiento previo en los mismos. Así, para tratar la enfermedad de modo intercultural (Good, 1997) ha sido un médico el que ha podido discutir la racionalidad de la medicina cuando está de por medio la diferencia cultural. Un estudio muy próximo a éste es el de las decisiones eutanáticas por parte de médicos colocados bajo situaciones sociales críticas en un hospital de Guadalajara (Vega, 2000). Esto en el campo de la antropología médica y del trabajo médico. Pero hasta el estudio efectuado por una arqueóloga (Zepeda, 2000), entre grupos campesinos que poseen su propio y muy eficaz etnométodo para descubrir cientos de tumbas de tiro en Nayarit –ahí donde los arqueólogos profesionales por lo regular fracasan, exaltándose al descubrir sólo una por accidente–, no oculta la necesidad de una preparación previa como requisito comprensivo. Que los descubrimientos de estos saqueadores sirvan para traficar con el patrimonio cultural es un asunto social y jurídico que no puede ocultar la existencia de un etnométodo local.

Ahora bien, aparte de los etnométodos, otro de los componentes propios de la etnometodología es la "indexicalidad" del lenguaje, esto es, que éste adquiere sentido dentro de su contexto de uso. La idea viene de Wittgenstein, y asimismo de Malinowski (Gellner, 1998). Pero en el presente se ha desarrollado a través de la etnografía del habla (Duranti, 1992). Bajo esta perspectiva se concibe que el mundo social es constituido a través del lenguaje, y permite establecer una fuerte relación entre la acción social y el uso del lenguaje en la vida cotidiana de una comunidad lingüística concreta. Si bien mi aproximación a este aspecto ordinario de la existencia fue en mucho intuitiva, lo hice atendiendo a las conversaciones naturales de los arqueólogos, mediante las que me enfoqué especialmente al uso de sus metáforas más consistentes, que eran las ligadas a sus proyectos de trabajo de campo. La primera vez que expuse la metáfora experiencial de *la arqueología es guerra* (Vázquez, 1996: 31-46) me sorprendió el carácter constitutivo de esta etnografía que permitía la convergencia de mi investigación y de la reflexividad de los arqueólogos acerca de la ligazón de su lenguaje con las acciones que emprendían. Más tarde relacioné (mediante la observación) al lenguaje y la acción con la constitución de una estructura social muy jerarquizada, y que en efecto coincidía con una especie de rangos altamente valorados, la cual dotaba de gran coherencia al lenguaje metafórico, y lo hacía traducirse en actividad organizada.

En efecto, su lenguaje hacía cosas. Pero igual ocultaba los aspectos cooperativos de la actividad científica, de ahí mi énfasis en la solución no egoísta de sus juegos de competencia real.

A pesar de ser ampliamente reconocido que una de las mayores influencias que experimentó la etnometodología fue la sociología fenomenológica y comprensiva de Alfred Schütz, sus seguidores obviaron mucha de la herencia hermenéutica que se les legó por esa vía. Así las cosas, no sólo hice referencia a una "fenomenología de la arqueología" –esto es, la experimentación del mundo de modo intersubjetivo entre sus miembros por medio del lenguaje–, sino que destaqué con más fuerza el uso de la hermenéutica ontológica. Sobre el particular, resultará a primera vista una pieza insólita el que Gadamer comparta créditos con Lakatos, un popperiano. No lo es si admitimos, con Popper, que la interpretación y la comprensión están anclados en su "mundo 3" –el mundo de las ideas en sentido objetivo–, lo mismo que las explicaciones (teorías) del mundo de los objetos físicos. Toda interpretación, por más subjetiva que pueda ser, hace referencia a ese "mundo 1", de las cosas físicas.[367] Pero si no percibo una exclusión entre Lakatos y Gadamer, mucho menos la encontré entre fenomenología y comprensión. Justo una apreciación análoga a esta ha sido desarrollada por la crítica positiva efectuada por Giddens para con Garfinkel y la hermenéutica (Giddens, 1997).

Mención especial requiere entonces la indagación de Lester Embree (1989, 1989a, 1992), un filósofo fenomenólogo que estudió la tradición de la arqueología teórica norteamericana, investigación que mantiene semejanzas técnicas y conceptuales con mi estudio de la tradición arqueológica mexicana. Aunque Embree insiste en denominar a su estudio como "metaarqueología" para distanciarse de la filosofía de la ciencia, es innegable que sus preocupaciones van dirigidas hacia el esclarecimiento de las cuestiones lógicas, epistemológicas, metafísicas e históricas encaradas por esta tradición: "Metaarqueología parece ser un buen nombre genérico para una investigación secundaria, reflexiva y no sustantiva de esta clase", dice él (Embree, 1989: 35). Advierte, empero, la diferencia entre una "metaarqueología filosófica" hecha desde fuera y una "metaarqueología arqueológica" hecha desde dentro de la disciplina. Su repaso de los aportes ofrecidos por ocho filósofos y arqueólogos con inclinaciones fi-

[367] "Por lo tanto, lo que me separa de Gadamer, es una mejor comprensión del «método» de las ciencias naturales, una teoría lógica de la verdad y la actitud crítica. Pero mi teoría es tan antipositivista como la suya, y he mostrado que la interpretación textual (hermenéutica) utiliza métodos genuinamente científicos" (Popper, 1995: 123).

losóficas (Embree, 1992a), no deja lugar a dudas sobre las diferencias que median entre ambas aproximaciones. Mientras los arqueólogos tienden a asumir filosofías positivistas o postpositivistas, los filósofos simpatizan por las fenomenológicas y hermenéuticas.

Técnicamente hablando, los recursos de Embree fueron la encuesta, la historia social, la etnografía (incluyendo observación y entrevista) y la interpretación textual. Consciente de su carácter externo, admite, como fenomenólogo, la necesidad de mantener la distinción entre sujeto y del objeto, sin adoptar una posición realista ni idealista. Dado que el gran tema de la fenomenología del conocimiento es, como advierte José Ferrater Mora (1990: 1145-1153), la descripción del acto de conocimiento como acto cognoscitivo, a Embree le interesa saber concretamente cómo se hace la arqueología científica, aun cuando confiese que "los arqueólogos no parecen ser lo suficientemente antropólogos como para fascinarse con el prospecto de ser sujetos de estudio etnográfico" (Embree, 1989: 29). Pese a ello, su objeto son los métodos de estudio de esta tradición, cómo se relacionan éstos arqueólogos con sus respectivos objetos de estudio, fenomenológica e internalistamente, tal como podría ser el caso, por ejemplo, de su empleo de la observación arqueológica (Embree, 1989a: 70-74; 1992: 165-193). En suma, se podría decir que sus propósitos de conocimiento filosófico prevalecen, independientemente de los fines normativos de una filosofía de la arqueología realizada por los arqueólogos para sí mismos.

En mi caso, el concepto de tradición arqueológica que aplico para referirme a esa suma fenomenológica de objetos y ocurrencias del mundo experimentado por los arqueólogos, me permite establecer un vínculo entre las instituciones sociales y las acciones cotidianas de arqueólogos individuales. ¿Significa esto que la tradición es un concepto lejano a la vida cotidiana de estos actores? No lo creo, excepto que ellos le dan el nombre mucho más próximo de linaje, esto es, "una sociedad que comparte características de conducta, de comunicación simbólica, de valores y que reconoce ancestros comunes" (Litvak, 1996: 289). El lector apreciará a esta altura por qué la hermenéutica de la tradición de Gadamer (1977) me resultó especialmente instructiva para tomar al etnoconocimiento arqueológico como un primer nivel de interpretación. Me hizo reparar en la existencia de las tradiciones como realidades históricas del ser, trascendentes a la correlación objeto-sujeto. Adicionalmente, Gadamer puso de relieve la fuerza de la tradición racional: la más auténtica y sólida de las tradiciones no se desarrolla en virtud de la persistencia del pasado, sino

debido a reiteradas renovaciones (y hasta subversiones) que la cultiven, adapten y la hagan aceptable. Aunque este concepto pareciera ser la antítesis conservadora del concepto de revolución científica, hay que señalar que se ha venido popularizando entre los mismos filósofos de la ciencia, junto con antropólogos que se han propuesto desentrañar su complejo proceso de adquisición, memorización e interacción social (Velasco, 1997; Laudan, 1985; Boyer, 1990; Palerm, 1967, 1974, 1976 y 1977).[368] Aunque en la presente edición he excluido el estudio de la tradición etnológica alemana y su reproducción dentro del mesoamericanismo que congrega a buena parte de la arqueología mexicana (Vázquez y Rutsch, 1997; Vázquez, 1999), praxis y comprensión son reunidos aquí bajo el concepto de tradición.

Nótese, por último, que esta vez por vía de la hermenéutica textual, volvemos al asunto de la literariedad del trabajo arqueológico.[369] Si me impuse la tarea metódica de leer una masa enorme de artículos, libros e informes fue porque deseaba comprender a fondo el conocimiento de los arqueólogos. Nada de éso hubiera sido necesario de haber sido un completo extraño a la arqueología. Es verdad que, siendo yo mismo investigador del INAH, se me impidió consultar el archivo del Consejo de Arqueología. O que se hizo caso omiso de una encuesta dirigida a los proyectos especiales, entonces en el centro del espectáculo del poder patrimonialista. Así y todo, la vía textual de comprensión me permitió superar estos obstáculos para propio beneficio del enfoque etnometodológico utilizado, resultando en lo que se conoce como "método documental de interpretación" entre etnometodólogos de la pedagogía.

Pero todo hermeneuta sabe a la perfección que la comprensión del otro –sea un texto, una cultura, un grupo o una historia– conlleva la simultaneidad del fenómeno de la comprensión de uno mismo. Gadamer ha utilizado las palabras de Kant para resaltarlo: somos ciudadanos de dos mundos, el saber y la experiencia, y sin embargo, hay una vinculación del intérprete con el sentido que intenta comprender, que sería otro sentido de objetividad que en el caso de las ciencias naturales (Gadamer,

[368] Habermas (1989: 105) ha criticado la absolutización de la tradición al momento de trascenderla, preocupación que comparto ante el arraigado tradicionalismo: "Cuanto más sean las tradiciones culturales las que de antemano deciden qué pretensiones de validez, cuándo, dónde, en relación con qué, por quién y frente a quién tienen que ser aceptadas, tanto menor será la posibilidad que tienen los propios participantes de hacer explícitas y someter a examen las razones potenciales en que basan sus tomas de postura de aceptación o rechazo."

[369] "Literariedad" me parece un término más adecuado al de "alfabetización" de uso común. Ya que es algo más que la capacidad de lectoescritura, me refiero con ello a la capacidad de crear y comunicarse por medio de textos especializados.

1990: 110). La misma doble motivación exegética de la hermenéutica ha sido denominada como el efecto combinado de una "voluntad de escucha" y una "voluntad de sospecha" (Ricoeur, 1987 y 1992). El punto en cualquier caso es que siempre habrá un encuentro con uno mismo, reconociendo lo común en los otros y los de otra clase. La misma etnometodología no podría alejarse del asunto de la comprensión de nosotros mismos. Desde luego lo hace manteniendo una versión débil de la relación sujeto y objeto, pues persigue una visión íntima de un mundo social particular. "Para hacerlo es necesario estar tanto en una posición externa y ser participante en las conversaciones naturales en las que emergen las significaciones de las rutinas de los participantes" (Coulon, 1995: 48). Pero si asume algún involucramiento como estrategia necesaria de investigación, la comprensión no sólo buscará explicar los métodos realizados en todas las prácticas sociales, sino comprender las propias.

En el capítulo final del libro digo algo así como que los arqueólogos se han adelantado a lo que hoy es una práctica común de la ciencia posacadémica: su involucramiento con el mundo de la política, de la política cultural, de la política de investigación. Para Ziman (1999) este nuevo mundo intrépido reclama un mayor control ético sobre prácticas intensamente individualistas y cada vez menos comunitarias entre los científicos. Ya que coincidimos, su apreciación nos sirve para cerrar el círculo de esta indagación. Estando en ese punto, nunca estará de sobra decir que el dilema del prisionero de los arqueólogos es también nuestro dilema. Y que sus dificultades con el absolutismo leviatánico de la administración patrimonial pueden ser equivalentes a las dificultades con la administración de la ciencia y la tecnología, hoy también interesada en una "ciencia práctica", si no más al servicio de una burocracia nacionalista, sí para el usuario empresarial de vocación global que ha venido a apoderarse de México. En suma, estoy afirmando que tenemos que aprender de la experiencia de los arqueólogos. Y apreciar lo que tenemos de común. Quizás porque nosotros mismos hemos que lidiar con nuestro Golem empresarial. El Golem, en la mitología judía, es una criatura poderosa pero potencialmente peligrosa. El Leviatán en cambio es poderoso pero descuidado. Así las cosas, puedo decir que lo extraño que una vez me resultaron los arqueólogos ahora me resultan cercanos.

Bibliografía

ACERO, Juan José, "Las metáforas y el significado del hablante", en *Historia, sociedad. Homenaje a Emilio Lledó*, Barcelona, Editorial Crítica, 1989: 302-312.

ACOSTA, María del Rosario y Gabriela Uruñuela, "Los restos óseos humanos de Atoyac", en *Transformaciones mayores en el Occidente de México*, Guadalajara, UDEG, 1993: 183-205.

ADAMS, Richard E.W, *Prehistoric Mesoamerica*, Norman, University of Oklahoma Press, 1992.

ADORNO, Theodor W., "The Sociology of Knowledge and Its Consciousness", *The Essential Frankfurt School Reader*, Oxford, Basil Blackwell, 1978: 452-465.

AGUIRRE V., Óscar, "Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicos", en Jaime Litvak *et al.*, *Arquelogía y derecho en México*, México, UNAM, 1980: 133-149.

ALCINA FRANCH, José, "La arqueología clásica frente a la arqueología americana en el siglo XVI", *El descubrimiento científico de América*, Barcelona, Editorial Anthropos, 1988: 71-91.

ALONSO, María y Marta Baranda, *Seis antropólogos mexicanos. Contribución a la historia de los refugiados españoles en México*, México, INAH-Librería Madero, 1984.

ALSTON,William P, "An Internalist Externalism", ST, 74(3): 265-283,1988.

ANAWALT, Patricia R., "Los sacrificios humanos entre los aztecas", *MC*, 58(6): 564-573, 1986.

ANDERSON, Benedict, "The Reassurance of Fraticide: How Nations Imagine Their Genealogies", VIII Coloquio de Antropología e Historia Regionales, *MS*, Zamora, Colmich, 1985.

_____, *Imagined Communities. Reflections on the origin and spread of nationalism*, Londres, Verso, 1991 (1a. ed. 1983).

ANDERSON, Robert S.,"The Necessity of Field Methods in the Study of Scientific Research", *Sciences and Cultures. Anthropological and Historical Studies of Science*, Dordrecht, D. Reidel Publishing Co., 1981: 213-243.

ANDREWS, Anthony P., "La arqueología en el Boletín de la Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Yucatán, 1973-1990", *BECAUY*, 100 (17): 28-43,1990.

APEL, Karl-Otto, *Understanding and Explanation: a trascendental-pragmatic perspective*, Cambridge, MIT Press, 1984.

ARECHAVALETA, Enrique, "Sociedad Mexicana de Antropología", en *La antropología en México. Panorama histórico 8. las organizaciones y las revistas*, México, INAH, 1988: 124-140.

ARMILLAS, Pedro, "Tecnología, formaciones socioeconómicas y religión en Mesoamérica", en *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, México, INAH, 1989: 25-40.

ARNOLD, Bettina, "The Past as Propaganda", *AR*, 4(45): 30-37, 1992.

ARONOWITZ, Stanley, Barbara Martinsons, Michael Menser y Jennifer Rich, *Technoscience and Cyberculture*, New York, Routledge, 1996.

ÁVILA, Agustín, Fausto Martínez, Beatriz Quintanar y Marta Tello, *Las tesis de la ENAH. Ensayo de sistematización*, México, INAH, 1988.

BACON, Francis, "La Esfinge", en Martin Gardner (ed.), *El escarabajo sagrado* I, Barcelona, Salvat Editores, 1986: 1-4.

BAHN, Paul, *Cambridge Illustrated History of Archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

_____, *Bluff your way in Archaeology*, Londres, Ravette Books, 1993.

_____, *Cómo pasar por experto en arqueología*, México, Ediciones Enigma, 1995 (1a. ed. ing. 1989). .

BAILEY, F.G., *Morality and Expediency. The Folklore of Academic Politics*, Chicago, Aldine Publishing Co.,1977.

BAKER, G., H. Harlenston, A. Rangel, M. Wallrath, M. Gaitán y A. Morales, *The Subterranean System of the Sun Pyramid at Teotihuacan: a physical description and hypothetical reconstruction*, México,Grupo UAC-Kam,1974.

BARLEY, Nigel, *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1989.

BARNES, Barry, *Sobre ciencia*, Barcelona, RBA Editores,1994.

_____, David Bloor y John Henry, *Scientific Knowledge. A Sociological Analysis*, Chicago, University of Chicago Press, 1996.

BARRERA RUBIO, Alfredo, "Escuela de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán", *La antropología en México. Panorama histórico 7. Las instituciones*, México, INAH, 1988: 357-370.

BARTHEL, Thomas J., "Deciphering Teotihuacan Writing", *Indiana*, 11,1987: 9-18.

BARTRA, Roger, "Periodificación", *NA*, 12, 1979: 53-63.

BATRES, Leopoldo, *Memorandum dirigido al señor licenciado D. Miguel Díaz Lombardo, ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes*, Barcelona, Imprenta Viuda de J. Cunill, 1911.

_____, "Exploraciones en las calles de las Escalerillas", en E. Matos (ed.), *Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México*, México, INAH, 1990: 111-167.

_____, "El «descubrimiento» de la Pirámide del Sol", *AM*, 1(1): 45-48, 1993.

BAUDEZ, Claude y Sydney Picasso, *Lost Cities of the Maya*, Londres, Thames & Hudson Ltd.,1992.

BECHER, Tony, "Las disciplinas y la identidad de los académicos", *UF*, 10 (4): 55-72, 1992.

BENACH, Joan y José Tapia G., "Mitos o realidades: a propósito de la publicación de trabajos científicos", *MC*, 154 (15) s/f.: 124-130.

BENDIX, R. y G. Roth, *Scholarship and Partisanship: Essays on Max Weber*, Berkeley, University of California Press, 1980.

BENNET, John W., "Paternalismo", *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, v. 7, 1979: 674-678.

BENTLEY, G. Carter, *Ethnicity and Nationality. A Bibliographic Guide*, Seattle, University of Washington Press,1981.

BERGER, Peter L. y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality. A Treatise in the Sociology of Knowledge*, Nueva York, Anchor Books, 1967.

BERNAL, Ignacio, *Introducción a la arqueología*, México, FCE,1952.

_____, *Bibliografía de arqueología y etnografía. Mesoamérica y norte de México (1514-1960)*, México, INAH, 1962.

_____, *Museo Nacional de Antropología de México. Arqueología*, México, Aguilar Editor, 1972 (1a. ed. 1967).

_____, "La arqueología mexicana de 1880 a la fecha", *Ignacio Bernal, imagen y obra escogida*, México, UNAM, 1984: 39-59 (1a. ed. 1952).

_____, *A History of Mexican Archaeology. The Vanished Civilizations of Middle America*, Londres, Thames & Hudson Ltd.,1980 (1a. ed. esp. 1979).

_____, *Teotihuacan. Guía oficial*, México, INAH-Salvat, 1985 [1964].

BERNAL, Martin, *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization. The Fabrication of Ancient Greece 1785-1985*, Londres, Free Associaton Books, 1987.

_____, *Black Athena: The Afroasiatic Roots of Classical Civilization. The Archaeological and Documentary Evidence*, Londres, Free Association Books, 1991.

BERRIN, K. y E. Pasztory, "City of the Gods", *AR*, 3 (46): 59-60, 1993.

BINFORD, Lewis R., *En busca del pasado. Descifrando el registro arqueológico*, Barcelona, Editorial Crítica,1988 (1a. ed. ing. 1983).

BIRKHOFF, G. David, "A Mathematical Approach to Ethics" en ,*The World of Mathematics*, v. 4, Redmond, Tempus Books, 1988: 2175-2184.

BLANC, Marcel, G. Chapouthier y A.Danchin, "Los fraudes científicos", MC, 2(1): 208-217.

BLANTON, Richard, S. Kowalewski, G. Feinman y L. Finstein, *Ancient Mesoamerica. A comparison of change in three regions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993 (1a. ed. 1981).

_____, G. Feinman, S. Kowalewski y P. Peregrine, "A Dual-Processual Theory for the Evolution of Mesoamerican Civilization", *CA*, 1(37): 1-14, 1996.

BLEICHER, Josef, *Contemporary Hermeneutics. Hermeneutics as method, philosophy and critique*, Londres, Routledge, 1990.

BOEHM, Brigitte, *Formación del Estado en el México prehispánico*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1986.

BONFIL, Guillermo, *México profundo. Una civilización negada*, México, Grijalbo-CNCA, 1990 (1a. ed. 1987).

_____, "Por la diversidad del futuro", en *Hacia nuevos modelos de relaciones interculturales*, México, CNCA, 1993: 222-234.

_____, "De culturas populares y política cultural", en *Culturas populares y política cultural*, México, CNCA, 1995: 11-21.

BORDIEU, Pierre, "¿Es una ciencia la sociología?", *MC*, 214: 62-64, 2000.

BORRADARI, Giovanna, "Paradigms of Scientific Evolution. Thomas S. Kuhn", *The American Philosopher*, Chicago, University of Chicago Press, 1994: 153-167.

BOYER, Pascal, *Tradition as Truth and Communication. A cognitive description of traditional discourse*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

BRADING, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Sep-Setentas, 1973.

_____, *Mito y profecía en la historia de México*, México, Editorial Vuelta, 1989.

BRADLEY, R., "An Interview with Colin Renfrew", *CA*, 1 (34): 71-82,1993.

BRAMBILA, Rosa, "La arqueología de Teotihuacan en los años cuarenta", *A*, 1, 1992: 3-10.

_____, "Historia y bibliografía de Teotihuacan en los años cuarenta", en Teresa Cabrero (ed.), *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, México, UNAM, 1993: 15-35.

BRANIFF, Beatriz, "El Norte de México: la Gran Chichimeca", *AM*, 6(1): 14-19, 1994.

_____, "La frontera septentrional de Mesoamérica", *Historia antigua de México I. El México antiguo, sus áreas culturales los orígenes y el horizonte preclásico*, México, INAH-UNAM-Porrúa, 1994a: 113-143.

_____, Fernando López, Alba G. Mastache y Rosalba Nieto, *La arqueología en el INAH. Análisis y proposiciones*, Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH, 1983 [MS].

BROWN,R. B., "Paquimé", *AM*, 6(1): 22-28, 1994.

BRUNHOUSE, Robert L., *En busca de los mayas. Los primeros arqueólogos*, México, FCE, 1989.

BUNGE, Mario, *Seudociencia e ideología*, México, Alianza Editorial, 1986.

_____, "Los pecados filosóficos de la nueva sociología de la ciencia", en *Visiones de la ciencia*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1992: 33-40.

CABELLO CARRO, Paz, *El coleccionismo americano indígena en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1989.

_____, *Política investigadora de la época de Carlos III en el área maya. Descubrimiento de Palenque y primeras excavaciones de carácter científico*, Madrid, Ediciones de la Torre,1992.

_____, "La Corona y el coleccionismo americano", s.d. [sobretiro facilitado por la autora].

CABRERA, Rubén, Ignacio Rodríguez y Noel Morelos (comp.), *Teotihuacan 80-82. Primeros resultados*, México, INAH,1982.

_____, *Memoria del Proyecto Arqueológico Teotihuacan 80-82*, INAH, 1982a.
_____, *Teotihuacan 1980-1982. Nuevas interpretaciones*, México, INAH, 1991.
_____ y George Cowgill," Proyecto Templo de Quetzalcoatl. Historia, política e ideología", *CAB*, 1990: 44-49.
_____, "El Templo de Quetzalcoatl", *AM*, 1 (1): 21-26, 1993.
CABRERO, Teresa, *Entre chinampas y bosques Estudio arqueológico de Topilejo, D.F.*, México, UNAM, 1980.
_____, *Civilización en el norte de México. Arqueología de la Cañada del Río Bolaños (Zacatecas y Jalisco)*, México, UNAM, 1989.
_____, "Proyecto Arqueológico en la Cañada del Río Bolaños (Zacatecas y Jalisco)", *CAB 1991*, 1992: 31-33.
_____, "Historia de la arqueología en el norte de México", *II Coloquio Pedro Bosch Gimpera*, México, UNAM, 1993: 175- 194.
_____, "Arqueología del Cañón de Bolaños y su relación con la región septentrional", Perspectivas de la frontera septentrional de Mesoamérica, Zacatecas, 1993a [MS. facilitado por la autora].
_____, "El Occidente de México visto a partir de la cultura Bolaños", *Transformaciones mayores en el Occidente de México*, Guadalajara, UdG, 1994: 225-234.
_____, *La muerte en el Occidente del México Prehispánico*, México, UNAM, 1995.
_____, "La cultura Bolaños y su tradición funeraria", *Ancient Mesoamerica*, 10: 105-113, 1999.
_____ y Carlos López Cruz, "Hallazgo de una tumba de tiro sellada en el Cañón de Bolaños, Jalisco", *A*, 8, 1993: 74-78.
CALATAYUD, María de los Angeles, *Pedro Franco Dávila, el primer director del Real Gabinete de Historia Natural fundado por Carlos III*, Madrid, CSIC-Museo de Ciencias Naturales, 1988.
CALLON, M., P. Laredo y P. Mustar, "Panorama de la investigación francesa", *MC*, 147(14): 508-513, 1994.
CAMP, Roderic A., *Líderes políticos de México. Su educación y reclutamiento*, México, FCE, 1985 (1a. ed. ing. 1980).
_____, "Camarillas in Mexican Politics. The case of the Salinas cabinet", *Mexican Studies*, 6(1): 85-107, 1990.
_____, *Politics in Mexico*, Nueva York,Oxford University Press, 1993.
CARRASCO, David, "Introduction", en *The Great Temple of Tenochtitlan. Center and Periphery in the Aztec World*, Berkeley, University of California Press, 1987: 1-14.
_____, "Myth, Cosmic Terror and Templo Mayor", en *The Great Temple of Tenochtitlan, Center and Penipheny in the Azteca World*, Berkeley, University of California Press, 1987a: 124-162.
CARRITHERS, Michael, *¿Por qué los humanos tenemos culturas? Una aproximación a la antropología y la diversidad social*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

CASADO, María del Pilar, *Proyecto Atlas de Pictografías y Petrograbados*, México, INAH, 1987.

CASO, Alfonso, *A un joven arqueólogo mexicano*, México, Empresas Editoriales, 1968.

_____, *Reyes y reinos de la Mixteca*, 2 vols., México, FCE, 1984.

CASTILLO LEDÓN, Luis, *El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía 1825-1925. Reseña histórica escrita para la celebración de su primer centenario*, México, Talleres Gráficos del Museo Nacional, 1924.

CASTRO LEAL, Marcia, "Controversia sobre monumentos arqueológicos entre la federación y el estado de Oaxaca", ponencia a la IV Semana Cultural de la DEAS. México, 1994.

CLARKE, David L., *Arqueología analítica*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 1984.

CLAVIJERO, Francisco Javier, *Historia antigua de México*, México, Editorial Porrúa, 1991.

CLEERE, Henry, "Introduction: the rationale of archaeological heritage managament", *Archaeological Heritage Management in the Modern World*, Londres, Unwin Hyman Inc., 1990: 1-19.

COHEN, Morris, *Introducción a la lógica*, México, FCE, 1992 (1a. ed. ing. 1945).

COLEMAN, D. y J. Freedman, *Los secretos de la psicología*, Barcelona, Salvat Editores, 1987.

COLLINS, H. M., "Tacit Knowledge and Scientific Networks", *Science in Context. Readings in the Sociology of Science*, Cambridge, MIT Press, 1982: 44-64.

_____, y Trevor Pinch, *The Golem. What Everyone should know about Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

COMRIE, Bernard, "La tipología linguística", *Panorama de la linguística moderna de la Universidad de Cambridge I. Teoría linguística: fundamentos*, Madrid, Visor, 1990: 513-527.

CONACYT, *Asignación de recursos a la ciencia, 1992, segundo semestre*, México, D.F., 1992.

_____, *Indicadores de actividades científicas y tecnológicas 1993*, México, SEP-Conacyt, 1993.

CONTHE, Manuel, *El mundo al revés. Una aproximación a los juegos y paradojas sociales*, Barcelona, Editorial Planeta, 1999.

COPI, Irving M., *Introducción a la lógica*, Buenos Aires, EUDEBA, 1974.

COULON, Alain, *Ethnomethodology*, Thousand Oaks, Sage Publications, 1995.

_____, *Etnometodología y educación*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1995a.

COWGILL, George L., "Toward a Political History of Teotihuacan", *Ideology and Pre-Columbian Civilizations*, Santa Fe, School of American Research Press, 1992: 87-114.

CRESPO, Ana María y Carlos Viramontes (ed.), *Arqueología, realidades, imaginaciones. La arqueología narrada por sus practicantes*, México, Editorial del Sindicato de Investigadores del INAH, 1996.

CROCKATT, Richard, *The Fifty Years' War.The United States and the Soviet Union in World Politics, 1941-1991*, Londres, Routledge, 1994.

CROFT, William, *Typology and Universals*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

CROMPTON, Rosemary y Gareth Jones, "Researching White Collar Organizations: Why sociologists should not stop doing case studies", *Doing Research in Organizations*, Londres, Routledge, 1988: 68-81.

CUSHING, James T., "The Justification and Selection of Scientific Theories", *ST*, 78(1): 1-24, 1989.

DASCAL, Marcelo, "Hobbe's Challenge", http://spinoza.tau.ac.il/hci/vip/papers/dascal3/hobbes.htm

DARWIN, Charles, *Autobiografía*, México, Alianza Editorial, 1993.

DAVIS, Morton D., *Introducción a la teoría de los juegos*, Madrid, Alianza Editorial, 1986 (1a. ed. ing. 1969).

DE LEÓN Y GAMA, Antonio, *Descripción histórica y cronológica de dos piedras, que en ocasión del nuevo empedrado que se está formando en la plaza principal de México, se hallaron en el año de 1790*, México, INAH,1990 (edición facsimilar).

DE SOLANO, Francisco, "Estudio preliminar" a Antonio de Ulloa, *El eclipse de sol con el anillo refractario en sus rayos...*, México, UNAM, 1992: VII-XXIV.

DE VEGA, Manuel, *Introducción a la psicología cognitiva*, México, Alianza Editorial, 1992.

DESCARTES, René, *Tratado de las pasiones del alma*, Barcelona, RBA Editores, 1994.

DEUTSCH, Karl W., *Los nervios del gobierno. Modelos de comunicación y control políticos*, México, Editorial Paidós, 1985.

DEY, Ian, *Qualitative Data Analysis. A user-friendly guide for social scientists*, Londres, Routledge, 1993.

DI TROCCHIO, Federico, *Las mentiras de la ciencia. ¿Por qué y cómo engañan los científicos?*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

DÍAZ-ANDREU, Margarita, "Nacionalismo y arqueología: el contexto política de nuestra disciplina", *Cuicuilco*, 7(20): 189-215, 2000.

_____, "Nacionalismo y *arqueología*: del Viejo al Nuevo Mundo", *Arqueología*, 20:115-138, 1999.

_____, "Arqueología y nacionalismo", en *Enciclopedia del Nacionalismo*, Madrid, Editorial Tecnos, 1997: 36-38.

_____ y Marie Louise Stig Sorensen (ed.), *Excavating Women. A history of women in European archaeology*, Londres, Routledge, 1998.

_____ y Timothy Champion (ed.), *Nationalism and archaeology in Europe*, Londres, UCL Press, 1996.

DÍAZ BERRIO, Salvador, *Conservación del patrimonio cultural de México*, México, INAH, 1990.

DÍAZ Y DE OVANDO, Clementina, *Memoria de un debate (1880). La postura de México frente al patrimonio arqueológico nacional*, México, UNAM-IIE, 1990.

DIGGINS, John P., *El bardo del salvajismo. Thorstein Veblen y la teoría social moderna*, México, FCE, 1983.

DIXIT, A.K. y B.J. Nalebuff. *Thinking Strategically. The Competitive Edge in Business, Politics and Everyday Life*,Nueva York, W.W. Norton & Co., 1991.

DOOLITTE, William, *Canal Irrigation in Prehistoric Mexico*, Austin, University of Texas Press, 1990.

DOWDING, Keith, "Prisoner's Dilemma", *The Social Science Encyclopedia*, Londres, Routledge, 1996: 670-671.

DUCA DI LOUBAT, *Il Manoscrito Messicano Vaticano 3773*, Roma, Stabilimento Danesi, 1896.

DURANTI, Alessadro, "La etnografía del habla: hacia una lingüística de la praxis", en *Panorama de la lingüística moderna IV. El lenguaje: contexto sociocultural*, Madrid, Visor, 1992: 253-273.

ECKBERG, D. L. y L. Hill, "The Paradigm Concept in Sociology: A Critical Review", en Gary Gutting (ed.), *Paradigms and Revolutions. Appraisals and Applications of Thomas Kuhn's Philosophy of Science*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1980: 117-136.

EHRICH, Robert W. y Gerald M. Henderson, "Area cultural", *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, v. 1, 1975: 521-523.

ELON, Amos, "Politics and Archaeology", *New York Review of Books*, 15 (XLI): 14-18, 1994.

ELSTER, Jon, *Ulises y las sirenas. Estudios sobre racionalidad e irracionalidad*, México, FCE, 1989 (1a. ed. ing. 1979).

EMBREE, Lester, "The structure of American theoretical archaeology:a preliminary report", en V. Pinsky y A. Wylie (d.), *Critical Traditions in...*,1989: 28-37.

_____, "Contacting the theoretical archaeologists", *Tracing Archaeology's Past. The historiography of archaeology*, Carbondale, Southern Illinois University Press,1989a: 62-74.

_____, "Phenomenology of a Change in Archaeological Observation", *Metaarchaeology. Reflections by Archaeologists and Philosophers*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1992: 165-193.

_____, "The Future and Past of Metaarchaeology", en *Metaarchaelogy. Reflection by Archaelogists and Philosophers*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1992a: 3-50.

EMPHOUX, Jean-Pierre, "Investigaciones arqueológicas de la Cuenca de Sayula", *Transformaciones mayores en el Occidente de México*, Guadalajara, UDEG, 1994: 179-181.

ERRINGTON, Shelly, "Progressivist Stories and the Pre-Columbian Past: Notes on Mexico and the United States", en Elizabeth Hill Boone (ed.), *Collecting the Pre-Columbian Past*, Washington, Dumbarton Oaks Library, 1993: 209-249.

ESCALANTE, Pablo, "Mesoamérica, Aridoamérica y Oasisamérica", en Linda Manzanilla y Leonardo López L. (eds.), *Atlas histórico de Mesoamérica*, México, Ediciones Larousse, 1993: 11-16.

ESQUIVEL, Javier y León Olivé, "Sobre el concepto sociológico de «jerarquía»", *Dianoia*, 29:261-273, 1983.

ESTANY, Ana, *Modelos de cambio científico*, Barcelona, Editorial Crítica, 1990.

ETIENNE, Robert, *Pompeya, la ciudad bajo las cenizas*, Madrid, Aguilar de Ediciones, 1990.

FAGAN, Brian M., *People of the Earth. An introduction to world prehistory*, Boston, Little, Brown & Co., 1977.

_____, *Anciet Nort America. The archaeology of a continent*, Londres, Thames & Hudson,1990.

_____, *Kingdoms of Gold, Kingdoms of Jade. The Americas Before Columbus*, Londres, Thames & Hudson, 1991.

FERNÁNDEZ, Isabel, Margarita Gaxiola, Elisa Ramírez y Javier López, *Zonas arqueológicas. Tabasco*, México, INAH, 1988.

FERNÉ, Georges, "La ciencia, una nueva mercancía", *MC*, 91(9): 565-571.

FERRARIS, Mauricio, *Historia de la hermenéutica*, Madrid, Ediciones Akal, 2000.

FERRATER Mora, José, *Diccionario de grandes filósofos* 1,Madrid, Alianza Editorial, 1986.

_____, *Diccionario de filosofía* 2, Madrid, Alianza Editorial,1990 (1a. ed. 1979).

FERREIRO, L. y S. Ugena, "Citation Mechanics in Journals Covered by the Journal Citation Reports", *s*, 1 (24): 149-162,1992.

FLORESCANO, Enrique, *Memoria mexicana. Ensayo sobre la reconstrucción del pasado: época prehispánica-1821*, México, Editorial Joaquín Mortiz, 1988.

_____, "Fundación del nacionalismo histórico", *Nexos*, 134, 1989: 33-41.

_____, *El nuevo pasado mexicano*, México, Cal y Arena, 1991.

_____, *Tiempo, espacio y memoria histórica entre los mayas*, Tuxtla Gutiérrez, Instituto Chiapaneco de la Cultura, 1992.

_____, "El patrimonio cultural y la política de la cultura", *El patrimonio cultural de México*, México, FCE-CNCA, 1993: 9-18.

_____, "La creación del Museo Nacional de Antropología y sus fines científicos, educativos y políticos", *El patrimonio cultural de México*, 1993a: 145-163.

FORTES, Jacqueline y Larissa Lomnitz, *La formación del científico en México. Adquiriendo una nueva identidad*, México, Siglo XXI Editores, 1991.

_____, *Becoming a Scientist in Mexico. The Challenge of Creating a Scientific Community in an Underdeveloped Country*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 1994.

FORTSON, Susan, *Mesoamerican Archaeology. A guide to the literature and other information sources*, Austin,University of Texas Press, 1981.

FOURNIER, Patricia, "¡Una tonelada más de tiestos!: el tratamiento de colecciones arqueológicas en el marco institucional (o por qué las cosas suelen salir

mal)", *Experiencia del trabajo arqueológico: pluralidad y vertientes*, Querétaro, 1992 [MS].

FRANCASTEL, Pierre, "La estética de las luces", *Arte, arquitectura y estética en el siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Akal, 1987: 15-55.

FRANKLIN, Mark N., "La comunidad científica en Europa", *MC*, 98 (10): 98-107.

FREIDEL, David, "A conversation with Gordon Willey", *CA*, 1 (35): 63-68, 1994.

FREGE, Gottob, "Sobre sentido y referencia", *Estudios sobre semántica*, Barcelona, Folio, 1999:51-86.

GADAMER, Hans-Georg, *Verdad y método*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1977 (1a. ed. al. 1975).

_____,"Ciudadanos de dos mundos", *La herencia de Europa. Ensayos*, Barcelona, Ediciones Península,1990: 101-116.

GALLEGOS, Roberto, "Roman Piña Chán", *La antropología en México. Panorama histórico 11. Los protagonistas*, México, INAH, 1988: 203-216.

_____, "La formación de la primera zona arqueológica", ponencia a la IV Semana Cultural de la DEAS, México, 1994.

GALISON, Peter y Bruce Hevly (eds.), *Big Science. The Growth of Large-Scale Research*, Stanford, Stanford University Press, 1992.

GALJART, Benno, "Cooperation as Pooling. A rational choice perspective", *Sociología ruralis*, 4(XXXII): 389-407, 1992.

GALVÁN, Luis Javier, *Las tumbas de tiro del Valle de Atemajac, Jalisco*, México, INAH, 1991.

GAMBOA CARRERA, Eduardo, *Diez años de arqueología en México. Actas del Consejo de Arqueología (1975-1984)*, México, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH, 1989.

GÁNDARA, Manuel, *La arqueología oficial mexicana. Causas y efectos*, México, INAH, 1992 (1a. ed. 1977).

_____, "La vieja Nueva Arqueología (primera parte)", *BAA*, 2, 1980: 7-45.

_____, "La vieja Nueva Arqueología (segunda parte)", *BAA*, 3, 1981: 7-70.

_____, "Hacia una teoría de la observación en arqueología", *BAA*, 15, 1987: 5-13.

_____, "Posiciones teóricas en arqueología mexicana", 47 Congreso Internacional de Americanistas, Nueva Orleans, 1991 [MS. facilitado por su autor].

_____, "Consecuencias metodológicas de la adopción de una ontología de la cultura: una perspectiva desde la arqueología", *Metodología y cultura*, México, CNCA, 1994: 67-118.

_____, Fernando López e Ignacio Rodríguez, "Arqueología y marxismo en México", *BAA*, 11, 1985: 5-17.

GAMIO, Manuel, *Metodología sobre investigación, exploración y conservación de monumentos arqueológicos formulada con aprobación de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, por el Inspector General del ramo*, México, Imprenta del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, 1914.

_____ (ed.), *La población del Valle de Teotihuacan, el medio en que se ha desarrollado, su evolución étnica y social. Iniciativas para procurar su mejoramiento*, 3 vols., México, Dirección de Talleres Gráficos, SEP, 1922.

_____, *Álbum de las colecciones arqueológicas seleccionadas y arregladas por Franz Boas*, México, Imprenta del Museo Nacional, 1921.

_____, "¿Tula o Teotihuacan?", *AM*, 1(1): 35-43, 1993.

GARCÍA BÁRCENA, Joaquín, "Proyectos Especiales de Arqueología", *AM*, 10(2): 6-11, 1994.

GARCÍA COOK, Ángel y Raúl Arana, *Rescate arqueológico del monolito Coyolxauhqui: informe preliminar*, México, Departamento de Salvamento Arqueológico del INAH, 1978.

GARCÍA VALENCIA, Hugo E., *Catálogo latinoamericano de tesis de antropología*. México, Xalapa, CIESAS, 1989.

_____, "El estado de la investigación en el INAH", *Contrastes*, 3(1): 60-73, 1993.

_____, "La colección Bullock", *AM*, 11 (II): 69-72, 1995.

GARCÍA, Susana y Larissa Lomnitz, "Evaluación de la ciencia y la tecnología: ambigüedades y discrepancias", *El Sistema de Ciencia y Tecnología de México*, México, IIMAS-UNAM, 1991: 167-176.

GARCÍA MOLL, Roberto, *Índice del Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH*, México, INAH, 1982.

_____, "Proyecto Yaxchilán", *CAB*, 1, 1984: 184-189.

_____, "Consideraciones acerca de la Propuesta de Programa Académico de la SEA", 1991 [MS].

_____, Roberto y Ángel García Cook, "A Román Piña Chán", *Homenaje a Roman Piña Chán*, México, INAH, 1989: 7-16.

GARCÍA MORA, Carlos, "La Sociedad Mexicana de Antropología: situación actual y propuestas para su mejoramiento", *BECAUY*, 92 (16): 16-34, 1988.

GARDUÑO, Guillermo, "Sobre la guerra... estrategia y organización", *Organización y sociedad: el vínculo estratégico*, México, UAM-I, 1990: 131-154.

GARDUÑO, Raúl, R. Lara y E. Sandoval, *Cerebro, metáforas, modelos. Hacia un enfoque de sistemas biológicos*, México, Conacyt, 1986.

GARFINKEL, Harold, *Ethnomethodological studies of work*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1986.

_____, "The Origins of the Term «Ethnomethodology»", *Ethnomethodology. Selected Readings*, Harmondsworth, Penguin Books, 1975: 15-18.

GARRIDO, Lola, Javier Olivares y Pablo Olivares, *Museos de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1990.

GELLNER, Ernest, *Language and Solitude. Wittgenstein, Malinowski and the Habsburg Dilemma*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

GIBSS, W. Wayt, "Lost Science in the Third World", *SA*, 273 (2): 76-83, 1995.

GIDDENS, Anthony, *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías comprensivas*, Buenos Aires, Amorrurtu Editores, 1997 (1a. ed. ing. 1976).

_____, *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*, Berkeley, University of California Press, 1986.

_____, "Garfinkel, etnometodología y hermenéutica", *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*, Barcelona, Editorial Paidós, 1997: 251-263.

GINGRICH, André y Hermann Mückler, "An encounter with recent trends in German-speaking anthropology", *Social Antropology*, 5 (1): 83-90, 1997.

GLANCE, Natalie y B. Huberman, "The Dynamics of Social Dilemmas", *SA*, 270 (3): 58-63, 1994.

GOFFMAN, Erving, *The Presentation of Self in Everyday Life*, Nueva York, Anchor Books, 1959.

GOLDSTEIN, Catherine, "La conjetura de Fermat es por fin un teorema", *MC*, 160 (15): 777-778, 1995.

GONZÁLEZ, María del Refugio, "La protección de los bienes arqueológicos y su relación con la jurisprudencia", en Jaime Litvak *et al.*, *Arqueología y derecho en México*, México, UNAM, 1980: 71-82.

GONZÁLEZ, Humberto, *El empresario agrícola en el jugoso negocio de las frutas y hortalizas de México*, Universiteit te Wageningen, doctor Proesfschrift, 1994.

GONZÁLEZ, Roberto, Laura Nader y Jay Ou, "Between Two Poles: Bronislaw Malinowski, Ludwik Fleck, and the Anthropology of Science", *Current Anthropology*, 36 (5): 866-869, 1995.

GONZÁLEZ BLANCO, Salomón y Jorge Angulo V., *Política de funcionamiento del Centro de Investigación Museo Templo Mayor de México-Tenochtitlan*, México, Coordinación de la Zona Arqueológica del Templo Mayor, 1983.

GONZÁLEZ BLASCO, Pedro y José Jiménez Blanco, "La producción científica española de 1965 a 1970. Un estudio comparado", *Historia y sociología de la ciencia en España*, Madrid, Alianza Universidad, 1979: 97-125.

GONZÁLEZ MORELOS, Aldir e Ignacio Rodríguez García, "Propuesta de Programa Académico de la SEA" [MS], 1991.

GONZÁLEZ RUL, Francisco, *En busca de un tesoro perdido*, México, INAH, 1994.

GOOD, Byron J. *Medicine, rationality and experience. An anthropological perspective*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997.

GORBACH, Frida, "El Museo Nacional: visita a un monumento", México, 1995 [MS facilitado por la autora].

GRAS, Michel, "Los estruscos", *MC*, 65(7): 6-16, 1985.

GREENBERG, Joseph, *The Theory of Social Situations. An Alternative Game-Theoretic Approach*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

GRIJELMO, Alex, *La seducción de las palabras*, Madrid, Taurus, 2000.

GRUZINZKI, Serge, *El destino truncado del imperio azteca*, Madrid, Aguilar Ediciones, 1992.

GUERRA, Ramón, *La corte española en el siglo XVIII*, Madrid, Grupo Anaya, 1991.

GUGGENHEIM, Abel, "Cuando los sociólogos estudian la literatura científica", *MC*, 20(2): 1224-1226.

GUSTERSON, Hugh, "Coming of Age in a Weapons Lab. Culture, tradition and change in the House of the Bomb", *TS*, mayo-junio de 1992: 16-22.

_____, *Nuclear Rites. A Weapons Laboratory at the End of Cold War*, Berkeley, University of California Press, 1996.

HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa I. Racionalidad de la acción y racionalización social*, Buenos Aires, Taurus Ediciones, 1989 (1a. ed.al. 1981).

HACKING, Ian, "La filosofía de la ciencia según Lakatos", *Las revoluciones científicas*, México, FCE, 1985: 243-272.

_____, *Representing and Intervening. Introductory topics in the philosophy of natural science*, Cambdridge, Cambridge University Press,1990 (1a. ed. 1983).

_____, *¿La construcción social de qué?*, Barcelona, Editorial Paidós, 2001.

HAGSTROM,Warren O., *The Scientific Community*, Nueva York, Basic Books Inc., 1965.

_____, "Científicos", *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, 2: 340-344, Madrid, Editorial Aguilar, 1979.

_____, "Gift Giving as an Organizing Principle in Science", en Barry Barnes y David Edge (ed.), *Science in Context. Readings in Sociology of Science*, Londres, Open University Press, 1982: 21-35.

HANDLER, Richard, "Who Owns the Past? History, Cultural Property and the Logic of Possessive Individualism", en Brett Williams (ed.), *The Politics of Culture*, Washington, Smithsonian Institution, 1991: 63-74.

HARDING, Sandra (ed.), *Is Science Multicultural? Postcolonialisms, Feminisms and Epistemologies*, Bloomington, Indiana University Press, 1998.

HARKE, Heinrich y Sabine Wolfram, "The Power of the Past", *CA*, 34(2): 182-184, 1993.

HARRIS, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura*, Madrid, Siglo XXI de España, 1978 (1a. ed. ing. 1968).

_____, *Jefes, cabecillas, abusones*, México, Alianza Editorial, 1993.

HEMPEL, Carl G., *Filosofía de la ciencia natural*, Madrid, Alianza Editorial, 1984 (1a. ed. ing. 1966).

HERDER, Johann Gottfried, *On World History. An Anthology*, Nueva York, M.E. Sharpe, 1997.

HERITAGE, John C., "Etnometodología", *La teoría social, hoy*, México, Alianza Editorial/CNCA, 1991: 290-342.

HERMER, Linda y Elizabeth Spelke, "¿Razona el hombre mejor que los animales?", *MC*, 155(15): 272-273, 1995.

HERS, Marie-Areti, "El horizonte clásico en el centro norte de Mesoamérica Marginal", *Atlas histórico de Mesoamérica*, México, Ediciones Larousse, 1993: 103-106.

HESTER, T., R. Heizer y J. Graham, *Métodos de campo de la arqueología*, México, FCE, 1988.

HEWITT DE ALCÁNTARA, Cynthia, *Imágenes del campo. La interpretación antropológica del México rural*, México, El Colegio de México, 1988 (1a. ed. ing. 1984; como tesis 1982).

HICKS, Diana, "Limitations of Co-Citation Analysis as a Tool for Science Policy", *sss*,17: 295-316, 1987.

HOBBES, Thomas, "Leviathan or the Matter, Form and Power of a Commonwealth Ecclesiastical and Civil", en R.E. Santoni (ed.), *Social and Political Philosophy. Readings from Plato to Gandhi*, Nueva York, Anchor Books, 1963: 139-168.

_____, *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*, México, FCE, 1980.

HODDER, Ian, *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*, Barcelona, Editorial Crítica,1988 (1a. ed. ing. 1986).

_____, "Theoretical Archaeology: A Reactionary View", en *Theory and Practice in Archaeology*, Londres, Routledge, 1995: 92-121.

_____, "Theory, Practice and Praxis", *Theory and Practice in archaelogy*, Routledge, 1995a: 1-7.

HOLE, Frank y Robert Heizer, *Introducción a la arqueología prehistórica*, México, FCE, 1983.

HORN, Laurence L., "Teoría pragmática", en F.J. Newmeyer (ed.), *Panorama de la linguística moderna de la Universidad de Cambridge* I, Madrid, Visor, 1990: 147-181.

HOROWITZ, Irving L., "Mainliners and Marginals: The Human Shape of Sociological Theory", *Professing Sociology: Studies in the Life Cycle of Social Science*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1968: 195-220.

HOLTON, Gerald, *La imaginación científica*, México, Conacyt-FCE, 1985.

HOSBAWM, Eric, "Inventando tradiciones", *Historias*, 19: 3-15, 1988.

INAH, *El Instituto Nacional de Antropología e Historia. Funciones y labores*, INAH, 1962.

_____, *Leyes y reglamentos*, INAH, 1963.

_____, *Reglamento interno del Consejo de Investigación del INAH*, INAH,1977.

_____, *Memoria de labores 1977-1979*,INAH, 1980.

_____, *INAH 1983. Situación general*, INAH, 1984.

_____, *Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicos, Artísticos e Históricos*, INAH,1984a.

_____, *Manual estadístico de los resultados de la gestión institucional (periodo 1983-1988)*, INAH, 1989.

_____, *Reglamento del Consejo de Arqueología. Disposiciones reglamentarias para la investigación arqueológica en México*, INAH, 1990.

_____, *Proyectos Especiales de Arqueología 1992-1994*, CNCA-INAH, 1992.

_____, *Indicadores de gestión. Segundo trimestre, 1993*, INAH, 1993.

_____, *La arqueología mexicana en el umbral del siglo XXI. Proyectos Especiales de Arqueología*, CNCA-INAH, 1994.

_____, *Reglamento del Consejo de Arqueología. Disposiciones para la investigación arqueológica en México*, INAH, 1994a.

JIMÉNEZ MORENO, Wigberto, "Mesoamérica", *Enciclopedia de México*, vol. IX, México,1987: 5212-5225.

JONES, Andrew, *Archaeological Theory and Scientific Practice*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

KAHN, Axel, "Publicar a cualquier precio", MC, 113(11): 560-561.

KEEN, Benjamin, *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, México, FCE, 1984 (1a. ed. ing. 1971).

KIRSCH, A. Thomas, "Anthropology: Past, Present, Future. Toward an Anthropology of Anthropology", en A. Hoebel, R. Currier y S. Kaiser (ed.), *Crisis in Anthropology.View from Spring Hill, 1980*, Nueva York, Garland Publishing Co., 1982: 91-108.

KIRCHHOFF, Paul, *Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y carácteres culturales*, México, *SAENAH*, 1960 (1a. ed. 1943).

_____, "El norte de México y sur de Estados Unidos", Tercera Reunión de Mesa Redonda, México, *SMA*, 1943.

_____, "Gatherers and Farmers in the Greater Southwest: a problem in classification", *AA*, 56(4): 529-560, 1954.

_____, *Principios estructurales del México antiguo*, México, Cuadernos de la Casa Chata, 1983.

KLEJN, Leo S., *La arqueología soviética. Historia y teoría de una escuela desconocida*, Barcelona, Crítica Grijalbo, 1993.

_____, "On Archaeological Theory: Who's Who in Settig the Agenda?", *CA*, 2 (37): 346-348, 1996.

KNORR-CETINA, Karin,"The micro-sociological challenge of macro-sociology: towards a reconstruction of social theory and methodology", *Advances in Social Theory and Methodology. Toward an Integration of Micro- and Macro-sociologies*, Londres, Routlege & Kegan Paul, 1981: 1-47.

KOESTLER, Arthur, *The Act of Creation*, Londres, Arkana, 1964.

KOHL, Philip L., "The use and abuse of world systems theory: the case of the «pristine» West Asian State", en *Archaeological Thought in America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989: 218-240.

_____, "On Propietary Rights in Archaeology: Some Unresolved Issues", CA., 37: 113-127, 1996.

_____ y Clare Fawcet (ed.), *Nationalism, politics and the practice of archeology*, Cambdrige, Cambridge University Press, 1995.

KRAGH, Helge, *Introducción a la historia de la ciencia*, Barcelona, Crítica Grijalbo, 1989 (1a. ed. ing. 1987).

KROEBER, A.L., "The growth of a primitive religion",en V.F. Calverton (ed.),*The Making of Man. An Outline of Anthropology*, Nueva York, Random House, 1931: 714-743.

KROHN, Roger, "Introduction: Toward the Empirical Study of Scientific Practice", *The Social Process of Scientific Investigation*, Dordrecht, D. Reidel Publishing Co., 1981: vii-xxv.

KROTZ, Esteban, "¿Ciencia normal o revolución científica? Notas sobre las perspectivas actuales de la antropología sociocultural", *Relaciones*, 5: 63-97, 1981.

KRUIJT, Dirk, "Guatemala y Perú, guerras étnicas y militares", *La Jornada Semanal*, 274: 24-31, 1994.

KUBLER, George, "Summary Perspective", en E. H. Boone (ed.), *The Aztec Templo Mayor. A Symposium at Dumbarton Oaks, 8th and 9th October 1983*, Washington, D.C., Dumbarton Oaks Research Library & Collection, 1987: 485-496.

KUHN, Thomas S., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1980 (1a. ed. ing. 1962).

_____, "Algo más sobre paradigmas", en *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, México, FCE, 1982: 317-343.

_____, "Conmesurabilidad, comparabilidad y comunicabilidad", en *¿Qué son las revoluciones científicas? y otros ensayos*, Barcelona, Ediciones Paidós-Universidad Autónoma de Barcelona, 1989: 95-135.

_____, "Racionalidad y elección de teorías",*¿Qué son las revoluciones científicas?, y otros ensayos* 1989a: 137-151.

_____, "Reflections on My Critics", en *The Road since Structure*, Chicago, University of Chicago Press, 2000: 123-175.

_____, "The Road since *Structure*", en *The Road since structure*, Chicago press 2000a: 90-104.

KUKLICK, Henrika, "Contested Monuments.The Politics of Archaeology in Southern Africa", en G.W. Stocking(ed), *Colonial Situations. Essays on the Contextualization of Ethnographic Knowledge*, Madison, University of Wisconsin Press, 1991: 135- 169.

KUPER, Adam, *Anthropology and Anthropologists. The Modern British School*, Londres, Routledge & Kegan Paul,1987 (1a. ed.esp. 1973).

_____, *South Africa and the Anthropologist*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1987a.

_____, *The Invention of Primitive Society Transformations of an Illusion*, Londres, Routledge, 1988.

LADRÓN DE GUEVARA, Sara y Otto Schöndube, *Bibliografía arqueológica del Occidente de México*, Guadalajara, UDEG, 1990.

LAFONT, Cristina, *La razón como lenguaje. Una revisión del «giro linguístico» en la filosofía del lenguaje alemana*, Madrid, Visor,1993.

LAKOFF, George y Mark Johnson, *Metaphors we live by*, Chicago, University of Chicago Press, 1980.

LAKATOS, Imre, "La historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales", en I. Hacking (ed.), *Revoluciones científicas*, México, FCE, 1985: 204-242.

_____, "Falsification and the Methodology of Scientific Research Programmes", *The Methodology of Scientific Research Programmes*, v. 1, Cambridge, Cambridge University Press, 1989: 8-101 (1a. ed. 1978; 1a. ed. esp. 1983).

_____ y Paul Feyerabend, *For and Against Method. Including Lakato's Lectures on Scientific Method and the Lakatos-Feyerabend Correspondence*, Chicago, University of Chicago Press, 1999.

LALUMIA, Joseph, "Kuhn y sus críticos. Ciencia normal y ciencia revolucionaria", *Diógenes*, 1991: 35-42.

LATOUR, Bruno, "Is it Possible to Reconstruct the Research Process?: Sociology of a Brain Peptide", *The Social Process of Scientific Investigation*, Dordrecht, D. Reidel Publishing Co., 1981: 53-73

_____ y Steve Woolgar, *Laboratory Life. The Construction of Scientific Facts*, Princeton, Princeton University Press, 1986 (1a. ed. esp. 1995).

LAUDAN, Larry, "Un enfoque de solución de problemas al progreso científico", en Ian Hacking (ed.) *Revoluciones científicas*, México, FCE, 1985: 273-293 (1a. ed. ing. 1981).

_____, "The Sins of the Fathers. Positivist origins of post-positivist relativisms" [MS], 1994.

LAW, John, "Theories and Methods in the Sociology of Science: an Interpretative Approach", *Perspectives on the Emergence of Scientific Disciplines*, Chicago, Aldine Publishing Co.-Mouton Publishers, 1976: 221-231.

LEACH, Edmund, "An anthropologist's reflections on a social survey", *Anthropologists in the Field, Assen*, Van Gorcum & Co., 1967: 75-88.

LE BRAS, Hervé, "Las ciencias sociales, la tercera cultura", *MC*, 219: 66-71, 2000.

LEONE, Mark P., "Creating Culture Through Choosing Heritage", *CA*, 4 (42): 582-584, 2001.

LEPENIES, Wolf, "Anthropological Perspectives in the Sociology of Science", *Sciences and Cultures. Anthropological and Historical Studies of the Sciences*, Dordrecht, D. Reidel Publishing Co., 1981: 245-261.

LEVINSON, Bradley, "Para una etnografía de los estudiantes universitarios", *UF*, 2 (6-7): 56-67, 1991.

LEWESTEIN, Bruce V., "La saga de la fusión fría", MC, 149 (14): 718-723.

LEWIN, Roger, "L'affaire Baltimore:de l'erreur a la fraude", LR, 240 (23): 256-260, 1992.

LIMÓN OLVERA, Silvia, *Las cuevas y el mito de origen. Los casos inca y mexica*, México, CNCA, 1990.

LIMÓN RÍOS, Elena, "Notas Mesoamericanas", en *La antropología en México. Panorama histórico 8. Las organizaciones y las revistas*, México, INAH, 1988: 546-556.

LIRA GONZÁLEZ, Andrés, "Los indígenas y el nacionalismo mexicano", *Relaciones*, 20, 1984: 75-94.

LISTER, Robert H., *The Present Status of the Archaeology of Western Mexico: a distributional study*, Boulder, University of Colorado Press, 1955.

LITVAK KING, Jaime, "La arqueología", *Las humanidades en México, 1950-1975*, México, UNAM, 1978: 669-679.

_____, *Todas las piedras tienen 2000 años. Una introducción a la arqueología*, México, Editorial Trillas, 1986.

_____, "La antropología en una universidad. ¿Qué es, por qué, cómo y sobre todo, para qué?", *Jornadas de Antropología*, Guadalajara, UDEG, 1989: 21-30.

_____, "Cultural Property and National Sovereignty", en Phillis M. Messenger (ed.), *The Ethics of Collecting: Whose Culture? Cultural Property: Whose Property?*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990: 199-208.

_____, "En torno al problema de definición de Mesoamérica", en *Una definición de Mesoamérica*, México, UNAM, 1992: 74- 104 (1a. ed. 1975).

_____, "La función del anecdotario en la formación del antropólogo" (resumen), *Coloquio historia de la antropología en México, fuentes y transmisión*, ENAH, 5-7 de julio, 1993.

_____, "El anecdotario como parte de la formación del antropólogo", en *La historia de la antropología en México. Fuentes y transmisión*, México, UIA-INI-Plaza y Valdés Editores, 1996: 283-289.

_____, Luis González y María del Refugio González (ed.), *Arqueología y derecho en México*, México, UNAM, 1980.

LOCKE, John, "Ensayo sobre el entendimiento humano", *en Carta sobre la tolerancia y otros escritos*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1975: 61-84.

LOMBARDO, Sonia, "La legislación sobre el patrimonio cultural y su relación con los grupos sociales", en Sonia Lombardo y Ruth Solís, *Antecedentes de las leyes sobre monumentos históricos (1536-1910)*, México, INAH, 1988: 9-26.

LOMNITZ, Larissa, *Estructura de organización social de un instituto de investigación*, México, 1972 [MS. facilitado por la autora].

_____, "Conflict and Mediation in a Latin American University", *Journal of Interamerican Studies & World Affairs*, 3 (19): 315-338, 1977.

_____, "La antropología de la investigación científica en la UNAM", en *La ciencia en México*, México, FCE, 1985: 13-25.

_____, "Las relaciones horizontales y verticales en la estructura social urbana de México", en *La heterodoxia recuperada. En torno a Ángel Palerm*, México, FCE, 1987: 515-556.

_____, Claudio Lomnitz e Ilya Adler, "Consideraciones en torno al ordenamiento y sentido de los actos públicos de la campaña presidencial del Partido Institucional Revolucionario de Mexico, 1988" [MS. facilitado por Larissa Lomnitz].

_____, M. W. Rees y L. Cameo, "Publication and Referencing Patterns in a Mexican Research Institute", *sss*, 17: 115-133, 1987.

LOMNITZ, Claudio, "Ideología comunitarias y nacionalismo", en *Modernidad Indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México*, México, Editorial Planeta, 1999: 35-64.

_____, "Intelectuales de provincia y la sociología del llamado «México Profundo»", *Modernidad Indiana*, 1999a: 121-149.

LONG, Norman y Ann Long (eds.), *Battleflieds of Knowledge. The interlocking of theory and practice in social research and development*, Londres, Routledge, 1992.

LÓPEZ AGUILAR, Fernando, "La política arqueológica", en *La antropología en México...*, vol. 3,1988: 699-709.

_____, *Elementos para la construcción teórica en arqueología*, México, INAH, 1990 (1a. ed. 1984).

_____, "Tres discursos sobre el patrimonio cultural y su desconstrucción", *Antropología*, 33, 1991: 2-11.

_____ y María Viart, "Etnicidad y arqueología. Una reflexión sobre las investigaciones en el Valle del Mezquital", *C*, 33-34: 103-108, 1993.

_____ y Guillermo Bali Chávez, "Mesoamérica, una visión desde la teoría de la complejidad", *Ludus Vitalis*, 5, 1995.

LÓPEZ CAMACHO, Javier, "Atlas Arqueológico Nacional", *Antropología*, 22, 1988: 15-16.

LÓPEZ CERVANTES, Gonzalo, "Arqueología histórica", *Jornadas de Antropología*, Guadalajara, udeG,1989: 331-353.

LÓPEZ, Lorenza y Jorge Ramos, "Tumba de tiro en Huitzilapa, Jalisco", *AM*, 7 (2): 59-61, 1994.

LÓPEZ CRUZ, Carlos, *Modelo de un sistema de intercambio en el Occidente de México durante el clásico mesoamericano, con énfasis en el Cañón de Bolaños, Jalisco y Zacatecas*, México, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH, 1994.

LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, "Las periodizaciones marxistas de la historia mesoamericana", *Homenaje a Julio César Olivé Negrete*, México, UNAM-INAH-Colegio Mexicano de Antropólogos, 1991: 173-193.

_____, *Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan*, México, INAH, 1993.

_____, "Guerra y muerte en Tenochtitlan. Descubrimientos en el Recinto de los Guerreros Aguila", *AM*, 12 (2): 75-77, 1995.

LÓPEZ RODÓ, L., *El patrimonio nacional*, Madrid, CSIC, 1954.

LÓPEZ WARIO, Luis A., "Entre lo negro y lo rosa. Revisión de la arqueología de salvamento en México,1950-1990" [MS].

_____, "Cuestionario sobre salvamento arqueológico en México" [MS].

_____ y Salvador Pulido, "Forjando arqueólogos. Los planes de estudio de arqueología en la ENAH, 1941-1991", *C*, 26, 1991: 83-96.

LORENZO, José Luis, "Mexico", en Henry Cleere (ed.), *Approaches to the Archaeological Heritage. A comparative study of world cultural resource management systems*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984: 89-100.

_____,"Pedro Armillas", en Teresa Rojas (ed.), *Pedro Armillas: vida y obra* I, Mexico, INAH-CIESAS, 1991: 15-29.

_____,"Sobre el Templo Mayor de Mexico-Tenochtitlan", *Prehistoria y arqueología*, México, INAH, 1991a: 411-432.

_____, Joaquín García Bárcena y Antonio Pérez, *Hacia una arqueología social. Reunión en Teotihuacan (octubre de 1975)*, México, INAH, 1976.

_____, Luis Lumbreras, Eduardo Matos, Julio Montané *et al.*, "Hacia una arqueología social (Reunión de Teotihuacan, octubre de 1975)", *NA*, 12, 1979: 65-92.

_____ y Lorena Mirambell (ed.), *Tlapacoya :35,000 años de historia del Lago de Chalco*, México, INAH, 1986.

LOYD, A.L., "Computing Bouts of the Prisoner's Dilemma", *SA*, 272 (6): 80-83, 1995.

LOZOYA, Xavier, *Plantas y luces en México. La Real Expedición Científica a la Nueva España (1787-1803)*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1984.

_____, *El preguntador del rey. Francisco Hernández*, México, CNCA-Pangea, 1991.

LYNCH, Michael, *Art and Artifact in Laboratory Science: A Study of Shop Work and Shop Talk in a Research Laboratory*, Londres, Routledge, 1985.

_____, *Scientific Practice and Ordinary Action: Ethnomethodology and the Social Studies of Science*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

LYON, Edwin A., "A Documentation Strategy for Archaeology", *Tracing Archaeology's Past. The historiography of archaeology*, Carbondale, Southern Illinois University Press, 1989: 187-198.

MALINA, Jaroslav y Zdenek Vasicek, *Archaeology Yesterday and Today. The development of archaeology in the sciences and humanities*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.

MANNHEIM, Karl, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, Madrid, Aguilar Ediciones, 1973 (1a. ed. al. 1931).

MANZANILLA NAIM, Linda, *La constitución de la sociedad urbana en Mesopotamia. Un proceso en la historia*, México, UNAM, 1986.

_____, "El sitio de Cuanalan en el marco de las comunidades pre-urbanas del Valle de Teotihuacan", *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, México, INAH, 1989: 133-178 (1a. ed. 1985).

_____, "The Study of Room Function in a Residential Compound at Teotihuacan, Mexico",*Origini*, XIV: 175-186, 1989a.

_____, "Niveles de análisis en el estudio de unidades habitacionales", *Revista Española de Antropología Americana*, 20: 9-18, 1990.

_____, "Estudio de túneles y cuevas en Teotihuacan. Segunda fase (1990)", *CAB* 1990, 1991: 171-172.

_____, *Akapana. Una pirámide en el centro del mundo*, México, UNAM, 1992.

_____, "El mundo clásico mesoamericano", en *Atlas histórico de Mesoamérica*, México, 1993: 74-76.

_____, "Introducción", *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyohualco*, I:15-30, 1993a.

_____, "Los conjuntos residenciales teotihuacanos", *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyohualco*, pp. 31-46, 1993b.

_____, "Ensayo de interpretación", *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyohualco*, pp. 548-566, 1993c.

_____, "Surgimiento de los centros urbanos en Mesoamérica", *Antropología breve de México*, México, AIC-CRIM-UNAM, 1993d: 57-82.

_____, "Las cuevas en el mundo mesoamericano", *Ciencias*, 36,1994: 59-66.

_____ (coord.), *Anatomía de un conjunto residencial teotihuacano en Oztoyohualco*, 2 vols., México, UNAM, 1993.

_____ y Antonio Benavides, "Unidades habitacionales excavadas en Cobá, Q.R.", en *Arquitectura y arqueología. Metodologías en la cronología de Yucatán*, México, CEMCA, 1985: 69-76.

_____ y Luis Barba, "Superfice/excavación. Un ensayo de predicción de rasgos arqueológicos en Oztoyohualco", *A*, 1, 1987: 19-29.

_____, *La arqueología: una visión científica del pasado del hombre*, México, SEP-FCE, 1994.

_____, Beatriz Ludlow, Raúl Valadez y Luis Barba, "La vida doméstica en Teotihuacan. Un estudio interdisciplinario", *CD*, 77, 1987: 21-32.

_____ y Leonardo López Luján (ed.), *Atlas histórico de Mesoamérica*, México, Ediciones Larousse, 1993.

_____, Claudia López y Ann Corinne Freter, "Dating Results from Excavation in Quarry Tunnels Beneath the Pyramid of the Sun at Teotihuacan", *Ancient Mesoamerica*, 7: 245-266, 1996.

MARCUS, George E., *Technoscientific Imaginaires. Conversations, Profiles and Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.

MARCUS, Joyce, *Mesoamerican Writing Systems. Propaganda, Myth, and History in Four Ancient Civilizations*, Princeton, Princeton University Press, 1993.

MARSCHALL, Wolfgang, *Influencias asiáticas en las culturas de la América Antigua. Estudios de su historia*, México, Ediciones Euroamericanas Klaus Thiele, 1979.

MARTÍNEZ CARAZA, Leopoldo, *Léxico histórico militar*, México, INAH, 1990.

MASTACHE, Alba Guadalupe, "Programa de trabajo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos", 1991 [MS].

_____ y Robert H. Cobean, "La arqueología", en *La antropología en México. Panorama histórico 5. Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera*, México, INAH, 1988: 39-82.

MATOS MOCTEZUMA, Eduardo, "Las corrientes arqueológicas en México", *NA*, 12, 1979: 7-25.

_____, "Las normas jurídicas y la investigación en México", en Jaime Litvak *et al.*, *Arqueología y derecho en México*, UNAM, 1980: 125-132.

_____, *Informe de la revisión de los trabajos arqueológicos realizados en Ichcateopan, Guerrero*, México, UNAM, 1980a.
_____, "El Templo Mayor de Tenochtitlan", *BAA*,1: 7-19, 1980b.
_____, *El Templo Mayor de México. Crónicas del siglo XVI*, México, Asociación Nacional de Libreros, 1981.
_____, *El Templo Mayor: excavaciones y estudios*, México, INAH,1982.
_____, "Las excavaciones del Templo Mayor 1978-1981", *El Templo Mayor: excavaciones y estudios*, México, INAH, pp.11-16,1982a
_____, "El Templo Mayor: economía e ideología", *El templo Mayor: excavaciones y estudios*, México, INAH, pp.109-118,1982b.
_____, *El Templo Mayor de Tenochtitlan. Planos, cortes y perspectivas*, México, INAH, 1982c.
_____, "El proceso de desarrollo de Mesoamérica", *BAA*, 5, 1982d: 117-131.
_____, *Manuel Gamio: la arqueología mexicana*, México, UNAM,1983.
_____, *Official Guide. The Great Temple*, México, INAH-Salvat, 1985.
_____, "Introducción", en Manuel Gamio, *Arqueología e indigenismo*, México, INI, 1986: 7-20.
_____, "El Proyecto Templo Mayor", *Los dioses que se negaron a morir. Arqueología y crónicas del Templo Mayor*, México, SEP Cien, 1986a: 85-101.
_____, "El Templo Mayor", *Los dioses que se negarón a morir*, pp. 265-272, 1986b.
_____, *Muerte a filo de obsidiana*, México, SEP,1986c (1a. ed. 1974; 2a. ed. 1978).
_____, "The Templo Mayor of Tenochtitlan.History and Interpretation", en David Carrasco (ed.), *The Great Temple of Tenochtitlan. Center and Periphery in the Aztec World*, Berkeley, University of California Press, 1987: 15-60.
_____, *Obras maestras del Templo Mayor*, México, Fomento Cultural Banamex, 1988.
_____, "El Proyecto Templo Mayor: objetivos y programas", *Trabajos arqueológicos en el centro de la ciudad de México*, México, INAH, 1990: 17-39.
_____, "Presencia de Pedro Armillas en la arqueología mexicana", en Teresa Rojas (ed.), *Pedro Armillas: vida y obra* I, 1991: 51-57.
_____, "Arqueología urbana", *A dos tintas*, 13: 1-2, 1991a.
_____, "Vida, pasión y muerte de Don Leopoldo Batres", ponencia al II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera, 26-30 de agosto, 1991c.
_____, "Teotihuacan", *Proyectos Especiales de Arqueología 1992-1994*, México, CNCA-INAH, 1992: 2-11.
_____, "El Templo Mayor Azteca: la arquitectura ritual de Tenochtitlan", en R.F. Townsend (ed.), *La Antigua América. El arte de los parajes sagrados*, México, Art Institute of Chicago, 1993: 187-194.
_____, "Las sociedades tardías de Mesoamérica", en *Antropología breve de México*, México, AIC-CRIM-UNAM, 1993a: 83-119.

_____, "Teotihuacan. Entrevista a Eduardo Matos", *AM*, 1(1): 31-34 y 2 (1): 73-75,1993b.

_____, *Museo de sitio de Teotihuacan, México*, INAH-CNCA-Instituto Cultural Domecq, 1993c.

_____, "Excavaciones recientes en Teotihuacan", *CD*, 112, 1993d: 64-71.

_____, *The Great Temple of the Aztecs. Treasures of Tenochtitlan*, Londres, Thames & Hudson Ltd., 1994 (1a. ed. 1988).

_____, *Vida y muerte en el Templo Mayor*, México, INAH, 1994a (1a. ed. 1986).

_____, "Mesoamérica", en Linda Manzanilla y Leonardo López (ed.), *Historia antigua de México I. El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte preclásico*, México, INAH-UNAM-Porrúa, 1994b: 49-73.

_____, "Teotihuacan, Estado de México", *La arqueología mexicana en el umbral del siglo XXI. Proyectos Especiales de Arqueología*, México, CNCA-INAH, 1994c: 36-38.

_____, "Teotihuacan", *AM*, 10 (2): 75-79, 1994d.

_____, "Excavaciones recientes en la Pirámide del Sol, 1993-1994", *La Pirámide del Sol Teotihuacan. Antología*, México, INAH-Instituto Cultural Domecq, 1995: 312-329.

MAY, R., *La necesidad del mito. La influencia de los modelos culturales en el mundo contemporáneo*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1992.

MAYER, Leticia, "La situación de las matemáticas: la comunidad científica", en *El Sistema de Ciencia y Tecnología en México*, México, IIMAS-UNAM, 1991: 55-70.

MCINTOSH, Jane, *Guía práctica de arqueología*, Madrid, Hermann Blume,1987.

MENDELSOHN, Everett y Yehuda Elkana (ed.), *Sciences and Cultures. Anthropological and Historical Studies of Science*, Dordrecht, D.Reidel Publishing Co., 1981.

MÉNDEZ, Aída, "La información y documentación científicas en busca de identidad como ciencia", *MC*, 24 (3): 417-422.

_____ y M. Ribas, "Un ejercicio de evaluación científica aplicado a la Escuela de Química Orgánica de Santiago de Compostela en el periodo 1943-1977", *MC*, 52 (5): 1158-1164.

MÉNDEZ R.,Ignacio, "Estadística y ciencias sociales", *Matemáticas y ciencias sociales*, México, Porrúa-UNAM, 1993: 209-213.

MENSER, Michael y Stanley Aronowitz, "On Cultural Studies, Science and Technology", *Technoscience and Cyberculture*, Nueva York, Routlege, 1996: 7-28.

MERTON, Robert K., "Priorities in Scientific Discovery", en *The Sociology of Science. Theoretical and Empirical Investigations*, Chicago, University of Chicago Press, 1974: 286-324.

_____, "Conflicto social por estilos de labor sociológica", en *Sociología de la ciencia 1. Investigaciones teóricas y empíricas*, Madrid, Alianza Editorial, 1977: 94-120.

_____, "Los imperativos institucionales de la ciencia", *en Estudios sobre sociología de la ciencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1980: 64-78.

MERRILL, William, Edmund Ladd y T. J. Ferguson, "The Return of the Ahayu: da. Lessons for Repatriation from Zuni Pueblo and the Smithsonian Institution", CA, 34 (5): 523-567, 1993.

_____ y Richard E. Ahlborn, "Zuni Archangels and Ahayu: da. A Sculpted Chronicle of Power and Identity", MS facilitado por W. Merrill , 1996.

METROPULOS O'RAND, Angela, "Knowledge Form and Scientific Community: Early Experimental Biology and the Marine Biological Laboratory", *The Knowledge Society. The Growing Impact of Scientific Knowledge on Social Relations*, Dordrecht, D. Reidel Publishing Co., 1986:183-202.

MEULEN, Alice ter, "La linguística y la filosofía del lenguaje",en F.J. Newmeyer (ed.), *Panorama de la linguística moderna de la Universidad de Cambridge* I, Madrid, Visor,1990: 493-511.

MILLON,Rene, "Teotihuacan", *Ancient Cities*, Scientific American Special Issue, 1994: 138-144.

MIQUEL, Jean-Francois, Y. Shinozaki-Okubo, N. Narváez y L.Frigoletto, "¿Están abiertos los científicos a la cooperación internacional?", *MC*, 89 (9): 290-292.

MOATTI, Claude, *La antigua Roma. Historia de su descubrimiento*, Madrid, Aguilar de Ediciones, 1991.

MONNET, Jerome, "Los museos de antropología e historia en México: organización espacial y proyecto ideológico", *Trace*: 16: 49-52.

_____, "Mexcaltitán, territorio de la identidad mexicana: la creación de un mito de origen", *Vuelta*, 171, 1991: 25-30.

MONTEMAYOR G., Felipe, *28 años de antropología. Tesis de la ENAH*, México, INAH, 1971.

MORELOS GARCÍA, Noel, "Reflexiones sobre la conservación de monumentos arqueológicos", Seminario investigación y conservación de monumentos arqueológicos, SEA-INAH, 7 agosto-11 septiembre, de 1992 [MS].

_____, *Proceso de producción de espacios y estructuras en Teotihuacan. Conjunto Plaza Oeste y Complejo Calle de los Muertos*, México, INAH,1993.

_____, Ignacio Rodríguez y Rubén Cabrera Castro "Los proyectos arqueológicos coyunturales", en *Teotihuacan 1980-1982. Nuevas interpretaciones*, México, INAH, 1991: 15-28.

MOULINES, Ulises, "Conceptos teóricos y teorías científicas", en *La ciencia: estructura y desarrollo*, Madrid, CSIC-Editorial Trotta, 1993: 47-162.

_____, "¿Qué hacer en filosofía de la ciencia? Una alternativa en catorce puntos", en *Exploraciones metacientíficas*, Madrid, Alianza Editorial, 1982: 40-60.

MOUNTJOY, Joseph B., "Propuestas para el futuro de la arqueología en el Occidente de México", EdH, 1, 1994: 205-209.

NADER, Laura (ed.), *Naked Science. Anthropological Inquiry into Boundaries, Power and Knowlegde*, Londres, Routledge, 1996.

NALDA, Enrique, "México prehispánico: origen y formación de las clases sociales", *en México: un pueblo en la historia*, vol. 1, México, UAP-Nueva Imagen, 1981: 45-165.

_____, "¿Qué es lo que define Mesoamérica?", en *La validez teórica del concepto Mesoamérica*, México, INAH-SMA, 1990: 11-20.

_____, "Consideraciones sobre la periodización de la historia del México Antiguo", *Anuario 1989*, Guadalajara, 1991: 77-96.

_____, "La arqueología mexicana y la sociedad contemporánea", en *La sociedad mexicana contemporánea: una visión antropológica*, México, SMA, 1991a: 55-70.

_____, "Elementos para la elaboración de una política de conservación del patrimonio arqueológico", en Enrique Flores cano (ed.), *El patrimonio cultural de México*, México, FCE-CNCA,1993: 129-144.

_____, "Pedro Armillas y la posición de la frontera agrícola", *AM*, 6 (1): 36-38, 1994.

_____ y Javier López, *Proyecto Atlas Arqueológico Nacional*, México, INAH, 1984.

NAVARRETE, Carlos, "Pedro Armillas y la Escuela Nacional de Antropología: 1952-1956", en Teresa Rojas (ed.), *Pedro Armillas: vida y obra* I, 1991: 31-49 [también en *BECAUY*, 92, 1988: 3-15].

NEISSER, Ulric, "La imitación del hombre por la máquina", en *Inteligencia humana e inteligencia artificial*, México, FCE, 1975: 253-266.

NELKEN-TERNER, Antoinette, "L'Anthropologie au Mexique", *Cahiers des Ameriques Latines*, 1, 1968: 208-215.

NELKIN, Dorothy, «Perspectives on the Evolution of Science Studies», *Technoscience and Cyberculture*, Nueva York, Routledge, 1996 :31-36.

NOGUERA, Eduardo, "Antecedentes y relaciones de la cultura teotihuacana", EMA, 5-8, III: 3-90,1935.

_____, "Objeto y técnica de las excavaciones estratigráficas", *Actualidades Arqueológicas*, 2:1 y 4, 1995.

NOLASCO, Margarita (ed.), *La antropología y sus sujetos de estudio. Encuentro sobre la práctica profesional de la antropología*, México, CIESAS, 1984.

NOWAK, M., A. May y K. Sigmund, "The Arithmetics of Mutual Help", *SA*, 272 (6): 50-55, 1995.

_____ y Karl Sigmund, "En los orígenes de la cooperación", *MC*, 208: 30-31, 2000.

OCHOA, Lorenzo, *Quince años de arqueología en la UNAM (1964-1978)*, México, UNAM, 1983.

_____, Yoko Sugiura y Mari Carmen Serra, "Reflexiones en torno a la arqueología mexicana", *Homenaje a José Luis Lorenzo*, México, INAH,1989: 297-310.

O'GORMAN, Edmundo, "Historia natural y moral de las Indias del padre Joseph de Acosta", en *Cuatro historiadores de Indias, siglo XVI*, México, CNCA-Alianza Editorial, 1990: 121-181 (1a. ed. 1940).

OLIVÉ NEGRETE, Julio César, "Reseña histórica del pensamiento legal sobre arqueología", en Jaime Litvak *et al.*, *Arqueología y derecho en México*, UNAM, 1980: 19-46.

_____, "El patrimonio histórico cultural", en *La antropología en México...*, vol. 3, 1988: 679-698.

_____, "Estado, formación socioeconómica y periodificación de Mesoamérica", *Mesoamérica y el centro de México. Una antología*, México, INAH, 1989: 81-114.

_____, "Contexto y motivos de la Ley de Monumentos", *Este País*, enero de 1994: 28-29.

_____, "Estado, nación y patrimonio", en *El patrimonio sitiado. El punto de vista de los trabajadores*, México, Trabajadores Académicos del INAH, 1995: 21-29.

_____ y Augusto Urteaga, *INAH, una historia*, México, INAH, 1988.

OLIVERA, Alicia, "Un autodidacta precoz. Entrevista de Wigberto Jiménez Moreno", en *Caminos de la antropología. Entrevistas a cinco antropólogos*, México, INI-CNCA, 1990: 63-129.

OWUSU, Maxwell, "La etnografía de los etnógrafos. Teoría y práctica de la antropología sociocultural. Una reconstrucción", *Anuario de Etnología y Antropología Social*, 2: 109-134, 1989.

PADEN, Roger,"Signaling Cooperation; Prisoner´s Dilemas and Pyschological Dispositions in Hobbe's State of Nature", *Diálogos*, 70 (22): 27-51, 1997.

PAHL, R.E., "Sociología", en Paul Baker (ed.), *Las ciencias sociales de hoy*, México, FCE, 1979: 48-62.

PALERM, Angel, *Introducción a la teoría etnológica*, México, UIA,1967.

_____, *Historia de la etnología: los precursores*, México, CISINAH-SEP-INAH,1974.

_____, *Historia de la etnología: los evolucionistas*, México, CISINAH-SEP-INAH, 1976.

_____, *Historia de la etnología: Tylor y los profesionales británicos*, México, Ediciones de la Casa Chata,1977.

_____, "Antropología y marxismo en crisis", *NA*, 11, 1979: 41-59.

PANAMEÑO, Rebeca y Enrique Nalda, "Arqueología, ¿para quién?", *NA*, 12, 1979: 111-124.

PASTRANA, Gabriel, "La búsqueda de tesoros indígenas en la Nueva España", ponencia a IV Semana Cultural de la DEAS, México, 1994.

PASZTORY, Esther, "El mundo natural como metáfora cívica en Teotihuacan", en *La antigua América. El arte de los parajes sagrados*, México, Art Institute of Chicago, 1993: 135-145.

PAULOS, John Allen, *El hombre anumérico. El analfabetismo matemático y sus consecuencias*, Barcelona, Tusquets, 1990.

_____, "Clasificar y recuperar", en *Más allá de los números. Meditaciones de un matemático*, Barcelona, Tusquets, 1993: 46-48.

_____, "La filosofía de la matemática", *Más allá de los números. Meditaciones de un matemático*, Barcelona, Tusquets, 1993a: 103-106.

_____, "Etica y matemáticas", *Más allá de los números. Meditaciones de un matemático*, Barcelona, Tusquets, 1993b: 96-100.

PAZ, Octavio, *Posdata*, México, Siglo XXI Editores,1972 (1a. ed. 1970).

PEÑAFIEL, Antonio, *Explication de l'edifice mexicain a l'Exposition Internationale de Paris en 1889*, Barcelona, Imprimerie d'Espasa et Cie.,1899.

PÉREZ, Ana Rosa, "Modelos de cambio científico", en Ulises Moulines (ed.), *La ciencia:estructura y desarrollo*, Madrid, Editorial Trotta-CSIC 1993a: 181-202.

PÉREZ, José R., "Exploración del túnel de la Pirámide del Sol", *EMA*, 5-8,III: 91-94, 1935.

PÉREZ LIZAUR, Marisol, "Desarrollo tecnológico en la industria: aprendizaje y redes sociales", en *El Sistema de Ciencia y Tecnología en México*, México, IIMAS-UNAM, 1991: 141-156.

PÉREZ TAMAYO, Ruy, *Cómo acercarse a la ciencia*, México, CNCA-Limusa-Gobierno del Estado de Querétaro, 1989.

PESTAÑA, Ángel, "¿Quién es quién en las ciencias de la vida en España?", *MC*, 108 (10): 1200-1208, 1990.

PINSKY, Valerie y Alison Wylie (ed.), *Critical Traditions in Contemporary Archaeology. Essays in the philosophy, history and sociopolitics of archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

PIÑA CHÁN, Román, "Introducción", *Del nomadismo a los centros ceremoniales*, México, SEP-INAH, 1975: 7-12.

_____, "Un modelo de evolución social y cultural del México precolombino", *Mesoamerica y el centro de México. Una antología*, México, INAH, 1989: 41-79 (1a. ed. 1976).

_____, *Una visión del México prehispánico*, México, UNAM, 1993 (1a. ed. 1967).

PLEASANTS, Nigel, "The Post-Positivist Dispute in Social Studies of Science and its Bearing on Social Theory", *Theory, Culture and Society*, 14(3):143-156, 1997.

POMPA Y POMPA, Antonio, *EL INAH. Su contribución a la bibliografía nacional*, México, INAH, 1962.

POPPER, Karl, "Contra las grandes palabras (Una carta que originalmente no tuve intención de publicar)", en *En busca de un mundo mejor*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1995: 113-129.

PORTER WEAVER, Muriel, *The Aztecs, Maya and Their Predecessors. Archaeology of Mesoamerica*, Nueva York, Academic Press,1981.

POUNDSTONE, William, *El dilema del prisionero. John von Neumann, la teoría de los juegos y la bomba*, Madrid, Alianza Editorial, 1995.

PRICE, Barbara J., "Teotihuacan as World-System: concerning the applicability of Wallerstein's model", *Origen y formación del Estado en Mesoamérica*, México, UNAM, 1986: 169-194.

PRICE, Derek J. de Solla, "Diseases of Science", en *The Rise of Science in Relation to Society*, Nueva York, Macmillan Co., 1964: 133-145.

_____, "La ciencia de la ciencia", *La ciencia de la ciencia*, México, Editorial Grijalbo, 1968: 313-330.

_____, *Little Science, Big Science... And Beyond*, Nueva York, Columbia University Press, 1986 (1a. ed. 1963).

PRUNEDA, Alfonso, *El XVIII Congreso Internacional de Americanistas. Informe rendido a la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes*, México, Imprenta de Stephan y Torres, 1912.

PUERTO SARMIENTO, Francisco Javier, *Ciencia de cámara. Casimiro Gómez Ortega (1741-1818), el científico cortesano*, Madrid, CSIC, 1992.

PUTNAM, Hilary, *Representación y realidad. Un balance crítico del funcionalismo*, Barcelona, Gedisa Editorial, 1990.

RABKIN, Yakov, "Tendencias recientes de la cienciametría", *CD*, 57: 89-96, 1984.

RAHTZ, Philip, *Invitation to Archaeology*, Oxford, Basil Blackwell, 1986.

RABINOW, Paul, *Making PCR. A Story of Biotechnology*, Chicago, University of Chicago Press, 1997.

RAMÍREZ CARILLO, Luis, "Construir una expresión. La comunicación científica del conocimiento antropológico en Yucatán", *BECAUY*, 100 (17): 8-27, 1990.

RAMÍREZ VÁZQUEZ, Pedro, Román Piña Chán, Alfonso Caso *et al.*, *The National Museum of Anthropology, Mexico. Art, architecture, archaeology, anthropology*, Nueva York, Harry N. Abrams, 1968.

RAMOS DE LA VEGA, Jorge y Lorenza López Mestas, "Datos preliminares sobre el descubrimiento de una tumba de tiro en el sitio de Huitzilapa, Jalisco", *Ancient Mesoamerica*, 7: 121-134, 1996.

RAPOPORT, Anatol, "Teoría general de sistemas", *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, vol. 9: 704-710, 1979.

RAZ, Joseph, The *Concept of a Legal System. An introduction to the theory of legal system*, Oxford, Clarendon Press, 1983 (1a. ed. 1970).

REDFIELD, Kay, "Manic-Depressive Illness and Creativity", *SA*, 2 (272): 46-51, 1995.

RENFREW, Colin, "Prólogo", a Lewis R. Binford, *En busca del pasado. Desatando el registro arqueológico*, Barcelona, Editorial crítica, 1988: 9-11.

_____ y Paul Bahn, *Archaeology theories, methods and practice*, Nueva York, Thames & Hudson Inc., 1991.

REYNA, S.P, "Literary anthropology and the case against science", *MAN*, 3 (29): 555-581,1994.

RICOEUR, Paul, *Freud: una interpretación de la cultura*, México, Siglo XXI Editores, 1987 (1a. ed. fr. 1965).

_____, *Hermeneutics and the Human Sciences. Essays on Language, Action and Interpretation*, París, Cambridge University Press/Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1992: 197-221 (1a. ed. fr. 1981).

RIVERO, Juan y Elena Lugo, "Ética de la sistemática", en *Taxonomía biológica*, México, UNAM-FCE, 1994: 523-536.

RODRÍGUEZ, Ignacio, "Recursos ideológicos del Estado mexicano: el caso de la arqueología", ponencia al Coloquio La Historia de la Antropología en México. Fuentes y Transmisión, ENAH, 5-7 de julio, de 1993.

_____, "Patrimonio cultural y privatización", *Excelsior*, 3-9 de abril de 1990.

_____ y Aldir González, "Propuesta de programa académico de la SEA" [MS, c. 1991].

ROETT, Riordan, *Brazil. Politics in a Patrimonial Society*, Westport, Praeger Publishers, 1992.

ROJAS RABIELA, Teresa, "Armillas y el Primer Taller del Programa de Adiestramiento Avanzado en Arqueología", en *Pedro Armillas: vida y obra* I, México, INAH-CIESAS, 1991: 59-73.

ROLAND, Martin, "Prefacio", *MC*, 66 (7): 210-211.

ROSAS MANTECÓN, Ana María, "La puesta en escena del patrimonio mexica y su apropiación por los públicos del Museo del Templo Mayor", *El consumo cultural en México*, México, CNCA, 1993: 197-233.

ROSS, Andrew (ed.), *Science Wars*, Durham, Duke University Press, 1996.

_____, *Strange Weather. Culture, Science and Technology in the Age of Limits*, Nueva York, Verso, 1996.

RORTY, Richard, "Ironía privada y esperanza liberal", *Contingencia, ironía y solidaridad*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1991: 91-113.

ROSENBERG ,Nathan y L.E. Birdzell, Jr., "Science,Technology and the DESTERN Miracle", *SA*, 263 (5): 18-25, 1990.

ROTH, Paul, *Meaning and Method in the Social Sciences. A case for methological pluralism*, Ithaca, Cornell University Press, 1987.

ROUSSEAU, Xavier, "En defensa de la arqueología regional", *Piezas de un rompecabezas regional*, Guadalajara, Editorial de la UDEG, 1991: 59-64.

_____, "Arqueología y utopía en el Occidente de México", EDH, 1, 1994: 193-204.

RUIZ, Apen, "Cultura y poder en la arqueología mesoamericana" [MS. facilitado por su autora], 1992.

_____, "Arqueología y la "romantización" del pasado" [MS. facilitado por su autora], 1993.

RUSE, Michael, *El misterio de los misterios. ¿Es la evolución una construcción social?*, Barcelona, Tusquets Editores, 2001.

RUSELL, Bertrand, *A History of Western Philosophy*, Nueva York, Simon & Schuster, 1972 (1a. ed. 1945).

SABAU GARCÍA, María Luisa (ed.), *Arqueología. Memoria e identidad*, Int. Carlos Salinas de Gortari, México, CNCA-INAH, 1993.

SABLOFF, Jeremy A., *The Cities of Ancient Mexico. Reconstructing a Lost World*, Nueva York, Thames & Hudson Inc., 1992 (1a. ed. 1989).

SALINAS DE GORTARI, Carlos, "Recuperación del tesoro prehispánico. Textos de los discursos pronunciados con motivo de la ceremonia de entrega de las piezas arqueológicas recuperadas al Museo Nacional de Antropología el 14 de junio

de 1989, por el C. Presidente de la República, Lic. Carlos Salinas de Gortari", *Antropología*, 26, 1989 (suplemento).

SAMUEL, R.y P. Thompson (ed.), *The Myths We Live By*, Londres, Routledge, 1993.

SÁNCHEZ, Jorge, "La ilicitud de la transmisión de la propiedad de monumentos arqueológicos", en Jaime Litvak *et al.*, *Arqueología y derecho en México*, UNAM, 1980: 55-70.

SÁNCHEZ, Óscar, "Delimitación de zonas arqueológicas: historia y protección", en *El patrimonio sitiado. El punto de vista de los trabajadores*, México, Trabajadores Académicos del INAH, 1995: 187-199.

SEARLE, John, *Actos de habla. Ensayo de filosofía del lenguaje*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1994.

SELER, Eduardo, "Las excavaciones en el sitio del Templo Mayor de México", *Anales del Museo Nacional de México*, t. VII, 1903: 35-262.

SELIGMAN, Thomas K., "The Murals of Teotihuacan: a case study of negotiated restitution", en Phyllis M. Messenger (ed.), *The Ethics of Collecting: Whose Culture? Cultural Property: Whose Property?*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1990: 73-84.

SERRA PUCHE, Mari Carmen y Noel Morelos, "El hombre y sus recursos en el sur de la Cuenca de México: Temamatla, un sitio ribereño del Formativo", *CAB* 1990, 1991: 229-235.

SERRANO, Jorge A., *Filosofía de la ciencia*, México, Centro de Estudios Educativos, 1980.

SCHÁVELZON, Daniel, "La primera excavación arqueológica en América. Teotihuacan en 1675", *AdA*, XX, t. 1: 121-134, 1983.

SCHMIDT, Paul, "Los aportes de la arqueología estadounidense", en *La antropología en México. Panorama histórico 5. Las disciplinas antropológicas y la mexicanística extranjera*, México, INAH, 1988: 403-472.

_____, "El papel del editor", *A dos tintas*, 11, 1991: 1-2.

SCHÖNDUBE, Otto, "Tepalcates, monos y pirámides, ¿curiosidades o elementos para reconstruir el pasado?", *Jornadas de Antropología*, Guadalajara, UDG, 1989: 31-41.

_____, "La arqueología en el Occidente de México", *Anuario 1989*, Laboratorio de Antropología, 1991: 255-267.

_____, "El Occidente de México", *AM*, 9(2): 18-23, 1994.

_____, "Una visión global del Occidente de México antes del contacto", en *El Occidente de México en el tiempo. Aproximaciones a su definición cultural*, Guadalajara, UDEG, 1994a: 107-113.

_____, Jean Pierre Emphoux y Ricardo Ávila P., "Proyecto arqueológico Cuenca de Sayula", *CAB 1990*: 225-228, 1991.

SCHUSTER, Angela, "New Tomb Found at Teotihuacan", *AR*: http://www.archaeology.org/online/features/México/index.html.

SCHWARTZ, Georg T., *Arqueólogos en acción*, México, FCE, 1976.

SHUBIK, Martin, *Teoría de los juegos en las ciencias sociales. Conceptos y soluciones*, México, FCE, 1992.

SIEMENS, Alfred H., *Tierra configurada. Investigaciones de los vestigios de agricultura precolombina en tierras inundables costeras desde el norte de Veracruz hasta Belice*, México, CNCA, 1989.

SILVERMAN, Sydel (ed.), *Totems and Teachers. Perspectives on the history of anthropology*,Nueva York,Columbia University Press, 1981.

SNOW, C.P., *Las dos culturas y un segundo enfoque*, Madrid, Alianza Editorial, 1977 (1a. ed. ing. 1959).

SOCIEDAD MEXICANA de ANTROPOLOGÍA, *Validez teórica del concepto de Mesoamérica. XIX Mesa Redonda. Programa y resúmenes*, Querétaro,1985.

_____, *I Reunión de Mesa Redonda "Tula y los tolteca" (11-14, de julio, de 1941)*, México, Edición Conmemorativa,1987.

_____, *XXIII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. Antropología e interdisciplina. Homenaje a Pedro Carrasco*, Villahermosa, 1994.

SODI, Federica (ed.), *Mesoamérica y norte de México. Siglo IX-XII. Seminario de arqueología Wigberto Jiménez Moreno*, 2 vols., México, INAH, 1990.

SOHR, Raúl, *Para entender la guerra*, México, CNCA-Alianza Editorial, 1990.

SOKAL, Alan y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Editorial Paidós, 1999.

SOLÍS VICARTE, Ruth, "Apéndice documental", en Sonia Lombardo y Ruth Solís, *Antecedentes de las leyes sobre monumentos históricos (1536-1910)*, México, INAH, 1988: 27-88.

SOTO, María de los Dolores, "La tradición cultural de Teuchtitlán", *AM*, 9 (2): 43-46, 1994.

STEN, María, "Cuando Vivaldi y Federico el Grande inventaban a Moctezuma", *La Jornada Semanal*, 184: 32-36, 1992.

STENT, Gunther S., *Las paradojas del progreso*, Barcelona, Salvat Editores,1986.

STEWARD, Julian, "Culture Area and Cultural Type in Aboriginal America: Methological Considerations", en *Theory of Culture Change*, Urbana, University of Illinois Press, 1955: 78-97.

STOCZKOWSKI, Wiktor, "Origines de l'homme: quand la science répète le mythe", *LR*, 244 (23): 746-750, 1992.

STONE, Elizabeth C. y Paul Zimansky, "The Tapestry of Power in a Mesopotamian City", *SA*, 4 (272): 92-97, 1995.

SUÁREZ, Edna y Ana Barahona, "¿Una biología sin biólogos?",*La Jornada Semanal*, 210: 30-35, 1993.

SUÁREZ, Sergio, Patricia Plunket y Gabriela Uruñuela, "Rescate arqueológico en la Universidad de las Américas, Cholula, Puebla", *CAB 1989*: 138-141, 1990.

_____, "Rescate arqueológico en la Universidad de las Américas, Cholula, Puebla", *CAB 1991*: 260-263, 1992.

TARLOW, Sarah, "Emotion in Archaeology", CA, 41 (5): 713-746, 2000.

THOMPSON, Raymond H., "The subjetive element in archaeological inference", en Brian Fagan (ed.), *Introductory Readings in Archaeology*, Boston, Little, Brown & Co., 1970: 356-361.

THUILLIER, Pierre, "Publicaciones científicas: ¿cómo funciona el «juicio por los iguales»?", *MC*, 26: 654-657.

_____, "Epistemología y romanticismo: el «fin de la ciencia»", *MC*, 90: 432-435.

_____, "Posfacio. Contra el cientismo", *La trastienda del sabio*, Barcelona, Editorial Fontalba, 1983: 92-116.

_____, "¿Existe la ciencia? El caso Pasteur", en *De Arquímedes a Einstein. Las caras ocultas de la invención científica*, México, CNCA, 1990: 400-426.

TIRYAKIAN, Edward A., "Tipologías", *EICS*, v. 10: 365-372, 1979.

TOMPKINS, Peter, *Mysteries of the Mexican Pyramids*, Londres, Thames and Hudson, 1987.

TORRES, Gabriel, "Lo político de la investigación social: autoridad del investigador en la construcción social del conocimiento", 1994 [MS. facilitado por el autor].

TOVAR Y DE TERESA, Rafael, *Modernización y política cultural*, México, FCE, 1994.

TRABULSE, Elías, "El desarrollo científico del México colonial (1521-1821)", *Historia de las ciencias*, Madrid, CSIC, 1987: 151-165.

_____, *Los manuscritos perdidos de Sigüenza y Góngora*, México, El Colegio de México, 1988.

TRAWEEK, Sharon, *Beamtimes and Lifetimes. The World of High Energy Physicists*, Cambridge, Harvard University Press, 1988.

TRIGGER, Bruce, *La revolución arqueológica. La obra de Gordon Childe*, Barcelona, Editorial Fontamara, 1982. (1a. ed. ing. 1980).

_____, "Writing the history of archaeology. A survey of trends", *Objects and Others. Essays on Museums and Material Culture*, Madison, University of Wisconsin Press, 1985: 218-235.

_____, "History and contemporary American archaeology: a critical analysis", *Archaeological Thought in America*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990: 19-34.

_____, *Historia del pensamiento arqueológico*, Barcelona, Editorial Crítica, 1992 (1a. ed. ing. 1989).

_____, "Romanticism, nationalism and archaeology", en *Nationalism, politics and the practice of archaeology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995: 263-279.

URRY, James, "The search for unity in British anthropology, 1880-*1920*", en *Before Social Anthropology. Essays on the History of British anthropology*, Harwood Academic Publishers, 1993: 1-16.

VAJDA, S., "Theory of Games", *The World of Mathematics*, v 2, Redmond, Tempus Books, 1988: 1259-1267.

VÁZQUEZ, Héctor, *Etnología del conocimiento*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario, 1988.

VÁZQUEZ LEÓN, Luis, "La historiografía antropológica contemporánea en México", en *La antropología en México. Panorama histórico*, México, INAH, I: 139-212, 1987.

_____, *Ser indio otra vez. La purepechización de los tarascos serranos*, México, CNCA, 1992.

_____, "Historia y constitución profesional de la arqueología mexicana (1884-1940)", en María Teresa Cabrero (ed.), *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*, México, IIA-UNAM, 1993: 36-77.

_____, "Mexico: the institutionalization of archaeology, 1885-1942", en Augusto Oyuela Caycedo (ed.) *History of Latin American Archaeology*, Hampshire, Avebury Worldwide Archaeology Series, 1994: 69-89.

_____, "Investigar en el INAH o la carga de los 300", *AdA*, vol. XXVII, 1995: 307-379.

_____, "Hobbes en la metáfora del arqueólogo enemigo", en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (ed.), *Arqueología, realidades, imaginaciones. La arqueología narrada por sus practicantes*, México, Sindicato de Investigadores del INAH, 1996: 31-46.

_____, "El Modelo Madrid de arqueología de gestión patrimonial", EdH, 3: 205-225, 1996a.

_____, "Ángel Palerm y la institucionalización de la antropología social en México", *Alteridades*, 8 (15): 167-184, 1998.

_____, "Graebner y la estructura teórica subyacente en la «Mesoamérica» de Kirchhoff", *Relaciones*, 80: 207-238, 1999.

_____, "Hacia una nueva administración de la herencia del pasado", en Nelly Robles (ed.), *Sociedad y patrimonio arqueológico en el valle de Oaxaca. Memoria de la Segunda Mesa Redonda de Monte Albán*, México, INAH, 2002: 309-323.

_____ y Mechthild Rutsch, "México en la imagen de la ciencia y las teorías de la historia cultural alemana", *Ludus Vitalis*, 8 (5): 115-178, 1997; reeditado en *Estudios de Historia y Filosofía de la Biología*, México, Centro de Estudios Vicente Lombardo Toledano, I: 353-422, 1999.

VEBLEN, Thorstein, "La curiosidad ociosa en la sociedad", *Estudios sobre sociología de la ciencia*, Madrid, Alianza Editorial, 1980: 314-322.

_____, *The Higher Learning in America*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1993.

_____, *The Place of Science in Modern Civilization and Other Essays*, New Brunswick , Transaction Publishers, 1990.

VEGA, Rafael, *Eutanasia: ciencia, drama y responsabilidad. Una mirada antropológica a las formas de racionalidad médica*, Tesis de maestría en antropología social, CIESAS, Guadalajara, 2000.

VELASCO, Ambrosio, "El concepto de tradición en filosofía de la ciencia y en la hermenéutica filosófica", *Racionalidad y cambio científico*, México, Paidós-UNAM, 1997: 157-178.

VELÁZQUEZ, Adriana, Edmundo López, Pilar Casado y Margarita Gaxiola, *Zonas arqueológicas. Yucatán*, México, INAH, 1988.

VERREY, Robert y Laura Henley, "Creation Myths and Zoning Boards. Local uses of historic preservation", en Brett Williams (ed.), *The Politics of Culture*, Washington, Smithsonian Institution, 1991: 75-107.

VICENTE, K. y W. Brewer, "La memoria engañosa de los científicos", *MC*, 141 (13): 1065-1066.

VILADIU, Carlos, "Proposiciones informáticas al problema de la clasificación biológica", *MC*, 117 (11): 936-943, 1991.

VILLA L., Lorenza, *Los académicos de la Universidad de Guadalajara (1987)*, Guadalajara, UDEG,1993.

VILLAGRÁ R., A., "Scientific Production of Spanish Universities in the Fields of Social Sciences and Language", *S*, 1 (24): 3-19, 1992.

VILLALPANDO, Elisa, "La arqueología en el norte de México y las culturas étnicas", ponencia a la IV Semana Cultural de la DEAS, México, 1994.

WATKINS, J. W. N., *Hobbes's System of Ideas: A study in the political significance of philosophical theories*, Londres, Hutchinson, 1965.

WATSON, Richard A., "What the New Archaeology Has Accomplished", *CA*, 3 (32): 275-281, 1991.

WATSON, Patty J., S. Leblanc y C. Redman, *El método científico en arqueología*, Madrid, Alianza Universidad,1987 (1a. ed. ing. 1971).

WEBER, Max, *Economía y sociedad. Esbozo de una sociología comprensiva*, México, FCE, 1984 (1a. ed. al. 1922).

WEIGAND, Phil C., *Evolución de una civilización prehispánica. Arqueología de Jalisco, Nayarit y Zacatecas*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1993.

WERTIME, Richard A., "The Boom in Volunteer Archaeology", *AR*, 1 (48):67-73, 1995.

WHITELAM, Keith W., *The Invention of Ancient Israel. The silencing of Palestinan history*, Londres, Routledge, 1996.

WHITLEY, Richard, "The Context of Scientific Investigation", *The Social Process of Scientific Investigation*, Dordrecht, D. Reidel Publishing Co., 1981: 297-321.

WILLIAMS, Jorge, "Los delitos en la Ley Federal sobre Monumentos", en Jaime Litvak *et al.*, *Arqueología y derecho en México*, UNAM, 1980: 93-112.

WILLEY, Gordon R., "One Hundred Years of American Archaeology", *One Hundred Years of Anthropology*, Cambridge, Harvard University Press, 1980: 29-53 (1a. ed. 1968).

_____, "Recent Researches and Perspectives in Mesoamerican Archaeology:an introductory commentary", en Jeremy Sa bloff (ed.), *Archaeology Supplement to the Handbook of Middle American Indians*, vol. 1, Austin,University of Texas Press, 1981: 3-27.

_____, "Mesoamérica", en *Una definición de Mesoamérica*, México, UNAM, 1992: 46-73 (1a. ed. 1962).

WITOWSKI, Nicolás, "La evaluación de la investigación: el CERN en el banquillo", *MC*, 45 (5): 311-313.

WHITE, Leslie A., *The Social Organization of Ethnological Theory*, Houston, William Rice University, 1966.

WOOLGAR, Steve, "Discovery: Logic and Sequence in a Scientific Text", *The Social Process of Scientific Investigation*, Dordrecht, D. Reidel Publishing Co., 1981: 239-268.

_____, *Ciencia: abriendo la caja negra*, Barcelona, Anthropos, 1991 (1a. ed. ing. 1988).

_____, "What is «anthropological» about the anthropology of science?", *CA*, 1 (32): 79-81, 1991a.

ZABLUDOWSKY KUPER, Gina, *La dominación patrimonial en la obra de Max Weber*, México, UNAM-FCE, 1989.

_____, *Patrimonialismo y dominación. Poder y dominación en la sociología del Oriente de Max Weber*, México, UNAM-FCE, 1993.

ZEPEDA, Gabriela, *Ixtlán de obsidiana, Ixtlán del Río. Arqueología de rescate*, Tepic, ICA, 1994.

_____, *Guardianes y moneros. Patrimonio arqueológico y supervivencia campesina en el sur de Nayarit*, tesis de maestría en antropología social, Guadalajara, CIESAS, 2000.

ZIMAN, John M., *El conocimiento público. Un ensayo sobre la dimensión social de la ciencia*, México, FCE, 1972 (1a. ed. ing. 1968).

_____, "Por qué los científicos deben ser más sensibles éticamente de lo que suelen ser", *Este País*, 95: 44-46, 1999.

Índice

Prólogo a la segunda edición 7

Abreviaturas utilizadas 10

Introducción 13

I 13
II 20
III 24
IV 34
V 40

Capítulo 1
El difusionismo, Mesoamérica y la escuela mexicana de arqueología 45

¿Una ciencia normalmente desafiante? 51
La extraña historia de las teorías arqueológicas en México 57
El área cultural en la arqueología normal difusionista 70
Mesoamérica en la arqueología difusionista mexicana 76
De periodizaciones y heurísticas 87

Capítulo 2
Arqueología, patrimonio y patrimonialismo en México 95

La arqueología de cámara como patrimonio privado 99
Orígenes de la arqueología patrimonialista americana 104
Monumentalismo antiguo y genealogía imaginaria de México 111

Patrimonio arqueológico y patrimonialismo moderno 123
Operatividad de la arqueología patrimonialista 129
El Leviatán arqueológico en su jaula patrimonialista 142

Capítulo 3
La arqueología mexicana en siglas, cifras y nombres 147

Cualidad y cantidad en la estrategia de documentación 148
La literatura arqueológica y las funciones institucionales 154
Hacia una tipología clasificatoria de instituciones 165
¿Arqueología de investigación o de aplicación? 170
Saldos de la enseñanza de la arqueología 180
De museos, financiamientos y otras rarezas profesionales 185

Capítulo 4
Fenomenología de la arqueología mexicana 193

La imaginería bélica y su sentido 198
Tipología de organización de los proyectos arqueológicos 205
Las instituciones arqueológicas y sus proyectos 211
Dualidad de prioridades, ¿descubrimiento o interpretación? 222
Racionalidad de fines e irracionalidad de medios 234

Capítulo 5
La gran arqueología, la otra arqueología... y más allá 243

Obertura de la gran arqueología:
de Templo Mayor a Teotihuacan 245
Interludio de la caverna teotihuacana 271
Suite del gran cañón de Bolaños y
de la laguna de Magdalena 287

Capítulo 6
Los dilemas de la arqueología mexicana 319

Post Scriptum 333

Bibliografía 351

Títulos Publicados en Coedición
Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)

Anónimos y desterrados. La contienda por el "sitio que llaman de Quauyla" siglos XVI-XVIII.
Sheridan, Cecilia. 2000

Azúcar y trabajo. Tecnología de los siglos XVII y XVIII en el actual estado de Morelos.
Scharrer Tamm, Beatriz. 1997

Bajo el signo de la compulsión. El trabajo forzoso indígena en el sistema colonial yucateco 1540-1730.
Solís Robleda, Gabriela. 2003

Círculos de poder en la Nueva España
Coordinación y presentación por Carmen Castañeda. 1998

Costumbres, leyes y movimiento indio en Oaxaca y Chiapas.
Coordinación por Lourdes de León Pasquel. 2001

De lo privado a lo público. Organizaciones en Chiapas.
Coordinación e introducción por Gabriela Vargas Cetina. 2002

El inmigrante mexicano: la historia de su vida.
Entrevistas completas, 1926-1927.
Gamio, Manuel. 2002

El triángulo imposible: México, Rusia Soviética y Estados Unidos en los años veinte.
Spenser, Daniela. 1998

Ensayo de geopolítica indígena. Los municipios tlapanecos.
Dehouve, Danièle. 2001

Escritura zapoteca. 2,500 años de historia.
Coordinación e introducción por María de los Ángeles Romero Frizzi. 2003

Estudios sobre la violencia. Teoría y práctica.
Coordinado por Witold Jacorzynski. 2002

Globalización: una cuestión antropológica.
Coordinación por Carmen Bueno Castellanos. 2000

Informe del marqués de Sonora al virrey
don Antonio Bucarely y Ursúa,
Estudio introductorio por Clara Elena Suárez Argüello. 2002

La conquista inconclusa de Yucatán. Los mayas de la montaña, 1560-1680.
Bracamonte y Sosa, Pedro. 2001

La dinámica de la emigración mexicana.
Escobar Latapí, Agustín, Frank D. Bean y Sidney Weintraub. 1999

La distinción alimentaria de Toluca. El delicioso valle
y los tiempos de escasez, 1750-1800.
León García, María del Carmen. 2002

La distribución del ingreso en México en épocas
de estabilización y reforma económica.
Cortés, Fernando. 2000

La otra frontera. Identidades múltiples en el Chiapas poscolonial.
Hernández Castillo, Rosalva Aída. 2001

La península fracturada. Conformación marítima,
social y forestal del Territorio Federal de Quintana Roo. 1884-1902.
Macías Zapata, Gabriel Aarón. 2002

Las dinámicas de la población indígena.
Cuestiones y debates actuales en México.
Coordinación e introducción por François Lartigue y André Quesnel. 2003

Las expresiones locales de la globalización: México y España
Bueno, Carmen y Encarnación Aguilar. 2003

Las tramas del alba. Una visión de las luchas
por el reconocimiento en el México contemporáneo (1968-1993).
Isunza Vera, Ernesto. 2001

Los caminos de la montaña. Formas de reproducción social
en la montaña de Guerrero.
Coordinación por Beatriz Canabal Cristiani. 2001

Los ciclos de la democracia. Gobierno y elecciones en Chihuahua.
Aziz Nassif, Alberto. 2000

Los retos de la etnicidad en los estados-nación del siglo XXI
Coordinación y presentación por Leticia Reina. 2000

México al inicio del siglo XXI: democracia, ciudadanía y desarrollo.
Coordinación e introducción por Alberto Aziz Nassif. 2003

Mito, identidad y rito: mexicanos y chicanos en California.
Rodríguez, Mariángela. 1998

Las mujeres de humo
Morir en Chenalhó. Género, etnia y generación.
Factores constitutivos del riesgo durante la maternidad
Graciela Freyermuth Enciso

Rudingero el borracho y otros ejemplares medievales del México virreinal.
Dehouve, Danièle. 2000

Trabajo, sujeción y libertad en el centro de la Nueva España.
Esclavos, aprendices, campesinos y operarios manufactureros, siglos XVI a XVIII.
Mentz, Brígida von. 1999

Vecinos y vecindarios en la ciudad de México. Un estudio sobre
la construcción de las identidades vecinales en Coyoacán, D.F.
Safa Barraza, Patricia. 2001

Viajes al Desierto de la Soledad.
Un retrato hablado de la Selva Lacandona.
Compilación, prólogo e introducción por Jan de Vos. 2003

Vicios públicos, virtudes privadas: la corrupción en México.
Coordinación, prefacio e introducción por Claudio Lomnitz. 2000

Visiones de frontera. Las culturas mexicanas del suroeste de Estados Unidos.
Vélez-Ibáñez, Carlos G. 1999

El Leviatán arqueológico.
Antropología de una tradición científica en México
se terminó de imprimir en la ciudad de México
durante el mes de septiembre del año 2003.
La edición, en papel de 75 gramos, consta de 1,000 ejemplares
más sobrantes para reposición y estuvo al cuidado
de la oficina litotipográfica de la casa editora.

ISBN 970-701-387-7
MAP: 131985-01